

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
Departamento de Historia



TESIS DOCTORAL

La España Isabelina frente a la unidad de Italia (1859-1868)

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Fernando Jiménez Núñez

Madrid, 2015

Fernando Jimenez Nuñez

TP
1983
196-I



X-53-385244-6

LA ESPAÑA ISABELINA FRENTE A LA UNIDAD DE ITALIA: 1.859-1.868

TOMO I

Departamento de Historia
Sección de Ciencias Políticas
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid
1983



BIBLIOTECA

Colección Tesis Doctorales. Nº 196/83

© Fernando Jiménez Nuñez
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1983
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-28027-1983

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIOLOGIA

LA ESPAÑA ISABELINA FRENTE A
LA UNIDAD DE ITALIA : 1859-1868.

Tesis doctoral presentada por
Fernando Jiménez Núñez para
la obtención del grado académi-
co de doctor, bajo la dirección
del Dr. D. Luis Díez del Corral
Pedruzo , Catedrático de esta
Facultad.

Madrid, enero de 1982

AGRADECIMIENTO

El presente trabajo de memoria ha podido realizarse gracias al apoyo que he encontrado de personas e instituciones que generosamente me ayudaron a desarrollar mi labor investigadora.

Durante los años invertidos en su elaboración he recibido valiosas ayudas sin las cuales no habría llegado esta tesis a ser realidad.

En primer lugar quiero expresar mi agradecimiento a mi director de Tesis, Don Luis Díez del Corral quien me ha prestado la más valiosa e importante ayuda con sus consejos y orientaciones.

Me alegra también tener esta oportunidad de expresar mi gratitud al profesor Martínez Cardós quien me ha venido dispensando su eficaz y generosa ayuda.

Mi reconocimiento, igualmente, al profesor Giménez Martínez de Carvajal que me facilitó el acceso a las autoridades vaticanas quienes me autorizaron para manejar todo el material existente en el Archivo Segreto Vaticano.

Del mismo modo expreso mi gratitud a la embajada española en Roma y a su personal, quienes me depararon todo género de consideraciones al hacer posible mi tarea de in-

vestigación en el Archivo Stórico-Diplomatico del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano, y en el Instituto per le Storia del Risorgimento italiano en Roma.

Quiero expresar también mi agradecimiento a los bibliotecarios del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, del Consejo de Estado, del Archivo Histórico Nacional, de la Real Academia de la Historia, Biblioteca Nacional y demás instituciones consultadas, al poner a mi disposición los fondos documentales existentes en los mismos.

Igualmente al Ministerio de Asuntos Exteriores español testimonio mi profundo reconocimiento ya que con su apoyo material, mediante la concesión de una beca de investigación, permitió mi estancia en Roma para la realización de este trabajo.

TABLA DE ABREVIATURAS

A.G.M.A.E.M	Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.
A.S.V.N.M	Archivo Secreto Vaticano Nunziatura di Madrid.
A. S.V.S.S	Archivo Secreto Vaticano Segreteria di Stato.
A.H.N.	Archivo Histórico Nacional.
D.S.C.	Diario de Sesiones de las Cortes.
H.M.M.	Hemeroteca Municipal de Madrid.
A.M.A.S.S.I.	Archivio Ministero degli Affari Steri del Stato Italiano.
R.A.H.	Real Academia de la Historia.
Ibid	En la misma obra.
Ibidem	En la misma obra y en là misma página.

INDICE GENERAL

Pag.

TITULO Y PRESENTACION	1
AGRADECIMIENTO	2
TABLA DE ABREVIATURAS	4
INDICE GENERAL	5

INTRODUCCION

1. MOTIVACIONES DE PARTIDA	12
2. OBJETIVOS Y PLANTEAMIENTO DEL ESTUDIO	13
3. METODOLOGIA Y MODELO DE INVESTIGACIÓN	14
3.1. Encuadramiento del estudio	14
3.2. Estructura de la investigación	16
3.3. Localización de las fuentes consultadas	18

CAPITULO I - EL RISORGIMENTO ITALIANO

1. EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA NACIONAL ...	21
2. PIO IX Y EL FRACASO DE LAS ESPERANZAS LIBE- RALES	25
2.1. Del comienzo de su reinado al desencan- to de la causa nacional.....	25
2.2. La expedición a Italia de 1849	34
3. FORMACION DEL REINO DE ITALIA	39
3.1. Período de reorganización	39
3.1.1. Abandono del aislamiento interna- cional y los acuerdos entre Ca- vour y Napoleón	41

	<u>Pag.</u>
3.1.2. Guerra franco-piamontesa frente a Austria	45
3.2. La vía diplomática revolucionaria	47
3.2.1. Anexión de los Ducados y las Romañas por el Piamonte	47
3.2.2. Anexión del reino de las Dos Sicilias al Piamonte	49
3.2.3. La invasión de los Estados Pontificios	51
3.2.4. Creación del reino de Italia (1861)	53
3.3. Venecia y la cuestión romana	54
4. EUROPA FRENTE A LA UNIDAD ITALIANA	55
4.1. Consecuencias de la revolución liberal de 1848	55
4.2. El hundimiento del sistema Metternich ..	58
4.3. Europa y el problema italiano	60
4.3.1. Las potencias conservadoras	61
4.3.2. Las potencias liberales	66
NOTAS	79
 <u>CAPITULO II - LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA Y LA CUESTION ITALIANA. DE 1849 A 1861</u>	
1. POSICION ESPAÑOLA FRENTE A LA SANTA SEDE	84
1.1. España y la expedición a Roma de 1849 ..	84
1.2. El concordato de 1851	90
1.3. Del concordato al convenio español ante la causa italiana	93
2. ACTITUD LEGITIMISTA DEL GOBIERNO ESPAÑOL ANTE LA CAUSA ITALIANA	100
2.1. España y la defensa del poder temporal ..	100

	<u>Pag.</u>
del Papa	100
2.1.1. Controvertidas declaraciones del ministro de Estado español sobre la cuestión romana	117
2.1.2. Nueva iniciativa española en fa- vor de la Santa Sede	123
2.2. Las anexiones al Piamonte	128
2.2.1. Protesta española por la anexión de los Ducados	128
2.2.2. Protesta española por la anexión de las Romañas	134
2.2.3. Protesta española por la ocupa- ción y anexión del reino de las Dos Sicilias	144
2.2.4. Protesta española por la ocupa- ción de los Estados Pontificios, La Marca y La Umbría	153
2.3. España y el Congreso europeo	161
NOTAS	175

CAPITULO III - INCIDENTES DIPLOMATICOS ENTRE ES-
PAÑA Y CERDEÑA DURANTE EL PERIODO 1859-1861

1. PROGRESIVO DETERIORO DE LAS RELACIONES ENTRE LAS CORTES DE MADRID Y TURIN	184
1.1. Antecedentes inmediatos	184
1.2. La neutralidad española y los sucesos de 1859 en Italia	185
1.3. Alineamiento español junto a las monar- quías legitimistas italianas	191
1.3.1. Protesta de Madrid por las ane- xiones	191

	<u>Pag.</u>
1.3.2. Iniciativas de la diplomacia española ante Cavour	194
1.4. La retirada del representante español en Cerdeña	216
2. EL GOBIERNO ESPAÑOL ANTE EL NUEVO REINO DE ITALIA	222
2.1. Aislamiento de la diplomacia española en Turín	222
2.2. Insatisfacción y malestar entre las dos naciones	230
2.3. La cuestión de los archivos napolitanos .	238
2.3.1. Fracaso de las negociaciones y retirada del embajador de Turín en Madrid	238
2.3.2. Repercusión en Italia del asunto de los archivos	249
NOTAS	259
 <u>CAPITULO IV - POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA DE 1861 A 1865: VICISITUDES DEL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA</u>	
1. LA CUESTION ROMANA	266
2. PUBLICACION EN ESPAÑA DEL "SYLLABUS" Y LA ENCICLICA "QUANTA CURA"	280
2.1. Sentido y significación	280
2.2. Repercusión y complicaciones	282
3. HACIA EL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA .	293
3.1. El gobierno de Miraflores, un paréntesis en el reconocimiento	298

	<u>Pag.</u>
3.2. Los acuerdos del 15 de septiembre de 1864	302
3.2.1. Actitud cautelosa de Narváez	302
3.2.2. Afianzamiento del proyecto de re- conocimiento	310
3.3. Anuncio de la apertura de negociaciones ..	318
3.3.1. Los preliminares	321
3.3.2. El reconocimiento	327
3.4. Esfuerzos del conservadurismo español por evitar el reconocimiento	328
3.4.1. Los debates parlamentarios	329
3.4.2. Campaña de la prensa frente al re- conocimiento	341
3.4.3. Actitud del clero español ante el anuncio del reconocimiento	349
NOTAS	363

CAPITULO V - EL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA
Y LA CAIDA DEL GOBIERNO DE LA UNION LIBERAL

1. REPERCUSIONES DEL RECONOCIMIENTO. REACCIONES DEL EXTERIOR	371
1.1. Discrepancias entre Austria y España por el reconocimiento	371
1.2. Protesta de Francisco II de las Dos Sici- lias	376
1.3. Moderada reacción de la Santa Sede	379
2. LAS NUEVAS CORTES. REANUDACION DE LAS PROTES- TAS	384
2.1. Las elecciones legislativas de 1865	384
2.2. Apertura de las Cortes	390
2.2.1. El Discurso de la Corona	390

	<u>Pag.</u>
2.2.2. Reanudación de las discusiones parlamentarias: Congreso y Senado	393
3. PROGRESIVO DETERIORO DEL GOBIERNO DEL GENERAL O'DONNELL	425
3.1. Reacción del episcopado español. La cues- tión de los tres obispos y la inasisten- cia de los preladados senadores a la Cámara Alta	425
3.1.1. El dictamen del Consejo de Estado	434
3.1.2. Resolución definitiva del asunto	439
3.2. La cuestión de Italia y las autorizacio- nes	444
3.3. Retirada del apoyo real al gobierno de O'Donnell	457
NOTAS	461
 <u>CAPITULO VI - LA CUESTION DE ROMA. CENTRO DE ATENCION DE LOS ULTIMOS GOBIERNOS MODERADOS. 1866 A 1868.</u>	
1. EL REGRESO DE NARVAEZ Y LA MEJORA DE LAS RELA- CIONES IGLESIA-ESTADO	469
1.1. Solución al asunto de los tres preladados	470
1.2. El episcopado español y su adhesión a Isabel II	472
2. LOS ASUNTOS DE ITALIA EN LAS LEGISLATURAS DE 1867 y 1868	486
2.1. Aproximación de Narvaez a los neo-católi- cos	487
2.2. Las nuevas Cortes e Italia	492
2.3. El discurso de la Corona y la inquietud por la situación de Roma, en la apertura	

	<u>Pag.</u>
de las últimas Cortes isabelinas	498
2.4. Problemas internos, tras la muerte de Narváez, en el partido de la mayoría ...	508
3. LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA EN PRO DEL MANTENIMIENTO DEL STATU QUO EN ITALIA	514
3.1. La defensa del poder temporal del Papa ..	514
3.2. Recomendaciones al embajador y gestiones del gobierno español durante la presentación, en Roma, del conde de San Luis ..	520
3.3. La diplomacia española ante la crítica situación de Roma a finales de 1867	525
3.4. Entendimiento franco-español para sostener la causa pontificia	532
3.4.1. Favorable acogida de España a la iniciativa francesa de una conferencia europea	535
3.4.2. El gobierno de González Bravo y su política de alianza con Francia	537
3.4.3. La Revolución de septiembre y el giro de la diplomacia española ..	541
NOTAS	544
<u>CONCLUSIONES</u>	551
BIBLIOGRAFIA UTILIZADA	561

INTRODUCCION

1. MOTIVACIONES DE PARTIDA

Ya desde mis primeros años universitarios me sentí atraído hacia los estudios históricos y, de manera muy especial, mi interés se fue perfilando alrededor del complejo y crucial siglo XIX español. Durante una estancia en la Universidad de Perugia, en donde tuve acceso ocasional a unos textos que indirectamente aludían al reconocimiento por parte de España del recién formado Reino de Italia, pensé en la gran influencia que esta cuestión debió de ejercer sobre la España de esa época.

Posteriormente, a mi regreso de Italia, la lectura del brillante ensayo del profesor Jesús Pabón "España y la cuestión romana", así como unas referencias a la influencia del proceso de la unidad italiana en las corrientes liberales españolas por parte de Vicens Vives y del historiador italiano Luigi de Filippo en la revista "Rassegna storica del Risorgimento" me inclinaron en gran medida hacia el estudio de este tema.

Cuando, finalmente, consulté al profesor Luis Díez del Corral la posibilidad de llevar a cabo este trabajo de investigación, me señaló que podía tratarse de algo muy sugestivo para tomarlo como tema de tesis doctoral. Sus consejos y opiniones habían de ser definitivos para mi elección como trabajo de memoria.

El propósito del presente estudio intenta esclarecer las motivaciones y causas que llevaron a los gobiernos de Isabel II a actuar de determinada manera en tan importante cuestión.

Creo que los datos que aporte ayudarán a comprender mejor la política general española, y también servirán para completar el conocimiento de algunas fuerzas de las que componían el espectro socio-político-religioso de la época.

2. OBJETIVOS Y PLANTEAMIENTO DEL ESTUDIO.

La finalidad de este estudio se orienta hacia el análisis de la posición y actitud que mantiene España con respecto a la unidad italiana.

Se trata no sólo de esclarecer un importante acontecimiento internacional ante el cual la nación española se había manifestado de una determinada manera, sino también de observar cómo determinados grupos político-religiosos actúan y presionan sobre los gobiernos de Isabel II con objeto de conseguir que éstos obrasen en esta cuestión, si no al dictado de sus planteamientos, al menos condicionando en gran manera su capacidad de manobra.

Sin embargo, también los gobiernos de este periodo utilizaron ellos mismos, en provecho propio, el problema italiano con intención de desviar la atención pública de algunos asuntos internos y como sutil manera de alejar a otras fuerzas del poder con la pretensión de perpetuarse en el mismo.

La hipótesis de mi estudio no es tanto una intuición como una constante que se manifiesta desde el comienzo de la investigación y que fue confirmándose según iba avanzando la misma : una cuestión de política internacional, la de la unidad italiana, influye en gran medida sobre la política interna de España en este período. Algu-

nos gobiernos acceden al poder por esta causa y otros caen por la misma.

3. METODOLOGIA Y MODELO DE INVESTIGACION.

3.1. ENCUADRAMIENTO DEL ESTUDIO.

En primer término empecé por utilizar en mi labor de formación, la bibliografía española que existe sobre el tema, posteriormente pasé a consultar la importante bibliografía italiana que hay en la Biblioteca Nacional de Madrid y en el Instituto de Cultura Italiana en relación al proceso de unificación, con el doble propósito de conseguir, de una parte, un mejor conocimiento de la filosofía que impregna a este movimiento, y de otra, aproximarme lo más posible a la auténtica reacción de las naciones europeas frente a esta dinámica de unidad.

Después analicé cronológica y minuciosamente las distintas fuentes historiográficas que se me ofrecían de interés.

Comencé por consultar en las Bibliotecas del Congreso y del Senado el Diario de sesiones de Cortes con objeto de conocer las intervenciones que sobre el tema hicieron los principales líderes políticos en los Cuerpos Colegisladores y las colecciones documentales diplomáticas, aparecidas con el nombre de "Libro rojo sobre Italia", entregadas a las Cortes por los gobiernos de Isabel II.

Después pasé a examinar los fondos documentales del antiguo Ministerio de Estado de Madrid correspondientes a las representaciones diplomáticas españolas en Turín-Floencia, Reino de Italia, Roma-Santa Sede,

Nápoles-Dos Sicilias, Viena y París y que se conservan en el Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Aunque la documentación examinada a lo largo de más de un año en dicho Ministerio me permitió abordar los principales puntos de esta cuestión, comprendí la necesidad, para completar y cotejar algunos aspectos del tema, de consultar los archivos italianos y habiendo obtenido una beca-ayuda por el Ministerio de Asuntos Exteriores español me trasladé a Roma y permanecí durante unos meses en esta ciudad, examinando documentos en los Archivos Secreto Vaticano y del Ministerio de Negocios Extranjeros, el Archivo del Risorgimento y la Biblioteca Nacional de Roma.

La documentación a la que tuve acceso, en gran parte inédita, era imprescindible para el desarrollo de la investigación.

Las facilidades y orientaciones que me fueron concedidas en estos lugares y la amabilidad de las autoridades vaticanas e italianas, me permitieron llevar a cabo esta labor de la forma más rápida y provechosa, considerando la duración limitada de mi estancia en esa capital.

A mi regreso de Italia, para finalizar el trabajo, consulté en la Hemeroteca Municipal de Madrid los periódicos más representativos y muchas veces órganos de partido, con intención de indagar sobre la posición mantenida por los mismos en esta cuestión.

Por último examiné los documentos que se conservan en el Archivo Histórico Nacional de Madrid relativos al reconocimiento de Italia, que aunque no muy

numerosos, resultan interesantes entre otros motivos por incluir periódicos italianos enviados por los representantes españoles a su ministro, en los que se alude a nuestra nación.

Asimismo investigué en la Real Academia de la Historia sobre las colecciones documentales pertenecientes al Archivo particular de Isabel II, los papeles del general Ramón María Narváez y los documentos particulares de Francisco Javier Istúriz, figuras todas ellas que tuvieron un papel relevante y fundamental en esta cuestión.

Finalmente puse término a mi tarea en el Archivo del Consejo de Estado.

3.2. ESTRUCTURA DE LA INVESTIGACION.

Desde el principio de mi investigación comprendí la necesidad de ceñirla al reinado de Isabel II por manifestarse en él unas constantes y una unidad de comportamiento en relación con el tema. Esta pauta desaparecerá, en gran medida, con la revolución de Septiembre de 1868, si bien el contencioso de la unificación italiana producirá, aún, alteraciones graves en Europa.

Como principal esquema teórico para guiar la investigación he seguido la periodificación histórico-política que del reinado de Isabel II establecen los tratados de historia general comúnmente aceptados entre los estudiosos del tema.

La disposición de la memoria la he llevado a cabo

partiendo de la periodificación indicada y situándola alrededor de ciertos acontecimientos relevantes que de especial manera sobresalieron en esta cuestión.

La exposición la he articulado en seis capítulos, si bien para el conjunto del trabajo quiero señalar la existencia de dos partes sin ruptura alguna. Una abarca hasta el momento en que España reconoce al Reino de Italia y comprende cuatro capítulos, de los que el primero va a manera de introducción general al tema y los restantes exponen los aspectos más destacados del proceso.

La segunda parte incluye otros dos capítulos que se extienden desde el citado reconocimiento, recogiendo las repercusiones de este hecho y sus implicaciones, hasta la caída de la monarquía isabelina.

La cita de textos va intercalada de forma sistemática en la exposición, formando un todo sin discontinuidad. La importancia de algunos de los documentos citados de forma fragmentaria y el hecho de ser inéditos, me ha llevado a incluir un apéndice documental en el que aparecen expuestos íntegramente.

La investigación finaliza con un apartado en el que quedan recogidas, en puntos concretos, las principales deducciones y resultados de la tesis.

Por último, las notas han sido colocadas al final de cada capítulo.

3.3. LOCALIZACION DE LAS FUENTES CONSULTADAS.

La localización de las fuentes se ha llevado a cabo en numerosos centros.

- Para las documentales, hemerográficas y documentos legislativos en :

- . ARCHIVO MINISTERIO ASUNTOS EXTERIORES. MADRID.
- . ARCHIVO SEGRETO VATICANO. ROMA.
- . ARCHIVO MINISTERO DEGLI AFFARI ESTERI DEL STATO ITALIANO. ROMA.
- . ARCHIVO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA. MADRID.
- . ARCHIVO DEL ISTITUTO PER LA STORIA DEL RISORGIMENTO ITALIANO. ROMA.
- . ARCHIVO HISTORICO NACIONAL : MADRID.
- . HEMEROTECA MUNICIPAL. MADRID.
- . BIBLIOTECA NAZIONALE. ROMA.
- . BIBLIOTECA DEL CONGRESO. MADRID.
- . BIBLIOTECA DEL SENADO. MADRID.

- La bibliográfica en :

- . BIBLIOTECA NACIONAL. MADRID.
- . BIBLIOTECA FACULTAD CIENCIAS POLITICAS. MADRID.
- . BIBLIOTECA DEL ATENEO. MADRID.
- . BIBLIOTECA DEL INSTITUTO FERNANDEZ DE OVIEDO. MADRID.
- . BIBLIOTECA NAZIONALE. ROMA.
- . BIBLIOTECA DEL CONSEJO DE ESTADO. MADRID

Al final del trabajo se incluye la bibliografía que acerca del tema he examinado. Sólo he considerado oportuno hacer mención de aquélla que consta en

notas, a pesar de haber sido consultada en la investigación otra mucho más extensa.

La he ordenado alfabéticamente y en dos grandes apartados. En el primero están las obras de carácter general y en el segundo, el más amplio, las que tratan aspectos específicos del tema.

CAPITULO I

EL RISORGIMENTO ITALIANO

CAPITULO I.- EL RISORGIMENTO ITALIANO

1. EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA NACIONAL

La recuperación del espíritu nacional italiano proviene de varias causas concordantes: la reacción contra la ocupación francesa y el dominio napoleónico, la difusión de los principios liberales y nacionalistas revolucionarios, la renovación de los estudios históricos y la propagación del romanticismo.(1).

El despertar de la conciencia nacional italiana tiene un espléndido precursor en Vittorio Alfieri. En sus obras el nombre de Italia suena como una meta de unidad y libertad. Le siguen revolucionarios, poetas y políticos de las varias escuelas que integran el movimiento ideológico precursor de la unidad italiana conocido con el nombre de Risorgimento.(2).

En sus primeros estadios, la corriente nacionalista y anti-austriaca se manifiesta en forma de conspiraciones y pronunciamientos como en 1820 y 1830, cuando los pueblos se agitaron, casi exclusivamente, por su libertad política (3). En 1848, los movimientos revolucionarios dieron a sus relaciones un carácter de nacionalidad y fueron de tipo republicano-democrático.

En 1843, el abate Gioberti postuló la formación de una Confederación italiana bajo la presidencia del Papa. Alrededor de esta idea surgió el llamado movimiento "Neogüelfista". El piemontés Balbo, veía la solución del problema italiano, ofreciendo a los austriacos compensaciones territoriales en Turquía. Más clarividente, su compatriota Máximo de Azeglio sostuvo en 1846 que sólo el -

Piamonte podría reagrupar a la nación italiana después - de vencer a Austria (4).

El golpe revolucionario de 1848 en Italia, tuvo un ca ríz netamente nacionalista. Este movimiento de tipo repu blicano-democrático fracasó en el empeño de crear un - gran Estado unificado en torno a la idea de "patria". El nacionalismo romántico, exaltado y poético, adoleció de falta de disciplina, método y cohesión. En los campos de Lombardía, no se dió la necesario unión de fuerzas que - habría hecho posible la edificación de Italia; pero los particularismos, las desconfianzas, la diversificación - dialéctica del romanticismo liberal, fueron la causa fun damental de aquella falta de coordinación.

Mazzini es el teorizador máximo de los procedimientos subversivos para lograr el ideal supremo de la intelec tualidad italiana: la independencia e integración estatal de la patria.

Los movimientos de 1848, a pesar del fracaso que supu sieron, imprimieron en la conciencia italiana la idea de unidad, no ya como algo posible, sino como necesaria. - Los políticos comprendieron que a pesar de haber aumenta do la amplitud del movimiento, nunca se podría llevar a cabo el ideal de unidad, si no se desenvolvía por nuevos caminos la acción emancipadora. Eran conscientes que la única manera de proseguir la lucha, sería empleando nue vos métodos, muy distintos de los ya utilizados durante la revolución fracasada; esto suponía la necesidad de - desprenderse del bagaje romántico que había impregnado - el movimiento.

De otra parte estaba la experiencia que llevó a cabo

Carlos Alberto de Saboya con el levantamiento liberal-nacionalista, que a pesar de su derrota frente a Austria, no obstante, demostró el fundamento de sus doctrinas. - El método a seguir consistía en la presencia de un núcleo fuerte, el Piamonte, que por propia iniciativa y si fuera necesario por la fuerza, realizase la obra unificadora a expensas de los demás Estados. No se trataba, pues, de una integración, sino más bien de una anexión. A esta idea se adhirió el mismo Gioberti en 1851.

Todas las esperanzas de los patriotas italianos, convergieron en el sucesor de Carlos Alberto, su hijo Víctor Manuel II de Saboya. Este tuvo en Camilo Benzo, conde de Cavour, ministro desde 1852, un gran colaborador. Cavour, profundo conocedor de las teorías nacionalistas, preparó al Piamonte para su misión inminente, sus principios fueron la reforma económica y militar del Estado de una parte, y la captación de las alianzas extranjeras que fuesen precisas para expulsar de Italia a los austriacos, de otra.

La participación del Piamonte en la guerra de Crimea, al lado de Francia e Inglaterra, no tuvo otro objeto que buscar el futuro apoyo de estas potencias en el problema de la unidad italiana.

El objetivo político del Piamonte, consistirá en la realización de una labor unificadora en nombre del pueblo, recurriendo a plebiscitos populares para llevar a cabo sus anexiones territoriales, pero procurando mantener siempre el control del poder, sin permitir que los acontecimientos se desbordaran, como en 1848, por la vía revolucionaria.

El orden, la autoridad, el estricto control de la situación y las alianzas con otras potencias europeas, conociendo que en Italia la sola dinámica social interna - era incapaz de realizar la unidad sin la ayuda exterior (5), darán el triunfo definitivo al proceso de unidad - nacional en 1870.

A pesar de la inmensa importancia que tuvo el Risorgimento para toda Italia habría, sin embargo, que matizar sobre el grado de conciencia nacional existente en - aquella época. El nacionalismo italiano, en un principio, fue más de signo anti-austriaco que pro-italiano.

A la hora de luchar contra la presencia extranjera, - todos los italianos estaban convencidos de la necesidad de expulsarlos de Italia, pero cuando se trataba de hacer la unidad, al tomar la iniciativa el Piamonte, muchos italianos de otros Estados de la península se manifestaron contra esta asimilación o anexión al Estado pia montés y lucharon del lado de sus soberanos. En Nápoles, Toscana y en los Estados Pontificios, se dieron episodios que podríamos calificar de "guerra civil" (6).

El pueblo se encontraba muchas veces lejos del Risorgimento; para ellos este movimiento era propio de intelectuales, políticos y de la nobleza.

En 1860, cuando la expedición de "los Mil", dirigida por Garibaldi al reino de las Dos Sicilias, los campesinos sicilianos se sublevaron apoyando a las tropas invasoras. El levantamiento se manifestó más contra la opresión de sus terratenientes, que contra sus soberanos. Este sentimiento fue más decisivo para provocar la caída - de los Borbones napolitanos, que lo que pudiera despertar los valores patrióticos respecto a la unidad (7).

2. PIO IX Y EL FRACASO DE LAS ESPERANZAS LIBERALES

2.1. DEL COMIENZO DE SU REINADO AL DESENCANTO DE LA CAUSA NACIONAL.

En la Italia de 1846, el ideal de una confederación a cuya cabeza se pondría el Papa, liberal y patriota, entusiasmaba y se extendía cada vez más a amplios sectores de la sociedad.

Ante la apertura del cónclave para la elección del sucesor de Gregorio XVI, el canciller austriaco Metternich, deseando mantener a la Santa Sede bajo la influencia de Austria, y ante los temores que se habían despertado a causa de las esperanzas suscitadas en Italia por los escritos de los Neogüelfos, confió al cardenal austriaco Gaysrűck, arzobispo de Milán, la orden de oponerse a la elección de un Pontífice que favoreciese las aspiraciones nacionales de los italianos (8).

Se abrió el cónclave sin esperar la llegada de los cardenales extranjeros. Posiblemente la apertura se precipitó, ante el temor de que el cardenal Gaysrűck trajera un verdadero veto de Metternich contra el cardenal Gizzi para bloquear su posible elección. Austria, Francia y España, gozaban de un derecho de exclusiva sobre los cónclaves: no podían imponer un candidato, pero sí excluirlo con su voto; este derecho fue revocado por Pío X en 1903 (9). Desde un principio los votos se concentraron en Lambruschini y en Mastai-Ferratti, a las cuarenta y ocho horas de comenzado el cónclave, se conseguía la mayoría de los dos tercios requeridos, recayendo la elección en la persona del cardenal Mastai-Ferra-

tti que escogió el nombre de Pio IX. Con su elección se extendió el rumor que era un hombre de tendencia liberal, y esto fue suficiente para despertar las esperanzas de muchos italianos. La acogida del nuevo Papa en las cancillerías extranjeras, a quien los diplomáticos describían de pensamiento moderado, fue en general favorable. Tanto Francia como Austria estaban satisfechas y el canciller Metternich, al menos no veía al cardenal Gizzi, hombre del que se decía ser muy favorable a la unidad italiana, sentado en el solio pontificio (10).

En cuanto al supuesto liberalismo del nuevo Papa, parece ser que no estuvo nunca vinculado al programa neoguelfo y sólo se reducía, en la práctica, a una gran libertad de espíritu que le llevaba a pensar que era preferible desarmar el espíritu revolucionario con la moderación, que tratar de doblegarlo por la fuerza (11).

Pio IX quiso comenzar su reinado introduciendo algunas reformas para acabar con los abusos de la administración pontificia. Con vistas a conseguir una rápida pacificación de los ánimos, decretó la amnistía general del 17 de julio de 1846. Estas medidas desataron un enorme entusiasmo entre sus súbditos y contribuyó a aumentar la popularidad del Papa.

Nuevos nombramientos, como el del cardenal Gizzi para la secretaría de Estado y la de monseñor Corboli-Bussi como consejero privado, ambos abiertos a las nuevas ideas, más la creación de una comisión encargada de examinar un programa de reformas admi-

nistrativas, hicieron que los liberales moderados - pusieran en él todas sus esperanzas y le reconociesen como el Papa preconizado por Gioberti. Sin embargo, Pío IX carecía de las dotes esenciales del - hombre de Estado y no supo resistir las presiones de los grupos reaccionarios, por lo que sus posteriores medidas estarían llenas de vacilaciones y - dudas.

Al principio del pontificado, Pío IX quiso hallar un justo medio entre el fanatismo de los más reaccio- narios, que se negaban a cualquier tipo de reforma, y la apertura de los liberales, deseosos de grandes cambios en la vida social y política del Estado Pon- tificio. Pero su falta de amplitud de visión y firmeza de ánimo, frustró el intento de conseguir tan difícil equilibrio.

El pueblo romano, consciente de estas vacilacio- nes, reaccionó mostrándose frío ante su presencia cuando éste no accedía a tal o cual medida que la - opinión pública le hubiese reclamado. Por su parte, el Papa se inquietaba al constatar las repercusio- nes que tenían en los otros Estados de la penínsu- la las reformas que le eran arrancadas gradualmen- te por sus súbditos. El "viva Pío IX" empezó a reso- nar por toda Italia, y a éste se le conoció más co- mo Príncipe reformador y campeón de la independencia nacional, que como Romano Pontífice.

Parte del clero italiano se vincularía al Risor- gimento creyendo que el Papa se disponía, siguiendo los anhelos de Gioberti, a ponerse a la cabeza del movimiento nacional italiano que habría de expulsar a los austriacos. La publicación de la Encíclica -

"Qui Pluribus", el 9 de noviembre de 1846, pondría de manifiesto ante la opinión pública su comportamiento contradictorio.

Esta encíclica expuso de forma clara cuán lejos - estaba el Papa de adherirse a los principios del liberalismo. Incluso en lo referente a sus aplicaciones políticas estaba decidido a actuar con suma prudencia. Fue redactada por el antiguo secretario de Estado de Gregorio XVI, el cardenal Lambruschini, - hacia el que Pío IX tenía enormes deferencias, muy - posiblemente para atraerse, así, al partido conservador.

Los comienzos de su pontificado fueron un corto período de ilusiones para los que esperaban que la iglesia se separase definitivamente del antiguo régimen. Desde esta perspectiva, no fue de extrañar - que muchos le viesen como el enviado de Dios para - concluir la gran misión de la alianza entre la religión y la libertad (12).

También en la opinión internacional, los comienzos de su reinado desataron la admiración de muchas naciones. Así fue como en septiembre de 1847 el gobierno británico encargaba a lord Miceto ir a Roma para ayudar al Papa a liberarse de la influencia - austriaca, y a estimularle en las ideas reformistas (13).

Los Estados Unidos establecieron, llevados por - una mejora en sus relaciones con la Santa Sede, una legación permanente en Roma. En 1847 se normalizaron las relaciones entre el Papa y Turquía, y el 4

de octubre se anunció que el gobierno otomano autorizaba el restablecimiento de un patriarcado latino en Jerusalén, cuyo titular tendría poderes sobre todos los católicos del imperio. Llevado por esta mejora de imagen de la Santa Sede en el exterior, se firmó con Rusia un concordato el 3 de agosto de 1847 (14). El gobierno español vió, con el nombramiento de Pío IX, la posibilidad de mejorar la situación de Isabel II, en la escena internacional.

Los éxitos conseguidos en la política exterior romana, apuntaban hacia una posible reconciliación entre católicos y liberales. En este ambiente Maximo de Azeglio escribe :

"... He aquí a un Papa promotor de un movimiento liberal puesto a la vanguardia del siglo ; si persiste así se convertirá en el jefe moral de Europa y podrá incluso restablecer la unidad de la cristiandad" (15).

La expulsión de la Compañía de Jesús, a la que muchos italianos llamaban "Austro-Jesuita", de algunos Estados italianos (Nápoles y el Piamonte), fue seguida por la notificación del Papa al Padre General Rootham el 28 de marzo de 1848, en la que le rogaba abandonasen sus Estados, so pretexto de no contar con los medios necesarios para garantizar su seguridad.

La evolución de los acontecimientos presagiaban, ya, una atmósfera prerrevolucionaria que no tardaría en desbordar a Pío IX.

La política pontificia, tendente a conseguir una solución pacífica a los problemas italianos, será rápidamente rebasada por los acontecimientos que se debatían en Italia: sublevaciones en Sicilia contra el absolutismo de los Borbones y, sobre todo en el norte, frente a Austria. Ante estos hechos, muchos - esperaban que el Papa tomara una actitud de fuerza con respecto a Austria, participando junto a los de más Estados italianos en la contienda.

La alocución del 10 de febrero de 1848, que terminaba diciendo: "Benedicid oh Dios omnipotente a Italia", fue para muchos una bendición de la guerra, y una llamada a la unidad. Muy a pesar suyo, el Papa contribuyó a acentuar la exaltación popular en toda la península, frente a Austria.

Los italianos, en general, y los romanos sobre todo, estaban convencidos de que el Papa se pondría en cabeza del movimiento anti-austriaco. Pero ¿cómo iba a declarar la guerra a una nación católica, a riesgo de empujar hacia el cisma al conjunto de los países germánicos? y, al mismo tiempo, ¿podía un príncipe italiano desinteresarse de la causa nacional y, sobre todo, dadas las circunstancias que rodeaban al Papa y hacían de éste, a los ojos de sus súbditos, el principal sostenedor del movimiento italiano?.

Ante esta crítica situación, el gobierno pontificio preparaba una salida consistente en la creación de una "Liga defensiva" que vinculase a Roma con los otros Estados italianos mediante un tratado; en caso de guerra, la participación del Pontífice se -

manifestaría más como un compromiso ineludible con sus aliados, que como una iniciativa propia. Esta - iniciativa de creación de una Liga, que trasladaría el 10 de abril Corboli-Bussi al Piamonte, obtuvo un resultado negativo por parte de Carlos Alberto de - Saboya, que no estaba dispuesto a retrasar la guerra contra Austria (16).

El 29 de abril, convocaba Pío IX un consistorio y afirmaba que, dada su condición de Pastor supremo, no podía declarar la guerra a una nación católica (17). Pero no obstante, el Papa aún seguía ganado por la ideología del momento, e influido por este factor, escribió una carta al emperador de Austria manifestándole su reconocimiento implícito de la superioridad del derecho de las nacionalidades - sobre el derecho divino de los reyes. Esta carta no le hizo recuperar las simpatías ya perdidas con la alocución del consistorio, ni tuvo éxito como tentativa de mediación con los austriacos.

En Roma la situación política se agravó haciéndose cada vez más amplio el número de los que pensaban que era incompatible la función religiosa del Papa con sus obligaciones como príncipe italiano. Los elementos liberales moderados se desacreditaron al haber quedado defraudada la confianza que - depositaron en el Papa. Los radicales, muchos de ellos republicanos de Mazzini, contaban cada vez - con más poder. El 4 de mayo el conde Mamiani tomaba la cartera del interior y la dirección de los asuntos exteriores. Mamiani no duraría mucho en el poder. En julio de 1848 presentó su dimisión a Pío IX que se vió obligado a aceptarla. Creyendo encontrar un sustituto del agrado de todos, ofreció la dirección del

ministerio a Pellegrino Rossi. Todo esto, aumentado por una crisis económica que afectaba a toda Europa, amenazaba con sumergir en la anarquía a los Estados Pontificios. El 15 de noviembre fue asesinado Rossi, liberal doctrinario, hombre que no había satisfecho ni a reaccionarios ni a radicales. La situación se agravó en Roma hasta tal punto que el 24 de noviembre el Papa huía de su palacio, refugiándose en los Estados del rey de Nápoles (18).

Rosmini, delegado del gobierno de Turín en Roma, se reunió con el Papa y le manifestó que no debía permanecer en Gaeta, ya que ésto significaba comprometerse con un príncipe al que los italianos rechazaban a causa de su política reaccionaria y de sus vinculaciones con Austria. No obstante prevaleció el consejo del cardenal Antonelli: el Papa decidió permanecer en Gaeta, pero manifestando al embajador francés que no renunciaba definitivamente a su primer proyecto de trasladarse a Francia.

Mientras Rosmini aconsejaba al Papa no romper sus vínculos con el Parlamento de Roma, Antonelli rehusó recibir a una delegación enviada por dicho Parlamento para rogar al Papa que regresase a su capital. A pesar del espíritu conciliador del Pontífice, prevaleció el criterio de la camarilla reaccionaria que le rodeaba: el rey de Nápoles, el ministro de Baviera y, sobre todo, el cardenal Antonelli; todos veían como única solución una postura de fuerza frente al Parlamento.

El 4 de diciembre, el Papa invitaba a las potencias europeas a intervenir con las armas a fin de

restablecerle en su poder temporal. Rosmini fue el único en comprender el peligro que suponía, para la causa pontificia, el que se la identificase con las potencias conservadoras de Europa. Aconsejó al Papa que no recurriese al auxilio de tropas extranjeras para recuperar sus Estados, sino que utilizase los buenos oficios del Piamonte, pero no fue escuchado (19).

El 14 de febrero de 1849, la recién elegida Asamblea Constituyente, proclamaba la "República Romana" y entregaba el poder a un triunvirato en el que el hombre fuerte era Mazzini. La evolución de los acontecimientos no podían por menos de reforzar las tesis de la camarilla reaccionaria que le rodeaba, haciendo que Pío IX se desplazara hacia una condena clara de los principios liberales, de los que ahora aparecían como portavoces los revolucionarios de la república romana de Mazzini.

Pío IX no podía aceptar la idea de Mazzini de una república italiana unitaria, ya que ésta implicaba la supresión de la soberanía pontificia; como ya hemos visto, él encontraba el programa neogüelfo incompatible con su misión espiritual. Después de algunos intentos, se adhirió a los postulados de ciertos moderados que esperaban una disminución de la influencia austríaca en Italia, a través de un cambio pacífico del mapa europeo, y trataban de preparar esta eventualidad estrechando vínculos entre los Estados italianos. Pío IX, dentro de este orden de ideas, había acogido muy favorablemente el proyecto, procedente de Florencia y apoyado por Corboli-Bussi de unir a los príncipes italianos en una liga defensiva.

La política pontificia tendente a promover una - solución pacífica del problema italiano desgraciadamente se iba a encontrar desbordada por los acontecimientos: en el norte las sublevaciones contra Austria, en Sicilia contra el absolutismo de los - Borbones y en sus propios Estados por la proclamación de la república romana.

2.2. LA EXPEDICION A ITALIA DE 1849.

Apenas proclamada la república romana, el 14 de febrero Pío IX protestó solemnemente ante el Sacro Colegio y el cuerpo diplomático. Unos días después, el cardenal Antonelli dirigía una nueva llamada a las potencias, invitando a Austria, Francia, España y Nápoles a intervenir militarmente, para restablecer al Papa en su poder temporal "con plenitud de derechos". Para Pío IX se trataba de una cruzada con un fin puramente religioso, pero Antonelli lo veía como la única solución que permitiese la restauración del Papa y, a la vez, la abolición del - estatuto.

Dos tesis diferentes se ofrecían a la opinión in ternacional para resolver el problema de la cuestión de Roma. La primera, avalada por España, sostenía - que los Estados de la Iglesia estaban regulados por los tratados de Viena de 1815, los acontecimientos que allí se estaban produciendo eran competencia de todas las naciones firmantes del tratado, y no de - exclusiva incumbencia italiana, por lo que su monarca podía solicitar una intervención del exterior en sus Estados. La -segunda, defendida por el Piamonte, se oponía a esta intervención extranjera en favor -

del Papa, por considerar que ésta traía la guerra a Italia, ya que Pío IX sólo debía recibir ayuda de los príncipes italianos.

El gobierno de Madrid tomó la iniciativa de proponer a los gobiernos de Francia, Portugal, Baviera, Cerdeña, Toscana y el reino de las Dos Sicilias, una conferencia que preparase los mecanismos adecuados para devolver al Papa sus Estados e instaurarle en el libre ejercicio de sus derechos espirituales y temporales.

El gobierno francés convocó una conferencia de las cuatro potencias en Gaeta (); se celebraron 14 sesiones del 30 de marzo al 22 de septiembre de 1849, y una última el 11 de marzo de 1850. Paralelamente, existieron otras iniciativas, la ya citada española que no obtuvo éxito y otra por parte del reino de Nápoles que en enero de 1849 sugirió el reunir a los representantes de todas las potencias europeas, católicas y no católicas, con el fin de estudiar la cuestión italiana. La negativa de Rusia a participar terminó con el intento y Francia sería la que puso en práctica esta idea.

Las preocupaciones de política interior explican los titubeos de Francia ante el problema italiano. Ciertamente, la situación de Francia era muy delicada. Luis Napoleón había llegado a la presidencia de la república por el apoyo de los católicos, a los que prometió su ayuda al Papa. Pero si estas presiones eran importantes, tampoco eran menores las que ejercía la opinión democrática y republicana, hostil a una intervención militar francesa en los asuntos

tos de Italia; además, Napoleón quería evitar un -
choque frontal en vista de las elecciones de mayo,
de las que se esperaba un giro a la derecha.

La derrota del rey de Cerdeña, Carlos Alberto, en Novara por las tropas austriacas el 23 de marzo de 1849, fue un golpe fatal para el movimiento nacional y liberal en Italia. Las potencias europeas se alarmaron ante estos hechos. Muchos veían, ya, a los austriacos dueños del valle del Poo, y marchando hacia Roma para suprimir la república y restablecer a Pío IX en el solio.

Francia no podía permanecer indiferente frente a estos acontecimientos, y el 25 de abril de 1849 tomó la decisión de intervenir enviando un pequeño - ejército dirigido por el general Oudinot que desembarcó en Civitavecchia. La idea general fue evitar que los austriacos ocupasen Roma, en esto todas las fuerzas políticas coincidían, pero en lo demás, la derecha deseaba que esta expedición sirviese para - restablecer al Papa, mientras que la izquierda veía en la intervención, sólo, un apoyo a la república - hermana de la francesa. El gobierno de Luis Napoleón presentó, ante la opinión pública francesa, la necesidad de esta expedición desde una doble perspectiva: primero, atemorizar a Mazzini y sus extremistas, luego, evitar que Austria tomase Roma, aumentando - su influencia en Italia. La iniciativa francesa atravesó dos fases. La primera, más diplomática que militar, dirigida por el diplomático Fernando de Lesseps, con el encargo de negociar una transacción razonable, no llegó a acuerdo alguno. En la segunda, una vez conocidos los resultados de las elecciones legislativas del 13 de mayo, la nueva mayoría vence

dora, "el partido del orden" monárquicos y católicos, impone un nuevo giro a la expedición: las tropas recibieron orden de atacar y restablecer por la fuerza el gobierno del Papa. El 3 de julio se apoderaron de Roma, en tanto que las otras potencias, Austria, España y Nápoles, ocupaban el resto de los Estados Pontificios. Francia, por otra parte, no podía permitir que Austria tomase las Legaciones y restableciese a Pío IX, esto suponía el fin de su influencia en Italia y sería el término de la obra liberal aconsejada por Francia y que Pío IX había tratado de llevar a cabo (21).

El 3 de julio de 1849, entró a formar parte del nuevo gobierno francés, presidido por Odilon Barrot, Alexis de Tocqueville como ministro de Asuntos Exteriores, cartera que ocupará por espacio de cinco meses. A su llegada al ministerio se encontrará con el problema de la expedición francesa a Roma; su opinión respecto a ésta es terminante:

"... L'expédition de Roma si mal conçue et si mal conduit qu'il était désormais aussi difficile de la pousser à bout que d'en sortir; tout l'héritage enfin des fautes commises par ceux qui nous avaient précédés" (22).

El gobierno francés esperaba que la restauración del Papa se realizaría en una atmósfera liberal. Desde el principio, sus diplomáticos habían insistido en Gaeta que no fueran abolidas las libertades constitucionales otorgadas con anterioridad a aqué-

llos acontecimientos. El 2 de julio, con la capitulación del triunvirato Mazzini-Armellini-Saffi, penetró el ejército francés en Roma. En julio de 1849, Tocqueville envía a Roma al coronel Collier como informador durante los primeros meses de la ocupación francesa (23). En las instrucciones que recibe del ministro, se le marcan los objetivos que habrán de cumplirse, fundamento de la intervención francesa en Roma:

- . Devolver al Papa su independencia.
- . Dar instituciones liberales a los Estados romanos.

Francia no podía abandonar Roma sin que éste último fin quedé cumplido. Las relaciones entre las autoridades romanas, el Consejo nombrado por el Papa y presidido por el cardenal Antonelli, y los jefes militares franceses fueron muy tensas y complicadas.

El 15 de agosto, Collier comunica a París que Francia no debía permanecer inactiva ante los actos de gobierno de las autoridades pontificias, pues es to comprometía los motivos por los que se realizó la intervención; él mismo expresa:

"... Nous avons pris Rome, nous l'occupons, cette situation nous oblige à exiger notre intervention dans la politique du nouveau gouvernement" (24).

El 27 de agosto, Luis Napoleón envió una carta

al coronel Ney, jefe de la guarnición francesa en Roma, para que fuese publicada en la prensa romana. Poco después, Luis Napoleón fue obligado, ante la indignación de los católicos franceses y por las protestas de los cardenales romanos, a desaprobar su carta en la que, entre otras cosas, manifestaba que la república francesa no había enviado un ejército a Roma para ahogar la libertad italiana.

Con el retorno de Pío IX a sus Estados, el mapa geopolítico de Italia volvía a ser el mismo que surgió en 1815 con el congreso de Viena. Austria seguía ocupando Lombardía y el Véneto, y en Roma una guarnición francesa permanecía para proteger los Estados Pontificios. El gran duque de Toscana y los duques de Módena y Parma fueron restablecidos de nuevo en sus Estados. El rey de Nápoles sometió a los insurrectos de Mesína.

El Papa olvidó fácilmente sus promesas formales de respetar el estatuto: permanecía bajo la impresión del fracaso de la política que había seguido Rossi, a quien él mismo había impulsado a lo largo de dos años por la vía de las reformas liberales. El período liberal que había impregnado el comienzo de su pontificado, estaba cerrado definitivamente.

3. FORMACION DEL REINO DE ITALIA

3.1. PERIODO DE REORGANIZACION

En la ruina que sobrevino, por el fracaso de la revolución del 48 en Italia, el Piamonte fue el úni

co Estado que no perdió cuanto poseía, había sido derrotado por Austria, pero conservaba su estatuto.

Víctor Manuel II, que había sucedido a su padre Carlos Alberto, después de la derrota de Novara, supo resistir las presiones internacionales que le instaban a derogar la Constitución de su reino y a restablecer un gobierno absoluto.

Máximo de Azeglio, nombrado jefe del gobierno piamontés, señaló con acierto la nueva trayectoria de la política sarda; había que comenzar de nuevo y lo primero era conseguir una paz digna con Austria y elegir diputados que la ratificaran. Desde la derrota de Novara la gran preocupación piamontesa fue el obtener de Austria un tratado que le resultase menos perjudicial, tarea difícil de alcanzar por sí solos, ya que se hacían imprescindibles los buenos oficios de una potencia europea y éstos sólo podían venir de Francia o Inglaterra.

La derrota del Piamonte frente a Austria produjo un cambio de actitud de la política francesa con el reino sardo; ésta se alejó de Austria y se aproximó al Piamonte. Este giro de la diplomacia francesa se puso de manifiesto siendo ministro de Asuntos Exteriores Alexis de Tocqueville. En el Consejo de ministros, celebrado en París el 20 de julio de 1849, Tocqueville afirmó que Francia no podía tolerar el que Austria variase las condiciones de paz que en un principio presentó y que parecían aceptables para el Piamonte. Las nuevas exigencias austríacas dejaban al descubierto que su único fin no era exclusivamente la firma del tratado de paz, sino que su íntima

intención consistía en acabar con la independencia del Piamonte. Afirmaba Tocqueville que Francia no podía permitir que se destruyera la libertad política en el único Estado en el que la revolución de 1848 fue de signo moderado. El Consejo de ministros francés acordó por unanimidad comunicar a su ministro plenipotenciario en Turín, el embajador Boislecote, que transmitiera al gobierno sardo los siguientes acuerdos tomados en Consejo de ministros: Si Austria persistía en su idea de variar las primitivas condiciones de paz y amenazaba con utilizar la fuerza si no eran aceptadas las nuevas cláusulas, el gobierno francés estaría de parte del Piamonte, no consintiendo que se repitiesen los hechos de Novara (25). La situación se resolvió adecuadamente para ambas partes, firmándose la paz el 6 de agosto.

3.1.1. El abandono del aislamiento internacional y los acuerdos entre Cavour y Napoleón.

En 1852 tomó la dirección del gobierno -piamontés el conde Camilo Benso di Cavour. Su política se encaminó hacia dos frentes, de una parte el interior tendente a conseguir la recuperación económica del reino y a la formación de un ejército importante, y de otra el exterior, dirigiendo todos sus esfuerzos a conseguir una alianza con Francia. Convencido de la imposibilidad de expulsar con las solas fuerzas piamontesas a los austriacos de Italia, intentará hacer salir al Piamonte de su permanente aislamiento, -tratando de atraerse las simpatías de Napoleón III (26).

Cavour persuadió al Rey de la necesidad - de encontrar la forma de participar en la guerra que las potencias occidentales estaban a punto de declarar a Rusia. Sabía que esto no sería fácil, las dificultades venían por - parte de alguna de las potencias participantes y por la propia política doméstica. El - gobierno, el parlamento y la opinión pública estaban muy divididos sobre la conveniencia o no de entrar en guerra, e incluso dudaban de a qué lado debían aliarse (27). En el ánimo del jefe de gobierno pesó más la razón de Estado que las propias ideologías, y el Piamonte concertó una alianza con Francia e Inglaterra el 26 de enero de 1855, iniciando así el abandono de su aislamiento internacional. Por el tratado se comprometía a mandar un - cuerpo expedicionario de 15.000 hombres (28). La entrada en la guerra supuso el enfrentamiento de Cavour con algunos de sus ministros, sobre todo con el de Asuntos Exteriores, general Dabormida, y soportar la crítica feroz de la prensa y el Parlamento, sin embargo consiguió la mayoría necesaria para la ratificación del acuerdo. Pocos comprendieron que Cavour se ligaba a las potencias occidentales para después, con su ayuda, poder llevar a cabo la unidad italiana, confiando en la diplomacia inglesa y en las armas de Francia (29).

En el Congreso de la Paz, celebrado en París en abril de 1856, por el que se puso fin a la guerra de Crimea, Cavour, que asistió

al mismo como representante del Piamonte, - llamó la atención de las potencias europeas acerca de la situación de Italia. Así la - cuestión italiana fue presentada por primera vez de forma oficial, y se sometió a la consideración de Europa en un congreso de diplomáticos. Fue un gran éxito moral para los - partidarios de la unidad, un acierto personal de la diplomacia de Cavour, y una victoria - de Victor Manuel de Saboya. Ciertamente que no se alcanzaron resultados concretos e inmediatos, pero sí se logró, como señaló Cavour a su regreso a Turín en mayo de 1856, iniciar una - importante campaña contraria a los tratados de Viena de 1815, al poder austriaco y al - poder temporal del papado.

Con la denuncia hecha sobre la desgraciada situación de Italia, no sólo consiguió interesar a las potencias asistentes, sino que logró de las mismas una declaración en la - que se expresaba la necesidad de poner remedio a estos hechos, no sólo por Italia, sino también por la paz de Europa.

El Piamonte necesitaba el apoyo de Napoleón III que se había convertido en el árbitro de Europa. Conociendo Cavour su opinión favorable a la creación de nuevas nacionalidades para corregir el orden salido del congreso de Viena, basado en el principio de legitimidad, intentó atraérselo hacia sus planes: la liberación del norte de Italia de la ocupación austriaca. Cavour consiguió la confianza de Napoleón y lo persuadió para que -

hiciese algo en favor de Italia. Durante su estancia en Plombières en 1858, se establecieron las bases de una alianza "defensiva" entre Francia y el Piamonte, y en el tratado se estipulaba que Francia acudiría en socorro de la Casa de Saboya tan sólo en el caso de que Austria atacase al Piamonte.

El tratado del 26 de enero de 1859 diferió de los acuerdos de Plombières; éste era una alianza defensiva y ofensiva, tendente a conseguir una reestructuración del mapa de Italia: la formación de un reino de 11 millones en la alta Italia, la soberanía temporal del Papa sería mantenida pero quedaría desposeído de la mayoría de sus Estados - sólo - permanecería con Roma y los alrededores - la expulsión de los austriacos de Italia, la creación de un nuevo reino en la Italia central previa expulsión de los soberanos de Toscana, Módena y Parma y el reino de Nápoles. Estos reinos estarían agrupados en una confederación bajo la presidencia del Papa, compensación que recibiría por la pérdida de la mayoría de sus Estados (30). Francia, como recompensa, recibía Saboya y Niza, y ejercería sobre la federación una influencia moral. Como garantía del acuerdo se estipuló el matrimonio del príncipe Napoleón, primo de Napoleón III, con la princesa Clotilde, hija del rey Victor Manuel II (31). La publicación oficiosa del tratado produjo grandes tensiones en las Cortes de Europa; para resolver lo que se preveía que podría -

degenerar en una crisis seria, Inglaterra en ese momento con gabinete conservador y Rusia, propusieron la reunión de un congreso para - negociar allí la cuestión italiana. Napoleón no se opuso a la reunión de este congreso, - e incluso dió marcha atrás al acuerdo firmado con Italia afirmando que éste sólo tenía carácter defensivo. Ante estos hechos Cavour se vió obligado a aceptar su asistencia al - mismo (32).

3.1.2. La guerra franco-piamontesa frente a Austria.

La impaciencia de Austria y la habilidad - de Cavour salvaron al Piamonte de una difícil situación. La precipitación austriaca al exigir al Piamonte que, previa a la reunión del congreso, debía desarmar en el término de tres días su ejército, equivalía a una - declaración de guerra. Cavour consiguió su objetivo: provocar a Austria, y ésta reaccionó precisamente como él deseaba. El 29 de - abril de 1859 comenzó la guerra. Las tropas francesas acudieron en auxilio de sus aliados y todos los partidarios de un nuevo orden en Italia se agruparon alrededor de Víctor Manuel. La débil ofensiva lanzada por Austria dió lugar a la llegada de las tropas - francesas. El día 4 de junio de 1859 los - franco-piamonteses lograron la gran victoria de Magenta. El 8 del mismo mes, Napoleón III y Víctor Manuel II de Saboya entraron en Milán, liberada ya de la dominación austriaca.

Garibaldi, por su parte, con los cazadores alpinos, venció a los austriacos y entró en Como, en Bergamo y en Brescia. La batalla decisiva se libró el 24 de junio en Solferino, la contienda fue confusa, pero al final la victoria se inclinó del lado franco-piamontés (33).

El triunfo sobre Austria se consideró más francés que piemontés e inquietó a las potencias europeas, Inglaterra llegó a temer que significase un renacimiento del "espíritu napoleónico", y el gobierno de Londres comunicó al de París que no lo apoyaría más. Rusia manifestó su enojo tildando la contienda de guerra demagógica. El zar el 28 de junio comunicó a París que de no firmarse la paz, serían atacados. Los Estados alemanes y Prusia, sobre todo, se proclamaron solidarios con los austriacos y llegaron a movilizar sus tropas en el Rin. Napoleón tuvo que ceder a las presiones y decidió poner fin a las hostilidades. El 15 de julio se firmaron los preliminares de paz en Villafranca. Austria cedía Lombardía a Napoleón, el cual, a su vez, la transfería al Piamonte. Los duques de Toscana, Parma y Módena serían restaurados; al Papa se le pedía que realizara reformas en sus Estados; los Estados italianos constituirían una federación, en la cual el Véneto, que seguía dependiendo de Austria, formaría parte y el Santo Padre la presidiría.

El tratado venía a recoger algunos aspectos de los acuerdos de Plombières. La paz definitiva se firmó en Zurich en noviembre de 1859, defraudando las esperanzas de Cavour y los patriotas italianos. El 12 de julio Cavour presentó su dimisión a Victor Manuel por considerar inaceptables las cláusulas del tratado de paz.

3.2. LA VIA DIPLOMATICA REVOLUCIONARIA

3.2.1. Anexión de Los Ducados y Las Romañas por el Piamonte.

Desde el comienzo de la guerra de 1859, - el gran duque de Toscana y el de Parma y Módena habían sido obligados a abandonar sus Estados. Igual suerte corrieron los legados pontificios que se vieron en la precisión de dejar las Romañas.

Por los preliminares de Villafranca y el tratado de paz de Zurich de 1859, los antiguos soberanos debían ser restablecidos de nuevo en sus Estados, éste fue el espíritu de la paz. El problema se planteó a la hora de su puesta en ejecución. Desde el mes de diciembre, Napoleón III, muy impresionado por el vigor del sentimiento italiano, proclamó el principio de la no intervención, lo que equivalía a la imposibilidad de llevar a cabo la restauración de los antiguos soberanos, ya que sin la ayuda de Francia ésta se hacía imposible.

Cavour, desde su retiro de Levi, siguió - moviendo los hilos de la política piamontesa utilizando a los ministros Lamarmora y Ratazzi. Su idea era conseguir amplios movimientos populares en los Ducados y las Romañas, los cuales reflejados luego en votos plebiscitarios, se traducirían en anexiones territoriales al Piamonte, contando con el apoyo diplomático de Inglaterra.

El juego era peligroso, pero tuvo franco éxito. El 20 de enero volvió Cavour a la presidencia del gobierno sardo afirmando en un comunicado que la única solución para la crisis de Italia era la anexión al Piamonte de los Ducados y las Romañas. Napoleón III consintió a cambio de la cesión a Francia de Niza y Saboya, prevista en Plombières (34).

En Toscana, Módena, Parma y las Romañas, se hicieron dueños de la situación los revolucionarios Ricasoli, Farini y Cipriani que declararon extinguidas las antiguas dinastías y expresaron su propósito de unirse al Rey - del Piamonte. En marzo de 1860 las poblaciones de los Estados anexionados aprobaron por gran mayoría su unión al Piamonte. Francia - permitió la expansión del reino sardo a costa de la Italia central. El 25 de marzo se elegía un Parlamento común para todo el nuevo reino de "la alta Italia".

3.2.2. Anexión del reino de las Dos Sicilias al Piamonte.

Tras las anexiones de los Ducados y las -
Romañas se produjo una revolución en Paler-
mo; los insurrectos fueron vencidos, pero -
grupos armados se extendieron por los cam-
pos. La noticia de los acontecimientos origi-
nó una expedición de italianos dirigida por
Garibaldi que se trasladó a Sicilia, conoci-
da como la expedición de "los Mil".

Garibaldi desembarcó con 1.200 hombres; -
su propósito consistía en ayudar a los suble-
vados de Sicilia, prosiguiendo después la lu-
cha hasta expulsar al nuevo Rey de Nápoles,
Francisco II, y llegar hasta Roma convirtién-
dola en la capital de Italia. Garibaldi ac-
tuó de motu propio sin preocuparle la opinión
de las cancillerías europeas (35). En cuanto
a sus relaciones con Turín, éstas eran tensas, ya
que Garibaldi no había olvidado la cesión -
hecha a Francia de Niza, su ciudad natal.

Cavour, hasta el año 1860 no concibió la
idea de la unidad italiana como Estado unita-
rio. Al considerar la unidad, se refería a
una Italia independiente de la ocupación ex-
tranjera y de la influencia austríaca, con
un Estado preponderante sobre los otros Es-
tados italianos: el Piamonte a la cabeza -
de la federación (36). No podía permitir -
que el éxito de su obra se malograra, atra-
yéndose la enemistad de la diplomacia inter-

nacional, por culpa de los planes garibaldinos en su expedición de "los Mil". Este sabía que atacar Roma, cabeza del mundo católico, podía producir una reacción de solidaridad con el Papa por parte de las potencias católicas y, sobre todo, un posible enfrentamiento con las tropas francesas de Napoleón III, que guarnecían la ciudad.

Cavour maniobraba en su provecho, contribuyendo a extender la idea que los partidarios de Garibaldi tenían intención de crear una república en la Italia del sur. Estos rumores consternaron a las potencias europeas y, más en concreto, a Napoleón III que aceptó - como única posibilidad para cortar esta iniciativa republicana que las tropas piamontesas fuesen a la Italia del sur, ocupando la mayor parte de los Estados pontificios, excepto Roma y la Campaña Romana (37), deteniendo así a Garibaldi en su posible marcha hacia la capital de la Santa Sede.

El 11 de mayo desembarcó la expedición de "los Mil" en Marsala y el 27 fue conquistado Palermo. Nuevos voluntarios afluyeron de todos los rincones de Italia en ayuda de Garibaldi. El Piamonte oficialmente desautorizaba a éste, y le conminaba a no cruzar a Nápoles, pero extraoficialmente le animaba. Garibaldi pasó el estrecho y Francisco II, al ver que la revolución se extendía, abandonó Nápoles el 6 de septiembre.

Una vez que Cavour vió que la marcha de "los Mil" se convertía en un triunfo que les llevaba a la victoria en Nápoles, su preocupación se centró en intentar conseguir que el nuevo gobierno que sustituyese a los Borbones, estuviese formado, en mayoría, por moderados partidarios de la anexión al Piamonte (38). El 1 de octubre, con la batalla de Volturno, terminó la expedición de "los Mil".

La resistencia del Rey Francisco II, refugiado en la fortaleza de Gaeta, duró hasta el 12 de febrero de 1861 que embarcó en una nave francesa y se acogió a los Estados pontificios.

El 21 y el 22 de octubre se celebraron los plebiscitos, por los que se anexionó el reino de las Dos Sicilias al Piamonte.

3.2.3. La invasión de los Estados pontificios.

Cavour puso en práctica su plan de enviar a Nápoles un cuerpo expedicionario con un doble fin, de una parte y cara a Garibaldi, - ayudarle a terminar con la resistencia de los Borbones refugiados en Gaeta, de otra, frente a las potencias europeas, so pretexto de cortar la revolución garibaldina en su marcha hacia Roma, presentó la invasión de los Estados pontificios como única forma de conseguirlo.

Victor Manuel II mandó un ejército que -

ocupó la Marca y la Umbría, derrotando a las tropas pontificias en Castelfidardo el 18 de septiembre; todo quedó terminado pocos días después con la capitulación de la fortaleza de Ancona.

Las tropas piemontesas invadieron la Marca y la Umbría, respetando Roma y el Lacio pasaron a Trento y penetraron a continuación en territorio napolitano, encontrándose en Teano Victor Manuel II y Garibaldi. Un abrazo entre ambos selló viejas heridas y ganó de nuevo a los garibaldinos para su causa.

Los días 4 y 5 de noviembre se celebraron los plebiscitos en la Marca y la Umbría, aprobándose su incorporación al Piamonte (39).

Las protestas del Papa y las del Rey Francisco II de las Dos Sicilias, por las ocupaciones y anexiones de sus respectivos reinos, fueron inútiles. Las potencias europeas permanecieron impotentes.

Napoleón III se limitó a una débil protesta oficial para cubrir las apariencias, ya que estaba convencido que lo ocurrido era la mejor solución para la cuestión italiana. Londres, por su parte, no condenó los hechos. - San Petersburgo y Berlín no tenían motivos religiosos para oponerse y en cuanto a los políticos, no pesaron lo suficiente para intervenir directamente en estos acontecimientos. - Viena quiso impedir estos hechos, pero se encontraba aislada de las otras dos potencias

legitimistas. España, Portugal, Bélgica y - las otras naciones católicas de segundo orden, impotentes ante los sucesos, se limita ron a protestar.

3.2.4. Creación del reino de Italia (1861)

El 18 de enero de 1861, fue la apertura - del nuevo Parlamento "Constituyente", en el que participaron los representantes populares de todos los reinos y provincias que habían votado su anexión al Piamonte. El 14 de marzo este Parlamento mandatorio de toda la península proclamó en Turín la creación del - reino de Italia, bajo el cetro de Víctor Manuel II de Saboya (40). El 17 de marzo, con la aparición en la Gaceta Oficial de un breve decreto, de un solo artículo, el Rey Víctor Manuel II sancionó el voto del Parlamento y asumió para él y sus descendientes el - título de rey de Italia. El 27 de mayo con - un voto solemne la Cámara declaró que Roma - debía ser la capital del nuevo reino.

La creación del nuevo reino de Italia, le vantó protestas, de un lado, las de los sobe ranos cuyos territorios habían sido usurpados: el Papa, los grandes duques, Francisco II; de otro, las potencias europeas que adoptaron una actitud de simple protesta formal, no rebasando los límites de la acción diplomática.

Francia, Rusia, Austria y España retiraron sus embajadores, pero esto no desembocó

en una ruptura total de relaciones, y los intereses de estas naciones estaban defendidos por sus respectivos encargados de negocios. Progresivamente las naciones europeas irán reconociendo los hechos consumados en Italia; en pocos meses la casi totalidad de los embajadores había regresado, reconociendo el nuevo reino, excepción hecha por España que no lo hizo hasta 1865, siendo la última de estas potencias en admitirlo.

3.3. VENECIA Y LA CUESTION ROMANA

Toda la península, a excepción de Venecia y Roma, obedecía a un único soberano; sólo quedaban estas dos cuestiones por resolver, ambas muy delicadas.

Aprovechando los desacuerdos surgidos entre Austria y Prusia, el reino de Italia se alió con esta última. En junio de 1866 se declaró la guerra a Austria, cuyas tropas vencieron a las italianas el 24 de junio de 1866 en Custoza, y enfrentados en el mar quedó destruida la escuadra italiana en Lissa. Sin embargo, Prusia venció a los austríacos, e Italia se aprovechó de la victoria de su aliada, y lo que no pudo obtener por la fuerza de las armas lo consiguió por la vía de los acuerdos de paz. Austria acabó cediendo Venecia a Italia, lo que supuso el fin del predominio de los Habsburgo sobre Italia.

En cuanto a la cuestión de Roma, la coronación obligada del nuevo reino de darle Roma por capital, se encontró con enormes dificultades: la negativa del Papa Pío IX y la oposición obstinada de Francia.

Sin embargo, estas dificultades no intimidaron a los radicales garibaldinos. En 1862 al grito de "o Roma ó muerte" marcharon sobre Catania. El propio gobierno italiano, ante las amenazas de Francia que se declaró defensora del poder temporal del Papa y amenazó con intervenir directamente en los acontecimientos, hubo de impedir la tentativa de Garibaldi. En 1867 éste, de nuevo, trató de repetir la empresa de Roma, penetrando en el Estado pontificio, y derrotó al ejército del Papa en Monterotondo. Las tropas francesas, enviadas por Napoleón III en socorro del Pontífice, desembarcaron en los Estados de la Iglesia batiendo a los garibaldinos en Mentana. Napoleón III dejó claro su propósito de no permitir que los italianos se anexionaran la ciudad Eterna, pero cuando Francia fue derrotada por Prusia en 1870, Víctor Manuel II ordenó la ocupación de Roma el 20 de septiembre de aquel año, trasladándose poco después y definitivamente la capital de Florencia a Roma. Quedaba así realizada la unificación de Italia, permaneciendo solo el contenido con la Iglesia, que se resolvería ya entrado el siglo XX con la firma de los pactos de Letrán en 1929.

4. EUROPA FRENTE A LA UNIDAD ITALIANA

4.1. CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCION LIBERAL DE 1848

El año 1848 marcó el final de una época en la que la sociedad se encontraba estructurada de manera jerárquica y relativamente estática, en donde el sufragio, caso de estar admitido, era de carácter restringido. La nueva era vino marcada por la desaparición de la escena política de grandes hombres -

que habían gobernado Europa durante décadas: Melbourne, Metternich, Guizot, Luis Felipe de Orleans, etc.

La reacción inmediata a la revolución tuvo como consecuencia un período de cierta estabilidad política y de gran desarrollo y prosperidad económica.

En ninguna parte de Europa la revolución consiguió fundar una libertad firme y estable, y los antiguos regímenes comenzaron a surgir de entre sus ruinas, si no igual que eran a su caída, al menos muy parecidos (41).

Al final de 1848, los gobiernos europeos que se habían visto afectados de una u otra forma por la revolución, volverán de nuevo a recuperar el control de la situación interior, y a recomponer las relaciones internacionales, restableciéndose el equilibrio europeo.

Austria recobró su unidad interior y el orden social con la salida de Metternich, y en el exterior vió repuesta su hegemonía en Alemania, instaurado su protectorado sobre parte de Italia, e incluso parecía más fuerte su posición en Europa. Ciertamente que el gran sueño de Schwarzenberg y de Bruck, de hacer un Estado de 70 millones de habitantes no vió la luz, pero al menos Austria consiguió que no se hiciese la unidad alemana excluyéndola.

Prusia, a pesar de no haber conseguido sus aspiraciones de hacer la unidad alemana, sigue manteniendo en el plano económico una posición preponderante.

Rusia aparece como el arbitro de Europa, triunfó sobre todos los frentes diplomáticos (42), contribuyó al arreglo en la reposición de los antiguos soberanos en los Ducados italianos, prestó su ayuda a Austria para que esta venciese a los movimientos - húngaros de su imperio, provocó en Olmütz el fracaso de Prusia en la idea de conseguir la unidad de - Alemania en provecho propio, y terminó con los movimientos revolucionarios que se desarrollaron en los principados danubianos, ocupando esas provincias - del imperio otomano, de acuerdo con Turquía.

La república francesa de 1849, dirigida por el príncipe-presidente Luis Napoleón, va preparando el camino del imperio; en su política interior los representantes del pueblo francés, monárquicos en su mayoría, detestaban al gobierno democrático y republicano, preconizando la restauración de las viejas aristocracias y trabajando secretamente por el restablecimiento de todas las monarquías absolutas de Europa (43).

El gobierno, alarmado por el poderío ruso, intentará una alianza con Inglaterra, pero la desconfianza de lord Palmerston no permitió estudiar la unión.

En Italia, los resultados para los partidarios - de la unidad fueron decepcionantes; Sicilia derrota da y sometida, los napolitanos habían entrado en la obediencia e incluso en la servidumbre, el Piamonte vencido por Austria y en vías de negociación de paz, la República Romana abatida por las tropas francesas y sus aliados, y los soberanos de los Ducados - repuestos.

Los movimientos nacionales sufrirán grandes cambios; la fuerza de los principios liberales que los inspiraban se debilitó con la desaparición de muchos de los hombres que los impulsaban.

En Alemania se dió paso a la "Realpolitik", menos principios y más éxitos militares; para conseguir un Estado nacional fuerte y unido buscarán por la fuerza de las armas lo que no se pudo conseguir por la vía del Parlamento.

El Risorgimento italiano tomó a partir de entonces una perspectiva diferente, menos romántica; el movimiento democrático y republicano, tal y como lo concebían Mazzini y Garibaldi, dió paso a otro: "el Risorgimento liberal y moderado", de Víctor Manuel y Cavour (44).

4.2. EL HUNDIMIENTO DEL SISTEMA METTERNICH

La revolución de 1848 parecía que iba a derribar el sistema de equilibrio europeo, sustituyendo el orden legitimista de los príncipes por el nuevo de las nacionalidades. Pero en 1849 la reacción recompuso el equilibrio turbado, la revolución fue vencida en todos los frentes y los Estados volvieron al orden de 1815 del congreso de Viena; pero la experiencia revolucionaria produjo fisuras que poco a poco se fueron ensanchando. En el frente conservador - Rusia, Austria y Prusia - se produjeron distanciamientos; los recelos, abandonos y suspicacias terminaron por romper o hacer ineficaz la alianza conservadora, piedra angular del sistema de 1815.

Los estadistas que pasaron a ocupar el primer plano de la política europea, Napoleón príncipe-presidente de Francia y desde 1850 emperador, Víctor Manuel II y Cavour en el Piamonte, Gorcharov y Bismark, todos estos hombres no tenían relación alguna con el tratado de Viena, ni tenían interés en preservarlo. Napoleón III soñaba con conseguir rehacer el mapa político de Europa, anulando los límites trazados por el tratado de 1815, con lo que conseguiría rectificar la frontera francesa sobre el Rhin, volviendo a los límites naturales. Víctor Manuel II y Cavour, no cesarán hasta conseguir la unidad italiana, lo mismo que Bismark, la alemana.

Todos ellos, y cada uno por su motivo, se aprovecharon del incumplimiento del tratado de Viena, o desearon verlo incumplido.

Pronto se puso de manifiesto que había desaparecido la solidaridad ideológica que antes había servido para unir de manera firme a las potencias conservadoras. Con motivo de la guerra de Crimea, Rusia recurrió a sus aliados tradicionales, pero Viena y Berlín le negaron a Nicolás I su ayuda, pudiendo más los recelos y ambiciones por la primacía, que la solidaridad ideológica.

Las alianzas cambiaron de defensivas en ofensivas (45). De 1850 a 1870 acontecieron cuatro guerras en las cuales las grandes potencias se opusieron unas a otras o se vieron implicadas. El mapa de Europa, que desde 1815 se había mantenido prácticamente inalterable, quedó radicalmente modificado durante este período. Vió la luz la unidad italiana, configurándose en una potencia de peso que ocuparía

el último puesto en el grupo de las grandes potencias.

Prusia ganó la supremacía en Alemania a costa de Dinamarca y Austria y forma la unidad alemana. Su victoria frente a Francia en 1870 le sirvió para quedarse con Alsacia y Lorena. Rusia desde su derrota de la guerra de Crimea, e Inglaterra, aunque por motivos distintos, desde entonces, permanecieron apartadas de los conflictos bélicos.

En 1870 el principio de equilibrio europeo del poder fue abandonado para pasar a una nueva situación, la de hegemonía europea, con la aparición del imperio unificado de Alemania. El conflicto franco-prusiano marcó el final de Napoleón III, pero supuso la coronación de su política: construir a Europa sobre el principio de las nacionalidades fue el triunfo del nacionalismo, éxito que se logró, en parte, ^{sacrificando algunos principios} ~~del~~ del liberalismo, terminando con el principio del derecho dinástico de 1815.

4.3. EUROPA Y EL PROBLEMA ITALIANO.

La cuestión italiana significaba algo diferente para cada potencia, y su análisis se hacía desde una doble valoración, la de más peso, como útil ó no a sus intereses y ambiciones y sólo después desde el punto de vista italiano, este segundo aspecto era observado sólo por las potencias liberales.

Desde 1848, las grandes potencias europeas miraron con inquietud a Italia, temían el desarrollo de

una nueva revolución.

Cavour desde su llegada al gobierno piamontés, - supo sostener con enorme habilidad la tesis de que por la represión austriaca nunca se apagaría la revolución, sino que, por el contrario, la extendería más, y que sólo dando cauces a las aspiraciones nacionales podría evitarse. Estos razonamientos encontraron eco en algunas potencias europeas, principalmente en Francia e Inglaterra; otros, por el contrario, se opusieron, pero lo hicieron más con declaraciones que con hechos.

La empresa unificadora de Italia se inserta en - el plano de la política internacional europea, dentro del proceso de liquidación y descomposición del sistema europeo de la Santa Alianza. Todas las grandes potencias se vieron, más o menos, implicadas en los sucesos de Italia. Cuando el ciclo se inició en 1848, Europa era, aún, la Europa legitimista del congreso de Viena y cuando concluye en 1870, del antiguo orden no queda nada. Entre estas dos fechas, una serie de acontecimientos importantes han ido produciendo ese deslizamiento desde la Europa legitimista a la de las nacionalidades. La situación internacional ha ido modificándose paulatinamente, estrechamente vinculada a los sucesos italianos. La posición de las potencias europeas frente a la unidad fue girando, haciendo que las mismas que en un momento se favorecían, pasaban después a oponerse.

4.3.1. Las potencias conservadoras

Austria, Prusia y Rusia, partían del principio de la garantía de los derechos de los --

príncipes sobre sus Estados. Esto, en teoría, había sido suficiente para impedir a Italia su unificación nacional, pero el frente conservador desde la guerra de Crimea ya no existía como frente unido. Austria abandonó a su aliada natural, Rusia, y Prusia, por su parte, también se había alejado de Rusia, ante el temor a posibles intervenciones en la política de la confederación germánica. Por esto, la política del frente conservador frente a la unidad italiana, no será unitaria e incluso fue diferente e insolidaria entre ellas. Las tres se opusieron a la unidad, pero de ellas, sólo Austria estaba dispuesta a impedirla por las armas.

Rusia, abandonada de sus aliadas, se alejó desde 1855 hacia el este, más preocupada por sus intereses en oriente, distanciándose de la política occidental, y permaneciendo pasiva ante los acontecimientos italianos que directamente no le afectaban; además no se encontraba comprometida con Austria, ya que su alianza estaba rota, de hecho, desde 1854. Con respecto a la Corte de Roma, no se puede olvidar que Rusia era ortodoxa, y esto hacía que la cuestión romana le fuera totalmente extraña (46). Con respecto al rey de Nápoles, se consideraba Rusia obligada por el estatuto dado a Europa en el tratado de 1815, además de por su amistad con los Borbones napolitanos, pero todo esto no fue suficiente para hacer que retirase su atención de los Balcanes e interviniera militarmente en favor de Fran-

cisco II. Después de la anexión de los Ducados y las Romañas al Piamonte y de la invasión de los Estados del Papa, creado el reino de Italia, el zar decidió como única medida reclamar a su representante en Turín, y así se lo hizo saber Gorcakov a Cavour (47).

Prusia fue evolucionando desde una postura negativa y defensora del statu quo (no veía bien la alteración del equilibrio italiano), hacia una posición más benévola con respecto al Piamonte.

La entrevista de los "tres soberanos" de Rusia, Austria y Prusia celebrada en 1860, no consiguió restablecer el frente común. La conferencia de Schönbrunn en 1864 de las tres potencias, no logró ningún resultado positivo; a partir de entonces, Prusia se irá alejando más de Austria. Respecto a la cuestión romana, la posición de Prusia como potencia protestante era clara; su ministro de Asuntos Exteriores, Schleinitz, señaló que la Corte de Roma no existía nada más que como potencia temporal, por lo que sus protestas o reservas serían por ver alterado allí el principio de autoridad y los derechos de legitimidad violados. Prusia, al mismo tiempo, no podía condenar el derecho de los pueblos a conseguir su unidad, ya que después de todo, esta nación quería lo mismo. Acerca de la postura prusiana, el embajador del Piamonte en Berlín, escribió a Cavour en 1860: el gobierno prusiano en cierta medida les era favorable, pero no podían manifestarlo; pensaban

realizar la misma obra, cuando les fuera pro
picio, pero hasta entonces respetarían los
derechos legítimos de los soberanos. A par-
tir de 1864 Berlín y Londres sustituirán a
Francia como punto de apoyo en la política
del reino de Italia frente a la cuestión ro
mana. En 1866 se firmaría un acuerdo entre -
Prusia y el reino de Italia; esta alianza sir-
vió a Italia para conseguir de Austria el Vé
neto.

En 1870, la guerra franco-prusiana favore-
ció indirectamente a la causa italiana. Al
retirar Napoleón sus tropas de Roma, Víctor
Manuel vió desaparecer el último obstáculo -
que le impedía penetrar en la ciudad.

Austria fue, hasta 1866, fecha en la que
modificará su postura respecto a la cuestión
romana, la defensora del viejo ordenamiento
italiano. Contraria a la unidad, no dejó de
oponerse a las aspiraciones de la Corte de
Turín desde 1849 a 1866, por la vía diplomá-
tica y por las armas. Su aislamiento de Ru-
sia y Prusia, que habían sido sus aliadas na
turales desde 1815, relegaron su peso especí-
fico en Europa e hicieron infructuosas sus
peticiones de convocatoria de un congreso euro-
peo. Existió un desequilibrio entre sus de-
seos y sus posibilidades. En el campo mili-
tar, sus tropas tampoco pudieron frenar la
política expansionista del Piamonte. Desde -
la guerra de Crimea la solidaridad entre las
tres potencias del bloque conservador esta-

ba rota. Austria intentó varias veces recomponerla, como en la conferencia de Schöbrunn, en la que propuso como fórmula para acabar - con la cuestión de Italia el repartirla entre ellas, pero su intento fracasó. Esto hizo que Austria buscase en otra dirección la forma de romper su aislamiento, acercándose a París, pero le resultó imposible deshacer la rivalidad existente, de siempre, entre ambas Cortes, por lo que no llegó a plasmarse en acuerdo alguno la idea austríaca de atraer a Napoleón a la órbita conservadora. Su - posible alianza con Francia, fue el motivo - por el que depuso las armas en Villafranca.

En cuanto a la cuestión romana, Austria - fue decididamente favorable al Estado pontificio; en los preliminares de Villafranca se preocupó de salvaguardar la integridad de los Estados de la iglesia y así quedó recogido - en los tratados de la paz de Zúrich (48).

Su política de alianza con Francia le hizo evitar las complicaciones de la cuestión romana, posiblemente siguiendo esta conducta, el ministro austríaco Rechberg recomendó a la curia romana la resistencia pasiva - como el mejor medio para contrarrestar los - ataques de sus enemigos (49). Todo esto pesó en la decisión austríaca a la hora de tomar una posición activa para hacer respetar el - statu quo y proteger a los soberanos legitimistas de la península.

Desde 1866, una vez perdidos sus intereses en Italia, con la cesión de Venecia, su pragmatismo motivado por la necesidad de aliarse con Italia y Francia frente a Prusia, le movió a abandonar la causa del Papa en la cuestión romana.

4.3.2. Las potencias liberales.

Gran Bretaña representó el polo opuesto de Viena, su protestantismo y su liberalismo le llevaron a una condena del poder temporal del Papa y del régimen de los Borbones de Nápoles al que acusaba de absolutista y reaccionario. Su política en la cuestión de Italia fue de simpatía y apoyo moral hacia el movimiento de unidad, sin que esto le supusiese el abandonar su neutralidad en los asuntos del continente. Sus intenciones le hicieron partidario del equilibrio y la seguridad en el Mediterráneo (50). Evitando complicaciones con las potencias conservadoras, su conducta en Italia estuvo subordinada a su política general en Europa. Cavour definió muy bien los términos de la ayuda de Londres: de ella se podía esperar un sostén moral y diplomático, pero sería muy difícil hacerlos salir del platonismo de su amistad (51).

En el desarrollo de las relaciones de Gran Bretaña respecto a Italia, conviene diferenciar dos etapas. En la primera, en 1856, la política de Londres en Italia fue total-

mente opuesta a la de Francia, y su preocupación consistió en mantener a este país alejado de Italia. El primer ministro Palmerston y el secretario de Estado Clarendon deseaban que Austria, de motu proprio, abandonara Lombardía y el Véneto a los italianos, pero como esto no era posible, se limitó a exhortar que se buscara la solución de los asuntos de Italia por una vía pacífica. Sustituido el gabinete liberal en febrero de 1858 por el conservador, éste se pronunció contra una transformación territorial de Italia y partidario del mantenimiento del statu quo territorial de 1815, como la mejor garantía para mantener el equilibrio del continente (52). Durante el período de la guerra franco-piamontesa frente a Austria, el gabinete presidido por el conservador Derby, se mantuvo en una neutralidad desplaciente.

En la segunda etapa, la imposibilidad de mantener el statu quo en Italia hizo que se produjese un cambio de estrategia en la política inglesa, con vista a mantener el equilibrio europeo e impulsar la creación de Italia, evitando que Francia aumentase su poder. El nuevo gabinete liberal, en 1860, de Palmerston, temiendo que la aventura garibaldina en Sicilia pudiera desembocar en movimiento revolucionario y que Francia, so pretexto de evitar su extensión, interviniera, y una vez ocupado el reino lo hiciese recaer en algún príncipe napoleónico, lo que reportaría a Francia un aumento de su influencia

en el Mediterráneo, Inglaterra decidió adoptar una actitud de simpatía manifiesta y de apoyo diplomático al Piamonte en la causa italiana representada por él. Londres ve con buenos ojos la creación de una Italia fuerte que pudiese servir de contrapeso a Francia en el Mediterráneo.

El ministro inglés de Asuntos Exteriores John Russel declaró al embajador de Francia en Londres que sólo quedaba el presenciar como espectadores el drama que se desarrollaba en ese momento en Italia, y si se proclamaba la independencia, ellos la reconocerían (53). El gabinete Russel envió una nota al Piamonte, el 27 de octubre de 1860, que defendía las acciones de Víctor Manuel II de derrocar a los gobiernos italianos, a los grandes duques. Esto supuso para el gobierno sardo un gran aliento frente a las reacciones hostiles de la mayor parte de las naciones europeas. Sin embargo este apoyo no implicó un cambio de actitud en su política de no intervención armada. A mediados de 1860, el ministro francés de Asuntos Exteriores propuso a Londres una intervención conjunta para cortar el paso de Garibaldi a Nápoles y éste rehusó, afirmando que este hecho podría hacerle perder la imagen favorable que gozaban, ante los italianos, de campeón moral de su causa (54).

Lord Palmerston escribió a su soberana en enero de 1861 que lo mejor para el pue-

blo italiano y para el equilibrio europeo - era que se realizase la unidad de Italia y cuanto más fuerte fuera el nuevo reino mejor podría resistir las presiones que recibía de Francia (55). Proclamada la unidad de Italia en marzo de 1861, Inglaterra fue la primera en reconocerla. Su política exterior en los años posteriores, se mantuvo en las mismas constantes de no intervención, incluso - en momentos críticos como la guerra prusiano-piamontesa, frente a Austria.

A final de 1868 el gabinete liberal, presidido por Gladstone, y en concreto su ministro de Asuntos Exteriores Clarendon, fue ferviente partidario de la política tradicional de aislamiento. Este creía que Gran Bretaña no debía adquirir compromiso alguno en los asuntos de Europa continental. A pesar de esto, la diplomacia inglesa pasaba por ser una de las mejor informadas, y el gobierno de Londres no dejaba ninguna ocasión importante sin intervenir diplomáticamente.

Las potencias europeas no pudieron evitar la reunión del Concilio Vaticano I en 1870, a pesar de sus presiones, por considerar que el momento era muy delicado y que cualquier motivo podría romper el ya frágil equilibrio de Europa (56). En el curso de las deliberaciones del Concilio, al presentarse la cuestión de la infalibilidad del Papa que creó ciertas tensiones entre los partidarios y los anti-infabilistas, el gabinete de Gladstone se mostró muy interesado por la cues-

ti6n eclesiástica y favoreció a los anti-infabilistas, aunque esta injerencia en los - asuntos religiosos respondía más a la tradicional adversi6n inglesa al papado que a una cuesti6n de interés polítiico en los asuntos romanos.

El papel estelar de Francia en la unidad italiana es irrefutable. Desde los acuerdos de Plombières su intervenci6n directa en la cuesti6n italiana quedó decidida, pero su - postura no fue siempre tan clara como hubieran deseado los partidarios de la unidad. La política doméstica y los intereses franceses en Europa, la condicionaron. Napole6n III de seaba reestructurar el mapa europeo y en es ppecial el italiano, creando una federaci6n de Estados presididos por el Papa con un Estado preponderante sobre los otros, el Piamonte, que estaría vinculado estrechamente a Francia, pero sin ser lo suficientemente - fuerte como para hacerle sombra y evitar la expansi6n francesa en el Mediterráneo.

A partir de 1860 el gobierno de Francia - aceptó la nueva realidad italiana que terminó imponiéndose. La unidad se haría alrededor de un solo Estado, el más fuerte, el Piamonte, que terminaría por anexionarse a los otros reinos. Napole6n III estaba de acuerdo en todo, menos en permitir que el Papa perdiese su poder temporal. El emperador pensaba - que aunque fuese de forma casi simbólica debía continuar siendo soberano; por este moti

vo sus tropas no abandonaron Roma y los italianos podrían tener su unidad, pero sin Roma por capital (57). Su temor a perder el apoyo de los católicos franceses y el que las naciones católicas le hicieran responsable de la pérdida del poder temporal del Papa, e incluso las presiones familiares (su esposa la emperatriz Eugenia, ferviente católica, y otros próximos), le hicieron mantener esta posición hasta el final de su reinado.

En noviembre de 1860 Francia interrumpió sus relaciones con Cerdeña al haber ésta invadido Las Marcas y La Umbría. Mientras mantenía oficialmente esta política, extraoficialmente Napoleón se reunió en Chambéry con el ministro piamontés Farini y con el general Cialdini que le participaron la invasión de los Estados pontificios; de lo que se deduce que la ruptura de relaciones respondió a un interés por guardar las apariencias ante el Papa y Europa (58). Siguiendo esta política de "doble sentido", el emperador el 8 de noviembre desde Marsella mandó un despacho al Rey Víctor Manuel advirtiéndole que sus tropas debían abandonar los Estados del Papa (59).

El nuncio en Madrid, Monseñor Barili, comunicó al secretario de Estado del Vaticano el resultado de su entrevista con el embajador de Francia en Madrid, tenida el 29 de noviembre de 1860. A propósito de la invasión de Las Marcas y La Umbría, por el Piamonte, el embajador de Francia en Madrid le comuni

có que había recibido un despacho oficial - del 28 de noviembre por el que se le participaba que la política piamontesa y francesa, por la invasión, habían entrado en confrontación y que el emperador no pensaba - abandonar al Papa, si bien tenía que acomodar su conducta a las circunstancias y no molestar a Londres (60). Al mismo tiempo el - gobierno francés declaraba en París que no consentiría que ninguna potencia católica - interviniese en defensa del Papa, ya que In glaterra haría de ésta un "casus belli".

Ante esta situación el nuncio en París, Monseñor Sacconi, comunicó al secretario de Estado cardenal Antonelli, que el embajador de Londres en París, lord Cowley le había desmentido que ellos hubiesen dicho a Napoleón III que harían casus belli de una posible intervención católica en defensa del Papa (61). Posiblemente el único que dejó traslucir la verdadera política de París con respecto a los Estados del Papa, fue el príncipe Luis Napoleón en su discurso pronunciado el 2 de marzo en el Senado francés. Este afirmó que existía el proyecto de reducir al Santo Padre a la soberanía de la ciudad Leonina (62).

Unos meses después de la creación del nuevo reino de Italia, fue reconocido por Napoleón III el 10 de agosto de 1861, y las relaciones que habían quedado bloqueadas entre - las dos naciones, se reanudaron a nivel de - embajadores. Francia envió como representan-

te al ministro plenipotenciario conde Benedetti, persona muy grata para el nuevo reino de Italia, por ser conocida su hostilidad hacia la causa del poder temporal del papado (63).

Este nombramiento inquietó enormemente a las autoridades romanas que vieron en ello - un paso más de la política francesa en favor del Piamonte; pero no serían los únicos en - sacar estas conclusiones. Algunos diplomáticos franceses, partidarios de la causa pontificia, como el marqués d'Ideville, agregado de la embajada francesa en Turín, pensaron - que la llegada de Benedetti significaba que Francia abandonaba Roma a su suerte (64). Sin embargo, la política francesa para con el nuevo reino de Italia no iba a ser tan clara. - El 2 de septiembre el ministro francés de Asuntos Exteriores, Thouvenel, afirmó que la actitud que el gobierno francés se proponía seguir - con respecto a Italia, sería la de conciliar la independencia del nuevo reino y la del - Santo Padre. Esto se veía difícil de conseguir desde la proclamación del reino de Italia, ya que era incompatible con los fines - que el sucesor de Cavour se había trazado, - anexionarse Venecia y Roma.

La entrada en Roma sería el fin del poder temporal del Papa y el obtener Venecia podría dislocar el imperio austriaco, piedra angular del equilibrio europeo. Las presiones a la Corte de París, como las llevadas a cabo

por la princesa Clotilde Bonaparte, hija de Víctor Manuel, en favor de la política italiana de ocupar Roma, no tendrán éxito. Napoleón afirmó que a pesar de su deseo de no contrariar al pueblo italiano, las tropas francesas no abandonarían Roma a no ser que esto se pudiese hacer sin faltar a sus promesas, y de forma honorable para Francia y Europa (65).

Ricasoli, presidente del Consejo de ministros de Italia, comprendió que no era el momento oportuno para ocuparse de Roma y decidió abordar primero la cuestión de Venecia. Benedetti, el nuevo embajador de París, manifestó a su ministro de Asuntos Exteriores, Thouvenel, su opinión sobre el futuro de la nación italiana, afirmando:

"... Todos los italianos ilustrados comprenden el inmenso interés que tiene para ellos el conseguir formar una gran nación y ocupar en el mundo el rango de potencia de primer orden. Esto, ciertamente, suscita ciertos recelos ante la aparición de una nueva potencia limítrofe con nosotros y un cierto malestar entre los católicos franceses de la nación que están convencidos que tenemos la obligación de sostener al Papa en el ejercicio de su poder temporal. Pero yo no comparto ninguno de estos dos puntos de vista. En el pri

mero creo que Francia e Italia pueden ir juntas y en el segundo, aunque ciertamente la unidad excluye el poder temporal del Papa, la realidad de la fuerza de la unidad italiana es imparable, por lo que Europa sólo tiene dos alternativas, ocupar militarmente Italia o resignarse y reconocerla" (66).

Benedetti con su exposición sobre Italia, realista y apropiada a un hombre partidario del liberalismo y de la causa nacional italiana, influyó en el curso de las negociaciones y acuerdos que se llevaron a cabo posteriormente. El 15 de septiembre de 1864 se firmó entre Francia y el reino de Italia un tratado conocido como "Los Acuerdos de septiembre". En éste se estipulaba el compromiso del reino de Italia a no atacar a los Estados de la iglesia y a defenderlos contra cualquier agresión (esto último se refería a posibles Campañas internas italianas, como la ya realizada por Garibaldi para penetrar en Roma - en 1861). Francia, por su parte, se comprometía a llevar a cabo una retirada gradual de sus tropas estacionadas en Roma, en un plazo de dos años. El acuerdo incluía también una cláusula secreta que recogía el deseo italiano de trasladar la capital de Turín a Florencia (67). Dichos arreglos no significaban un arreglo definitivo de la cuestión romana, pero sí presumían, al menos, una situación de equilibrio momentáneo y accidental.

Un tiempo después de la firma del tratado se produjo un nuevo intento de invasión de los Estados de la iglesia por parte de los garibaldinos. Ante estos hechos, el gobierno francés instó al italiano a cumplir el tratado del 15 de septiembre de 1864, cortando el paso a las fuerzas de Garibaldi.

El Consejo de ministros, reunido con Napoleón III el 16 de septiembre de 1867 llegó a la determinación, si se hacía necesario, de enviar una nueva expedición a Roma. Esta iniciativa contaba con el apoyo de las naciones católicas, en particular del gobierno español que había rogado al gobierno francés llevara a cabo esta nueva marcha, e incluso ofreció reforzarla con sus tropas (68).

Paralelamente a los citados acuerdos con el reino de Italia, el gobierno francés intentó llevar a cabo otros entendimientos con potencias europeas.

En la entrevista que Napoleón III mantuvo con Bismark en octubre de 1865, ninguno de los dos se comprometió a nada concreto, sólo se dijeron palabras de simpatía. Respecto a la alianza ofensiva prusiano-italiana firmada el 8 de abril de 1866, ésta fue posible gracias a las garantías que el emperador de Francia dió al Rey Víctor Manuel de que él la apoyaba, aunque secretamente. Esto no evitó el que Francia firmase un acuerdo con Austria el 12 de junio de 1866, de iniciativa austria

ca, por el cual, en caso de victoria austriaca sobre Alemania, entregaría el Véneto a Francia que, a su vez, se lo cedería a Italia. Al mismo tiempo, Napoleón III intentaba preservar la paz europea insistiendo en la reunión de un congreso para resolver la cuestión italiana y alemana y una nueva reestructuración del mapa de Europa. La cuestión italiana volvió a desempeñar un papel importante en la política exterior francesa del momento; Francia deseaba recobrar la simpatía que tuvo en Italia los primeros años de la unidad, pero sobre todo Napoleón III no había perdido, aún, su esperanza de convertir a Italia en un Estado satélite de Francia (69). A corto plazo conseguía desviar la atención del sentimiento nacional italiano hacia la cuestión veneciana, olvidando, de momento, la cuestión romana, con lo que los acuerdos de septiembre de 1864 serían respetados.

La guerra prusiano-italiana frente a Austria estalló en junio de 1866. Prusia fue la gran vencedora, Italia sería derrotada por Austria en Custozza, pero Austria tuvo que capitular, ante Prusia, firmando la paz el 26 de agosto de 1866 en Praga. Por esta paz, Austria cedía el Véneto a Italia, pero no lo recibía directamente, sino de manos del emperador Napoleón III. El objetivo de Napoleón III con respecto a Italia se había cumplido, pero fracasó en su intento de recibir algún beneficio territorial, por la alteración que

se había producido del mapa europeo en el norte y centro de Alemania (70).

En 1867 Garibaldi de nuevo intentó la toma de Roma, pero las tropas francesas desembarcaron en los Estados Pontificios y derrotaron a los garibaldinos en Mentana. La circular de Moustier, comandante en jefe de las tropas francesas en Roma, explicó los motivos de esta segunda intervención y afirmó que una vez expulsados los garibaldinos, se invitaría a todas las potencias europeas a reunirse en una conferencia para resolver la cuestión romana (71).

Los intentos austríacos de 1867-68 para convencer a Francia de la necesidad de permitir la ocupación de Roma por los italianos, algo que era imprescindible para conseguir una triple alianza austríaco-francesa-italiana, frente a Prusia, no fue posible por la negativa de Napoleón III a permitir que los italianos se anexionasen la ciudad Eterna. Francia ante la imposibilidad de establecer estas alianzas y frente a una probable confrontación con Prusia buscó en España, con la que coincidía en la cuestión romana, un aliado aunque de orden menor que le permitiese retirar en caso de necesidad sus tropas de Roma, sustituyéndolas por un contingente español. La revolución en España de septiembre de 1868 dejó este acuerdo inconcluso. Sólo cuando Francia fue derrotada por Prusia en 1870, Víctor Manuel II ordenó la ocupación de Roma, que tuvo lugar el 20 de septiembre de aquel año.

NOTAS AL CAPITULO I

1. En esto seguimos la espléndida síntesis del profesor Vicens Vives p. 532 y ss. de su Historia General. Tiempos Modernos. Ed. 1943.
2. VICENS VIVES, Historia Universal. p. 136. Ed. 1952.
3. Andrés OLIVA, Andrés Borrego y la Política española en el S. XIX. p. 293.
4. J.B. DUROSELLE, Europa, 1815 a nuestros días. p. 27.
5. Gay PALMADE, Historia Universal. Vol. XXVII, La Epoca de la Burguesía. p. 227.
6. J.A.S. GRENEVILLE, La Europa Remodelada 1848-1878. p. 327.
7. J.A.S. GRENEVILLE, Ibid. p. 324.
8. BORTOLOTTI, Metternich e l'Italia nel 1846, Turín 1945. pp. 114 a 119.
9. Indro MONTANELLI, La Italia del Risorgimento. pp. 86.
10. BORTOLOTTI, Metternich e l'Italia nel 1846, Turín 1945. pp. 114-119.
11. Martín FLICHI. Historia de la Iglesia. Tomo XXIV. p. 12.
12. Dom DELATTE, Dom GUERANGER, Carta del 29 de enero 1847, de OZANAM a P. GUERANGER. p. 410. Tomo I. París 1907.
13. L.P. WALLACE, Pius IX and Palmerston 1840-46. pp. 3-46.
14. A. BOUDOU, Le Saint Siège et la Russie. T. I. pp. 508-56.
15. H. D'IDEVILLE, L'Ambassade du Conte Rossi, Carta de M. d'Azeglio a E. Rendu, del 20-IX-1847. P. 38.
16. P. PIRRI, La Missione di Mons. Corboli-Bussi. pp. 57-66.
17. L. SALVATORELLI, L'allocuzione di Pio IX del 29-IV-1848. pp. 127-131.
18. L. SIMEONI, Rivista Storica del risorgimento italiano, 1932. nº 19. pp. 252-263. Biblioteca Nacional, Roma.
19. A. de LIEDEKERKE, Rapporti delle cose di Roma. pp. 130.

20. M. CESSI DRUDI, Intorno alla conferenza di Gaeta del 1849. R. Storica del Risorgimento n° 45. 1958. pp. 218 a 272.
21. G. EDGAR-BONNET, Ferdinand de Lesseps (Paris 1951). pp. 30-114.
22. A. De TOCQUEVILLE, Obras completas. T. XII - Souvenirs. P. 202.
23. Archives du Ministère des Affaires Etrangères de Paris, Correspondance Politique, Roma N° C. 990-994.
24. Charles H. POUTHAS, Un osservatore de Tocqueville a Roma. Rev. Rassegna Storica del Risorgimento, n° XXXVII, 1950. p. 42.
25. A. de TOCQUEVILLE, Souvenirs. pp. 253 ob. cit.
26. J.B. DUROSELLE, L'Europe de 1815 à nos jours. p. 111.
27. Indro MONTANELLI, La Italia del Risorgimento. p. 255.
28. Jacques DROZ, Histoire Diplomatique 1648 à 1919. pp. 372 a 373.
29. Guy PALMADE, Historia Universal. T. XXVII, La Epoca de la Burguesía. p. 243
30. Jacques DROZ, ob. cit. p. 377.
31. Jacques DROZ, ob. cit. p. 378.
32. Jacques DROZ, ob. cit. p. 379.
33. Georges ROUX, Napoleon III. p. 202.
34. Jacques DROZ, Histoire Diplomatique 1648 à 1919. p. 382.
35. Antonio EIRAS ROEL, La unificación italiana y la diplomacia europea. R. de Estudios Políticos n° 133. 1964. p. 145.
36. J.A.S. GRENVILLE, La Europa Remodelada 1848-1878. p. 315.
37. J.B. DUROSELLE, L'Europe de 1815 á nos jours. p. 117.
38. Augusto TORRE, Le condizioni delle provincie napoletane nel 1860. Rev. Il Risorgimento Anno III, April 1961. p. 117.
39. M^a Angela VEGGI DONATI, Revt. Il Risorgimento, Anno III 1961-IV. pp 116. Bagnacavallo nel 1859-60.

40. Augiusto TORRE, La proclamazione del Regno d'Italia e di Roma capitale. Revt. Il Risorgimento, Anno III, 1961. IV.
41. A. TOCQUEVILLE, Souvenirs, Obras Completas T. XII, p. 242.
42. Jacques DROZ, Histoire Diplomatique, 1648-1919. p. 360.
43. A. TOCQUEVILLE, Souvenirs. p. 236 Ob.cit.
44. Fco VALSECHI, Le potenze europee e la questione Romana. Revt. Storia e Politica Anno I - Fasc. II - April 1962. p. 177.
45. CAMBRIDGE, Historia del Mundo Moderno. T. X. p. 10.
46. Fco VALSECHI, Le potenze europee e la questione Romana. Revt. Storie e Politica Anno I - fasc. II - IV 1962. p. 183.
47. L. ZINI, Storia d'Italia del 1850-1866. Vol II, parte II pp. 663-664.
48. Fco VALSECHI, Ob. cit. Le potenze europee e la questione Romana nel periodo della Unificazione Italiana. pp. 182.
49. Ibidem.
50. Rogger MOSCATI, La Sicilia e Il Mediteraneo. Revt. Il VELTRO, Anno IV - Agosto Sept. 1960. pp. 53.
51. Fco VALSECHI, Il problema diplomatico nel 1860. Revt. Il Veltro, Anno IV - Agosto Sept. 1960. p. 7.
52. Pierre RENOUVIN, Historia de las relaciones internacionales. T. II. S. XIX 1815-1871. p. 260.
53. Augusto TORRE, La condizione delle provincie Napolitane nel 1860. Rev. El Risorgimento, Anno III Abril 1963. p.23.
54. Franco VALSECHI, Il problema diplomatico nel 1860. Revt. Il Veltro, Anno II - Agosto Sept. 1960. p. 13.
55. Alfredo SIGNORETTI, Italia e Inghilterra durante Il Risorgimento. p. 260.
56. CAMBRIDGE, Historia del Mundo Moderno, T. X. p. 68.
57. A. EIRAS ROEL. La unificación italiana y la diplomacia europea. Revt. de Estudios Políticos, Año 1964, nº 133. p. 153.

58. L. THOUVENEL, Le secret de l'empereur, Vol I, pp. 236 a 238.
59. IL CARTEGGIO CAVOUR-NIGRA, dal 1858 al 1861. R. Commissione Editrice, Bologna 1928. Vol IV, p. 199.
60. A.S.V. (S.d.S. 1860, R. 165, B. 246, F. 32/Documento nº 665).
61. M. GABRIELLE, Il carteggio Antonelli-Sacconi, Vol II, p. 569.
62. A. COMANDINI, Il principe Napoleone nel Risorgimento Italiano. p. 303
63. Archives du Ministère des Affaires Etrangères de Paris. France-Italie. Documento nº 352. Agosto 1861.
64. H. D'IDEVILLE, Journal d'un diplomate en Italie 1859-1862, p. 312.
65. Cesar VIDAL, La mission du Comte Benedetti à Turin 1861-1862. Revt. Storica del Risorgimento - Mayo 1954. p. 62.
66. Archives du Ministère des Affaires Etrangères Paris. Francia-Italia. Despacho de Benedetti a Thouvenel. 17-III-1862. Dto nº 352.
67. J.A.S. GRENVILLE, La Europa Remodelada 1848-1878. p. 328.
68. Conde de Casa Valencia, REcuerdos Políticos-Históricos de España y del Exterior 1862-69. p. 233.
69. Pierre RENOUVIN, Historia de las Relaciones Internacionales. T. II. S. XIX 1815-1871. p. 295.
70. Gay PALMADE, La epoca de la Burguesía. Historia Universal. S. XIX. Tomo XXVII. p. 260.
71. Bibliothèque Nationale, Paris. Le Moniteur de Paris, circular de Moustier, 29-IX-1865.

CAPITULO II

LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA Y LA CUESTION ITALIANA.

DE 1849 A 1861

CAPITULO II

LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA Y LA CUESTION ITALIANA.-

DE 1849 A 1861

1. POSICION ESPAÑOLA FRENTE A LA SANTA SEDE

1.1. ESPAÑA Y LA EXPEDICION A ROMA DE 1849.

La monarquía de Isabel II, que se apoyaba en la gran masa conservadora y de orden, incluidos los católicos no carlistas, trataba de estar a bien con la Santa Sede, desde que la política moderada de Narváez logró el restablecimiento de relaciones con Pío IX en 1847. Los lazos familiares dinásticos que unían a los Borbones españoles con los de Nápoles, Toscana, Parma y Módena, eran causas más que suficientes para que el gobierno español estuviese interesado por cualquier acontecimiento que se produjera en Italia y que amenazase el orden político y territorial de la península. Desde la proclamación de la república romana en 1848, el gobierno español se sintió movido a intervenir contra la revolución italiana (1).

El 15 de diciembre de 1848 con la apertura de la nueva legislatura de Cortes se dió noticia oficial solemne a un documento que comunicaba que el Santo Padre se había visto en la necesidad de huir de Roma y refugiarse en tierra extranjera y que el gobierno español le había hecho la oferta, no sólo de un asilo en nuestro país, sino también de prestarle apoyo. Esto era ya preparar los ánimos y abrir camino para enviar una expedición militar contra la reciente república romana.

El Sumo Pontífice, por medio de su secretario - de Estado, el cardenal Antonelli, envió una nota - circular a los gabinetes europeos pidiendo la in-tervención armada de las potencias católicas y, sobre todo, de Austria, Francia, España y de las - Dos Sicilias, para restablecerle en su trono. Di-ficilmente podía el ministerio de Narváez eludir este compromiso, por lo que lo aceptó y decidió tomar parte en competencia con Luis Napoleón, recién elegido presidente de la república francesa, man-dando una expedición a Roma. Se adhirieron a la po-lítica intervencionista además de Francia y España, Austria y Nápoles. La expedición española estaba integrada por una escuadra de nueve buques dirigida por el brigadier Bustillo y por un contingente de tropa de 8.000 hombres al mando del general Fernando Fernández de Córdova. Esta designación, por el nombre del general que la conducía, evocaba viejas glorias difíciles de resucitar con tan exíguo ejér-cito y nos expuso a las chanzas mortíferas de los italianos (2).

El 30 de marzo en la primera sesión de la con-ferencia de Gaeta los diplomáticos allí reunidos decidieron que la vía más segura y breve para devol-ver sus Estados al Papa, era que la intervención armada se llevase a cabo de forma simultánea por las cuatro potencias católicas, aunque cada una tendría su propio campo de operación militar. A Austria le correspondió ocupar Las Legaciones, al reino de las Dos Sicilias Las Marcas, y a Francia y España el - resto del territorio, pero reservándose explícita-mente Roma a España (3).

La tardanza en llegar del cuerpo expedicionario español, su poca importancia numérica y la premura francesa en llevar la iniciativa sin consultar a los diplomáticos reunidos en Gaeta, hicieron que - España no ocupara el lugar de honor que sus diplomáticos le habían reservado en esta guerra. La posición que mantuvieron los diplomáticos españoles Martínez de la Rosa embajador en Roma, y el duque de Rivas embajador en Nápoles, no se correspondía con las posibilidades que tenía España de poder - secundar plenamente esta acción diplomática.

Narváez procuró salir del compromiso lo menos - desairadamente que pudo; los apuros del tesoro español y nuestra falta de medios no le aconsejaban ir más lejos, a pesar de los esfuerzos que desplegó para ello el embajador Martínez de la Rosa (4).

El representante de España en Roma, cuando los acontecimientos preveían la posible huida del Papa, tomó la iniciativa, previa consulta a Madrid, de - ofrecer a las autoridades pontificias la seguridad de que un navío español se dirigía a Civitavecchia para poner al Papa a salvo. El retraso de la nave obligó a que el Papa cambiase sus planes, quedando así abortado un posible proyecto de trasladarse a Mallorca (5).

La oferta de la Reina Isabel de poner una escuadra y un cuerpo expedicionario a disposición del - Papa, quedó finalmente reducida al envío de un contingente de 8.000 hombres, lo que pondría en evidencia la limitación de las posibilidades de la nación a los ojos del Papa y de las potencias euro-

peas. El embajador austriaco en Roma comentó sobre este tema que el Papa sabía que la ayuda de España para su causa iba a ser más moral y caballeresca que material (6).

Ello frustró la política exterior española sobre Italia, encaminada a evitar que los dos grandes, franceses y austriacos, llevasen la iniciativa. Martínez de la Rosa tuvo que reconocer el peso de los hechos cuando el cardenal Antonelli le afirmaba que para la operación en Roma se necesitaban no menos de 30.000 hombres, y esos no los había mandado España (7).

Cuando los soldados españoles llegaron a Italia, los franceses cercaban ya Roma. En esas circunstancias desembarcó en el puerto de Gaeta, el 24 y el 27 de mayo, el primer contingente de tropas mandado por Fernando Fernández de Córdova, al que se unió posteriormente el general Zabala en Terracina, con lo que quedaba completo el envío español.

Fernández de Córdova ofreció su colaboración al general francés Oudinot, quien la rechazó manifestando que la empresa que Francia llevaba a cabo en Roma, no permitía que se confundiese su misión con la de otra nación y que la ayuda española estaba lejos de ser necesaria, tanto para los asediados que, lógicamente, no la habían solicitado, como para los franceses que se encontraban en medida de hacer frente, por ellos mismos, a la guerra. Incluso llegó Oudinot a advertir a Córdova que situase sus tropas lejos del campo francés de operaciones, para evitar posibles conflictos. Las tropas españolas tuvieron que resignarse a ocupar Terracina y otras -

insignificantes poblaciones de los Estados pontificios. Algunos afirmaron que otra habría sido la suerte que habría librado al ejército español si hubiese llegado dos meses antes (8).

La presencia española y sobre todo el papel que jugó, no contribuyó, ciertamente, a aumentar su prestigio militar en Europa, pero sí al menos sirvió para hacerle salir de su aislamiento internacional y participar en un acontecimiento de resonancia mundial. También sirvió para que las potencias conservadoras normalizasen sus relaciones con la Reina Isabel, satisfechas éstas del comportamiento del gobierno español ante la revolución de 1848 y del auxilio prestado al Papa. Austria y Prusia reconocieron a la Reina y las relaciones de España con la Santa Sede mejoraron sensiblemente, haciendo posible en 1851 la firma del concordato (9).

En política interior, igualmente, las repercusiones fueron importantes, los católicos, aún divididos por las guerras carlistas, perderán sus recelos hacia el gobierno liberal, reduciéndose las tensiones entre el Estado y la iglesia española.

Posiblemente lo que algunos calificaron de desairada actitud la que España jugó en los asuntos de Roma, fue más por la falta de adecuación entre la postura que mantuvieron los diplomáticos españoles, reunidos en Gaeta, deseosos de ver a España representando un primer papel en la escena europea y la realidad de su gobierno que no contaba con los medios necesarios.

Todo habría pasado más desapercibido si los representantes españoles en Gaeta hubiesen solicitado para España una participación más en consonancia - con el peso específico de sus fuerzas, resignándose al hecho inevitable que Francia sería quien llevase a cabo la parte más brillante, con la toma de Roma.

En enero de 1850, con motivo del regreso a Roma del Papa, el embajador de España, Martínez de la Rosa, fue el encargado como decano del Cuerpo diplomático, de pronunciar un discurso. En éste hizo una exaltación de la causa del Papa frente a la revolución y una declaración de fe en la necesidad del poder temporal del papado. No olvidó tampoco el mencionar a las cuatro potencias que habían hecho posible la restauración del Santo Padre en el solio pontificio, y concluyó diciendo que al Pontífice le había sido reservada una de las empresas más nobles: borrar las huellas de la revolución.

Su Santidad agradeció, respondiendo al discurso del embajador español, a las cuatro potencias, el interés tomado en su causa que había servido para restablecerle en su "plenitud de poder temporal" (10).

En su alocución del 20 de mayo de 1850, en Roma, recordó el Papa de nuevo, el papel que habían desempeñado en su favor las cuatro potencias católicas, valorando a cada una en función de la ayuda prestada. A España la citó en último lugar (11); - posiblemente este juicio se debió más a lo que había esperado de ella que a la propia intervención, no inferior a la napolitana.

Durante la estancia de la expedición española - en Italia, no faltaron deseos por parte de Austria y de la Santa Sede para conseguir que las tropas - de España ocupasen el puesto de las francesas, permaneciendo en la ciudad de Roma. El embajador español señaló que España deseaba una política de absoluta neutralidad y de no intervención en los negocios de otros pueblos, que así lo aconsejaban nuestros intereses y que sólo se había separado de esta idea por la crítica situación del Papa. Las últimas tropas fueron repatriadas en marzo de 1850 desde el puerto de Civita Vecchia (12).

1.2. EL CONCORDATO DE 1851.

La firma del concordato vino precedida de varios años de negociaciones. El 27 de abril de 1845 quedó firmada la convención preliminar entre el plenipotenciario de la Santa Sede y el representante español José del Castillo y Ayensa. Este primer paso iba dirigido a conseguir el reconocimiento de la Reina por parte de Roma y restablecer las relaciones, suspendidas desde la muerte de Fernando VII, y terminó con una formal negociación o concordato. El gobierno de Madrid decidió no ratificar las bases preliminares firmadas por su representante Ayensa, a pesar de ser más ventajoso para España que el que se firmó posteriormente en 1851 (13).

Desde 1847 se dieron nuevos pasos hacia la normalización de relaciones. En junio del mismo año llegó el delegado apostólico, Monseñor Brunelli a Madrid, quien se encargó de negociar con las autoridades españolas. Con este fin se creó una junta mixta, cuyos miembros fueron elegidos por el gobierno

y por Monseñor Brunelli, encargada de discutir y redactar el proyecto de concordato. En este tiempo, - desde la llegada del delegado apostólico y 1849, se produjo la ya citada intervención española en Italia y el reconocimiento de la Reina Isabel, hechos que indudablemente pesaron en ambas Cortes, a la hora de las deliberaciones. En mayo de 1849, las Cortes dieron una ley, sancionada por la corona, - autorizando al gobierno para ajustar y concluir el concordato. En 1851 llegó, de Roma, al nuncio en Madrid, la autorización para la ratificación del concordato que habían concluido; este hecho vino a coincidir con problemas de política interna como la caída del ministerio Narváez y la entrada en el poder del ministerio Bravo Murillo. El 18 de mayo se firmó y el 17 de octubre de 1851 se publicó el concordato.

El concordato contenía concesiones importantes - hechas a la iglesia por el gobierno conservador, y amplios sectores políticos consideraron que algunos de sus artículos dañaban los derechos del hombre y la libertad individual. Uno de los más polémicos - fue aquél que declaraba que la religión católica, - apostólica, romana, había de ser para siempre, la única y exclusiva religión de los españoles; otros también muy discutidos fueron los referentes a la educación que afirmaba que los prelados habían de intervenir en la instrucción de la juventud, no sólo en los seminarios, sino también en las universidades y demás escuelas públicas o privadas, y así mismo tendrían derecho para impedir la publicación y circulación de libros peligrosos y nocivos. Pero la parte más importante y dificultosa del convenio con

Roma, fue la referente a los bienes de la iglesia. El Papa se vió obligado a reconocer, más o menos - implícitamente, la venta de los bienes del clero, a sancionar una determinación revolucionaria, calificada por el partido clerical y absolutista, de inicuo despojo, y a ratificar el patronato regio (14).

El gobierno español se comprometía a devolver en títulos del Estado al 3 por ciento de interés el valor de los bienes pertenecientes a la iglesia, recogidos ya en la ley del 3 de abril de 1845, incluidos los que quedaban aún sin enajenar.

El presupuesto presentado por el gobierno de Bravo Murillo en 1851, para sostener al clero, ascendió a 123 millones de reales (15).

La firma del concordato sirvió para normalizar y regularizar las relaciones entre las Cortes de Roma y Madrid, que desde hacía 18 años estaban en desacuerdo. Algunos hechos habían contribuido a hacer posible el entendimiento entre la Santa Sede y España, el primero fue la desaparición del Papa Gregorio XVI, partidario de Don Carlos y del absolutismo en España (16). La llegada de su sucesor, Pío IX, - mejor predispuesto con las doctrinas liberales, al menos en los primeros años de su pontificado y la llegada al gobierno español de Narváez y luego de Bravo Murillo, conservadores, impulsaron un acercamiento entre ambas Cortes, pero sobre todo sería la posición española frente a la revolución de 1848 en Europa, y la ayuda española al Papa en 1849 los acontecimientos que culminarían este proceso.

1.3. DEL CONCORDATO DE 1851 AL CONVENIO ADICIONAL DE 1859.

La caída de Bravo Murillo el 15 de diciembre de 1851 y los gobiernos que le sucedieron, reflejaron la desintegración del moderantismo, y no hicieron más que precipitar los acontecimientos para la revolución de julio de 1854, que puso fin a la década moderada. La revolución dió el triunfo a los progresistas, y el gobierno salido de ella quedó constituido por Espartero en la presidencia y O'Donnell en el ministerio de la Guerra, hombres fuertes de la situación.

Durante el bienio progresista, se elaboró una ley de desamortización general el 1 de mayo de 1855, la ley Madoz, esta ley que declaraba la venta de todos los predios rústicos y urbanos, pertenecientes al Estado y al clero y cualquier otro que estuviese en manos muertas. La ley afectaba, sobre todo, al clero secular, pero se les compensaba dándoles títulos de la Deuda consolidada al 3 por 100 (hasta un 80 por 100 del importe de las ventas). El valor de las ventas de los bienes del clero supuso el 30'2 por 100 del total (17).

La desamortización de los bienes eclesiásticos provocó la protesta de Roma, que intentó oponerse a ella por todos los medios. Pío IX escribió el 14 de marzo de 1855 a la Reina Isabel exhortándole a resistir frente a este proyecto de ley, recordándole que S.M. ocupaba el trono para poder sostener los derechos de la iglesia de Jesucristo (18).

El fracaso de este objetivo llevará al gobierno del Papa a presentar una protesta oficial en la que denunciaba a la desamortización como clara violación del concordato de 1851, firmado entre el gobierno de S.M. católica y la Santa Sede. Esta protesta irá seguida de una orden de Roma para su encargado de negocios en Madrid, en la que se le indicaba solicitase del ministro de Estado español los pasaportes y regresara a Roma.

El gobierno español rechazó los graves cargos que la Santa Sede le había formulado, y ordenó a su representante en Roma transmitiese a la secretaría de Estado vaticana el siguiente despacho:

"... No teme, pues, el gobierno de la Reina que se compare su conducta con la conducta de la Santa sede: no duda en someter, como hoy somete, sus disidencias con la Santa Sede al fallo imparcial de las naciones católicas. Ha dicho ya que considera la ruptura de relaciones, entre ambas potestades, como un deplorable acontecimiento. Pero tranquilo en tanto en su conciencia, se guro de no haber inferido la menor ofensa a la religión ni a la iglesia, seguro también de no haber infringido esencialmente el último concordato, no sólo aguarda que el mundo católico le haga justicia desde hoy, sino que se atreve a esperar que antes de mucho, con mejor -

acuerdo, se la hará cumplida la Santa Sede. Firmemente adherido a sus principios, que son los de la católica nación española, la religión, la Iglesia y el pontificado mismo tendrán siempre en él un súbdito espiritual, un protector y un defensor si fuere necesario..." (19).

El tono de la declaración española es más bien conciliador incluso esperanzador en la creencia que pronto se superaría esta situación. No faltó incluso una manifestación de adhesión a la persona y la causa del Papa.

En los últimos días de julio el gobierno español se vió forzado como medida recíproca a la de la Santa Sede a retirar su representante y el personal de la Legación en Roma (20).

El 13 de julio de 1856, el gobierno entró en crisis que se resolvió a favor de O'Donnell y el ejército. Los demócratas y progresistas son apartados del poder, pero la falta de entendimiento entre la Reina y O'Donnell provocó una nueva crisis que terminó alejando a este último del gobierno.

La causa del alejamiento de O'Donnell se encontraba en el compromiso que la Reina había contraído con Roma, a espaldas del gobierno, de suspender la desamortización eclesiástica cuando tuviese ocasión para ello (21).

El nuevo ministro de Hacienda, Manuel Cantero,

era partidario de reactivar la desamortización y con la finalidad de acallar los escrúpulos religiosos - de la soberana, concedió al clero 60 millones de reales del producto de venta de los bienes eclesiásticos. Este proyecto no vió la luz, Cantero dimitió y fue sustituido por Salaverria, que mantuvo una postura netamente contraria a la operación desamortizadora. El 23 de septiembre el ministro de Hacienda - alegando altas razones de Estado, suspendió temporalmente la venta de bienes del clero (22).

Con la llegada de los moderados de Narváez, la - Reina conseguirá ver suspendida la ejecución de la ley de desamortización por Real decreto del 14 de - octubre de 1856. Este destacaba que el concordato - tenía toda la fuerza de un tratado internacional y sus disposiciones no podían ser válidamente derogadas sin el consentimiento de las dos altas partes - contratantes.

Paralizada la acción desamortizadora, cayó por - tierra todo lo que alteraba el concordato de 1851; en suma, se retornó a la situación anterior a julio de 1854.

Se celebraron elecciones a Cortes en marzo de - 1857, de las que salió elegida una amplia mayoría moderada. En la sesión de apertura de las nuevas - Cortes, el 1 de mayo, Narváez, al no poder asistir la Reina, leyó el Discurso de la Corona en el que se anunciaba la reanudación de relaciones con la - Santa Sede y el restablecimiento en toda su fuerza y vigor del concordato (23).

El nuevo gobierno, presidido por Narváez, y que contaba entre sus miembros con firmes baluartes de la Iglesia, como el ministro de Estado, marqués de Pidal, Nocedal en Gobernación y Claudio Moyano en Fomento, inició negociaciones con la Santa Sede tendentes a restablecer las más cordiales relaciones. Esta nueva situación partía de la base que el concordato, por la ley desamortizadora, había sido violado, produciendo grandes daños a la Iglesia.

Esta labor negociadora fue iniciada por el recién nombrado ministro de Estado, marqués de Pidal, quien intentará conseguir del Santo Padre su aprobación de hechos consumados, ante la imposibilidad de devolver a la Iglesia bienes ya vendidos, previa una indemnización. De otra parte, el representante español en Roma llevó una amplia actividad tendente a mejorar y fomentar las relaciones entre ambos Estados. Su predisposición hacia la Santa Sede no le ocultó a este buen observador los problemas grandes que se avecinaban para Italia. Dice al ministro de Estado español:

"... Es mi deber confirmar a V.E. que este gobierno existe porque en Roma y en Civitavecchia hay guarnición francesa, y porque hay guarniciones austríacas en las Legaciones. Las fuerzas revolucionarias no se sublevarán porque son impotentes a las fuerzas del extranjero, pero si éstas se retirasen, este gobierno no duraría un día" (24).

Sobre Roma, como posible capital de Italia, nos dice:

"... Nos parece una ilusión, pero no me atrevería a negarlo, quién niega hoy nada en nuestra Europa, y sin Roma no juzgamos factible la completa unificación de Italia" (25).

Como consecuencia de esta nueva situación se produjo una actitud favorable de Roma hacia las autoridades españolas.

En la segunda legislatura, la apertura de Cortes se celebró el 10 de enero de 1858, en ésta, S.M. leyó un discurso, en el que anunció que el Papa se había mostrado benigneamente dispuesto a convenir en el saneamiento de las ventas de los bienes de la Iglesia hechas en los últimos años, y a asegurar perpetuamente su dominio a los compradores, contando que se haría una separación justa para subsanar a la Iglesia en los perjuicios que le produjeron dichas ventas (26). No fue el gobierno de Narváez quien terminó las negociaciones con la Santa Sede. El 30 de junio de 1858 volvió al poder O'Donnell al frente de la "Unión Liberal" de raíz moderada y en oposición a los progresistas. O'Donnell, buscando el apoyo real, prosiguió las negociaciones con la Santa Sede, envió a Roma como embajador a Antonio de los Ríos Rosas, su gestión fue encaminada a resolver definitivamente la cuestión de la desamortización eclesiástica, concluyendo un acuerdo entre ambos.

El gabinete de O'Donnell siguió una política favorable al papado, no sólo por motivos filiales, sino también por problemas económicos que quedarían resueltos si se continuaba la desamortización eclesiástica detenida desde 1856. A propósito de este tema, afirma el embajador de Francia en Madrid, Barrot, a su ministro de Asuntos Exteriores:

"... Las instrucciones dadas a Ríos Rosas por el gobierno español tenían por objeto un arreglo amistoso con Roma sobre las ventas de los bienes eclesiásticos hechas por violación del concordato de 1851 y el obtener el consentimiento del Santo Padre para la venta de bienes enajenados y no vendidos aún" (27).

En su intervención en el Congreso el ministro de Gracia y Justicia, Fernández Negrete, en nombre del gobierno, confirmó las gestiones que Martínez de la Rosa llevaba a cabo en Roma por indicación del mismo. El ministro, Negrete, presentó un proyecto de ley por el que se autorizaba al gobierno el concluir y firmar un convenio con la Santa Sede, cuyo principal objeto consistía en conmutar los bienes eclesiásticos enajenados por inscripciones intransferibles de deuda consolidada al 3 por ciento, conservando la Iglesia el derecho a adquirir consignado en el artículo 41 del Concordato.

No levantó el citado proyecto demasiada oposición por el poco peso de los progresistas en la Cá-

mara, si bien Ruiz Zorrilla no dejó de manifestar su desacuerdo con los términos del convenio (28).

En Roma la diligente labor del representante español hizo que desde finales de agosto estuviesen ultimados los términos del acuerdo, que aparecía como adicional al Concordato, y firmado provisionalmente el 25 de agosto por el embajador de España y el secretario de Estado del Vaticano. En convenio fue ratificado por España en noviembre de 1859 y proclamado como ley del reino el 4 de abril de 1860. No fueron fáciles las gestiones; Antonelli, duro negociador, se negaba a ciertas pretensiones del embajador español, pero éste supo jugar hábilmente con su velada amenaza de abandonar las negociaciones y Roma. La necesidad de la Santa Sede de contar con el mayor apoyo internacional, dada la crítica situación de Italia, pesaron más que los reparos que se hacían, por lo que fue posible el llegar al acuerdo.(29).

2. ACTITUD LEGITIMISTA DEL GOBIERNO ESPAÑOL ANTE LA CAUSA ITALIANA.

2.1. ESPAÑA Y LA DEFENSA DEL PODER TEMPORAL DEL PAPA.

El 20 de enero de 1859, el gobierno de Madrid comunicó a sus representantes en las principales Cortes europeas, instrucciones claras y precisas acerca del problema de Italia. Afirmaba que no tenía derechos que sostener ni obligaciones que cumplir en Italia ni interés por participar en la lucha próxima a emprenderse. La política que se pro-

ponía seguir el gobierno español sería durante la paz, la reserva completa, la neutralidad pacífica y durante la guerra, la neutralidad armada, reservándose su intervención, en el caso de sufrir alteración las bases fundamentales del equilibrio europeo asentadas por los tratados de Viena (30).

Fracasados los intentos de paz llevados a cabo por Inglaterra, Rusia y Prusia y, comenzadas las hostilidades en Italia, el gobierno de la Unión Liberal adoptó una posición legitimista, de defensa de los intereses de la dinastía. España se acogió a la neutralidad armada, y con este propósito el gobierno pidió a las Cortes el aumento conveniente - del ejército, de 20.000 hombres a 100.000, que estaba más en consonancia, no sólo con la crítica - situación europea, sino también con el número de - oficiales de alta graduación, que era de 8 capitanes generales, 67 tenientes generales, 158 mariscales de campo y casi 300 brigadieres (31). Estas medidas fueron aprobadas por las Cortes el 9 de agosto de 1859, con la sola oposición del diputado demócrata Nicolás María Ribero.

A partir de este momento la política oficial española respecto a Italia, se caracterizó por la "neutralidad armada", aunque manteniendo una clara simpatía hacia la causa del Papa, y llegando a manifestar su interés en intervenir en defensa de los Estados pontificios, no como potencia aislada, sino en colaboración con otras principales europeas, y siempre que su papel no fuera subalterno como en - 1849 (32).

El nuncio en Madrid desempeñó un papel activo, - intentando atraerse al gobierno de O'Donnell hacia una postura de intervención directa en los asuntos de la península italiana, pero el gobierno sólo habría salido de su neutralidad en caso de que estuviese en peligro la seguridad personal del Papa, y aún así, su intervención no habría de ser aislada, sino junto a otras naciones católicas y en estrecha colaboración con Francia, y si fuese posible con el apoyo de Inglaterra o, al menos, no contando con su oposición.

El ministro de Estado español, reunido con el nuncio de S.S. en Madrid, el 24 de septiembre de - 1859, le manifestó claramente en relación a los de seos de la Santa Sede que España enviase una fuerza para auxiliar al Papa, que no era posible el hacerlo pues esto supondría un enfrentamiento con Francia e Inglaterra, al no considerar esta intervención oportuna, amén de la imposibilidad española de enfrentarse sola con media Italia. España no podía tampoco proponer la iniciativa que tuvo en 1849, ya que entonces sabía que no contaba con la oposición de Francia, pero que la situación actual era - muy distinta. Concluyó el ministro diciendo que España estaba dispuesta a dar al Santo Padre todo - testimonio de devoción, de acatamiento que fuese - conciliable con el deber nacional y con la prudencia (33).

El peso específico de España en Europa era el de una potencia de segundo rango, incapaz de atraerse la sincera amistad francesa e inglesa. Al no haber aceptado el particular en la guerra de Crimea, Es-

paña perdió la oportunidad de contar con más apoyo diplomático, a la hora de presentar cuestiones internacionales, como la de Italia (34). El gobierno de O'Donnell, consciente del escaso peso de España, meditaba enormemente los pasos que daba en su política exterior, para no disgustar a las grandes potencias. El problema habría quedado resuelto ignorando los acontecimientos de Italia, pero esto no fue posible, sabía que la monarquía de Isabel II se apoyaba en la masa conservadora y de orden, en su gran mayoría católicos, y estos no la habrían perdonado pasar por alto los sucesos italianos. A esto se sumaba las razones dinásticas de la familia Borbón - española con los reinantes en Italia. Abandonar a éstos y, sobre todo, al Papa a su suerte sin hacer intentos de ayuda, le habría acarreado a O'Donnell la enemistad de la Reina.

O'Donnell desplegó una astuta política de distración, necesitaba una intervención en el exterior, - pero no en la complicada Italia, como cortina de - humo para hacer olvidar los problemas internos que tenía (35). Este tuvo la habilidad de encontrar causas reales o pretextos, para llevarlas a cabo. La guerra de Africa, declarada el 23 de octubre de 1859, fue la primera de ellas, y consiguió hacer vibrar a los españoles, sacándolos de la política cotidiana y doméstica (36). Esta guerra tuvo también la ventaja de no contar con la oposición de Francia, y en cuanto a Inglaterra, aunque no veía bien la ocupación de la costa africana alrededor del estrecho, sus protestas no fueron muy importantes (37). Sirvió de pretexto, para evitar las sutiles presiones del representante de la Santa Sede, que deseaba que

tomase posición más activa en la cuestión de Italia. Sobre esto dice el nuncio Barili a su secretario de Estado, cardenal Antonelli, en carta del 19 de noviembre de 1859: Está claro que mientras dure la guerra con Marruecos, España no podía tomar ninguna decisión, ya que ocupaba en ella todas sus fuerzas y recursos (38).

El nuncio había comprendido que sólo terminando la guerra con Marruecos sería posible hacer salir al gobierno español de su pasiva actitud, y conocía también que la mejor vía para influir en el gobierno era a través de la Reina. Con esta idea visitó a la Soberana en noviembre de 1859, comunicándole que si deseaba que España tomase una acción eficaz en los asuntos italianos era preciso que primero interrumpiese la guerra contra Marruecos. La reina, tan predispuesta siempre a satisfacer los deseos de la Iglesia, respondió que deseaba continuar la guerra, pero los intereses del Santo Padre eran para ella superiores a cualquier otro, por lo que esperaba terminar la guerra con decoro, una vez que su ejército tomase Tetuán (39).

Durante el período que duró la guerra de Marruecos, las decisiones sobre la cuestión italiana se postpusieron al regreso de O'Donnell de Africa y a la terminación de la guerra. Finalizada ésta, no se produjo ninguna variación ni ninguna nueva toma de postura. La Reina en su discurso al parlamento el 25 de mayo de 1860 no dedicó una sola palabra a los asuntos de Italia. El nuncio en Madrid se lamentaba con amargura en su correspondencia al secretario de Estado Antonelli el 30 de mayo de 1860, afirmando

que la Reina había dicho que al regreso de O'Donnell de Africa, éste ocuparía sus ideas sobre Italia, pero entre las palabras y los hechos no se había producido acuerdo (40).

Aunque España permaneció en posición de neutralidad armada, durante el período de guerra en Italia defendió con ardor en la escena diplomática internacional los intereses de los Borbones italianos y del Santo Padre.

Firmada la paz de Villafranca, ni el incumplimiento de los tratados de Villafranca y Zúrich ni las presiones de la Santa Sede y de su nuncio en Madrid ni los intereses dinásticos ni los nuevos acontecimientos de Italia (invasión de los Estados pontificios e invasión del reino de las Dos Sicilias por Garibaldi), consiguieron llevar al general O'Donnell a una intervención directa en los asuntos de Italia. El nuncio Barili así lo comprendió y se lo hace saber al secretario de Estado Antonelli en carta del 19 de septiembre de 1860:

"... Más de una vez he repetido que el gobierno de S.M. difícilmente prestará a la Santa Sede ayuda armada... sólo la clara llamada de La Francia sería la única excitación potente capaz de hacer vencer su resistencia e intervenir en Italia" (41).

En este período de julio a septiembre de 1860 se consideró la posibilidad de reconocer a España como

potencia de primer orden. La iniciativa francesa se atribuyó al emperador Napoleón III. El 7 de agosto de 1860 se hizo pública la nota que el ministro de Asuntos Exteriores francés, Thouvenel, envió a su embajador en Madrid, conde de Persigny, y que éste había presentado el 25 de julio al gobierno español. En ella se proponía a las grandes potencias la inclusión de España en las mismas, con igual carácter (42). La idea no pasó de iniciativa, quizá por haber sido sólo una estrategia de Napoleón III, para hacer que España siguiese manteniendo su política de neutralidad y secundando la política exterior francesa. O'Donnell sabía los inconvenientes que podía acarrear esta nueva situación, por lo que no puso demasiado empeño en lograrlo. A este respecto la entrevista que mantuvo con el nuncio en Madrid en julio de 1860, no parece dejar lugar a dudas. A la afirmación de Barili de lo necesario que sería el que España entrase a formar parte como asociada a las grandes potencias europeas, el general responde:

"... No creo que sea útil a España el que se vea mezclada en todas las cuestiones más complicadas de Europa" (43).

Esta actitud de prudencia contrastaba con la interpretación que el gobierno dió del asunto para el consumo interno. Los periódicos pro-gubernamentales lo presentaron como indiscutible éxito del gobierno de O'Donnell y afirmaban que España había vuelto a Europa ocupando el sitio que tenía hasta 1815 (44).

Las nuevas complicaciones en Italia, con la anexión del reino de Nápoles al Piamonte en septiembre

de 1860, y la invasión de los Estados pontificios - por Cerdeña, llevaron al gobierno español a protestar por estos hechos, y a enviar dos notas a París y Viena, entregadas por sus representantes en estas Cortes. En ellas se expresaba la posición española en favor del poder temporal del Papa y la necesidad de que interviniesen las tres potencias católicas - en su ayuda, frenando así el expansionismo del Rey de Cerdeña.

La iniciativa española fue dada a conocer a las autoridades vaticanas, por el encargado de negocios español en Roma, Sandoval. Estos la recibieron muy satisfechos, aunque el realismo de la diplomacia vaticana hace exclamar al secretario de Estado, cardenal Antonelli:

"... No se conseguirá ningún resultado porque Austria no saldrá - de la situación expectante y solamente defensiva en la que se ha colocado. En cuanto a Francia eludirá cualquier compromiso... Porque todo cuanto aquí se ha hecho en - Italia ha sido de común acuerdo entre el Piamonte y Francia" (45).

El 28 de septiembre de 1860 el Papa, reunido en consistorio, pronunció un discurso dirigido al mundo católico, contra lo que consideró la mayor agresión, confiándose a las potencias católicas.

El cardenal secretario de Estado se dirigió al nuncio en Madrid para encargarle consiguiese por -

mediación de la Reina que el gobierno hiciese algo más que lo ya establecido por la vía diplomática. Dice Antonelli:

"... ¿Podrá una soberana y una nación por excelencia católica - permanecer inoperante?. Esto debe ser presentado de forma bien clara" (46).

Los periódicos ministeriales, La Epoca y La Verdad, que pasaban por portavoces del gobierno, se hicieron eco de la situación angustiosa del Papa. La Epoca en un artículo titulado "La cuestión romana" defendía los derechos del Santo Padre y excitaba a las potencias católicas a no abandonarlo a su suerte (47). Esto ponía de manifiesto que el interés - por la situación de Roma, preocupaba a Madrid, pero ninguna iniciativa, de hecho, tomó el gobierno que la sola vía diplomática.

El hecho de mantener el gobierno de O'Donnell el rearme del ejército hizo pensar en la posibilidad de una intervención en Italia, pero esta duda sería disipada por el duque de Tetuán en la sesión de Cortes del 5 de noviembre de 1860.

En esta fecha, el gobierno presentó a la cámara las necesidades de fondos para mantener, para 1861, un ejército de 100.000 hombres, como había sido aprobado en sesión del día 9 de agosto del año anterior. Algunos diputados afirmaron que parecía escaso este número de soldados, dada la crítica situación europea y en comparación con otros ejércitos como el -

austriaco, que mantenía 260.000 hombres en activo. A esto el general O'Donnell contestó que el gobier no pensaba mantener su neutralidad, al margen de los acontecimientos, y no creía que España llegase a ser hostilizada por ninguna potencia (48).

Las circunstancias se hicieron tan críticas para la Santa Sede que incluso se consideró el traslado del Papa a las Baleares. Barili dijo a Antonelli que en conversación con O'Donnell sobre esta posible eventualidad, éste afirmó que el gobierno español de acuerdo con la Reina y con la mayoría del pueblo, tendría en gran honor recoger al jefe de la Iglesia. Pero la solicitud del nuncio de enviar un navío de vapor a Civita Vecchia, respondió que toda la flota estaba en Cuba y no se disponía, momentáneamente, de ninguna en el Mediterráneo (49).

El ministro de Estado había dado instrucciones en Real orden el 22 de septiembre de 1860 al encargado de negocios español en Roma sobre el comportamiento a seguir si la situación se hace crítica:

"... Su Majestad ha tenido a bien diga a Vd. que cualquiera que sean las eventualidades que se presenten, permanezca Vd. siempre al lado del gobierno pontificio y de S.S., no sólo como testimonio público de la adhesión de S.M. y su gobierno a su sagrada persona, sino también por todo cuanto pueda necesitar y dependa de esta Legación" (50).

Reunidas las Cortes, en los últimos meses de - 1860, se ocuparon con preferencia de los asuntos de Italia.

El gobierno español anunció que el 9 de octubre el ministro de España en Turín había protestado por la expulsión de Francisco II de sus Estados. Sin embargo la protesta resultaba más enérgica en su forma que en su contenido. Dice:

"... El gobierno de S.M. la -
Reina de España no ha perdonado
esfuerzo alguno en la órbita de -
su influencia para conseguir una
estrecha alianza entre los dos -
principales Estados de la penín-
sula italiana y ha secundado siem-
pre toda tendencia encaminada a
enlazar los intereses de los prin-
cipes con los de sus pueblos, con-
templa con profundo dolor la se-
rie de acontecimientos, que arran-
cando del ataque contra los legí-
timos derechos del inocente duque
Roberto I y siguiendo por la inva-
sión de los Estados de la Santa -
Sede, termina con la conquista del
reino de las Dos Sicilias y la -
anexión de la Italia meridional a
las posesiones hereditarias de -
S.M. el Rey de Cerdeña. En su vi-
vo deseo de ver consolidada la -
paz del continente, alejada toda
causa de conflictos futuros y ce-
rrada en Italia la era de las con-

vulsiones que tan profundamente la han perturbado, el gobierno de S.M. la Reina de España, al mismo tiempo que mantiene incólumes derechos legítimos que no pueden destruir la violencia ni la fuerza, quiere esperar todavía que la Cerdeña se detendrá en una pendiente funesta y que aplazando soluciones que nunca podrán ser definitivas, dejará a la Europa la alta misión de poner término, consultando las verdaderas aspiraciones de los pueblos italianos y teniendo en cuenta derechos dignos siempre - de respeto, a las luchas de la Italia y a la profunda inquietud de las naciones europeas" (51).

Excusado es decir que si con este documento demostró España la lealtad de su proceder, nada consiguió en beneficio de Francisco II. ¡Qué había de conseguir, si cuando se formuló semejante protesta hallábase amenazado algo que importaba más al mundo que el trono napolitano!, la propia seguridad del Papa.

Algunos parlamentarios se manifestaron disconformes con la política del gobierno en la cuestión italiana, como Aparisi y Guijarro y otros, pertenecientes a la misma tendencia ultra conservadora, pretendieron que se interviniera a favor del Papa, bien directamente o en combinación con Austria, Portugal y Baviera, y solicitando que Francia se pusiese al



frente de esta coalición que salvase al pontificado (52).

En respuesta al discurso de Aparisi y Guijarro, el jefe del gobierno, general O'Donnell, respondió que España no abandonaría su neutralidad y que sólo entraría en guerra en estos tres supuestos:

- a) Que estuviese en peligro la independencia de la nación.
- b) Peligrase la integridad del territorio.
- c) Por defender el honor de España (53).

Las discusiones continuaron en esta línea y el 30 de octubre el diputado Vaamonde acusaba al gobierno de abandonar al Papa en la pérdida de su poder temporal, y no haber hecho nada más que retirar a su embajador en Turín.

De nuevo intervino el duque de Tetuán para rechazar estas pretensiones intervencionistas, respondiendo:

"... Que el gobierno ha querido protestar, pero no extenderse a un rompimiento de las relaciones hoy, sería la guerra mañana. El gobierno español quiere probar que no está de acuerdo con que se incumplan los tratados, pero no desea ir a la guerra sin alianzas, cuando las naciones más poderosas como Austria, católica como España y también partidaria del poder temporal

del Papa y con un ejército de -
260.000 soldados afirmó que no
intervendría, a no ser que fue-
se atacada en Venecia" (54).

No sorprendieron a la Santa Sede las declaraciones del gobierno español en las Cortes, ya que esta ba al corriente de la posición que mantenía el gabi nete español con respecto a los asuntos de Italia, fundamentalmente, por los escritos del nuncio envia dos el 22 de agosto de 1860, sólo cuatro días antes de que empezasen con discusiones en las Cortes. Barili diría al secretario de Estado vaticano, que en opinión de O'Donnell, España había hecho todo cuanto podía, convocando las potencias católicas a un - congreso, y que en cuanto a romper las relaciones - diplomáticas con el Piamonte esto poco reportaría a Su Santidad. Barili termina diciendo:

"... Podríamos decir que la po lítica exterior española es de im potencia , y sería inútil esperar, en el presente, cualquier inicia tiva aislada de España" (55).

Aunque conocidas de antemano las declaraciones - del gobierno español, las noticias que llegaron a Roma sobre los debates parlamentarios y, en particular, las declaraciones del general O'Donnell, mo lestaron enormemente al secretario de Estado, quien en carta del 10 de noviembre al nuncio en Madrid - le comunica:

"... La reciente intervención del duque de Tetuán sobre Italia y la Santa Sede me han parecido bastante displicentes, pero no me han sorprendido, sabiendo los antecedentes del duque, pero me sirve, como nueva prueba del espíritu que impera en ese gobierno" (56).

Las relaciones entre la Santa Sede y el gobierno del general O'Donnell no pasaban por sus momentos más álgidos, ya que a la situación descrita había que sumar la falta del embajador en Roma. El 20 de noviembre conoció Barili de forma extra-oficial el nombramiento del que iba a ser nuevo representante español en la Corte romana, el marqués de Miraflores. Se lo comunicó la Reina al nuncio, en la audiencia que le concedió con tal motivo de la presentación del arzobispo de Chile, monseñor Giacomo.

El nuncio dijo a la Reina que habrían preferido ver en ese cargo a Martínez de la Rosa (57). El 23 de noviembre apareció en la Gaceta oficial el nombramiento del nuevo embajador en Roma, que sustituía en el puesto a Ríos Rosas, ya en Madrid desde el mes de agosto.

El marqués de Miraflores no fue mal visto por la opinión política, sin embargo no dejaba de suscitar dudas su futura gestión, dada la capacidad del hombre que le había precedido. Con Ríos Rosas, España tuvo un buen valedor a la hora de firmar el convenio adicional al concordato de 1851, y resolver el problema de la desamortización eclesiástica

de forma definitiva para ambas Cortes. Sin embargo, en la Corte italiana vieron con gran satisfacción su partida y la llegada del nuevo embajador, marqués de Miraflores.

El comentario que a propósito de él hizo Barili al ministro de Estado español en el mes de septiembre, y que posiblemente reflejaba la opinión del cardenal Antonelli, dada la prudencia de Barili para emitir juicios propicios, dice:

"... Que el Sr. Ríos Rosas en todo el tiempo de su misión en Roma, jamás ha escrito un despacho sobre la cuestión política de la Santa Sede, a pesar de su preparación sobre la materia y creo que en España bien que se interesa por los asuntos políticos" (58).

La opinión de Barili sobre el nuevo embajador es:

"... Es persona de orden y moderación, de moralidad y respeto a la religión. Los progresistas y demócratas lo tienen por enemigo declarado, contrario a las revoluciones, no profesa la religión católica, pero considera que la iglesia católica es un elemento fundamental de la sociedad europea; está profundamente persuadido de la legitimidad y necesidad del principio civil de la Santa

Sede y califica al Piamonte como pirata y al emperador Napoleón - III como causante de todo lo que ocurre en Italia" (59).

Miraflores llegó a Roma el 29 de diciembre y el 1 de enero presentó sus credenciales al Santo Padre manifestándole la tradicional lealtad y apoyo de España a la causa de Roma y afirmando que el problema italiano era un problema europeo que España sola no podía resolver, pero es sobre todo el valor moral y la moderación de la Santa Sede su me jor arma (60). Esta última consideración coincidiría con la afirmación que el ministro Recherra de Austria haría después a la curia romana al recomen dar la resistencia pasiva como el mejor medio para defenderse (61).

Desde su llegada, Miraflores se interesó por que se cumplieran los deseos que, desde algunos meses - atrás, había presentado el nuncio en Madrid al ministro de Estado y a la Reina de mantener en el - puerto romano de Civitavecchia un barco español - al servicio del embajador de España, y dispuesto - por sí, por cualquier eventualidad, fuese necesario para la seguridad de Su Santidad. Por este motivo, aprovechando que un vapor español se encontraba - en Civitavecchia desde el final de año, se le pi dió que permaneciera allí hasta que dispusiesen de otro mejor dotado. Miraflores insistirá sobre lo ne cesario que era mantener un barco en Civitavecchia, y evitar que se repitan acontecimientos como los de 1848, cuando el barco prometido no llegó a tiempo.

Miraflores recordará al ministro de Marina, - con el que se entendía directamente en este asunto, que las instrucciones que había recibido eran estar prevenido por si en caso extremo Su Santidad - resolviera abandonar la capital del orbe católico, y darle asilo en un buque de la armada española para conducirlo donde fuese su voluntad.

Miraflores continúa diciendo:

"... Ciertamente tenemos en dicho puerto la "goleta Consuelo", - pero los informes de su propio comandante y del cónsul de S.M. en ese punto son tan negativos, en cuanto a su seguridad y comodidad, por todo esto ruego su relevo, y sugiero que el buque Alava, una vez deje a los Reyes de Nápoles en su destino, en vez de regresar a Barcelona, vuelva aquí. No quisiera verme en el mayor de los conflictos sin poder realizar el deseo de nuestro gobierno que se ha comprometido sagradamente a dar asilo en uno de sus barcos" (62).

2.1.1. Controvertidas declaraciones del ministro de Estado español sobre la cuestión romana.

Las relaciones entre Madrid y Roma pasaron por momentos de tensión en este período. Uno de éstos fue el que se produjo el 6 de febre

ro de 1861 con la publicación en el periódico francés "Le Moniteur", de París, de una colección de documentos reservados que el gobierno francés presentó a las cámaras, en los que se exponía la posición del gobierno sobre los acontecimientos de Roma. Entre esos documentos había uno del 24 de abril de 1860 dirigido por el embajador francés en Madrid, Barrot, al ministro de Asuntos Exteriores galo, en el que le hacía comentarios acerca de la opinión y sentimientos del ministro español de Estado. Collantes le había manifestado, sobre la Santa Sede, la posibilidad de reunir a las potencias católicas para tratar la cuestión romana. Lo esencial era que Collantes culpaba a la obstinación del Santo Padre y a la falta de las promesas hechas, de llevar a cabo reformas en sus Estados, como la causa de la caída de la Romanía. Collantes analizó también la postura francesa con respecto a la Santa Sede y afirmó que estaba impregnada de inteligencia que la consideraba la sola forma de salvar el poder temporal del Papa, pero que este proyecto, que incluía la división y federación de la península en cuatro Estados, no sería aceptado por el Papa.

La prensa española se hizo eco del asunto dándole publicidad, lo que molestó enormemente a la Santa Sede. La Discusión, ~~una~~ Diario Democrático, dice:

"... Cuando se afirma que el -

gobierno español, como buen católico, no permitirá que se toque ni siquiera un átomo del polvo del Estado del Papa, no era sino pura charla, para tener contento, y - desviar la oposición de los periódicos católicos; ya que en conversaciones diplomáticas con ministros representantes extranjeros, se han dicho otras cosas" (63).

Sobre el mismo asunto el diario La Epoca, pro-gubernamental, afirmó que el despacho - publicado en el Moniteur, coordinaba perfectamente con el sistema que había seguido - siempre el gobierno español y Collantes (64).

En la sesión del 20 de febrero de 1861 de la Cámara de diputados, el diputado Alejandro de Castro pidió explicaciones al ministro de Estado Collantes sobre el asunto. El ministro reconoció que el despacho era auténtico, pero que no estaba de acuerdo con el sentido que se daban a sus palabras, ni con la idea ni con el modo que se había expuesto (65).

El nuncio en Madrid Barili, visitó al ministro de Estado el 17 de febrero de 1861, por indicación de su gobierno, para informar se sobre el citado asunto y éste responde:

"... Que lo manifestado al embajador de Francia no tenía carácter oficial, que era inexacto lo

expuesto y que no estuvo en su ánimo censurar la política del Santo Padre ni su gobierno" (66).

No satisfecho con la respuesta del ministro español, el nuncio se dirigió al duque de Tetuán el 18 de febrero. Sobre el citado asunto manifiesta:

"... Aunque no he hablado ciertamente con el Sr. Collantes, mi opinión es que se hacía alusión al parecer que algunas personas mantienen en privado, que habría sido útil el que se hubiesen introducido reformas, a su debido tiempo, en el Estado Pontificio" (67).

Barili dijo a Antonelli en carta del 20 de febrero de 1861 que el asunto del Moniteur había producido sorpresa general en España, así lo habían manifestado los periódicos católicos, y también algún miembro del gobierno, como el propio ministro de Gracia y Justicia que fue el primero que le hizo conocer la existencia del citado despacho (68). Esto puso de manifiesto la presencia de ciertas fricciones en el seno del gobierno, lo mismo que en el propio partido de la Unión Liberal con respecto al problema italiano.

El 6 de marzo de 1861 el gobierno español solicitó del Congreso un voto de confian-

za para su política en Italia. Se abrieron discusiones sobre los asuntos italianos, y los despachos diplomáticos, que no fueron facilitados. Las discusiones duraron hasta el día 13, en que se votó la confianza que había demandado el gobierno. El día 7 presenta el ministro de Estado un memorandum sobre la actitud de España en este asunto:

"... La cuestión de la unidad de Italia es diferente de la de independencia de Italia, a esta segunda el gobierno no está - en contra, pero sí se opone a la primera por ser contraria a los tratados internacionales y a las monarquías legítimas. El sufragio universal con el que se pretende sancionar la unidad es un error y una ilusión, el poder político del Pontífice es el más respetable de todos, fue de suma utilidad y de espléndida gloria para Italia, y es una hipocresía el - pretender que despojando a los - Papas del poder temporal sería - beneficioso para el espiritual. Si se suprime, una confusión horrible se extenderá por Europa, que sólo los protestantes podrían desear. Los proyectos de reducir al Papa a la ciudad Leonina y la de Jerusalén es ridículo. El gobierno está a favor de la autori-

dad temporal del Papa y ha hecho y seguirá haciendo cuanto le permitan las condiciones de España y el principio de neutralidad" (69).

En esta misma sesión intervino también el duque de Tetuán, afirmando:

"... Que el gobierno era y debía ser neutral en la cuestión italiana, que reconocía la importancia de los derechos dinásticos y los derechos eventuales de la familia reinante de España al trono de Nápoles, que la política del Piamonte no se había realizado conforme a los principios de justicia que resplandecen en los tratados internacionales y que una nación católica no puede menos de tomar vivísimo interés, tanto por el poder espiritual como por la seguridad del Pontífice" (70).

La política que el gobierno había seguido en Italia fue atacada por la oposición; del ala conservadora González Bravo, entre otros, la tildó de ambigua, contradictoria e impotente, diciendo:

"... No podemos ver sin dolor cómo desaparece el poder temporal del Papa, y cómo estando a la cabeza de la más católica nación -

que hay en el continente europeo, se impide la formación de un movimiento en ayuda del Papa que en este país sería genuino, natural e irreversible" (71).

Del lado progresista, Figuerola, Calvo - Asensio y Sagasta, contrarios al poder temporal del Papa y partidarios de la unidad de Italia, acusaron al gobierno de seguir la más indigna de las neutralidades que puede tener una nación: la de impotencia. Para Calvo Asensio la neutralidad seguida por España no era tal, dijo que neutralidad quería decir abstenerse incluso de las simpatías. Terminó lamentando el que no hubieran entendido la causa del pueblo de Italia y el sentido del nuevo orden del sufragio (72).

La votación a la moción de confianza, superada por 176 votos frente a 44 en contra, supuso el cierre de la crisis abierta por las controvertidas declaraciones del ministro de Estado, y un apoyo a la política que seguía el gobierno en la cuestión italiana.

2.1.2. Nueva iniciativa española en favor de la Santa Sede.

El 18 de marzo se entrevistó el nuncio con el duque de Tetuán. Durante la entrevista, Barili le dijo lo imprescindible que resultaba para la Santa Sede que Madrid promoviese una nota conjunta con Francia en fa-

vor del Papa y de su pontificado. El general O'Donnell contestó que esto ya se había hecho y que Francia y Austria lo habían rechazado.

Para reforzar su posición el nuncio aludió al marqués de Miraflores que, según sus informaciones, compartía el mismo punto de vista. O'Donnell respondió que ya conocía la opinión del embajador en Roma. Ciertamente, el marqués de Miraflores era partidario de la necesidad de que hiciesen algo más las potencias católicas, al menos diplomáticamente, incluso había llegado a sugerir en su despacho del 7 de mayo de 1861 al ministro de Estado, que las seis naciones católicas europeas hiciesen una declaración solemne de hacer casus belli toda la invasión o intrusión de cualquier territorio de que hoy está en posesión la Santa Sede (73).

O'Donnell se hizo partícipe de los problemas y dificultades que por parte de la oposición progresista y de algún sector de su partido, tenía el gobierno a la hora de poner en práctica este tipo de iniciativas, pero que no obstante lo pasaría a discusión (74).

El 22 de marzo Barili, no muy satisfecho del resultado de su entrevista mantenida con O'Donnell, fue recibido por la Reina a quien rogó hiciese algo por el Papa. Ésta le mostró el documento que se estaba preparando, en el que se invitaba a Francia para ponerse

de acuerdo con las potencias católicas y hacer un supremo esfuerzo en favor del Papa (75).

En Consejo de ministros de final de marzo, se decidió escribir a los representantes en París, Mon, y en Viena, Ayllón, para que solicitasen de los gobiernos ante los que estaban acreditados, que tomasen medidas en común todas las potencias católicas en favor del Santo Padre y de su autoridad temporal. La nota iba firmada por España, Austria, Baviera, Portugal y se presentó a Francia (76). El texto definitivo de la nota es:

"...Estando en inminente peligro el poder temporal de la Santa Sede y teniéndose por firme que el emperador de Francia quiera la conservación de este poder, España - cree que están obligadas todas las potencias católicas a unirse" (77).

No satisfizo a Roma los términos de la nota española, y así se lo hizo saber el nuncio en Madrid al ministro de Estado español, Collantes, el 12 de abril de 1861. En su entrevista le manifestó que había encontrado la nota demasiado vaga y que en ella no se hablaba de restituir los dominios usurpados al Papa. El ministro español le dijo que el gobierno español había preferido centrar su iniciativa en la conservación de los actuales dominios de la iglesia, dejando lo -

ya perdido para más favorable momento, que - esto se hacía así no por su voluntad, sino - por ser lo más conveniente para conseguir que el Santo Padre conservase, al menos, lo que le quedaba (79).

Esta iniciativa española dirigida a mantener el statu quo en Italia (78), no contó - con el apoyo diplomático de las potencias católicas, a excepción de Austria cuya nota - coincidía en líneas generales con la de España. Inglaterra que quedaba marginada, como nación no católica, de participar en los - asuntos italianos, protestó enérgicamente.

La Santa Sede, que ya había manifestado - su desacuerdo con los términos de la nota - española, y que hizo lo propio con la austriaca, volvió oficialmente a insistir en - su postura a través de su nuncio en Madrid, comunicando que:

"... En caso que estas iniciativas española y austriaca, olvidasen reclamar las provincias - usurpadas por el Piamonte, el Santo Padre se verá obligado a cambiar lo que era una iniciativa de España y Viena en pro y tutela del Santo Padre, por una protesta, ya que de otra forma parecería que la Santa Sede aceptaba el statu quo" (79).

El ministro de Estado español dijo al nuncio Barili el 14 de junio que había recibido la respuesta de Francia a la nota y que en ella se pretendía que España asumiese obligaciones y compromisos inconciliables con su política y con su deber. Francia ponía como condición a un acuerdo en favor del Papa, en primer lugar, que España renunciase a ciertos derechos de los Borbones sobre Italia, y tolerase la violación de ciertos principios que siempre había sostenido (los derechos dinásticos) y, en segundo lugar, una vez que Francia reconociese al nuevo reino de Italia, que España hiciese lo propio y aceptase el poder temporal del Papa circunscrito sólo a los territorios que le quedaban (80).

Como era de esperar, Barili se opuso a la realización de este acuerdo, respondiendo - que al precio del reconocimiento del reino de Italia y de las usurpaciones piamontesas, le pedía en nombre del Papa que cesara en sus tentativas (81).

Esta iniciativa española fue lo último - que el gobierno de O'Donnell hizo en defensa del poder del papado. Con esto quedó cerrado el periodo comprendido entre 1859 y 1861 marcado por el apoyo que dió a las causas legitimistas en Italia.

2.2. LAS ANEXIONES AL PIAMONTE.

2.2.1. Protesta española por la anexión de los - Ducados.

Como ya se vió, el gobierno de Madrid había comunicado el 20 de enero de 1859 a sus representantes en las principales Cortes europeas, instrucciones precisas sobre el problema italiano. España no tenía derechos que sostener ni obligaciones que cumplir respecto a las naciones interesadas en la lucha que se veía próxima a emprenderse; por lo que la política que se proponía seguir el gobierno de S.M. podría sintetizarse en neutralidad política en la paz y durante la guerra, neutralidad armada. El único caso que podía ser motivo suficiente para apartarse de su deliberado propósito de no tomar parte en estas cuestiones, era el de que se rompiesen las bases fundamentales del equilibrio europeo, asentadas en el tratado de Viena, en cuya modificación se vería obligada a intervenir (82).

Poco tardaron en traducirse en realidad esos temores: Al estallar la guerra de 1859 en Italia, el gobierno español se situó en una posición legitimista, llevado por los lazos dinásticos que unían a la monarquía española con los Borbones Italianos del Ducado de Parma, pesando más esto que una auténtica razón de Estado.

El general O'Donnell se preocupó por defender los intereses de los Borbones italianos, expulsados de sus Estados y sustituidos por gobiernos provisionales, a cuya cabeza se situaron los partidarios de promover la anexión al Piamonte.

Los tres soberanos protestaron, y la expulsión de la duquesa Regente de Parma dió lugar a que el gobierno español comunicase a sus representantes, el 20 de junio de 1859, instrucciones en las cuales consignaba la reserva explícita de los derechos de la familia reinante en ese ducado, derechos que el gabinete de Madrid no consideraba invalidados ni disminuidos en parte alguna por el movimiento popular, que había tenido lugar en aquel Estado (83).

Terminada la guerra franco-piamontesa contra Austria, firmados los preliminares de paz de Villafranca el 15 de julio, en ellos se recogía con respecto a los ducados de Toscana y Módena, que volverían a sus antiguos soberanos, con la concesión de una amnistía general. El silencio que en este tratado guardaron las altas partes contratantes sobre los derechos del duque de Parma, hizo que el gobierno de S.M. católica encargase a sus representantes en París y Viena que apoyasen con toda su influencia las gestiones iniciadas directamente por la duquesa Regente de Parma.

Al mismo tiempo el ministro de España en

Turín protestaba contra cualquier acto que pudiera modificar derechos que el gobierno español consideraba de todo punto subsistentes (84).

Las gestiones que llevaron a cabo los representantes de España, Alejandro Mon en París y, sobre todo, la de Torre Ayllón en Viena, fueron acogidas favorablemente. El gabinete de Viena comunicó al de Madrid que ofrecía sus esfuerzos para que se conservasen los derechos de Parma lo mismo que los de Módena y Toscana, y que así se lo había comunicado a sus plenipotenciarios en Zúrich.

El gobierno español queriendo reforzar más sus diligencias en favor de Parma, envió el 5 de agosto de 1859, un nuevo despacho a los representantes de S.M. en las Cortes europeas que habían sido signatarias del tratado complementario del acta del Congreso de Viena del 10 de junio de 1817, que garantizó la organización política de Italia central. El citado despacho, entre otros aspectos, recogía el derecho de la Corte de Madrid, no sólo a considerarse garante de los compromisos contraídos en aquellos pactos, sino a intervenir en la misma forma que las naciones signatarias, en la resolución de las cuestiones que pudieran suscitarse respecto a los Ducados. Esta nota fue presentada en la prensa europea bajo el epígrafe de "Protesta de España en la cuestión de Parma".

El tratado de Zúrich del 10 de noviembre de 1859, desarrolló y amplió los preliminares de Villafranca. Entre ambos pactos existían esenciales diferencias. En el de Villafranca el emperador de Austria había hecho incluir la restauración de los duques de Toscana y Módena, bajo presión de hacer de esto un casus belli, pero olvidó a la duquesa Regente de Parma. El tratado de Zúrich incluyó el ducado de Parma en la declaración de los Estados independientes de Italia; también recogía el tratado una declaración explícita de que no podían ser privados de sus Estados los duques soberanos, sin la intervención de las potencias que se los dieron y que les habían reconocido. Las diligencias españolas - en favor de Parma y su idea de que fuesen - tratados los asuntos italianos en un Congreso europeo, serán recogidas en el espíritu - del tratado de Zúrich, aunque la dificultad estaba en la puesta en práctica de la letra del tratado.

El despacho que el ministro de Estado español envió el 10 de diciembre de 1859 a los plenipotenciarios que iban a representar al gobierno de S.M. en el Congreso de París, en donde debía tratarse la situación de los ducados, las instrucciones son:

"... Que quedase a salvo los derechos de la Casa reinante de Parma, por obligaciones dinásticas, dado el parentesco del duque

Roberto de Parma con la familia Borbón española. Que intentasen conseguir su restauración en sus antiguos Estados, y si se demostrase la conveniencia de hacer algunas modificaciones en la circunscripción territorial de la Italia central, se esforzasen para conseguir que Su Alteza Real reciba las compensaciones adecuadas a fin de que no se perjudique en nada sus intereses ni se disminuyera la importancia de sus derechos de soberanía. En cuanto a la Toscana, resistirá como inaceptable para España la anexión al Piamonte. Será aceptable para el gobierno de Madrid cualquier combinación que se base en la independencia de la Toscana, aunque se produzcan cambios territoriales, siempre que se le den compensaciones, de forma que tenga una extensión equivalente a la que tenía antes de la guerra" (85).

Quedó incumplido el tratado de Zúrich, - puesto que no se devolvieron los ducados a sus antiguos soberanos, sino que se unieron al Piamonte, una vez celebrados plebiscitos. España protestó de nuevo, por la anexión de Parma al Piamonte, y por la incorporación de la Toscana (86).

España no aceptó como válido el derecho - de los pueblos que iba en detrimento del derecho legitimista de los soberanos. El gobier no español, haciendo alusión en las Cortes a los sucesos de Italia por los que habían que dado los ducados anexionados al Piamonte, criti-có la citada unión afirmando no haberse lleva- do de forma espontánea, ya que de una pobla- ción de 1.800.000 habitantes sólo votaron - 32.000.

Estos datos que no correspondían a la rea lidad, fueron rebatidos en el Congreso por el diputado Olozaga, que explicó con exacti- tud que de una población de 1.800.000 habi- tantes, el censo electoral era de 450.000, - de estos votaron favorables a la unión del - Piamonte 386.000 y sólo 14.000 votos recibie ron los partidarios de la permanencia como Estado independiente. Las verdaderas razones del gobierno por las que invalidó el resul- tado del plebiscito no fueron tanto por la forma de llevar a cabo la votación, sino por no aceptarse, como método, el principio del sufragio (87).

La política española durante la guerra - franco-piamontesa contra Austria, fue mante- ner su neutralidad con firmeza y evitar todo aquello que pudiera suscitarle compromisos y diferencias con las potencias beligerantes. Ciertamente que protestó oficialmente, como ya hemos visto, por la invasión de los duca dos y su posterior unión al Piamonte, pero

sin entrar en compromisos que le obligaran a una intervención directa. El gobierno de Madrid no trató, por eso, de impedir que - sus representantes practicasen oficiosamente todas las gestiones que sin comprometer la neutralidad de España pudieran dar resultado provechoso para los príncipes de la familia de Borbón (88).

2.2.2. Protesta española por la anexión de Las
Romañas.

Influídos por el eco de la guerra francopiamontesa contra Austria, se produjo en 1859 un movimiento revolucionario en los Estados pontificios: El levantamiento de Las Romañas y la elección de una asamblea que - votó la caída del gobierno pontificio y la anexión de aquellos pueblos al Piamonte.

El 12 de julio de 1859, el cardenal Antonelli comunicó la protesta al gobierno español por medio de una nota al embajador de España en Roma sobre los sucesos en las legaciones, diciendo:

"... El Rey del Piamonte por consejo del emperador de Francia, su aliado, había aceptado la oferta de jefatura que la provincia rebelde del Estado pontificio le había hecho.

La conducta del gobierno sardo hacia la Santa Sede es de querer

usurparle una parte relevante -
de su dominio temporal" (89).

Continúa diciendo que era ilusorio el rechazo que Víctor Manuel había hecho de la jefatura, ya que había nombrado al marqués Máximo d'Areglio comisario extraordinario en la Romaña. El Papa protesta por las violaciones y usurpaciones de las que era objeto por parte del Piamonte, y conminó a todas las potencias europeas para que no permitieran una tal violación contra el derecho de gentes y la soberanía del Santo Padre (90).

La respuesta del embajador de España a la nota de Antonelli es:

"... Vuestra Eminencia me hace saber que todos estos actos realizados son, no sólo contrarios a la neutralidad declarada por la Santa Sede, sino incluso atentatorios a los derechos soberanos del Santo - Padre".

Terminaba diciendo el embajador que transmitiría a su gobierno la nota y que estaba seguro que el gobierno de la católica España no dejaría de tomar parte activa para evitar estos actos que tanto duelen a S.S. (91).

Ante esta nota el gobierno de S.M. no permaneció impasible, y comunicó instrucciones a su embajador en París y a su ministro en -

Turín. Despachos del 9 y 27 de noviembre de 1859, para que procurasen poner a salvo la integridad de los Estados de la iglesia y la independencia del Sumo Pontífice.

El tratado de Zúrich recogió el derecho del Santo Padre a mantener Las Romañas, previa petición de los dos emperadores de Francia y Austria, al Papa, de que llevase a cabo reformas en la administración de su reino, reformas que el espíritu de la época ha cia indispensables.

Los emperadores de Austria y Francia cursaron las invitaciones para el Congreso que debía reunirse en París. El gobierno de España envió un despacho a sus plenipotenciarios en diciembre de 1859, dando instrucciones sobre su conducta a seguir con respecto a Las Romañas. Decía que debían defender la integridad de los Estados de la iglesia.

El 7 de diciembre de 1859 el secretario de Estado, cardenal Antonelli, envió una nueva nota de protesta contra la actitud del - Piamonte en Las Romañas, reclamando de nuevo la ayuda de las potencias europeas y en concreto la de España (92).

Roma comprendió que por la vía diplomática no se le iban a restituir sus dominios - perdidos, por lo que intentaba sondear otras vías. El embajador en Roma, Ríos Rosas, comunicó el 11 de febrero de 1860 que en entre-

vista con el Santo Padre le había informado confidencialmente que tenía el proyecto de formar un ejército con gentes de todas las potencias católicas y singularmente de españoles, y recobrar en su día, por la fuerza, las Legaciones (93). Continuando con esta información, mandó el embajador Ríos Rosas dos nuevos despachos, en el primero menciona los elogios del Papa hacia la católica España.

"... Dios bendiga a los españoles. Hasta los demócratas ardientes son verdaderos cristianos y el mismo Espartero, le creo verdaderamente religioso..."

En el segundo expone las grandes líneas del proyecto pontificio diciendo que su principal designio, tuviese o no lugar el Congreso, era el reunir un ejército con el mayor número de hombres, con contingentes de todas las naciones católicas, mil napolitanos, mil austríacos, mil portugueses, quinientos franceses y tres mil españoles. Un ejército brillante, aunque poco numeroso, de católicos sinceros, bien pagados y disciplinados con un general ilustre a su cabeza, posiblemente español. Este ejército haría prevalecer el derecho con la ayuda de Dios, y representará a todas las naciones católicas (94).

El Papa vio confirmadas sus sospechas sobre los posibles resultados del Congreso, con las manifestaciones del emperador francés.

La declaración que Napoleón III hizo el 1 de febrero de 1860 en la apertura de la - nueva legislatura, anunció un plan para solucionar el problema italiano. En el caso - de las Romañas se anexionarían al Piamonte bajo forma de un vicariato. Con este motivo el nuncio en Madrid se entrevistó con la Rei na para solicitar de ella hiciese declaración por escrito sobre los sentimientos de España de conservar íntegros los dominios de la Iglesia. La declaración se hizo el 7 de febrero, pero fue de forma verbal (prevaleció el criterio del ministro de Asuntos - Exteriores) y la manifestó el embajador español, Mon, al ministro francés Thouvenel, entregando una carta personal de la Reina - para el emperador (95).

El nuncio en Madrid comunicó al secretario de Estado Antonelli su entrevista del 5 de marzo de 1860 con el ministro de Estado. Este le manifestó que el embajador en París de S.M., Mon, había ya expresado al ministro de Asuntos Exteriores de París lo siguiente:

"... Que España no admitirá ja más para los territorios pontificios resolución alguna que no sea previamente aceptada por el Papa .

Que el gobierno español no ha cambiado con respecto al poder - temporal del Papa, pero que no - era el mejor momento para hacer - más por él" (96).

Prosigue diciendo:

"... Que la Reina tenía que -
permanecer fuera de influencias,
que le hiciesen presionar al go-
bierno a tomar decisiones arries-
gadas para España que pudieran -
dispersar los esfuerzos, hasta -
que termine la guerra de Africa".

Barili dirá a Antonelli que estas decla-
raciones le hacen suponer la existencia de
una posible discusión en el seno del gobier-
no español, por la causa de las Romañas .

Termina afirmando, que los motivos de es-
ta discusión podrían ser: de una parte, el
temor a molestar a los más liberales que
exageraban la guerra de Marruecos para dis-
traer a España del peligro de intervenir en
defensa del Papa; y de otra, al temor a mo-
lestar a Francia y con ello también a los ul-
traliberales que eran favorables a la amis-
tad con el emperador.

Roma ante la imposibilidad de arrastrar
a España a una intervención armada en Ita-
lia, modificará su estrategia. Fruto de es-
ta nueva actuación, el 24 de marzo de 1860
el Papa Pío IX recibió al encargado de nego-
cios de España y le dijo que en las circuns-
tancias actuales no quería socorros de fuer-
zas materiales, para evitar al gobierno de -
España complicaciones, que lo único que pe-

día era que el gobierno mostrase su desaprobación por la desmembración de las Romañas del Estado pontificio y su anexión al Piamonte (97). Sobre esta misma entrevista, el encargado de negocios dijo a su ministro de Estado en despacho del mismo día, que el Santo Padre le manifestó su intención de dirigir su voz a las potencias adictas a la Santa Sede, protestando contra el despojo que de sus legítimos derechos se hacían, repitiendo lo que ya dijo en su última Encíclica, acerca de la grave responsabilidad que pesaría sobre los que habían preparado o contribuido a promover tales acontecimientos. El Papa añade:

"... De todas las naciones católicas la que me inspira más confianza es la nación española, y quisiera que fuese ella la primera en dar alguna prueba ostensible de que se interesa vivamente en la suerte del poder temporal que Dios puso en mis manos.

Sí es cierto que no ha mucho tiempo abrigué la idea de acudir a España pidiendo soldados que vinieran a defender mis derechos, no he podido menos que conocer que esto ocasionaría a su gobierno compromisos, que yo debo hacer. Lo único que deseo es apoyo moral, y nada podría lograr mejor este objetivo que una manifestación de -

simpatía hecha en España cuando se reciba mi protesta contra la violación de mis derechos" (98).

A continuación calificó la postura de - Francia de hipócrita, y se mostró resuelto a no hacer concesión alguna que vaya en menoscabo de su soberanía, así espiritual como temporal.

El secretario encargado de negocios remitió al ministro de Estado la nota de protesta que el gobierno pontificio le había - enviado. Esta dice en resumen:

"... Palacio del Vaticano 24 de marzo de 1860.

Se ha consumado el despojo de una parte importante de mis Estados, se emplearon mil manejos, - engaños y violencias para hacer que la votación correspondiera al fin deseado.

Declaro nulo, por ser una reagrupación ilegítima, todo cuanto se ha hecho y pueda hacerse en lo sucesivo por el Piamonte en las citadas provincias. Pido a los soberanos que no reconozcan este acto sacrílego y fraudulento de usurpación de la soberanía" (99).

El nuncio Barili, en entrevista con el mi

nistro de Estado español le manifestó que - sería digno de España el que tomara aquella iniciativa de 1848, a lo que respondió el ministro que eso no lo podía hacer el gobierno de O'Donnell. El ministro le consultó si sería más útil a la Santa Sede el que España mandase una nota de protesta al gobierno de Turín o si secundase la actitud condenatoria manifestada por S.S. El nuncio le indicó que esta segunda idea le parecía más - útil.

El 24 de abril envió el gobierno español la nota de protesta relativa a la incorporación de las Romañas al Piamonte; esta nota fue una respuesta de adhesión a la que había enviado la Santa Sede el 24 de marzo (100).

El ministro de Estado transmitió al embajador en París, Mon, las indicaciones oportunas sobre los asuntos de Italia, con expresa orden de comunicarlo al emperador de los franceses. Se le dice:

"... Que sin el acuerdo de las potencias que firmaron el tratado de Viena, España no cree que puedan aprobarse variaciones territoriales que de hecho se han producido, desde la paz de Villafranca, y sin tener en cuenta lo acordado en la paz de Zúrich, ya que estos hechos están basados en principios inconciliables con el orden internacional, y con la seguridad de -

las naciones monárquicas" (101).

Esta manifestación oficial del gobierno - de España, contrastará con la mantenida extraoficialmente, como puede verse, por sus órganos de prensa La Epoca, periódico pro-gubernamental del 26 de abril de 1860, trató de forma muy moderada la separación de las Romañas de los Estados de la iglesia, y terminaba diciendo, con cierta ironía y realismo, que los defensores de los derechos - de la iglesia sobre las Romañas eran defensores de causas perdidas (102).

El encargado de negocios en Roma, Sandoval, dió lectura al secretario de Estado, - Antonelli, del despacho de fecha 24 de abril, sobre la protesta española por la anexión de las Romañas. Antonelli elogió la misma y los piadosos sentimientos de la Reina y los esfuerzos que su gobierno había hecho por medio de sus representantes en las Cortes de París y Turín para evitar que territorios - pertenecientes a los Estados pontificios - quedasen unidos a Cerdeña (103).

Esta última iniciativa española de protesta por la anexión de las Romañas, resultó muy bien acogida en Roma, siendo reconocido por la Santa Sede el peso de la Reina en la decisión de su gobierno, sin olvidar los buenos oficios llevados por su nuncio en Madrid.

2.2.3. Protesta española por la ocupación y ane-
xión del reino de las Dos Sicilias.

Los revolucionarios italianos, dirigidos por Mazzini y Garibaldi, eligieron como nuevo lugar de acción el reino de las Dos Sicilias, desembarcando el 11 de mayo de 1860 en Marsala con un cuerpo expedicionario de 1.000 hombres, lo que daría nombre a la expedición que fue conocida como la "invasión de los mil". El reino de las Dos Sicilias contaba para su defensa con un numeroso ejército bien adiestrado, pero la deteriorada situación interna del reino, por la política intransigente de Francisco II y el absolutismo con el que había gobernado su padre Fernando II hasta su muerte, ocurrida en 1857, prepararon el camino del desencanto, que habría de traer la revolución. Garibaldi, con tan pequeño ejército, con sólo 1.000 hombres invadió el reino de las Dos Sicilias.

Ante esta crítica situación, Francisco II se dirigió a España solicitando su ayuda para sostenerse en el trono. El representante de las Dos Sicilias en Madrid, conde de Grieco, en la entrevista que le concedió el 15 de mayo de 1860 el duque de Tetuán en Aranjuez, solicitó del gobierno español que llevase a cabo una demostración enérgica y armada en favor del reino de Nápoles. A lo que el general O'Donnell respondió que la posición en que se había situado España, frente a los hechos de Italia, de estricta neutrali

dad, le impedían presentar auxilios materiales, aunque no por esto el gobierno español dejaba de mirar con el mayor interés por la causa de la legitimidad y del derecho, representada por S.M. el rey Francisco II y el gobierno de Nápoles enfrentados con la revolución.

El 17 de mayo el representante del reino de Nápoles visitó al ministro de Estado, para solicitarle que interpusiera sus buenos oficios ante el gobierno piemontés para que éste no permitiera la salida de nuevos contingentes contra Sicilia. Su intención era detener las hostilidades y ganar tiempo para restablecer el orden. Por la presión de los acontecimientos, decidió el gobierno de Nápoles realizar ciertas reformas en sus Estados.

Ya desde el 6 de junio se sabía que el rey de las Dos Sicilias iba a hacer ciertas concesiones en sentido liberal como único medio para atajar el curso de la revolución y evitar se propagase a sus Estados de tierra firme (104). Las medidas que se tomaron fueron: El restablecimiento de la constitución de 1848 y llamar al poder a un ministerio liberal para que negociase un acuerdo con Cerdeña, propiciando de esta manera la suspensión de las hostilidades en Sicilia.

El gobierno español, por encargo del napolitano, llevó a cabo estas diligencias, y

el 19 de junio el ministro de Estado envió - una comunicación al encargado de negocios de España en Turín, indicándole las gestiones a realizar con el conde de Cavour sobre una - suspensión de hostilidades en Sicilia, mientras durasen las negociaciones, para acordar las bases de una alianza entre Nápoles y Cerdeña (105).

Por Real orden del 10 de julio, el ministro de Estado comunica al encargado de negocios en Cerdeña, Duro, lo siguiente:

"... El gobierno de la Reina - sigue con interés el curso de los acontecimientos en Sicilia porque coinciden cuestiones e intereses de tanta trascendencia para España y para la dinastía de nuestra augusta soberana.

Por esto, se le encarga vigile con la máxima atención los acontecimientos de aquella parte de los dominios del Rey Francisco II y cuando sepa que en Sicilia se vote la anexión al Piamonte, manifieste al conde de Cavour que aun que el Rey de Cerdeña aceptase la anexión de Sicilia al resto de sus Estados, la España protestará delante de Europa en la forma más solemne posible.

Como ya había declarado en 1848, reivindicará los derechos de la co

rona española, en caso de ser des
gajada del reino de las Dos Sici-
lias" (106).

Durante los últimos días de julio, el go-
bierno español llevó otras iniciativas en -
favor del gobierno del Rey de Nápoles. Pro-
testó diplomáticamente, por medio de sus re
presentantes en las Cortes europeas, ante la
posibilidad de que se llegase a la pérdida -
de parte o de todos los Estados del Rey Fran-
cisco II, por pertenecer a la dinastía de -
los Borbones. Manifestó también que el go-
bierno español deploraba la subversión de -
todos los principios que son el fundamento
y la garantía de los reinos y de las nacio-
nes (107).

El 9 de octubre ante el hecho consumado
de la expulsión del Rey Francisco II de Ná-
poles, encargó el gobierno español al minis-
tro de la Reina en Turín que formule una pro
testa. Esta decía :

"... El silencio de España equi-
valdría a una abdicación del deber
que tiene de defender los derechos
de una dinastía unida por sagrados
vínculos a la Reina Isabel II y de
preservar, al mismo tiempo, los de
rechos que el tratado de 1759, re-
conocido por Cerdeña y por toda Eu-
ropa, garantizado y ratificado por
acuerdos posteriores, confería a -
S.M. católica sobre el reino de -

las Dos Sicilias.

El gobierno de S.M. la Reina - de España, mientras mantiene incólume los derechos legítimos que - la violencia y la fuerza no pueden destruir, espera aún que Cerdeña - comprenderá que la única solución definitiva debe venir de la Europa que es la que tiene la alta misión de poner término a la lucha en Italia y a las vivas inquietudes de las naciones europeas" (108).

Una vez que Rusia retiró a todo el personal de su embajada en Turín y Francia hizo lo propio, España siguió su ejemplo, pero - su postura fue más suave, sólo retiró a su embajador y dejó al secretario de la embajada de encargado de negocios. La medida pareció determinada por razones de política interna.

El representante de España, Coello, manifestó el 26 de octubre de 1860 al conde Cavour, el mensaje del gobierno español que dice:

"... Habiendo ya protestado España contra la invasión que el - ejército sardo había hecho de los Estados pontificios y el reino de las Dos Sicilias y contra las pretensiones de anexionarse, el Rey Victor Manuel, la Italia meridional, el gobierno de S.M. no creía

que pudiese continuar permaneciendo en Turín su representante, dando testimonio impasible con estos hechos de nuestros consejos y protestas" (109).

El presidente del Consejo de ministros de Cerdeña, conde de Cavour, escuchó con respeto estas declaraciones a las que respondió que no podía desconocer las razones de dignidad que habían obligado a España a obrar de esta forma, en consideración de los vínculos que la unían con la dinastía napolitana.

El 4 de noviembre abandonó el representante español el reino de Cerdeña. Sorprende, a primera vista, la respuesta de Turín al no reclamar a su embajador en Madrid, pero razones de política exterior indujeron al conde de Cavour a mantenerlo. Las potencias conservadoras, reunidas en Varsovia, hicieron temer a Cavour una intervención en Italia. - Éste, ante esta crítica situación, tomó una postura conciliante con respecto a la Reina de España, evitando así ver aumentado su aislamiento internacional (110).

El 14 de noviembre publicó la Gazzeta de Gaeta una nota del ministro de Asuntos Exteriores del reino de las Dos Sicilias que expresaba el sentir del Rey Francisco II ante sus circunstancias; dice:

"... Su Majestad el Rey de las

Dos Sicilias se lamenta del abandono en el que las potencias europeas le han dejado".

Esta noticia fue conocida en Madrid a través de la prensa y causó enorme malestar en el seno del gobierno, sintiéndose dolido por juzgar que había hecho cuanto la había sido posible, por el augusto pariente de la Reina (111).

A pesar de sentirse el gobierno español aludido, contra quien iba dirigida la queja del Rey de Nápoles era contra Francia. De España, ciertamente, había esperado más, pero comprendió su no intervención, dado su peso en Europa.

España aún realizó algunos esfuerzos en pro de la familia real napolitana, abandonadas ya las esperanzas de mantenerla en su reino. Un barco español "el Alava" se puso al servicio de la Reina Madre para trasladarla desde Gaeta a Civitavecchia, y a su llegada a Roma ésta manifestó al encargado de negocios español su agradecimiento a la Reina de España por el apoyo prestado (112).

Posteriormente el marqués de Miraflores solicitó instrucciones de Madrid sobre la conveniencia o no de tener, permanentemente, en Gaeta un buque español al servicio del representante de España, Fernández de Castro, que permanecía con la real familia, asediado en ese lugar por las tropas de Garibaldi. Y si

en caso de necesidad, si se podría poner el citado buque a disposición de la familia real (113).

El ministro de Estado por despacho del 11 de febrero, comunicó a Miraflores, que la Reina había decidido enviar un barco español a Gaeta con instrucciones al respecto, previa consulta al embajador de Francia en Madrid.

Al buque español, la escuadra piamontesa no le permitió cruzar el bloqueo y llegar a Gaeta (114).

Este incidente levantó protestas en el pleno del Congreso de marzo de 1861. En él se trató el asunto de Italia, al salir a la luz el hecho que el barco español trasladase correspondencia del emperador francés, entregada por su embajador en Roma, duque de Gramont, para los Reyes de Nápoles y que Miraflores consintiera realizar este servicio.

La oposición progresista, partidaria de la unidad italiana, en el Congreso, por boca de Sagasta, protestó por este incidente al que calificó de utilización de nuestra flota para el contrabando de despachos diplomáticos al servicio de otras naciones (115).

Producida la capitulación de Gaeta en febrero de 1861, la familia real de Nápoles abandonó la fortaleza refugiándose en Roma

(116). Este acontecimiento influyó dolorosamente en el ánimo de la Reina de España emparentada con la real familia de Nápoles. Acerca de esos sucesos, comentaría la Reina al nuncio en Madrid que estaba angustiada por sus parientes de Nápoles, y sobre el Rey Francisco II que tuvo un heroico comportamiento y que su desdicha era enorme por ser ella la rama principal de la familia Borbón (117).

En la sesión de Cortes del 13 de marzo de 1861, el ministro de Estado manifestó su pesar por los hechos acaecidos en el reino de las Dos Sicilias y de forma especial por ser el Rey pariente de la Reina. Protestó por haber sido violados los tratados de 1815, recordando que eventualmente, según recogían esos tratados, podía venir este reino a la rama de la familia Borbón española. Manifestó que el gobierno español no podía por menos que protestar ante la pérdida de la independencia de aquél Estado que arrastraba en su caída el perjuicio de nuestros derechos (118).

Mediante un plebiscito quedaría anexionado definitivamente el reino de las Dos Sicilias al Piamonte. Pero al contrario que en otros territorios unidos, en estos, permanecieron partidarios de sus antiguos soberanos, provocando graves problemas de orden al Piamonte y al recién creado reino de Italia.

España no reconoció la anexión del reino de las Dos Sicilias al Piamonte, y siguió manteniendo un embajador ante el Rey que se había refugiado en Roma. Esta situación se mantuvo hasta julio de 1865, fecha en la que España terminó por reconocer el reino de Italia.

2.2.4. Protesta española por la ocupación de los Estados Pontificios, La Marca y La Umbría.

El gobierno de S.M. católica, se preocupó enormemente de este nuevo aspecto de la revolución italiana.

No se trataba de los Ducados ni del reino de las Dos Sicilias; cuya conservación había procurado España por razones ya expuestas de tipo dinástico, ahora era un problema, percibido por el gobierno de Madrid, como un asunto que afectaba a todos los católicos por tratarse ahora de la parte fundamental de los Estados del Pontífice. En este sentido, el gobierno español dirigió todos sus esfuerzos diplomáticos, a salvar los territorios del Santo Padre.

A primeros de septiembre de 1860, las tropas piamontesas avanzaron hacia las fronteras de los Estados pontificios, simultáneamente se produjo una insurrección general. El Santo Padre se negó a conceder a las ciudades sublevadas la facultad de manifestar libremente su voluntad. Tras la derrota del Pontífice en Castelfidardo por las tro-

pas sardas, el 18 de septiembre, se realizó la invasión de La Marca y La Umbria.

Ante esta situación tan crítica, el nuncio en Madrid solicitó una entrevista con el general O'Donnell en la que le expuso la inminente ruina del poder temporal del Papa y que incluso su persona no gozaba de seguridad. Concluyó solicitando de España su ayuda, cumpliendo así con la tradición y con su deber de potencia católica.

La respuesta del general O'Donnell fue - una clara defensa de la política de neutralidad, justificada por las circunstancias - tan especiales, la apatía de las potencias europeas y la ambigua política seguida por la nación francesa (119).

El cardenal Antonelli en su despacho fechado en Roma el 18 de septiembre, solicitaba al nuncio en Madrid que excitase al gobierno a hacerse cargo de la delicada situación en la que se encontraba el jefe de la iglesia, abandonado de las potencias, a las que interesaba por tantos motivos el sostenerle y defenderle en su lucha por la libertad e independencia, clara alusión a los principios tradicionales y a los sentimientos católicos (120).

Barili, ante la imposibilidad de entregar al gobierno español la circular que recibió del cardenal secretario de Estado Antonelli, por encontrarse en esas fechas tan

to la Reina como el gabinete en Barcelona, - la tramitó por correo junto con una carta di rigida al ministro de Estado en la que manifestaba las graves razones que obligaban a - la Reina de España a hacer una condena de - desaprobación pública y oficial de la invasión realizada por Cerdeña (122).

El nuncio se trasladó a Zaragoza para entrevistarse con la Reina que se encontraba en viaje oficial, y comunicarle el 18 de sep tiembre de 1860, la situación del Santo Padre (122).

Fruto de estas gestiones de la Santa Sede, fue la determinación tomada por el gobierno español de mandar al encargado de negocios - de España en Viena y al embajador de España en París entregasen, a los gobiernos ante - los que estaban acreditados, una nota en la que se protestaba por el proceder del Piamon te y la invasión de La Marca y La Umbría. Ma nifestaba el enorme interés que la Reina y - la nación española sentían por la situación del Santo Padre y afirmaba era el momento de llevar una acción enérgica y rápida de to das las potencias católicas (123).

Esta iniciativa obtuvo una acogida positi va por parte de Viena. Francia, en cambio, dió una respuesta ambigua y dilatoria, poniendo condiciones que sabía de antemano que España no podía conceder.

El encargado de negocios de España en Ro-

ma, Sandoval, comunicó al ministro de Estado español el contenido de su entrevista habida el 21 de octubre de 1860 con el cardenal secretario Antonelli. Le manifestó las gestiones que el gobierno de S.M. católica estaba llevando a cabo en favor de S.S. y - que el gobierno español no había vacilado en expresar su malestar verbalmente, a través - del ministro de Estado, al embajador del Pia monte en Madrid; y a la vez que el ministro de S.M. en Turín, el 9 de octubre, presentaba una nota formal de protesta, en iguales términos, al conde de Cavour en la que manifestaba la desaprobación por parte del gobier no de la Reina, de la invasión de los Estados de la iglesia (124).

Los acuerdos adoptados por el gobierno de Isabel II de retirar su embajador en Turín, fueron transmitidos y expuestos los límites de la medida por el presidente del Consejo - de ministros, el general O'Donnell, al representante de la Santa Sede en Madrid.

El nuncio Barili comunicó al secretario - de Estado, cardenal Antonelli, que el 24 de octubre le visitó el duque de Tetuán, y en - el transcurso de la entrevista el general le expuso la evolución favorable y significativa de la actitud española en favor del Santo Padre, contrastándola con la de otras potencias más poderosas que seguían, sin embargo, una política egoísta y ambigua. Fundamentó - la posición de España en los principios católicos y en la veneración hacia Pío IX. Pe-

ro la delicada posición de nuestro país le impedía obrar siguiendo el ejemplo de Rusia cuando el 10 de octubre de 1860 había retirado de Turín todo el personal de su embajada. Así, el gobierno de S.M. tomó la decisión en Consejo de ministros de reclamar sólo a su ministro permaneciendo en Turín el encargado de negocios. Esta orden fue enviada el 24 de octubre de 1860 al ministro representante de España ante el gobierno sardo (125).

El 26 de octubre presentó Coello al conde de Cavour, presidente del Consejo de ministros sardo, la nota de protesta del gobierno español por la invasión de La Marca y La Umbria y por la anexión del reino de las Dos Sicilias (126).

Pero la actitud del gobierno de S.M. de retirar sólo al representante español, suscitó serias protestas entre los diputados conservadores. En efecto, Alcalá Galiano en la sesión del Congreso del 28 de octubre interpelló al presidente del Consejo de ministros sobre la presencia del encargado de negocios en Turín, y tildó al gobierno de mantener una política equívoca y dudosa en relación al Santo Padre. Las acusaciones al gobierno, por parte de otros diputados conservadores, prosiguieron en la sesión del 29 y en la sesión del 30 de octubre.

El general O'Donnell intervino en favor del gobierno de S.M. afirmando que éste había elevado varias protestas por las agresio

nes a los Estados del Papa y de Nápoles, por ese motivo había retirado a su representante en Turín. Prosiguió afirmando, que el gobierno sentía como ningún otro la amargura y aflicción del Papa y que España había contribuido más que cualquier otra nación a poner de acuerdo a los Estados europeos para tratar de solucionar la cuestión italiana.

Terminó O'Donnell su discurso, preguntándose sobre las posibles vías a seguir - por España, cuando todos los tratados están quebrantados:

"... La de aventuras, no Señor, no será esa la que sigamos mientras yo tenga la confianza de la corona, lo que debemos hacer es encerrarnos en la neutralidad más estricta" (127).

La moderada y circunspecta postura española defraudó a las autoridades vaticanas.

El cardenal Antonelli, en el despacho que envió al nuncio Barili el 3 de noviembre de 1860, a propósito de la posición del gobierno español, le dice:

"... Debo confesarle cómo nos ha sorprendido a todos el ver que España es cautelosa al sostener los legítimos derechos del Sumo Pontífice haciendo menos que una

potencia cismática, Rusia. Profe
sa palabras devocionales para -
con la Santa Sede, pero no lo se
cunda con hechos, es pobre glo-
ria" (128).

El nuncio Barili, contestó el 13 de no-
viembre de 1860 al despacho que le había -
mandado el cardenal Antonelli, diciendo:

"... Ciertamente España ya no
es la que fue, aunque una mayoría
siga siendo católica.

Dos veces más, en el último mes,
he hablado con la Reina de la an-
gustia del Santo Padre por la indi-
ferencia de las naciones católi-
cas. Me aseguró que por ahora, no
podía hacer más; le sugería que al
menos el Parlamento podría hacer -
una declaración oficial en favor -
de la causa del Santo Padre, y que
retirase la legación completa es-
pañola en Turín".

La Reina respondió, que en cuanto a lo pri
mero que lo tomaría en consideración para su
gerirlo a su gobierno, de lo segundo espera-
ría un momento más propicio (129).

Barili en su despacho del 15 de noviem-
bre de 1860 dice al secretario de Estado acer-
ca de las discusiones recientemente manteni-
das en las Cortes, sobre la postura adoptada

por el gobierno en los sucesos en Italia:

"... Me parecen clarísimas las palabras del duque de Tetuán, cuando dice que jamás España entrará en la lucha armada ni por defender al Papa, ni por su poder temporal, sólo lo haría por la seguridad territorial y nacional española. El duque de Tetuán, sea porque considera mucho los motivos internos, los externos, o los suyos propios, no abandonó la neutralidad. Inútil es aclarar que para con el Rey de Nápoles, este gobierno no tiene otra política diferente. Por esto, descartada la posibilidad de intervención armada, creo que los otros medios que España podría utilizar en favor del Papa podrían ser:

- insistir más, en un acuerdo de las potencias católicas.
- promover a la opinión pública española en favor del Papa.
- animar las colectas y socorros en favor del Santo Padre" (130).

La llegada del marqués de Miraflores a Roma como nuevo embajador, sirvió para que manifestase de palabra al secretario de Es

tado pontificio, la posición española sobre la situación del Papa. Dijo que la cuestión romana estaba identificada hasta cierto punto con la de Italia y al ser ésta de índole europea, sería insensato pensar que pudiese estar en la mano de España resolverla. Continuó exponiendo que el principio de no intervención, proclamado por las grandes potencias, y la falta de unidad de miras que ha reinado entre ellas, ha impedido al gobierno de S.M. cooperar más eficazmente en defensa del Sumo Pontífice (131).

Se había consumado la primera y más importante fase de la unidad italiana; los Ducados y las Romañas habían sido anexionados, - el reino de las Dos Sicilias y La Marca y La Umbría habían caído y formaban ya parte del nuevo reino de Italia. El poder temporal del Papa quedaba reducido a Roma y poco más, pero lo grave para él, como diría el marqués - de Miraflores el 16 de febrero de 1861 a su ministro de Estado, era que la suerte de Roma estaba en manos de las guarniciones francesas y si el emperador decidía optar por que fuesen los italianos los que resolviesen sus propios problemas y retiraba sus tropas, Roma no duraría nada en manos del Pontífice (132).

2.3. ESPAÑA Y EL CONGRESO EUROPEO.

Desde abril de 1859 los periódicos pro-gubernamentales recogieron extraoficialmente la opinión del -

gobierno español respecto a los sucesos que se empezaban a desarrollar en Italia. El periódico La Epoca, diario de Madrid, decía que era triste que España tuviese que adoptar posturas con gran prudencia, apoyándose en otras naciones, e ir a remolque de éstas a la hora de tomar decisiones. Esto resumía, con cierta exactitud y realismo la actitud que España - tomaría en los meses próximos, con respecto a la causa italiana y más concretamente a los Ducados y Estados pontificios (133).

La posición española quedó clara desde el primer momento de no permanecer indiferente a los acontecimientos italianos, ni desear tomar parte directa de manera aislada, e incluso de buscar otras vías que la confrontación para resolver los asuntos de la península.

Conocida la iniciativa rusa del 21 de marzo de 1859 de reunirse en Congreso las cinco grandes potencias para deliberar sobre Italia, el general O'Donnell se definió contra esta iniciativa.

En la entrevista que tuvo el duque de Tetuán con el nuncio Barili, el 27 de marzo de 1859, éste le expresa el deseo de la Santa Sede:

"... Si el Congreso se reúne y toma cualquier determinación - sobre los Estados de la iglesia, España como potencia católica deberá sostener con firmeza la autoridad temporal de Su Santidad que le es imprescindible para el ejercicio de la eclesiástica..."

La respuesta de O'Donnell es:

"... Sería de lamentar que potencias no católicas impusieran un sistema de gobierno a Su Santidad".

Sus instrucciones al embajador en París, Mon (134), son al respecto:

"... Si lo que trataban las cinco grandes potencias era sobre Italia, pero sin entrar en los asuntos de Roma, España no tenía que objetar, pero que en caso contrario hiciera saber al gobierno del emperador Napoleón que España no quería ser excluida de cuanto fuese necesario determinar para la tranquilidad del Santo Padre" (135).

Esta primera iniciativa de reunirse las cinco grandes potencias en Congreso, para resolver pacíficamente el problema de Italia, fracasó al estallar la guerra entre el Piamonte y Francia frente a Austria. Sin embargo, permaneció en el ánimo la posibilidad de reunirse en Congreso al fin de la contienda. Sobre esto, Barili, que había indagado acerca de la actitud española, informa al cardenal Antonelli:

"... En cuanto a que España cumpla con el oficio que le compete como potencia católica, el ministro afirma que tiene la pretensión de formar parte del Congreso,

que a su juicio se reunirá una vez terminada la guerra y que proveerá al restablecimiento del orden internacional. Francia cree que habiendo suscrito el tratado de Viena, tiene el derecho de intervenir en lo que allí se determine...".

El nuncio termina diciendo:

"... Esto está muy bien, ¿pero qué hace España para que no le sea desconocido este derecho, y no siga siendo olvidada cuando se tratan los graves intereses de Europa?" (136).

En septiembre de 1859, producida la invasión de las Romañas, el nuncio comunica a Antonelli su última entrevista tenida el día 26 con el general O'Donnell:

"... Le dije que no era decoroso que una nación católica como la España permaneciera indiferente ante tantos atentados como está sufriendo Su Santidad y si en caso de reunirse el Congreso europeo España podría defender los derechos de la Santa Sede, que no son otros que los del mundo católico...".

O'Donnell respondió que en dos meses estaría terminada la guerra de Africa y esto le permitiría to-

mar una postura activa en los asuntos italianos (137).

En virtud de lo convenido en la paz de Zúrich - por los emperadores de Francia y Austria, las invitaciones para el Congreso fueron expedidas a las potencias firmantes del Tratado de Viena de 1815, - después a la Santa Sede y a las Cortes del Piamonte y del reino de Nápoles.

El Congreso debía reunirse en París y el programa era deliberar sobre la pacificación de Italia y el asegurar su prosperidad sobre bases sólidas y duraderas.

El 3 de diciembre el embajador de Francia en Madrid y el ministro plenipotenciario de Austria entregaron al ministro de Estado español las cartas por las que España quedó invitada al Congreso como potencia signataria del Tratado de Viena de 1815. El gabinete de Madrid aceptó el programa del Congreso.

El 7 de diciembre el nuncio en Madrid en un despacho comunicaba al cardenal Antonelli lo que el ministro de Estado español le había dicho sobre lo - que España pensaba mantener en el Congreso, diciendo:

"... Los plenipotenciarios españoles defenderían los derechos del duque de Parma y, sobre todo, las garantías de libertad y conservación e independencia de la Santa Sede... Por ser en España la religión católica una de las bases de

la Constitución política, es inseparable de todas las ideas, tradiciones y costumbres de la nación" (138).

Roma desplegó una iniciativa tendente a conseguir que sus asuntos quedasen excluidos del Congreso próximo a reunirse, por considerar que no le beneficiaba la participación en el mismo de potencias no católicas. En nueva visita, Barili le expresó al ministro de Estado lo útil que sería para la Santa Sede, el que España consiguiese que se separase el problema italiano del de la Santa Sede, y que sólo las potencias católicas lo pudiesen tratar, afirmando:

"... De esta forma España tendrá el mayor peso después de Francia y sin problemas con Inglaterra...".

La respuesta del ministro fue el afirmar la imposibilidad de este cambio, ya que la invitación al Congreso la habían hecho a todas las potencias firmantes del Congreso de Viena de 1815, y dado que su justificación se debía a la alteración de los límites que de allí salieron, las Romañas estaban incluidas en el tema (139).

Por su parte el secretario de Estado, Antonelli, dirigió una circular, en los primeros días de diciembre, al nuncio en Madrid, a propósito de los representantes que debía enviar España al Congreso. Le comunicó lo necesario que sería el que influyese en el gobierno de Madrid, para que los re-

presentantes españoles fuesen lo más fiel a la Santa Sede, diciendo:

"... Que sea una persona de suma honradez, integridad y religiosidad, que reúna un sentimiento de respeto hacia el orden, la justicia y que sea devoto y generoso con la Santa Sede y el Sumo Pontífice..."
(140).

La Reina Isabel, predispuesta siempre a seguir - las indicaciones de la Santa Sede, e informada de éstas por el nuncio Barili, le manifestó, acerca de los plenipotenciarios que su gobierno había escogido para representar a España en el Congreso las personas más idóneas, con el específico mandato de :

"... Por la enorme fidelidad al Santo Padre los representantes españoles tendrán las instrucciones de defender la integridad de los Estados de la iglesia y la inviolabilidad del poder temporal - de la Santa Sede, garantía del supremo poder espiritual".

Barili, por su parte, hizo algunas precisiones a la Reina, sobre los puntos que España debía mantener en el Congreso. Estos son:

- Defender la integridad del Estado pontificio.

- Sostener que le sean devueltos a la Santa Sede los Estados expoliados.
- No admitir que se le hagan recomendaciones al Santo Padre, que él no considere prudentes.
- Reservar a las potencias católicas que promuevan los medios para acabar con las sublevaciones de las Legaciones.
- Promover entre los príncipes italianos una Confederación que sirva para estabilizar la situación.
- Proceder con los plenipotenciarios pontificios en todo lo tocante a la iglesia (141).

Las instrucciones acordadas en Consejo de ministros para los plenipotenciarios españoles, que habían de representar a España en el Congreso, se tomaron después de serias discusiones al considerar algunos ministros que los términos de esas instrucciones constituían un serio compromiso para nuestra patria. La intervención activa del ministro de Gracia y Justicia en favor de las conclusiones recogidas en el acuerdo, fue muy decisiva ya que vino a sumarse a los sentimientos de la Reina en la defensa de los Estados de la iglesia (142). El ministro de Estado comunica a los plenipotenciarios:

"... Su Majestad desea que queden a salvo los derechos de la Casa de Parma. No se opone a cualquier combinación que se funde en la independencia de la Toscana, pero sí a que sea anexionada al Pia-

monte, ya que España, potencia -
 esencialmente marítima, no puede
 favorecer el desarrollo de un nue-
 vo poder en el Mediterráneo. La -
 defensa de la integridad de los -
 Estados de la iglesia, y el recha-
 zo claro de todo lo que ofenda a
 sus derechos y pleno acuerdo con
 los plenipotenciarios pontificios"
 (143).

El periódico pro-gubernamental, La Epoca, recogió
 en un artículo de final de octubre, las bases de apo-
 yo de los plenipotenciarios españoles en el Congre-
 so. El artículo publicado bajo el título "Para com-
 prender el asunto italiano", dice:

"... Es necesario el princi-
 pio de una Confederación en Ita-
 lia.

A Cerdeña le daríamos los Duca-
 dos de Parma y Plasencia y parte
 del de Módena.

Con parte del de Módena más Luca
 y Toscana, más parte de las Lega-
 ciones, formaríamos el Estado de -
 la Italia central que sería para -
 la duquesa de Parma.

Indemnizaciones razonables a S.S.
 por la pérdida de parte de sus Es-
 tados, que por estar muy alejados -
 de Roma no pueden conservar sin la

ocupación extranjera y pondríamos los dominios de la iglesia bajo - la garantía de la Europa católica" (144).

Se observa que este artículo tenía muchos puntos en común con un folleto aparecido en Francia bajo - el título de "El Papa y el Congreso", muy polémico en el momento de su aparición y que se atribuyó o bien estuvo inspirado en el pensamiento de Napoleón III (145).

A final de diciembre de 1859, apareció un nuevo opúsculo sobre el Papa y el Congreso, que complementaba las ideas del anterior y que tuvo una gran repercusión en la opinión pública española, influyendo enormemente en la clase política.

Su objetivo era presentar el mejor medio de asegurar la independencia del pontificado, de conciliar con ella la soberanía temporal del Papado y disminuir su poder material, aligerando sus responsabilidades políticas (146).

La publicación de éste por la prensa del país hizo que se produjese cierto malestar entre la clase dirigente y en especial en palacio.

En visita el 1 de enero del nuncio Barili al Rey, éste le dijo lo mucho que habían deplorado la publicación del opúsculo parisino, y que jamás la Reina de España, ni en el Congreso europeo ni fuera de él, consentiría la más leve disminución de la soberanía pontificia, ni una leve violación de los derechos - civiles de la Santa Sede.

En cuanto a los asuntos de Italia, podría haber flexibilidad en las transacciones, si esto se hiciese inevitable, pero en cuanto al Estado pontificio, España no permitiría ninguna modificación (147).

Barili dijo al cardenal Antonelli en despacho del 2 de enero de 1860, que había mantenido una entrevista con el ministro de Estado (días antes), en la que trataron sobre el opúsculo parisino, en el que se insinuaba la existencia de un acuerdo secreto entre Francia e Inglaterra acerca de Italia. El ministro le dijo que de ser cierto esto, España debía de pensar seriamente si enviaba o no a sus plenipotenciarios al Congreso de París, ya que como había manifestado al embajador de Francia en Madrid, el principal objeto de su asistencia, era defender la autoridad del Santo Padre, por ser un objetivo vital para España (148).

De nuevo se entrevistó con el ministro de Estado, unos días después, el nuncio. De lo tratado con el presidente interino informó al cardenal Antonelli, en su despacho del 3 de enero. El ministro de Estado dijo sobre el Congreso que convenía que Roma fuese firme y resoluta, España también lo sería; se trataba de la causa del mundo católico y de todas las monarquías y si el Pontífice la sostiene con todo su empeño, no le faltará apoyo.

El Congreso de París no llegó a reunirse, ya que las potencias no lograron entenderse. Inglaterra subordinaba su asistencia a que se aceptasen ciertas condiciones, como la evacuación de las tropas extranjeras de los Estados romanos, el reconoci-

miento por Francia y Austria del principio de no intervención, y el derecho de los pueblos de Italia - central a disponer de sus destinos. Austria no se - prestaba a concurrir sin la restauración previa de los príncipes italianos. El Papa rechazaba la idea de Francia de que cediese las Legaciones, y se ne- gaba a introducir reforma de ninguna especie en sus Estados (149).

De esta forma se cerró una primera etapa de la - unidad italiana, pero la idea de reunir un Congre- so para restablecer el orden no desapareció con este primer fracaso. La iniciativa fue recogida después por España, aunque fuese dirigida como de- fensa de los territorios de la Santa Sede, y propues- ta por el embajador en París, Mon, al gobierno fran- cés y al austriaco, así como a las potencias católi- cas. El gobierno de París aceptó, en principio, la idea, pero manifestando que debía ser ampliada la invitación a todas las grandes potencias católicas o no, incluida España, pero aplazándola para mejor momento (150).

Austria, por su parte, daría una respuesta afir- mativa a la invitación española de reunirse las po- tencias católicas en Congreso, pero siempre que Fran- cia asistiese por considerar que sin ella, nada se podía hacer (151).

En Real orden que envió desde Zaragoza, en octubre de 1860, el ministro de Estado comunicó a su encar- gado de negocios en Roma, para que éste diese lec- tura del mismo a las autoridades pontificias, los - resultados que había obtenido la nueva iniciativa -

española. El texto resume los escasos logros conseguidos :

"... Aún cuando las gestiones practicadas por el gobierno de S.M. católica no hubieren producido el resultado apetecido de reunir las potencias católicas, para acordar los medios más adecuados de llevar a la Sagrada - Persona del Santo Padre la independencia y la seguridad necesarias y evitar la consumación del despojo de sus Estados, no por eso dejará de insistir un día y otro el gobierno de la Reina con tal objeto cerca de los jefes de las naciones católicas" (152).

Cuando el marqués de Miraflores fue nombrado embajador en Roma, en noviembre, entre las instrucciones que se le dieron, estaba el que debía comunicar al Santo Padre que al gobierno de S.M. católica aún le animaba la esperanza de reunir en Congreso - a Europa, en plazo más o menos cercano, con objeto de encontrar solución satisfactoria a las cuestiones que hoy se agitan en la península italiana. Ese día España hará oír su voz en defensa de la justicia y el derecho como cumple al dictado de nación católica (153).

Fracasó también este segundo intento, de iniciativa española, más piadoso que realista, quedando con ello derrotada la política del statu quo defen

dida por España, prevaleciendo el principio de no -
intervención sostenido por Inglaterra.

Pero, a pesar de estos fracasos, la idea del Con
greso europeo permaneció en el aire hasta 1870, -
idea a la que recurría Napoleón III en los momentos
difíciles, pero de la que se alejaba cuando los acon
tecimientos cambiaban (154).

NOTAS AL CAPITULO II

1. A. EIRAS ROEL. La unificación italiana y la diplomacia europea. Revista de Estudios Políticos nº 133. pp. 129 a 156.
2. BALLESTEROS Y BARETA. Historia de España... p. 79.
3. A. CAPOGRASSI. La Conferenza di Gaeta del 1849... Roma 1941.
4. Juan VALERA. Historia General de España (La Fuente). P. 534.
5. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede, 1848 / L. 1733 / Despacho nº 3.
6. R. MOSCATI, Austria, Napoli e gli stati conservatori italiani (1849-52). pp. 47-48.
7. Leopoldo SANDRI, L'intervento militare spagnolo. p. 461.
8. J. BECKER. Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX. Tomo II. p. 156.
9. V. PALACIO ATARD, La España del Siglo XIX. 1808-1898. p. 274.
10. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede. Legajo 1733, 4 enero 1850.
11. Leopoldo SANDRI. L'Intervento militare spagnolo. Rassegna Storica del Risorgimento nº XXXVII. 1950. p. 461.
12. FERNANDEZ DE CORDOVA. Mis memorias íntimas. p. 146.
13. Jose DEL CASTILLO Y AGENSA, Historia crítica de las relaciones con Roma desde la muerte de Fernando VII. Volumen I. p. 338.
14. V. PALACIO ATARD, La España del siglo XIX. p. 280. Derecho de presentación de obispos y dignidades establecido en el concordato de 1753.
15. MARQUES DE OLIVART. Colección de tratados de España desde el reinado de Isabel II a nuestros días. M. 1890. pp. 72-73.
16. Juan VALERA, Historia General. Tomo VI. P. 550.

17. P. SINON SEGURA, La desamortización española del siglo XIX. M. 1973. p. 263.
18. R.A.H. Archivo particular de Isabel II. Carta de Pío IX a Isabel II del 14-III-1855.
19. A.G.M.A.E.M. Sección correspondencia Santa Sede. Legajo 1733. 24-VII-1855.
20. A. EIRAS ROEL. La unificación italiana y la diplomacia europea. Revista de Estudios Políticos Madrid nº 133. p. 154.
21. M. LAPUENTE. Historia General. Tomo XXII. p. 202.
22. D.S.C. - Colección Legislativa. Tomo 69. p. 513.
23. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1857-58, nº 1. p.2.
24. A.G.M.A.E.M. Sección correspondencia. Legajo 1734. Despacho nº 59. Reservado.
25. J. PABON, El problema de Roma en la política de España. p. 13. Atta del XLV Congreso de Historia del Risorgimento Italiano. Septiembre 1970.
26. D.S.C. - Congreso. 10 enero de 1858.
27. A. SAITTA, La guerra de 1859 y las relaciones de Francia y Europa. Volumen IV. p. 1490.
28. D.S.C. - Congreso. Sesión del 12-X-1859. p. 3926.
29. Juan VALERA, Historia general de España. Tomo VI. p. 75.
30. Jerónimo BECKER, Historia de las relaciones exteriores de España. Siglo XIX. p. 624.
31. J. Ramón ALONSO, Historia política del ejército español. Ed. Nacional. p. 324.
32. A.S.V.N.M., 1859, R. 165, B. 219. F. 13. Despacho 385.
33. Ibidem.
34. Antonio EIRAS ROEL, La unificación italiana y la diplomacia europea. Revista de Estudios Políticos nº 133.
35. L. GOMEZ LLORENTE, Aproximación a la historia del socialismo español. p. 20.

36. Manuel FERRANDIS, Historia contemporánea de España y Portugal. p. 232.
37. R. CIVILTA CATTOLICA, La, Correspondencia de Madrid. Serie IV. nº 5. Diciembre-Marzo 1859-1860. pp. 131-135.
38. A.S.V.S.S. 1860. Registro 165. B. 246. F. 30. D. 522.
39. A.S.V.S.S. 1860. Registro 165. B. 246. F. 30. Despacho nº 522.
40. A.S.V.S.S. 1860. Registro 165. B. 246. F. 31. Despacho nº 595.
41. A.S.V.S.S. 1860. Registro 165. B. 246. F. 32. Despacho nº 652.
42. Archives du Ministère des Affaires Etrangères de Paris. Correspondencia Embajada de Madrid. R.I. p. 98.
43. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. F. 31. Despacho nº 620.
44. H.M.M. La Epoca, 7-VIII-1860.
45. A.G.M.A.E.M. Sección correspondencia. L. 1734. Despacho nº 139.
46. A.S.V.N.M. nº 378. L. 28. Orden nº 14270.
47. H.M.M. La Epoca, 5 octubre 1860.
48. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1860-61. 5-XI-1860.
49. A.S.V.S.S. 1859. R. 165. B. 219. F. 12.
50. A.G.M.A.E.M. Sección correspondencia Santa Sede. Legajo 1735. R.O. 22-IX-1860.
51. Jerónimo BECKER. Historia de las relaciones exteriores de España. Siglo XIX. pp. 634-635.
52. Juan VALERA. Historia general de España. (La fuente). Tomo IV. p. 594.
53. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1860-61 (Mayo) / 25.X. 1860.
54. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1860-61 (Mayo) / 30.X. 1860.
55. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. F. 33. Despacho 687.

56. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. F. 33. Despacho nº 14831.
57. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. Despacho nº 720.
58. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. F. 32. Despacho nº 652.
59. A.S.V.S.S. 1861. R. 262. B. 270. Despacho nº 723.
60. A.G.M.A.E.M. Sección correspondencia con la Santa Sede. Legajo nº 1735. Despacho nº 192.
61. Francisco VALSECHI, *Le potenze europee e la questione Romana, Revit storia et politica*. p. 182. Anno 1. Fasc. II, IV-1962.
62. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede. Legajo 1735. Despacho nº 53.
63. H.M.M. *La Discusión*, 17 febrero 1861.
64. H.M.M. *La Epoca*, 17 febrero 1861.
65. D.S.C. - Congreso. Sesión 20 febrero 1861.
66. A.S.V.S.S. 1861. Registro 165. B. 265. F. 28. Despacho nº 760.
67. A.S.V.N.M. Ibid. Despacho 760.
68. A.S.V.N.M. Ibid. Despacho 760.
69. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1860-61. Sesión nº 116 del 13 marzo 1861.
70. Ibid. Congreso. Legislatura 1860-61. Sesión nº 116 del 13 marzo 1861.
71. Ibid. Congreso. Legislatura 1860-61. Sesión nº 116 del 13 marzo 1861.
72. Julio GORRICHÓ, *Epistolario entre Pío IX e Isabel II*. p. 640.
73. Ibid. p. 644.
74. A.S.V.S.S. 1861. R. 165, B. 265, F. 29. Despacho nº 790.
75. Ibid. Despacho nº 791.
76. Ibid. Despacho nº 793.

77. Ibid. Despacho nº 794.
78. J. BECKER, Ob. cit. (Capítulo II, nota 8.) p. 645.
79. A.S.V.N.M. 1861. nº 377. C. 27. Despacho sin numerar 28-V-1861.
80. L. THOUVENEL , Le secret de l'empereur. Vol. II. pp. 142-147.
81. A.S.V.S.S. 1861. R. 165. B. 265. F. 30. Despacho nº 860.
82. J. BECKER, Ob. cit. (capítulo II, nota 8) p. 625.
83. J. VICENS VIVES, La diplomazia spagnola di frente alla crisi Italiana del 1859. Atti del XXXVIII Congresso di storia del risorgimento italiano. Roma 1960. pp. 128-129.
84. J. BECKER, Ob. cit. (Capítulo II, nota 8) p. 627.
85. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede, 1859 / L. 1734 / Orden del 10 diciembre 1859.
86. Antonio EIRAS ROEL, Ob. cit. (Capítulo II, nota 20) p. 155.
87. D.S.C. - Congreso. Sesión nº 116. 13 marzo 1861.
88. Ibidem.
89. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede, 1859 / L. 1734 / nota del 12 julio 1859.
90. A.G.M.A.E.M. Nota del 13 julio 1859, Madrid. Correspondencia Santa Sede, 1858 / L. 1734.
91. Ibidem.
92. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede, 1859 / L. 1734 / Despacho nº 137.
93. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede, 1859 / L. 1734 / Despacho telegráfico sin número del 11 febrero 1860.
94. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede, 1860 / L. 1734 / D. nº 21.
95. M. GABRIELLE; Il Carteggio Antonelli-Sacioni. Vol II. pp. 411-414.
96. A.S.V.N.M. 1860. N. 385. C. 35. Minuta 5 marzo 1860.

97. G. BANDINI, Roma 1860. (Revista) Rassegna Storica del Risorgimento. Anno XXIV. Gennaio 1937. pp. 30-31.
98. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede. 1860. L. 1735. Roma 24-Marzo 1860. Despacho nº 38.
99. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede. L. 1735, 26-III-1860. Despacho nº 41.
100. G. BANDINI, Spagna e Sardegna nel 1860, Roma 1941. Atti del XXIV Congresso di Storia del Risorgimento italiano. Roma 1941. p. 85.
101. A.S.V.N.M. 1860. R. 165. B. 246. F. 30. Dispaccio nº 569.
102. H.M.M. La Epoca 26 abril 1860.
103. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede 1860. L. 1735. Despacho nº 66.
104. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede 1860. L. 1735. Despacho nº 83.
105. A.H.N. Madrid. S. de Estado. L. 8069. Despacho nº 81.
106. Gino BANDINI, Spagna e Sardegna nel 1860. Ob. cit. p. 21.
107. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. F. 32. Dispaccio nº 623.
108. Gino BANDINI, Spagna e Sardegna nel 1860. Ob. cit. p. 35.
109. Ibid. p. 37.
110. H. D'IDEVILLE, Journal d'un diplomate, ob. cit. p. 174.
111. H.M.M. La Epoca 10 noviembre 1860.
112. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede 1860. Legajo 1735. Despacho nº 174.
113. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede 1861. Legajo 1735. Despacho nº 20.
114. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede 1861. Legajo 1735. Despacho nº 21.
115. D.S.C. - Congreso. Sesión nº 116. p. 3099.
116. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede 1861. Legajo 1735. Despacho nº 41.

117. A.S.V.S.S. 1861. R. 165. B. 265. F. 29. Dispaccio nº 75.
118. D.S.C. - Congreso. Sección nº 116 del 13 marzo 1861.
119. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. F. 32. Dispaccio nº 643.
120. A.S.V.N.M. 1860. N. 385. C. 35. Circolare nº 14059.
121. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. F. 32. Dispaccio nº 660.
122. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede 1860. Legajo 1735. Despacho nº 159.
123. M. GABRIELLE, *Carteggio Antonelli-Sacconi*. pp. 592-593.
124. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede 1860. Legajo 1735. Despacho nº 159.
125. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. F. 33. Dispaccio nº 696.
126. Gino BANDINI, *Spagna e Sardegna nel 1860*. Ob. cit. p. 37.
127. H.M.M. *La Gaceta* 28 octubre 1860. Madrid.
128. A.S.V.N.M. N. 385. C. 35. Circolare 14765.
129. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. F. 33. Dispaccio 712.
130. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. F. 33. Dispaccio 714.
131. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede 1860. Despacho nº 192.
132. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede 1861. Despacho nº 41.
133. H.M.M. *La Epoca*, 8 y 9 abril 1869.
134. J. BECKER, *Historia de las Relaciones exteriores de España S. XIX*. Ob. cit. Tomo II. pp. 624 a 625.
135. A.S.V.S.S. 1859. R. 165. B. 219. F. 12. Dispaccio 294.
136. A.S.V.S.S. 1859. R. 165. B. 219. F. 12. Dispaccio 363.
137. A.S.V.S.S. 1859. R. 165. B. 219. F. 13. Dispaccio 468.
138. J. BECKER, *Historia ... exteriores España S. XIX*. Ob. cit. Tomo II. p. 630.
139. A.S.V.S.S. 1859. R. 165. B. 219. F. 13. Dispaccio 491.

140. A.S.V.N.M. 1859. N. 385. C. 35. Dispaccio 7472.
141. A.S.V.S.S. 1859. R. 165. B. 219. F 13. Dispaccio 501.
142. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 219. F. 30. Dispaccio 516.
143. J. BECKER, Historia de las Relaciones Exteriores de España. S. XIX. Ob. cit. Tomo II. p. 631.
144. H.M.M. La Epoca 27 octubre 1859.
145. H.M.M. Las Novedades. Almanaque 1859 a 1861. Madrid. pp. 61-64.
146. Ibidem.
147. A.S.V. S.S. 1860. R. 165. B. 219. F. 30. Dispaccio 515.
148. Ibidem.
149. A. EIRAS ROEL, La Unificación Italiana... Ob. cit. p. 145.
150. Bibliothèque Nationale Paris. Le Moniteur de Paris. 30-IX-1860.
151. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 219. F. 32. Dispaccio 657.
152. A.G.M.A.E.M. Correspondencia Santa Sede. Legajo 1735. R. Orden 4 octubre 1860. "Reservado".
153. J. BECKER, Ob. cit. Historia de las Relaciones Exteriores. S. XIX. p. 638.
154. F. NALSECHI, Il problema diplomatico nel 1860. Revista Il veltro 8-9. Anno IV 1960-Agosto - Septiembre. p. 16.

CAPITULO III

INCIDENTES DIPLOMATICOS ENTRE ESPAÑA Y CERDEÑA

DURANTE EL PERIODO 1859-1861

CAPITULO III

INCIDENTES DIPLOMATICOS ENTRE ESPAÑA Y CERDEÑA

DURANTE EL PERIODO 1859-1861

1. PROGRESIVO DETERIORO DE LAS RELACIONES ENTRE LAS CORTES DE MADRID Y TURIN.

1.1. ANTECEDENTES INMEDIATOS

Cuando los graves sucesos que sacudieron la península italiana en 1848, motivaron la salida de Pío IX de sus Estados, el gobierno español decidió invitar a las naciones católicas a ponerse de acuerdo para evitar los sucesos que estaban acaeciendo, reuniéndose en Congreso en el lugar de Europa que se juzgase más oportuno, al que concurrirían sus plenipotenciarios. La iniciativa española encontró grandes dificultades en Turín. El primer ministro sardo, Gioberti, sostuvo que ninguno de los gobiernos de Italia podía concurrir a una conferencia en que interviniera Austria.

La partida de la escuadra española para Italia, con el propósito de ayudar a reponer al Papa en el solio pontificio, produjo una reacción de repulsa por parte del gobierno sardo, que envió por medio de sus representantes a las Cortes europeas una nota enérgica de protesta contra el hecho de que España interviniera con sus armas en las cuestiones italianas. A esta nota se opondría el representante español en Turín, Beltrán de Lys. También, por su parte, el ministro de Estado español, Pidal, respondió

a la nota de protesta sarda, diciendo que no había lugar a dicha nota, ya que no se había lesionado ningún derecho de la nación sarda con la intervención española (1).

Un nuevo acontecimiento complicaría las relaciones entre Turín y Madrid, las revueltas que se produjeron en el reino de las Dos Sicilias en agosto de 1848, durante las cuales se llegó a ofrecer al Rey de Cerdeña la corona de Sicilia. Esto hizo que el ministro de Estado español, ante la eventualidad que el duque de Génova la aceptase, enviara un despacho a su representante en Turín para que hiciese saber al gobierno sardo los legítimos derechos eventuales de la Reina de España sobre los pueblos y territorios de aquellos Estados (2).

1.2. LA NEUTRALIDAD ESPAÑOLA Y LOS SUCESOS DE 1859 EN ITALIA.

Cuando los esfuerzos de Inglaterra, Prusia y Rusia para evitar el estallido de la guerra franco-prusiana contra Austria fracasaron, el gobierno español dirigió una circular, el 18 de julio de 1859 a sus representantes en el exterior, entre ellos, al ministro plenipotenciario de España en Turín, Coello, por la que se le reconfirmaban las órdenes del 20 de enero de 1859 sobre la neutralidad de España en esa guerra. Les recordaba que en el problema italiano España no tenía derechos que sostener ni obligaciones que cumplir que, en tal concepto, la política a seguir por el gobierno, era de neutralidad pacífica desde el comienzo de las dificultades y ahora, estallada la guerra, el gobierno, presidido por

el conde de Lucena, había decidido proclamar la neutralidad armada (3).

El periódico "La Epoca", el más genuino portavoz del gobierno, apoyó en su editorial la conveniencia para España del sistema de neutralidad en los asuntos de Italia. Afirmó que España no tenía intereses que defender en Italia, sólo una viva y cordial simpatía hacia quienes deseaban poner fin a la terrible ocupación que había sufrido durante muchos siglos, y comprendía que la inmensa mayoría desease ver desaparecido el yugo extranjero austriaco, y - que esto sólo podría lograrse apoyándose en el elemento monárquico simbolizado por el Rey de Cerdeña.

Este artículo exponía los sentimientos del gabinete hacia los sucesos de Italia. El gobierno español veía la guerra, en su comienzo, con cierta complacencia y sólo acontecimientos posteriores le hicieron cambiar sus miras.

La intención de atraerse las simpatías de los progresistas, partidarios desde el primer momento de la causa del Rey Víctor Manuel, influyó decisivamente en la postura inicial del gobierno (4).

La expulsión de sus Estados de los Duques de Toscana y Módena, y en especial el de Parma, hizo que el ministro español en Turín declarase que apoyaba con su influencia la dinastía de Parma, añadiendo - las siguientes palabras:

"... Sin olvidar el interés supremo que España profesa de no -

comprometer en manera alguna la proclamada neutralidad" (5).

El ministro de Estado, ante los nuevos acontecimientos, se dirigió a su representante en Turín dándole instrucciones. Estas insistían en la necesidad de mantener a España neutral en el conflicto - sin que por esto se olvidase el apoyo diplomático en favor del Duque de Parma. La nota dice así:

"... Resuelto a mantener con firmeza su neutralidad y a evitar todo aquello que pudiera suscitarle compromisos y diferencias con las potencias beligerantes, el gabinete de Madrid no trata por eso de impedir que los representantes de la Reina practiquen oficiosamente todas las gestiones que sin comprometer la neutralidad de la España, puedan dar resultado provechoso para los príncipes de la augusta familia de Borbón. Si los intereses de la nación obligan a no tomar directa ni indirectamente parte en las cuestiones que se debaten en Italia; sí debe abstenerse, siguiendo los consejos de la prudencia, de intervenir en las modificaciones de hecho que el estado de guerra en que se halla aquella península han producido en las naciones que la componen, el gobierno de la Reina no -

podrá ver nunca con indiferencia
lo que personalmente se refiera
a la familia soberana de Parma"
(6).

Sustituidos los antiguos soberanos de los Ducados por gobiernos provisionales que preparaban su anexión al Piamonte, el gobierno de Isabel II adoptó una postura de defensa de los intereses de la dinastía en Italia.

El 20 de junio de 1859, el gabinete del general O'Donnell envió instrucciones a sus representantes en el exterior, y en concreto al ministro español en Turín, en las que consignaba la reserva explícita de los derechos de la familia reinante en el Ducado de Parma, derechos que el gabinete de Madrid no consideraba invalidados ni disminuidos, en parte alguna, por el movimiento popular que se había producido en aquel Estado.

Cuando se firmaron los preliminares de la paz de Villafranca el 11 de julio de 1859, cuyas bases esenciales no recogían los derechos de la Casa de Parma a volver a sus Estados, el gobierno español intervino en defensa del duque de Parma.

El ministro de Estado español, en su comunicación del 5 de agosto, ordenó a su representante en Turín manifestase a las autoridades sardas que la corte de Madrid se consideraba garante de los tratados de Aquisgrán y del acta del Congreso de Viena y con derecho a intervenir, en la misma forma que las otras naciones signatarias, en la resolución de las cues

tiones que pudieran suscitarse respecto a los Ducados. Protestaba con firmeza contra cualquier acto - que modificara derechos que el gobierno español consideraba, de todo punto, subsistentes (7).

El gobierno español, ante el inminente ofrecimiento de la corona de Parma al Rey Víctor Manuel, envió el 17 de septiembre una Real orden a su representante en Turín, en el que se le indicaban los términos en los que debía de formularse la protesta española, - para cuando se produjera este hecho:

"... Sin el concurso de Europa, a pesar del voto de la asamblea de Parma, la anexión de este Estado - al Piamonte no podría ser considerada sino como un hecho que, en todo caso, quedaría sujeto a la apreciación colectiva de la Europa y al - juicio individual de las potencias que compusieran el gran jurado cuyas decisiones forman todavía hoy el código de los derechos de la soberanía en Italia" (8).

Un nuevo contencioso surgió entre España y el Piamonte, a propósito de la ocupación, por éste, de los Estados de la iglesia. El 27 de noviembre de - 1859 el gabinete de Madrid comunicó a su representante en Turín las instrucciones acerca de la posición de España sobre los Estados pontificios ocupados por el Piamonte. Coello gestionó, ante las - autoridades sardas, el interés de España por la integridad de los dominios de la iglesia y la independencia del Sumo Pontífice (9).

Ante la inminente reunión del Congreso europeo, el gabinete español meditó sobre su actitud a seguir frente a los acontecimientos italianos. No movía sólo su interés la defensa de los soberanos parientes de la Reina, ni su ferviente adhesión a la causa pontificia, otros factores también influyeron la hora de determinar su política. A España no podía interesar el ver aparecer en el Mediterráneo otra potencia importante, como sería la monarquía - engrandecida de Victor Manuel, que rompiese el equilibrio existente en la zona.

El ministro de Estado en su comunicación del 10 de diciembre, expondrá, con claridad, su resistencia a un Piamonte acrecentado. Así se dirigió a los plenipotenciarios españoles en el Congreso de París:

"... España, potencia esencialmente marítima, no puede favorecer sin lastimar su futuro, el desarrollo de un nuevo poder en el Mediterráneo, que llegaría a ser formidable si a las posesiones que adquirió en 1815 la Casa de Saboya por la adquisición de Génova, se uniesen, hoy, las muy ventajosas - que tiene la Toscana en toda la extensión de la costa desde el golfo de Spezia hasta el monte Argentano. Deberán, por tanto, impedir, por - cuantos medios estén a su alcance, la anexión de la Toscana al Piamonte y evitar cualquier modificación que pudiera dar por resultado el - aumento marítimo de Cerdeña" (10).

1.3. ALINEAMIENTO ESPAÑOL JUNTO A LAS MONARQUIAS LEGITIMISTAS ITALIANAS.

1.3.1. Protesta de Madrid por las anexiones.

Consumadas las anexiones de los Ducados y las Romañas al Piamonte, el gobierno español el 24 de abril de 1860 se sintió en la obligación de enviar una nota de protesta. Ésta, en cuanto a los Ducados, recogía, en parte, lo ya expuesto en la nota de septiembre del año anterior hecha de forma preventiva ante la posible aceptación por Victor Manuel de la corona del Ducado de Parma, y en cuanto a las Romañas apoyaba, en general, los términos de la protesta realizada por la Santa Sede el 24 de marzo de 1860. El representante español en Cerdeña dió lectura de ella al conde de Cavour en nombre de su ministro de Estado. La protesta, redactada en términos muy mesurados, dice:

"... La aceptación por parte de S.M. el Rey de Cerdeña, del voto de las asambleas de los Ducados y de las Legaciones, y el decreto de anexionarse aquellos Estados al Piamonte, han resuelto en el terreno de los hechos la situación de la Italia central. Tales soluciones de los derechos cuestionables, imponen al gobierno de S.M. la imprescindible obligación de hacer ciertas reservas

y de hacerlo constar de forma ex
plícita. Las modificaciones en -
la Italia central, por la sola -
iniciativa piamontesa, será acep-
tado como un hecho que necesita-
rá de la aprobación colectiva de
las potencias europeas que firma-
ron las garantías de Italia cen-
tral en 1815-1817, reunidas en -
un Congreso."

Prosigue la nota:

"... El gobierno de S.M. cató-
lica tiene el deber de apoyar de
modo especialísimo los legítimos
derechos del jefe de la iglesia
y los de la Ilustre familia sobe-
rana de Parma, ligada con vincu-
los de parentescos a la Reina de
España. El gobierno de la Reina
se cree en el deber de reiterar
su declaración, que la legítimi-
dad de los hechos dependerá siem-
pre, a su juicio, de la aproba-
ción de los soberanos y de la san-
ción colectiva de las potencias
que garantizaron estos Estados"
(11).

Mención aparte dedicaba la nota a protes-
tar por la cesión y anexión de Niza y Saboya
a Francia sin el concurso de Europa.

Las anexiones supusieron el incumplimiento del tratado de Zurich, en el que se recogía los derechos de los soberanos expulsados a volver a sus Estados y el de la Santa Sede a recuperar las Romanas. España había fracasado en su política de hacer prevalecer el statu quo. El éxito fue para Gran Bretaña y el Piamonte, partidarios del principio de no intervención, lo que supuso el reconocimiento de hecho del derecho de los pueblos frente al de los soberanos. España permaneció del lado de las monarquías legitimistas.

El representante español en Turín, comunicó a su ministro de Estado la respuesta benévola de Cavour a la nota española:

"... El gobierno de S.M. el Rey de Cerdeña, ha acogido con sumo respeto las declaraciones de S.M. la Reina de España que manifiesta un espíritu de justicia y un sentimiento de lealtad. Por doloroso que sea para nuestro país que no pueda dar su aprobación a los hechos ocurridos en los Ducados de Parma y en las Legaciones, este gobierno reconoce el derecho que tiene España a defender intereses legítimos garantizados por ella en unión de las grandes potencias de Europa" (12).

1.3.2. Iniciativas de la diplomacia española ante Cavour.

Cuando la expedición de "Los Mil" de Garibaldi a Sicilia en mayo de 1860, sospechando que tras estos acontecimientos se encontrara Turín, el gobierno español, continuador de su línea de conducta en defensa de las monarquías legitimistas, ordenó a Coello mantener una entrevista con el conde de Cavour para recabar información sobre la invasión de Sicilia. Cavour consiguió convencer al diplomático español, de estar ajeno a estos hechos.

Sobre esta entrevista, Coello dice a su ministro de Estado, que en su opinión era cierto que el gobierno sardo había dado orden a su escuadra de oponerse al desembarco de la expedición en Sicilia, y que el conde de Cavour condenaba y deploraba la empresa garibaldina (13).

La salida para Madrid de Coello y la sustitución, en su ausencia, por Agustín Duro, encargado de negocios, hizo que fuese este último el que tuviese que recibir las nuevas órdenes que llegaron de Madrid el 18 de mayo, motivadas por la insistencia del conde de Grifeo, representante del Rey de las Dos Sicilias en Madrid. Grifeo había solicitado al ministro de Estado español que interpusiese unos buenos oficios para que el gobierno sardo impidiese nuevas expediciones sobre Sicilia. El despacho insistía en

que procurase asegurarse de la disposición del gobierno de Turín para impedir nuevas expediciones que pudieran organizarse en Pia monte en ayuda de la revolución siciliana. Ponía de relieve que en cualquier eventualidad, las instrucciones de Madrid eran el tomar por norma la conducta del ministro de Ru sia Stackeberg, protector de la dinastía legítima del reino de las Dos Sicilias (14).

El 19 de mayo se entrevistó el encargado de negocios español, con el conde de Cavour, y éste le manifestó que deploraba no haber podido impedir la salida de la expedición capitaneada por Garibaldi, pero aseguró que se opondría, con todos los medios legales, a la organización en Piamonte de otras expediciones revolucionarias, añadiendo que no le era posible enfrentarse a los efectos de la simpatía que la causa siciliana y garibaldina despertaban en la población (15).

El 24 de mayo, Duro comunicó al ministro de Estado español que en Génova continuaba el reclutamiento de expedicionarios para Sicilia, por lo que se había puesto de acuerdo con los representantes de Rusia y Nápoles para examinar si convenía presentar una nueva solicitud al gobierno sardo, para que prohibiese la organización, pues se sabía de nuevos proyectos de expediciones (16).

El 29 de mayo y de común acuerdo con los embajadores de Rusia y del reino de las Dos

Sicilias, el representante de España se dirgió, de nuevo, al conde de Cavour para sollicitarle la seguridad de que no partiría ninguna otra expedición revolucionaria a Sicilia.

El conde de Cavour dice:

"... En cuanto a la expedición que se estaba preparando, como ya le había dicho la primera vez sobre esta cuestión, el gobierno ha cía cuanto legalmente podía para impedir que se efectuase, pero que no estaba en su poder el dominar - la simpatía que la causa siciliana ha desatado en el país, simpatía - que es natural en el pueblo italiano, cuando en otros países, como - en Inglaterra, se llevan a cabo tan tas manifestaciones favorables a - la revolución siciliana" (17).

El 26 de mayo de 1860 el gobierno español envió a su encargado de negocios en Turín una Real orden con instrucciones preventivas para el caso que triunfase la revolución en Sicilia y se intentase conceder a S.M. el Rey de Cerdeña o a algunos de los príncipes de su familia, la soberanía de la isla. El - gobierno de Madrid en tal circunstancia, le remitía a las instrucciones que ya se mandaron 12 años antes, en 1848, cuando la oferta de la corona de Sicilia al duque de Génova, en que se afirmaba los legítimos derechos even

tuales de la Reina española sobre los pueblos y territorios de aquellos Estados.

Estas instrucciones las recibió el encargado de negocios el 5 de junio, cuando la revolución siciliana ya se veía triunfante. El representante español comunicó a Madrid que, a pesar de la proclama de Garibaldi en Salami de asumir la dictadura en nombre del Rey Víctor Manuel, causa más que justificada pa--ra protestar, no lo había hecho en consideración a la respuesta dada por Cavour al representante de Nápoles, de que desaprobaba la actitud de Garibaldi. Creía que una protesta en este momento no arrancaría de Cavour, otra que la ya dada al Rey de Nápoles, y prefería esperar el momento en el que se ofreciera la soberanía de Sicilia a la Casa de Saboya, para entonces presentar la reclamación en los términos de la Real orden de 26 de mayo, empleando todos sus esfuerzos en secundar la mira del gobierno de la Reina (18).

De nuevo el representante español, Duro, se dirigió el 8 de junio al ministro de Asuntos Exteriores, conde de Cavour, ante las noticias de la salida inminente de la que se llamó "expedición Malenchini", del puerto de Livorno. Sobre este asunto Cavour respondió en los mismos términos que las veces anteriores, alegando que se utilizaban todos los medios legales para evitarlo, pero que no se podía prohibir la salida de los barcos bajo pabellón extranjero. El representante español

le expuso que al menos se podría evitar el -
embarque de voluntarios, a lo que Cavour res-
pondió que no era lícito al gobierno piamon-
tés perseguir enérgicamente a los expedicio-
narios cuando en otros países se les favore-
cía con socorros y dinero y cuando el triun-
fo de la revolución había conseguido la apro-
bación no sólo de los pueblos, sino de algu-
nos gobiernos. Mostró como ejemplo la carta
del príncipe regente de Prusia por la proeza
de Garibaldi.

Termina diciendo Duro, que los representan-
tes de las Dos Sicilias y Rusia habían hecho
lo propio y la respuesta no había sido dife-
rente (19).

El 12 de junio el representante español -
confirmó la noticia telegráficamente, señalan-
do la gran condescendencia de las autoridades
piamontesas para con la revolución siciliana.

El 10 de junio el ministro de Estado espa-
ñol envió una Real orden al encargado interi-
no de negocios en Turín en la que se le comu-
nicaba la actitud de la nación española y del
gobierno de S.M. en el caso de ser anexiona-
da Sicilia al reino del Piamonte. En esta si-
tuación la protesta de España sería terminan-
te (20).

En el despacho número 63 el encargado de
negocios, hombre legitimista próximo a la -
Santa Sede, comunica al ministro de Estado

algunas opiniones sobre la situación en Italia:

"... Si Francia no se decide a enfrentarse a la revolución, ésta seguirá su curso, avivando los sentimientos nacionalistas, y una vez extendida por el reino de las Dos Sicilias, más tarde lo hará a los Estados Pontificios" (21).

Ante la crítica situación de Sicilia, el rey Francisco II solicitó ayuda de Francia para que consiguiese del Piamonte la firma de un tratado, iniciativa apoyada por Rusia, Inglaterra y Francia.

Este motivo llevó, el 25 de junio, a Francisco II a realizar una reestructuración de su política interna, restableciendo la constitución de 1848 y poniendo un ministerio liberal con el que sería más fácil intentar un acuerdo.

Estas reformas liberales no produjeron los efectos deseados por Nápoles. El gobierno piamontés encontró gran oposición de los grupos políticos en el parlamento, ante la posible firma de un acuerdo entre el Piamonte y el reino de las Dos Sicilias (22).

Sobre este asunto dice Duro a su ministro de Estado, Collantes:

"... El gobierno de Torino no se muestra dispuesto a aceptar la alianza que se le ofrece, porque ve en esa la quiebra de todas sus esperanzas y de todos sus sueños de unidad de Italia, y no desea renunciar a una idea que ha llegado a ser la base de su política, y - menos aún cuando parece acercarse el triunfo" (23).

El encargado de negocios español expone en su despacho de 4 de julio, razones que le habían movido a no dar nuevos pasos diplomáticos ante Cavour, a pesar de estar informado de la salida de un nuevo envío de voluntarios, "la expedición de Losenz", para Sicilia:

"... He creído mi deber consultar a V.E. antes de dar un nuevo paso que tendría por efecto una - declaración más de este gobierno, igual a lo ya manifestado por él en casos precedentes, y sin esperanzas de mayor resultado, ya que a los voluntarios no les falta los medios para sustraerse a la acción legal de la autoridad.

La legación rusa ha dado algún paso más, en esta ocasión, y según me han manifestado, se proponen perseverar en esta postura, -

mientras no reciban otras órdenes de su gobierno" (24).

Estos últimos despachos de Duro, evidencian un pesimismo no carente de cierto realismo, ante la inutilidad de sus gestiones para conseguir algún resultado del gobierno de Cerdeña en favor del Rey de Nápoles.

El gobierno español envió al encargado interino de negocios una Real orden del 10 de julio en la que le comunicaba que el gobierno de la Reina seguía con el máximo interés el curso de los acontecimientos que se estaban sucediendo en Sicilia, porque coincidían cuestiones e intereses de tanta trascendencia para España y para la dinastía de la Reina. Por lo que nuevamente le encargaba que se vigilase con la mayor atención los sucesos que ocurrían en los dominios del Rey Francisco II, recordándole de nuevo que si se producía la anexión de Sicilia al Piamonte y éste lo aceptase, manifestase al conde de Cavour que España protestaría delante de Europa de la forma más solemne posible (25).

Ante la crítica situación de Sicilia, el gobierno español, por indicación de la Reina, hará un nuevo esfuerzo en favor del pariente de su soberana. Por este motivo, se le comunica al encargado de negocios en Turín, intente conseguir del conde de Cavour un cese de las hostilidades en Sicilia, mientras se discutía la posible firma de un acuerdo con el Rey de Nápoles (26).

Siguiendo las instrucciones del gobierno, Duro visitó al conde de Cavour, y del resultado de la entrevista da cuenta en su despacho del 21 de julio, diciendo:

"... En cumplimiento de las órdenes recibidas de V.E., he visitado al conde de Cavour y le he expuesto todas las razones que a mi parecer ayudarían, en la situación actual de Italia: la firma del - acuerdo napolitano-piamontés y lo conveniente que sería para agilizar las negociaciones, que con tal motivo se están realizando en esta capital, el cese de las hostilidades en Sicilia, mientras duren las negociaciones. Terminé diciendo a Cavour que estos dos objetivos podrían obtenerse mediante la cooperación del gobierno de Cerdeña y que sería el deseo del Gobierno de S.M. la Reina de España" (27).

La respuesta de Cavour es elusiva :

"... La voluntad del gobierno sardo no era suficiente para conseguir la suspensión de las hostilidades en Sicilia, ya que no ejercía ningún poder sobre Garibaldi, ni para conseguir la firma de un armisticio durante el período de negociaciones para la alianza, y -

aunque dudaba que se llegase a -
concluir ésta, le parecía que se
ría peor para los beligerantes -
que cesaran ahora, y que una vez
que las negociaciones diplomáti-
cas fracasasen, volvieran de nuev
vo a las armas" (28).

En relación a la alianza, Cavour manifes-
tó que los enviados napolitanos aún no habían
propuesto las bases sobre las que se lleva-
rían las negociaciones. Creía muy difícil -
que la alianza pudiese llegar a buen fin, -
porque no veía en el gobierno constitucional
de Nápoles suficiente garantía de estabili-
dad que asegurase al Piamonte los beneficios
de la unión de los dos gobiernos, y que el -
gobierno de Cerdeña no se encontraba en con-
diciones de contrariar abiertamente a la opi-
nión pública de su país, que se manifestaba
contraria a la alianza (29).

El 23 de julio se reincorporó de nuevo en
Turín el ministro plenipotenciario español,
Coello. Las relaciones hispano-piamontesas a
partir de este momento se hicieron menos ten-
sas que las que se habían dado entre el con-
de de Cavour y el encargado de negocios espa-
ñol, del que comenta confidencialmente:

"... Su insistencia me resulta
fastidiosa y me produce el efecto
de un perrillo enojoso" (30).

El regreso de Coello a Turín, hombre más próximo y grato a Cavour, contribuyó a suavizar la comunicación entre ambas naciones.

El representante de España siguiendo las instrucciones que había recibido en Madrid, visitó a Cavour y le expresó el deseo del gobierno español, que se concluyera entre Nápoles y Cerdeña una alianza, la cual, consolidando el régimen constitucional de uno y otro Estado italiano, pusiera fin a la lucha fratricida en Sicilia y evitase las graves complicaciones europeas a las que daría origen cualquier anexión de Sicilia al Piemonte y el destronamiento de la dinastía de Nápoles, hechos ante los cuales España no podía permanecer impasible y ante los que se vería obligada a protestar enérgicamente (31).

Coello comunicó a su ministro de Estado el resultado de su entrevista con el conde de Cavour. En su despacho dice que éste le había manifestado confidencialmente la crítica situación de Sicilia:

"... Desde el 22 de julio las tropas del Rey Francisco II habían abandonado la lucha, y la isla era entera de Garibaldi, por lo que sería difícil el conseguir de éste que se aviniese a un alto el fuego, lo que complicaba el curso de las negociaciones" (32).

Cavour, que parecía querer convencer al representante español de lo inevitable de los hechos consumados ya en Sicilia, centró su exposición en los posibles acontecimientos próximos a ocurrir, si, como se preveía, Garibaldi cruzaba el estrecho. Le dice que esta nueva situación exigía concentrar toda la atención en evitar la invasión de Nápoles por Garibaldi. En este sentido Cavour aseguró al embajador español su mejor voluntad y la de su gobierno de intentar convencer a los revolucionarios para que permaneciesen en Sicilia (33).

Coello en su despacho del 14 de agosto al ministro de Estado, le informa acerca de los preparativos que se aseguraba se estaban haciendo en Sicilia para preparar la invasión del reino de Nápoles:

"... No es posible creer que Garibaldi se haya negado a escuchar los consejos sinceros y diplomáticos del Rey de Cerdeña y que proyecte una expedición formidable para pasar a los Estados de tierra firme del Rey de las Dos Sicilias" (34).

Termina el despacho con la noticia que el gobierno de Cerdeña, en vista de la situación crítica está reprimiendo la propaganda anexionista revolucionaria.

Hasta el mes de septiembre Coello no com-

prendió que las intenciones de Cavour eran el participar directamente en los asuntos del reino de las Dos Sicilias, ir a Nápoles, so pretexto de cortar el paso a Garibaldi y a la revolución, e invadir los Estados pontificios. Pero incluso entonces seguía pensando en la buena fe de Cavour, y que si éste obraba de otra forma era obligado por presiones a las que no podía sustraerse.

El 4 de septiembre Coello manda un despacho a su ministro de Estado en el que daba - la alarma sobre las verdaderas intenciones - del gobierno sardo. En su informe dice:

"... Su propósito parece que es anexionarse el reino de las Dos Sicilias, en cuanto se termine la revolución en aquél reino. El ministro sardo Farini ha informado el 28 de agosto al Emperador de Francia, que el gobierno Sardo no puede contener por más tiempo a la opinión pública y que se encontraba en la necesidad de ponerse a la cabeza del movimiento si se quería conjurar el mal que amenazaba a Italia y a Europa, la - anarquía revolucionaria, estado en el que se encuentra Sicilia. Este - gabinete, queriendo impedir que se repita en el continente lo que ocurre en Sicilia, está preparando con sus agentes en Nápoles, que son en su mayoría nativos napolitanos, emi

grados, para anticiparse al triunfo de la revolución, y evitar así el derramamiento de sangre. El - pueblo aclamaría a la tropa y se completaría la anexión" (35).

El 7 de septiembre, Garibaldi y sus tropas entraron en Nápoles. El gobierno español envió enérgicas instrucciones a sus representantes en Cerdeña, París y Viena, por estos acontecimientos y por los que se preparaban en los Estados pontificios.

Coello de nuevo el 11 de septiembre, después de comunicar a Madrid, que las tropas regulares piamontesas habían cruzado La Marca y La Umbría, informa sobre las medidas a realizar:

"... Yo renovaré todas las observaciones y reclamaciones, y daré todos los pasos que se imponen a una potencia católica como España, y con vínculos con la familia real napolitana. Si se da el hecho de que se proclame la anexión del reino de las Dos Sicilias a la Monarquía de Victor Manuel o que las tropas piamontesas pasen beligerantemente y violen los Estados de la iglesia, convertiré esta reclamación en una protesta escrita severa" (36).

El desembarco de las tropas piamontesas - en Nápoles el 10 de septiembre y la proclama que, del Rey Víctor Manuel, publica la Gazetta de Turín del 12 de septiembre, hace que el - representante español, siguiendo las instruc ciones que tenía de su gobierno se dirigiese al conde de Cavour el 15 de septiembre. Coello comunica a su ministro de Estado los tér minos en los que había expresado su protes- ta:

"... Le manifesté en términos - enérgicos que la España se encontra ba en la dolorosa necesidad de pro- testar contra semejantes actos que violaban todos los derechos del des graciado Rey de Nápoles. Estando em parentado a la familia real españo- la, el gobierno de S.M. no podía - permanecer indiferente a su suerte, y aun menos abandonar la defensa de los derechos que los tratados euro- peos, de los cuales fue parte con- tratante el Piamonte, conferían a España sobre el reino de las Dos Si cillas" (37).

El conde de Cavour que ya llevaba cuatro meses con extrema habilidad, parando los ata ques de los representantes europeos, respon- de al representante de España en los siguien tes términos:

"... Reconozco la legitimidad de la protesta que acababa de ex

poner V.E., pero la necesidad ha obligado al gobierno sardo a dar estos pasos. Las causas están explicadas en el memorandum que el Rey Víctor Manuel ha publicado - para Europa. Los fantásticos triumfos de Garibaldi habían puesto al Rey Víctor Manuel de Cerdeña en - la alternativa de abdicar ante - la revolución, o asumir enérgica mente la dirección del movimiento italiano" (38).

Después el representante español pasó a condenar la entrada de las tropas piamontesas en los Estados de la iglesia, expresando el dolor y la profunda sorpresa que había producido a S.M. la Reina y a la católica - España, a lo que Cavour responde:

"... La situación de los Estados de la iglesia era inestable, y esto constituía un peligro permanente para Italia y para la paz de Europa. El gobierno del Rey Víctor Manuel no podía permanecer sordo a las llamadas de La Marca y de La - Umbria, y si no hubiese reaccionado rápidamente, el ataque de Garibaldi sobre Roma, primero, y sobre Venecia después, habría sido la - guerra con Francia y Austria y el triunfo de la república de Mazzini en la Italia meridional y central" (39).

Coello termina refiriendo a su ministro - de Estado su opinión personal sobre la entre vista con Cavour, de la que dice:

"... Desde hace mucho sé que el conde de Cavour no es el dueño de la situación, que le han desbordado las presiones revolucionarias y que tiene que marchar por el mismo camino que perdió a Carlos Alberto.

Sólo una respuesta enérgica de la Europa conservadora habría podido parar el curso de los acontecimientos y habría podido dar alguna fuerza a la acción moderada del - conde de Cavour. Pero ya es tarde para cambiar los sucesos, sin correr el peligro de provocar una guerra general" (40).

El 18 de septiembre el ministro plenipotenciario en Turín dirige un nuevo despacho al ministro de Estado informándole acerca de los acontecimientos y vuelve a hacer hincapié en las gestiones que había llevado a cabo ante el conde de Cavour y que ya había expuesto - en su despacho número 97. Le comunica que ha bía formulado una protesta enérgica verbal, cerca de este gobierno en nombre de España, con arreglo a las instrucciones que había re cibido. A propósito de los últimos acontecimientos, la proclamación de la monarquía de Víctor Manuel por Garibaldi en el reino de - las Dos Sicilias, aduce que esto se había

hecho nominalmente, pero que en cuanto fuese aceptada la anexión del reino de Nápoles por el Rey de Cerdeña, reproduciría por escrito su protesta y de forma más solemne (41).

El ministro de Estado que se encontraba - en Barcelona recibió estos despachos de mano del agregado de la Legación española. Sobre las gestiones llevadas por el ministro plenipotenciario escribe el Primer Secretario de Estado el 27 de septiembre, aprobando su prudente actitud e indicándole la conveniencia de permanecer en ésta:

"... Aprobada su conducta, por estar conforme con las instrucciones que se le han comunicado, el gobierno de S.M. quiere que continúe plegándose a ellas y que únicamente formule la protesta por escrito en el caso de proclamar la anexión del reino de las Dos Sicilias al Piamonte y de ser aceptado por el Rey Victor Manuel. En cuanto a los Estados pontificios fuera de los pasos ya dados, evitará toda conferencia con el conde de Cavour, y sólo en el caso extremo de que corra peligro la sagrada persona del Papa, protestará enérgicamente, contra cualquier acto contra aquél y que pusiera en entredicho la independencia del ejercicio de su poder espiritual.

No debe evitar, en toda ocasión que se precise, el afirmar que S.M. y el gobierno jamás abandonarán la causa del Sumo Pontífice, cualquiera que sean las circunstancias" (42).

El ministro de Estado comunicó a Coello, que S.M. la Reina había conocido su despacho sobre la entrevista con el conde de Cavour, y había tenido a bien aprobar su conducta observada en la conferencia y los términos en los que en ella se había expresado.

Posteriormente pasó a darle instrucciones más precisas sobre la actitud que debía mantener con el Piamonte, en el caso que el Rey Víctor Manuel se anexionase el reino de las Dos Sicilias o que las tropas piamontesas ocupasen el territorio napolitano. Exponía el ministro de Estado que en este caso se presentaría la protesta escrita al gobierno sardo y que habría de ser firme, pero razonada. Continúa diciendo:

"... Entre tanto, Vds. observarán la actitud de las demás potencias interesadas en la conservación del derecho público europeo. La España se abstendrá de hacer demostración alguna que pueda comprometerla seriamente, sin ventajas de los altos intereses cuya conservación desea vivamente, pe-

ro que no le es dado defender,
sin el concurso de las demás na-
ciones católicas y conservado-
ras" (43).

El 2 de octubre Cavour presentó al parla-
mento un Real decreto por el que se anexiona
ban al Piamonte las otras provincias italia-
nas, y el 6 del mismo mes notificaba al mi-
nistro napolitano en Turín, la decisión, de
su gobierno, de enviar un cuerpo de ejército
piamontés a Nápoles para evitar los enfrenta-
mientos sangrientos.

El 8 de octubre el Rey Víctor Manuel fir-
mó en Ancona la proclama a los pueblos de Ita-
lia meridional, y las tropas sardas cruzaron
la frontera.

Frente a estos hechos, que podían ser con
siderados como de eventual anexión, el minis
tro plenipotenciario de España en Turín, sin
esperar nuevas instrucciones, decidió cumplir
las ya indicadas por el gobierno. Presentó -
el 9 de octubre una nota formal de protesta
al presidente del Consejo de ministros y mi
nistro de Asuntos Exteriores, por la inva-
sión del reino de las Dos Sicilias.

El representante español dijo en su des-
pacho del 10 de octubre de 1860 al ministro
de Estado, que siguiendo las instrucciones -
de mayo había permanecido en contacto con Ru-
sia para unificar su conducta y podía co-

municar que el representante de este país ha
bía presentado también una protesta similar
(44).

La nota española fue redactada en términos moderados sin llegar a romper las relaciones entre España y Cerdeña y mereció la aprobación del ministro de Estado español. La protesta dice:

"... Ante los dolorosos acontecimientos en los que la Italia meridional se está viendo envuelta, y que no pueden pasar por ser obra exclusiva de la revolución, a pesar - de las continuas afirmaciones del - gobierno sardo respecto a su no participación en estos actos, las autoridades piamentesas se limitaron a condenarlos, sin poner los medios - para evitar el desbordamiento revolucionario.

Frente a los últimos acontecimientos oficiales y públicos, a los que ha asistido con dolorosa sorpresa la Europa, España no podría permanecer en silencio, ya que esto - equivaldría a una abdicación del deber que tiene de defender los legítimos derechos de una dinastía ligada por sagrados vínculos a la Reina Isabel II, y el tener que conservar los derechos de la dinastía española sobre el reino de las Dos Sici-

lias, que le fueron reconocidos - por Cerdeña y por toda Europa, por los tratados de 1756 y ratificados por posteriores estipulaciones, como la de Viena de 1815.

El gobierno de España mantiene incólumes los legítimos derechos - que la violencia y la fuerza, no - pueden destruir, aún esperamos que Cerdeña se detendrá en esta funesta inclinación, y dejará a Europa que sea la que ponga término a la lucha en Italia, consultando las auténticas aspiraciones de los pueblos italianos y teniendo en cuenta los derechos que siempre son - dignos de ser respetados".

Con la protesta del 9 de octubre de 1860, España cerraba un proceso en sus relaciones con el Piamonte, calificado de oposición a - todas las anexiones, especialmente las de - Parma, las Dos Sicilias y los Estados de la iglesia, que por razones dinásticas o religiosas, el gobierno español estaba especialmente interesado. También ponía fin a su política de aproximación a las potencias conservadoras legitimistas como Rusia y Austria, con las que había mantenido una estrecha - unión en los asuntos del reino de Nápoles - (45).

Cerdeña, por su parte, con la caída de la

Corte del reino de Nápoles, veía desaparecer lo que a sus ojos constituía el centro y foco de intrigas de las naciones conservadoras, entre las que incluía a España con su representante Bermúdez de Castro (46).

1.4. LA RETIRADA DEL REPRESENTANTE DE ESPAÑA EN CERDEÑA.

El gobierno español aceptó los términos de la protesta que Coello había entregado al conde de Cavour el 9 de octubre de 1860, pero ¿podía España permanecer representada en Turín?, o ¿terminaría haciendo lo que los franceses, retirar a su embajador, o lo que hicieron los rusos el 10 de octubre que ordenaron a toda su legación regresar a San Petersburgo?

El conde de Cavour, previendo lo que ya era un rumor, la posible marcha de la legación española en Turín, solicitó al representante español una entrevista para el 16 de octubre. De ésta da cuenta Coello en un despacho del 16 de octubre de 1860. Dice a su ministro de Estado:

"... En tal coloquio, tenido a petición del conde de Cavour, me ha expresado un vivo deseo de que S.M. la Reina de España no provocase una ruptura, pero en caso de hacerlo que ésta no sea muy larga.

Expuse de nuevo la tesis española de que la única solución para Italia vendría de la reunión de -

un Congreso europeo, en el que -
participaría España" (47).

La prensa española recogió la noticia de la posi
ble partida de su representante en Turín . El periódico
"La Epoca", progubernamental, del que era director
el representante español en Turín , publicó el
19 de octubre de 1860, una noticia oficiosa en la -
que se aseguraba que sólo sería reclamado el minis
tro de la delegación española y que se dejaría al -
frente un encargado de negocios.

El Consejo de ministros del 23 de octubre trató
el problema de la retirada de la legación española
en Turín . Gran parte del gobierno fue partidario -
de la retirada completa, a lo que se opuso el minis
tro de Marina, general Zavála, en nombre de sus com
pañeros progresistas, y amenazó con su dimisión si
ésta se llevaba a cabo. Este conflicto, por su im-
portancia, amenazaba la estabilidad del gabinete,
por lo que se optó por una solución intermedia: lla
mar a su embajador en Turín, Coello, pero dejando -
la legación con un encargado de negocios interino
(48).

El 26 de octubre de 1860 el gobierno español en-
vió una real orden telegráfica a su representante -
en Turín en la que se le comunica:

"... Después de la protesta -
presentada por Vd. el 9 de octu-
bre, no se juzga conveniente su
presencia en esa Corte. Pida su
pasaporte al ministro de Asuntos
Exteriores en Turín y deje un en

cargado de negocios" (49).

El 28 de octubre Coello comunica al conde de Cavour las órdenes que había recibido de su gobierno de retirar a su representante en Turín.

En el despacho del 28 que envió al ministro de Estado español, le comunica el contenido de su entrevista. Dice :

"... Dije al presidente del Consejo de ministros y ministro de Asuntos Exteriores, que habiendo protestado la España por conducto mío contra la invasión del ejército sardo en los Estados pontificios y en el reino de las Dos Sicilias y contra la proyectada anexión de la Italia meridional a las provincias hereditarias del Rey Víctor Manuel, el gobierno de S.M. no creía que pudiese yo seguir siendo testigo impasible en Turín, de estos acontecimientos. El gobierno español esperaba, sin embargo, que el Piamonte acabaría por reconocer el legítimo derecho de la Europa a intervenir en el arreglo de la cuestión de Italia. Mi gobierno no había querido romper por completo sus relaciones diplomáticas con Cerdeña, dando así una nueva prueba de su alto espíritu de templanza

y de conciliación. El secretario de la legación queda como encargado de negocios, no ocultándole, sin embargo, la posibilidad de una ruptura más significativa si todas nuestras esperanzas de conciliación resultasen fallidas" (50).

El conde de Cavour respondió que no podía desconocer los motivos de dignidad que obligaban a España a tomar esta determinación, en vista de los lazos que le unían con la dinastía de Nápoles y esperaba que las cuestiones tan complicadas de Italia fuesen sometidas a un Congreso europeo.

El conde de Cavour interpeló a Coello, sobre lo que haría el gobierno español con respecto al barón Tecco, representante de Cerdeña en Madrid. La respuesta de Coello fue que no tenía noticia al respecto, pero su opinión personal era que no creía que el gobierno español se opusiese a su permanencia en Madrid.

Las palabras del ministro representante de España en Turín, acerca de la permanencia o no del representante de Cerdeña en Madrid, se vieron confirmadas por el telegrama que el ministro de Estado español envió el 30 de octubre de 1860, en el que comunica que el gobierno de S.M. no pediría a S.M. sarda que retirase al barón Tecco, pero tampoco se opondría a que lo hiciera si lo juzga conveniente (51).

En la sesión del Senado del 27 de octubre, el -

gobierno fue interpelado por algunos senadores, entre ellos Alcalá Galiano, acerca de las relaciones de España con Cerdeña después de los últimos acontecimientos. Respondió el presidente del Consejo de ministros, general O'Donnell, que desde los primeros sucesos surgidos en la península italiana, el gobierno español hizo repetidas reclamaciones contra las agresiones de Garibaldi, y cuando posteriormente se hubo verificado la invasión de los Estados Pontificios y de Nápoles, sin previa declaración de guerra, el gobierno protestó por estos hechos y mandó al ministro de España en Turín que regresase (52).

España no pudo eludir el seguir los pasos que ya habían dado otros gobiernos europeos como los de Francia y Rusia. Ciertamente la decisión española no fue tomada precipitadamente, más bien sería muy meditada si consideramos la prontitud de las medidas adoptadas por las potencias anteriormente citadas y el tiempo que empleó España, casi un mes, en ordenar a su representante regresar a Madrid.

Este aspecto no pasó desapercibido a los parlamentarios. Alcalá Galiano, en su intervención en el Parlamento, dice al gobierno:

"... Desde luego noto poca rapidez en adoptar la determinación de retirar a nuestro ministro en Turín, pues ya hace tiempo que se debía haber hecho".

La decisión española de retirar su representante en Turín estuvo motivada, no sólo por cuestiones

dinásticas y de política interna, sino también influida por las indicaciones de algunas potencias europeas, como Francia, interesada en arrastrar a España para secundar su política.

El despacho telegráfico que el embajador de España en París, Mon, envió a su ministro de Estado pone de manifiesto las sutiles presiones del gobierno del emperador de los franceses. Dice:

"... El subsecretario de Estado de París, me consulta sobre los recientes ataques a Gaeta y Ancona preguntándome si habíamos retirado, como ellos, a nuestro ministro en Turín" (53).

El gobierno del Piamonte decidió no reclamar a su representante en Madrid, barón Tecco. Distintos motivos influyeron en Cavour para que tuviese esa deferencia con la Reina Isabel II. El principal, posiblemente fue, el hecho de no querer violentarse más con la diplomacia europea, sobre todo teniendo en cuenta la reunión que se estaba celebrando en Varsovia entre los soberanos de las potencias conservadoras, Rusia, Prusia, Austria.

De otra parte, el conde de Cavour no podía olvidar el papel, ciertamente benévolo, que Coello, representante de España en Turín, desempeñó en relación a su política, ni la buena amistad que les unía (54).

El representante español en Turín, no precipitó

su partida y permaneció hasta el 4 de noviembre, fecha en que envió su último despacho a Madrid, que cerraría su misión diplomática en Cerdeña, aunque desde el 28 de octubre España pasó a estar representada oficialmente por un encargado de negocios, el secretario de la legación, Agustín Duro, que ya había desempeñado esta función durante dos meses, en ausencia de Coello, ese mismo año.

España no normalizará sus relaciones con el que pronto será el nuevo reino de Italia hasta julio de 1865.

2. EL GOBIERNO ESPAÑOL ANTE EL NUEVO REINO DE ITALIA

2.1. AISLAMIENTO DE LA DIPLOMACIA ESPAÑOLA EN TURIN.

Las relaciones entre España y Cerdeña desde la partida oficial del representante Coello y a pesar de la permanencia en Madrid del embajador de Cerdeña, barón Tecco, se fueron deteriorando progresivamente.

En los meses inmediatos se hizo clara la falta de comprensión y entendimiento entre ambas Cortes, lo que se evidenciaba por el aislamiento en que fue quedando el encargado de negocios, Duro. Dicho retraimiento, en un principio, partió de iniciativa española, al negarse a asistir a los acontecimientos oficiales como representante de un Estado. En los despachos que Duro envía el 15 y 18 de febrero de 1861 a su ministro de Estado, pone de manifiesto la actitud de España a partir de ese momento y que no abandonará en largo tiempo. El encargado de nego-

cios en Turín comunica en el primer despacho del 15 de febrero de 1861:

"... El Rey Víctor Manuel se encuentra en Milán desde el día 11, acompañado de la Corte y del cuerpo diplomático. Yo por mi parte en cumplimiento de las órdenes de V.E. he quedado en esta capital" (55).

En el despacho del 18 de febrero de 1861 dice - que se había celebrado la sesión de apertura del - nuevo Parlamento presidida por el Rey Víctor Manuel, no habiendo él asistido a la misma, ni ningún miembro de la legación española, siguiendo las instrucciones recibidas. Termina señalando que a la ceremonia concurrieron los representantes de las demás naciones (56).

La prensa italiana en general, y más concretamente la pro-gubernamental, hizo de la política que España seguía con respecto a la unidad, el blanco de sus críticas, y a veces de sus iras.

De esto es ya consciente el gobierno español, o al menos su ministro de Estado que el 25 de febrero envió instrucciones a este respecto, al encargado - de negocios de S.M. en Turín; le dice:

"... El gobierno de S.M. ha sabido, con sentimiento que en el - periódico "Il Diritto", de esa capital han aparecido artículos con ataques contra la Reina...

Por la política que el gobierno de S.M. ha seguido en los asuntos de Italia, es fácil que se repitan con frecuencia en esos periódicos las publicaciones ofensivas a la Reina. Comuníquese oportunamente su aparición, y vea si la legislación piamentesa ofrece el modo de poner correctivo a esas publicaciones" (57).

Parecía innecesario que el gobierno español se propusiera demostrar con sus órdenes enviadas a Duro, de inasistencia a los actos oficiales, su desagrado con los acontecimientos italianos, ya que esto había quedado claro con la retirada oficial de su embajador en Turín.

La reacción piamentesa no se hizo esperar. El encargado de negocios español fue olvidado por esa Corte que cometió la descortesía de excluirlo en los acontecimientos oficiales, a los que en rigor se invitaba al cuerpo diplomático.

En el banquete oficial que el conde de Cavour ofreció el 14 de marzo por el aniversario del nacimiento del Rey, fueron convidados todos los jefes e interinos de las legaciones extranjeras excepto el encargado de negocios de España (58).

El encargado de negocios, Duro, deseando conocer los motivos exactos de la no invitación a la legación española, requirió los servicios del representante de Suiza, para que se informase ante Cavour.

La respuesta que recibe del conde de Cavour es que la conducta observada por la legación española mostraba un retraimiento respecto a las solemnidades públicas.

Los argumentos de Cavour no convencieron a Duro, así lo puso de manifiesto en su despacho número 19. Dice:

"... V.E. conocerá desde luego, la poca fuerza de las razones aducidas por el conde de Cavour para explicar su proceder respecto a - esta legación, pues podía haberse hecho cargo de que si miramientos políticos no me permitían asistir a la apertura del Parlamento italiano, mi posición de representante del gobierno de S.M. ante el - Rey de Cerdeña, requería un puesto en el banquete que tenía por objeto celebrar el cumpleaños del Rey Víctor Manuel.

Por mi parte no he creído oportuno presentar mis quejas directamente, ni hablar de este asunto al conde de Cavour, sin las previas órdenes de V.E., queriendo evitar discusiones que tal vez - acarreasen complicaciones al gobierno de S.M." (59).

La falta de entendimiento en las relaciones entre

Madrid y Turín se puso, una vez más, de manifiesto.

Duro comunica al ministro de Estado su respuesta a un oficio del cónsul en Milán preguntándole si debía o no concurrir a un Te Deum que iba a cantarse en aquella catedral, por el cumpleaños del Rey. Dice:

"... Conozca exactamente el verdadero objeto del Te Deum, y si es para celebrar el aniversario del natalicio del Rey asista a él, pero si tiene relación con algún hecho político, no concurra a la ceremonia" (60).

Otro acontecimiento que no vino, precisamente, a mejorar las relaciones entre Turín y Madrid, fue la actitud tomada por el gobierno de la Reina Isabel cuando la caída de Gaeta y la partida del rey Francisco II hacia Roma, donde se refugió.

El gobierno español tomó la decisión de encargarse de los intereses y de la representación oficial del reino de las Dos Sicilias en Turquía y acordó conservar su embajador ante el Rey de Nápoles mientras el Soberano permaneciese en Roma.

La prensa italiana recoge indignada esta actitud española, de la que dice:

"... Es la priemra vez en nuestros tiempos modernos en los que

vemos a los embajadores continuar
junto a un príncipe que ha perdido su corona.

No comprendemos cómo es posible
que Francisco II estando en Roma -
tenga derecho a una representación.
La conducta de España puede proponer
a nuestro gobierno motivos
para solicitar el regreso de su -
embajador en Madrid" (61).

En la sesión del 13 de marzo de 1861 del Congreso de los diputados, el gobierno del general O'Donnell pidió a la cámara el voto de confianza para su política en Italia. Durante la sesión, al intervenir el ministro de Estado, Calderón Collantes, afirmó, entre otras cosas, que no se podía olvidar que el gobierno de S.M. tenía la obligación de mantener los derechos de la Casa de Borbón, de la que era jefe - la Reina de España (62).

*Siguiendo esta política de defensa de los intereses de la dinastía española, el gobierno envía una Real orden a su embajador en Roma y al encargado de negocios en Turín, indicándoles que en el caso que el Piamonte deseara confiscar o reclamar los bienes que el Rey de las Dos Sicilias posee en Roma procedentes de la ilustre Casa de Farnesio, tratasen de hacer valer los derechos que a los mismos tiene la augusta soberana española.

En esta Real orden se les facilitaba, como base jurídica de la posible reclamación española, la co-

pia de los documentos que se encuentran en el archi
vo de Simancas en los que se hace una relación deta-
llada de las citadas propiedades de la Casa de Far-
nesio (63).

Reunido el nuevo Parlamento en Turín, aprobó el
14 de marzo la proposición de dar el título de Rey
de Italia al Rey Víctor Manuel, quien lo aceptó pa-
ra él y sus descendientes.

La proclamación oficial del nuevo reino de Ita-
lia el 17 de marzo no indujo al gobierno de Madrid
a variación alguna diplomática. En la capital de -
España continuó el barón Tecco como representante -
extraordinario del Rey de Cerdeña. En Turín siguió
abierta la legación española con un encargado de ne-
gocios, y Coello, aunque permanecía en Madrid, se-
guía conservando el título de representante de S.M.
católica en Cerdeña (64).

El gobierno de Madrid decidió seguir la política
de ignorar la nueva realidad de Italia, y continuar
sus relaciones, sin pronunciarse oficialmente, ni -
condenando ni reconociendo. Los nuevos cambios sur-
gidos en Italia crearon complicaciones de tipo buro-
crático a las que España tuvo que hacer frente, co-
mo en la cuestión de los visados o en los cambios -
de titularidad de los consulados, llevados a cabo por
las autoridades del nuevo reino de Italia.

El gobierno español, por estos motivos envió
una circular, con Real orden del 30 de abril, por -
la que se autorizaba a los cónsules españoles visar
los pasaportes que se les presentasen expedidos con
el nombre del Rey de Italia, entendiéndose claramen-

te que esto no implicaba, en manera alguna, el reconocimiento del reino de Italia por parte de España (65).

El 23 de abril el ministro plenipotenciario de España en Berlín, marqués de la Ribera, comunicó al ministro de Estado la entrevista que acababa de tener con el ministro de Asuntos Exteriores prusiano, barón Schleinitz. En el transcurso de ésta el representante español interrogó al ministro a propósito de la actitud que pensaba tomar su gobierno con respecto al problema de la nueva titularidad del reino de Italia.

La respuesta del ministro prusiano es:

"... No pudiendo prescindir de los hechos ocurridos en Italia, y en vista de que el representante del Rey Víctor Manuel ha tomado el nombre de representante del Rey de Italia, nosotros nos comunicamos bajo el nombre de legación del Rey Víctor Manuel" (66).

El gobierno español empleó la misma fórmula que los prusianos. El 20 de junio de 1861, el capitán general de Cataluña, hace saber al gobierno de Madrid el cambio de titularidad del consulado de Cerdeña en Barcelona, que había pasado a llamarse del reino de Italia. Pedía instrucciones al respecto.

En la respuesta que llegó por Real orden del 4 de julio de 1861 el ministro de guerra decía que se les llamase cónsules de S.M. el Rey Víctor Manuel.

El gobierno español seguirá caminando por la vía de ignorar los hechos que llevaron a Italia a su unidad. La impotencia de sus protestas para modificar el curso de los acontecimientos, le llevó a una actitud cada vez más lejana y aislada de la realidad que empezaba a tomar cuerpo en Europa. Su política exterior seguirá marcada por la idea que el sufragio universal no posee valor para alterar los - tratados internacionales (67). Esto equivalía a ignorar el principio de nacionalidad o de voluntad nacional de los pueblos sobre el que se basaba el nuevo reino de Italia. Esta actitud española no escapó a la crítica de cierta prensa internacional y sobre todo italiana, quienes reconocían en ese comportamiento a la España tradicionalista desligada de las nuevas corrientes europeas (68).

2.2. INSATISFACCION Y MALESTAR ENTRE LAS DOS NACIONES.

Desde la proclamación del reino de Italia las relaciones entre el nuevo reino, no reconocido como - tal por España y el gobierno de Isabel II, van a entrar en una fase de progresivo deterioro. Los correspondentes de periódicos italianos en Madrid en sus - crónicas sobre la política del gobierno español para con Italia, no harán más que contribuir a ensanchar la grieta que separaba a ambas Cortes. El gobierno de O'Donnell para hacer frente a esta campaña de prensa que no sólo era desfavorable al comportamiento español respecto a la unidad italiana, sino que empezaba a criticar abiertamente a la Reina y a su gobierno, decidió por medio del ministro de Estado que se enviaran instrucciones al encargado - de negocios en Turín para que intentase frenar, de alguna manera, esta campaña.

El 18 de mayo de 1861 el ministro de Estado dirige un despacho a su encargado de negocios de España en Turín en el que le comunica que había recibido - con su despacho número 37 los tres artículos publicados en el periódico "La Perseveranza" de Milán. - Estos artículos que enjuiciaban la conducta del gobierno de S.M. molestaron enormemente al ministro. Este dice:

"... Son inexactos y de franco espíritu de hostilidad, vengándose por ese medio poco digno de la desaprobación del gobierno de la Reina a los hechos ocurridos en la península.

Conviene combatir y deshacer - los errores ante la opinión pública, con este objeto es indispensable que procure Vd. conocer periodistas, de opiniones templadas, que no tengan inconveniente en abrir columnas de sus periódicos para las rectificaciones oportunas" (69).

La campaña continuó, por este motivo se dirigió el ministro de Estado, Collantes, al encargado de negocios en Turín, el 10 de junio. Se hace de nuevo hincapié en la actitud de la prensa italiana y en la necesidad de replicar a los artículos que aparecen con frecuencia en esos periódicos (70).

La respuesta de Alejandro Duro, a las Reales órdenes del ministro de Estado, respecto al asunto de la prensa italiana se hizo el 28 de junio. Dice:

"... Se me indicaba en sus reales órdenes números 47 y 55 sobre los medios a emplear para combatir por medio de la prensa los errores de algunos periódicos italianos al ocuparse de España y de la política del gobierno de S.M.

He tratado de poner en práctica los medios indicados por V.E. Me he dirigido uno por uno a los directores de todos los periódicos conservadores por medio de una persona de mi confianza y en intimidad con los principales escritores públicos de este país, para ver si alguno de ellos consentía en dar cabida en su diario a los artículos que se redactasen en esta legación en defensa de la política del gobierno de S.M. tan fatalmente interpretada por la prensa italiana. Desgraciadamente ni la justicia del objeto, ni las ofertas hechas de la retribución que se exigiese, ni la promesa de distinciones honoríficas, han bastado para conseguir que ninguno de los directores de los periódicos se preste a secundar a esta legación. Hay un periódico que se publica en esta capital "La Armonia", de tendencia absolutista y ultramontana, que quizá no tendría inconveniente en publicar artículos destinados a -

combatir los escritos ofensivos a España. Pero por ser muy impopular en este país, he supuesto que el mero hecho de leerse la defensa del gobierno de S.M. en ese periódico, le sería más perjudicial que ventajoso, por lo que no me he dirigido a su director.

Los otros directores de los periódicos consultados han contestado que siendo la actitud del gobierno de S.M. contraria a la unidad de Italia, a cuya realización se dirigen todos los esfuerzos, no pueden defender en sus periódicos una política en abierta oposición con lo que apoyan" (71).

El 10 de julio el ministro de Estado se dirigió de nuevo al encargado de negocios de España en Turín, comunicándole:

"... Me he enterado por su despacho número 57 que han sido inútiles las gestiones que ha practicado para conseguir que alguno de los periódicos conservadores de esa capital rectificase las noticias absurdas que publican continuamente sobre España.

El gobierno de S.M. no espera a que se defienda en la prensa italiana su política y únicamente

desea que se desmientan las falsedades y calumnias que sin cesar se publican contra la Reina y la real familia. Tal vez manifestando esto, obtendrá Vd. que algún diario de Turín abra sus columnas ... con independencia de la conducta que el gobierno de S.M. ha seguido en las cuestiones de Italia.

No es conveniente que V.E. haga reclamación alguna ni aún de palabra sobre este punto, al ministro de negocios extranjeros - del Rey Víctor Manuel" (72).

El encargado de negocios de España en Turín, en su respuesta el 26 de julio al anterior despacho, - clarificó de forma definitiva la situación de la prensa de Turín con respecto a España. Duro dice - al ministro de Estado:

"... He tenido el honor de recibir la Real orden número 64 - con el objeto de hacerme saber - que lo que el gobierno de S.M. - desea no es que se inserte en los diarios de esta capital artículos apologeticos de su política, sino que basta que se desmientan, en alguno de ellos, las falsedades - que aparecen sin cesar en sus columnas contra la Reina, nuestra - señora, y su real familia.

Con el objeto de cumplir esta Real orden he dado los pasos necesarios, pero tengo el sentimiento de manifestar a V.E. que han sido tan infructuosos como los precedentes.

Obvias son las razones... si se exceptúa "La Armonia", periódico apostólico, no hay un solo diario en Turín que no propugne la unidad italiana. Ninguno de ellos desconoce que la política del gobierno de S.M. es poco favorable a la causa que con tanto ardor sostienen" (73).

Otros acontecimientos que contribuyeron a exaltar la campaña de prensa contra el gobierno de Isabel II, fueron la publicación de las notas cambiadas acerca del poder temporal de S.S., entre los gabinetes de Madrid y París, y la reacción contraria del gobierno español y de gran parte de la prensa nacional, especialmente la neocatólica, al reconocimiento del reino de Italia por Francia.

En cuanto al asunto de las notas, el representante de España en París, Mon, presentó una el 21 de mayo de 1861 al ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Thouvenel, en la que se decía, entre otras cosas, que si el emperador lo juzgaba oportuno el gobierno español estaría dispuesto a intervenir para la defensa del poder temporal del Papa (74).

La publicación de las notas española y austriaca,

pusieron al descubierto la iniciativa de ambos gobiernos, ante la eventualidad de que las tropas francesas dejaran Roma. Los gobiernos de España y Austria, manifestaron que protestaban ante esta posibilidad "preventivamente" (75).

La prensa italiana manifestó su protesta publicando gran número de artículos como el de "La Perseveranza" del 15 de julio en el que se manifiesta:

"... Giacchè da qualche tempo la condotta incomprensibile del ministero O'Donnell ha reso assai dubbio se la Spagna abbia veramente una politica.

Almeno non oserebbe affermarlo chi ne giudicasse dall'ultima nota presentata dal signor Mon al ministro degli esteri a Parigi, - in data 21 maggio 1861" (76).

El artículo termina diciendo que las elucubraciones diplomáticas del gobierno de Madrid son las más torpes, para con el Rey del Piamonte, pues no se le nombra como Rey de Italia, así como con respecto al ejército piamontés y al Parlamento de Cerdeña. El lenguaje utilizado queriendo ser insolente ocultaba su impotencia. Y se veía un lazo de unión entre España, Austria y Roma, siendo triste ver a España unida a los gobiernos más reaccionarios de Europa. España es cómplice de una política que sólo tiene sentido para Austria que defiende sus propios intereses (77).

También publicaron los periódicos italianos la respuesta que el gobierno de Madrid dió a la demanda del ministro de Asuntos Exteriores, Thouvenel, en la que solicitaba que reconociese España al Rey de Italia. El gobierno de Madrid rechazó el reconocimiento aduciendo que esto supondría consagrar las usurpaciones del Piamonte. La prensa italiana decía que no se podía esperar otra cosa de un gobierno - que se ha mostrado siempre tan favorable a los intereses del Papado (78).

En cuanto a la reacción del gobierno español al reconocimiento oficial del reino de Italia por parte de Francia, O'Donnell envió instrucciones a todos sus representantes en el exterior en forma de protesta. Lo que más molestó en Italia fue la actitud de parte de la prensa madrileña, a la que til daban los periódicos italianos de neo-católica, por haber lanzado las más terribles imprecaciones contra su soberano, el Rey Víctor Manuel (79).

Todos estos acontecimientos hicieron que el encargado de negocios de España comunicase al ministro de Estado que dada esta situación tenía por inútil dar otros pasos, refiriéndose a contrarrestar la campaña de la prensa contra España. Dice:

"... Es seguro por desgracia, - que mientras no se establezcan mejores relaciones entre el gobierno de S.M. y el de Víctor Manuel II, no se podrá evitar que aparezcan - frecuentemente en los diarios de - este país artículos lamentables" (80).

2.3. LA CUESTION DE LOS ARCHIVOS NAPOLITANOS.

2.3.1. Fracaso de las negociaciones y retirada del embajador de Turín en Madrid.

Días antes de la caída del Rey Francisco II de Nápoles, algunos de sus cónsules, entre ellos los de Marsella y Argel, entregaron sus archivos a los agentes diplomáticos españoles en estas ciudades para que los custodiasen. si bien esta entrega de documentos no produjo complicación alguna, meses después una nueva cesión abrió la llamada "crisis de archivos".

El cónsul general en Lisboa del depuesto rey Francisco II de las Dos Sicilias, previendo el inminente reconocimiento, por Francia, del nuevo reino de Italia y convencido que por este hecho las autoridades portuguesas le retirarían el exequator, solicitó del encargado de negocios español en esa capital obtuviese de su gobierno la oportuna autorización para recibir los archivos de su legación evitando así que pasasen a las autoridades del rey Victor Manuel, hasta que las naciones europeas resolviesen la situación del reino de Nápoles (81).

El gobierno de Isabel II aceptó y autorizó a su representante a recibir en depósito los citados archivos y se reservó el disponer en su día la entrega de éstos a quien tuviese el derecho (82).

Los archivos del consulado general de Nápoles en Lisboa fueron depositados en la legación de España en esta ciudad.

Conocido este hecho por el gobierno del - Rey Víctor Manuel, pidió explicaciones al go bierno de Madrid el 17 de agosto, pero no pa reciéndole suficiente, su representante en - España reclamó los archivos de los consula- dos napolitanos como propiedad del nuevo rei no de Italia. Esto daría lugar a una serie de intercambios de notas entre los dos gobier nos.

El ministro de Estado español en nota del 28 de agosto dice al representante de Turín, barón Tecco, que era incierto que el gobier- no de la Reina hubiese cometido una violación del derecho de gentes contra Italia, con su resolución de recoger en su legación los ar- chivos del consulado general de S.M. sicilia na en Lisboa. Esta medida se tomó por encar- go expreso del cónsul napolitano, y antes de que le fuese retirado por las autoridades por tuguesas el exequator (83).

No contribuyó la nota española a solucio- nar el problema, sino que llevó la cuestión a una complicada situación. Los derechos que España invocaba, para apoyar su decisión, son precisamente los de sus soberanos sobre sus reinos y que no consideraba invalidados por la revolución, y los que utilizaba el Piamon te son los derechos de los pueblos a ser los dueños de sus destinos. El ministro de Esta- do español dice al barón Tecco, que éste po- ne en duda derechos que España reconoce, y - se funda en otros que todavía no están reco- nocidos por el gobierno de Isabel II (84). A

esto responde el barón Tecco en nota del 17 de septiembre de 1861 :

"... J'aime à espérer encore que ce regrettable malentendu - pourra être facilement éliminé, que je me suis dans ma réclamation appuyé sur des droits qui ne seraient point encore reconnus par l'Espagne. Le droit donc que j'ai invoqué il repose sur le fait accompli par la volonté nationale lorsqu'il y a un an au cri d'Italie et Victor Emmanuel les peuples se levant à la fois du Lily bée au Vesube y firent disparaître la Dynastie qui avait confié en vain sur ses armées imposantes de terre et de mer, et acclamèrent le Royaume Italien.

Or ce ne sera certes pas l'Espagne qui voudrait reconnaître le droit fondé sur le fait de la volonté nationale; fait sur lequel pose également le droit de sa Dynastie actuelle; droit qu'ici moins qu'ailleurs on ne saurait considérer comme dépendant d'une reconnaissance étrangère, n'oubliant pas combien celle ci s'y est fait attendre, sans qu'on ne crut pas pour cela moins légitime le droit de S.M. Isabel II que la nation avait proclamé.

Ce ne serait non plus le Cabi
net éclairé de cette Reine cons-
titutionnelle qui par une aberra
tion inconcevable pourrait soute
nir la prétention d'un dégradant
absolutisme d'après laquelle les
Etats seraient la propriété per-
sonnelle des Princes" (85).

Ante las complicaciones que estaban sur-
giendo entre Madrid y Turín, intervino Franca
cia para mediar entre ambas Cortes. Su en-
cargado de negocios en Madrid se dirige al
ministro de Estado español y le dice:

"... Le ministre plenipotentiali
re du Roi Victor Emmanuel à Paris
a demandé a Mr. Thouvenel de la -
part de son Gouvernement d'inter-
venir auprès de celui de S.M. Ca-
tholique, à l'effet d'obtenir que
les documents intéressant des part
iculiers et que si trouvent dans
les archives des anciennes Agen-
ces consulaires de Naples à Mar-
seille ou à Alger, en ce moment
déposées au Consulat d'Espagne -
dans ces villes, soient restituées
aux Consuls italiens.

Le refus que fait le Consul d'
Espagne d'opérer cette restitution
est, dans l'opinion de Mr. Thouve-
nel, de nature à porter un préju-
dice réel aux interets privés, -

attendu que les sujets de S.M. - Victor Emmanuel ne peuvent aujourd'hui traiter leurs affaires particulières que par l'intermédiaire des Consuls nommés par le Roi d'Italie et reconnus par la France.

Dans cet état de choses, Mr. le Ministre des affaires étrangères m'a chargé de faire auprès de vous une démarche officieuse à ce sujet, en demandant à Votre Excellence si les documents en question ne pourraient pas être déposés entre les mains de Mr. le Préfet des Bouches du Rhône et de S.E. le Gouverneur général de l'Algérie qui les feraient en suite parvenir à qui de droit.

En demandant à Votre Excellence de vouloir bien me mettre dans le cas de donner une réponse à Mr. - Thouvenel je suis heureux de trouver cette nouvelle occasion de lui exprimer les sentimens de ma très haute considération. Signé Conde de Bondy (86).

El gobierno español, ante las demandas francesas, buscará una fórmula que le permitiese satisfacer a Francia sin ceder ante el gobierno de Victor Manuel. Ordenó a sus cónsules en Marsella y Argel que entregasen a las autoridades francesas los papeles y documentos que interesaban a particulares (87).

Esta resolución no satisfizo a las autoridades italianas y así se lo hace saber el barón Tecco al ministro de Estado español:

"... Le but de cette demande se borne à faire disparaître une formule restrictive concernant la dévolution des archives ci-devant mentionnés, dévolution qui se ferait dans la forme déjà convenue, mais qui devra être pure et simple et sans aucune restriction, que le Gouvernement du Roi M.A.S., ne pourrait absolument consentir" (88).

Fracasada la mediación francesa y con ella la última posibilidad de entendimiento entre los gobiernos de España y del Rey Víctor Manuel, el 24 de noviembre de 1861 el barón Tecco siguiendo las instrucciones de su gobierno, pidió sus pasaportes al ministro de Estado español y se retiró de Madrid (89).

El gobierno del general O'Donnell ante esta determinación de Turín de retirar su embajador en Madrid, se apresuró a mandar una circular a sus representantes en las principales potencias europeas en la que manifiesta que a pesar de la buena voluntad de España, había sido imposible el entendimiento entre ambas Cortes. De este documento da lectura, entre otros, el representante de España en Viena, Ayllon, al ministro de Asuntos Exteriores austriaco, lo propio harán los de

más representantes en el exterior. El documento dice:

"... L'interuption des rapports diplomatiques entre le gouvernement de la Reine Isabel II et le Cabinet de Turin est aujourd'hui un fait - consommé. La question des archives napolitaines a été l'occasion de - ce désagréable incident.

L'esprit de moderation que le - gouvernement de S.M. a montre dans tous les cours des negotiations n'a pas suffi à donner aux difficultés soulevées une solution également satisfaisant et convenable pour les deux pays. Le représentant de la Sardaigne à Madrid a demandé ses passeports et le gouvernement de S.M. s'a trouvé devant la nécessité de les délivrer" (90).

A continuación el ministro de Estado pasó, en su circular, a hacer algunas observaciones a sus representantes tratando de explicar la política que el gobierno de Madrid había seguido en los últimos sucesos de Italia. Dice:

"... La política franca y leal del gobierno de la Reina en los - sucesos ocurridos en la península italiana en estos últimos tiempos es bien conocida, habiendo mantenido una estricta y absoluta neu-

tralidad. El gobierno de una nación católica, cuya soberana es actualmente jefe de la augusta dinastía de Borbón, y a quien le - están reservados por tratados solemnes, derechos importantes sobre la monarquía de las Dos Sicilias, no podía ver con indiferencia hechos que por un lado, privaban al Santo Padre de gran parte de sus Estados, y que desposeían, por - otro, de sus tronos a los príncipes de la familia de Borbón en - Italia" (91).

El ministro de Estado informa también en la misma circular sobre las vicisitudes por las que pasaron las negociaciones entre el gobierno de Madrid y el de Cerdeña en el - asunto de los archivos napolitanos. El informe dice:

"... Cuando los acontecimientos ocurridos en las Dos Sicilias obligaron a la familia real de Nápoles a defender sus incontestables derechos en la fortaleza de Gaeta, y próxima a sucumbir, algunos agentes consulares de S.M. el Rey Francisco II solicitaron de los de S.M. la Reina que se encargaran de la - custodia de los archivos puestos a su cargo, hasta que las cuestiones suscitadas en las Dos Sicilias fue

ran resueltas por Europa. Consultado el gobierno de S.M. por sus agentes acerca del particular, no tuvo dificultad en autorizarlos - para que aceptasen el depósito que se deseaba confiarles.

Los archivos del consulado general de Nápoles en Portugal, fueron depositados en la legación española en Lisboa, antes de que el gabinete lusitano hubiese reconocido el nuevo reino de Italia.

El gobierno de S.M. sarda pedía explicaciones sobre este suceso y el de Madrid se apresuró a dárselas. La legación del Rey de Cerdeña en Madrid insistió en reclamar los archivos de los consulados napolitanos como propiedad del nuevo reino de Italia" (92).

El ministro de Estado expone su punto de vista a los representantes españoles en el extranjero a propósito del intercambio de notas entre el Piamonte y Madrid en este asunto de los archivos.

Entre otras cosas, destacaba la actitud - de buena voluntad, en su opinión, del gobierno español frente a la intransigencia piamontesa. El ministro explica así las negociaciones :

"El gobierno español acordó que se entregasen los documentos que interesaran a particulares. Sin embargo el barón Tecco, después de adoptar aquella resolución, que al parecer satisfacía las aspiraciones de todos, manifestó que las instrucciones que había recibido de su gobierno eran distintas y que sólo podía conformarse con la entrega pura y simple de los archivos.

El gobierno de la Reina hizo - que se meditase para encontrar una fórmula que satisficiera todos los deseos.

Fue ésta la de que, habiéndose asegurado el gobierno de S.M. de que no existían documentos políticos en los archivos, se entregarían pidiéndolo el barón Tecco en una nueva nota en la que prescindiese de la cuestión de principios. Era también condición indispensable que el representante del Rey Víctor Manuel retirase sus dos últimas notas, en las que había dado a la discusión un carácter extraño e inconveniente. Este proyecto de acuerdo se puso en conocimiento del gabinete de Turín, y en contestación a él propuso que el gobierno de S.M. retirase igualmente todas sus notas.

El gobierno de S.M. no aceptó semejante propuesta, esto suponía equiparar las notas españolas ex presadas en términos decorosos y dignos, a las del barón Tecco que se habían apartado bastante de los términos diplomáticos" (93).

Termina diciendo el ministro de Estado es pañol, que las cosas habían llegado a revestir tal gravedad que la retirada del barón Tecco se planteó como una necesidad, para él mismo y para el gobierno de S.M..Tecco solicitó sus pasaportes en términos corteses, a lo que el gobierno no vaciló en expedirlos. El gobierno de la Reina manifiesta, sin reserva alguna, que este hecho no altera en lo más mínimo su política en las graves cuestio nes que se agitan en Italia (94).

Este era el contenido, en grandes líneas, de la circular que en este caso entregó López de la Torre Ayllón para conocimiento del ministro de Asuntos exteriores de Austria. El 21 de diciembre de 1861 recibió el representante español en Viena la siguiente respuesta del titular de Asuntos Exteriores de Viena, si bien dicha nota es meramente proto colaria no revistiendo gran interés al no añadir ni comentario ni toma de posición de Viena en este asunto. Dice:

"... Le Comte de Rechberg a l'honneur de restituer, ci-joint,

à Monsieur de la Torre Ayllon, En
voyé extraordinaire et Ministre
plenipotentiaire de Sa Majesté Ca
tholique avec bien des remerciemens
la dépêche circulaire de Mr. Cal-
derón Collantes qu'il a bien voulu
lui communiquer et dont il a pris
connaissance avec le plus vit in-
térêt" (95).

Resulta interesante resaltar que en este
asunto España no contó con apoyo alguno, ni
siquiera moral a pesar de la coincidencia de
puntos de vista, entre las Cortes de Viena -
y Madrid, respecto a los asuntos de Italia.

2.3.2. Repercusión en Italia del asunto de los -
archivos.

La opinión pública italiana siguió con -
gran interés desde el primer momento este -
contencioso entre su gobierno y el español.
Los periódicos de Turín del mes de septiem-
bre dicen:

"... Los archivos de los cón
sules Borbones pertenecen ahora
al reino de Italia y los Estados
ante los que estamos representa-
dos no pueden evitar el que les
sean entregados a los represen-
tantes del nuevo reino de Italia.

El barón Tecco ha presentado

una nota a Calderón Collantes en este sentido.

No se puede aceptar una respuesta evasiva, de pretexto, de quien aun tiene representante ante los Borbones que están exiliados.

¿Qué espera el gobierno español de un proceder tan adverso?.

Deploramos la hostilidad del gobierno español, que sigue una política que no salva a los Borbones y aparta a España del movimiento europeo" (96).

La situación progresivamente se fue complicando. El discurso de la Reina en la apertura de la nueva legislatura en octubre y la respuesta al mismo del Senado, en que se reafirmó la obligación moral de España en asegurar la independencia temporal de la Santa Sede, no contribuyeron en manera alguna a bajar la tensión existente entre ambas Cortes.

La política mantenida por España frente a Italia, no sólo respecto a los archivos, sino también en un sentido general, adquirirá un carácter polémico ante el pueblo italiano.

Sin embargo las autoridades de Turín no intentaron cortar la desatada campaña de prensa contra el gobierno y la Reina de España, más bien la aprovecharon para reforzar

moralmente sus demandas frente al gabinete - español.

El asunto de los archivos será el detonante que hará surgir el malestar latente, entre los italianos, a consecuencia de la posición mantenida por España, en los últimos meses, en cuanto a la causa italiana.

"La Perseveranza", diario de Turín, del 19 de noviembre será un claro exponente de este malestar. Dice:

"... L'11 di questo mese il barone di Tecco, stanco delle astuzie e delle ambagi del signor Collantes, gli fece intendere che ove non ricevesse una risposta categorica e soddisfacente a'le fatte domande, chiederebbe il suo passaporto. Siffatta dichiarazione era stata ordinata al barone Tecco dal ministro Ricasoli. L'ostilità all'Italia sembra l'unica passione di un governo affralito, l'unico sforzo vitale di un ministero, che da gran tempo s'è suicidato in faccia alla nazione e all'opinione liberale d'Europa.

Il governo spagnuolo che dimentica con tanta leggerezza la sua origine e che sacrifica gl'interessi della Spagna a quelli de'Borboni, separando la propria causa da

quella della nazione, un governo, il quale fa all'amore co'nemici d'Italia, non poteva aderire ad una legittima nostra richiesta.

Sembra che l'odio contro la - causa italiana sia oggi l'unico sentimento a cui s'ispira la reggia di Madrid. Noi ci siamo invece domandati talvolta perchè mai il barone Tecco rimanga in Ispagna, qual sia la missione ch'egli adempie presso una corte che non perde la menoma occasione di ostentarci la sua ridicola ed impotente ostilità?..." (97).

Finalmente, cuando fracasados los intentos de acuerdo entre España y el reino de Italia y esta última decide retirar su embajador en Madrid, toda la prensa italiana recoge la noticia como esperada y deseada, - diciendo:

"... Nell'ordinare finalmente al barone Tecco di abbandonare Madrid, il governo fece atto di dignità nazionale come aveva fatto - prova di longanimità fino ad ora. Di tutti i reclami che noi possiamo portare contro il gabinetto - spagnuolo, quello degli archivi - dei consolati napoletani è forse il meno importante. Dal giorno in

cui il ministero O'Donnel richiamó da Torino l'inviato della regina, la Spagna colse tutte le occasioni, tutti i pretesti, per moltiplicarci le noie e le contestazioni, per crearci imbarazzi, per renderci più difficile il conseguimento dei nostri scopi. - Quali relazioni poteva conservare l'Italia con un governo che, dopo averle promosso in segreto la resistenza armata, dopo avere pubblicamente manifestato le sue simpatie pei nemici di essa, prendeva l'iniziativa per proporre all'Europa un sistema ch'essa non potrebbe subire - che dopo una lotta? - Tutti i consigli della Francia non potevano bastare a farci mantenere il barone Tecco presso la regina Isabella. Più che realtà d'interesse v'era - desiderio nel governo spagnuolo di suscitarcì imbarazzi" (98).

La Gaceta oficial italiana publicaba la -
tarde del 27 de noviembre la retirada, diciendo:

"... Como la cuestión de los archivos napolitanos no ha recibido una solución satisfactoria, el gobierno ha ordenado al barón Tecco que solicite sus pasaportes.

El secretario de la legación ita-

liana en Madrid queda como encargado de negocios, continuando también el mismo personal que había, de otra forma el gobierno se habría visto en la obligación de dar sus pasaportes al encargado de negocios español en Turín, Sr. Duro.

El presidente del Consejo de ministros se ha visto en la obligación de dar este paso de firmeza, que exigían las circunstancias. - La dignidad del gobierno del Rey se habría podido comprometer con una mayor generosidad" (99).

La mayoría del pueblo italiano y su gobierno no dirigieron sus críticas al gobierno español y a la Reina Isabel II, pero sin incluir a la nación española. El barón Tecco al retirarse de Madrid resalta este hecho, diciendo:

"... Au milieu de ces regrets, cependant, j'emporte en quittant l'Espagne une grande consolation dans les sympathies aussi vives que spontanées dont j'ai été heureux de rencontrer par tout les constants témoignages dans cette généreuse nation si faite par ses propres antécédents héroïques pour apprécier justement - les nobles efforts de l'Italie pour compléter et assurer son indépendance nationale" (100).

La prensa italiana reflejaba esta distinción, entre el pueblo español y sus gobernantes, así lo expresa:

"... Nosotros no confundimos el gobierno español, con la generosa nación" (101).

Pero no todos los periódicos supieron o quisieron excluir al pueblo español de las acciones de su gobierno, algunos en su censura incluirían a toda la nación.

La "Gazzetta di Torino" del 22 de septiembre de 1861, dice:

"... Algunos periódicos han hecho pesar exclusivamente sobre la dinastía y sobre el gobierno la responsabilidad de la política reaccionaria que domina actualmente en España. Nosotros no compartimos esta opinión. Sin disminuir en nada la responsabilidad que le corresponde al jefe de la dinastía y al gabinete del general O'Donnell, es justo decir que el pueblo español no está exento de reproche. No queremos aplicarle en todo su rigor la célebre máxima de Aristóteles repetida por J. de Maistre: "Cada pueblo tiene el gobierno que él merece" (102).

El asunto de los archivos, por sí solo, - no explicaba la dura actitud que siguió en las negociaciones el gobierno de Cerdeña. - Nos parece acertada la afirmación del ministro de Estado, Collantes, cuando en su circular afirmaba que desde el momento en que se promovió esta cuestión existió un empeño por darle una gravedad e importancia que no revestía, y parecía desproporcionada la medida del gobierno del Rey Víctor Manuel al retirar a su embajador.

Un hombre tan conocedor de la situación italiana como el representante de España en Turín, en ese momento retirado en Madrid, en un discurso que pronunció en las Cortes españolas el 18 de diciembre de 1861, dice sobre la retirada del barón Tecco:

"... No alcanzo a comprender - los motivos de esta retirada, ¿qué ha hecho España que no haya hecho Francia, Rusia, Prusia y toda Europa?. No comprendo la cuestión de - los archivos napolitanos, por cuestión tan nimia, en la que España - sólo ha permanecido fiel a las reglas de conducta requeridas por las naciones" (103).

Ciertamente la cuestión en sí misma no explica la gravedad que llegó a cobrar, en ambas Cortes, este asunto. La llamada cuestión de los archivos sirvió para poner de ma

nifiesto las quejas del Piamonte por la política defendida por España en los sucesos de Italia.

A final de 1860, desde la partida del representante de España en Florencia, las relaciones se fueron progresivamente degradando. En un principio el no reconocimiento, por España, del recién creado reino de Italia, pasó más inadvertido pues la casi totalidad de Europa se negó a admitir este hecho. Meses - después, Francia reconoció a este reino y lo mismo hicieron la mayoría de los países europeos.

Ante este cambio de situación, España se evidenció como nación contraria a la causa italiana. La desaparición de un político inteligente y prudente, el conde de Cavour, hizo que las nuevas autoridades, menos templadas y mesuradas, se crecieran con el evidente apoyo francés.

Todos estos hechos constituyen la trama, indispensable para comprender el significado real del asunto de los archivos, que puso de manifiesto el cambio que se estaba produciendo en el equilibrio europeo. Italia comenzó a perfilarse como nación de peso y España mostrará su progresiva decadencia y un cierto aislamiento.

Este contencioso no quedaba zanjado, sino sólo congelado, habría que esperar mejores

tiempos para resolverlo. Aunque con algunas reservas, estos llegaron en febrero de 1867, reconocido ya el reino de Italia por España.

Se firmó un acuerdo entre el gobierno de la Reina Isabel y el Rey de Italia en el que se convino se entregasen a los agentes diplomáticos y consulares italianos los archivos de los representantes del antiguo reino de las Dos Sicilias. Por este motivo el ministro de Estado español envió una circular a los representantes españoles en el extranjero que dice:

"... Puede V.E. transferir a aquellos agentes consulares italianos, los documentos de Estado de carácter público pertenecientes a los archivos napolitanos y que el reino de Italia debe poseer en adelante, previo examen y clasificación oportuna, y cuidando de atenerse fielmente a las siguientes prevenciones:

Que no pase a poder de los agentes italianos papel ni documento alguno en que se comprometan los intereses o las personas de la familia real de Nápoles o de súbditos que hubiesen sido de aquel reino o que lo sean del de Italia, y obren en todo con la benevolencia que reclama la desgracia del antiguo soberano de las Dos Sicilias y su dinastía" (104).

NOTAS AL CAPITULO III

1. F. FERNANDEZ DE CORDOVA, Mis memorias íntimas. Ob. cit. p. 192.
2. Gino BANDINI, Spagna e Sardegna nel 1860. Ob. cit. p. 16.
3. Luigi de FILIPPO, La Seconda guerra d'Indipendenza e le sue repercussioni in Spagna. Revista Storica del Risorgimento. nº XLI. p. 718.
4. H.M.M. La Epoca 30 abril 1859.
5. D.S.C. - Congreso. Sesión nº 116 del 13-III-1861.
6. Ibidem.
7. J. BECKER, Historia de las Relaciones Exteriores de España. S. XIX. Ob. cit. Vol. II. p. 628.
8. Ibid. p. 629.
9. Ibidem.
10. Ibid. p. 631.
11. G. BANDINI, Spagna e Sardegna nel 1860. Ob. cit. p. 9.
12. A.H.N. Sección de Estado. L. 8069. Despacho nº 39.
13. Guido MAZZONI, Il Cavour e la Diplomazia Spagnola nel 1860. Revista Il Messaggero, Roma. 12-I-1940.
14. Ibidem.
15. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo 8069. Despacho nº 57.
16. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8069. Despacho nº 58.
17. WHITEHOUSE, L'effondrement d'un royaume. p. 185.
18. D.S.C. - Congreso. Sesión nº 116 del 13 marzo 1861.
19. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. Despacho nº 62.
20. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. R. Orden del 10 junio 1860.

21. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. Despacho nº 63.
22. A.G.M.A.E. Sección Política. Reino de Italia. Legajo nº 2529. Despacho telegráfico sin número del 30-VI-1860.
23. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. Despacho nº 74.
24. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. Despacho nº 75.
25. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. R. Orden del 10 de julio 1860.
26. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. R. Orden "telegráfica" del 19-VII-1860.
27. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. Despacho nº 81.
28. Ibidem.
29. Ibidem.
30. Guido MAZZONI, *Il Cavour e la Diplomazia Spagnola nel 1860*. Ob. cit.
31. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo 8069. Despacho nº 88.
32. Gino BANDINI, *Spagna e Sardegna nel 1860*. Ob. cit. p. 24.
33. Ibidem.
34. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo 8069. Despacho nº 91.
35. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo 8069. Despacho nº 94.
36. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo 8069. Despacho nº 95.
37. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo 8069. Despacho nº 97.
38. Ibidem.
39. Ibidem.
40. Ibidem.

41. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. Despacho nº 103.
42. Ibidem.
43. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. R. Orden 9 octubre 1860.
44. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. Despacho nº 108.
45. Nicomede de BIANCHI, Il conte Camillo de Cavour. p. 89.
46. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8070. Despacho nº 60. (Prensa incluida en este despacho).
47. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. Despacho nº 111.
48. A.S.V.S.S. 1860. R. 165. B. 246. F. 33. Despacho 690.
49. A.H.N. 1860. Sección de Estado. Legajo nº 8069. R. Orden de 26 octubre 1860.
50. A.G.M.A.E.M. 1860. Sección Política. Reino de Italia. Legajo nº 2530. Despacho nº 39.
51. A.G.M.A.E.M. 1860. Sección Política. Reino de Italia. Legajo nº 2530. R. Orden "telegráfica" 30-X-1860.
52. H.M.M. La Gaceta. 28-X-1860.
53. A.G.M.A.E.M. 1860. Sección Política. Legajo 2529. Despacho sin número del 1 octubre 1860.
54. H. D'IDEVILLE, Journal d'un diplomate. Ob. cit. p. 174.
55. A.H.N. Sección de Estado. Legajo nº 8070. Despacho 10.
56. A.H.N. Sección de Estado. Legajo nº 8070. Despacho 11.
57. A.H.N. Sección de Estado. Legajo nº 8070. Despacho 17.
58. A.H.N. Sección de estado. Legajo nº 8070. Despacho 19.
59. Ibidem.
60. Ibidem.
61. A.H.N. Sección de Estado. Legajo nº 8070. "Recortes prensa" La Perseveranza 30-IV-1861.

62. D.S.C. - Congreso. Sesión 13 marzo 1861.
63. A.G.M.A.E.M. 1861. Sección Política. Reino de Italia (bajo título "Dirección Política asuntos económicos"). Legajo nº 2530. R. Orden 14 marzo 1861.
64. A.S.V.S.S. 1861. R. 165. B. 265. F. 29. Dispaccio nº 801.
65. A.G.M.A.E.M. Sección Política. Reino de Italia. Legajo 2530. R. Orden del 30-IV-1861.
66. A.G.M.A.E.M. Sección Política. Reino de Italia. Legajo nº 2530. Despacho nº 43.
67. D.S.C. - Congreso. Sesión del 7 de marzo 1861.
68. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. Prensa. La Monarchia Nazionale. Turín. 18 marzo 1861.
69. A.H.N. Sección de Estado. Legajo nº 8070. R. Orden del 18-V-1861. Viene como despacho nº 47.
70. A.H.N. Sección de Estado. Legajo nº 8070. R. Orden del 10.VI.1861. Nº 55.
71. A.H.N. Sección de Estado. Legajo nº 8070. Despacho 57.
72. A.H.N. Sección de Estado. Legajo nº 8070. R. Orden del 10 julio 1861. Nº 64.
73. A.H.N. Sección de Estado. Legajo nº 8070. Despacho 65.
74. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa" La Perseveranza. 7-VII-1861. Turín.
75. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa" La Perseveranza. 30-II-1861.
76. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa". La Perseveranza. 15-VII-1861.
77. Ibidem.
78. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. Prensa 10 julio 1861.
79. Ibidem.
80. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. Despacho nº 64.
81. A.G.M.A.E.M. Reino de Italia 1861. "Documentos para los cuerpos colegisladores - sobre Archivos Napolitanos" p.4.

82. Ibidem.
83. A.G.M.A.E.M. Reino de Italia 1861. "Documentos para los cuerpos colegisladores." Ob. cit. p. 3.
84. A.G.M.A.E.M. Reino de Italia 1861. "Documentos... sobre archivos napolitanos" Ob. cit. Nota 13-IX-1861.
85. A.G.M.A.E.M. Reino de Italia 1861. "Documenots... sobre archivos napolitanos" Ob. cit. p. 9.
86. A.G.M.A.E.M. Reino de Italia 1861. Documentos ... sobre archivos napolitanos" Ob. cit. p. 7.
87. A.G.M.A.E.M. Reino de Italia 1861. "Documentos... sobre archivos napolitanos" R. Orden 30-X-1861.
88. A.G.M.A.E.M. Reino de Italia 1861. "Documentos... sobre archivos napolitanos" Ob. cit. p. 12.
89. A.G.M.A.E.M. Reino de Italia 1861. "Documenots... sobre archivos napolitanos" Ob. cit. p. 13.
90. A.G.M.A.E.M. Sección Política. Reino de Italia. 1861-70. Legajo nº 2530. Circular nº 166 del 16-XII-1861.
91. A.G.M.A.E.M. Sección Política. Reino de Italia. 1861-70. Circular nº 166.
92. Ibidem.
93. A.G.M.A.E.M. Sección Política. Reino de Italia. 1861-70. Legajo 2530. nº 166.
94. Ibidem.
95. A.G.M.A.E.M. Sección Política. Reino de Italia. 1861-70. Legajo nº 2530. Despacho nº 199.
96. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa" La Perseveranza. 17-IX-1861. "La Política della Spagna".
97. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa" La Perseveranza. Turín. 19 noviembre 1861.
98. Ibid. 27-XI-1861.
99. Roma Biblioteca Nazionale. La Gazzeta Ufficiale 27 noviembre 1861.
100. A.G.M.A.E.M. Sección Política. Reino de Italia. 1861. "Documentos para los cuerpos colegisladores - archivos napolitanos" Ob. cit. p. 12.

101. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa" La Perseveranza. 17-IX-1861.
102. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa" La Gazzeta di Torino, 22-IX-1861.
103. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1861-62. Sesión 18 diciembre 1861.
104. A.G.M.A.E.M. Sección Política. Reino de Italia. 1861-70. Legajo nº 2530. Circular nº 22. (1867).

CAPITULO IV

POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA DE 1861 A 1865:

VICISITUDES DEL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA

CAPITULO IV

POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA DE 1861 A 1865:

VICISITUDES DEL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA

1. LA CUESTION ROMANA

Desde la proclamación del nuevo reino de Italia en marzo de 1861, el gobierno del general O'Donnell tomó no sólo la decisión de no reconocer el nuevo título del Rey - Víctor Manuel, sino también se alineó de forma clara del lado de las potencias que defendían la soberanía temporal del papado, de parte de las naciones que estimaban imprescindible el que el Santo Padre siguiese conservando Roma y, por tanto, se oponían a que la unidad italiana se completara teniendo por capital a dicha ciudad.

Esta cuestión se vivió y debatió en las esferas políticas como algo que afectaba muy especialmente a España, por cuanto se la consideraba una nación esencialmente y excepcionalmente católica.

Los debates parlamentarios y las discusiones y declaraciones del gobierno, cuando no de la propia Reina así lo confirmaban.

La declaración del ministro de Estado, Calderón Collantes, en la sesión del Congreso del 6 de marzo de 1861, - puso de manifiesto la postura del gobierno con respecto al poder temporal del Pontífice. Collantes se extendió largamente en su discurso a fin de justificar la necesidad que del dominio temporal tiene el Papa, para la independencia de su función espiritual. Dice:

"... Debo entrar en una cuestión gravísima, la más grave que se ha discutido en este Congreso. No sé hasta qué punto un tema de tanta gravedad es oportuno tratarlo en un parlamento.

Cuando el cristianismo abraza al mundo, no se concibe cómo podría existir con independencia completa el poder espiritual sin que le acompañe el poder temporal. Este poder es una gran ventaja para el catolicismo."

Termina diciendo:

"... Ya se lo hemos dicho el 24 de abril de 1860 en una nota al gobierno de Turín, en favor del Papa, que muestra cuál es el interés del gobierno para ayudar a la defensa de la Santa Sede" (1).

El 7 de marzo el diputado progresista Práxedes Mateo Sagasta, que llegaría a ser hombre clave en la política del periodo de la restauración, interpeló al gobierno acerca del reconocimiento del reino de Italia. Este dice: ¿Cómo es posible que un gobierno que se llama liberal, no reconozca a Italia y hasta considere la oportunidad de enviar una flotilla a Italia?. La desaparición, del poder temporal, es lo mejor para la iglesia.

En nombre del gobierno, le responde el ministro de Estado:

"... Italia habría podido conseguir su libertad e independencia mediante la confederación que se pensó crear en Villafranca. La unidad se haría conservando el poder temporal del Papa. La idea de una Italia unida no estuvo en el pensamiento del gobierno español ni en el de John Russell, que había previsto hacer de Italia dos monarquías y no una sola."

Continúa diciendo el ministro con respecto a la afirmación de Sagasta sobre el poder temporal:

"... Si no fuese necesario ¿cómo es que tantos hijos insignes que ha tenido la iglesia no han pensado en suprimirlo?" (2).

La prensa italiana de primeros de junio publicó los rumores de ciertos acuerdos, entre Austria y España con Francia, para garantizar la seguridad de la permanencia de tropas francesas en Roma que asegurasen, en todo momento, la independencia del Papa. El diario italiano "La Perseveranza" del 13 de junio dice:

"... Il ministro francese degli affari esteri signor Thouvenel abbia presi certi impegni relativamente alla quest one romana non solo col gabinetto austriaco, ma anche col governo spagnuolo il quale, come ognun sa, ebbe un tempo vellei

tà grandissima di farsi campione
del poter temporale" (3).

El 30 de junio se conoció por la prensa francesa e italiana, el sentido de la nota enviada por España y Austria al gobierno francés el 21 de mayo de 1861, en la que manifestaban que en caso de que las tropas francesas abandonasen al Santo Padre, ellos estarían dispuestos a sustituirlas con contingentes propios (4).

La prensa italiana recoge con importantes titulares - el asunto, sobre el que dice:

"... El ministro Collantes no - reconoce el derecho de los italianos sobre Roma, y esto porque sus conocimientos le hacen confundir - la cuestión religiosa con la política.

No se atreve a invocar el derecho divino, pero reniega al mismo tiempo del derecho popular. El ministerio español es un anacronismo no sólo para España, sino para Europa... pretende que los romanos sigan siendo los parias del catolicismo, y hace a España cómplice de una política común con Austria, al haber propuesto una intervención - directa con sus armas en defensa - del Papa" (5).

La nota que de común acuerdo habían redactado Austria y España y que Mon, representante de España en París, ha

bía entregado al ministro francés de Asuntos Exteriores el 21 de mayo de 1861, dice textualmente:

"... Que deseando protestar preventivamente ante la posibilidad de que Francia abandone al Sumo - Pontífice y los italianos hagan - de Roma la capital de Italia, manifestamos que Roma pertenece al mundo católico ya que éstos contribuyeron a construir los templos de - esta ciudad.

Si el emperador lo encuentra - oportuno, el gobierno español estaría dispuesto a intervenir para el mantenimiento del poder temporal - del Papa, como ya lo hizo en 1849. La cuestión de Roma debe solucionarse en un Congreso de las potencias católicas" (6).

La reacción de la opinión italiana por esta iniciativa del gobierno español, fue muy viva. El diario "La Perseveranza" publicaba en un artículo "La politica della Spagna" lo siguiente:

"... Non potevasi essere spettatori d'una politica più incoerente, d'una politica senza principii, e che sacrificava la dignità della nazione a ciò ch' essa appellava i diritti della corona di Spagna e gl' interessi del cattolicismo.

Fu una politica di velata ostilità per alcuni mesi; ma ora l'ostilità è aperta, e noi non possiamo più comportarla con pazienza" (7).

Para este diario, además, el gobierno español confundía los intereses de la religión católica con los de la curia romana. El poder temporal del Papa, a los ojos de sus defensores, España y Austria, no será una cuestión - sólo política, sino esencialmente religiosa, y como tal debía ser tratada, interesando exclusivamente a las potencias católicas. Frente a esto, la prensa italiana manifiesta que se trata de una cuestión política, por lo que afecta a todas las naciones, sean católicas o no.

En relación a las declaraciones hechas por el gobierno español acerca del Rey y del Parlamento de Cerdeña, - resultaron ser poco hábiles, al pretender comparar al Papa, poseedor sólo de un pequeño trozo de Italia, con el Rey Víctor Manuel (8).

El primer ministro piemontés declaraba en el Congreso que el lenguaje y el contenido de la nota española sobre Roma, resultaba una elucubración diplomática de este gobierno (9).

El 25 de junio de 1861 el ministro de Asuntos Exteriores español, por Real orden, comunica a los representantes en el exterior, sobre la situación italiana, lo siguiente:

"... No es solamente un interés material, no es un fin de utilidad

el que podría mantener a España -
en el punto de vista en que se ha
colocado para considerar esta -
cuestión.

Es el gran principio que el -
respeto a los derechos de los pue
blos no implica desconocimiento y,
mucho menos, desprecio de los de-
rechos de los soberanos" (10).

El nuncio en Madrid, Monseñor Barili, en su despacho
del 14 de julio al secretario de Estado, cardenal Antone
lli, le da cuenta de su entrevista mantenida el 13 del -
mismo mes con el embajador de España en París, Mon, que
se encontraba en Madrid. Sobre las gestiones que estaba
llevando a cabo con el gobierno francés en favor de la -
Santa Sede, Mon dijo a Barili:

"... Il signor Mon propose in
Parigi la trattativa ultima ri-
guardo la S. Sede, si restrinse
a garantire lo statu quo, poco o
nulla accennando delle perdite.

La nota ricorda tutti i passi
dati dalla Spagna a ciascuna de-
lle violazioni de' diritti ponti
ficii, dopoché cominciò la gue-
rra d'Italia, e la trattativa, -
che ora proponeva, quale conse-
guenza di tali antecedenti, non
poteva escluderli; 2º perché ra-
- mmenta l'intervento delle poten-
ze cattoliche il 1849; 3º perché

infine contiene alcune espressioni, che accennano qualche cosa al di là della conservazione sola - dell'attuale, per esempio, che le potenze cattoliche si riuniscano per convenire ne' mezzi non solo "de impedir los peligros de que - está amenazada la Santa Sede", ma ancora "de terminar definitivamente los conflictos que asedian al soberano Pontífice".

Il signor Mon, contro sua volontà non poté più chiaramente esprimersi, non tanto per non render più difficile l'accettazione della proposta dalla parte della Francia, quanto per non oltrepassare le istruzioni del suo governo.

Il governo spagnuolo, poteva - far molto più per la S. Sede, senza esser trascinato alla guerra - che giustamente dovea evitare" (11).

En la apertura de la nueva legislatura de 1862-63, - Isabel II en el Discurso de la Corona, dedicó unos párrafos para ratificar la postura de su gobierno con respecto a la defensa del poder temporal del Papa, por el que volvía a dar garantías de que España no abandonaría al Pontífice a su suerte (12).

Sobre este particular dice en su despacho del 8 de - diciembre de 1862, el ministro plenipotenciario de España en Roma, Gerardo de Souza, al ministro de Estado:

"... Comuniqué al secretario de Estado cardenal Antonelli, los párrafos del Discurso de la Corona relativos a nuestro beatísimo Padre. Por Su Eminencia supe la satisfacción que había producido estas sentidas frases pronunciadas por la Reina.

En audiencia privada concedida por Su Santidad el 7 de diciembre, se expresó en términos muy afectuosos con respecto a S.M. y a su ilustre gobierno, diciéndome que ningún soberano le había dado tantas pruebas de amor e interés como la Reina de España" (13).

El gobierno de O'Donnell, no tanto por principios, si no por necesidad de permanecer en el poder, siguió manteniendo su política de defensa del poder temporal del Papado hasta su retirada del gobierno. Su nota del 28 de mayo de 1861 sería la última vez en que tuvo la iniciativa, por consejo de Miraflores, embajador de España en Roma, de proponer al emperador Napoleón III y a Austria una intervención conjunta en favor del poder temporal del Papa.

A partir de entonces su política exterior en este aspecto, aunque oficialmente no varía, es en la práctica más ambigua, sin iniciativas y conocedora de la importancía que iba tomando el nuevo reino de Italia. Las naciones, una tras otra, después de Francia, reconocían la recién creada monarquía italiana y España quedaba cada vez

más aislada en su postura. La irreductibilidad de la Corte de Isabel II a reconocer este nuevo reino, le lleva a O'Donnell a dejar este asunto para mejor momento, que no llegó hasta su vuelta al poder a finales de junio de 1865.

Esta política de defensa del poder temporal del Papa le traería al duque de la Victoria complicaciones internas. La oposición liberal le acusaba de mantener en los asuntos de Italia la política más reaccionaria y contradictoria. Sagasta le dice: ¿Cómo es posible que el gobierno no español niegue validez a la unidad de Italia, basada en el sufragio universal, cuando la monarquía de la Reina Isabel II se sostiene sobre el mismo? (14).

No fueron sólo los liberales los únicos en oponerse. También surgieron diferencias desde las filas de su propio partido, La Unión Liberal. Hombres como A. Ríos Rosas, antiguo embajador en Roma, y otros critican la política exterior española con respecto a Roma, y se alejan del partido del que habían sido sus primeros adherentes (15).

Pero fueron sobre todo los políticos más conservadores y tradicionalistas, o neo-católicos, los que más duramente juzgaron la actitud del gobierno con Roma. La tildaron de débil y tibia. Aparisi y Guijarro, hombre que después terminaría en las filas del Carlismo, describe muy bien cuán veementemente sentían ya los neo-católicos esta cuestión y dice que no se puede pensar sino en Roma, no se puede hablar sino de Roma, lo que no sea de Roma - es poca cosa (16).

Por su parte el clero creía que se podía hacer más.

En este asunto se perfila ya claramente su postura unitaria que mantendrá , hasta la caída de Isabel II, en defensa del poder temporal del Papa. En este año son numerosas las cartas que el episcopado español, en forma de adhesión, dirige al Santo Padre (17).

Ya se perfilan las complicaciones políticas y religiosas que, para la vida española, tendrán los asuntos de Italia. La frase que el Papa Pío IX dice, tiempo después, al encargado de negocios de España en Roma, Fernández Jiménez, es muy significativa:

"... En España tienen Vds. el mal de emplear con sobrada frecuencia la religión como una política" (18).

Con la salida de La Unión Liberal del gobierno no se van a producir variaciones sustanciales en la política exterior española frente a Italia. La subida de los moderados y la presidencia del general Narváez en un principio percibirán la cuestión del poder temporal del Papa de la misma forma que su predecesor. Cuando se veían próximos los acuerdos de septiembre de 1864, la diplomacia española se agitará desconocedora aún de los términos en los que se trataba esta cuestión entre Francia y el Rey de Italia y se preocupaba de si podrá resistir el Papa sin el auxilio de las tropas francesas, alertada por los pesimistas informes de sus diplomáticos. A este respecto informa el encargado de negocios en Roma, Gerardo de Souza, a su ministro de Estado:

"... Las ideas liberales, que ya existían en el país, se han -

desarrollado, en términos de haber sembrado la división por doquier, en todas las clases de la sociedad.

A la penetración de V.E. no se ocultará que si cesara la ocupación militar francesa, sin que antes se hubiera tomado un acuerdo entre las naciones interesadas en la conservación del poder temporal del Papa, se promoverían aquí movimientos populares... y la fuerza de que dispone el gobierno pontificio no tardaría en sucumbir" (19).

Los acuerdos firmados el 15 de septiembre de 1864 entre Napoleón III y el Rey Víctor Manuel por el que las tropas francesas abandonarían los Estados pontificios en un plazo de dos años, recogían el común acuerdo de conservar el dominio temporal del Papa aunque reducido al territorio denominado Patrimonio de San Pedro.

No molestó al gobierno español el que el Papa quedase reducido a los dominios que le quedaban, al statu quo. - Lo importante para el gobierno de Narváez era que el acuerdo preservase la necesidad del poder temporal del Papa. Sobre ello el representante de España en Roma le dice al ministro de Estado:

"... Yo convengo con V.E. en que no es la extensión del territorio la que puede constituir la mayor o menor independencia del poder temporal" (20).

El nombramiento del nuevo embajador en Roma, Joaquín Francisco Pacheco, hombre aunque no partidario de la unidad tampoco señalado por su hostilidad a la misma, hizo que el gobierno reflexionase sobre su política en Italia. En las observaciones que se indican al embajador, a las que habría de ceñir su conducta, se apunta sutilmente a ciertos deseos de cambio y a una actitud más comprensiva hacia el reino de Italia, aunque todo estuviese mitigado por la ya conocida y tradicional defensa del poder temporal de la Santa Sede. Sin embargo el gobierno español no alude para nada a los territorios perdidos por el Papa.

Dice el ministro de Estado a su embajador:

"... La cuestión de Italia, que por los graves intereses que afecta y por la influencia que su desenlace ha de ejercer sobre la política europea, ha preocupado desde su origen a todos los hombres de Estado y hoy fijamos su atención por el nuevo aspecto que ha venido a tomar desde el convenio del 15 de septiembre.

España, aunque de estos convenios se encuentra hoy retraída de la escena de acción, no debe quedar privada de cierta intervención en aquéllo que más vivamente le interesa como nación eminentemente católica y por tanto el gobierno de S.M. dejando al curso de los acontecimientos la determinación de su actitud en la cuestión general de Italia, no vacila

en sus miras respecto de todo lo que afecte o pueda afectar al pontificado.

Para España, como nación esencialmente católica, toma un lugar preferente en sus aspiraciones y en sus deseos la seguridad e independencia del Santo Padre, con el libérrimo ejercicio de su poder espiritual, fuera de todo género de trabas que pudieran cohartarlo.

Más para que esta independencia, tan esencial al pontificado, sea una verdad, no puede prescindirse de sus naturales y lógicas condiciones, y una de las más principales es la soberanía temporal, nunca cohibida, nunca sometida a influencias extrañas, ni del orden material ni del moral.

No sería de un modo efectivo la independencia del poder espiritual si con él no concurriese el ejercicio del poder temporal, siendo éste la garantía positiva de la libertad de los actos del Papa como jefe de la iglesia católica.

Así al menos lo entiende el gobierno de la Reina que se propone ajustar su política en Roma a las presuntas consideraciones" (21).

2. PUBLICACION EN ESPAÑA DEL SYLLABUS Y LA ENCICLICA "QUANTA CURA".

2.1. SENTIDO Y SIGNIFICACION.

El 8 de diciembre de 1864 se publicó la Enciclica "Quanta Cura" y el "Syllabus" o catálogo de proposiciones adjunto en el que se recogían y condenaban los más señalados principios filosóficos de la época, reprobados ya con anterioridad en ocasiones diversas. Doctrinas como el naturalismo filosófico, - el liberalismo, el socialismo, el comunismo, el antiguo regalismo y el cesarismo, fueron duramente atacadas por la iglesia católica.

Como dice Tuñón de Lara, es un documento a la defensiva, un intento de atraerse al clero, para defender el poder temporal del Pontificado y confiando más en su influencia directa sobre el pueblo que en la acción de los gobiernos católicos, muchos de los cuales ya habían reconocido al reino de Italia, y por parte de otros se veía ya próximo el que lo hiciesen (22).

Los documentos aparecieron en un momento crítico, cuando las diferencias entre liberales y neo-católicos en España se iban progresivamente acrecentando y estos últimos veían en las publicaciones la fuerza y la razón de sus ideas y el fundamento de la defensa del papado.

Estas disposiciones de la Santa Sede, suscritas por Pío IX, se publicaron en España en enero de 1865 sin haber obtenido el pase regio, que según la vigente pragmática de 1768, era requisito previo.

Los obispos españoles, como los de otros países europeos, no se consideraron obligados a seguir esta formalidad al tener en cuenta algunas proposiciones recogidas en el "Syllabus" que dejaban desprovisto de valor el pase regio, por lo que comenzaron en Enero de 1865 a publicar la Encíclica. Estas proposiciones decían:

. la número XX

"... Contra los que afirman -
que la potestad eclesiástica no
puede ejercer su autoridad sin -
permiso ni asentimiento del go-
bierno civil."

. la número XXVIII

"... Contra los que creen que
no es lícito a los obispos publi-
car, sin anuncio del gobierno, los
documentos apostólicos."

. la número XLIX

"... La autoridad civil no pue-
de impedir la libre comunicación
de los obispos con los fieles y -
con el romano Pontífice."

. y las números XLII y XLIV, dirigidas a evitar la intromisión de los poderes temporales en las cosas que afectan a la religión, costumbres y gobierno espiritual (23).

2.2. REPERCUSION Y COMPLICACIONES.

La prensa liberal se lanzó contra los obispos es pañoles que se habían tomado la iniciativa de publicar la citada Encíclica, por considerar que esto su ponía un ataque a las regalías de la corona. Se pedía al gobierno de Narváez que les abriera un proceso y llegó a originar un debate parlamentario el 28 de enero de 1865, en el que se discutió enardecidamente la necesidad del "Regium Execuator" de la Encíclica y sobre la procedencia o no de procesar a los obispos que unilateralmente la habían hecho pública (24).

El gobierno y en su nombre el ministro de Gracia y Justicia, Lorenzo Arrazola, envió al Consejo de - Estado el "Syllabus" de la Encíclica para que dictaminase, preguntando si procedía su retención o el - pase y en caso de que se retuviera, en qué términos debía de hacerse. ¿Cómo habían de aplicarse la pragmática de 1768 y los artículos correspondientes del Código Penal al episcopado y al clero que había publicado la Encíclica?.

El Consejo de Estado elaboró un dictamen acerca de la Encíclica otorgada por Su Santidad a los obispos católicos. Este dice:

"... El Consejo ha examinado -
maduramente las graves y difíciles
cuestiones que comprende esta con-
sulta, animado a la vez del espiri-
tu eminentemente católico y de los
sentimientos de lealtad al trono y

de profundo respeto a las institu
ciones y leyes del Estado, lleno
de profunda veneración al Padre co
mún de los fieles, pero sin desco
nocer la autoridad ni los derechos
del soberano" (25).

El Consejo hizo un minucioso estudio, artículo -
por artículo. Sobre el artículo 80 dice:

"... Parece considerarse en él,
la civilización moderna y el libe-
ralismo, pero no puede aludir, a -
nuestro parecer, sino a la falsa -
civilización y al liberalismo irre-
ligioso que partiendo del principio
de libre examen aun en materias de
dogma y moral, no reconoce otro cri
terio que el de la razón y se con-
funde a veces con el protestantismo
en cuanto a su origen filosófico"
(26).

Las conclusiones a las que llega el Consejo de
Estado son :

Primero: La Encíclica "Quanta Cura" y el "Sylla-
bus" que la acompaña, están por su naturaleza y su
contenido sujetos al pase regio.

Segundo: Debe concederse el pase a la Encíclica
"Quanta Cura", pero con la reserva, sin perjuicio -
de las regalías, derechos y facultades de la Corona.

Tercero: El gobierno puede conceder el pase al -

"Syllabus", pero reteniendo y suplicando por la vía diplomática, las cláusulas señaladas en los artículos con los números 20, 28 y 41, por ser notoriamente contrarios a las prerrogativas de la Corona de España, y reteniendo parcialmente las señaladas con los números 24, 25, 30, 42, 44, 49, 62 y 80. La jurisdicción eclesiástica no se puede ejercer en España en materias temporales, sino con la intervención y auxilio del Soberano, sin perjuicio de las regalías, derechos y facultades de la Corona.

Cuarto: La admisión y retención parcial de ambos documentos podría verificarse por Real decreto, comunicándose a los prelados con una circular en que se les advirtiese la obligación de publicarla en estos términos, y la responsabilidad en que incurrirían si la verificaban de otro modo.

Quinto: Los obispos, los demás eclesiásticos y los seglares que hayan publicado la Encíclica, han infringido lo dispuesto en la pragmática de 1768, e incurrido en las penas que el artículo 145 del Código señala a este delito.

Sexto: Que si el gobierno averiguara que el muy reverendo nuncio de S.S. ha remitido la Encíclica a los prelados, debe dirigírsele una comunicación manifestándole que S.M. ha reparado que haya dirigido aquel documento sin los requisitos que prescriben las leyes.

Séptimo: Una Real orden debe dirigirse al mismo tiempo a los muy reverendos arzobispos y reverendos obispos que hayan publicado la Encíclica, mani-

festándoles que S.M. ha reparado en la inconveniencia en que han incurrido verificando dicha publicación con infracción notoria de las leyes del reino.

Octavo: Después de adoptadas estas providencias y teniendo en cuenta que no pueden seguirse sin grave escándalo los procedimientos judiciales consiguientes, convendría que S.M., haciendo uso de su real prerrogativa de amnistía, entregara al olvido las faltas cometidas, mandando que no se proceda contra las personas eclesiásticas o seglares que puedan haber incurrido en ellas (27).

Este fue el parecer que dictaminó la mayoría del Consejo de Estado, pero como no hubo unanimidad, el documento recogió también el juicio, que en forma de tres votos particulares presentaron los consejeros discripanes. De entre ellos el primer voto particular es el más importante, por ser el presentado por la minoría más numerosa, que lo formaron el presidente del Consejo y los consejeros: Ruiz de la Vega, J. Casaus, Estébanez Calderón, conde Torre Marín, Manuel de Orovio, Domingo Moreno, L. Nicolás Quintana, J. Ruiz de Apodaca y Antonio Escudero.

Al final fue este voto particular el que pesó en la decisión del gobierno de S.M. por recoger el sentir de la Reina de no crear complicaciones al Papa, dada su crítica situación.

El voto dice :

"... En vista de la situación actual del jefe de la iglesia, el Consejo no puede dejar de considerar que, ya no sólo la redacción, sino la explicación de cláu

sulas de los documentos a que este informe se refiere, podrían tener gravísimas consecuencias en el orden político y religioso y - que además no sería digno de una nación exclusivamente católica que en los momentos en que la iglesia y el Padre común de los fieles pasan por duras pruebas, que esa nación misma añadiese un nuevo dolor, con resoluciones que no son necesarias en este presente caso.

Los que suscriben entienden - que procede dar el pase a la Encíclica y al "Syllabus", sin explicaciones ni retenciones, con la cláusula general ordinaria, sin perjuicio de las regalías y facultades de la Corona. No hay méritos para proceder contra la prensa y los reverendos obispos que la publicaron. Con el fin de evitar conflictos ulteriores, y mientras el gobierno y la Santa Sede resuelven de modo definitivo esto, deben sujetarse estrictamente a la pragmática de 1768.

Y por último, se diga al embajador de España en Roma, para que lo transmita al Excmo. cardenal - secretario de Estado, cuan conveniente habría sido que la Corte pontificia hubiese dado noticia di

recta y oportunamente de la Encíclica y del "Syllabus" al gobierno español tan cordialmente unido al de S.S., con el fin de evitarse - complicaciones que a España, como nación eminentemente católica, siempre causan pesar" (28).

El ministro español de Gracia y Justicia, Arrazola, aceptó este segundo voto de la minoría y no el de la mayoría. El 6 de marzo autorizó por Real decreto el pase de la Encíclica "Quanta Cura" y del "Syllabus", que traducidos íntegramente se insertaron el mismo día en la Gaceta de Madrid con algunas consideraciones: En adelante prometía el gobierno armonizar el derecho del "placitum regium" con la libertad de la prensa y con los derechos de la Santa Sede, procediendo de acuerdo con ésta. Se volvía de nuevo a declarar en vigor la pragmática de 1768 y - las demás leyes del reino concernientes a la publicación de bulas, breves y documentos pontificios.

La iglesia española, sobre todo el alto clero, - protestó abiertamente por la actitud intransigente del gobierno y del parlamento, ante la resolución adoptada de forma unilateral de publicar la Encíclica y el "Syllabus", actitud que tildaron de regalista, fuera de su tiempo, y de ingerencia del poder - temporal en la esfera religiosa o espiritual. Entre los religiosos que más alzaron su voz estaba el arzobispo de Valladolid, que en su pastoral del 15 de enero afirma:

"... No conozco a los que some

ten todo, hasta la religión y la conciencia, a las apreciaciones y cálculos de la política. Nada temo a esos hombres que se dicen de ley y que sólo la invocan contra la religión y el libre ejercicio de sus sagrados derechos" (29).

También se sumó el obispo de Salamanca a esta postura crítica, quien negó autoridad al Consejo sobre las conciencias. Dice:

"... Nuestra resolución está - tomada: antes obedecer a Dios que a los hombres".

El obispo de Calahorra añadirá:

"... Los actos del Pontífice, irresponsable por su naturaleza, deben correr por el mundo católico con la libertad que el mismo - Dios concedió a su palabra.

También en el mismo sentido se manifestaron los obispos de Cartagena, Pamplona y Santiago (30).

Si la decisión del gobierno de permitir la publicación sirvió para no llevar la cuestión a mayores complicaciones, el problema no quedaba resuelto.

El 30 de marzo se dirigieron a S.M., el arzobispo de Burgos y los obispos de Palencia, Vitoria, Cala-

horra, León y Santander, preguntando qué leyes del reino eran esas, ya que por el Concordato de 1851 se entendían derogadas todas las que estorbasen la plena libertad de la iglesia en el ejercicio de su autoridad (31).

El dictamen del Consejo de Estado y la actitud - del gobierno dieron lugar a que aparecieran publicaciones con intención de probar que la cuestión del placet regium era, ante la historia, un anacronismo, ante el derecho natural una indignidad, ante la libertad política una tiranía, ante la piedad cristiana una hipocresía (32).

La publicación por la iglesia española de forma unilateral de la Encíclica y del "Syllabus" constituyó, a los ojos de muchos, un acto de rebeldía con intención de sacudirse la tutela del Estado. Pero, sin embargo, sorprendieron enormemente las condenas que en esos documentos hizo la iglesia que implicaban una intromisión en la esfera de la política.

Esta actitud contradictoria, sostenida por el - clero, fue condenada por muchos liberales y abrirá una crisis en el catolicismo liberal español. Nicolas Salmerón escribió dos artículos sobre este asunto, el primero titulado "La Encíclica Quanta Cura y la civilización moderna", y el segundo "El pontificado y la civilización moderna", publicados en marzo y abril en la revista democrática de 1865. - Constituyen un ataque abierto a las declaraciones dogmáticas de Pío IX, y abogaban por una Iglesia - libre en un Estado libre, recogiendo esta idea de Montalembert en el Congreso de Malinas de 1863 (33).

Para otros como García Ruiz, demócrata republicano, que hasta la publicación del "Syllabus" permanecía dentro de la ortodoxia católica, esta publicación le apartará de la iglesia, y le llevará a afirmar:

"... En nuestros días la Iglesia es dominadora, Pío IX ha condenado la civilización moderna con el "Syllabus" (34).

También Salustiano Olozaga del partido progresista dice:

"... El "Syllabus" condena muchos de los logros de la civilización moderna y alía a la iglesia con el reaccionarismo de la época, haciendo incompatibles las doctrinas de la iglesia con la civilización moderna" (35).

A pesar de esta afirmación Olozaga tomó una postura moderada, con respecto a la Iglesia, en espera de que el Concilio que se veía ya próximo, no aprobase las declaraciones del "Syllabus".

Para otros republicanos-católicos, como Emilio Castelar comentaban la condena de la Iglesia al catolicismo liberal y Cristóbal Sorní dice sobre el Papa:

"... Qué importa que haya publicado un "Syllabus" en el que se

condenan una porción de proposiciones que son puramente políticas, que pertenecen al gobierno político de los pueblos y que na da absolutamente tienen que ver con la religión católica" (36).

Pero también repercutirá desfavorablemente en - hombres avanzados de la Iglesia española, como es - el caso del presbítero Fernando de Castro, capellán de honor de la Reina, que abogaba en favor de una - profunda revolución religiosa y de una independen- cia absoluta entre la iglesia y el Estado (37). La publicación del "Syllabus" dejó sus ideas como poco ortodoxas y terminaría separándose de la Iglesia.

De la publicación de la Encíclica "Quanta Cura" y del "Syllabus" en general se desprenderían tres posi- ciones:

La primera: La actitud fiel y leal de la iglesia española de la que dice Cuenca Toribio que en este período estaba sometida a las directrices romanas (38). Siguió con incondicional y favorable actitud la aparición de la Encíclica y el "Syllabus" y se - aprestó a poner en práctica sus directrices. En cuan- to a la iniciativa de publicarlas sin el pase regio, aunque hubiese podido surgir esta idea del mismo - episcopado español, el nuncio en Madrid debió cono- cerlo ya que nada se hacía sin su consulta.

La segunda postura, la del partido en el poder, se preocupó sobre todo del problema de las regalías y de hacer vigentes las leyes, pero seguía recono-

ciendo la supremacía del poder espiritual del Papa como imprescindible para la libertad de la iglesia.

La tercera fue la de los progresistas y demócratas que vieron con estupor las condenas de la Iglesia al liberalismo y a otras filosofías modernas. Aprovecharon el motivo de la publicación sin el pase regio, para lanzar su crítica contra el clero en la prensa y parlamento, molestos por esta clara intromisión de la Iglesia en la esfera temporal.

La publicación de estos documentos y la posterior polémica que levantó puso de manifiesto la división que se estaba produciendo en la sociedad española.

El partido moderado en el poder mostrará una ostensible división, y contradicción entre sus miembros, algunos de los cuales se alejaban cada vez más del liberalismo.

Los progresistas se apartarán aún más del sistema isabelino al que consideran demasiado influenciado por el clero, buscando como única vía para el cambio la revolución, por lo que entraron en oposición abierta con la iglesia.

La Unión Liberal aprovecha el incidente para criticar la política de Narváez y preparar la vuelta de O'Donnell al poder y con esto un cambio de la política exterior española: el reconocimiento del reino de Italia. Pero esta actitud le restaría la simpatía de la Iglesia española.

3. HACIA EL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA

Desde la retirada del representante de Cerdeña en Madrid, barón Tecco en noviembre de 1861 por la ya comentada cuestión de los archivos napolitanos, las relaciones entre los gobiernos españoles e italiano no conocieron alteraciones importantes. En los comienzos del mes de marzo de 1862 se empieza a vislumbrar el primer síntoma de cambio. Este se produce con la llegada del nuevo titular del ministerio de Asuntos Exteriores del reino de Italia.

El recién nombrado ministro va a propiciar en su entrevista con el encargado de negocios español, Duro, si no un acercamiento al menos una mejoría de las relaciones - que en los meses anteriores habían sido tan tensas. El encargado de negocios español da cuenta en su despacho - del 7 de marzo a su ministro de Estado de la entrevista mantenida. Dice:

"... Ayer día 6 de marzo de - 1862 pasé a hacerle una visita de presentación al nuevo ministro de Relaciones Exteriores, comendador Ratazzi. Después de cambiados los cumplimientos de costumbre, me expresó su sentimiento por el triste desenlace que había tenido la cuestión de los archivos de Nápoles y sus deseos de que durante su administración tuviese lugar el reconocimiento del reino de Italia - por parte del gobierno de S.M., - preguntándome cual era mi opinión

al particular, yo le contesté que en esta cuestión el gabinete de Madrid se encontraba en una situación especial, pues siendo la nación española eminentemente católica y estando unida la familia real a la Casa Real de Nápoles por vínculos de familia, no podía sancionar las consecuencias de una revolución que había vulnerado los derechos del Santo Padre y del Rey legítimo de las Dos Sicilias; al menos mientras las demás potencias de Europa no reconozcan el orden de cosas existente en Italia" (39).

En esto la postura española apenas había variado, si exceptuamos que en el último párrafo se deja abierta la posibilidad de reconocer el reino de Italia cuando los demás lo hagan, y otra salvedad es el no citar los derechos de los Duques de Toscana y Parma, parece como si esto, de hecho, ya hubiese sido aceptado o al menos no constituyese problema ante un posible reconocimiento y normalización de las relaciones.

Otro hecho que vino a corroborar este deslizamiento hacia una paulatina mejora de la actitud del gobierno italiano se produjo el 23 de julio, con España, con motivo de una declaración del ministro de Asuntos Exteriores italiano al contestar a una interpelación parlamentaria. Las palabras del diputado en el parlamento de Turín fueron que el matrimonio entre la princesa María Pía de Saboya y el Rey de Portugal vengaría a Italia de todas las ofensas que había recibido de parte de España. A lo que

contestó el ministro que España en cuanto a la cuestión italiana, había mantenido una política acertada y digna. (40).

Por parte española también se dió una mejor predisposición hacia el gobierno italiano. El primer paso lo -llevará a cabo el encargado de negocios en Turín, Duro, a finales de agosto de 1862, cuando el gobierno de Turín había conseguido cortar un nuevo intento de Garibaldi de tomar la iniciativa, como ya había hecho otras veces, invadiendo los Estados del Papa. La situación internacional, ya muy distinta de la de años antes, y sobre todo la ameⁿaza de Francia de intervenir en defensa del Papa si las tropas italianas no lo hacían, le llevaron al gobierno de Victor Manuel a sofocar la revuelta y a hacer prisionero a Garibaldi en Aspromonte. De estos hechos dió conocimiento oficial en nombre del gobierno de Turín el ministro de Asuntos Exteriores al representante español.

Duro pudo, simplemente, haberse dado por enterado, pero felicitó al gobierno italiano por el desenlace de la crisis. El encargado de negocios da cuenta de esto a Madrid en su despacho del 31 de agosto de 1862. Dice, entre otras cosas:

"... He contestado al ministro de Asuntos Exteriores de Turín - con el objeto de dejar toda idea de que el gobierno de S.M. pudiese complacerse en los males de este país, que no dudaba que en Madrid sería recibida con satisfacción la noticia del resultado de la pasada crisis, por lo que feli-

citaba a este gobierno.

Deseando que mi conducta merezca la superior aprobación de V.E.
..." (41).

No parece que la actitud de Duro fuese de propia iniciativa. Su trayectoria como encargado de negocios en Turín, desde la partida oficial del embajador español en octubre de 1861, e incluso en ocasiones anteriores en las que ocupó el puesto interinamente, siempre los pasos que dió fueron siguiendo escrupulosamente las instrucciones que recibía del ministro de Asuntos Exteriores. Sabía - que su actitud no sería mal vista, si es que no fue de alguna manera propiciada.

La posición del reino de Italia en este momento no era la de principios de 1861, ya que ahora estaba reconocido por la mayoría de las naciones europeas, no sólo por las liberales, sino incluso por potencias conservadoras, como es el caso de Rusia y Prusia. Esta situación dejaba muy debilitada la postura de Madrid que sólo contaba con Austria. La diplomacia española, consciente de estos hechos, moderará su actitud hacia el reino de Italia.

Dentro de esta línea, de cierta distensión entre ambas Cortes, vino a enmarcarse la actuación del ministro - de Relaciones Exteriores, conde de Pasolini. En la entrevista que éste concedió al cuerpo diplomático acreditado en Turín y a la que asistió el encargado de negocios de España, en el transcurso de ella conversó privadamente - con Duro, manifestándole su deseo que la política entre las dos naciones continuase por esa vía de mejoría que - había empezado el anterior titular del ministerio, y el interés con que el Rey Víctor Manuel juzgaba el recono-

cimiento de Italia por España.

Por parte de Madrid no habrá grandes cambios, su representante se limitó a repetir al ministro italiano la tantas veces expuesta postura de su gobierno, pero, sin embargo, llama la atención el que Duro, al mencionar el reino de Italia, no sólo tenía palabras amables para con él, sino que lo citaba como Italia y no como el reino de Victor Manuel, fórmula empleada por la diplomacia española desde la proclamación de ese reino.

De esta entrevista da Duro noticia a su ministro de Estado el 20 de diciembre de 1862. Le dice:

"... En la entrevista que he -
tenido con el nuevo ministro de -
Relaciones Exteriores, conde de -
Pasolini, se trató del reconoci-
miento del reino por España, mani-
festándome oficiosamente su deseo
de que este suceso se realizara, -
juzgando que el gobierno de S.M. -
podría ejercer gran influencia en
el de S.S. para llegar a un arre-
glo entre la Corte romana y la del
reino italiano.

Por mi parte hice presente al
conde Pasolini que ignoraba cuáles
eran hoy las intenciones del gabi-
nete español acerca de tan grave
asunto, pero que teniendo en cuen-
ta la actitud que había tomado el
gobierno español desde el princi-

pio de la revolución italiana, actitud nacida de los deberes que - le impone su carácter de nación - católica sus antecedentes y relaciones, no creía que se hallara - en el caso de prestar un apoyo moral suficientemente eficaz para - la solución de las hondas cuestiones que median entre Roma y Turín, lo cual no impide, que salvo intereses que tiene por legítimos, haga votos por la paz y prosperidad de la Italia. Al expresar de este modo mi opinión al señor conde de Pasolini he tenido por objeto dejar, como debía, desembarazada y libre la acción del gobierno de - S.M., para que obre en su sabiduría y según le aconseje los intereses de la nación" (42).

3.1. EL GOBIERNO DE MIRAFLORES, UN PARENTESIS EN EL - RECONOCIMIENTO.

El 2 de marzo de 1863, S.M. la Reina Isabel II - admitió la dimisión del general O'Donnell y de su - gobierno que había permanecido en el poder desde el 30 de junio de 1859. La expedición a Méjico, la anexión de Santo Domingo y la cuestión de Italia desgastaron este gabinete y a la Unión Liberal que lo apoyaba. La descomposición en que se encontraban los - partidos no permitió que se hiciesen cargo del poder ni los progresistas ni los moderados. Se dará paso a un corto período en el que hombres influyentes

son llamados, a título individual, para gobernar. - La Reina encargó al marqués de Miraflores, conservador de prestigio, formase gobierno. Este había sido embajador en Roma y durante su gestión patrocinó la idea de que las seis potencias católicas: Austria, Bélgica, Baviera, España, Francia y Portugal hicieran casus belli toda invasión o intrusión de cualquier parte del territorio pontificio. A pesar de - estos antecedentes el gobierno del marqués de Miraflores no inició una política hostil hacia el reino de Italia, sino que mantuvo, en grandes líneas, la política de O'Donnell (43), continuó con la neutralidad, y no reconoció el reino de Italia, aduciendo las mismas razones del gobierno anterior: no se podía efectuar ese reconocimiento hasta que la cuestión de Roma no estuviese decidida, y la soberanía temporal del Pontífice garantizada.

El gobierno se mantuvo a la expectativa, sin tomar importantes decisiones, como si sólo desease traspasar el problema sin complicarlo más a quien - le sucediese. Intuyendo, probablemente, su brevedad en el puesto.

El 25 de mayo de 1863 se celebró la apertura del Parlamento italiano, en el que leyó el Rey Víctor - Manuel el Discurso de la Corona. A esta sesión fue invitado todo el cuerpo diplomático acreditado ante el gobierno de Turín, incluido el encargado de negocios español, lo que demostraba un cambio sustancial, al recordar que en la anterior apertura no ha bía sido invitado. De este acontecimiento da cuenta Duro al ministro de Asuntos Exteriores español. Dice:

"... Todos los individuos del

cuerpo diplomático han asistido a la sesión regia de apertura del Parlamento de 1863, y yo por mi parte, no habiendo recibido de V.E. orden en contra, he creído mi deber asistir juzgando que en la situación especial en que me encuentro en la actualidad este proceder puede contribuir a alejar de este gobierno toda idea de hostilidad que pudiera suponer en el de S.M., y a facilitar a éste, el día que lo estimara oportuno, la adopción de una política nueva respecto de Italia. Además me ha servido de guía las indicaciones contenidas en el despacho telegráfico de V.E. que he recibido ayer" (44).

En los comienzos de 1864 las relaciones con la Santa Sede se mantenían prácticamente en la misma situación. La política que el antiguo embajador en Roma, en ese momento jefe de gobierno marqués de Miraflores practicaba, era de amparo y protección. Siguiendo esta línea de conducta, el gobierno de S. M. aceptó la petición de encargarse de los consulados pontificios en los Estados de Italia, que estaban bajo el dominio del Rey Víctor Manuel, por haberles sido retirado a sus cónsules el exequátur. La Santa Sede había recurrido a la Reina Isabel con esta solicitud, a la que S.M. respondió favorablemente. Los cónsules españoles pasarían a ser, de forma interina, los gestores de los consulados de los Estados de la iglesia.

Este motivo llevará al ministro de Estado español a enviar una Real orden el 23 de febrero de 1864, al cónsul general en Génova, y a los cónsules de Liorno, Nápoles, Palermo, Milán, etc., que dice:

"... S.M. la Reina, deseosa de dar una sincera prueba de deferencia a S.S. ha accedido inmediatamente a la solicitud de que se encarguen los cónsules españoles provisionalmente de la asistencia y - protección de los súbditos de su - país, por lo que se les ordena a - los cónsules españoles que acepten dicho encargo..." (45).

Esta función interina se prestaba a sospechas de colaboracionismo con las autoridades pontificias. - Para evitar recelos y posibles complicaciones con - las autoridades locales del reino de Italia, el gobierno de S.M. envió una circular el 7 de abril, al cónsul general en Génova y a los otros cónsules en el reino de Italia en la que se indicaba una serie de normas, para evitar que el cargo, puramente protector que ejercían los cónsules españoles en favor de los súbditos romanos, infundieran la menor sospecha de tener roce con manejos políticos, y se esperaba también con estas disposiciones alejar la prevención que las autoridades locales mantenían contra el personal de los consulados que se encargaban de - los asuntos de la Santa Sede. Las normas son:

"... Se abstendrán los consulados de ocupar a ningún empleado -

de los de la Santa Sede en la ges
tión interina de su cargo, pudien
do elegir de cualquier otra proce
dencia los auxiliares de su con-
fianza que necesiten.

Los cónsules españoles llevarán
cuenta detallada y exacta de to-
dos los emolumentos que devengan
por razón del oficio romano" (46).

Estas fueron, con otras de índole administrativo,
las órdenes que el gobierno de Miraflores adoptó pa-
ra evitar complicaciones en una gestión que, dadas
las circunstancias de Italia, resultaba embarazosa.

3.2. LOS ACUERDOS DEL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1864

3.2.1. Actitud cautelosa de Narváez

A partir de agosto de 1864 se fue perfilan-
do, de manera irreversible, la actitud de las
fuerzas políticas del régimen isabelino, --
Unión Liberal, progresistas y moderados, a -
excepción de un pequeño sector de este parti-
do, los neo-católicos, todos favorables a -
aceptar el hecho consumado de reconocer el
reino de Italia.

El reconocimiento necesitó, aún, de ca-
si un año para producirse. La oposición de -
la Reina y de la camarilla religiosa que la
rodeaba y algunas presiones exteriores de -
Austria y la Santa Sede dificultaron la mar

cha de este irreversible proceso en el que terminó imponiéndose la razón de Estado a otros intereses.

Las deliberaciones entre París y Turín que concluyeron en los acuerdos del 14 de septiembre coincidieron en España con la crisis del ministerio que presidía el marqués de Miraflores.

La cuestión italiana habría de influir en la decisión de la Reina a la hora de escoger al nuevo jefe de gobierno.

La soberana mantuvo entrevistas con los posibles candidatos, entre ellos con el general O'Donnell, gestión que resultó infructuosa por el deseo de éste de reconocer el reino de Italia una vez que los acuerdos de septiembre garantizaran la seguridad del poder temporal del Papado. El encargado de negocios de Italia en Madrid, Visconti Verrosta, bien informado de estas consultas, envió un despacho a su ministro de Asuntos Exteriores en el que da cuenta del contenido de las entrevistas entre la Reina Isabel y O'Donnell. El despacho del 10 de agosto de 1864 dice:

"... O'Donnell ha sido llamado por la Reina para consultarle sobre su posible vuelta al poder, pero el duque de Tetuán no se mostró muy dispuesto, y puso algunas

condiciones a su vuelta, entre -
las que figuraban el alejamiento
de Sor Patrocinio de la Corte y
el reconocimiento del reino de -
Italia" (47).

Habría que esperar varios meses para que fuera el propio general O'Donnell el que declarase al encargado de negocios del reino de Italia que efectivamente en su entrevista con la Reina le había expuesto que en caso de que le escogiese para formar gobierno, consideraba necesario reconocer el reino de Italia, y que a esto S.M. se había opuesto por motivos religiosos, por lo que él había renunciado" (48).

Esta condición de O'Donnell pesó en el ánimo de la Reina, quien decidió entregar el poder al general Narváez que implícitamente no establecía esta circunstancia.

La firma del convenio del 15 de septiembre de 1864, fue la causa determinante del cambio de conducta del gobierno español hacia el reino de Italia. Los moderados van a dejar su tradicional oposición a este reino para aceptar la vía de la negociación que prepara se su posterior reconocimiento.

El gobierno de Narváez, no desconocía que esta nueva política, tenía su freno más importante en la propia Reina, por lo que hubo de dirigir sutilmente sus influencias para -

cambiar su ánimo en sentido más conciliador y propicio hacia el Rey Víctor Manuel, aprovechando los resultados de los acuerdos entre Francia y el reino de Italia.

Tras la firma del tratado, en los meses subsiguientes, la situación en España, en cuanto al reconocimiento, parecía estancada. Las esperanzas que algunos depositaron en los acuerdos firmados entre Napoleón III y el Rey Víctor Manuel para garantizar el statu quo en Italia y abrir una vía al entendimiento entre la Santa Sede y Turín, no parecían confirmarse.

Las informaciones que comenzaron a llegar al gobierno de Madrid, a través de su servicio exterior, sobre esta cuestión, parecían ratificar estos hechos. Narváez, analizando la situación, y conocedor de la reacia actitud de la Reina Isabel hacia Italia, adoptó una postura expectante antes de renovar sus recomendaciones a la soberana, para reconocer el engrandecido reino de Víctor Manuel. De esta situación da cuenta a su gobierno, - el 18 de octubre, el encargado de negocios italiano. Dice en su despacho:

"... Hace dos días tuve una en -
trevista con el ministro de Estado Llorente, le pregunté sobre la nueva situación en Italia, y que deseaba francamente conocer como se encontraba el asunto del reconog

cimiento. El señor Llorente de forma bastante clara me dijo que la impresión producida, en altas esferas, por el tratado franco-italiano, no era tal que por ahora permitiera tocar este asunto que parecía necesario esperar. Las súplicas y las plegarias de las almas devotas que rodean a la Reina de España hacen ver a ésta el triste futuro del Santo Padre, y conociendo la solicitud lógica de esta buena alma, comprendo que tenga una grave excusa contra lo que le sería casi imposible luchar" (49).

De los acuerdos de septiembre dice el embajador de España en Roma en un despacho de Octubre a su ministro de Estado, que aunque los periódicos de París los presentaban como beneficiosos para la Santa Sede por ponerla al abrigo de agresiones extranjeras y asegurarle la independencia de su poder temporal, el conde de Sartiges, embajador de Francia en Roma, le había dicho de forma confidencial que no tenía mucha confianza en cuanto a los resultados que habían de producir. Temía que los enemigos del poder temporal promovieran desórdenes en Roma, en cuanto las tropas francesas se retirasen. Prosigue el embajador español diciendo que el conde de Sartriges no creía posible que Pío IX consintiera reconocer y sancionar, aunque sólo fuese implícitamente,

la parte perdida de sus Estados (50), opinión compartida también por el representante de - España Joaquín Francisco Pacheco.

El gobierno de Madrid, conocido el parecer de sus representantes en Roma y París, decidió establecer unas normas de conducta para su personal en el exterior que les sirviese de referencia. Por Real orden del 22 de octubre de 1864 les dice:

"... El gobierno de S.M. no se ha creído en el caso de adoptar resolución alguna con respecto a los asuntos de Italia, después del Tratado del 15 de septiembre y ha decidido mantener una actitud de reserva que sea conciliable con la - más completa libertad de acción y con el interés de conservar nuestras buenas relaciones con todas las demás potencias. Será preciso que hablen los hechos y nos inspiren las resoluciones convenientes. Será oportuno asimismo esperar a que la Santa Sede se digne comunicarnos su manera de ver acerca de la nueva situación.

Importará conocer cuáles son - las disposiciones de los demás Estados católicos y la manera como los gobiernos de Francia e Italia entienden y practican el convenio.

Las circunstancias imponen al gobierno de S.M., ahora más que nunca, el deber de desprenderse de todo género de prevenciones y sobreponerse a las pasiones de los partidos, para atender únicamente a los intereses del Estado.

Estas explicaciones podrán ser vir de norma de conducta a V.E. Cíñase, V.E., cuando los casos - lo requieran, a afirmar que el - gobierno español considera como uno de los más elevados intereses de las naciones católicas, la preservación de la independencia del Pontificado" (51).

Una nueva Real orden del ministro de Estado, comunica al representante español en Viena, que después de su entrevista con el conde Crivelli, ministro plenipotenciario de Vina en Madrid, se veía en la necesidad de hacerle algunas puntualizaciones a las ideas - ya consignadas en su despacho anterior.

Las relaciones entre las Cortes de Madrid y Viena no eran ya las mismas de los años - 1860-61. Dice el ministro al embajador español en su despacho del 31 de octubre sobre esto :

"... Hay conformidad entre am-bos gobiernos, en cuanto a la precaución y reserva con que se ha - de proceder en este asunto. Pero

como es natural, dije al ministro de Austria que su gobierno tiene miras y apreciaciones fijas sobre la cuestión general de Italia, - acerca de la cual nuestros intereses son mucho más indirectos, y - menos decididos nuestros propósitos" (52).

Aunque lentamente algunos cambios significativos se van a producir en el gobierno español y en la Reina, en favor de Italia. A - finales de diciembre, y con motivo del discurso de apertura de la nueva legislatura - de 1864-65, la Reina hace referencia a Italia dejando entrever la vía de la negociación, y a pesar de repetir algunos términos, olvidó mencionar a su pariente, el ex-Rey de Sicilia. Dice la Reina:

"... Pendientes de resolución los asuntos de Italia por recientes convenios diplomáticos, cuando lleguen a una solución definitiva mi gobierno los considerará bajo el punto de vista que la más exquisita prudencia aconseja a España como nación católica, leal - al Padre común de los fieles" (53).

En las sesiones del congreso del mes de - febrero, con motivo de la discusión del Discurso de contestación al de la Corona, surgió en debate la cuestión italiana y, salvo algunas excepciones, como la de algún diputado de

la Unión Liberal que abandonando la disciplina de partido criticará la política del gobierno Narváez al que acusará de abandonar la causa de Parma y del Rey de Nápoles, se aprobó la actitud prudente del gobierno en estos asuntos.

También se produjo una interpelación por parte del sector neo-católico, la del diputado Nocedal, que convirtió su intervención en un discurso en el que solicitó del gobierno que no se reconociese el reino de Italia hasta que no lo hubiese hecho la Santa Sede. A éste le respondió, en nombre del gobierno, el ministro de Estado quien dice:

"... El gobierno reconocerá el reino de Italia cuando deba hacerlo, y será cuando vea el resultado del tratado de septiembre" (54).

3.2.2. Afianzamiento del proyecto del reconocimiento.

Cuando el gobierno italiano tomó la decisión de llevar a cabo el traslado de la capital de Turín a Florencia, capital del antiguo Ducado anexionado de Toscana, el gobierno español no sólo no protestó por ello, sino que manifestó que en principio no se oponía. El ministro de Gracia y Justicia hizo unas declaraciones a la prensa francesa afirmando que España reconocería a Florencia como nueva capital. Esta afirmación, recogí-

da por la prensa italiana, produjo gran satis
facción en ese gobierno, que la consideró im
portante por venir de un ministro que en el
gabinete Narváez era uno de los más devotos
y tradicionales con la Iglesia (55).

El gobierno de Narváez deseoso de hacer -
compatible su interés en la seguridad del San
to Padre con su anhelo de reconocer a Italia, an-
siaba que los acuerdos de septiembre lo pudie-
ran permitir.

Sin embargo, poner en práctica la letra -
de los tratados parecía complicado, así se -
lo dice el embajador español en París, Ale-
jandro Mon, a su ministro de Estado, en des-
pacho del 27 de marzo de 1865, aunque su opi-
nión era la de un hombre conservador muy fa-
vorable a la Santa Sede y receloso con la uni
dad italiana, como se vio posteriormente -
cuando éste presentó su dimisión como embaja
dor al reconocerse el reino de Italia. Dice
Mon:

"... El tratado del 15 de sep-
tiembre es insuficiente para ga-
rantizar la seguridad del Papa y
su poder temporal.

Habría que mostrar los efec-
tos negativos del convenio del 15
de septiembre y la necesidad de
contrarrestarlos" (56).

A. Mon termina proponiendo la conveniencia -

de que España y Austria, unidas, manifestasen al gabinete francés sus temores por la suerte del Santo Padre, si se hacía efectivo dicho convenio, y debían reclamar ambas potencias el concurso de Francia, ofreciendo - el suyo para evitar lo que pudiera sobrevenir al Papa.

El mismo Mon con cierto realismo afirmó - que para apoyar estas pretensiones, entre to das las naciones de Europa, sólo se podía - contar con Austria, ni siquiera las católicas Portugal y Baviera secundarían este proyecto. Pero a pesar de ello, Mon preconizaba incluirlas en este plan.

El proyecto de A. Mon no recibió respuesta de su gobierno; Madrid no estaba ya interesada en aliarse con Austria. Pero esto no lo supo el embajador español hasta meses - después cuando Bermúdez de Castro, nuevo ministro de Estado, le confiesa a propósito de ese plan:

"... No podía convenir a España unir su política, exenta de to da ambición y de todo temor, a la política de Austria, animada sin duda de los mejores deseos en favor del Pontificado, pero en cuyo ánimo no puede menos de pesar el recuerdo de lo que ha perdido y - el temor de lo que pueda quizás - perder algún día.

Semejante política no beneficia a España que quiere conservar su libertad de acción para obrar como mejor convenga a sus intereses, sin ligarse a otra nación" (57).

Un hecho importante a considerar por España se producirá en la situación italiana, - con la apertura de conversaciones, por iniciativa de Pío IX, para cubrir las diócesis que se encontraban vacantes en el reino de Italia. De esto el embajador de España en Roma, J.F. Pacheco dice al ministro de Estado el 6 de abril de 1865:

"... A mi juicio, este suceso es muy importante; si el gobierno italiano acepta la negociación. - De ese diálogo puede salir la clave para un arreglo" (58).

Las conversaciones se iniciaron el 22 de Abril con la llegada del enviado especial del Rey Víctor Manuel, Vegezzi, antiguo ministro de Gracia y Justicia y en ese momento diputado. Las discusiones entre las altas partes - sufrían varias interrupciones por distintas razones. Sobre este asunto el gobierno de Narváez permanecía muy interesado, y mantuvo una discreta actitud favorable a que ambas partes pudieran entenderse, con la esperanza de que este primer encuentro sirviese

para asegurar otros posteriores. A la petición del embajador español solicitando instrucciones sobre la actitud que debía seguir en los acuerdos, la respuesta del ministro de Estado es:

"... Oficiosamente y de modo que no nos comprometa, debe mostrarse favorable al acuerdo, y - hacer lo posible para apoyarlo" (59).

El embajador en Roma, dice al ministro de Estado sobre el tema:

"... De esta forma contribuiremos a una política verdaderamente española, la de crear una Italia monárquica y fuerte, la cual sólo puede existir cuando sea amiga del Pontificado, y no más sujeta al gabinete de las Tullerías - que al de Viena. La existencia de esa Italia, si llega a realizarse, será un bien notorio para nosotros" (60).

El gobierno de Narváez no desconoció, al mantener discretamente esta política, la atmósfera de hostilidad que se desató en la Corte romana para predisponer al Papa en contra de la negociación. Sobre esto comenta el embajador en Roma al ministro de Estado:

"... Contra las negociaciones están el Rey de Nápoles, que ve en su éxito un golpe a sus pretensiones; el embajador de Austria las combate con discreción, pero vivamente; el partido reaccionario de Monseñor Merode, incluso muchos de los obispos nombrados por S.S. para el reino de Italia, que deberían abandonar Roma. El cardenal Antonelli oculta bien su pensamiento, y a mí me parece que no le agrada" (61).

El gobierno de Narváez se apoyaba sobre estas dos expectativas: el posible éxito del acuerdo de septiembre, y el probable acuerdo entre el Papa y el Rey Víctor Manuel, en espera de ir preparando el terreno para precipitar la decisión de la Reina sobre esta cuestión. Narváez ya en mayo había planteado a la soberana la necesidad de ese reconocimiento, y ésta en carta del 23 de mayo de 1865 - al Papa, le consulta confidencialmente:

"... Los hombres de Estado desean poner en situación más desembarazada las relaciones con Italia, y en mi posición de Reina constitucional, que la buena fe de mi juramento me obliga a conservar, habré de encontrarme planteada un día esta cuestión como de gabinete... Me es, por consiguiente, in

dispensable el consejo de Vuestra Santidad y le pido encarecidamente me exprese, de la manera más clara y precisa, el límite hasta donde pueda llegar mi condescendencia, sin que sufra menoscabo la potestad religiosa" (62).

Pío IX va a desvelar a la Reina Isabel el auténtico alcance de las conversaciones que se venían celebrando entre su gobierno y el enviado del Rey Víctor Manuel. La respuesta del Papa, aunque comprensiva y benévola con las obligaciones de la Reina, no le dará el beneplácito que ella, para su actuación, esperaba. El 15 de junio de 1865 Pío IX responde a la soberana española:

"... La carta de V. Majestad - que me ha dirigido últimamente, - en la que me pide consejo sobre el reconocimiento del Estado actual de Italia, la consulta supone una grave dificultad por parte de - quien pide el consejo, y por parte mía una auténtica imposibilidad de poderlo dar en sentido afirmativo.

No desconozco en qué difícil - situación se encuentra V.M. soberana de un sistema parlamentario, pero estas resoluciones no pueden ni deben ser tomadas en detrimento de la justicia. Por esto mi consejo -

será siempre contrario al reconocimiento de una usurpación injusta para mí y los príncipes italianos que no son culpables en ninguna forma, y menos aún la Santa Sede, cuyo patrimonio me vino para ser transmitido a mis sucesores.

No puede la nación española, conocida por su amor a la iglesia católica, y que dió un ejemplo a todo el mundo con su actitud mantenida en 1849 de amor a la Santa Sede y a mi pobre persona, desear ahora expresar un ejemplo totalmente contrario.

Cierto que el haber procedido a la ocupación de muchas Sedes - de obispos vacantes en Italia, ha suministrado motivos para suponer que esta Santa Sede estaba en negociaciones con el Rey Víctor Manuel y su gobierno, con el fin de reconocer el estado actual de cosas en la península. Los que así lo han pensado han caído en un equívoco colosal" (63).

Pío IX no desconocía la imposibilidad de parar el inminente reconocimiento y que la Reina carecía de poder para evitar que su gobierno le llevase a hacerlo. Así se lo manifestó el Papa al embajador de España en Ro-

ma, Pacheco, el 17 de junio de 1865. De esta entrevista dice el embajador a su ministro - de Estado en el despacho del dieciocho de junio:

"... Me habló el Pontífice, en tre otras cosas, de la posibilidad del reconocimiento del reino de - Italia por nuestra Corte. Yo le di je y así es verdad, que ninguna no ticia tengo; le añadí que no creía que este ministerio lo realizase. Pero O'Donnell vendrá, me dijo el Papa, y entonces no podrá menos - de verificarse" (64).

El embajador español ignoraba que Narváez hubiese planteado el reconocimiento a la Rei na y que ésta se lo hubiera consultado al Pa pa. La caída del gobierno Narváez días después hizo que no fuese él, sino O'Donnell, quien llevase a término el reconocimiento del reino de Italia.

3.3. ANUNCIO DE LA APERTURA DE NEGOCIACIONES PARA EL RECONOCIMIENTO.

A finales de junio, con la caída del gobierno, subió al poder, de nuevo, la Unión Liberal. El gabinete estaba presidido por el general O'Donnell. Este intentó una reconciliación con los progresistas, y a este fin el programa de gobierno que expuso ante el parlamento fue de talante netamente liberal, encaminado a hacer concesiones a los progresistas

y a sacarlos de su retraimiento. Entre los puntos más importantes recogidos en el programa, anunciaba el destierro de Sor Patrocinio y del Padre Claret, confesor de la Reina, a Roma, y el entablar negociaciones para el reconocimiento del reino de Italia. Estos puntos fueron las condiciones que la Unión Liberal y el general O'Donnell pusieron a la Soberana para asumir el gobierno y ésta se vio obligada a aceptarlas (65).

El presidente del Consejo de Ministros pidió a las Cortes suspendiesen su fallo y discusión sobre el asunto del reconocimiento hasta que las negociaciones estuviesen terminadas.

El ministro de Estado mandó una comunicación a los representantes de España en el extranjero, en la que informó de la apertura de negociaciones para el reconocimiento del reino de Italia, por Real orden del 26 de junio de 1865 (66).

En ésta no aclaraba los términos en que se llevaría a cabo esta negociación, limitándose a comunicar simplemente su apertura.

El gobierno de Narváez había puesto sus esperanzas para justificar el reconocimiento de Italia en los posibles resultados de los acuerdos de septiembre y en la buena marcha de las negociaciones entre Roma y Florencia. El gabinete del general O'Donnell, conocedor de la infructuosa marcha de las negociaciones entre el enviado de Víctor Manuel y la Santa Sede, por telegramas del embajador español en Roma del 22 y 27 de junio (67), y sabedor de las pocas

garantías que ofrecían los acuerdos del 15 de septiembre de 1864, optó por otro camino. Su ambigua declaración a las Cortes de llevar a cabo una negociación con todos los interesados en la cuestión de Italia, sin precisar en que términos, oculta ba su auténtica intención. Se proponía sacar a España, pura y simplemente, de una política que a su juicio no le convenía, por lo que deseaba normalizar sus relaciones exteriores, con el reino de Italia. Sobre esta actitud de O'Donnell dice el embajador de España en París, Mon, en su despacho del 12 de julio al ministro de Estado, M. Bermúdez de Castro:

"... La declaración del presidente del Consejo de ministros, relativa a la cuestión de Italia, me hizo creer que el gobierno se proponía negociar con todos los interesados en esta cuestión, a fin de obtener la solución que mejor pudiera resolver el problema de tomar un partido conforme a los intereses de España como nación europea y regida constitucionalmente sin lastimar los altos intereses del catolicismo. Creí que para conseguir este último y principal objetivo, las primeras negociaciones se entablarían con S.S., pero el gobierno no ha creído conveniente más que anunciar a S.S. el propósito, en que estaba, de reconocer el reino de Italia.

Por otra parte, todas las noticias que se tienen en los círculos diplomáticos y políticos, son de que la base o garantía, en que se funda el reconocimiento de Italia por la España, es el convenio del 15 de septiembre de 1864. Como en todas mis comunicaciones, que - obran en ese ministerio, se asegura y repito que, a mi juicio este convenio no reúne las garantías suficientes para salvar la persona del Papa ni los intereses católicos" (68).

3.3.1. Los preliminares.

El encargado de negocios de Italia en Madrid da cuenta a su gobierno en el despacho del 24 de junio de 1865, de la entrevista tenida con el ministro Bermúdez de Castro, en la que expuso, verbalmente, el firme propósito del nuevo gobierno de reconocer el reino de Italia. Dice el despacho:

"... Bermúdez de Castro me declaró verbalmente, pero de manera oficial, que al gabinete había entrado con el firme propósito de - llevar a cabo lo más rápido el reconocimiento del reino de Italia, y que así me encargaba se lo comunicase al gobierno del Rey Víctor Manuel. Insistió en la firme voluntad del gabinete de realizar -

este asunto, contando con la plena confianza de la Reina" (69).

'Por parte del nuevo gobierno existía la determinación de proceder lo más rápidamente posible al reconocimiento, y el gobierno italiano no pondrá precisamente obstáculos en las conversaciones, porque sabía con cuánta valentía debía contar O'Donnell para llevar a cabo una medida que contaba con la oposición de la opinión clerical.

Acerca de esto escribe en su despacho del 27 de junio de 1865 el encargado de negocios del rey Víctor Manuel en Madrid, Cavalchini, al general Lamarmora, presidente del Consejo de ministros:

"... Nocedal e Aparisi con altri del loro partito agitansi in modo straordinario contra la politica del gabinetto a noi favoravole. Hanno annunciato l'altro giorno su questo punto una interpellanza alla camera, alla quale il ministero non vuole rispondere. Essi pero tentano forzarlo a accettare la discussione, hanno redatto una petizione che deve raccogliere firme in ogni parrochia di Spagna per protestare contro riconoseimento" (70).

El gobierno de O'Donnell abrirá un período de consulta con el rey Víctor Manuel, por

medio, sobre todo, de su encargado de negocios en Madrid, Cavalchine. En el corto período - del 24 de junio al 20 de julio intercambiaron cerca de diez despachos y mantuvo Cavalchine varias entrevistas con el ministro de Estado español. La idea de Bermúdez de Castro era encontrar una fórmula mediante la - cual el gobierno de S.M., sin menoscabar su posición de nación católica, pudiera reconocer el reino de Italia. En cuanto a la forma a adoptar, el encargado de negocios de Italia, siguiendo instrucciones de su gobierno, dice al ministro de Estado español:

"... El gobierno de S.M. el Rey veía con placer el reconocimiento por parte del gobierno español del reino de Italia, que en cuanto a - la forma a adoptar, no podía indicar otra que la ya empleada por - otras naciones católicas: el puro y simple reconocimiento" (71).

Bermúdez de Castro puso de relieve ante el encargado de negocios de Italia, la especial situación de España que era distinta a la de otras naciones católicas que habían reconocido el reino de Italia. Dice:

"... España no sólo es una potencia católica sino que está ligada, por vínculos de parentesco, su dinastía a la de los príncipes italianos expulsados. Por lo que es -

necesario encontrar una fórmula, la que sea, que sirva para explicar al país la conducta del gobierno y una justificación para los sentimientos de la Reina por el abandono que hace de sus convicciones" (72).

El ministro de Estado español insistió, ante el representante de Italia, sobre la necesidad de que su gobierno realizase un pequeño gesto que sirviera a España como prueba de buena predisposición, a lo que el representante del Rey de Italia afirmó que ya se había producido este acontecimiento - con el acuerdo del 15 de septiembre.

El ministro español le responde:

"... Sólo es un tratado entre - Francia e Italia y no da la solución deseada a la familia Borbón en Nápoles. ¿Cómo podría España - abandonarla de esta forma?. Al menos el gobierno italiano debería - estar dispuesto a restituirle sus bienes en parte..." (73).

En una nueva entrevista entre Bermúdez de Castro y el encargado de negocios de Italia, el 2 de julio el ministro insistió en la - utilidad de una prueba de buena voluntad, - por parte del gobierno del Rey Víctor Manuel o de su Parlamento, hacia la iniciativa espa

ñola de reconocimiento del reino de Italia. A esto Cavalchini respondió que si hubiese recibido una nota oficial del gabinete español en la que se concretasen sus deseos, habría dado su gobierno inmediatamente una res puesta.

Bermúdez de Castro le señaló que ante la necesidad que tenía el gobierno de publicar un documento explicativo de su conducta en estos últimos cuatro años y al tener que exponer en el mismo el porqué del cambio de ac titud hacia el reino de Italia, no creía que los acuerdos de septiembre fuesen suficientes para justificar el reconocimiento.

El encargado de negocios de Italia, sin llegar a sospecharlo terminó secundando las auténticas intenciones del ministro español al sugerirle, como fórmula, la simple reanudación de las normales relaciones entre las dos naciones (74).

Bermúdez de Castro deseaba tener las manos libres para encontrar la fórmula adecuada que sirviera para reconocer el reino de Italia, siendo aceptada por Florencia, que no molestara demasiado a la Santa Sede, y so bre todo a la opinión católica española. La insistencia hacia el encargado de negocios de Italia en Madrid, sobre la utilidad de al guna prueba que demostrase la buena voluntad de Florencia hacia España a propósito del re conocimiento del reino de Italia, hizo que

el presidente del Consejo de Ministros de Italia, General Lamarmora, enviase una nota que fue leída el 12 de julio de 1865 por el encargado de negocios de Italia al ministro de Estado español. Bermúdez de Castro observó que la nota, por la que el gobierno de Florencia exponía los puntos en que, a su juicio, se podría basar el reconocimiento de Italia por España, no satisfizo al ministro de Estado. De esta entrevista dice a su gobierno, el encargado de negocios de Italia - en su despacho del 12 de julio:

"... El ministro español observó que le parecía demasiado extensa, sobre todo la parte que se refiere al acuerdo del 15 de septiembre, y demasiado categórica. Pero que leyéndola con detenimiento la encontraba franca y amiga en algunos puntos. Adaptándola podría conciliar nuestra dignidad con los deseos del gobierno español".

Finalmente pareció comprender el encargado de negocios italiano la verdadera intención del ministro.

Así dice :

"... Yo creo que su deseo era tener una nota que sólo llevase el agradecimiento y buenas palabras, que le dejara libertad de acción para redactar un despacho sobre el reconocimiento oficial del reino de Italia" (75).

3.3.2. El reconocimiento

El 14 de julio se convocó en el palacio de La Granja el Consejo de Ministros, previamente la noche anterior el general O'Donnell se había reunido con la Reina, a la que convenció, muy a su pesar, de la necesidad de restablecer relaciones con Florencia. La carta que Isabel II envió a Pío IX para comunicárselo, evidencia esta actitud suya. Dice entre otras cosas:

"... El reconocimiento del mal llamado reino de Italia ha venido a ser una necesidad para la política de este país y me veo obligada a aceptarla por las circunstancias, y porque mi conciencia me dice que así evito mayores males. Hoy el ejército es sumamente liberal y como conoce S.S. en estos tiempos sin ejército ¿qué se hace?..." (76).

El Consejo de Ministros notificó el restablecimiento de relaciones plenas con el reino de Italia en estos términos:

"... El gabinete de Florencia comprenderá los deberes que nos impone nuestra situación de potencia exclusivamente católica. Al reanudar nuestras relaciones oficiales con el gobierno del Rey Víctor Manuel y al reconocer su nueva y en-

grandecida monarquía no entendemos en modo alguno debilitar el valor de las protestas formuladas por la Corte de Roma" (77).

Este fue el texto de la nota que el representante español en Florencia, Zarco del Valle, recibió de su gobierno y que entregó al presidente del Consejo de Ministros del reino de Italia, general Lamarmora. Sólo faltaba la aceptación por parte del gobierno del rey Víctor Manuel del nuevo representante español en Florencia, Ulloa, para que se pudiese insertar en la Gaceta el nombramiento oficial. La publicación tuvo lugar el 1 de agosto, por un Real decreto (78).

3.4. ESFUERZOS DEL CONSERVADURISMO ESPAÑOL POR EVITAR ESTE RECONOCIMIENTO.

Desde el anuncio hecho por el general O'Donnell a las Cortes, a final de junio de 1865, de su intención de reconocer Italia, se desató una enorme oposición del sector más conservador y tradicional. Esta opinión contraria utilizó todos los medios a

su alcance para combatirlo. Si en otros tiempos la corona habría sido el mejor freno para evitar esta discusión, ahora por el contrario se veía claramente que la Reina Isabel, a pesar de su entourage, estaba decidida a consentir la decisión de O'Donnell. Las presiones contra la política del gobierno se dirigieron a otros frentes, las Cortes, la prensa, e incluso a buscar la intervención de la Iglesia española con intención de mover a la opinión pública contra esta iniciativa gubernamental.

3.4.1. Los debates parlamentarios.

A pesar de la petición hecha por el ministro de Estado, Bermúdez de Castro, de no llevar a debate el reconocimiento del reino de Italia para tener las manos libres en las negociaciones, no podrá conseguirlo ya que se presentaron tres proposiciones en el Congreso. La primera del 4 de julio era de J. Fernández Espino, Cándido Nocedal, Aparisi Guijarro, el conde de Xiquena, el conde de Heredia Spínola, lo más destacado del conservadurismo, los hombres clave del neo-catolicismo hispano. Esta proposición fue leída el 7 de julio y retirada por sus autores en favor de una nueva, algo más amplia, presentada el mismo día por F.J. Espino y el conde de Xiquena y otros. Hubo también una tercera proposición, la de José María Claros, presentada en igual fecha. La proposición de J. Fernández Espino dice:

"... Pedimos al Congreso se sir-

va declarar que verá con pena todo paso dado por el gobierno de S. M. que tenga por objeto el reconocimiento del llamado reino de Italia, mientras no se hallen completamente garantizados los intereses católicos así como los derechos de la Santa Sede, y constituida de manera sólida y duradera la unidad de Italia, base del orden de cosas hoy impuesto a los distintos reinos de aquella península" (79).

Estas proposiciones, no eran otra cosa que una interpelación al gobierno sobre el reconocimiento y un ardiz para hacerle salir de su mutismo. Leída la proposición en el Congreso, el ministro de Estado consciente de las intenciones de sus autores, dice sobre ella:

"... Señores la proposición - que han presentado los Sres. Fernández Espino y otros, tiene la facultad de convertir una proposición en una interpelación, derecho que tienen los señores firmantes de la proposición a hacerlo, pero el gobierno cree que es en alto grado perjudicial a los intereses públicos el entrar en una discusión concerniente a los asuntos de Italia. El gabinete ya ha declarado, por boca del presidente

del Consejo de ministros, en la - primera sesión en que concurrió a las Cortes, que había llegado en su concepto el momento en que sin perjudicar los intereses del catolicismo el gobierno iba a entrar en una nueva política con respecto a Italia" (80).

La maniobra no iba a ser tan fácil de - abortar y Fernández Espino, en nombre de los que habían presentado la proposición, insistió en apoyarla diciendo:

"... Aunque el Sr. ministro de Estado no se halle dispuesto a - contestar, yo no debo ni puedo dejar de explicar la proposición - presentada.

La proposición no se refiere - al régimen interior del Estado ni a su seguridad siquiera; refiérese a una cuestión internacional - grave, importantísima, en que más que intereses materiales debátese intereses morales, el derecho de gentes y el principio católico" (81).

Intervino también, so pretexto de alusión, Nocedal. Su intención era, por supuesto, forzar al gobierno a hablar de Italia. Dijo, en tre otras cosas:

"... No negociad. Esperad tranquilos y con los brazos cruzados, que eso que se llama reino de Italia, sea reconocido por el Padre común de los fieles... entonces - reconoced en buena hora..."

Y recogiendo la idea de Aparisi Guijarro que expuso en su discurso del 4 de julio, que sería su última intervención en el Parlamento (82), expone:

"... En Europa hay dos campos inmensos. En uno, bajo los pendones - del racionalismo, se agitan y se -- agrupan todos los errores modernos. En el otro estamos los católicos".

Dice también:

"... No hay que disimularlo, - Europa entera está, España también va estando ya dividida en racionalistas y católicos ¿qué queréis ser Sres. ministros?" (83).

Ni Espino ni Nocedal consiguieron forzar - al gobierno a descubrir sus pasos en las negociaciones que llevaba a cabo para reconocer al reino de Italia.

El ministro de Estado, Bermúdez de Castro, en la sesión del Congreso de 7 de julio se - limitó a ratificarse en la postura ya expues

ta por el gobierno de no debatir públicamente el asunto de Italia. En su exposición dijo :

"... Si el Sr. Nocedal dijo a -
alguien que conviene que negociemos, ¿qué clase de negociación cree Su Señoría que el gobierno tiene en tablada?, ¿está negociando con el Papa?. ¿Está negociando con el Rey - Víctor Manuel?, ¿negocia con los - dos?, ¿negocia con otras naciones?. Si Su Señoría no lo sabe, si no lo puede saber ¿por qué esa censura?".

Continúa el ministro de Estado diciendo en su exposición :

"... Hoy todas las naciones de Europa católicas y no católicas, con leves excepciones han reconocido el reino de Italia, sería una ignominia condenar a España a ir - a remolque de las demás naciones" (84).

Se produjo por alusión una nueva intervención de Nocedal, en la que afirma:

"... Aunque sea reconocido el reino de Italia por nuestra soberana, yo continuaré no llamando a eso reino de Italia ni a Víctor Manuel Rey de Italia" (85).

Termina diciendo, entre otras cosas:

"... En el reconocimiento del reino de Italia hay un sacrilegio y los sacrilegios no se pueden - obedecer aunque lo mande el gobier no en un momento de error" (86).

Solicitó la palabra el ministro de Estado para hacer algunas rectificaciones a Nocedal y dice:

"... Yo no sé como compaginar las palabras que Su Señoría acaba de pronunciar, con el hecho de - que en las naciones todas de Europa donde se ha reconocido a Víctor Manuel como Rey de Italia, continúa S.S. teniendo relaciones religiosas y políticas" (87).

El ministro de Estado pidió que no se tomase en consideración la proposición que se debatía, y votada ésta fue ganada por el gobierno por 171 votos, por lo que Fernández - Espino y sus amigos vieron rechazada su propuesta (88).

No fue la única tentativa, el gobierno de O'Donnell pudo frenar esta intentona de - hacerle hablar sobre la cuestión italiana, y de obligarle a abandonar su intención de reconocer el reino de Italia; de nuevo en esa jornada del 7 de julio se presentó una -

proposición al Congreso por parte de José Ma
ría Claros, Bartolomé de Fanes, Carlos de For
tuny, Tomás Rodríguez, entre otros, que dice:

"... Pedimos al Congreso se -
sirva recomendar al gobierno de -
S.M. respecto a la cuestión de Ita
lia una línea de conducta en per-
fecta armonía con las tradiciones
y sentimientos católicos de la na
ción, y ajustada enteramente a -
las legítimas aspiraciones de la
Santa Sede" (89).

El diputado José María Claros defendió el
8 de julio la proposición que la vispera ha-
bía entregado al gobierno sobre el reconoci-
miento. Los que habían presentado la interpe-
lación sabían que iba a ser difícil conseguir
que el gobierno rompiera el silencio en el -
que anunció que permanecería en este asunto.
Claros dice en su intervención:

"... El ministro de Estado es-
tá indudablemente en su derecho -
negándose a contestar a estas in-
terpelaciones. Nosotros lo esta-
mos igualmente al presentarlas y
sostenerlas" (90).

Continúa diciendo:

"... Por qué el gobierno no si
gue los consejos que sus amigos -

le dirigen desde la prensa?. Todas las fuerzas reaccionarias se han reunido para dar la batalla en este punto al programa del gabinete. El gobierno debe admitir las, resuelto a conseguir un completo triunfo. ¿Por qué no recoge el guante que las opiniones - reaccionarias aquí le arrojan?" (91).

Claros atacó también a antiguos compañeros del partido moderado, de los que se encontraba muy distanciado, acusando a Hurtado de la Hoz y Moyano de incoherencia con las doctrinas moderadas y conservadoras al apoyar al gobierno, sabiendo que este punto de Italia era uno de los fundamentales dentro del programa del nuevo gobierno del general O'Donnell.

Rechazó en su discurso las afirmaciones del gobierno de estar garantizada la seguridad del Papa por el acuerdo del 15 de septiembre entre Francia y el reino de Italia. Reconocer el reino de Italia era, en su opinión, ir contra la política tradicional española, y contra su esencia como nación, basada en la defensa de la catolicidad opuesta a la revolución que quería acabar con el poder temporal del Papa, imprescindible para ejercer su poder espiritual (92).

Pasó después a criticar el sufragio univer

sal, en el que había adquirido legalidad la unidad italiana. Dice:

"... Sabéis lo que es el sufra
gio universal?. Os voy a citar una
autoridad que no debe seros sospe
chosa: Proudhon, dice del sufragio
universal que la muchedumbre con-
testa siempre afirmativamente al -
que la consulta.

Termina diciendo:

"... El día que reconozcáis el
reino de Italia, ese día tenéis -
que borrar el título de católica
que lleva la Reina de España, por
que será un título irónico" (93).

En la sesión del Congreso del 10 de julio se continuó la discusión sobre la proposición de José María Claros, abriéndose el turno de alusiones con el diputado Catalina, perteneciente a la antigua mayoría del duque de Valencia que criticó al ministro de Estado, acusándole de encastillarse en su forma cuncilleresca del secreto de las negociaciones. Acusó al ya próximo reconocimiento del reino de Italia, afirmando:

"... El ministro de Estado nos
dirá, ¿vamos a consentir que Espa
ña no entre en el concierto de -
las naciones?.

Nosotros no podemos consentir que España se quede aislada, sola en la orilla cuando todas las naciones cultas del mundo despliegan velas y se dejan arrastrar al paraíso de la civilización moderna".

Continúa diciendo Catalina:

"... Pues yo, creyendo interpretar los sentimientos de una gran mayoría del pueblo español, ruego por Dios al ministerio que no haga tomar plaza en ese buque a mi Reina Doña Isabel II".

Prosiguió su intervención acusando al ministerio de debilidad en este asunto. Dice:

"... Con franqueza, es preciso reconocer que en esta concordia y en esta adhesión a las potencias que reconocen el reino de Italia, hay por parte del ministerio español un gran pecado de debilidad - en política interior y en política exterior. ¿Sabéis cuál es en política interior?. No neguéis que con el reconocimiento de Italia váis a hacer un halago a la revolución, - no neguéis que queréis satisfacer una de esas exigencias que os van imponiendo los revolucionarios.

La debilidad en la política exterior, es mucho más dolorosa. - Cuando está comprometido el buen nombre de España, los pecados de la debilidad son mortales" (94).

Finalizó reprochando el abandono que se - hacía de la política tradicional española que había seguido en los asuntos italianos en defensa del Pontificado, como nación católica. La intervención de Catalina recibió una - respuesta del ministro de Estado que no podía ser una exposición acerca de la politica que seguía el gobierno en la cuestión - de Italia. Bermúdez de Castro se ratificó en no entrar en el fondo de la cuestión, por no permitirlo los altos intereses del Estado, pero sí aclararó algunos puntos importantes al rechazar afirmaciones hechas por - Catalina.

Dijo el ministro de Estado que había - aguardado a que todas las proposiciones que sobre este mismo tema se habían presentado, fueran apoyadas por sus autores para cerrar el debate y contestar de una vez. No iba a - entrar en la cuestión, no iba a penetrar en el fondo de la misma, porque se lo vedaban, a su juicio, altos intereses que no había tenido en cuenta esta oposición de nuevo género, clara alusión al sector neocatólico, que se había levantado (95). Dirigiéndose a Catalina le dice:

"... Ya en los tiempos más so-
lemnes de nuestra monarquía, los
grandes Reyes católicos, hacían -
la distinción debida entre la re-
ligión y el poder temporal, entre
lo perecedero y lo divino. Por -
más que diga Su Señoría no podrá
demostrar que es más católico que
yo. No tiene Su Señoría en cuenta
la independencia de nuestra patria,
la gloria de nuestra Reina y la -
autonomía de nuestro país" (96).

Ni las interpelaciones ni las proposicio-
nes y enmiendas presentadas en las Cortes,
sirvieron para cambiar la actitud del gobier-
no. Éste no podía explicar las negociaciones
que llevara a cabo para reconocer el reino de
Italia, ya que éstas no fueron el resultado
de una auténtica negociación entre altas par-
tes, sino más bien el producto de una nece-
sidad imperiosa de un gobierno, que deseaba
dejar una situación embarazosa que le compli-
caba tanto en el exterior como en el inte-
rior.

El gobierno no podía retroceder en su de-
terminación, el reconocimiento del reino de
Italia era el punto central de su política.
La oposición al reconocimiento fracasó en -
la votación parlamentaria. La Unión Liberal
completa con buena parte de los moderados y
los progresistas no retraídos, presentes en
las Cortes, votaron afirmativamente.

3.4.2. Campaña de la prensa frente al reconocimiento del reino de Italia.

La prensa fue otro de los medios de los que se valió el conservadurismo no partidario del reconocimiento, para intentar detener la determinación del gobierno de O'Donnell de aceptar la engrandecida monarquía de Víctor Manuel.

Sin embargo el gobierno contó con el apoyo de toda la prensa liberal para contrarrestar la campaña del grupo neo-católico.

La prensa neo-católica no sólo recogió en sus páginas, de manera vehemente, las intervenciones de Cándido Nocedal, Aparisi Guijarro y otros en las Cortes, sino que también llevó su propia campaña contra el reconocimiento. En sus editoriales se veía la inspiración de Gabino Tejado o Navarro Villoslada y por supuesto no faltó la colaboración de Nocedal o Aparisi en los periódicos "El Pensamiento español", "La Regeneración" y "La Esperanza", los dos primeros portavoces del neo-catolicismo y el último de clara inspiración tradicionalista Carlista.

"El Pensamiento español" abrió la campaña contra la política de O'Donnell. Dice el 4 de julio:

"... Sería ingrato y ruin el que se llevase a efecto el recono-

cimiento del reino de Italia, y -
una servil adulación a los planes
de Napoleón III" (97).

"La Regeneración", siguiendo una política
desestabilizadora contra el gobierno, no du-
dó en propagar noticias, algunas de las cua-
les no pasaban aún de rumores, o daba su par-
ticular versión en otras, acerca del malestar
que, en importantes personalidades del país,
estaba produciendo la idea del reconocimiento.
El 12 de julio de 1865 dice:

"... El rumor de la dimisión -
del Sr. Mon como embajador de Es-
paña en París, se debe a que éste
no quería arrojar su reputación -
de hombre decente, por una venta-
na, al seguir representando a es-
te gobierno" (98).

"La Regeneración" recogía también la noti-
cia de que Monseñor Claret pensaba dimitir -
del cargo que desempeñaba en palacio, si se
producía el hecho del reconocimiento.

Respecto a Sor Patrocinio, señala este pe-
riódico, que las afirmaciones hechas sobre -
su posible deseo de abandonar España, no -
eran ciertas, ya que ésta solo lo haría no -
por su voluntad, sino de viva fuerza (99).

Una vez consumado el reconocimiento, re-
cogió en sus páginas las protestas que se -

produjeron, algunas tan curiosas como poco - comprobadas. Dice "La Regeneración" del 18 - de julio que uno de los convecinos del pueblo de Albiol le envía una carta con firmas, manifestando:

"... En mi nombre y en el de todos los vecinos de Albiol, protesto contra el reconocimiento - del reino de Italia" (100).

La campaña de los neo-católicos en contra del reconocimiento estaba en perfecta coherencia no sólo con sus ideas, sino también con la línea de conducta que habían mantenido con respecto a la unidad de Italia desde el comienzo de la misma y en período más próximo desde que se vió cercana, en septiembre de - 1864, la posibilidad de que España diera este paso. Ya entonces Gabino Tejado dice en - "El Pensamiento español":

"... Reconocer, pues, el gobierno español al reino italiano, equivaldría a alistarse paladina, total e irrevocablemente en las filas de la revolución; equivaldría a frustrar la gloriosísima excepción de que España goza de entre todas las demás naciones europeas que por amor o por miedo a las potestades revolucionarias han sancionado aquel cúmulo de delirios y maldades; equival-

dría a romper el último vínculo de unión entre los españoles y su gobierno.

La España católica, nada tendría que ver con el gobierno que tiende una mano amiga a los que cifran el cumplimiento de su unidad en la extinción del Pontificado. La España monárquica, nada tendría que ver - con un gobierno que sólo profesa - simpatías hacia un reino formado, no sólo por el simple hecho de haber usurpado varios tronos legítimos, sino también por la teoría de que esta usurpación es en sí un - acto perfectamente legítimo y absolutamente justo" (101).

La campaña de prensa contra el reconocimiento dió lugar a otra en favor del mismo y en defensa de la política del gobierno, en la que llegaron a participar los periódicos más significativos y representativos del espectro político español. "El Contemporáneo" órgano del partido moderado, definió la medida como necesaria. Los ministeriales y entre ellos el "Diario Español" y "La Epoca" partirán sus lanzas en defensa de lo que consideraban imparable y fundamental para el país. En cuanto a los diarios progresistas, entre ellos "La Iberia", lo apoyaron pero señalando lo tardío que llegaba la medida; a su juicio ya no produciría los beneficios que habría tenido de haberse hecho antes. Los pe-

riódicos democráticos y republicanos, aunque recibieron la medida con satisfacción - por su tradicional simpatía hacia la causa de la unidad de Italia, permanecieron escépticos frente a un gobierno y a un régimen al que no creían debían sostener.

Aunque muchos de estos periódicos coincidían a la hora de tratar el tema, en la forma y en el fondo, se ha escogido de entre todos los que apoyaron la decisión del gobierno, como muestra "El Contemporáneo", por ser un periódico que no levantaba sospechas de poco objetivo. Aunque conservador, era serio y de gran influencia en la sociedad de su época y se caracterizó desde su fundación, en 1860, por combatir a la Unión Liberal y al general O'Donnell.

Este periódico conservador, pero liberal, aceptaba el reconocimiento como un hecho - que estaba ahí y era imposible negar. Su política realista les llevó a admitirlo y a emplear la nueva situación para favorecer mejor los intereses no sólo de España, sino - del Papa, criticando los fundamentos en los que se basaban aquéllos que se oponían.

"El Contemporáneo" de Madrid, dice el 4 - de julio:

"... El reconocimiento de Italia es la cuestión escogida, a lo que vemos, por las huestes neocatólicas y absolutistas francas

o encubiertas para dar la batalla al gobierno, es la batalla entre la reacción y el liberalismo. Combate este hecho por ser un acontecimiento político marcado con el sello del liberalismo. En otros tiempos se pudo reconocer gobiernos análogos sin que esto implicara mudanza alguna en política interior, en esta época los actos de la política exterior están íntimamente ligados a la política interior. Aquí el problema tiene un carácter esencialmente político, vimos cómo las huestes reaccionarias y los elementos oscurantistas, que los influencian, los conocidos con el nombre de absolutistas como los conocidos con el nombre de neo-católicos, han desatado toda su fuerza contra el actual ministerio que en prueba de su liberalismo ha presentado a la cabeza de su programa el reconocimiento del reino de Italia.

Nosotros decimos a los ministros: si reconocéis al Rey de Italia habréis derrotado a los neo-católicos y entonces no podrán seguir arrastrando tras su política, como hasta aquí han hecho, a todos los gabinetes. Mientras no se haga, se creerán capaces, ellos solos, de contrarrestar todo el movimiento liberal.

Se encuentran hoy los neocatólicos indignados contra el trono, porque cerca de él ven personas - que aconsejan una política liberal en el interior y en el exterior" (102).

En su editorial del 7 de julio "El Contemporáneo" manifestaba su clara y determinante postura en la cuestión de Italia. Dice:

"... Consideramos indispensable la existencia del poder temporal de los Papas, pero creemos, que España puede contribuir más a este fin, reconociendo al reino - de Italia que rompiendo sus relaciones; otra cosa sería si pudiéramos llevar a Italia un poderoso ejército que fuese capaz de poner las cosas tal cual estaban, pero esto es imposible" (103).

A propósito de la campaña levantada por - los periódicos neo-católicos contra la resolución del gobierno, dice "El Contemporáneo" que ciertos periódicos excitan a los españoles a que protesten contra el reconocimiento del reino de Italia, llamando católicos únicamente a los que protestan y excluyendo del gremio de los fieles a los que no quieren hacerlo, que están extraviando la conciencia de los hombres pacíficos e ignorantes y de las pobres mujeres, confundiendo lo temporal con lo espiritual, lo religioso con lo político.

Condenan el espíritu del siglo, el sistema - parlamentario, la libertad y hasta la civilización, como algo contrario al catolicismo. Los neo-católicos pretenden con esto romper la unidad católica y suscitar una gerra civil (104).

"El Contemporáneo" del 19 de julio defendía la política del gobierno de aceptar el - reconocimiento, criticando a los periódicos neo-católicos en los siguientes términos:

"... Estos periódicos no son - otra cosa que subversivas proclamas en los que se empieza por rebajar y deshonorar los más altos - poderes públicos, y se procura sembrar el fuego de la desobediencia y de la guerra civil en medio de - los españoles. Sus secuaces son fanáticos que trocarían todo el evangelio por alguna reliquia del Sr. Aparisi o por unas palabras del Sr. Nocedal o por unas cuantas desvergüenzas de "La Regeneración.

Tal es el estado de los partidos y de la prensa de oposición - neo-católica" (105).

Ni la recogida de firmas, ni los artículos contrarios al reconocimiento del reino - de Italia conseguirán apartar al gobierno - de O'Donnell de la resolución que se había - trazado, aunque ciertamente la opinión pública se agitate.

3.4.3. Actitud del clero español ante el anuncio del reconocimiento.

Sería erróneo afirmar que fue todo el clero español el que clamó en contra del reconocimiento del reino de Italia y también lo sería el afirmar que todas las protestas tuvieron el mismo cariz, o se enunciaron en los mismos términos.

El alcance y los límites en los que se levantó esta campaña iban dirigidos desde muchos pulpitos y aireada por la prensa, con intención de mover a la opinión pública y a la Reina a no consentir que el gobierno de O'Donnell llevase a término el anunciado reconocimiento. Llegó a parecer un pulso tendido al gobierno y la realización de esta medida supuso la victoria de O'Donnell sobre la reacción.

Los miembros del episcopado español abrieron la campaña con sus exposiciones a la Reina. El cardenal Puente, arzobispo de Burgos, fue la primera vez que se alzó públicamente contra el reconocimiento, junto con las de los obispos de Tarazona y Osma. Posiciones como las adoptadas por estos prelados tan intransigentes y radicales, parecieron impropias de un contexto europeo, en el que otras muchas naciones católicas ya habían dado el paso del reconocimiento del reino de Italia, sin que por eso sus jerarquías católicas descalificasen a sus gobiernos. Esto hizo que

fuese tomando cuerpo la sospecha de que la protesta había que inscribirla en el marco de una batalla política, en la que un sector importante de la jerarquía eclesiástica se hallaba comprometida en favor de una opción involucionista: la caída de O'Donnell.

En su carta el cardenal arzobispo de Burgos, se dirigió a la Reina como madre de todos los españoles, solicitándole que no aprobase la política del gobierno de reconocer el reino de Italia pues, esto lastimaba los intereses del catolicismo (106).

Las declaraciones del obispo de Tarazona, Cosme Marrodan y Rubio, que se sumaron a las manifestadas por el arzobispo de Burgos contra el reconocimiento, fueron más duras. Para éste el reconocimiento equivalía a dar lo santo a los perros y echar las perlas a los puercos.

El obispo invitó a la Reina a que tuviese valor y resistiera, sin reconocer a Italia, pidió que se expulsase a los consejeros de la corona y que se llevasen las aguas por otros cauces, llamando al ministro de Gracia y Justicia, Posada Herrera, calumniador y blasfemo, racionalista y maniqueo y terminó diciendo que reconocer el reino de Italia es un deshonor para el trono y para la Reina (107).

El 13 de julio el periódico neo-católico,

"El Pensamiento español" publicó la tercera protesta, la del obispo de Osma, Pedro María Lagüera y Menazo, contra el reconocimiento. Pide en ella que no se legitime la obra de Cavour y Víctor Manuel y ruega para ello que el cielo ilumine a la Reina, llegando a calificar de anti-español el reconocimiento (108).

Esta primera iniciativa fue la más radical, aunque de forma más moderada terminaron sumándose la mayoría de los prelados españoles. El 17 de julio publicó una exposición el obispo de Salamanca, recogida en la prensa neo-católica. La idea central de la protesta era que con el reconocimiento se perjudicaban los intereses católicos (109).

También el mismo 17, se sumaron con sus escritos que publicaron "El Pensamiento español" y "La Regeneración"; el arzobispo de Tarragona y los obispos de Barcelona y Tortosa, la de éste último la más interesante, ya que en ella se observa una vía media. Su protesta fue más ponderada, no deseaba extremar la inflexibilidad de la Reina, que provocaría la caída del gobierno y con esto el probable retorno del progresismo al poder. Sorprende, en parte, esta postura, sobre todo si observamos que este obispo, monseñor Vilamitjana, era un hombre muy próximo a Claret, su mentor, y que éste terminó tomando una postura de intransigencia en este tema. El texto del obispo de Tortosa dice:

"... La cuestión de Italia es, Señora, para los católicos de Roma, cuestión religiosa y de alta moralidad, en cuya resolución es preciso dejar a un lado la política y la razón de estado para atenerse únicamente a los eternos principios de la justicia y a las invariables reglas de la honestidad y a las enseñanzas católicas proclamadas por quien tiene en la tierra el poder divinamente recibido y - exclusivo de anunciarlas. La cuestión de Italia, Señora, está propiamente resuelta desde que el Soberano Pontífice ha pronunciado el conocido "Non possumus", condenando las usurpaciones y a los usurpadores de las provincias y de los derechos de la divina providencia que ha rodeado la Sede del Pontificado Supremo para bien de las almas y el mejor gobierno de la Santa Iglesia... Por tanto, el Obispo que suscribe, puesto a los pies de V.M., se atreve a suplicar que la resolución de V.M. se digne adoptar - en la cuestión de Italia esté basada y en perfecta armonía con las decisiones emanadas de la Santa Sede Apostólica, puesto que ésta es la única solución justa y, por justa digna, la única conforme con los sentimientos de piedad y amor ha-

cia la iglesia y su cabeza visible, que tan vivos arden en el real corazón de V.M.; la única, en fin, - que puede satisfacer el compromiso solemne, contraído por vuestro gobierno ante la nación de los cuerpos colegisladores, de no lastimar los intereses del catolicismo" (110).

Frente a esta campaña el gobierno demostró su firmeza. A petición del ministro de Gracia y Justicia, Calderón Collantes, el gabinete en Consejo de Ministros, tomó la decisión de cesar al arzobispo de Burgos, cardinal Puente del puesto como director de la enseñanza moral y religiosa del príncipe de Asturias, por Real decreto del 16 de julio de 1865 (111).

Producido el reconocimiento y anunciado el nombramiento del nuevo representante oficial de España en Florencia, pensaba el gobierno que estos hechos detendrían definitivamente el movimiento de protesta del clero. Sin embargo no fue así. El 21 de julio se sumaron el arzobispo de Zaragoza y los obispos de Sigüenza, Cuenca, Cádiz y Gerona a este movimiento de oposición. Sus documentos coincidían, en lo esencial, con los anteriores escritos aparecidos que calificaban el reconocimiento de cúmulo de males que traerían la revolución a España (112).

No faltaron fórmulas más diplomáticas y

reservadas a la hora de manifestar el desagrado por esta medida. En efecto el arzobispo de Valladolid, Juan Ignacio Moreno y Maisnave, prefirió dirigirse privadamente por carta al ministro de Gracia y Justicia, y no sumarse públicamente a una campaña que no dejaba de tener ciertas connotaciones políticas (113).

Monseñor Claret, hombre muy influyente - no sólo ante la Iglesia española, sino también ante la opinión pública nacional y sobre todo ante la Reina, sobre la que ejercía una gran autoridad, no se precipitaría en manifestar su protesta. Esperó hasta el 28 de julio para hacerlo. Esta tardanza no pasó desapercibida para la prensa, dando lugar a numerosas conjeturas y rumores.

El periódico "El Contemporáneo" del 18 de julio decía que Monseñor Claret no estaba de acuerdo con la campaña llevada contra el reconocimiento por parte de sus compañeros del episcopado. La realidad vino a demostrar que sí que compartía la protesta, el motivo de su tardanza quedó puesto de manifiesto en la correspondencia que mantuvo con el Nuncio en Madrid, Monseñor Barili.

Claret le envía al Nuncio, el 17 de julio una carta en la que le daba su opinión, solicitándole su consejo. Dice:

"... Su Majestad se encuentra bas

tante conforme recordando las palabras que Vd. le dijo la última vez que la vió, ésto es que con ciertas restricciones o protestas se podía aprobar el reino de Italia, de ahí es que no lo mira con el horror que me parecía.

Como éste es un asunto que anda mezclado de política y religión no hablaré ni de palabra ni por escrito,... sólo deseo saber cómo me debo llevar cuando llegue el caso. Vd. pida a Roma que se digne indicarme qué es lo que debo hacer. Yo con ansia deseo salir de la Corte y aun de España"

La postura de Claret en este asunto, estaba condicionada por la estrecha relación que tenía con Roma. Ésta le había reservado un papel más privado para influir en el ánimo de la Reina, sabiendo de la enorme estima que le profesaba, y evitar en lo posible el reconocimiento. Al precipitarse los acontecimientos que llevaron al gobierno a aceptar el reino de Italia, monseñor Claret se encontró libre de compromisos y presentó su dimisión al ministro de Gracia y Justicia el 17 de julio, so pretexto de estar estrechamente vinculado con el arzobispo de Burgos, que había sido cesado por el gobierno, dimisión que no sería aceptada.

De estos hechos no tuvo conocimiento - la opinión española. La primera manifestación pública que hizo, fue una vez abandonada la Corte y ya en Barcelona.

La prensa liberal calificó la protesta de Claret de tardía y temerosa, señalaban que sorprendía el que hubiera aguardado a que los hechos se consumasen para formularla y el que esperara a encontrarse en Barcelona, lejos de la Corte, para llevarla a cabo (115).

Los periódicos neo-católicos dieron gran publicidad a este hecho, señalando que, como era lógico, Monseñor Claret no podía dejar de sumarse a la protesta. Este movimiento incluyó a la casi totalidad del episcopado español, pero ciertamente la actitud no fue unánime y hubo excepciones notables que no pasaron desapercibidas para la opinión pública. Entre ellas, las de los obispos de Almería, Andrés Rosales y Muñoz, Mallorca, Miguel Salvá y Munar, y el Patriarca de las Indias occidentales, Tomás Iglesias y Barcones y el arzobispo de Toledo, Cirilo Alameda y Brea.

Sobre la actitud del Cardenal Primado, dice la prensa el 19 de julio:

"... El ridículo alboroto que se ha movido con el reconocimiento del reino de Italia, pronto, por fortuna, tendrá fin. De esperar -

es que la Corte de Roma lo repruebe como lo hacen ya algunos prelados, entre ellos Su Eminencia el Arzobispo de Toledo" (116).

"El Contemporáneo" señalaba el 23 de julio que el Arzobispo de Toledo no veía en la cuestión de Italia las cosas, de idéntica manera que los otros prelados (117).

Mayor sería la cohesión del episcopado español para manifestar ante el Consejo de Estadado y el gobierno su oposición a que se juzgase la actitud del arzobispo de Burgos y de los obispos de Tarazona y Osma.

Si la actitud del alto clero fue, en su - mayor parte, contraria al reconocimiento, la otra parte del mismo habría de secundar, también en su mayoría, el proceder de sus jerarquías.

Se dieron varias posturas, desde las que como se ha señalado apoyaban abiertamente el comportamiento del episcopado sumándose a - la campaña contra el reconocimiento, hasta . los que aceptaron como mal menor este hecho.

Los primeros desde sus parroquias solicitaron recogida de firmas de sus feligreses para oponerse al reconocimiento (118) y predicaron incluso desde sus púlpitos en contra de esta medida del gobierno. "El Contemporáneo", entre otros, recogía esta actitud bau

jo el título "propaganda neo-católica". Dice:

"... El párroco de la iglesia del Santo Angel de Sevilla lanzó desde el púlpito una proclama revolucionaria. Parece que el tema de su sermón, más bien que las celestes virtudes de la Madre de los Angeles, fue la cuestión del reconocimiento del reino de Italia; tema que expuso y desenvolvió repitiendo las palabras del Sr. Obispo de Tarazona y la de los furibundos artículos de los periódicos neo-católicos.

Llegaría a llamar impíos, herejes, y enemigos de Dios y réprobos condenados al fuego eterno para los que se muestren partidarios del reconocimiento" (119).

También se dio la postura, numéricamente no tan importante, de los sacerdotes que aceptaron, aunque de mal grado, el posible reconocimiento del reino de Italia como mal menor, por suponer que el oponerse significaba la caída de O'Donnell y que esto traería la revolución al país.

La prensa liberal en sus páginas recogía esta actitud. El periódico "La Correspondencia" publicó varias cartas en este sentido, entre ellas una de un cura de aldea que dice:

"... No quiero al general O'Donnell ni quiero el reconocimiento de Italia, pero se que sí O'Donnell se va, la revolución viene, y si - la revolución viniera la libertad de cultos llegaría. A O'Donnell me atengo, y que disponga lo que convenga en la cuestión del reconocimiento de Italia" (120).

A propósito de esta campaña el periódico conservador "El Contemporáneo" dice el 20 de Julio de 1865:

"... No han sido los prelados españoles quienes han dado la señal de esa cruzada anárquica y perturbadora. Sus exposiciones contra el reconocimiento de Italia - aparecen después de las excitaciones provocadoras de la prensa reaccionaria. Algunos prelados han tenido el valor de guardar silencio a pesar de las incitaciones del neocatolicismo. Estos prelados son el blanco de las censuras neo-católicas" (121).

"El Diario español", pro-gubernamental decía también en sus páginas del 12 de julio:

"... Si a la cruzada clerical contra el reconocimiento del reino de Italia se deja franco el paso,

si no se ataja con mano enérgica el torrente de exposiciones y pastorales, que por quien menos debíase esperar, ha comenzado a precipitarse sobre nosotros; si se consiente que los que contra el liberalismo conspiran en mal guardado secreto, figuren y sean cerca del trono, si el ministerio no usa vigorosamente el poder que las leyes de esta monarquía le confieren para frenar los excesos del - sacerdocio, será la caída de este gabinete y su reemplazo Dios sabe por qué gentes y por qué tendencias.

Si por desdicha la Unión Liberal no consigue sus propósitos si no tiene poder bastante para hacer entrar en razón al arzobispo de Burgos, y luego a todos los - Obispos, de nuevo aconsejamos al ministro que se retire. O ellos o nosotros, o los neocatólicos, o los liberales" (122).

Toda la prensa liberal, en general, acusó al clero español y sobre todo al episcopado, de haber desbordado el asunto, y de haberse prestado al juego de los neo-católicos. Algunos de estos periódicos de corte liberal, señalaron que esta situación podía evitarse con una Iglesia libre en un Estado libre (123).

El gobierno del general O'Donnell supo resistir todas estas dificultades que a punto estuvieron de producir su caída, sin embargo contaba con la fuerza necesaria para conti-nuar con su anunciado reconocimiento del reino de Italia. A pesar de las afirmaciones de la prensa liberal que manifestaba que el gobier-no había salido más fortalecido de esta em-presa, en el seno de éste surgieron proble-mas entre los propios miembros del gabinete y de éste con la Reina.

"El Contemporáneo" se expresa así:

"... Ha atravesado el gabinete la discusión de la cuestión de Italia y la cuestión de los obispos; y de todas ha salido tan fuerte, compacto y unido, tanto como estaba el día en que fue llamado a regir los destinos del país" (124).

Más objetivo en este caso parece la opinión del diario progresista "La Soberanía Nacional", del 19 de julio, que manifiesta:

"... Han surgido algunas dife-rencias entre los ministros a propósito de la conducta que se si-gue en la cuestión de Italia, que el más recalcitrante es el minis-tro Alonso Martínez" (125).

A este hecho, había que sumar también la

dimisión del embajador en París. A. Mon, a causa del reconocimiento, dimisión que presentó el 12 de julio al ministro de Estado (126).

El reanudar las interrumpidas relaciones con Italia fue un hecho de enorme magnitud en nuestra política exterior y en nuestra política interior, supuso un revulsivo para las viejas tradiciones y un beneficio para las ideas modernas.

Así se expresaba Navarro y Rodrigo, biógrafo del general O'Donnell, sobre el reconocimiento que era un golpe de Estado, era una revolución impuesta por necesidades perentoriamente sentidas dentro y fuera de España (127).

Uno de los que mejor llegó a comprender los motivos que llevaron al reconocimiento fue Italia, que en carta al general Lamarmora, presidente del Consejo de ministros, lo expone así:

"... Hay que estar de acuerdo en que el gobierno actual ha reconocido al reino de Italia porque es un hecho realizado, aunque también se le atribuye esta política a exigencias de su propia conservación" (128).

Parecía que la cuestión quedaba ya definitivamente zanjada, pero sólo estaría aplazada por la llegada del verano y la disolución de las Cortes.

NOTAS AL CAPITULO IV

1. D.S.C. - Congreso. Sesión del 6 de marzo 1861.
2. D.S.C. - Congreso. Sesión del 7 de marzo 1861.
3. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa" (Incluida en el Despacho 57) La Perseveranza. 13-VI-1861.
4. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa" (Incluida despacho nº 62) La Perseveranza del 30 junio 1861.
5. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa" La Perseveranza, Turín del 15-VII-1861. Artículo: La Questione Romana.
6. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. "Prensa" La Perseveranza. Turín 14-VII-1861. Artículo: L'Austria e la Spagna.
7. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. Prensa incluida despacho 61. La Perseveranza (sin fecha)
8. Ibidem.
9. Biblioteca Nazionale Roma. Diario ufficiale di Sessioni . Congresso 20-VI-1861.
10. A.G.M.A.E.M. Sección Política. Reino de Italia. 1861-70. Legajo nº 2530. R. Orden 25 junio 1861.
11. A.S.V.S.S. Sección de Estado 1861. R. 165. B. 265. F. 30. Despacho nº 900.
12. D.S.C. - Congreso. Legislatura 62-63. Sesión 1 diciembre 1861.
13. A.G.M.A.E.M. Sección de Estado. Santa Sede. Legajo 1736. Despacho nº 248.
14. D.S.C. - Congreso. Sesión 6 marzo 1861.
15. A.H.N. Sección de Estado. Legajo 8070. Prensa. La Perseveranza. 15 julio 1861.
16. H.M.M. La REgeneración 4-XII-1861. "Roma y siempre Roma".
17. R. La Civiltà Cattolica. Vol 4. 1860. Roma. "El episcopado Español y el Santo Padre".

18. A.G.M.A.E.M. Sección de Política. Reino de Italia. 1861-70. Legajo nº 2530. Despacho Reservado nº 8.
19. A.G.M.A.E.M. Sección de Política. Reino de Italia. 1861-70. Legajo nº 1737. Despacho nº 193.
20. Ibidem.
21. A.G.M.A.E.M. Sección de Política. Reino de Italia. 1861-70. Legajo 1737. R. Orden 22.X.1864 (nº 10).
22. TUÑÓN DE LARA, El hecho religioso en España. p. 88.
23. MENENDEZ PELAYO, Obras completas. T. VIII. Cap. I. p. 291.
24. J. Manuel CASTELLS, Las asociaciones religiosas. p. 223.
25. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1864 - julio 1865. Apéndice "Dictamen del consejo de Estado". p. 1.
26. Ibid. p. 9.
27. Ibid. p. 11.
28. Ibid. P. 16.
29. MENENDEZ PELAYO, Obras completas. Ob. cit. T. VIII. p. 291.
30. Ibid. p. 290.
31. Ibid. p. 293.
32. Francisco de Asís AGUILAR, El Pase Regio. p. 48-60.
33. LLOPIS, Historia Política y Parlamentaria de Nicolás Salmeron. p. 741-769.
34. Santiago PETSCHEN, Iglesia-Estado, un cambio político. p. 145.
35. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1869. tomo III. p. 1651.
36. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1869-30-IV. Tomo III. p. 1517.
37. V. CACHO VIU, La Institución Libre de Enseñanza. p. 123.
38. J.M. CUENCA TORIBIO. La Iglesia Española ante la revolución liberal. p. 94.

39. A.H.N. Sección de Estado. 1862. Legajo nº 8070. Despacho nº 19.
40. A.H.N. Sección de Estado. 1862. Legajo nº 8070. Despacho nº 68.
41. A.H.N. Sección de Estado 1862. Legajo 8070. Despacho nº 95.
42. A.H.N. Sección de Estado 1862. Legajo nº 8070. Despacho nº 134.
43. J. BECKER. Historia de las relaciones exteriores de España. Ob. cit. p. 654.
44. A.H.N. Sección de Estado. 1863. Legajo nº 8071. Despacho nº 44.
45. A.G.M.A.E.M. Sección Política. Reino de Italia. 1861-70. Legajo nº 2530. R. Orden 23-II-1864.
46. A.G.M.A.E.M. Sección Política 1861-70. Reino de Italia. Legajo nº 2530. Circular 7-IV-1864.
47. A.M.A.S.S.I. Sección Política. Embajada en Madrid. Legajo nº 3657. Despacho nº 27.
48. A.M.A.S.S.I. Roma. Sección Política. Embajada en Madrid. Legajo nº 3657. Despacho nº 2.
49. A.M.A.S.S.I. Sección Política. Legajo 3657. Despacho nº 37 (18-X-1864)
50. A.G.M.A.E.M. Sección de Estado. Santa Sede. 1864. Legajo nº 1736. Despacho nº 206.
51. Bibliot. Congreso. Libro rojo sobre Italia 1865. Catálogo nº 3129. p. 7.
52. Ibid. p. 10.
53. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1864-65. Sesión 22-XII-1864.
54. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1864-65. Sesión 25-II-1865.
55. A.M.A.S.S.I. Sección Política. Embajada en Madrid. Legajo nº 2130. Despacho nº 53. 5-II-1865.
56. Biblioteca del Congreso "Libro rojo sobre Italia" Ob. cit. p. 14.

57. Ibid. p. 26-27.
58. A.G.M.A.E.M. Sección Política. reino de Italia. 1861-70. Legajo nº 2530. Despacho nº 45.
59. Biblioteca del Congreso. "Libro Rojo sobre Italia" Ob. cit. p. 45.
60. Ibid. p. 47.
61. Ibid. p. 46.
62. R.A.H. Archivo particular Isabel II. Carta de Isabel II a Pío IX del 23-V-1865.
63. A.S.V.N.M. 1865. N. 383. C. 33. Sezione 12. Corrispondenza lettera de Pio IX a Isabel II del 15-VI-1865.
64. A.G.M.A.E.M. Sección de Estado. Santa Sede. Legajo nº 1737. Despacho nº 85.
65. A.M.A.S.S.I. Sección Política 1865. Legajo nº 2130. Embajada en Madrid. Despacho nº 65.
66. A.M.A.S.S.I. Sección Política 1865. Embajada en Madrid. Legajo nº 2130. Despacho nº 73.
67. Biblioteca del Congreso. Libro Rojo... ob. cit. p. 45.
68. Ibid. p. 24-25.
69. A.M.A.S.S.I. Sección Política 1865. Embajada en Madrid. Legajo nº 2130. Despacho nº 73.
70. A.M.A.S.S.I. Sección Política 1865. Embajada en Madrid. Legajo nº 2130. Despacho nº 73.
71. A.M.A.S.S.I. Sección Política 1865. Embajada en Madrid. Legajo nº 2130. Despacho nº 74.
72. Ibidem.
73. A.M.A.S.S.I. Sección Política. 1865. Embajada en Madrid. Legajo nº 2130. Despacho nº 74.
74. A.M.A.S.S.I. Sección Política. 1865. Embajada en Madrid. Legajo nº 2130. Despacho nº 76.
75. A.M.A.S.S.I. Sección Política. 1865. Embajada en Madrid. Legajo nº 2130. Despacho nº 79.
76. C. LLORCA, Isabel II y su tiempo. p. 165.

77. J. PABON, España y la Cuestión Romana. p. 37.
78. H.M.M. El Contemporáneo. 2 agosto 1865. Año VI).
79. D.S.C. - Congreso. Sesión 6-VII-1865.
80. D.S.C. - Congreso. Sesión 7-VII-1865.
81. Ibidem.
82. D.S.C. - Congreso. Sesión 4 julio 1865.
83. D.S.C. - Congreso. Sesión 6 julio 1865.
84. D.S.C. - Congreso. Sesión 7-VII-1865.
85. Ibidem.
86. Ibidem.
87. Ibidem.
88. D.S.C. - Congreso. Sesión 7 julio 1865. p. 3085.
89. Ibid. p. 3088.
90. D.S.C. - Congreso. Sesión del 8-VII-1865.
91. Ibidem.
92. Ibidem.
93. Ibidem.
94. D.S.C. - Congreso. Sesión 10 julio 1865. pp. 3110-3123.
95. Ibidem.
96. Ibidem.
97. H.M.M. El Pensamiento Español. 4 julio 1865.
98. H.M.M. La Regeneración. 12.VII.1865.
99. Ibidem.
100. H.M.M. La Regeneración. 18-VII-1865.
101. H.M.M. El Pensamiento Español. 28-XII-1869.
102. H.M.M. El Contemporáneo. 4-VII-1865.

103. H.M.M. El Contemporáneo. 7-VII-1865.
104. H.M.M. El Contemporáneo. 19-VII-1865.
105. Ibidem.
106. H.M.M. El Contemporáneo. 13 julio 1865.
107. H.M.M. El Pensamiento Español. 13 julio 1865.
108. Ibidem.
109. H.M.M. (Recogido en el) El contemporáneo. 18-VII-1865.
110. Revista de la Universidad Complutense nº 112. vol. XXVII. "La diócesis de Tortosa en la última etapa isabelina". p. 270.
111. H.M.M. La Gaceta. 15-VII-1865.
112. H.M.M. (recogido) El Contemporáneo. 22-VII-1865.
113. H.M.M. (recogido) El contemporáneo. 23-VII-1865.
114. A.S.V.N.M. N. 383. C. 33. Sezione XII. Carta 14.3. Mons. Claret al nuncio en Madrid. 17-VII-1865.
115. H.M.M. El Contemporáneo. 19 julio 1865.
116. Ibidem.
117. H.M.M. El Contemporáneo. 23 julio 1865.
118. H.M.M. El Contemporáneo. 15 julio 1865.
119. H.M.M. El Contemporáneo. 21 julio 1865.
120. H.M.M. El Contemporáneo. 22-VII-1865 (Recogido)
121. H.M.M. El Contemporáneo (recogido). 20-VII-1865.
122. H.M.M. El Diario Español. 12 julio 1865.
123. H.M.M. La Discusión. 14 julio 1865.
124. H.M.M. El Contemporáneo (recogido). 20-VII-1865.
125. H.M.M. La Soberanía Nacional. 19-VII-1865.
126. Biblioteca del Congreso. "Libro Rojo" Ob. cit. p. 24.
127. J. BECKER, Relaciones exteriores de España... Ob. cit. T.II. p. 778.

128. A.M.A.S.S.I. Sección Política. 1865. Embajada en Madrid. Legajo nº 2131. Despacho nº 5.

CAPITULO V.- EL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA Y LA
CAIDA DEL GOBIERNO DE LA UNION LIBERAL

CAPITULO V.- EL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA Y LA
CAIDA DEL GOBIERNO DE LA UNION LIBERAL

1. REPERCUSIONES DEL RECONOCIMIENTO. REACCIONES DEL EX-
TERIOR.

1.1. DISCREPANCIAS ENTRE AUSTRIA Y ESPAÑA POR EL RE-
 CONOCIMIENTO.

Anunciado el propósito, por el gobierno del general O'Donnell de reconocer el reino de Italia, el ministro de Estado el 26 de junio de 1865 comunicó a los representantes de España en el extranjero la decisión del gabinete, para que la transmitiesen a los gobiernos ante los que estaban acreditados.

La mayor parte de las naciones consultadas, salvo algunas excepciones, se manifestaron positivamente ante la determinación española.

Austria se encontraba entre las que no veían con buenos ojos el giro que tomaba la política exterior de España ante la causa italiana. El ministro de Asuntos exteriores de Austria, conde de Mensdorff, consideró oportuno dirigir a su encargado de negocios en Madrid, un despacho fechado en Viena el 21 de julio, del que dió lectura al ministro de Estado español, Bermúdez de Castro, en el que expresaba el enorme sentimiento que había producido en Austria el propósito de España de rectificar su actitud en la cuestión italiana, en la que ambas naciones tenían identidad de intereses.

Seguía manifestando el ministro austríaco que a pesar de las reservas que acompañaban al reconocimiento de Italia por España, este hecho dificultaba la colaboración entre las dos naciones, en la defensa de la cuestión romana, y ponía en duda la eficacia de los propósitos españoles de mejorar, por el reconocimiento, su peso internacional favoreciendo así al Pontificado.

Austria, como potencia de orden y conservadora, lamentaba profundamente el alejamiento de España de su órbita de influencia. Para el conde de Mensdorff el reconocimiento implicaba la aceptación del principio revolucionario de sufragio popular que había triunfado en Italia, y a su juicio, podría convertirse en una amenaza para el trono de S.M. la Reina. Fundaba este recelo en el peligro de una concesión hecha a ideas que trataban de extenderse por Europa, alentando a los partidos que deseaban seguir el ejemplo italiano en detrimento del respeto a los principios tradicionales.

El ministro de Estado español envió una Real orden el 3 de agosto de 1865 al representante de España en Viena, con un doble objeto, por una parte explicarle cuáles debían ser, en ese momento, las líneas por las que debía moverse, en sus relaciones con el gobierno del emperador, y en segundo lugar le comunicaba que expresase al conde de Mensdorff cuan vivamente sentía el que la política inaugurada por el gobierno de S.M. respecto a la cuestión italiana no coincidiese con la que Austria, por razones respetables, creía conveniente seguir. El ministro proseguía que creía necesario que aclarase

al conde de Mensdorff, cuan diferentes eran los intereses de Austria de los de España en la península italiana y que discrepaba también de la valoración que hacía respecto a la inutilidad del hecho del reconocimiento, en favor del Santo Padre, ya que la realidad había demostrado que con la conducta que España había seguido hasta ese momento, todos sus esfuerzos habían sido completamente estériles o ineficaces para con los fines propuestos. También debía tranquilizar los temores que el conde de Mensdorff abrigaba de los peligros que amenazaban al trono de la Reina, ya que la mejor garantía de ese trono está en la íntima unión que existe entre la Corona y sus súbditos, y que éstos estarían dispuestos a salvar a la Reina si algún peligro la amenazase, peligro que por fortuna no existe y que el gobierno estaba seguro de evitar con su política liberal y conservadora a la vez (2).

El ministro de Estado, Bermúdez de Castro, manifestaba también al embajador en Viena los cambios que se habían producido en la política exterior española. Dice:

"... Es cierto que durante el último ministerio presidido por el duque de Tetuán, la política seguida por el gobierno de la Reina respecto a la cuestión de Italia, se encontraba hasta cierto punto en armonía con la de Austria, sin que esto estuviera regido por acuerdo alguno que estipulara que ambas naciones se hubieran compro-

metido a seguir una misma marcha política. España y Austria podían caminar de acuerdo mientras sus respectivos intereses así lo permitiesen, pero cuando los intereses políticos y materiales de España aconsejan que se reconozca el consolidado reino de Italia, ya reconocido por toda Europa, - con levísimas excepciones, prescindiendo de afecciones personales y de intereses puramente dinásticos, y anteponiendo a toda otra consideración el bienestar del país.

Como potencia exclusivamente católica nos interesamos por todo cuanto tiene relación con el Sumo Pontífice; pero este interés es pura y simplemente en favor - del Santo padre, sin mezcla de aspiraciones políticas de ningún género. No puede desconocerse el hecho que el interés que anima a Austria en favor del jefe de la Iglesia católica es diferente - del nuestro, ya que tiene en la península italiana otros intereses de muy distinta índole" (3).

España con el reconocimiento del reino de Italia se apartaba, en su política exterior, de la línea de conducta seguida desde 1859, que la había llevado en algunos momentos a coincidir con la de

Austria, como ocurrió en 1861 cuando el 28 de mayo ambos países entregaron, por medio de sus representantes en París, sendas notas, simultáneamente, de protesta al gobierno del emperador Napoleón III.

La prensa europea recogía las discrepancias surgidas entre Austria y España a causa del reconocimiento, por ésta última, del reino de Italia.

Algunos periódicos calificaron la respuesta del conde de Mensdorff al gobierno español de protesta formal contra el reconocimiento. Otros, como el parisino "Mémorial Diplomatique", la presentaron como una medida adoptada por el gabinete de Viena para desligar la política austriaca de la española, afirmando que estaban unidas en virtud de las notas del 28 de mayo de 1861 entregadas simultáneamente (4).

Sin embargo la comunicación de Viena no tuvo la característica de una protesta formal, fue más una toma de posición y una manifestación lógica por el alejamiento, en el tema italiano, de una potencia católica con la que habían coincidido durante largo tiempo, en miras y propósitos.

Por su parte, el gobierno español no calificó la nota austriaca de protesta, por considerar que España no había roto ningún pacto por el que estuviese sujeta a Austria. Saliendo al paso de las afirmaciones de la prensa que tildaban de pacto tácito entre ambas naciones, las notas entregadas en mayo de 1861, el ministro de Estado español dice a su representante en Viena:

"... El gabinete austríaco lo ha comprendido sin duda del mismo modo, puesto que en la comunicación dirigida por el conde de Mensdorff al encargado de negocios no se alude ni directa ni indirectamente a las gestiones practicadas en mayo de 1861" (5).

Para el gobierno español sólo hubo coincidencia en la entrega de las notas, sin ningún otro tipo de entendimiento. Sin embargo el ministro español olvidó deliberadamente hacer mención a los despachos que, con este motivo, dirigió a su embajador en París así como a su encargado de negocios en Cerdeña para que obrasen de común acuerdo con la diplomacia austríaca. Las afirmaciones de Bermúdez de Castro no fueron más que una verdad a medias, cierto que no hubo acuerdos firmados, pero sí existió una inteligencia entre los dos gobiernos.

El gabinete español no deseaba presentar, en esos momentos, el reconocimiento como una modificación, de hecho, de su actitud en la cuestión italiana, sino más bien como simple aceptación de los hechos consumados.

1.2. PROTESTA DE FRANCISCO II DE LAS DOS SICILIAS.

El ministro de Estado español dirigió una nota el 28 de julio al conde de San Martino di Montalvo, encargado de negocios de las Dos Sicilias, por la que le comunicaba que S.M. la Reina Isabel había reconocido a Victor Manuel como Rey de Italia. Le ha-

cía saber que por este motivo cesaba la representación diplomática que había tenido hasta entonces. - La protesta del Rey Francisco II llegó el 29 de julio al ministro de Estado. Dice:

"... El infraescrito encargado de negocios de las Dos Sicilias ha recibido la apreciable nota del 28 del corriente, en que S.E. el Sr. Bermúdez de Castro, ministro de - Estado de S.M. católica, le daba - conocimiento de que S.M. la Reina ha reconocido al Rey Víctor Manuel como Rey de Italia.

En vista de este acontecimiento, cumpliendo las órdenes que me ha transmitido mi augusto soberano, tengo la honra de protestar, en el real nombre de S.M. y del modo más amplio y solemne, contra un acto - que sanciona en cierto modo la usurpación de sus Estados y el despojo de sus derechos. Aunque parezca extraño, Francisco II se ve obligado a protestar contra los actos de un gobierno de una soberana próxima pariente y que además tiene derechos eventuales a la Corona de las Dos Sicilias" (6).

El gobierno isabelino, sabía que con el reconocimiento se apartaba del principio de causa común que la monarquía de España había mantenido en todo momento, con los Borbones italianos, como miembros de

la dinastía de la que era jefe de la Casa real española. Aunque en esta tradicional amistad, como dice el profesor Jesús Pabón, hubo vacilaciones en la actitud del gobierno español, en función del apoyo - que los Borbones italianos prestaban o al campo carlista, ó al liberal de Isabel (7).

De todas formas, a partir de la llegada al trono de Francisco II de las Dos Sicilias la actitud del reino de Nápoles sería de franca amistad con su pariente de España Isabel II, olvidando ciertas veleidades que su padre tuvo con Don Carlos.

Este hecho contribuyó a una mejora inmediata de las relaciones entre ambos reinos, que se tradujo en un especial interés por parte de Isabel II - hacia su pariente en desgracia, el Rey Francisco II.

El ministro de Estado, Bermúdez de Castro, sabía cómo pesaba en el ánimo de la Reina el dar el paso del reconocimiento del reino de Italia, fundamentalmente por Roma, pero también por no añadir más sufrimientos al caído Francisco II de las Dos Sicilias. Acerca de esta actitud, el encargado de negocios de Victor Manuel II en Madrid, dice en su despacho del 16 de julio al presidente del Consejo de Ministros, general Lamarmora, que en su entrevista del 15 de - julio con el ministro de Estado español habían estado de acuerdo en aceptar como válidos los principios italianos empleados en la unidad con respecto al territorio de Austria anexionado, pero había complicaciones en aplicar los mismos a Nápoles y Parma unidos por vínculos familiares estrechos con los - Borbones de España (8).

1.3. MODERADA REACCION DE LA SANTA SEDE.

La Santa Sede conoció oficialmente el 4 de julio la comunicación que el ministro de Estado español envió el 26 de junio a su representante en Roma, en la que se manifestaba la intención del gobierno del general O'Donnell de reconocer al reino de Italia. El secretario de Estado, cardenal Antonelli, manifestó al embajador de España que tratándose de una cosa hecha nada tenían que decir Su Santidad y él, sino expresar su sentimiento (9).

Consumado el reconocimiento, fue comunicado por el ministro de Estado español en circular que envió el 2 de agosto a los representantes de España en el extranjero.

El ministro de Estado dirigió una nueva comunicación el 11 de agosto al embajador de España en Roma, para que expresase una vez más y diese seguridad al cardenal Antonelli sobre la causa del Santo padre. El texto dice:

"... El reconocimiento del rei no de Italia por nuestra parte no envuelve ni implica la aprobación de hechos a los cuales ha sido extraño el gobierno español, ni atenúa, en modo alguno, el valor y la importancia de las protestas de la Santa Sede.

España ha procedido en esta ocasión como ya procedieron otras potencias católicas; y al entrar

en relaciones con el gobierno italiano, no vacila el de S.M. en afirmar que su conducta estará siempre en armonía con los sentimientos católicos del pueblo español, siendo objeto constante de los deseos del gabinete de la Reina que se conserve en la plenitud de su independencia la sagrada institución del Pontificado" (10).

La Santa sede aparentemente se manifestó moderada en su reacción. Esto se podía explicar porque contaba, para intentar evitar el reconocimiento, de una parte con ciertos medios de presión a utilizar, como el propio clero español y el círculo que rodeaba a la Reina, y de otra porque sabía que seguía necesitando de la ayuda del gobierno de la Reina Isabel para el futuro de Roma y la conservación del poder temporal del Papado. Una ruptura o una protesta radical habría enfriado demasiado las relaciones entre ambos gobiernos y quizá habría provocado una inhibición del gabinete español en la llamada cuestión romana.

A Roma le era imprescindible el apoyo de las naciones católicas, para conseguir que Napoleón III le garantizase su seguridad.

El gobierno español con el tardío reconocimiento del reino de Italia cerró un capítulo de su política exterior. En Italia no todo estaba resuelto, quedaba "la llamada cuestión romana", en ella el gobierno de O'Donnell no se apartó de la posición tradi-

cional española: necesidad del poder temporal del Pontífice, lo que equivalía a la condición de que el Papa siguiese conservando Roma, y que Italia concluyese su unidad sin esta ciudad, como estipulaban los acuerdos del 15 de septiembre firmados por Francia y el reino de Italia.

Con el nombramiento, el 31 de julio de 1865, del nuevo embajador en Roma, Isturiz, el gobierno le dio instrucciones sobre la política a seguir en la cuestión romana, instrucciones que le fueron, de nuevo, completadas y ratificadas el 8 de noviembre. Las indicaciones y normas reflejaban el pensamiento del gabinete en esta importante cuestión, a las que había de acomodar su conducta el nuevo embajador.

"... Conviene, en primer lugar, que V.E. aproveche cuantas ocasiones se le presenten para asegurar a S.S. así como al cardenal Antonelli que la católica España profesa hoy, como siempre, el más profundo respeto y las más vivas simpatías al Padre Santo, y que uno de los principales móviles que la han impulsado a reconocer el reino de Italia, ha sido precisamente el poder emplear con mejor resultado sus esfuerzos en favor del poder temporal de la Santa Sede" (11).

Con intención de dar más fuerza a su declaración en favor de la Santa Sede, el ministro de Estado in

dicó a su embajador en Roma que diese lectura, -
confidencialmente, al secretario de Estado cardenal
Antonelli, de la orden que el 14 de octubre el go-
bierno de Isabel II había enviado a su representan-
te en París. Dice:

"... España tiene una sagrada
obligación de emplear todos sus
esfuerzos morales en favor del po-
der temporal del Papado y de la
sagrada persona de Pío IX.

El gobierno de S.M. desea vi-
vamente que V.E. procure averi-
guar por todos los medios que es-
tén a su alcance, cuales son los
propósitos y las intenciones del
gabinete imperial, en el caso de
que al concluirse la evacuación
de las tropas francesas que guar-
necen Roma, estallara allí una -
revolución que obligase al Papa
a abandonar sus Estados.

El gobierno de la Reina de Es-
paña abriga la esperanza, es más
aún tiene la seguridad, que el -
gobierno del emperador piensa -
hoy como pensaba entonces en la
cuestión en que me ocupo.

Las potencias católicas tie-
nen todos los derechos y el deber
de cuidar por la conservación del
poder temporal del Papa. El tra-

tado del 15 de septiembre de -
1864 significa la coexistencia de
las dos monarquías en la penínsu-
la italiana y Francia adquiere el
compromiso de honor, ante el mun-
do católico, de velar por el po-
der temporal de la Santa Sede"
(12).

Por esta declaración el gobierno español deseaba convencer al de la Santa Sede que su política exterior sobre Italia, seguía siendo la de siempre, a pesar del reconocimiento que había llevado a cabo. Ciertamente se habían producido cambios en el tratamiento del problema, así se desprendía de los consejos que, de forma confidencial, daba el ministro de Estado español al embajador en Roma. Dice:

"... Conviene que V.E. aproveche, siempre que la ocasión se lo permita, para hacer presente que España ni ha perdido ni tiene que conservar en Italia territorio alguno, ni tiene fines políticos a que atender, y vería con gusto las reformas que se hiciesen en Roma para prevenir el único peligro - eventual que podría amenazar al Santo Padre: la revolución interior" (13).

Tras el reconocimiento del reino de Italia se - produjo un giro importante en la política exterior española. España se alejó de Austria y por

ende de las potencias conservadoras, mejorando sus relaciones con Portugal y Francia. Con Florencia - quedaron normalizadas, pero no llegó a existir una coincidencia de miras entre ambas Cortes, por separarles el contencioso de Roma.

El reconocimiento, en el plano de las ideas, supuso para España la aceptación del principio liberal de la autodeterminación de los pueblos bajo el sufragio popular, lo que equivalía a un alejamiento de los valores tradicionales y conservadores y a un debilitamiento del derecho de los soberanos.

2. LAS NUEVAS CORTES. REANUDACION DE LAS PROTESTAS.

2.1. LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS DE 1865.

Las Cortes se disolvieron el 10 de octubre y realizadas las elecciones, se abrió la nueva legislatura el 27 de diciembre. El reconocimiento jugó un importante papel en las alianzas que los partidos políticos preparaban con vistas a la campana electoral y en el transcurso de la misma. Del ambiente - pre-electoral y de la situación del gobierno dice - el representante de Florencia en Madrid en despacho del 28 de septiembre, poco antes de comenzar la campana electoral:

"... Todos los partidos parecen querer coaligarse contra el gobierno. Los neo-católicos porque aquél ha reconocido el reino de Italia y los moderados por necesitar el apoyo de los neo-católicos" (14).

El partido moderado, dada su división interna, - se debatía entre la participación o el retraimiento en las elecciones de 1865. La figura más sobresaliente, el general Narváez, era partidario, en principio, de la segunda opción, aunque aclarando que - su actitud no respondía a un sentimiento antidinástico ni en manera alguna deseaba arrastrar al partido hacia esta posición (15).

Reunido el partido moderado en casa del duque de Veragua para tratar esta cuestión, con la asistencia de 160 ex-diputados y senadores, se decidió por mayoría participar en las elecciones y publicar un manifiesto el 9 de noviembre en el que se expresaba - la protesta contra el proceder del gobierno. Dice:

"... Nuestro partido tiene el deber sagrado de acudir a defender en la tribuna parlamentaria, los altos intereses de que es campeón natural y guardián. No se - debe olvidar que el gobierno actual, sin explorar la opinión del país ni de las Cortes, como exigía la gravedad del caso, ha resuelto la gravísima y trascendental cuestión del reconocimiento del "llamado reino de Italia", sin tener ni siquiera en cuenta, para templar su precipitación, que todo el - episcopado español había protestado de antemano, contra ese acto - enérgica y vigorosamente.

¿Podría voluntariamente reti-

rarse del palenque parlamentario cuando esta cuestión de tan inmensa magnitud va a ventilarse?" (16).

Firmaban el documento los notables del partido, su presidente, duque de Valencia, el marqués de Novales, Alejandro Castro, González Bravo, el conde de San Luis, el duque de Veragua y Alejandro Mon.

Llamaba la atención el que estos hombres de Estado criticasen abiertamente una decisión proveniente del poder legítimo y firmada por la propia Reina. Su actitud equivalía a desautorizar no sólo al gobierno sino a la misma soberana, hecho insólito por provenir de un partido conservador que hacía - del principio de autoridad, el eje de su política.

El lenguaje utilizado para hacer mención al reino de Italia resultaba impropio e inadecuado en boca de hombres, incluso alguno de ellos perteneciente a la carrera diplomática, que no desconocían las repercusiones políticas, que tal uso del lenguaje, podía acarrear a España.

La actitud del partido Moderado fue tildado por la prensa liberal de oportunista, ya que iba encaminada a atraerse la simpatía y el apoyo de la fracción neo-católica en las elecciones y como concesión hecha al clericalismo español, molesto con ellos por la posición ambigua y poco beligerante que habían adoptado, salvo algunas excepciones, en el asunto del reconocimiento. El manifiesto fue una protesta, aunque tardía, contra este asunto.

Sobre esto, el representante del reino de Italia en Madrid, dice el 17 de noviembre al presidente del Consejo de Ministros, general Lamarmora:

"... Con esta especie de protesta contra el reconocimiento del reino de Italia, esperan obtener el apoyo de los neo-católicos.

Sería, evidentemente, por esta esperanza más que por sus sinceras convicciones, lo que habría inspirado el manifiesto del partido Moderado" (17).

El partido de Narváez consiguió que los neo-católicos apoyasen algunas candidaturas de los moderados, como las del conde de Xiquena, José M^a Claros, Severo Catalina y otros; precisamente los hombres más conservadores y que se habían destacado por su actitud de protesta contra el reconocimiento.

En otras circunscripciones presentaron candidaturas mixtas, como en Segovia, Toledo, Madrid, etc.

Los neo-católicos, siguiendo su línea de conducta, decidieron participar en la campaña electoral para, así, combatir al gabinete, primero, con sus declaraciones electorales y después en las mismas Cortes. Levantaron su voz, una y otra vez, pidiendo el voto católico para los candidatos que presentaban, bien en solitario o en candidaturas mixtas y solicitaron la abstención en las circunscripciones en las que sólo se presentaran candidatos liberales (18).

Los neo-católicos contaban con el apoyo del clero que tan estrechamente se había vinculado a ellos en los últimos meses, por la cuestión de Italia. Este no tuvo reparos en participar, más o menos abiertamente, en favor de este sector y de llegar a pedir el voto moral para estos candidatos a los que definía de candidatura católica. Esta actitud del clero molestó profundamente a la Unión Liberal y al gobierno que la criticaron con dureza (19).

Durante la campaña electoral, los neo-católicos no sólo hicieron frente común con los moderados, sino también, en algunos casos, como en las provincias vasca y navarra, se presentaron junto a los carlistas. Sus figuras más sobresalientes, Cándido Nocedal, Gabino Tejado y Francisco Navarro Villoslada, fueron apoyados por el carlismo tradicional (20).

Esta fracción del moderantismo, el grupo más conservador conocido como neo-católico, lanzó durante la campaña electoral, un manifiesto a la opinión pública española, inspirado en los principios del "Syllabus" y de la encíclica "Quanta Cura". No faltó en el documento la exaltación de los principios más tradicionales y ultramontanos y, por supuesto, el centro de la exposición era una defensa del poder temporal del papado y un ataque a las fuerzas políticas que habían contribuido al reconocimiento del reino de Italia. Dice el manifiesto:

"... ¿Qué vais, pues, a votar?,
vais primero e inmediatamente a re
petir en las urnas el grito de in-
dignación producido por el absurdo,

inútil y oprobioso acto del reconocimiento del llamado reino de - Italia" (21).

Los demócratas, como era de prever, no participaron en las elecciones. Los progresistas a pesar de ciertas discusiones y salvo algunas individualidades, no abandonaron el retraimiento en el que se mantenían desde 1863, y así lo anunciaron el 20 de noviembre. Los pasos liberales dados por el gobierno del general O'Donnell, como el hecho del reconocimiento, el alejamiento de Sor Patrocinio y las nuevas leyes electorales, no sirvieron para conseguir que estos participasen, de nuevo, en la vida política, constituyéndose otra vez, en imprescindible sogtén del régimen. Por el contrario, éstos laboraban en secreto una renovación del régimen que implicaba la caída de Isabel II y su dinastía.

La Unión Liberal y el mismo trono salieron debilitados de esta campaña, no tanto por los resultados obtenidos, seguían contando con amplia mayoría en ambas Cámaras, sino por la imagen que muchos españoles percibieron de este partido como contrario a la religión, idea transmitida por parte del clero (22) y la prensa más conservadora. La misma sociedad isabelina dejaba traslucir sus contradicciones y descomposición del sistema político en el que estaba basada.

2.2. APERTURA DE LAS CORTES.

2.2.1. El Discurso de la Corona.

El 27 de diciembre de 1865 se celebró la sesión regia de apertura de las Cortes en el palacio del Senado. En ella Isabel II, por fin podía leer un texto referente al reconocimiento aceptado por su gobierno y por el -nuncio en Madrid. De esta forma la Reina tranquilizaba su espíritu atormentado por el hecho de haber reconocido la engrandecida monarquía de Victor Manuel y haber podido caer en las censuras que la Santa Sede determinaba - para aquellos que favorecían las usurpaciones de los bienes de la Iglesia.

La Reina, así, cumplía con el deseo de S. S. de llevar a cabo una declaración pública de que sus sentimientos hacia la Santa Sede no habían variado por el reconocimiento (23).

Sirvió , además, para mejorar las relaciones especialísimas de la Reina Isabel con Monseñor Claret, propiciando su regreso a la Corte, lo que produjo un mayor entendimiento entre la soberana y su gobierno, poniendo fin a una situación que amenazaba ya con hacerse insostenible para la Reina, y que le estaba llevando a culpar al gabinete de todos sus males espirituales.

La correspondencia mantenida entre el -nuncio y Monseñor Claret, mostraba el en-

friamiento producido, tras el reconocimiento, entre la soberana y su imprescindible - confesor. En carta del 19 de septiembre Claret dice al nuncio Barilli:

"... Hace unos días he recibido carta de S.M. que en sustancia me dice lo mismo que Vd. en la su ya del 16 me había dicho; y le he contestado que antes de volver a la Corte me convenía ir a Roma pa ra hablar con el Papa.

Hace unos días leí en un periódico que S.M. había nombrado otro . confesor, fue para mí una gran ale gría, pero según veo continúa en pedir que vaya !no será verdad!.

¡Ay Señor!, al pensar que es po sible que aún vuelva a Madrid, es para mí una agonía que me quitará la vida, por los disgustos que ten dré que devorar, y las persecuciones que tendré que sufrir.

He pedido permiso al ministro - para ir a Roma, no sé si me lo con cederá, pero si yo no puedo ir a Roma para salir de mis dudas, no iré a Madrid, antes me dejaré matar que ir contra mi conciencia" (24).

Monseñor Claret se fue en octubre a Roma,

como era su deseo, para tranquilizar su conciencia consultando al Papa sobre si debía permanecer o no junto a la soberana que había reconocido Italia. La Reina no cejará en sus demandas dirigiéndose al Santo Padre para que intercediera e hiciese volver a Monseñor Claret junto a ella. El Papa, accediendo a sus deseos, solicitó a Claret regresara de nuevo junto a la Reina. Esta solicitud del Pontífice y la posterior declaración de Isabel sobre el reino de Italia, pusieron fin a los reparos y objeciones que le mantenían alejado de la Corte.

El discurso de la Reina a las Cortes, cerró un capítulo de tensión y desasosiego para la propia soberana y para su gobierno.

El discurso leído por la Reina, ante los senadores y diputados electos, dice acerca de la cuestión italiana:

"... Motivos de diversa índole, fundados en los intereses y sentimientos permanentes de la nación, me han impulsado a reconocer el reino de Italia. Este reconocimiento no ha podido entibiar mis sentimientos de profundo respeto y filial adhesión al Padre común de los fieles, ni menoscabar mi firme propósito de mirar por los derechos que asisten a la Santa Sede" (25).

2.2.2. Reavivación de las discusiones parlamentarias: Congreso y Senado.

Congreso.- Tras el Discurso de la Corona del 27 de diciembre de 1865 quedaba abierto el periodo que habría de reunir a las comisiones que preparaban la contestación al mismo, para su posterior debate y aprobación en ambas cámaras. Esta circunstancia dió lugar a que surgiesen de nuevo las discusiones ya tenidas en el mes de julio, cuando el anuncio del reconocimiento. Pero ahora se trataba de protestar contra una resolución ya tomada por la Reina.

En la sesión del 7 de febrero de 1866, - previo a la discusión sobre la respuesta al discurso regio, se presentó una proposición de ley, que hacía referencia al reconocimiento, firmada por el conde de Xiquena, el conde de Heredia Spinola Rafael Lorenzana, - José de Reina, Severo Catalina, Benito Gutiérrez, Ricardo Heredia y otros representantes del partido moderado.

El texto dice:

"... Los diputados que suscriben, piden al Congreso se sirva de clarar que ha visto con el mayor dolor el reconocimiento de Italia, por considerarlo opuesto a los intereses del Pontificado y a los sentimientos religiosos de la nación española, contrario, por el

modo y forma en que se ha realizado, a su dignidad y decoro, y por ser una concesión funesta a la paz y estéril a la revolución" (26).

Intervino en defensa de la proposición y en nombre de sus compañeros el conde de Xiquena, prohombre del partido moderado. En su intervención hizo todo un alarde de conservadurismo, alejándose, incluso, de posiciones que meses antes habían mantenido, y aproximándose a las concepciones del sector neo-católico.

"... El reconocer la unidad política de unos cuantos millones - de italianos es poner en peligro, cuanto menos la unidad religiosa. Atentar contra el poder temporal del Papa es atacar el principio - católico, y la unidad de Italia - no puede llegar a ser un hecho si no el día que haya dejado de serlo la unidad de la fe.

El poder temporal debe ser defendido por toda nación católica. Nadie había solicitado en España el reconocimiento de Italia, a no ser unos pocos utópicos y los que querían ver sancionado hoy en Italia lo que piensan llevar mañana a cabo en España. El actual gabinete se presentó en este recinto,

y declaró en el programa de su -
nueva política su firme propósito
de realizar una medida que era la
negación de todo su pasado.

Todos los partidos se oponían
al reconocimiento, hasta los más -
radicales, porque creían, y con -
razón, que a ellos les correspon-
día el verificarlo. A la Unión Li-
beral le era necesario, porque es-
te reconocimiento le suponía la -
única esperanza de afianzarse en -
el poder, sirviéndole de medio pa-
ra hacer salir del retraimiento al
partido Progresista. ¿A quién, -
pues, Sres. diputados, corresponde
el cargo de haber convertido una -
cuestión religiosa en una cuestión de
política interior?" (27).

El ministro de Estado no quería entrar en
la discusión de la proposición por conside-
rar que el mismo tema, sobre Italia, había
de tratarse próximamente en la discusión de
contestación al Discurso de la Corona, por
lo que pidió que se pasase a votación si
se tomaba o no en consideración la proposi-
ción del conde de Xiquena. Esta fue recha-
zada por 161 votos en contra y 25 a favor
(28).

Fracasado este nuevo intento de remover -
el asunto de Italia, volverán sobre el mis-
mo los neo-católicos junto a algunos elemen-

tos del catolicismo tradicional vasco.

El 21 de febrero se leyó en el Congreso la enmienda que presentaba Nocedal y suscrita por otros miembros del grupo como F. Navarro Villoslada, Gavino Tejada, Manuel M^a Herreros y los diputados del país vasco Antonio María Murua y A. de Arguinzoniz. Esta iba dirigida contra la totalidad del proyecto de contestación al Discurso de la Corona. Dice:

"... Señora: Fausto acontecimiento para España fue siempre la apertura de las Cortes del reino en aquellos tiempos en que, no dividido, sus hijos por estériles - banderías políticas, los estamentos ayudaban al monarca en la noble tarea de labrar la felicidad pública.

Felicitase el Congreso de que - las relaciones de España con las demás potencias continúen siendo amistosas; pero no puede menos de significar a V.M. en cumplimiento de uno de sus más sagrados deberes, que la nación ha visto con honda pena y patente amargura que el gobierno de su Reina, a quien sublima el glorioso dictado de católica, haya reconocido el llamado reino de Italia, conjunto monstruoso de sacrílegos despojos y repugnantes iniquidades. Los españo-

les, como su Reina, católicos por excelencia, no pueden, no deben, no quieren reconocer lo que ésta por la Santa Sede calificado de nefasto, y condenado en las personas de sus autores , cómplices, consejeros y adherentes. Los sentimientos y proverbial nobleza de la patria no lo consienten; sus tradiciones lo rechazan, a su futura grandeza perjudica" (29).

Una vez leída la enmienda se procedió a su discusión. Nocedal abrió el turno de defensa de la misma, haciendo hincapié en que sólo trataría una cuestión, la que más preocupaba a su ánimo y al de sus amigos, aquella que más interesaba a los españoles por excelencia católicos: la cuestión de Italia o lo que es lo mismo, la cuestión de Roma. Dice Cándido Nocedal:

"... Voy a defender la causa Santa de la Santa Sede y la causa Santa de la fe de mi patria. Voy a tratar señores de la gran cuestión de los Estados pontificios, de la gran cuestion del catolicismo" (30).

Nocedal en su intervención acusó al gobierno del general O'Donnell y en particular al ministro de Estado de falsear la verdad al afirmar en el Congreso que por el re

conocimiento sólo habían protestado hombres políticos, olvidando la protesta del clero:

"... Se olvidó Su Señoría de todos los obispos de España" (31).

Haciendo un alarde de su conservadurismo tildó de hipócritas las fórmulas del sufragio popular, medio empleado para legalizar las anexionaciones por las que Víctor Manuel realizó la unidad. Dice sobre esto:

"... No son nimás ni menos que una serie de actos de vandalismo y de piratería, sufridos con el consentimiento de Europa. Los gobiernos europeos que han consentido semejantes despojos son gobiernos abyectos" (32).

Criticó también al ministro de Estado Español, por el despacho que envió el 6 de agosto de 1865 a su embajador en Roma, Istúriz, para que aconsejara a S.S. que hiciese ciertas reformas en sus Estados. Dice:

"... Este consejo no se le puede dar al romano Pontífice, por estar perfectamente gobernados sus Estados. Ojalá estuviesen así administrados y gobernados los Estados de S.M. la Reina" (33).

En la jornada siguiente, se abrió el turno de alusiones, que sirvió para que, unos

a favor y otros en contra, volviesen sobre - el tema de la enmienda presentada por Nocedal. Comenzó tomando la palabra Arrieta Mascarua, diputado por Vizcaya, afirmando que aunque - no había suscrito la enmienda, la habría fir- mado con gusto, por el espíritu que la anima- ba, pero sobre todo dijo, por el lenguaje em- pleado al referirse al reconocimiento. Se ma- nifiesta en estos términos:

"... El reconocimiento de Ita- lia es el hecho más deplorable y funesto de nuestra política, que ha introducido la perturbación en el mundo, por el aliento y esperan- za que ha dado a la revolución.

Yo bien hubiera querido apoyar al gobierno, votando el proyecto de la comisión, reflejo del Discurs- so de la Corona, porque en estas circunstancias en que al gabinete se le combate revolucionariamente y porque en él están representados los principios de autoridad y de - orden. ¿Pero cómo, señores, sin - faltar a lo que me dicta mi con- ciencia, habría de votar eso que se dice de que razones fundadas en - los intereses permanentes de Espa- ña han determinado ese reconoci- miento de despojos que se llama reino de Italia?. ¿Hay en España intereses permanentes contrarios a los derechos del catolicismo, y

que a ellos éstos deban sacrificarse?" (34).

Participó también el diputado vasco Murua, so pretexto de haber sido aludido, pero con la clara intención de contribuir a apoyar la enmienda. Comenzó justificando su apoyo a la misma por defender los intereses del Pontificado y la causa de la Iglesia. Rechazó todas las alusiones que se habían vertido acerca de la enmienda a la que presentaban como una especie de programa de gobierno. En su intervención manifestó que la enseñanza en España debía de ser católica y solicitó un mayor control de la prensa. De la cuestión italiana dice:

"... Repruebo con toda la energía de que soy capaz el reconocimiento de Italia y no quiero ser responsable de ese acto ni de sus consecuencias que las ha de tener muy funestas, ni ante Dios, ni ante los hombres.

Nosotros queremos al Pontífice, Rey de todos sus Estados" (35).

Intervino para terminar el diputado José M^a Claros, uno de los hombres que en las pasadas elecciones había recibido el apoyo no sólo de su partido, sino también de los neocatólicos. Manifestó estaba en comunidad de principios con Nocedal y dice en su intervención, dentro del turno de alusiones, so-

bre la cuestión de Italia que ellos se limitaban a seguir la política de S.S. y cuando el Pontífice deseara modificarla, lo aceptarían (36).

Dentro del mismo turno, pero en este caso, aprovechando su intervención para atacar la enmienda, comenzó el diputado P. Escosura que manifiesta, entre otras cosas:

"... El discurso de Cándido Nocedal, es una filípica sangrienta contra el régimen constitucional parlamentario, que es el vigente en la monarquía española. Yo oí, señores, atacar los principios fundamentales del gobierno representativo.

Las doctrinas del Sr. Nocedal, yo lo espero, encontrarán correctivo en el gobierno liberal y constitucional de S.M.

Con respecto a Italia el Sr. Nocedal confunde las materias de fe con la política" (37).

A esta anterior intervención, vino a sumarse como apoyo a la política del gobierno y en defensa de los principios liberales el diputado Mena y Zorrilla, perteneciente a la mayoría. Dividió su discurso en dos partes, la primera la dedicó a atacar la introducción de la enmienda de Nocedal por

considerarla una inconveniencia en el fondo y en la forma de manifestarlo.

Acusa a Nocedal de antiliberal y contrario al sistema parlamentario. Terminó defendiendo al general O'Donnell del que dice que mucho se le debía ya que su mano había impedido que la revolución que llamaba a la puerta de los cuarteles, triunfase (38).

En la segunda parte de su discurso, el diputado Mena y Zorrilla defendió la política mantenida por el gobierno en los asuntos de Italia, por ser la más realista y práctica, ya que sólo aproximándose a Francia se podría defender los intereses del Pontificado como se precisaba en los tratados del 15 de septiembre de 1864 al quedar allí consagradas las dos soberanías en Italia (39).

El ministro de Estado rechazó la posibilidad de intervenir, a pesar de las continuas alusiones de las que había sido objeto el gobierno, diciendo que se reservaba su contestación para cuando esta cuestión de Italia volviese a surgir, cosa que con toda seguridad haría Nocedal como maestro de la doctrina que capitaneaba.

Terminadas las discusiones y leída de nueva la enmienda de Nocedal, no fue tomada en consideración (40).

Comenzada la discusión sobre el proyecto de contestación al Discurso de la Corona, elaborado por la comisión

encargada, volvió de nuevo la oposición más conservadora y principalmente la fracción neo-católica de Nocedal a atacar al gobierno de la Unión Liberal, por la política seguida con Italia, y con la oculta intención de convertir el debate en una cuestión de censura.

El proyecto de contestación también recibió los ataques de los progresistas independientes que se habían presentado a las últimas elecciones. Su voz, aunque no fue la oficial del progresismo por estar retraído de la vida parlamentaria, representaba el sentir de este partido. Su crítica a la totalidad del proyecto no iba dirigida, a diferencia de la otra oposición, contra el reconocimiento del reino de Italia con el que estaban de acuerdo, sino contra la afirmación que recogía el discurso de defensa del poder temporal del Papa.

Del grupo más conservador, próximo al neo-catolicismo, intervino, primero José M^a Claros, quien con su exposición mostró lo lejos que se encontraba del liberalismo conservador en el que había militado. La visión neo-católica parecía definitivamente asentada en su pensamiento político.

El trasvase de hombres del moderantismo hacia posiciones más conservadoras llevaba a confirmar la tesis de los progresistas que afirmaban que el moderantismo terminaría desembo-

cando en el absolutismo (41).

En su intervención criticó al ministro de Estado por haberse negado a la discusión sobre el reconocimiento de Italia en el mes de julio de 1865, y por disolver el gobierno las Cortes en plena exposición del tema.

Sobre la cuestión de Italia manifestó, - que en su opinión, no existían motivos políticos ni religiosos que justificasen este reconocimiento; acerca de los motivos políticos dice:

"... El reconocimiento de Italia tiene por base la unidad, y la unidad es una mentira, una quimera y a mi juicio una cosa inconsecuente y dañosa para España. Y si el reconocimiento de Italia surte los efectos unitarios que proponéis, servirá, justamente para producir - nuestro achicamiento social y político en el mundo" (42).

En cuanto a los motivos religiosos dice:

"... El reconocimiento es la - negación del principio católico, - porque es la negación del principio de autoridad, y la del derecho. Si poneis en cuestión el poder del Pontífice, se pondrán en cuestión los derechos sagrados de la Reina de España.

Si pretendéis que con el reconocimiento se presta un servicio a S.S. yo lo llamaría el auxilio falso.

El soberano Pontífice, ha dicho: condenamos, desprobamos y abolimos todos y cada uno de los actos cometidos contra nuestro poder legítimo y sagrado.

Juzgue ahora V.M. si una Reina y una nación católica pueden reconocer esos hechos.

Nosotros nos apoyamos sobre la inmensa mayoría de la nación española, seguro que todos piensan como nosotros, si no ved la actitud del episcopado español".

Terminaba su discurso criticando los principios liberales:

"... El liberalismo es una mentira en casi todas las cosas y vereis que es el sufragio universal, la ciega voluntad humana, la fuerza brutal" (43).

Aprovechando el turno de alusiones intervino Necedal, cabeza del grupo neo-católico. Comenzó puntualizando algunos de los conceptos que José Ma Claros había vertido y que necesitaban ser matizados. Dice:

"... Lo que decimos que no es compatible con la doctrina católica no es la libertad, es el liberalismo, que es a la libertad lo que el parlamentarismo al gobierno representativo. El liberalismo es la falsificación de la libertad, así como el parlamentarismo es la falsificación del sistema constitucional. El liberalismo es la moneda falsa de la libertad" (44).

En cuanto a Italia, se limitaba a repetir lo ya expuesto otras veces, afirmando las tesis neo-católicas que sólo alrededor de la Iglesia, podía Italia conseguir su auténtica grandeza. Se ratificó en lo imprescindible de la soberanía temporal del Pontífice para la libertad e independencia del régimen espiritual. concluía dirigiéndose así al ministro de Estado:

"... Que me pruebe el Sr. Bermúdez de Castro que las necesidades espirituales de los italianos exigían que España reconociera a Víctor Manuel como Rey de Italia" (45).

De todas estas críticas, levantadas contra la política exterior del gobierno por la cuestión italiana, la más significativa fue la del modeñado Alejandro Mon, antiguo embajador de España en París durante el período de 1860 a 1865.

Su opinión, dada su intervención directa en los asuntos en cuestión y que habían producido su dimisión, no pasó desapercibida para la opinión pública y el Congreso la consideró con interés.

En su intervención vino a demostrar la - falta de entendimiento y adecuación existentes entre el ministerio de Estado y sus diplomáticos. Dice:

"... La cuestión de Italia, yo la veía y la veo ahora, como después demostraré, de diferente manera de como la ve el ministro de Estado.

Ha dicho Bermúdez de Castro que la cuestión que se debatía de Italia y de Roma particularmente, era una cuestión puramente política, que no había que mezclar consideraciones religiosas.

Cuando se comenzó aquí por primera vez a hablar del reconocimiento, el ministro de Estado se opuso constantemente a la discusión. Decía que corrían graves riesgos, que podían fracasar las negociaciones. ¿Cree el ministro de Estado que si se hubiese tratado la cuestión el año pasado, consultando a los altos cuerpos del Estado, se hubiera ventilado como se está haciendo ahora?.

Yo siento mucho la ausencia en el Senado de las altas dignidades de la Iglesia, habría sido muy - conveniente haber oído la voz de los arzobispos, de los obispos y de los cardenales.

Se dice que ya es inútil esta discusión porque el reconocimiento está ya hecho, pero todavía la cuestión que se está debatiendo - es susceptible de modificaciones. Sobre el convenio del 15 de septiembre, el ministro de Estado sa be, y yo así se lo he hecho presente en mis notas, la ninguna - confianza que yo tenía en él mis mo.

El reino de Italia cree tener - derecho, porque así lo han declarado, a que Roma sea la capital. Entonces ¿a qué quedaría reducido el poder temporal del Papa?. El - ministro de Estado cree que es posible que el Piamonte y el Papa se entiendan. No lo esperen Sus Señorías, ésto es imposible" (46).

El diputado Orobio de la antigua mayoría de Narváez, perteneciente al partido Moderado, aprovechó su intervención para arremeter contra el gobierno en todos sus planos criticando tanto su política interior como exterior, a la que calificó de fracaso to-

tal, pero coincidiendo con los otros oradores en basar su crítica en la cuestión del reconocimiento. Dice:

"... Hemos condenado en sí el reconocimiento del reino de Italia por ser contrario a los intereses del Pontificado y a los sentimientos religiosos de España. También lo hemos condenado por la forma y modo en que se ha hecho, porque no se ha oído la voz de S.S., porque el Rey del Piamonte no ha escrito al monarca español la carta que invariablemente ha escrito a otros soberanos. En fin, porque no ha sido más que un pretexto político interior para alargar a un partido extremo y ni siquiera este trivial resultado ha obtenido el gobierno.

Este es el convencimiento del partido Moderado en la cuestión de Italia y de Roma" (47).

El gobierno, saliendo al paso de las críticas de que había sido objeto, repitió a través del Presidente del Consejo de Ministros lo ya manifestado en el mes de julio último: lo ineludible y oportuno del reconocimiento y que los intereses del Santo Padre quedaban garantizados por los acuerdos del 15 de septiembre de 1864.

La intervención del ministro de Estado fue más sistemática. Comenzó dirigiéndose a los neos para destacar sus exageraciones - en este asunto, concluyendo con los moderados a los que refutó sus argumentos. Dice:

"... En cuanto a la bandera católica y española no hay ningún - partido que se siente en esta Cámara que tenga el derecho a abrogarse exclusivamente este título, como días pasados dijo el Sr. Nocedal. Dicen que tienen el país - tras de sí ¡mirad su número: siete! Ellos se creen los únicos católicos y los únicos españoles.

Voy a pasar a lo que fue el objeto principal del discurso de Nocedal: la cuestión italiana.

Antes se podía decir "el llamado reino de Italia", pero desde el reconocimiento el reino de Italia es un hecho legal que ha sancionado el país, que está legitimado por todos los altos poderes del Estado. No se puede concebir cómo señores que se sientan en esos bancos, persisten en la idea de negar la legitimidad del hecho, y cómo se jactan de desobedientes a las leyes y a los poderes públicos.

En cuanto a la cuestión de Roma tenemos el consuelo que el Papa no

duda del gobierno español. He dicho que el gobierno profesa con sinceridad y ardor la doctrina que el poder temporal es conveniente para el libre ejercicio del poder espiritual, pero ese poder temporal de más o menos territorio, no es ni puede ser cuestión de dogma" (48).

A las intervenciones de algunos miembros del partido moderado y particularmente a la de A. Mon, responde Bermúdez de Castro:

"... La cuestión que se ventila en este momento, se reduce a saber si era conveniente o no reconocer el reino de Italia, si ese reconocimiento se había hecho en términos dignos y decorosos, y si se había lastimado alguno de los derechos que en este acto pudieran verse comprometidos.

El Sr. Mon ha dicho que yo he esquivado, una y otra vez, la discusión sobre el reconocimiento de Italia.

Es verdad, yo quise por todos los medios evitar la discusión por que ésta era inconstitucional para tratarla en este sitio ya que la discusión de los negocios diplomáticos relacionados con otros países es atribución del Rey, es del poder

ejecutivo. Los Sres. diputados pueden después de consumado un acto de los que la constitución confiere al monarca, acusar al ministerio, si cree que no ha procedido bien. Pero discutirlo antes habría sido una invasión del legislativo sobre el ejecutivo.

Una de las muchas cosas porque creo ventajoso haber reconocido a Italia, es porque la alianza de España no tiene que ser con gobiernos absolutos, sino con gobiernos regidos por el mismo sistema que nosotros.

Olvida el Sr. Mon que los ministros del emperador francés han declarado que jamás será Roma la capital de Italia sin el consentimiento de Napoleón III" (49).

En su intervención el diputado Auriol de la Unión Liberal, manifestó, en nombre de la comisión elaboradora del proyecto que se debatía, que las discusiones habían tenido por exclusivo objeto censurar al gobierno por el reconocimiento del reino de Italia, - olvidando examinar otros aspectos importantes de la política del gobierno, como habría sido de rigor (50).

Con el diputado Auriol finalizaron las discusiones al proyecto. El 3 de marzo -

fue leído de nuevo, y pasado a votación siendo aprobado por 211 votos pertenecientes a la Unión Liberal, y 31 en contra de los moderados y neo-católicos (51).

Senado.- Simultáneamente a las sesiones del Congreso, sobre la contestación al Discurso de la Corona se celebraron también, sobre el mismo tema los de la Alta Cámara. En el Senado también se dieron ardientes y apasionadas intervenciones sobre el reconocimiento del reino de Italia. Parecía que las oposiciones se habían puesto de acuerdo en elegir este tema a la hora de combatir al ministerio.

El 25 de enero se leyó el proyecto de contestación al Discurso de la Corona, elaborado por la comisión que había sido elegida. El texto, en cuanto a la política exterior y en concreto acerca de la cuestión italiana, dice en su párrafo tercero:

"... Razones de elevada política y de conveniencia pública, generalmente sentidas y formuladas por la opinión del país, han creado la necesidad del reconocimiento. Vuestra Majestad al adoptar esta resolución ha justificado con admirable criterio, que pueden hermanarse el amor filial al Padre común de los fieles y el firme propósito de mirar por los derechos de la Santa Sede con las concesiones que en

determinadas circunstancias arranca invenciblemente la marcha providencial del mundo" (52).

El 29 de enero se abrió la discusión de contestación al mismo, comenzando con la lectura de las enmiendas presentadas, tres en un principio, pero que habían de quedar reducidas a dos. Las enmiendas a las que se dio lectura fueron, en primer lugar, la de Fernando Cornadi que era una crítica a la totalidad de la política del gobierno en estos meses, haciendo especial hincapié en la inconstitucionalidad de las medidas que se adoptaron posteriormente para sofocar la insurrección militar que se acababa de producir. Esta no prosperó y fue retirada por su autor (53).

La segunda enmienda presentada por los prohombres del Partido Moderado como Seijas-Lozano, Lorenzo Arrazola, Francisco de Lerundi, duque de Vergara y el marqués de Novalliches, iba dirigida principalmente a desautorizar y criticar la política seguida por el gobierno de la Unión Liberal en los asuntos italianos, a la que calificaron de inapropiada en la forma, los medios y en el tiempo. Dice así:

"... Pedimos al Senado se sirva acordar que el párrafo tercero del proyecto de contestación al Discurso de la Corona, presentado por la comisión, se sustituya con el siguiente:

El Senado lamenta que el gobierno de V.M., consultando con fría calma los intereses permanentes y los sentimientos inalterables de la nación, no se detuviese ante la gravedad - del reconocimiento del reino de Italia y de sus incalculables consecuencias. Hasta la ocasión, la forma y los medios elegidos para realizar - ese acto han sido los menos adecuados al fin principal que en esa - cuestión complicada podía aspirar España, y es el de obtener garantias seguras de la conservación y - afianzamiento del poder temporal - del Papa. A V.M. no se oculta que - ese poder en la organización actual de las naciones es indudablemente - necesario para el libérrimo ejercicio de la potestad espiritual del - Sumo Pontífice, en cuya condición - se basan no sólo los más altos intereses del catolicismo, sino también la tranquilidad del mundo" (54).

El 1 de febrero comenzaron las discusiones sobre la enmienda, la defensa de ésta es tuvo a cargo de Seijas-Lozano. A esta intervención se sumaron , so pretexto de alusión, los también moderados marqués de Miraflores, Arrazola y Huet, los dos primeros antiguos - jefes de gobierno.

Seijas-Lozano al defender la enmienda que presentaba, atacó la política seguida por

el gobierno respecto al reconocimiento de Italia, al que acusó de olvidar el derecho tradicional y haberse hecho cómplice de las usurpaciones ocurridas en Italia. Dice en el más puro estilo conservador:

"... Sres senadores: pocas cuestiones pueden presentarse a vuestra decisión que sean de tanta gravedad, de tanta importancia y trascendencia. En la que vais a decidir se envuelve la aprobación de los medios empleados por Cerdeña para apropiarse de los Estados que otros soberanos tenían en el reino de Italia. En ella vais también a resolver si la gran conquista de la civilización moderna, la encarnación de los principios eternos del derecho privado en el de gentes, la hemos de borrar de un plumazo.

Volver a tiempos de la Edad Media en que la fuerza y la violencia eran el único derecho por que se regía el mundo" (55).

En las sesiones de primeros de febrero, continuó el debate tomando la palabra el marqués de Miraflores, hombre partidario del poder temporal del Papa y aunque conservador, liberal convencido.

En su intervención presentó un elaborado discurso sobre la cuestión italiana, con ob-

jeto de demostrar, en primer lugar, si había sido por motivos de política interior, y luego si había sido oportuno o no el reconocimiento. La primera cuestión la plantea así.

"... Si el Presidente del Consejo de Ministros llevado del gran fin que un partido, el Progresista, que se llamó grande, viniera a las urnas, si ese fue el criterio para efectuar el reconocimiento del reino de Italia, me permitiría hacer varias observaciones" (56).

Estas palabras levantaron la protesta del gobierno, primero del ministro de Gracia y Justicia y después del propio Presidente del Consejo de Ministros, general O'Donnell, quienes negaron la validez de la hipótesis planteada por Miraflores. El marqués no quiso polemizar en este asunto y decidió dirigir su intervención a analizar si había sido ventajoso o no para España el reconocimiento. Manifiesta sobre esto:

"... No se debía de haber hecho ese reconocimiento, ni en el modo ni en la ocasión que el gobierno lo ha verificado. La razón que yo tenía, que tengo, y que cada día obra más sobre mi ánimo con más convicción, es la que no creo bastante asegurada la posición y los derechos del Pontificado.

Mi criterio respecto al tiempo

del reconocimiento es: el día que España hubiese estado segura que S. Santidad se hallaba a salvo de todo riesgo y satisfecho él mismo de su seguridad, entonces y so lo entonces habría yo reconocido a Italia" (57).

Esta fue en grandes líneas la intervención del marqués de Miraflores, un hombre que no sólo había sido presidente del gobierno, sino también embajador de España cerca de la Santa Sede, lo que daba a su intervención un fuerte peso por el conocimiento de los hechos de Italia que tenía y por su prestigio personal.

Era Miraflores un hombre de la Corona, conservador y de orden, pero no ultramontano, y como el mismo manifestaba, no participaba de las luchas y las pasiones e intereses diversos que agitaban a los partidos políticos. - Su posición netamente conservadora, le llevó a tomar parte en lo que se había convertido en un voto de censura al gobierno, por la política que había seguido desde junio de 1865 y que, a su juicio, había dado soluciones que no habían sido lo suficiente conservadoras (58).

En la primera vez que el marqués de Miraflores tomaba la palabra contra un proyecto de contestación al Discurso de la Corona (59).

Continuaron las intervenciones por alusión personal y ahora le tocaba el turno al

senador Huet al que el propio marqués de Miraflores calificaba de archiconservador (60).

Huet con su intervención no se apartó en absoluto de la línea de comportamiento que había seguido desde 1862, en la cuestión de Italia. Había presentado con anterioridad una interpelación sobre la cuestión italiana al Senado, siendo presidente de gobierno el general Narváez, en junio de 1865. En ésta ya manifestaba su desacuerdo hacia cualquier política encaminada a variar la actitud de España respecto a Italia y se oponía al reconocimiento directo o indirecto de la aglomeración del territorio, a costa de violentas usurpaciones y de la destrucción de naciones y Estados independientes, sobre los que se pretendía fundar el reino de Italia (61). Era hombre muy próximo a la nunciatura de Madrid; con monseñor Barili mantenía una estrecha amistad y correspondencia (62). En su intervención del 5 de febrero de 1866 dice :

"... El reconocimiento del reino de Italia, hecho de buena fe, claro está, pero con el error más profundo y funesto con que ha podido proceder ningún gobierno.

En lugar de haber adquirido por el reconocimiento, capacidad, autoridad y disposición para tratar convenientemente en favor de la Santa Sede, lo hemos perdido completamente" (63).

Uno de los últimos miembros del partido moderado en intervenir fue el antiguo jefe de gobierno Arrazola. Este mantuvo la tesis, frente al gobierno, que los asuntos de Roma eran cuestión fundamentalmente religiosa y así debía tratarse. Afirmó que nunca habría reconocido el reino de Italia en la forma - que el gobierno había hecho (64). Esperaba que llegase el día en que el gabinete pudie se explicar las razones que le habían movido a obrar así en el asunto del reconocimiento. Respecto a la causa de Italia manifiesta:

"... Por nuestra creencias y nuestro respeto al Padre común de los fieles, no podemos admitir - una solución a esta ardiente cues tión de Italia que no venga de - sus manos" (65).

La última intervención fue la del diputado Llorente, antiguo ministro de Estado en el gabinete anterior de Narváez. Su exposición era más moderada y matizada que las - anteriores. Criticaba a sus compañeros de - partido que habían presentado la enmienda y en particular a Seijas-Lozano autor de la misma, calificándolos de irrealistas. Les dice:

"... Ciertas doctrinas absolutis tas, rigurosas de derecho, que se proclaman a veces en favor de la - autoridad de los Reyes, desgracia-

damente en la actual situación de los pueblos de Europa, en medio - de la suma complicación de sus necesidades e intereses, acaso ese rigor de las doctrinas sea incompatible con la buena gobernación del Estado" (66).

Su visión de hombre de Estado y conocedor de la política exterior, le llevaba a calificar el reconocimiento de cosa ya terminada y a solicitar de la Cámara que no se aceptase la proposición del diputado Seijas-Loza no por razón de alto interés nacional, ya - que de otra forma la diplomacia española que daría en situación equívoca y desairada al desautorizar la acción de nuestro gobierno (67).

Su intervención puso de manifiesto la profunda división que existía entre los hombres del Partido Moderado. Mientras un sector del mismo se aproximaba a las posturas más tradicionales y conservadoras, otros - permanecían fieles al ideario de su partido y a los principios liberales.

Sus palabras facilitaron la tarea del gobierno en este asunto; dice con respecto al reconocimiento:

"... Sobre el reconocimiento en general, yo, señores, lo digo francamente, dejando a un lado las -

cuestiones de partido que para mí son subalternas, cuando se trata de sostener los grandes intereses conservadores de la sociedad, creo que no se puede hoy mantener la doctrina que el reconocimiento de una potencia implique la aprobación de su origen, ni de las circunstancias ni accidentes que han dado lugar a su engrandecimiento y a su triunfo, ni de los sucesos que han creado el Estado que se reconoce" (68).

Aún habría de producirse una última intervención, en este caso fuera del turno de alusiones. Fue la del marqués de Heredia, senador electo por la candidatura moderada, acogiendo al artículo 78 del reglamento que otorgaba el derecho de solicitar al gobierno o a los miembros de la comisión una breve y ligera aclaración antes de emitir un voto.

Su exposición era, en cuanto al reconocimiento, una aceptación de los hechos como mejor medio de defensa de la causa del Papa (69).

Intervino por el gobierno el ministro de Estado quien calificó la enmienda de estar redactada en términos absolutos y acusaba a sus autores de no haber probado, en sus intervenciones, las manifestaciones que vertían en la misma. En cuanto al reconocimiento, recogiendo las palabras de su predecesor en el cargo, Llorente, decía que su significado

era el simple reanudamiento de las relaciones diplomáticas sin que por ello se ligue para el presente ni para el futuro la política de los gobiernos (70). Negaba , pero sin profundizar en ello las acusaciones del marqués de - Miraflores, que razones de política interna y de partido habían sido la causa del reconocimiento. Dice:

"... El gobierno ha procurado abrir la puerta a todos los partidos legales para que entren a funcionar en la órbita de las instituciones, pero no ha hecho pacto ni ha querido atraerse a ningún - partido en particular" (71).

En relación a la acusación que la ponencia de Seijas-Lozano hacía de no haber sido el - reconocimiento hecho en el momento oportuno, el ministro de Estado decía :

"... La opinión pública respecto a los sucesos de Italia, había venido creciendo en favor de aquel reino que se había consolidado, - que había dado garantías de orden.

Tan pronunciada estaba ya la - opinión pública acerca de tales - acontecimientos y hacia el nuevo reino que se había creado, que ya en la mente del ministerio que presidió el Sr. duque de Valencia, del que era miembro el Sr. Seijas, es-

taba el reconocer a Italia. Tal era el deseo de resolver la cuestión en el sentido que se ha resuelto. Afirmino que si se hubiera reconocido el reino de Italia por aquel gabinete, habría sido en términos mucho más allá de lo que el gabinete actual ha hecho y hubiera hecho jamás" (72).

Rechazó la acusación de abandono de la causa pontificia, manifestando que con el reconocimiento entraba España de nuevo en el concierto europeo y que así podría hacer valer mejor su voz en favor del poder temporal del Santo Padre. Señaló que el gobierno español nunca había olvidado los derechos que asistían al Papa y a los príncipes destronados.

Terminó diciendo, que la enmienda presentada tenía un cariz claramente político y era una táctica parlamentaria para embarazar la marcha del gobierno y censuraba que se mezclase el nombre de la santa religión con lo puramente mundano (73).

La enmienda, que era calificada por la prensa liberal como un pulso hecho al gobierno, fue rechazada por 100 votos en contra y 64 a favor, éstos últimos de gran parte del Partido Moderado y neo-católicos (74).

El 10 de febrero de 1866 se votó el proyecto de contestación al Discurso de la Corona, superado por el gobierno por 109 votos

a favor, de ellos algunos del Partido Moderado (75).

3. PROGRESIVO DETERIORO DEL GOBIERNO DEL GENERAL O'DONNELL.

3.1. REACCION DEL EPISCOPADO ESPAÑOL. LA CUESTION DE LOS TRES OBISPOS Y LA INASISTENCIA DE LOS PRELADOS SENADORES A LA CAMARA ALTA.

Los antecedentes de este asunto estaban en las exposiciones que hicieron en el mes de julio de 1865 los prelados, arzobispo de Burgos, y los obispos de Osma y Tarazona, oponiéndose públicamente a la decisión del gobierno del general O'Donnell de reconocer el reino de Italia, exposiciones que se enmarcaron dentro de la actitud del episcopado español de rechazo al reconocimiento.

Por la especial virulencia que adoptaron sus escritos y manifestaciones, el gobierno en Consejo de ministros y a petición del ministro de Gracia y Justicia, tomó el acuerdo de relevar al cardenal Puente, arzobispo de Burgos, del cargo de director de la enseñanza moral y religiosa del príncipe de Asturias, por Real decreto del 14 de julio de 1865 (76), y pasar al Consejo de Estado los escritos de los tres prelados para que dictaminase si habían incurrido en desacato a la autoridad civil.

Esta cuestión quedó en suspenso durante los meses de verano y en otoño, la campaña electoral lo retrasó de nuevo. Fue en el mes de diciembre cuando resurgió con intensidad, ante la proximidad del dictamen del Consejo, que no hubo de conocerse hasta

finales de enero. Ante la posibilidad que el dictamen estuviese redactado en términos que ofendiesen, de alguna manera, a los prelados, pero sobre todo con el propósito de evitar que el gobierno pudiese tomar en consideración las conclusiones del dictamen, el episcopado español se unió solidariamente tomando la resolución de considerar el caso de los tres prelados como algo propio y común a todos. Coincidían en la necesidad de no permanecer inactivos, adelantándose a los acontecimientos, y así mostrar al gobierno su fuerza y su unión en esta causa, en la que juzgaban se encontraban implicados todos de alguna manera. Este fue el espíritu que imperaba en la mayoría del episcopado, y así lo manifestaba uno de sus miembros más prestigiosos, el cardenal García Cuesta, arzobispo de Santiago (77).

A la hora de promover las medidas a tomar, surgieron ciertas discrepancias. Algunos obispos eran partidarios de la asistencia al Senado, de los prelados senadores, aprovechando las discusiones al proyecto de contestación del discurso de la Corona para salir en defensa de sus tres compañeros, por considerar que éste era el mejor foro para manifestar su solidaridad. Otros obispos, por el contrario, creían que dada la crítica situación política del país, la asistencia al Senado sólo serviría para complicar más la ya deteriorada relación Iglesia-Estado, no beneficiando ni a la causa del Papa ni a la de los tres obispos. En consecuencia decidieron adoptar una forma de presionar al gobierno, individual y particular, a la que se sumó la diplomática del nuncio Barili en Madrid que actuó de coordinador en este asunto. Al prevalecer esta postura

los obispos senadores no asistieron a las discusiones, lo que fue lamentado por los moderados y sobre todo los neo-católicos que habrían deseado ver a la Iglesia sumada a las críticas que promovieron contra el gobierno, so pretexto del reconocimiento, cuando la apertura de las nuevas Cortes en enero de 1866.

La postura más radical, la de los partidarios de asistir al Senado, estuvo respaldada por el obispo de Salamanca y el arzobispo de Sevilla, entre otros. El 25 de diciembre de 1865 el obispo de Salamanca escribe al nuncio Barili, comunicándole su opinión. Dice:

"... He recibido la carta del 22 del corriente en que V.E.R. me habla del asunto relativo a la presentación en la Alta Cámara de los obispos senadores.

Entrando en el asunto principal, objeto de la carta de V.E.R., diré con franqueza e ingenuidad que la presentación de los preladados en el Senado ofrece ciertamente inconvenientes, por cuya razón no extraño que V.E.R. no haya formado aún opinión definitiva.

Tampoco desconozco las represalias que el gobierno podría tomar, pero existe en mi humilde juicio razones poderosísimas en pro de su asistencia. No quedaría bien para-

da la reputación de los obispos senadores si dejaran de asistir a protestar con mesura y dignidad en el Senado contra los actos del gabinete. Se creería que tímida y cobardemente abandonaban la defensa de tan santa causa.

Por otra parte, si en el estado a que han llegado las cosas no es oportuna la presencia de los obispos en la Alta Cámara, ¿cuándo lo ha de ser?. ¿Por qué se ha de guardar consideraciones con un gobierno que tan rudos e inusitados golpes descarga contra la Iglesia? Yo entiendo que nuestra asistencia al senado es inexcusable" (78).

El nuncio Barili intentando recabar las distintas opiniones se dirigió a los obispos senadores para, en función de sus respuestas, tomar la decisión más conveniente.

Entre los consultados estaba el arzobispo de Santiago, cardenal García Cuesta, que en carta del 19 de enero de 1866 al nuncio en Madrid, le comunica su resolución sobre la no conveniencia de asistir al Senado; las razones que aduce son:

"... Vacilante como está el principio de autoridad, acosados como estamos por una revolución

social, no conviene que se diga -
que la hemos provocado los obis-
pos con nuestra imprudencia" (79).

Por su parte el obispo de Valladolid se expresa-
ba en parecidos términos en su carta al nuncio el
27 de enero de 1866. Le dice:

"... Siendo difficilísima la si-
tuación política en España, no -
conviene en mi concepto a los in-
tereses de España ni de la Igle-
sia, el que se presenten en la al-
ta Cámara los prelados senadores"
(80).

Esta postura que desaconsejaba la asistencia de
los prelados senadores a la Cámara alta, en la le-
gislatura que comenzaba, dejó, no obstante, -
abierta la puerta a otras vías para influir o suavi-
zar las tensiones entre la Iglesia y el Estado. En
esta dirección se enmarca la iniciativa del arzobis-
po de Santiago, de dirigirse al ministro de Gracia
y Justicia de manera conciliadora, con intención si
no de parar el dictámen del Consejo de Estado, al -
menos suavizar la decisión del gobierno a la hora -
de seguirlo. Aunque puede sorprender, la prudencia
en este asunto venía de un prelado que no dudó en -
solicitar a Isabel II el 6 de febrero de 1862, el -
destierro para los ateos, por ser los mayores enemi-
gos del catolicismo (81).

En la carta del 21 de enero el cardenal de San-
tiago dice al ministro:

"... Por los periódicos he visto con harto sentimiento el dictámen que según parece piensa elevar a V.E. el Consejo de Estado - acerca de las exposiciones de los tres obispos que tuvieron la desgracia de ser sometidos a aquel - cuerpo consultivo.

Yo que deseo evitar todo conflicto entre la Iglesia y el Estado, me tomo la libertad, que espero me disimulara Vd., en cambio - de mi buen deseo de no verle metido en una cuestión religiosa con el episcopado español, me he tomado la libertad de manifestarle - mis deseos para que no siga el funesto camino trazado por el Consejo de Estado. Yo no recelo que el episcopado español va a mirar como una ofensa hecha a él la que - se haga a los tres obispos que han protestado como los demás contra el proyecto del reconocimiento - del reino de Italia, porque en el fondo todos hemos dicho lo mismo.

Yo, en el caso de Vd. no haría nada, o lo más que me permitiría, sería dirigir a aquellos señores una carta confidencial, de carácter reservado y nada oficial, haciéndoles las advertencias que creyera - convenientes" (82).

De la estrecha colaboración entre el nuncio y el episcopado español fue buena prueba la comunicación que dirige el arzobispo de Santiago a Barili al mandarle copia de la carta enviada al ministro de Gracia y Justicia, Posada Herrera. Aprovechando la misma le hace algunos comentarios sobre el asunto:

"... Muy Sr. mio y venerado -
hermano: Remito a Vd. copia de -
la carta que he dirigido al Sr.
ministro de Gracia y Justicia -
acerca del gravísimo y delicado
asunto de las exposiciones de -
los tres obispos que fueron some
tidos al Consejo de Estado.

No se si las reflexiones que
le hago serán lo bastante para -
apartarle de la funesta senda -
que le traza el Consejo de Esta-
do. Espero sin embargo que le ha
brán de detener algo antes de to
mar una resolución que pudiera -
traernos contiendas desagradables,
y que en esta situación serían -
más perjudicados que nunca. Vd.
no deje de verle y de calmarle
cuanto sea posible" (83).

El ministro de Gracia y Justicia, en tono conciliador y repitiendo argumentos expuestos meses antes, respondió a la carta del arzobispo de Santiago. Del contenido de ésta, el prelado se apresura a dar cuenta al nuncio en Madrid, Monseñor Barili. Le dice, entre otras cosas:

"... Me contesta el ministro - que no se ha enterado aún de los dictámenes del Consejo de Estado, que lo haría con meditación y detenimiento, ya procuraré conciliar todos los deberes y todos los intereses que puedan parecer encontrados. Sienta principios importantes; primero que nadie puede negar que los obispos tenemos derechos a representar en materia religiosa; segundo que el reconocimiento del reino de Italia no envuelve la aprobación de lo ocurrido en aquel país ni de sus medios; tercero que tampoco envuelve la anulación del poder temporal que él juzga necesario; cuarto que al creer él eso, - nunca hubiera asentido al reconocimiento.

Aunque se equivoque en la apreciación, es saludable la intención. Es posible que en los secretos de la diplomacia hubiese circunstancias tales que hiciesen - creer de buena fe a nuestros ministros que con aquel paso lejos de perjudicar favorecían los intereses del Pontificado. Yo no lo - creo así.

Si el gobierno entrara en el - buen-camino, si sobre el reconocimiento en el Senado se mostrase

dispuesto a atenuar sus efectos, los obispos senadores no estaríamos en elección de hacer un vano alarde de oposición" (84).

La tensión existente en las relaciones Iglesia-Estado desde el anuncio del reconocimiento, incrementada por la decisión del gobierno de pasar al Consejo de Estado las exposiciones de los tres obispos, parecía cobrar, en ese momento, un cierto giro menos dramático y más conciliador entre las altas partes. Criterios de utilidad van a hacer que prevaleciese entre ambos una actitud moderada. Favorecía al gobierno la inasistencia de los prelados senadores a la Cámara alta ya que así la oposición no podía sumar la voz de los obispos a sus protestas y, cara a la opinión pública, se presentaba como una aceptación de los hechos in extremis.

El episcopado también esperaba conseguir ciertos beneficios, mitigar los efectos del reconocimiento, parar o dejar sin efecto las resoluciones del Consejo de Estado y mejorar la actitud del gobierno en asuntos pendientes como la cuestión de la enseñanza, etc... (85).

Ambos poderes comprendían que la situación política del país, el general O'Donnell acababa de abortar un intento de pronunciamiento, exigía evitar enfrentamientos que sólo beneficiarían a la revolución. Sin embargo el gobierno no veía, en este sentido, facilitada su labor por el Consejo de Estado.

3.1.1. El dictamen del Consejo de Estado

A finales de enero, el Consejo entregó los dictámenes al gobierno con una nota particular del consejero Echauri. Los términos serían mas duros de lo esperado, a pesar de las predicciones hechas por la prensa progresista y demócrata. Los dictámenes decían, en grandes líneas, que los prelados habían caído en responsabilidades legales, faltando incluso al artículo 304 del Código Penal. El texto dice:

"... La resolución del Consejo es que por los actos de los tres prelados y los términos que adoptaron en sus escritos es ya facil de determinar la responsabilidad legal que los tres han contraído.

El cardenal de Burgos había - faltado al artículo 304 del Código Penal que determina responsabilidad criminal para el eclesiástico que se opone en documentos o - actos públicos, censurando como - contrarios a la religión cualquier decreto, ley, órdenes, disposiciones o procedimientos de la autoridad pública" (87).

Menos complicaciones ofrecía para el gobierno el voto particular de Echauri. Las conclusiones eran algo más moderadas y realistas, pero para con la crítica situación

del país, incluso este podía traer complicaciones. Dice:

"... Niega al Consejo el derecho de definir y determinar en éste ni en ningún caso, el delito, porque así se prejuzga lo que sólo toca a los tribunales de justicia, y suponiendo hoy limitada la potestad económica y tuitiva, propone que se haga entender al M.R. cardenal arzobispo de Burgos que ha interpretado mal la medida adoptada por el gobierno de S.M. respecto del reconocimiento de Italia, que en manera alguna envuelve la significación y trascendencia que le atribuye; pero que aparte de ese equivocado concepto, el gobierno de S.M., no ha podido menos de extrañar, que, ya que hubiese creido deber representar acerca de - aquel acuerdo, no hubiese tenido presente la prohibición y la inconveniencia de publicar su exposición. Que los obispos de Tarazona y Osma se han hecho acreedores a una demostración más grave y severa, y debe de hacérseles comprender todo lo impropio y censurable de su conducta y el profundo desagrado con que el gobierno de S.M. ha visto la falta de prudencia y respeto con que han procedido, tan

ajeno del carácter del que se ha
llan revestidos; proceder que re
prueba altamente y al que por -
justas consideraciones, no apli-
ca un correctivo más severo, es-
perando que no incurrirán en él
en lo sucesivo" (88).

Conocida la resolución del Consejo por la
opinión pública, una de las primeras reaccio-
nes fue la del arzobispo de Burgos, uno de
los encausados. Se dirigió al nuncio Barili,
valorando el alcance de la misma:

"... En la posición en que se
encuentra el gobierno, no hay pa
ra los obispos ni libertad ni
tolerancia, si el gobierno aprue-
ba el dictámen emitido por el Con
sejo. Yo no podré menos de salir
a la defensa de los derechos de la
Iglesia, lo contrario sería con-
sentir que quedase triunfante el
principio proclamado por el pre-
sidente del Consejo, a saber, que
cuando se trata de definir los in
tereses del catolicismo, el cri-
terio del gobierno debe sobrepo-
nerse al del Sumo Pontífice" (89).

La actitud del arzobispo de Burgos al pro
testar por el reconocimiento del reino de -
Italia fue meditado, y ciertamente no fru-
to de un momento de apasionamiento ante la -

decisión del gobierno. Ya en 1862 mantenía una postura rígida y beligerante contra el - reconocimiento, como se desprende de su correspondencia con el nuncio. Dice:

"... Veo por los periódicos de esa Corte que se agita seriamente en el gobierno la cuestión del llamado reconocimiento del reino de Italia. Creo que los obispos todos, pero mucho más especialmente los cardenales, estamos en el deber de dirigirnos a S.M. para apartarle de semejantes consejos. Dudo, sin embargo, si es llegada la oportunidad de verificarlo" (90).

En los primeros días de febrero el nuncio Barili respondió al arzobispo de Burgos diciéndole que el gobierno no aceptaría los dictámenes del Consejo de Estado, ya que tenía en las Cortes complicaciones para hacer aprobar el discurso de contestación al de la Corona por haber mucha oposición contra el apartado del reconocimiento. Terminaba diciéndole que permaneciese tranquilo porque había cumplido con un sagrado deber (91).

La opinión, en general, del episcopado fue una total condena del dictamen del Consejo de Estado. El obispo de Valladolid lo llegó a calificar de repugnante dictamen (92).

El arzobispo de Sevilla dijo que el Con-

sejo de Estado se había mostrado injusto, vio lento y temerario, pero que tenía confianza en que la piedad de la Reina y el buen críte rio del ministro de Gracia y Justicia, harían que el gobierno de S.M., con mejor criterio, no se atemperara a semejantes dictámenes y dejara las cosas como estaban (93). Pero an te la eventualidad de que el gobierno decidiese seguir las indicaciones de los dictámenes, los obispos españoles se prepararon para ce rrar filas en torno a los tres obispos, ha- ciendo causa común y considerando cometido - contra todos, lo que se hiciese con ellos. Así se veía por la carta que el arzobispo - de Zaragoza envía al nuncio el 1 de febrero de 1866, le dice:

"... Mi respetado prelado y - señor: A su llegada a ésta me en tregó el obispo de Badajoz la re servada de V.E., y estoy conforme con la idea de considerar la cau sa de los tres obispos, cardenal de Burgos, Tarazona y Osma, como común a todo el episcopado" (94).

En el mismo sentido se expresaron los - obispos de Valladolid y los arzobispos de Sevilla y Santiago y otros, por lo que pare- ce debió ser una medida general.

El general O'Donnell consciente de su - fracaso por no haber podido atraerse a los progresistas haciéndolos salir del retrai-

miento y dada la posición beligerante que estaban adoptando éstos últimos (intento de pronunciamiento del general Prim), no podía complicar aun más la situación política enfrentándose a todo el episcopado español. Por este motivo, los dictámenes del Consejo de Estado quedaron en suspenso.

Aunque el ministro de Gracia y Justicia, Posada Herrera, dejaron dormir esta cuestión sine die, los políticos de la Unión Liberal, influidos de un fuerte pasado regalista, consideraron que la protesta de los prelados chocaba con las prerrogativas reales que asignaban a la Iglesia un papel de sumisión a su tutela. Como contrapartida, la Iglesia española gozaba de ciertos privilegios, ya inexistentes en la inmensa mayoría de las naciones europeas.

3.1.2. Resolución definitiva del asunto.

La llegada al poder en julio de 1866 del sexto y último gobierno del general Narváez desempolvó el asunto de los tres prelados.

En esta nueva situación, la Iglesia española y la Santa Sede contaron con la enorme ayuda del consejero de la Corona, Beltrán de Lis, hombre muy próximo a la Soberana (95).

Fue el encargado de influir en el ánimo de la Reina, de por sí muy proclive a agradar a la Iglesia, para que ésta mediase en el go-

bierno de Narváez y pudiese dar una pronta y política resolución al asunto de los tres prelados.

El gabinete moderado no hizo esperar los deseos de la Reina Isabel, no sólo por venir de tan alta persona, sino también por coincidir, posiblemente, con sus propios intereses, ya que al resolver un asunto molesto heredado del anterior gobierno, podía atraerse a la Iglesia española y a la opinión católica de la nación.

El 19 de julio de 1866 Beltrán de Lis escribió desde Segovia al nuncio en Madrid sobre este asunto. Dice:

"... Mi digno y respetado amigo:

Ayer recibí su carta. Me propongo ver a S.M. en el sitio, y puede Vd. estar bien seguro que será uno de los primeros objetos de mi visita, la cuestión justísima de los tres obispos. Este solo motivo sería suficiente para que yo fuese a molestar a S.M. cuantas veces fuese necesario. Respecto al dignísimo Sr. cardenal arzobispo de Burgos, su reparación está reclamada por la justicia y por el decoro de nuestro clero.

A mis ojos lo que procede es la

reposición. Lo creo así, porque -
lo grave del caso no tanto consis-
tió en la separación que pudiese
ser una consecuencia de aquella -
desvariada política, cuanto en la
forma desabrida en que se hizo"
(96).

En nueva carta fechada en Segovia el 25 -
de julio de 1866 le dice Beltrán de Lis al -
nuncio en Madrid, acerca de las gestiones que
seguía con la Reina y con el ministro de Gra-
cia y Justicia, Arrazola:

"... Ayer estuve en La Granja,
ví a S.M. también al Sr. Arrazola.
S.M. me dijo que el expediente de
los señores obispos sería resuelto
sin demora, y se sirvió encargarme
que viese al Sr. Arrazola. Se mos-
tró igualmente conforme con lo del
Sr. cardenal, y sobre ello me dijo
que hablaría al Sr. duque de Valen-
cia y al Sr. Arrazola.

Pasé luego a ver a Arrazola. Es-
te mostró la más completa conformi-
dad. Ayer mismo debió pedir el ex-
pediente a Madrid. Algó le antici-
pé sobre la reposición del Sr. car-
denal de Burgos, que cree de toda
justicia" (97).

En esta última carta fechada en Segovia el
25 de julio, Beltrán de Lis comunicó al -

nuncio el resultado satisfactorio de sus ges
tiones en el asunto de los tres obispos. Le
dice:

"... Acabo de recibir una carta de S.M. que me anuncia con la mayor efusión, que a instancias de S.M. se había resuelto el expediente de los Sres. obispos, poniendo la fórmula que S.M. había indicado: Sobreséase y archívese. Me añade S.M. que hoy o mañana debe firmar la reposición del Sr. cardenal Puente, diciéndome S.M. estas palabras "bien justa es esta reparación", se conoce que su corazón está rebotando júbilo. ¿No podría Vd. hacer que Su Santidad se dignase hacer en favor de la augusta señora alguna demostración benévola?, crea Vd. que bien lo merece su alma fervorosamente católica" (98).

El nuncio en Madrid Barili, tan diligente, comunicó rápidamente el resultado al cardenal de Burgos y a los dos obispos y lo puso inmediatamente en conocimiento del secretario de Estado cardenal Antonelli. La carta del 2 de agosto de 1866 del cardenal arzobispo de Burgos pone de manifiesto el importante papel que había jugado Barili en todo este asunto. Le dice:

"... La carta fechada el 27 pasado, es para mí una nueva prueba

sobre las muchas que me tiene prestadas de la especial benevolencia con que me distingue. Yo no dudo que las repetidas insinuaciones de V.E. habrán contribuido a que S.M. la Reina haya firmado el decreto que recibí ayer de mi reposición en el cargo de director de la enseñanza religiosa del príncipe de Asturias. Era mi ánimo excusarme, pero el decreto viene acompañado de una carta autógrafa de S.M. escrita en los términos más afectuosos y comprensivos y en ella me suplica en nombre propio y del Rey que admita el expresado cargo.

El Sr. Arrazola me ha participado ya el acuerdo de sobreseimiento en el expediente de las exposiciones de los obispos" (99).

Monseñor Barili, en su carta del dos de agosto, comunicó el feliz desenlace del asunto al secretario de Estado de la Santa Sede. Sus primeras palabras, "con la certeza de llevar al Santo Padre una consoladora noticia" (100), darían idea del interés con que había seguido la Santa Sede la cuestión de los tres obispos. El nuncio dedicó también algunos párrafos a resaltar ante Roma el papel importante que en el mismo había tenido la Reina. Dice monseñor Barili:

"... A los muchos argumentos de singular devoción y de amor verdaderamente filial hacia la sagrada persona de S.S. que ha dado S.M. la Reina, habría que añadir esta nueva prueba" (101).

La satisfacción con que fue recibida en Roma quedaría puesta de manifiesto por la carta del 23 de agosto del secretario de Estado a Barili:

"... El Santo Padre en medio de las aflicciones que lo turban, ha encontrado un verdadero consuelo al ver que S.M. tiene a gloria el buen derecho del nombre de católica y el ser hija sincera de la Iglesia y sumamente devota de su jefe visible. Ruego a Dios favorezca a su reino la paz y la prosperidad y bendiga a S.M. y toda la real familia y a la buena nación española".

El secretario de Estado terminó felicitando a su representante en Madrid por la rapidez con que había comunicado tan importante noticia (102).

3.2. LA CUESTION DE ITALIA Y LAS AUTORIZACIONES.

El seis de mayo de 1866 el gobierno del general O'Donnell presentó a las cortes un proyecto de ley solicitando la concesión de varias autorizaciones,

entre las que destacaba la de aumentar el ejército y la armada (103).

De nuevo, como ya se había hecho norma, las oposiciones más conservadoras, moderados y sobre todo la fracción neo-católica, aprovecharon esta solicitud para promover un nuevo debate sobre la cuestión de Italia, esperando convertir este asunto en un voto de censura, que de no superarse, podía significar la caída del gobierno y el retorno de los moderados al poder.

Frente a estas autorizaciones el 17 de mayo presentó el neo-católico Cándido Nocedal un voto particular, tomándose el acuerdo de hacer sesiones extraordinarias para la discusión de las mismas. El voto particular de Nocedal, fue leído el 19 del mismo mes. Centraba su crítica en la oposición al aumento del ejército. Dice:

"... Para la facultad de aumentar las fuerzas de mar y tierra, jamás dispensará la confianza el autor del voto particular, ni propondrá al Congreso que la conceda al ministerio que ha tenido la desgracia de llamar reino al conjunto de Estados independientes y legítimos de la bella e infortunada Italia, y de reconocer la tiránica usurpación del sagrado patrimonio de la iglesia" (104).

Se entró a discutir el voto particular de Nocedal, participando en el turno, primero, en contra

el diputado Romero Robledo de la Unión Liberal, que dice, entre otras cosas:

"... Hay una revolución que se dice aplazada y no vencida, cuando tales elementos de trastornos se hacinan, es preciso agruparse alrededor del gobierno y fortalecerle.

¡Qué pobreza de ideas en estas circunstancias, negar confianza al gobierno porque reconoció o dejó de reconocer a Italia!

Acaso como razón única para negar ese voto sea la cuestión del reconocimiento de Italia" (105).

Sumándose a la crítica, expuso sus argumentos el diputado Illas y Vidal de la mayoría: Acusó a Nocedal de ocultar sus auténticas intenciones, afirmando que éste y su partido sí concederían al gobierno autorizaciones a manos llenas si fuese para emprender aventuras bélicas en contra del reino de Italia. Concluyó diciendo, que no comprendía la animadversión contra el reino de Italia, en el que había algo de noble y grande. A su juicio esta realidad era compatible con la aceptación del poder temporal del Pontífice (106).

En el turno a favor del voto particular de Nocedal, intervino Alejandro Mon, ex-embajador de España en París. Su exposición puso de manifiesto la coincidencia de miras que se estaba produciendo

entre algunos hombres del partido moderado y la fracción neo-católica. En su intervención dice:

"... ¿Cuáles son las gestiones que están amagadas de una solución pacífica o guerrera? ; cuestiones muy graves en Italia, y ésta es señores la gran cuestión para nosotros, porque en ella va envuelto el poder temporal del Pontificado; cuestión principal para nosotros los católicos.

Yo pregunto al Sr. presidente del Consejo de Ministros y al Sr. ministro de Estado: ¿Con quién Sus Señorías van a hacer la guerra?" (107).

Alejandro Mon pasó después a señalar lo contradictorio que, a su juicio, le parecía la política del gobierno con respecto a Italia. Señaló que no comprendía cómo un gobierno que había reconocido al reino de Italia podía, al mismo tiempo, manifestar que deseaba la existencia del poder temporal del Papa. Esta nueva alianza de España, realizada tan precipitadamente no podría, por menos, que acarrear complicaciones al gobierno y a la nación (108).

La intervención de Nocedal en favor de su voto particular se enmarcaba teniendo siempre por centro la cuestión de Roma. Acusó al gobierno de no responder de forma precisa los motivos por los que necesitaba aumentar el ejército y de no hacerlo tampoco, sobre todo, a la hora de despejar las dudas

que muchos tenían acerca de la actitud del gobierno en el asunto de la seguridad del Papa.

Respecto a las acusaciones recibidas de utilizar siempre, contra el gobierno, la cuestión de Italia, dice Nocedal:

"... La cuestión de Italia, en sí concreta y aisladamente considerada, es la cuestión de las cuestiones.

¡Ah Italia! ¡Siempre Italia! Cuánta pobreza de ideas, me decía el otro día el Sr. Romero Robledo. Pobreza de ideas y cortedad de vida llamaría yo a la del Sr. Romero Robledo que no ve que Italia, y en un punto de ésta, en Roma, allí está el nudo de toda la cuestión y la salvación futura de Europa y del mundo" (109).

Contestó a Nocedal el ministro de Ultramar, Cánovas del Castillo, quien trató de rebatir los argumentos de éste.

Manifestó que el gobierno no deseaba llevar a cabo el aumento del ejército con intención de participar en ninguna guerra, sino sólo y exclusivamente para defender la neutralidad en la que se había situado España desde 1859, pero dada la complicada situación del momento en Europa, se hacía necesario e imprescindible.

A la pregunta de Nocedal sobre si el gobierno de la Unión Liberal estaba a favor o en contra de los tratados de 1815, respondió que en el banco del gobierno no había simpatías que guardar hacia dichos tratados, salvo un apoyo moral en favor del poder temporal del Pontífice (110).

Terminada la discusión sobre el voto particular de Cándido Nocedal se pasó el 26 de mayo a votación, siendo rechazado por 167 votos frente a 67 que obtuvo (111).

Una vez rechazado el voto particular, se pasó a discutir la totalidad del dictamen por el que se habían de conceder las autorizaciones solicitadas por el gobierno.

Abierto el turno de discusión, participaron en contra del mismo los diputados Hurtado del Partido Moderado, y Gabino Tejado de la fracción neo-católica.

Hurtado en su intervención se limitó a ratificar su total acuerdo con las impugnaciones manifestadas por el voto de Nocedal. Censuró a Cánovas del Castillo, ministro de Ultramar, por las manifestaciones que hizo sobre los acuerdos de 1815, afirmando que ésto significaba salirse de la neutralidad y tomar partido en contra de éstos. Su opinión acerca de la situación europea no coincidía con la del gobierno, en la necesidad de incrementar el ejército, por no ver próxima ninguna guerra internacional. Lo único que ocurría eran cuestiones de "rapiña en Italia" (112).

La segunda intervención en contra fue la de Gabino Tejado. Comenzó su exposición haciendo una declaración de fe en los principios neo-católicos y - en la actitud que seguían en política los hombres - pertenecientes a la fracción que dirigía Cándido Nocedal. Criticó la filosofía y la política del gobierno, a la que acusó de haber abandonado la neutralidad al reconocer al reino de Italia. En su intervención dice:

"... Nosotros, los que nos -
sentamos en este banco, que compo-
nemos la fracción más pequeña del
Parlamento, se nos acusa de que -
hacemos alarde de tomar por punto
de partida las cuestiones religio-
sas, que todo lo queremos reducir
a esas cuestiones. Se nos llama -
neo-católicos, se nos dice ¿no sois
liberales?, luego sois absolutis-
tas. Falso y absurdo. Nosotros ama-
mos la libertad y el liberalismo -
es cabalmente lo puesto.

Entre las varias alocuciones -
que la Santa Sede ha dirigido al
mundo católico con motivo de los
tristísimos sucesos ocurridos en
el llamado reino de Italia, una -
que lleva la fecha del 18 de mar-
zo de 1861, llama la atención di-
ciendo que el liberalismo signifi-
ca una cosa con la cual no puede
decirse que deba reconciliarse el
Santo Pontífice. De la civiliza-

ción moderna dice el Papa que es la causa del deplorable conflicto en que la sociedad se agita.

¿Cree el gobierno que procesa la neutralidad en que dice encerrarse?. Yo creo que no; creo que el gobierno salió de la neutralidad cuando a mi entender, tomó puesto en las filas de la revolución, reconociendo el reino de Italia; entonces hizo imposible para sí el principio de la neutralidad" (113).

La tercera intervención en contra fue la del progresista independiente Figuerola que en su discurso criticó duramente la política del gobierno de Unión Liberal por sus errores e indecisiones, pero sobre todo porque, a su juicio, habían dado marcha atrás en la política liberal inaugurada por el general O'Donnell con el reconocimiento de Italia. Dice:

"... La Unión Liberal, optó por el reconocimiento del reino de Italia; grande apoyo recibió por ello. Se apoyaba en los instintos progresivos de la sociedad, quería marchar adelante, un fin práctico le llevaba; no podía dejar de hacerlo porque se respiraba en el aire. Pero la Unión Liberal apenas ha hecho el reconocimiento del reino de Italia, ol

vidaría muchas de las proezas o aventuras que quería acometer, y prepararía al país en un sentido contrario a lo que la opinión podía esperar" (114).

En el turno de réplica intervino, por parte del gabinete el ministro de la Gobernación, acusando al neo-católico Gabino Tejado y sus amigos de exacerbar los ánimos y crear problemas al gobierno, tachándolos de insolidarios que sólo pensaban en su interés de grupo, olvidando el de la nación (115).

El ministro no estuvo demasiado duro con los neo-católicos, deseaba no contribuir a aumentar las tensiones con las oposiciones.

Entre las intervenciones a favor de la concesión de las autorizaciones al gobierno, destacó la de Navarro y Rodrigo, del partido del gobierno, que centró su exposición en rebatir los argumentos expuestos por el diputado progresista independiente Figuerola, negando la acusación de éste de haber inaugurado el general O'Donnell una política ambigua y contradictoria. Dice:

"...¿Olvida Su Señoría el acto capital y trascendental del reconocimiento de Italia? Pues qué fue eso sino limpiar por completo la atmósfera y purificarla de preocupaciones fanáticas?" (116).

Terminada la discusión a la totalidad se pasaría a debatir artículo por artículo. También es estas

discusiones el tema de Italia estuvo presente unas veces para criticar al gobierno por haberlo llevado a cabo y otras sería el propio gabinete quien lo utilizó para demostrar a la opinión progresista lo liberal que era.

Intervino el diputado progresista independiente Candau para acusar a la Unión Liberal de seguir una política reaccionaria en ese momento. Dividió en dos épocas la actuación del gabinete de O'Donnell, la primera para alcanzar el poder, muy liberal; la segunda, muy reaccionaria, estando ya en el poder. A su juicio, el gobierno ahora estaba realizando la política de los reaccionarios y neo-católicos (117). Dice:

"... Bien que nosotros que aspiramos al régimen liberal nos oponemos a este proyecto de ley, esto lo encuentro lógico; ¡pero que lo combata el Sr. Nocedal y sus compañeros!... ¿Pues cuándo han podido soñar con un triunfo tan esclarecido para sus doctrinas? Pues cuándo han podido esperar que una mayoría que se dice liberal, renunciando de sus protestas, venga humildemente a ingresar en las filas de esa misma montaña balnca?" (118).

Interviene para defender el proyecto, el diputado Navascues, de la Unión Liberal. Dedicó su discurso a rechazar las acusaciones que el diputado

progresista independiente Candau había vertido sobre la Unión Liberal, a la que tachaba de absolutista y reaccionaria.

Navascués dijo que cómo un gobierno que había reconocido al reino de Italia, podía ser acusado de ésto (119).

Otra nueva intervención, y en este caso de un miembro del partido moderado, próximo a los neo-católicos, será la de Severo Catalina, uno de los que más se destacó en julio de 1865 por su oposición al gobierno para evitar el reconocimiento del reino de Italia. En toda su intervención estuvo presente la cuestión italiana. Su crítica iba dirigida, en apariencia, contra las autorizaciones, pero como la mayor parte de las intervenciones de la oposición, se convirtió en una condena de la política del gobierno. Dice:

"... El ministerio ha declarado solemnemente que su punto de vista y su línea de conducta será la neutralidad. ¿Pero sabéis vosotros, Sres ministros, lo que es la neutralidad...? Sabéis lo que es, después del precipitado y estéril reconocimiento de Italia? ¿Sabéis que después de vuestra impremeditada declaración contra los tratados de 1815 nos habéis comprometido dolorosamente a los ojos del país? Diréis que la guerra está a punto de estallar. Pues bien, esa guerra

es la de siempre, es la guerra del derecho nuevo de las anexiones contra el derecho secular de la legitimidad; esa guerra es la misma guerra, es la contienda de los mismos principios en favor de los cuales os habéis declarado ya.

Cuando, el año pasado se discutía aquí el infeliz propósito del reconocimiento de Italia, yo, el último de los diputados de la Cámara, tenía el honor de advertiroslo; ya os decía: vais contentos, muy contentos en compañía de Francia, libre pensadora; de Inglaterra, protestante; de Rusia, cismática; de Prusia, panteísta; pues no va bien en esa compañía ni en ese concurso la Reina Doña Isabel II.

Entonces era indispensable halagar a las masas y sacrificarlo todo en aras de las exigencias progresistas, hoy os habéis quedado sin el apoyo de los elementos conservadores de la nación.

Cuando de tal manera habéis procedido ¿cómo hemos de creer en vuestras palabras de neutralidad?"
(120).

Contestó a Severo Catalina, Millán y Carlo, de la Unión Liberal, insinuando que pudiese existir

una inteligencia, preconcebida, entre todas las intervenciones, haciendo de las autorizaciones un voto de censura al gobierno. Dice:

"... Habrá podido observar el Congreso cierta unidad de método, cierta coincidencia en el sistema que han creído conveniente emplear todos los diputados que han impugnado el dictamen de la comisión o han considerado estas autorizaciones bajo el punto de vista del voto de censura (121).

Una última intervención de la fracción neo-católica que dirigía Nocedal en el Congreso fue la de José María Claros. Este diputado siempre se había distinguido en la defensa de la causa de la Santa Sede y contrario a la unidad de Italia. Su oposición al aumento del ejército solicitado por el gobierno, no pasó desapercibida ya que este mismo diputado, meses antes, siendo aún jefe de gobierno Narváez, se había manifestado en sentido contrario (122).

Justificó su negativa diciendo:

"... España, lejos de significar el principio nuevo o revolucionario, ha representado siempre el principio católico. Ahora bien señores, es menester confesar que en el orden material este principio está completamente vencido; sólo espera su salvación del poder de la providencia, y en todo caso del

desenvolvimiento moral de las ideas. Francamente así a mi patria no le aconsejo que tome parte en ninguna guerra" (123).

Respondió el diputado Saavedra Meneses, de la Unión Liberal, que acusó a José María Claros de contradictorio, le dijo que cómo era posible que este hombre que había sido apologista de esta causa, pueda venir ahora a levantar bandera contra el militarismo (124).

3.3. RETIRADA DEL APOYO REAL AL GOBIERNO DE O'DONNELL

El gobierno del general O'Donnell consiguió hacer aprobar sus autorizaciones por las Cortes. Esto suponía el obtener el voto de confianza de la Cámara y el fracaso de las oposiciones que habían hecho de esta cuestión un asunto de censura a la política del gobierno. La votación le fue favorable por 160 votos y 96 en contra.

Sin embargo, a pesar de haber salido victorioso de esta prueba, el gobierno sufrió un nuevo desgaste, en menos de un año el capital político con el que llegó al poder en junio de 1865 se había ido agotando. La opinión pública recogió algunas acusaciones vertidas contra el gabinete de O'Donnell que aunque hechas de forma oportunista, como la del conde de San Luis, resultaban difíciles de negar. Este último jefe de la minoría más conservadora del Partido Moderado se expresó así:

"... Os proclamásteis liberales, y estáis ahora en el extremo

Opuesto ¿y no cometería una decepción para con la Corona, si después de llamado intentase practicar una política reaccionaria? Es indudable" (125).

La prensa progresista y demócrata, también puso de manifiesto, aunque por diferentes motivos, el giro producido en su política. Decía el periódico "La democracia" el 9 de junio:

"... No se puede mudar tan bruscamente de política, como ha mudado el general O'Donnell, pasar de los halagos al Partido Progresista al duelo a muerte, del reconocimiento de Italia a los cirios de San Pascual. Recabásteis el poder de manos del duque de Valencia porque era un político reaccionario. ¿Os habéis convencido de que la reacción es justa? Volvedle al poder" (126)

O'Donnell, a su llegada al poder en junio de 1865 estaba convencido de la imperiosa necesidad de acometer una reforma política.

El dilema se le planteaba entre: reformar en el sentido que deseaban los progresistas o hacerlo en el que querían Nocedal y los neo-católicos. Decidió empezar en un sentido reformista y progresista para terminar siguiendo los consejos de las fuerzas más conservadoras (127) que jamás le perdonarían

ciertos pasos liberales, como el reconocimiento del reino de Italia. Su final fue el enfrentamiento con las fuerzas progresistas y con las más conservadoras.

En estos meses de gobierno se había ido desgastando progresivamente su imagen para amplios sectores del país, pero confiando en su último gran éxito, el haber hecho abortar la sublevación del cuartel de San Gil, creía tener intacta la confianza de la Reina, sobre todo porque él estaba persuadido de ser el único que podía detener la revolución y, por consiguiente, sostener el trono de Doña Isabel. Decidió con vistas a gobernar más cómodamente, subestimando el poder de las fuerzas más conservadoras, reforzar la mayoría de su partido en el Senado presentando a la firma de la Reina un decreto para nombramiento de nuevos senadores. Sus enemigos políticos no dejaron pasar esta ocasión, influyendo en el ánimo de la Soberana, entre ellos su consejero Beltrán de Lis (128), hombre muy próximo a los círculos eclesiásticos y que mantenía una buena amistad con el nuncio. Éste le hizo ver a Isabel II lo innecesario de esta medida, quizá sabiendo que una negativa de la Reina a O'Donnell, sería suficiente para que éste la interpretase como el retiro del favor real. Así terminó ocurriendo y O'Donnell, molesto, presentó su dimisión irrevocable que fue aceptada por la Reina Isabel, resentida con él por el reconocimiento del reino de Italia, efectuado contra el parecer de su conciencia.

Con esto desaparecía el último gobierno del general O'Donnell, su período más controvertido y en el

que más enemigos se ganó, sobre todo en los sectores clericales, los cuales no olvidaron que el mismo hombre que pocos años antes había calificado la unidad de Italia de inicuo despojo de los territorios de la Iglesia y de los soberanos expulsados de sus Estados, fue quién en julio de 1865 reconoció el reino de Italia.

NOTAS AL CAPITULO V

1. Biblioteca del Congreso. Libro Rojo sobre Italia. Ob. cit. p. 23.
2. Ibid. p. 21.
3. Ibidem.
4. Memorial Diplomatique de Paris. Recogido en Libro Rojo sobre Italia. p. 22. Biblioteca del Congreso. Ob. cit.
5. Ibid. p. 23.
6. Ibid. p. 17.
7. J. PABON. España y la cuestión Romana. Ob. cit. p. 21.
8. A.M.A.S.S.I. Sección Política. Legajo nº 1889. Despacho nº 80.
9. Biblioteca del Congreso. "Libro Rojo..." Ob. cit. p. 14.
10. Ibid. p. 19.
11. R.A.H. Colección Isturiz-Baver. 9/6282. Documento nº 1206.
12. R.A.H. Colección Isturiz-Baver. 9/6282. Documento nº 1207.
13. R.A.H. Colección Isturiz-Baver, 9/6282. Documento nº 1206.
14. A.M.A.S.S.I. Sección Política. Legajo nº 1889. Despacho nº 5.
15. R.A.H. Colección Isturiz-Baver. Documento I.F.B. (2). Caja nº 13.
16. A.M.A.S.S.I. Sección Política. Legajo nº 1889. Despacho nº 11.
17. A.M.A.S.S.I. Sección Política. Legajo nº 1889. Despacho nº 11.
18. H.M.M. El Pensamiento Español. 4-IX-1865.
19. H.M.M. El Diario Español. 12.IX.1865.

20. H.M.M. La Regeneración. 21 noviembre 1865.
21. H.M.M. El Pensamiento Español. 23 noviembre 1865.
22. H.M.M. La Epoca. 7 diciembre 1865.
23. Carmen LLORCA, Isabel II y su tiempo.. Ob. cit. p. 67.
24. S.S.V.N.M. 1865. N. 383. C. 33. Sezione XII - 14.3. Correspondencia . Carta de Mons. Claret al Nuncio Barilli. Lettera nº 1642 del 19 septiembre 1865.
25. D.S.C. 1º Congreso. Sesión Regia de Apertura. 27 diciembre 1865. Legislatura 65-66.
26. Biblioteca del congreso. Legajo nº 132. Documento nº 54.
27. D.S.C. - Congreso. Sesión nº 27 del 17 febrero 1866.
28. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 17. p. 187.
29. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 30. 21.II.1866.
30. Ibid. p. 240.
31. Ibid. p. 243.
32. Ibid. p. 244.
33. Ibid. p. 247.
34. D.S.C. - Congreso. junio. nº 31. 22-II-1866.
35. Ibid. p. 255.
36. Ibidem.
37. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 31. p. 256.
38. Ibid. p. 258-262.
39. Ibidem.
40. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 31. p. 266-67.
41. H.M.M. El Diario Español. 22 noviembre 1865.
42. D.S.C. - Congreso. Sesión nº 33. 24-II-1866.

43. Ibidem.
44. D.S.C. - Congreso. Sesión nº 34. Legislatura 1865-66.
26-II-1866.
45. Ibidem.
46. D.S.C. - Congreso. Sesión nº 35. Legislatura 1865-66.
27-II-1866.
47. D.S.C. - Congreso. Sesión nº 36. Legislatura 1865-66.
28-II-1866.
48. Ibid. p. 317-138.
49. Ibidem.
50. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 38.
p. 424.
51. Ibid. p. 425.
52. D.S.C. - Senado. Legislatura 1865-66. Apéndice a la
sesión nº 9. 25-I-1866. p. 2.
53. D.S.C. - Senado. Legislatura 1865-66. Sesión nº 10.
p. 48.
54. Ibidem.
55. D.S.C. - Senado. Legislatura 1865-66. Sesión nº 13.
p. 99.
56. Marqués de Miraflores, Memorias de... Ob. cit. T. III.
p.302.
57. D.S.C. - Senado. Legislatura. 1865-66. p.307.
58. Ibid. p. 309.
59. D.S.C. Senado. Legislatura 1865-66. Sesión nº 17.
60. Marqués de Miraflores, Memorias... Ob. cit. T. III.p.383.
61. D.S.C. - Senado. Legislatura 1865-66. Apéndice segun-
do de sesión nº 83. 12-VI-65.
62. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33, Sezione XII. 14.3. Lette-
ra nº 2010.
63. D.S.C. Senado. Legislatura 1865-66. Sesión nº 15.
p. 143.

64. Ibid. p. 144.
65. D.S.C. - Senado. Legislatura 1865-66. Sesión nº 16.
p. 152.
66. Ibid. p. 158.
67. Ibidem.
68. Ibidem.
69. D.S.C. - Senado. Legislatura 1865-66. S. 16. p. 160-163.
70. Ibid. p. 162.
71. Ibidem.
72. Marqués de Miraflores, Memorias... Ob. cit. T. III.
p. 286.
73. D.S.C. - Senado. Legislatura 1865-66. Sesión 16.
74. Ibidem.
75. D.S.C. - Senado. Legislatura 1865-66. Sesión nº 20.
p. 227.
76. H.M.M. La Gaceta. 15 julio 1865.
77. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV-14.3. Docu-
mentos bajo el título de Esposizione de Vescovi Spagnoli
sul ricognoscimento del Reyno d'Italia. Carta 20.XII.65
del Arzobispo de Santiago al Nuncio.
78. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Docu-
mentos bajo título Esposizione... cit. Carta del Obispo
de Salamanca al Nuncio Barilli. 25.XII-1865.
79. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Docu-
mentos bajo título. Esposizione... ob. cit. Carta del ar-
zobispo de Santiago al Nuncio Barilli el 19-I-1860.
80. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documen-
tos bajo título Esposizione... cit. Carta del Obispo de
Valladolid al Nuncio Barilli. 27-I-66.
81. S. PETSCHEN, Iglesia Estado... Ob. cit. p. 53.
82. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documen-
tos bajo título "Esposizione de Vescovi Spagnoli... cit.
Carta 21 enero del Arzobispo al M. de Gracia y Justicia.
Copia enviada al nuncio por el Arzobispo.

83. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documento bajo título "Esposizione de Vescovi Spagnoli... cit. Carta de 22 enero del Arzobispo de Santiago al Nuncio.
84. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documento bajo título "Esposizione de Vescovi Spagnole..." cit. Carta del Arzobispo en Santiago al Nuncio. 6-II-66.
85. Ibidem.
86. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. nº 235. Documentos bajo título "Esposizione de Vescovi..." cit. Carta del Nuncio Barilli al obispo de Valladolid.
87. Instituto Per La Storia del Risorgimento Italiano. Roma. Documentos bajo el título: Il Riconoscimento del Regno d'Italia. nº 865. D. nº 53 (I).
88. Ibidem.
89. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documentos bajo título "Esposizione de Vescovi..." cit. Carta Arzobispo Burgos al Nuncio Barilli. 23.XII.1865.
90. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documentos bajo título "Esposizione de Vescovi..." cit. Carta del Arzobispo de Burgos al Nuncio Barilli fechada en Puente-Viesgo de 6 de agosto 1862 (apéndice documental).
91. A.S.V.N.M. 385. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. nº 231. Documento bajo título "esposizione de Vescovi Spagnoli..." cit. Carta del Nuncio al Arzobispo de Burgos. 1-II-1866.
92. A.S.V.N.M. 385. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documento bajo título "Esposizione en Vescovi Spagnole..." cit. Carta del Obispo de Valladolid al Nuncio del 9-II-1866.
93. A.S.V.N.M. 385. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documento bajo título "Esposizione de Vescovi Spagnole..." cit. Carta del Arzobispo de Sevilla de 27-I-66.
94. A.S.V.N.M. 385. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documento bajo título "Esposizione de Vescovi Spagnole..." cit. Carta del Consejero Real Beltrán de Lis al Nuncio. 19-VII-1866.
97. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documento bajo título "Esposizione de Vescovi Spagnole..." cit. Carta del Consejero Real Beltrán de Lis al Nuncio. 21-VII-66.

98. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documento bajo título "Esposizione de Vescovi Spagnole..." cit. Carta de Beltrán de Lis al Nuncio Barili. 25.VII.66.
99. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Documento bajo título "Esposizione de Vescovi Spagnole..." cit. Carta del arzobispo de Burgos al Nuncio. 2-VII-66.
100. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Despacho reservado nº 1956. Documentos bajo título "Esposizione de Vescovi Spagnole..." cit.
101. Ibidem.
102. A.S.V.N.M. 383. Cartella 33. Sezione XIV. 14.3. Carta del Secretario de Estado Antonelli al nuncio Barili del 23-VIII-1866.
103. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión del 17-V-1866.
104. Ibidem.
105. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión del 19-V-1866.
106. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión del 22-V-66.
107. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión del 23-V-1866. nº 92.
108. Ibid. p. 1452.
109. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 95. 26-V-1866.
110. Ibid. p. 1575.
111. Ibid. p. 1579.
112. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 96. 28-V-1866.
113. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 97. p. 1607-1634.
114. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 98.
115. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 97. p. 1635.

116. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión nº 99.
1-VI-1866.
117. Ibid. p. 1711.
118. Ibidem.
119. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión 100.
2-VI-1866.
120. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión 105.
8-VI-1866.
121. Ibid. p. 1949.
122. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1864-65. Sesión 1-V-
1865.
123. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión 8-VI-66.
124. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión 11 ju-
nio 1866.
125. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1865-66. Sesión 9 junio
1866.
126. H.M.M. La Democracia. 9-VI-1866.
127. D.S.C. - Congreso. 5-VI-1866.
128. C. LLORCA, Isabel II ... Ob. cit. p. 168.

CAPITULO VI

LA CUESTION DE ROMA, CENTRO DE ATENCION
DE LOS ULTIMOS GOBIERNOS MODERADOS. 1866 a 1868.

CAPITULO VI

LA CUESTION DE ROMA, CENTRO DE ATENCION DE LOS ULTIMOS GOBIERNOS MODERADOS. 1866 a 1868.

1. EL REGRESO DE NARVAEZ Y LA MEJORA DE LAS RELACIONES IGLESIA - ESTADO.

El 10 de julio de 1866 la Reina llamó, de nuevo, al general Narvaez para formar gobierno. El último gran servicio que había prestado O'Donnell a la Corona, al detener la sublevación del mes de julio, no pesó lo suficiente como para contrarrestar las influencias de sus oponentes que aconsejaban a la Reina que diera el poder a los moderados. No sólo la camarilla que rodeaba a Isabel, sino incluso la propia dinámica en la que se había situado el gobierno del duque de Tetuán (1), llevaron a la Soberana a adoptar esta determinación. O'Donnell había entrado para gobernar en liberal y sacar a los progresistas del retraimiento, pero fracasó en su intento y en la valoración de la capacidad e influencia de las fuerzas tradicionales y clericales frente a su nueva política.

Pero ni aun con todo esto se comprendía la decisión tan precipitada de la Reina si no hubiese pesado lo que en su ánimo más había sentido y que consideraba una gravísima e imperdonable falta del gabinete O'Donnell, es decir, el haber llevado a cabo el reconocimiento del reino de Italia, forzando a ello a la propia Isabel II que tan hondo afecto sentía por el Papa y empeorando, con este hecho, la posición diplomática y política del romano Pontífice (2).

El diez de julio fue reemplazado el duque de Tetuán

por el duque de Valencia, quien pasó a presidir el nuevo gabinete. La segunda figura era González Bravo que ocupó la cartera de Gobernación y formaban, también, parte del mismo el teniente general Eusebio Calonge ministro de Marina, Manuel García Banzanallana ministro de Hacienda, Manuel de Orovio ministro de Ultramar, entre otros (3).

Narvaez, al conseguir el poder, anunció su propósito de llevar a término una política liberal encaminada a apaciguar los ánimos y devolver la confianza y la tranquilidad al país, aún no repuesto del último intento revolucionario del mes de junio.

Sin embargo no había de perseverar mucho en esta línea de conducta ya que emprendió una actitud para poder detener la revolución y salvar la monarquía de Isabel II, actitud que implicaba la desaparición, o al menos, el falseamiento del sistema liberal, base de la misma monarquía isabelina.

1.1. SOLUCION AL ASUNTO DE LOS TRES PRELADOS.

La llegada de Narvaez al poder contribuyó a mejorar las relaciones entre la Iglesia española y el Estado que habían sufrido serios roces con el gobierno de O'Donnell, sobre todo, por el reconocimiento del reino de Italia y la posición que el episcopado tomó contra este acontecimiento, en particular.

Se recordará la especial virulencia que adoptaron en sus escritos el arzobispo de Burgos, ayo del príncipe de Asturias, y los obispos de Tarazona y Osma, hecho que llevó al gobierno a adoptar la resolución de retirar a Monseñor García Puente la dirección espiritual del príncipe y a pasar los escritos de los

tres prelados al Consejo de Estado que dictaminó sobre los mismos aunque sus conclusiones nunca fueron puestas en práctica.

O'Donnell no supo resolver este contencioso con la Iglesia, su sucesor, Narvaez, heredará este delicado asunto, quien parecía mejor predispuesto a buscar una solución satisfactoria para ambas partes. Los buenos oficios del nuncio Barili le llevaron a escoger a Bertrán de Lis (4) muy próximo a la Nunciatura y Consejero de la Reina, como hombre idóneo para resolver esta difícil cuestión. Este consiguió que el gobierno diese una reparación moral a los tres obispos, lo que supuso no sólo apartarse de las indicaciones del Consejo de Estado sino también manifestar públicamente que las medidas adoptadas por el gobierno de la Unión Liberal habían sido injustamente tomadas. La Reina quedó enormemente satisfecha con el desenlace y se precipitó a comunicárselo al Papa (5) con ánimo de hacerle olvidar otros acontecimientos que tan hondo pesar habían producido, como el reconocimiento del reino de Italia, haciéndole partícipe de la nueva política de su gobierno. También sirvió para producir un acercamiento mayor entre Isabel II y el episcopado español.

El gabinete de Narvaez consiguió deshacerse del molesto asunto heredado de los tres obispos lo que le llevó a un mejor entendimiento con la Iglesia contribuyendo así a mejorar su imagen pública, dada la enorme influencia que el clero ejercía sobre la sociedad española.

1.2. EL EPISCOPADO ESPAÑOL Y SU ADHESION A ISABEL II.

Fruto de la mejora de relaciones entre los dos poderes, desde la llegada de Narvaez en julio de 1866, fue la prueba de solidaridad y adhesión que el episcopado español ofreció a la Reina con la publicación de exposiciones de apoyo y pastorales en favor de Isabel II para contrarrestar la campaña de prensa que en mayo de 1867 se había desatado en el exterior y en particular desde Francia y Bélgica donde la oposición exiliada española era más activa.

De esta prueba de fidelidad a la reina Isabel no fue ajeno el nuncio Barili (6), quien debió recibir la petición del propio Narvaez, y conociendo los problemas por los que atravesaba el nuevo gabinete y la misma Corona, requirió el nuncio al episcopado hispano para que manifestase éste su apoyo de forma pública al trono, con quien a pesar de algunos desacuerdos recientes, como el reconocimiento del reino de Italia, les era más favorable que cualquier otra alternativa. El Vaticano no desconocía que las posibilidades de los ultramontanos del Carlismo eran casi inexistentes, por lo que la caída de la reina Isabel sólo podría traer la revolución, lo que evidentemente deseaban evitar como fuera.

La prensa española se hizo eco de las exposiciones de los obispos, sobre todo, los periódicos moderados y conservadores, que las publicaron íntegras, apareciendo de forma escalonada desde mediados del mes de marzo, pocos días después de haber mandado el ministro de Estado una circular a los representantes de España en el extranjero, protestando por la comentada campaña y solicitando que la contrarresta-

ran.

Las publicaciones de solidaridad y adhesión siguieron todo el mes de marzo y hasta finales del mes de abril. Aunque la mayoría de los escritos coincidían expresándose de forma parecida al manifestar su apoyo al trono y criticar las ingerencias extranjeras, se han destacado algunas de las numerosas exposiciones, unas por gozar su autor de un peso específico mayor sobre el resto del episcopado, como era el caso de los arzobispos de Toledo y Santiago, el primero por el puesto de honor como cardenal Primado, y además por venir de un hombre que antes había militado en el campo de Don Carlos y el segundo por ser una persona de probado prestigio intelectual ; otras por reunir un especial interés algunos de los puntos expuestos en los mismos, como las de los obispos de Urgel, Huesca y la del arzobispo de Tarragona.

El cardenal Primado dice en su exposición del 20 de marzo a la Reina :

"... Señora :

El Cardenal Arzobispo de Toledo ha leído con profundo pesar las dos comunicaciones que los ministros de Estado y de la Gobernación han dirigido a sus respectivas dependencias, rechazando con la dignidad propia de consejeros de V.M. la villanía con que varios periódicos extranjeros han tenido hasta la audacia de atacar lo más respetable de la hidalga y culta monarquía española.

Harto sabe la revolución, cuando emplea esas armas de tan mala ley, que ni puede vencer con ellas la lealtad y acendrado amor que España entera profesa a V.M. ni logrará jamás amenguar en lo más mínimo el constante patriotismo con que esta magnánima nación defenderá siempre el mantenimiento de su religión venerada, el trono de su secular monarquía y sus respetables instituciones.

Justo es que todos los españoles, al menos ahora, alcemos nuestra voz de reprobación para que Europa no dude de que hoy somos lo que fuimos siempre." (7).

Por su parte el cardenal arzobispo de Santiago se dirigió a Isabel el 19 de marzo de 1867 diciéndole :

"... Señora :

El Cardenal de Santiago ha sentido una impresión dolorosa al saber que la prensa extranjera de cierto "color" ha ofendido nuestro honor nacional en nuestras más caras instituciones, la religión y la monarquía, se cree en el deber de elevar al trono de V.M. la sincera manifestación de sus sentimientos, adhiriéndose a la protesta que ha hecho el gobierno de V.M.

Sin declararme partidario de ninguna determinada política, debo repro-

bar todas las maquinaciones encaminadas a derribar el Trono de V.M. el cual es como la clave de la bóveda de nuestro edificio social. No temo afirmar que éstos son también los sentimientos del clero de mi diócesis." (8).

El obispo de Huesca destaca, amén de las consabidas ingerencias extranjeras, la filial adhesión de la Reina hacia Pío IX. Le dice, entre otras cosas a la Reina :

"... Señora :

El obispo de Huesca otra vez más renueva a V.M. con reverente respeto sus leales y profundos sentimientos de adhesión, en el concepto de expresiva protesta contra los dardos envenenados y criminales diatribas que una parte, aunque insignificante, del periodismo extranjero, ha vertido contra vuestra Real persona y demás fundamentales instituciones de nuestra querida patria.

Ajeno, Señora, el sacerdocio a las miserables contiendas y perturbadoras luchas de los partidos políticos, no puede serlo, ni abriga por un instante la más leve indiferencia ante esos nudos ataques.

La íntima y grata satisfacción con que reconocemos en vuestra augusta

persona y dinastía una decidida y constante filiación a nuestra Madre la Santa Iglesia Católica y a su venerable cabeza visible el Soberano Pontífice Romano." (7).

De la exposición del obispo de Urgel a la Reina se han destacado los siguientes párrafos, en los que dice a la Soberana :

"... Señora :

Los atrevidos insultos tan sin motivo prodigados por una parte de la prensa extranjera contra nuestro catolicismo y unidad religiosa, contra V.M. sostén de aquélla, y contra la Monarquía... Presento mi sincera adhesión a la unidad católica y a la monarquía y mi respeto y plena sumisión a V.R.M. y al gobierno libremente nombrado por V.M." (10).

Urgel 20 de marzo de 1867

Para concluir, se presenta un extracto de la exposición del arzobispo de Tarragona que dice :

"... Los ultrajes e insultos que contra V.M. y la Real familia, no menos que contra la religión católica y sus ministros y las más veneradas instituciones de nuestra nación, se han publicado en periódicos extranjeros, cuando por esos inicuos medios trata la revolución de derrumbar cuanto hay

de más augusto y venerable entre nosotros socavando los cimientos de nuestra sociedad, han creído un deber los infraescritos elevar su voz para protestar contra tales ultrajes y templar la pena que debe experimentar V.M. con el sincero homenaje de su adhesión y lealtad hacia V.M. ..." (11).

Ciertamente con esta campaña, la Iglesia española, por medio de su episcopado, salió en defensa clara e inequívoca de la monarquía isabelina. Parecía, de esta forma, querer contrarrestar la anterior actitud que, con motivo del reconocimiento del reino de Italia, había mantenido. Ahora las relaciones entre el gobierno de Narvaez y la Iglesia eran de franca cordialidad, esta vez y de forma indudable se muestran coincidentes los intereses del gobierno y los del clero. Lejos estaban, ya, aquellos años en que se acusaba a sor Patrocinio y al padre Claret de ejercer influencias nefastas alrededor del trono.

En este momento, era el propio gobierno de Narvaez, a través del ministro de la Gobernación, González Bravo, quien solicitaba la ayuda y colaboración de todos los elementos conservadores religiosos del país para agruparse en torno a la monarquía y apoyar al gobierno en su nueva política, afirmando que ésta era la única vía de salvar el Trono y la dinastía (12).

El discurso que el ministro de la Gobernación pronunció el 29 de marzo, ante los diputados electos del partido Moderado, expresó claramente el cariz conservador de su política. Sobre todo, puso de mani

fiesto el papel preponderante que los elementos re
ligiosos iban a jugar en ese período.

Entre otras cosas dice :

"... Salta a la vista la necesidad
que, antes de todas las cosas, sea el
gobierno profundamente religioso...

En un país como el nuestro, comple
tamente identificado con el catolicis
mo por privilegio especial de la divi
na providencia, la religiosidad en el
gobierno es, no sólo un deber general
y común a todo gobierno, sino un de
ber especial y de patriotismo." (13).

La llamada de González Bravo a la colaboración en
tre la Iglesia y el Estado, no sería desatendida. En
efecto, se hizo evidente y manifiesta la ayuda del
episcopado no sólo en declaraciones de adhesión y
lealtad al trono sino también en hechos de gran tras
cendencia para el gobierno como fueron, de una parte,
la voluntaria aceptación del clero de ver reducidas
sus dotaciones para que, así, el Estado pudiese sub
venir mejor a sus necesidades (14), dada la crítica
situación que atravesaba ; y de otra cuando Narvaez,
en marzo de 1867 solicitó de las Cortes el voto de
confianza, los obispos senadores no dudaron en otor
gárselo. Incluso alguno de ellos, ante la imposibili
dad de asistir a la sesión, no dejó de expresarle,
por escrito, su apoyo. Este fue el caso del arzobis
po de Zaragoza, Manuel García Gil, que escribe a Nar
vaez diciendo :

"... Me dirijo a V.E. con motivo de no poder asistir a las sesiones de Cortes , por ir a Roma. Si más adelante pudiera verificarlo, no dudaré en dar mi débil apoyo al gobierno que ha contenido la revolución, con el cual me ligan las mejores razones y deberes de gratitud." (15).

Fruto, también, de esa armonía entre las dos instituciones, fue el papel preeminente que alcanzó la formación religiosa en los nuevos planes de estudio (16), y la publicación de una serie de 26 decretos para la reforma de la enseñanza en España que otorgaba a la Iglesia católica una posición preponderante en el ámbito de la educación. No fueron ajenos a la elaboración de estos planes de estudio ni el confesor de la Reina, Monseñor Claret (17) que actuaba en estrecha colaboración con Roma y con su nuncio en Madrid Barili, ni otras destacadas figuras del episcopado español.

En la escena internacional, la imagen de la monarquía de Isabel II, en estos últimos años, se había ido deteriorando por su mala gestión en política interior.

En esta situación la Iglesia española acudió a prestar su apoyo para sostener y proteger al Trono. Roma quiso también ayudar a la Reina públicamente ante Europa y el Papa le concedió, en febrero de 1868, la distinción de "la Rosa de Oro", símbolo de la fe, la justicia y la caridad del Soberano que la recibía (18).

Sin embargo esta concesión, contrariamente a lo que se ha venido creyendo, no fue tan espontánea. La iniciativa no partió de Roma sino de la propia Reina que manifestó este deseo al nuncio Barili y al general Narvaez quien así se la transmitió al embajador en Roma, Alejandro de Castro, para que realizase las gestiones pertinentes a fin de conseguirlo.

Este hecho queda claramente reflejado en la carta que el Presidente del Consejo de Ministros envió, el 10 de diciembre de 1867, al embajador de España en Roma. Le dice Narvaez :

"... Esta distinción la han recibido varios reyes. La Reina de España no la ha obtenido todavía, siendo por excelencia la Reina católica y la que más se interesa por el Santo Padre... y la que entre todos los Soberanos es la más sumisa y obediente al papado.

He hablado con el nuncio sobre este particular y me ha ofrecido escribir a Roma sobre esto. Vd. por su parte, haga sus gestiones al logro de este fin." (19).

El embajador español comunicó a Narvaez, de forma detallada, cada uno de los pasos dados hasta el feliz logro de sus gestiones por la concesión del citado galardón (20).

La reina Isabel que siempre recibió con afecto cualquier comunicación del Papa, sintió una enorme emoción por la distinción de la que fue objeto. En

carta del 12 de febrero se apresuró a agradecer a Pío IX tal honor manifestándole su profunda devoción. Le expone :

"... Beatísimo padre :

Aunque por el telégrafo he expresado a vuestra santidad toda la gratitud de que se halla poseída mi alma por la inmerecida honra, que tanto a mí, como al rey, mi amado esposo, a todos nuestros hijos y a esta tan católica nación, vuestra santidad se ha dignado dispensarnos concediéndome la Rosa de oro, santa reliquia, que los siglos venideros venerarán doblemente por haber sido consagrada y bendita por el inmortal Pío nono, mi corazón, que es todo de vuestra santidad, es el que traza estas líneas para expresarle que la honra, que vuestra santidad acaba de dispensarme no recae en el corazón de una ingrata, sino en el de la hija más amante y respetuosa de vuestra santidad, que no desea más que ocasiones para probarle a vuestra santidad de todas maneras su amor y su gratitud sin límites.

Tanto el rey, mi marido, como yo procuraremos que nuestro hijo, el príncipe de Asturias, que tiene la dicha de ser ahijado de vuestra santidad, sea educado para ser su más fiel defensor y ya en su tierno corazón se descubre el amor hacia la persona ve-

neranda de vuestra santidad.

Dígnese vuestra santidad enviarle su santa y apostólica bendición así como al rey, a toda la familia y a esta católica nación.

Que Dios y María santísima inmaculada oyendo nuestras súplicas concedan a vuestra santidad tantos años de vida y de muchas glorias en su pontificado como lo desea su más humilde, cariñosa y agradecidísima hija, de vuestra santidad." (21).

Del buen entendimiento entre Roma y Madrid -- prueba el nombramiento del nuevo nuncio que había de sustituir a Monseñor Barili. A pesar de la situación delicada para ambos Estados, Roma no puso ninguna dificultad a la aspiración de la Reina de que fuese escogido Monseñor Franchi. Este deseo de Isabel II fue transmitido por su embajador en Roma al Cardenal Antonelli, siguiendo las órdenes que el Presidente del Consejo de Ministros, general Narvaez, le envió el 18 de enero de 1868. Le dice :

"... Su Majestad quiere que diga Vd. a S.S. y al cardenal Antonelli, que sería de todo su agrado y más que otro nombramiento de nuncio, el que viniese monseñor Franchi." (22).

Un testimonio más de ese mutuo apoyo que el Trono y la jerarquía se prestaban entre sí, lo constituye el discurso que el nuncio pronunció ante la Reina en la presentación de credenciales el 7 de mayo de 1868.

Dice éste a Isabel II :

"... La reconocida bondad de V.M. me alienta por su excelsa protección y sostenido por la ilustrada defensa de su gobierno, lograré proporcionar al Santo Padre el singular deseo de ver cumplidas sus intenciones." (23).

Un observador cualificado, como era el duque de La Torre, que había servido fielmente a Isabel II y que terminó desterrado, define de esta manera las relaciones entre la Iglesia y el Estado en estos años :

"... El gobierno ha entrado en un período de verdadero absolutismo.

En Palacio se entiende que todavía no se ha caminado bastante por este camino... el nuncio y el clero lo dominan todo." (24).

En este último período isabelino, las relaciones entre la Iglesia española y Roma se basaban, como venía siendo tradición, en una clara y evidente sujeción a la voluntad del Soberano Pontífice. El nuncio Barili no dejó de estar presente en las decisiones adoptadas por el episcopado español. Ejemplos de esa indudable y estrecha unión de intereses los tenemos en la protesta generalizada del clero cuando el reconocimiento del reino de Italia, y en este período, en la campaña de adhesión, en marzo de 1867, a la Reina. Tampoco faltó su inspiración en los actos de exaltación, celebrados en junio del mismo año en nuestro país, con motivo del centenario de San Pedro.

Los viajes que numerosos obispos españoles realizaron a Roma en esa ocasión, serían aprovechados no sólo para testimoniar públicamente la fidelidad a la persona del jefe de la Iglesia, sino también para tomar postura, una vez más, en defensa del patrimonio de la Iglesia y, por supuesto, del poder temporal del Papado.

Aunque la mayoría de los escritos que los preladados españoles dirigieron a sus diócesis, por esta solemnidad, coincidían en lo esencial, se destaca, sin embargo, el del obispo de Tortosa, Monseñor Vilamitjana, por su especial carácter de exaltación hacia la causa del poder temporal del Papa. Su contenido contrastaba con el de las siete cartas que el cardenal de Santiago había dirigido, en enero de 1866, de carácter mucho más moderado y en las que el prelado establecía una clara separación entre lo que era dogma y lo que no era, en materia de soberanía temporal (25). Sin embargo el obispo de Tortosa, hombre próximo a Monseñor Claret, presentaba el poder temporal del Papa y el espiritual confusamente mezclados en un exceso de entusiasmo por la causa del romano Pontífice.

Dice Vilamitjana :

"... La causa de Roma, no podemos abandonar tan pronto ese tema. La causa de Roma y del Papa no es tan sólo la causa del poder temporal, ni aun del catolicismo ; es más, mucho más, es la causa del hombre, de la familia, del Estado, de la sociedad ; es la causa máxima, la causa de las causas,

la única cuyo triunfo o cuyo vencimiento ha de ser la salvación o la ruina del mundo. Por eso Roma y el Pa pa son el punto objetivo a donde la revolución dirige todos sus tiros... Derribado, pues, el trono pontificio, destruida la autoridad papal, se hundan por su propio peso las demás auto ridades. Si no hay Pontífice que gobierne la Iglesia en nombre de Dios, no hay razón para que haya rey, emperador, señor, presidente..." (26).

Tampoco faltaría en este último período isabelino y con especial motivo ante las dificultades económicas por las que atravesaba la Santa Sede, la iniciativa del nuncio en Madrid, a los obispos españoles, para solicitar su colaboración en este aspecto, sugerencia que sería recogida con enorme simpatía por el episcopado. Por este motivo el clero lanzó cuestacio nes en las iglesias y se abrieron suscripciones en la prensa católica más conservadora. Las cantidades recogidas se remitieron a Roma por el autorizado con ducto del nuncio (27).

El nombramiento en marzo de 1868 del nuevo nuncio en Madrid, Monseñor Franchi, no alteró en absoluto esta situación. A su llegada a Madrid en mayo del mismo año, fue acogido con cartas de la mayoría de los obispos españoles en las que le manifestaban la más escrupulosa fidelidad en el cumplimiento de sus indicaciones hacia la causa del Santo Padre (28).

2. LOS ASUNTOS DE ITALIA EN LAS LEGISLATURAS DE 1867 Y 1868.

El 30 de marzo se abrieron las nuevas Cortes. Al haberse llevado a cabo la apertura mediante Real decreto del 28 de ese mes, no se dió Sesión Regia de apertura con el consiguiente discurso.

En estas Cortes el gobierno contaba con mayoría suficiente dentro del Senado y con la casi totalidad de los diputados del Congreso, por lo que la oposición se circunscribía a tres diputados de la Unión Liberal y a una fracción del partido Moderado, la más conservadora, a la que se conocía con el nombre de neo-católica. Esta fracción que había ido tomando identidad desde 1863, aparecerá con fuerza, como ya vimos, a partir de 1865 en los debates parlamentarios en contra del reconocimiento del reino de Italia y cristalizará de manera clara en las elecciones legislativas de noviembre de 1865 presentando candidatos propios en algunas provincias. Lejos de ser un bloque compacto en él se observaban las mismas divisiones, en líderes y estrategias, que en las del partido del que provenía. Una parte del grupo, la que seguía a Navarro Villoslada, Gavino Tejada y teniendo como ideólogo, sobre todo al integrista Aparisi Guijarro, se habían pronunciado más o menos claramente por la separación del partido e incluso por la intención de abandonar su apoyo al trono, mirando hacia el carlismo, aunque esto último solapadamente. Otra parte del grupo, situada alrededor de Cándido Nocedal, el más político de todos ellos, a pesar de su distanciamiento con los moderados de Narvaez por la condena demasiado benévola que habían hecho al gobierno de O'Donnell cuando el reconocimiento del reino de Italia, seguirá permaneciendo dentro del partido moderado y manteniendo su fidelidad a la reina.

Al igual que en la legislatura de 1865-66, los nuevos diputados electos neo-católicos de estas nuevas Cortes, habían sido elegidos por las provincias Vasco-Navarras, Segovia y Toledo. Su elección se debió, sobre todo, al apoyo del clero con el que estaban estrechamente vinculados desde la campaña de oposición contra el reconocimiento del reino de Italia, asunto que volvía a estar presente en las nuevas elecciones (29).

2.1. APROXIMACION DE NARVAEZ A LOS NEO-CATOLICOS.

Al acercamiento que hemos visto, entre el gabinete de Narvaez y la Iglesia, se sumó la iniciativa del gobierno de atraerse a todos los elementos conservadores religiosos, de quienes solicitó su ayuda para salvar el Trono. Para llevar a cabo esta nueva política, Narvaez se dirigió en marzo de 1867 hacia una parte de los neo-católicos, la formada en torno a Cándido Nocedal con quien le unía una buena amistad, y con el fin de atraérselo le ofreció la candidatura a la presidencia del Congreso. Tras largas de liberaciones en Consejo de Ministros, se acordó ofrecer ese cargo a Nocedal (30) con algunas condiciones que debía admitir (32).

La prensa se hizo eco de la noticia, dándose por segura su aceptación. Esto produjo cierto malestar entre los diputados de la mayoría llegando a hablarse de separación del partido Moderado si Nocedal era nombrado presidente del Congreso, a no ser que afirmase su adhesión a las ideas y principios del moderantismo (32).

La candidatura de Nocedal encontró gran oposición

en el diputado Cardenal que desempeñaba un alto cargo en la administración del Estado. Él y algunos otros, amenazaron con presentar su dimisión si se procedía al nombramiento. Éstos le manifiestan al ministro de la Gobernación :

"... La candidatura del Sr. Nocedal significa la abdicación de nuestros principios, la abdicación de nuestro porvenir, nuestra propia degradación política." (33).

Por último, el candidato no aceptó la presidencia. De este hecho hay varias versiones. Dice el periódico ministerial el Español :

"... Es cierto que el Sr. Nocedal ha renunciado al honor de ser candidato a la presidencia del Congreso. Es absolutamente falso que esto sea porque no quiere admitir condiciones que coarten sus principios o le priven, en parte de su independencia. Nadie se las ha impuesto. El Sr. Nocedal se había declarado partidario de la política del ministerio y dispuesto a apoyarla." (34).

Sin embargo la prensa próxima al diputado, lo explica así :

"... El Sr. Nocedal ha escrito al Presidente del Consejo de Ministros renunciando a la honra de ser candidato del gobierno para la presidencia

del Congreso, porque no acepta ninguna condición de parlamentarismo ni liberalismo." (35).

Algunos diputados, entre ellos el ya mencionado Cardenal, creyeron que habían sido ellos, a través de sus presiones, los que habían cerrado el camino a la candidatura de Nocedal, pero González Bravo un año después en las Cortes lo desmiente diciendo :

"... Fracasó esta candidatura por otros incidentes que no son los que el Sr. Cardenal supone..." (36).

Aunque las causas no fueron comunicadas por ninguna de las partes, parece verosímil que el fracaso se debió más bien, a la no aceptación, en último momento, de alguna de las condiciones que el gobierno debió poner a Nocedal. No deja de ser también probable que el mismo gobierno, presionado, como vimos, por parte de las bases del partido, exigiese alguna declaración pública a Nocedal de su posición política, lo que, al parecer, no estuvo dispuesto a aceptar, no por falta de ambición hacia el puesto, sino porque esto habría significado, cara a la opinión pública, un oportunismo con respecto a opiniones y posturas expresadas antes públicamente.

A pesar del fracaso de las negociaciones entre el gobierno y Nocedal, estas gestiones pusieron de manifiesto la importancia que Narvaez y González Bravo concedían a esta fracción. Si no les fue posible gobernar con ella al menos creyeron que debían hacerlo mirando hacia ella.

González Bravo habla de este acercamiento, tiempo después, sobre el que dice :

"... Yo supongo que el Sr. Nocedal pertenece a una fracción que está en completa separación y disidencia del resto del partido moderado ; sea esto un hecho.

¿ Y no puede acontecer, no puede suceder que haya instantes y ocasiones en que afinidades que parecen olvidadas entre las fracciones y los partidos se revelen porque las necesidades públicas lo exijan ?" (37).

No parece que Nocedal saliese desairado de este asunto. Su prestigio no sólo quedó intacto, sino incluso se había incrementado, después de todo la iniciativa del nombramiento había partido del gobierno y quien renunció fue él. Además su actitud hacia el gabinete de Narvaez fue, a veces, de apoyo al mismo, como ocurrió cuando el gobierno, en el mes de abril de 1867, presentó el proyecto de "ley de indemnidad". Cándido Nocedal saliendo al paso de algunas críticas por secundarle dice :

"... Hemos corrido con nuestros votos al lado del gobierno de la Reina. ¿ Quién no sabe que hasta se nos ha censurado por eso ? Y sin embargo hemos perseverado en esa conducta... Hemos callado porque en esa cuestión tenía razón el gobierno, en lo fundamental, en lo absoluto. " (38).

Pero fue, sobre todo, en asuntos que favorecían a la Iglesia, cuando apoyaron al gobierno. Así, en enero de 1868, con motivo del discurso de la Corona, la Reina expuso la actitud que su gobierno había seguido de defensa de la causa del Papa en relación a los sucesos de Italia, meses antes. Nocedal y su grupo votaron a favor de la política del gobierno, señalando que lo hacían como reconocimiento de la actitud de éste hacia el Pontificado.

Otras veces se mostró como opositor al gobierno. En mayo de 1867 en la cuestión de las incompatibilidades, mantuvo una posición contraria, pero incluso en esta ocasión Nocedal no fue muy duro en su crítica. Él mismo manifestó que no se trataba de un voto de censura. Lo que Nocedal y su grupo deseaban era recriminar al gobierno por no ir más lejos en su política católica (39).

Nocedal permaneció políticamente en la misma situación, sin aproximarse a las tesis del grupo que dirigía Villoslada. Esto le ocasionó un progresivo distanciamiento de los hombres que dirigían el periódico neo, "el Pensamiento Español", en el que tanto peso tuvo y que terminó controlado por el propio Navarro Villoslada (40).

Cándido Nocedal, desprovisto de su órgano de difusión, creará su propio periódico, "la Constancia", el 16 de diciembre de 1867 que mantuvo abiertas sus páginas hasta septiembre de 1868. Desde esta tribuna difundió sus ideas para el logro de la unidad católica y combatió al liberalismo y al parlamentarismo, pero permaneciendo fiel a la dinastía de Isabel II hasta la revolución de septiembre. Incluso lanzó una

llamada a todas las fuerzas monárquicas y católicas para que se agrupasen alrededor de la Reina, en quien, dice, se conjugaban la legitimidad dinástica y el derecho (41). El derrocamiento de Isabel II en 1868, le llevó a adoptar una postura carlista, apartándose de su anterior trayectoria.

2.2. LAS NUEVAS CORTES E ITALIA.

Iniciadas las nuevas Cortes, en ellas, contrario a lo que algunos han manifestado, no se pasó a votación la ratificación del reconocimiento del reino de Italia, medida innecesaria ya que el gobierno del general O'Donnell había conseguido, en su día, la aceptación por las Cámaras, y había sido sancionado por la Reina (42). Además, es necesario precisar, que el reconocimiento no se llevó a término con la firma de un tratado, lo que habría podido justificar la ratificación o no del mismo, sino mediante un intercambio de notas entre España y el reino de Italia en las que se acordaba restablecer pura y simplemente las relaciones diplomáticas en la forma regular y de bida (43).

Siendo así, que no hubo tal ratificación, tampoco se produjo ninguna quiebra dentro del partido Moderado por esta causa, ni Cándido Nocedal se separó del régimen Isabelino; éste permanece fiel, como señalamos hasta la caída de Isabel II, y sólo en noviembre de 1869, fue cuando se dirigió por carta a la Reina, ya en el exilio, comunicándole que se apartaba de su dinastía, de ella y de su hijo, por no confiar en la monarquía liberal y parlamentaria (44) y sólo a partir de este momento Nocedal se sintió desligado de

sus obligaciones para con Isabel II y comenzó su entendimiento para entrar en las filas del Carlismo.

La primera intervención que se produjo en esta legislatura acerca de la situación italiana, fue en el Congreso y no partió de la fracción neo-católica sino de la mayoría del gobierno. Bertrán de Lis, diputado por Canarias, hombre muy próximo a Roma interpelló al ministerio, dirigiéndose al ministro de Estado para conocer la situación del Pontífice.

Dice en su intervención :

"... Cuando el Emperador de los franceses abrió la legislatura en el Senado y el Cuerpo Legislativo dijo que en el caso que la demagogia atentara contra el poder temporal del Padre Santo, creía que Europa entera no podía ver impasible ese hecho.

Posteriormente, con motivo de una interpelación de M. Thiers, se ha dicho que el gobierno francés pensaba invitar a las potencias europeas para que se repartieran el resto de la deuda que abrumba a los Estados Pontificios (45).

Yo deseo saber si España ha procurado responder a estos llamamientos."

Bertrán de Lis interrogó al gobierno, no tanto para conocer su respuesta que por motivos diplomáticos sabía que no iba a ser clarificadora, como para apro

vechar la posibilidad que le ofrecía la tribuna de dirigir su voz a la Cámara, al gobierno y a la nación en interés de la Santa Sede. Nuevamente salía a la actualidad la difícil situación del Papado, apuntándose como solución crítica, para algunos, la idea de una confederación de todas las potencias católicas, que se comprometerían a sostener con todos los medios necesarios el poder temporal de la Iglesia (46).

Resulta lógico pensar que su intervención no fuese tan espontánea, dada la íntima conexión de su autor con el nuncio Barili. Esta conjetura parece confirmarse por la coincidencia que se dió entre su exposición en las Cortes y la iniciativa de la Santa Sede, en este mismo sentido, de reunir una conferencia de potencias católicas europeas en favor de la causa del Pontificado, versión renovada del proyecto abandonado de reunirse en congreso.

¿ Fue esta interpelación de Bertrán de Lis una sutil manera de explorar el Vaticano la opinión del gobierno español y de su Parlamento antes de decidirse a lanzar esta idea a las cancillerías europeas? La respuesta del ministro de Estado, aunque ambigua ponía de manifiesto el interés del gobierno de Narvaez por la cuestión romana. Dice el ministro :

"... El gobierno de S.M. en ningún caso, ni en ninguna coyuntura, dejará de hacer todo aquello que la católica España tiene derecho a esperar de un gobierno que verdaderamente la represente.

Vemos al igual que el diputado interpelante, la situación angustiosa y precaria, humanamente hablando, del poder temporal de la Santa Sede. Sin los esfuerzos comunes de los gobiernos que tienen tan alto interés en la conservación del poder temporal y principalmente sin el auxilio de los Estados católicos, esa institución providencial puede desaparecer." (47).

No faltó en este período la voz de algunos miembros del partido Moderado, fieles al sistema liberal, que llevados de un cierto realismo, intentaron contrarrestar las tesis de los más conservadores y neocatólicos, propiciando, a partir de la necesidad de conservar el poder temporal del Papa, una vía de entendimiento entre el Pontificado y el reino de Italia, como la mejor manera de solucionar la cuestión italiana. Para esto se hacía imprescindible demostrar o al menos sostener con cierta coherencia que era conciliable ser partidario de los principios del liberalismo y permanecer fiel a las doctrinas de la Iglesia. Así se expresó, al respecto, el diputado Catalina, hombre que en febrero de 1868 había de ocupar la cartera de Marina. Este que se había destacado como defensor del poder temporal del Papado, en su discurso del 15 de junio de 1867 en el Congreso hizo referencia a la alocución "Maxima Quidem" que había pronunciado el Papa el 18 de marzo de 1861, cuando los graves sucesos de Italia, en la que criticó al liberalismo y la civilización moderna. En opinión de Catalina el Papa no se refería al liberalismo y civilización del mundo entero, sino sólo al de

Italia. Se opuso al liberalismo religioso porque éste estaba condenado por la Iglesia. Dice :

"... El liberalismo religioso con el protestantismo audaz que establece y santifica el libre examen y la rebelión del espíritu contra las potestades legítimas." (48).

El diario conservador "La Epoca", aprovechando estas voces que se alzaban en el Parlamento, lanzó, desde sus páginas, el proyecto de reconciliación para la sociedad española. En uno de sus editoriales afirmó lo absurdo que parecía tanto el entusiasmo de los que, en España, quisieran levantar un altar a Mazzini y Garibaldi, como los que de manera sistemática, los neo-católicos entre otros, se empeñaban en mantener que el hecho de que Italia figurase entre las grandes potencias europeas no tenía ningún valor ni significación (49). Para "La Epoca" se debía intentar una conciliación entre el Pontificado e Italia y así lo vino expresando a lo largo de varios meses (50).

Los neo-católicos contrarios a esta campaña de su gerencias lanzadas desde el Parlamento y la prensa, dirigieron a la opinión pública y sobre todo con el propósito de influir en el gobierno de Narváez, una contra campaña desde sus órganos de difusión para contrarrestar y evitar que tomase fuerza esta corriente.

Sobre esto dice el diario neo-católico "el Pensamiento Español", manteniendo su tesis tradicional :

"... Vea "La Epoca" como también se equivoca al asegurar que para nosotros no significa absolutamente nada la importancia que Italia ha adquirido en poco tiempo. Para nosotros significa mucho, para nosotros ese rápido engrandecimiento es un hecho que la historia ha de registrar con escándalo y rubor." (51).

La intervención del diputado Catalina fue duramente criticada por la prensa de este sector sobre todo por haber citado, para fundamentar su tesis, a algunos prelados franceses, olvidando la opinión de los obispos españoles, al respecto. Se ratificaron en su conocida postura antiliberal. Dice el Pensamiento Español del 22 de junio :

"... El romano Pontífice no puede reconciliarse con el liberalismo.

En Italia el liberalismo ha ido más lejos que en España. Allí se ha despojado a la Iglesia de sus bienes, se han cometido arbitrariedades de todo género.

El liberalismo condenado por S.S. es el que separa a la Iglesia del Estado y hace a éste independiente de aquella después.

Por lo tanto dividir el liberalismo en político y religioso es, digámoslo en punidad, una solemne tontaría." (52).

En este mismo número del 22 de junio, dirigiéndose al diario La Epoca, le conmina para que deje de solicitar uno y otro día la conciliación del Pontificado con el reino de Italia, recordándole que el Papa ya había pronunciado varias veces su "non possumus" en el asunto (53).

Los neo-católicos de Nocedal y los de Navarro Villoslada, unos y otros seguirán manteniendo el mismo criterio en este asunto. Su órgano más importante, el diario el Pensamiento Español dejaba patente que nada había alterado su forma de enjuiciar la cuestión romana. Así se expresaba, al respecto, a finales de abril de 1867 :

"... ¿Qué podemos decir nosotros de la situación presente de Europa que no sea conocido por todos? Que las naciones se disponen apresuradamente para librar una batalla descomunal. Que los jefes de la revolución no descansan y sin cesar piden a gritos su Roma.

Pío IX situado frente a la sociedad moderna como un muro incontrastable y al mismo tiempo como el único faro de salvación." (54).

2.3. EL DISCURSO DE LA CORONA Y LA INQUIETUD POR LA SITUACION DE ROMA EN LA APERTURA DE LAS ULTIMAS CORTES ISABELINAS.

La Sesión Regia de apertura tuvo lugar el 27 de diciembre de 1867, fue la última vez que Isabel II

presidió este acto.

Por el contenido del discurso de la Reina se apreciaba la firme determinación de su gobierno de continuar ahondando en esa política de resistencia y conservadurismo que se había marcado desde el final del año anterior. La Reina ignoró los consejos de hombres conservadores y liberales, como el marqués de Miraflores quien meses antes le prevenía contra las doctrinas de retroceso que aunque él juzgaba conservadoras y monárquicas, su realización era imposible y podía producir la quiebra del sistema (55).

En cuanto a la política exterior, la cuestión italiana ocupó un importante espacio del Discurso Regio. Las palabras de la Reina pusieron una vez mas de manifiesto, cuánta importancia concedía el gobierno de Narvaez a la seguridad del poder temporal del Papado. Llevado de este vivo interés, el gabinete había dirigido los esfuerzos de la diplomacia española a la consecución de este fin. De nuevo, como años atrás, el gobierno y la Reina coincidían en gran parte a la hora de enjuiciar este problema.

El discurso de la Soberana y en particular, sobre todo, sus palabras sobre la situación de Italia fueron acogidas por las Cámaras con clamoroso acuerdo. Ahora con unas Cortes hechas a su medida se estaba lejos del espíritu que imperó en anteriores legislaturas, como la de julio de 1865, más favorable a las doctrinas liberales y por ende más comprensiva con la realidad de Italia. Ni una sola referencia directa hizo sobre el reconocido reino de Italia, sólo la Santa Sede y su seguridad parecían ser sus únicas preocupaciones en política exterior.

Dice Isabel II :

"... Con motivo de los últimos acontecimientos de Italia, que han amenazado, por algunos días, la seguridad de los dominios y aun a la persona del Padre Santo, España ha podido, como en otras ocasiones, usar con respecto al Pontificado de la iniciativa y tomar la actitud que corresponde a una nación eminentemente católica, ofreciendo al Emperador de los franceses, nuestro amigo y aliado, los medios de nuestra cooperación moral, y aún los recursos de nuestras fuerzas en el caso de que se creyera necesario emplearlas en defender los legítimos derechos de la Santa Sede.

Invitado a reunirse en una conferencia europea, con el fin de garantizar de un modo estable aquella legitimidad, mi gobierno, interpretando fielmente los más arraigados sentimientos de la nación, no ha vacilado en prestarse a una proposición tan satisfactoria." (56).

El proyecto de contestación al discurso de la Corona, en cuyo trabajo de elaboración habían participado como miembros de la Comisión encargada del Congreso, los diputados Catalina y Fernández Espino y Francisco Botella, entre otros, hombres que siempre se distinguieron por mantener un especial interés por la causa del Papado, puso de manifiesto que la

actitud del gobierno en la cuestión romana había sido el elemento primordial a la hora de evaluar positivamente la labor del gabinete.

Aprobaron la actitud española en esta cuestión y la consideraron como la única y más deseable para la católica España. Decía el discurso sobre esto :

"... En todos los corazones verdaderamente españoles y por tanto católicos han producido satisfacción las magníficas palabras de V.M. acerca del Pontificado y en pro de la independencia y estabilidad del legítimo poder e incontrastables derechos de la Santa Sede.

Vuestro gobierno, usando de la iniciativa y tomando la actitud que corresponde a una nación eminentemente católica y ofreciendo al emperador de los franceses, amigo y aliado de España, los medios de nuestra cooperación moral y aun los recursos de nuestras fuerzas en el caso en que se creyese preciso emplearlas en defender los legítimos derechos de la Santa Sede, ha merecido la aprobación de la nación y se ha mostrado digno de S.M. la Reina. En la horrible lucha de la revolución con la legitimidad, de la fuerza con el derecho, la Santa Sede simboliza la causa del derecho y de la legitimidad.

Si la conferencia europea llegase

a reunirse, España tiene un puesto de honor y de justicia al lado del Soberano Pontífice..." (57).

La reacción del Congreso, ante el Dictamen elaborado por la comisión encargada, integrada por hombres de la mayoría Moderada, fue de una casi absoluta aceptación del mismo en contraste con otros Discursos de la Corona, como el de 1865-66 en el que la cuestión del reconocimiento del reino de Italia enfrentó en los debates a la oposición y a la mayoría durante meses.

Pero la situación de las Cortes ahora era muy distinta, la Unión Liberal no estaba apenas representada, y la oposición se circunscribía estrictamente a la derecha más conservadora, los neo-católicos con las especiales características de este grupo. En esta situación se produjo la lectura del Discurso de la Corona y la presentación del dictamen de contestación al mismo. Los neo-católicos no podían pedir al gobierno de Narvaez más, al menos de momento, de lo realizado en la cuestión de Roma en los últimos meses.

Cándido Nocedal tomó la palabra, aprovechando el turno de discusión al proyecto de contestación, pero esta vez no fue para oponerse, sino para cantar alabanzas sobre el gobierno y la comisión por la actitud tomada por España en el asunto de Roma. Nocedal y su grupo habían hecho de la cuestión de Roma su bandera, y esta coincidencia de miras con el gobierno va a propiciar un acercamiento entre las distintas fracciones del partido Moderado y un mayor apoyo al gabinete.

La importancia que seguían dando Nocedal y su grupo a la seguridad de la Santa Sede queda de manifiesto en la intervención de éste en el Congreso el 2 de enero de 1868. Dice :

"... Hoy no nos preocupamos más que de un párrafo del discurso de la Corona, y del dictamen de la Comisión que propone el mensaje de contestación. La cuestión de Italia. La cuestión de Italia es la cuestión del catolicismo, del Pontificado, del poder temporal del Padre Santo. Ante ella todas las demás desaparecen.

Yo me he levantado hoy y estoy dirigiendo mi voz al Congreso para decir al Trono de nuestra augusta Soberana el sentimiento y la expresión de nuestra gratitud.

Me levanto asimismo para dar gracias al gobierno de S.M. que secundando los católicos sentimientos de nuestra augusta Soberana, ha acertado a poner en sus reales labios palabras que no pueden menos de complacer a todos los españoles. Me levanto igualmente para dar gracias a los dignos individuos de la Comisión del Congreso que han sabido interpretar fielmente la opinión, creo yo, unánime del Congreso." (58).

Pasó Nocedal, posteriormente, a exponer, una vez más, los sentimientos de su grupo hacia esta cues-

ción, de la que dice ser el centro de sus preocupaciones, y aprovechó para ratificarse en su aceptación de los principios y proposiciones que dimanaban del Syllabus (59).

Le contestó a Nocedal el diputado Catalina en nombre de la Comisión, queriendo salir al paso de ciertas suspicacias surgidas en algunos diputados del partido Moderado poco favorables y recelosos al acercamiento a los neo-católicos. Éste comenzó por tranquilizar los ánimos aclarando que la unanimidad de criterio surgida en las Cortes no era fruto de concesión alguna que hubiera alejado al gobierno y al partido Moderado de sus principios.

Dice Catalina :

"... El proyecto de contestación que la Comisión nombrada por el Congreso ha tenido el honor de redactar y proponer, son la expresión genuina y armónica de la doctrina conservadora que constituye el símbolo y creencias del partido Moderado..." (60).

En cuanto a la cuestión de Roma hizo un breve análisis histórico con intención de demostrar que la Comisión sólo había recogido los sentimientos tradicionales de todo el partido Moderado.

Dice :

"... Los párrafos que en uno y otro documento se refieren a la cuestión de Roma, y en los cuales Monarca

y Congreso expresan sus íntimos sentimientos de adhesión sincera a los derechos legítimos de la Santa Sede y al poder temporal del Padre Santo, vienen a ser la confirmación explícita y solemne de que en este punto el partido Moderado corresponde hoy a su historia y a sus tradiciones de siempre." (61).

Terminó su intervención agradeciendo esa coincidencia que se daba, entre todos los miembros del Congreso, sin que ninguna de las fuerzas que lo integran se apartase de sus principios.

Catalina lo explica así :

"... No es maravilla, antes bien es de aplaudir y es ocasión de regocijo para todos, que los hombres políticos que en otras cuestiones tienen otros puntos de apreciación y otra manera de ver en lo que atañe a gobernar el Estado, acepten las opiniones del gabinete, de la Comisión y de la mayoría del Congreso en lo relativo a la Santa Sede y vengan a coincidir con nosotros y con todos los españoles amantes de la patria en esta cuestión de Roma que es punto cardinal del partido Moderado y a la vez punto de cita donde se encuentran todos los buenos católicos del mundo..." (62).

La última intervención para cerrar este corto de-

bate, fue la del gobierno en la persona del ministro de la Gobernación González Bravo. El ministro vino a decir que por fin se habían unido todos los elementos conservadores religiosos del país, representados en el Congreso, siguiendo el deseo del gobierno y que él mismo ya había expresado en su discurso del 28 de marzo de 1867 a los diputados electos (63). Este momento marcó el punto más algido de armonía entre el gobierno y los sectores del neo-catolicismo, y en particular con el de Cándido Nocedal, incluso aparentó, brevemente, estar el partido Moderado perfectamente conexionado y sin fisuras, pero la muerte de Narvaez, poco después, hará aflorar la descomposición de que era objeto este partido.

González Bravo dice en su intervención :

"... No recuerdo una ocasión en que, presentada la política de un gobierno franca y resueltamente ante una Asamblea, no recuerdo digo, haya dejado de levantarse alguien a combatir el documento en que se expone la política del gobierno.

Quiero decir, por consiguiente, que para el Sr. Nocedal, como para todos, no había hoy quien se quiera levantar a impugnar el dictamen de la Comisión, a censurar la política del gobierno.

Cuantas gracias no debereis dar todos-vosotros, no debería dar España al Sr. Nocedal, que se olvida de las cuestiones que nos separan y que sólo

se levanta para hablar de la cuestión que nos une, de la cuestión de Roma, cuestión patriótica, porque ser católico, señores, es ser español..." (64).

Terminada esta intervención, se procedió a la votación. El proyecto de contestación al Discurso de la Corona, y por lo mismo la política del gobierno que iba implícita, quedó aprobado por la casi unanimidad del Congreso, 161 votos a favor y sólo 3 en contra (65) ninguno de ellos neo-católico.

Esta total armonía del congreso alrededor del gobierno de Narvaez, debió parecer a la opinión pública, no demasiado informada, que todos los hombres políticos se ponían de acuerdo por el interés del Estado, de la cosa pública, sin tener en cuenta las ausencias notables de partidos y figuras dentro de esta legislatura de 1867-68. La misma Reina parecía estar convencida de haber dado el poder al hombre apropiado, Narvaez, con él coincidía en su política de resistencia como el mejor medio de mantener el orden interno y frenar la revolución, y ahora la favorable acogida de las Cámaras a su discurso le servía para ratificarse en su criterio que en política exterior y en concreto en la cuestión de Roma, su gobierno había actuado de la forma más acertada.

Así lo expresa :

"El mensaje que me dirige el Congreso de diputados es consolatorio para mí pues me complazco en haber depositado la confianza en un ministerio

que ha merecido también el apoyo de los diputados de la nación. Veo en esa armonía la futura felicidad de la nación objeto constante de todos mis desvelos." (66).

2.4. PROBLEMAS INTERNOS, TRAS LA MUERTE DE NARVAEZ, EN EL PARTIDO DE LA MAYORIA.

A pesar de haber conseguido el gobierno de Narvaez - González Bravo dejar fuera de las Cámaras a las verdaderas oposiciones, y aunque el proyecto de contestación al Discurso de la Corona fue aprobado por la casi unanimidad del Parlamento, el partido del gobierno estaba lejos de ser un partido fuerte y sin fisuras. En él mal convivían, desde 1865, tendencias muy distintas y hombres tan dispares que iban desde los conservadores liberales, respetuosos con la Corona y con las instituciones democráticas, como el marqués de Miraflores, a otros que no creían en el parlamentarismo ni en el liberalismo, integristas aunque respetasen la monarquía isabelina como Cándido Nocedal. Sólo Narvaez lo aglutinaba, el partido en ese momento era más su partido que el antiguo partido Moderado (67). Ni aun ese gran punto, la cuestión de Roma, que sirvió, en enero, para dar el apoyo a la política del gobierno, era visto del mismo modo. Ciertamente la gran mayoría creía imprescindible el poder temporal del Papado para preservar su independencia, e indispensable para ejercer su poder espiritual, pero al margen de estos conceptos generales, las posturas variaban en lo demás, desde los que aprobaban la gestión del gabinete hasta los que pensaban que era preciso hacer mucho más. Sin embargo nadie lo había manifestado en enero último, quizá

porque sabían que la aceptación, por casi unanimidad, de la política exterior del gobierno respecto a este tema constituía, cara a la opinión internacional, una ayuda de la que Roma no andaba sobrada.

Las discusiones sobre los presupuestos generales del Estado que, en principio, por el voto de confianza otorgado por los diputados el pasado enero, debían haber transcurrido sin obstáculo alguno, no fue así. La cuestión de Italia surgió de nuevo, poniendo de manifiesto las distintas tendencias existentes en el seno del partido y las diferentes posturas frente a este tema. Esta situación vino a agravarse con la enfermedad y muerte del Presidente del Consejo de Ministros, Narvaez.

Las fuerzas centrífugas del moderantismo se desataron frente al nuevo jefe y heredero de Narvaez, González Bravo, evidenciando que muy a pesar de los intereses conservadores que les unían y del temor a la revolución, la armonía de las corrientes que integraban el partido era muy frágil.

Los neo-católicos de Nocedal se opusieron a aprobar los nuevos presupuestos del Estado para el ejercicio de 1868-69, so pretexto de no estar de acuerdo con el capítulo dedicado a gastos de defensa y aumento del ejército. La postura maximalista de Nocedal era conseguir que el gobierno interviniera directamente en la cuestión romana y al no ser esto posible, le negaba el incremento de la cuantía destinada al gasto militar por juzgarlo innecesario.

Dice Nocedal :

"... ¿Es necesaria la intervención de España en algún negocio general? No hay más que uno, sólo uno puede llevar a España a batirse fuera de sus fronteras... ¡AH! ¿lo adivinaís? Me alegro ; es que me haceís justicia, os doy gracias. Sí, hablo de Roma, hablo del Santo Padre.

Solo una causa puede llevar a los hijos de España con razón y derecho a batirse más allá de sus fronteras : la defensa de nuestro Padre Santo, la defensa de la Santa Sede, la defensa del catolicismo.

Si un día fuera menester hacer gastos de más consideración, si fuera menester sacar todos nuestros tesoros, derramar toda nuestra sangre... lo votaría todo. Porque eso debe hacer España por el Padre Santo, por la Santa Sede.

¿ Pero estamos en ese caso ? No, pues entonces por qué y para qué !"
(68)

No sólo desde la fracción neo-católica se solicitaba una política más activa en favor de Roma, también surgirán esas voces de las filas progubernamentales. El diputado Muzquiz propondrá un giro en la política exterior española respecto a sus alianzas ; desconfía de Francia como garante del poder temporal del Papa y propugnaba como solución una aproximación a Prusia y con el beneplácito de ésta, que los soldados

españoles sustituyesen en Roma a las guarniciones francesas. De no producirse esos cambios él votaría en contra de los presupuestos, sobre todo en el capítulo dedicado al ministerio de Estado.

Dice Muzquiz :

"... El objeto de este discurso es, señores, averiguar si el gobierno tiene política exterior y examinar, en caso afirmativo, si es la conveniente a nuestra patria.

Recordad la unánime votación con que el Congreso manifestó su adhesión a la Santa Sede.

Pero ¿Qué ha hecho el gobierno de esta manifestación de la Cámara? Como piensa en la cuestión de Roma que es para nosotros la clave de todas, importa averiguar si nada intenta, fuera de ofrecer el concurso de las fuerzas de España al emperador de los franceses, o por el contrario cree, como yo, que la solución de esta cuestión no está reservada a los ejércitos de Francia sino al genio de España.

¿Cuál es la política exterior que conviene a España en Roma? ¿Y cuál en Alemania? Voy a decirlo. En primer lugar estrechar las relaciones con Alemania. ¿Y en Italia? La intervención directa de España en Roma.

¿ Como ? con las armas, si es preciso."
(69).

El gobierno trató de aplacar estos gritos del partido ; respondieron a los oradores, a Nocedal el ministro de Gobernación, González Bravo, quien calificó su discurso y su postura de contradictorios afirmando que no comprendía como éste era partidario de aumentar los efectivos del ejército en caso de defensa del Papado y no en ese momento de tensión en Europa en que podía peligrar nuestra independencia.

Le dice :

"... con el mismo vigor con que España iría a defender al Padre santo, defendería sus hogares." (70).

La respuesta al diputado Muzquiz corrió a cargo del ministro de Estado, Arrazola que no desveló nada nuevo acerca de la política que la diplomacia española estaba llevando en el extranjero y sobre Roma y Francia se reafirmó en la continuidad de su línea de acción. Así se expresa :

"... En cuanto a Roma, a la importante cuestión de la persona y derechos del Santo Padre, España hará lo que viene haciendo y tendrá firmeza para llevarlo adelante : poner la atención en Roma, hacia ella le llama un deber ; poner la consideración en las demás naciones. ¿ pero meterse a redentora ? Triste empresa sería esa política para la católica España.

España cumplirá con su deber, España llegará a donde debe llegar, no omitirá nada que pueda emprender útilmente, no habrá peligros ni dificultades que la arredren, pero con prudencia y mesura, reproduciendo siempre su manifestación en el discurso de la Corona que habeis aplaudido." (71).

Algunas conclusiones se pueden deducir al advertir el tono de las respuestas de los hombres del gobierno, ante la negativa de algunas minorías a votar el presupuesto de gastos. La primera fue la moderada actitud de González Bravo frente a la intervención de Nocedal y su grupo, parece como si conociendo el peso de su influencia en determinados círculos religiosos y políticos incluso sobre el entourage de la Reina, no quisiese polemizar ; pero también debió pensar la necesidad de contar si no con un apoyo claro de Nocedal y su grupo, al menos no con su frontal oposición, si llegase el día en que desapareciera el duque de Valencia.

Con la muerte de Narvaez y la presentación por González Bravo, nuevo Presidente del Consejo de Ministros, de su programa de gobierno, se pondrían de manifiesto los temores de éste a que fuese cuestionado, por algunos sectores, su liderazgo. Se manifestó en una línea de continuidad con la política de resistencia que había llevado Narvaez, para evitar que las fuerzas internas que mal coexistían en el moderantismo, se desatasen y lo destruyesen.

Para retener a los Moderados más liberales, les aseguró que el partido no se iría hacia los sectores

más conservadores (72), y no faltó, tampoco en su discurso, una llamada a los hombres de Nocedal para que olvidasen lo que les separaba ya que así lo exigían las necesidades públicas (73).

3. LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA EN PRO DEL MANTENIMIENTO DEL STATU QUO EN ITALIA.

3.1. LA DEFENSA DEL PODER TEMPORAL DEL PAPA.

Desde la llegada, de nuevo al poder, el objeto fundamental de la política exterior de Narvaez, fue la defensa de la soberanía temporal del Papa. Esto equivalía a sostener el statu quo de la situación de Italia, es decir, la unidad de Italia sin Roma, quedando ésta para el Papado.

En relación a los territorios anexionados al nuevo reino de Italia pertenecientes a la Iglesia y a los otros ex-soberanos italianos, Narvaez partió ya del hecho consumado por su predecesor en el gobierno, el general O'Donnell : reconocer la engrandecida monarquía del rey Víctor Manuel. Los términos en los que se había redactado el reconocimiento eran lo suficientemente amplios y ambiguos como para servir a los intereses del nuevo gobierno. Recordemos que el acuerdo por el que se restablecían las relaciones entre España e Italia en julio 1865 decía :

"... Al reanudar las relaciones oficiales con el gobierno del rey Víctor Manuel y al reconocer su nueva y engrandecida monarquía entendemos de modo alguno debilitar el valor de

las protestas formuladas por la corte de Roma..." (74).

El gobierno de Narvaez encaminó hacia la defensa del poder temporal del Papa todos sus esfuerzos dirigidos desde el ministerio de Estado, a través de la diplomacia española, esfuerzos que a veces excedían al peso específico de España en Europa y que por suerte no la llevaron a graves complicaciones militares.

Narvaez no desconocía la importancia que en su partido, en general, y en algunos sectores como los neo-católicos, en particular, tenía la causa del Papado. Esto ya se evidenció en noviembre de 1865 en el manifiesto del partido Moderado con la crítica al gobierno O'Donnell por haber reconocido el reino de Italia, sin haber tenido en cuenta la oposición del episcopado español. En el mismo documento se calificaba a la acción del gobierno de precipitada y poco acertada (75).

Por parte de la Corona, el duque de Valencia no debía desconocer que uno de los motivos, si no el principal, que había impulsado a la Reina a sustituir a O'Donnell, había sido que éste le hubiese obligado a llevar, al reconocer el reino de Italia, una política contraria a los intereses de Roma.

Su postura y la de su partido, más favorables que la de su predecesor a la causa del Papa, le había facilitado el acceso al poder. Los deseos de Isabel II eran muy claros, esperaba de Narvaez y de su gobierno, y así se lo debió de hacer saber al ofrecerle el poder, que hiciese todo lo posible por la causa del

Pontífice. De estas esperanzas depositadas dice la Reina a Pío IX en carta del 18 de julio de 1866.

"... Han surgido acá circunstancias propicias para constituir un gobierno con cuya cooperación podré en cualquier evento adherirme más fácilmente a los intereses temporales de la Santa Sede, espero que Vuestra Santidad lo considerará del mismo modo que yo." (76).

Considerando la actitud de la Reina y la posición de ciertos sectores proclives hacia la seguridad del Papa, se suponen las enormes presiones y los ímpetus que debió templar Narvaez en la crisis de otoño de 1867, cuando las tropas francesas se retiraron de Roma, siguiendo los acuerdos de septiembre de 1864. La decisión del emperador de Francia, dada la crítica situación de Roma, de enviar de nuevo sus tropas, salvó al gobierno español de una delicada y complicada situación. Difícilmente Narvaez habría podido seguir resistiendo las presiones y quizá habría terminado enviando una nueva expedición a Roma como la de 1848, como deseaban las fuerzas más integristas.

Conocedor de las complicaciones de gobierno en España, O'Donnell, desde su exilio, escribe el 26 de octubre de 1867 al general Fernández de Córdova, hombre que dirigió la expedición española a Roma de 1848, en estos términos :

"... La cuestión de Roma va tomando tal carácter, que no extrañaré una catástrofe el día menos pensado. Creo

que traerá grandes complicaciones para el ministerio con Palacio, y que éste exigirá que se haga lo que no podrá hacer ningún ministerio, ni ninguno que no esté loco..." (77).

Tanto al Trono como a las fuerzas más tradicionales, les parecía insuficiente las protestas diplomáticas, deseaban llegar mucho más lejos, incluso a las armas, si fuera preciso, en defensa de Roma (78).

La muerte de Narvaez, y la designación de González Bravo como nuevo Presidenté del Consejo de Ministros, van a destruir las últimas esperanzas de algunos moderados, hombres conservadores y liberales, como el marqués de Miraflores, partidarios de una política de conciliación con todas las fuerzas monárquicas y de orden, pero respetuosos con los principios e instituciones que inspiraban el moderantismo.

Con el duque de Valencia desapareció también un hombre que había sido capaz de poner algún freno a la política de sumisión total a los intereses de la causa pontificia, aunque partidario inequívoco del poder temporal de la Iglesia y poco proclive a una mejora en sus relaciones con el reino de Italia. El único resultado de dichas relaciones fue un tratado celebrado entre los dos gobiernos el 10 de febrero de 1867 con ocasión del cual se convino que fuesen entregados a los agentes diplomáticos y consulares italianos archivos de los representantes del antiguo reino de Dos Sicilias (79). Con esto se puso fin a la gestión de los archivos napolitanos que se venía arrastrando desde 1861.

Su experiencia política le hizo no tomar decisiones precipitadas, ni apresurarse en declaraciones y una cierta prudencia le llevó a obrar siempre en inteligencia con otras potencias católicas y sobre todo a no separarse de las indicaciones de Francia.

Con González Bravo la política exterior española respecto a Italia se mantuvo en esta constante, favorecer la causa de Roma. El peso de las fuerzas integristas y neo-católicas y los deseos de la Reina no encontraron freno a sus presiones en el nuevo jefe del gabinete ; los deseos de Isabel II llegaron a ser órdenes para el gobierno.

Otro hecho vino a enfriar aun más las relaciones entre la Corte española e italiana. En este periodo, la infanta Isabel, hija de Isabel II contrajo matrimonio con el conde de Girgenti, hermano del exrey de las Dos Sicilias (80) con el acuerdo unánime del gobierno, aunque poca decisión tuvo en el asunto ya que la determinación fue tomada exclusivamente por la Reina.

Las complicaciones europeas produjeron una serie de contactos e inteligencias entre Francia y España para sustituir ésta con sus tropas, a las del Emperador que guarnecían Roma, por si llegaba el caso de necesitarlas Napoleón III en el supuesto de una guerra con Prusia. Sin embargo la revolución de septiembre de 1868 dejó en suspenso estos compromisos.

No pasó desapercibida a la opinión europea, la especial vinculación entre la Corte de Madrid y la pontificia. Más de un periódico llegó a manifestar que las influencias romanas estaban distorsionando la po

lítica española haciendo prevalecer los intereses de la Iglesia sobre los nacionales, con graves consecuencias incluso para la Corona. Los periódicos londinenses, "the Morning" y "the Times" así lo expresaban.

The Morning dice :

"... La Reina de España es natural que haya deseado sostener al Papa. Ha biendo tratado, con algún resultado, de establecer su gobierno bajo las ba ses del Pontificado y apreciando la influencia del Papa.

Hasta cierto punto Pío IX es responsable de las dificultades que rodean a S.M. Católica. Ella ha repetido su "non possumus".

Como él se ha arrogado un derecho divino para gobernar como mejor le pa rezca. España nunca se repondrá mientras tolere un gobierno clerical..." (81).

The Times por su parte hizo una semblanza exagera da de las influencias clericales sobre la Reina y so bre sus últimos gobiernos. Dice :

"... El Rey consorte, los obispos de Avila, Burgos, Segovia con el padre Claret y la monja de las llagas constituyen la camarilla en cuyas ma nos el gobierno es mero instrumento.

Es difícil concebir cómo el elemen

to clerical ha podido concluir por completo, no solamente con la clase civil, sino también con la militar..." (82).

No sólo los diarios ingleses, tan proclives a ironizar y criticar a la Iglesia católica, se expresaban de este modo. El "Diario Popular" de Lisboa se sumaba también a esas críticas, juzgando la política de Isabel II supeditada a los intereses de Roma y hostil al reino de Italia.

Dice entre otras cosas :

"... En Zarauz, y antes en Madrid, meditaba la reina Isabel conspiraciones facciosas contra Italia en provecho de la Curia Romana..." (83).

3.2. RECOMENDACIONES AL EMBAJADOR Y GESTIONES DEL GOBIERNO ESPAÑOL DURANTE LA REPRESENTACION, EN ROMA, DEL CONDE DE SAN LUIS.

El embajador Isturiz cesado por Real orden el 20 de julio de 1866 fue sustituido por el conde de San Luis en los primeros días de agosto.

El nuevo embajador en Roma era un prohombre del partido Moderado, gozaba de la confianza de la Reina y contaba con la amistad de Narvaez. Entre las instrucciones que había recibido al hacerse cargo de la representación diplomática, era primordial el interés y la inquietud con que el gobierno de Isabel II sentía la situación de Roma ante el próximo cumpli-

miento de los acuerdos de septiembre de 1864 por los que Francia se comprometió con el reino de Italia a que sus tropas abandonasen la ciudad.

Se le hizo saber que el gabinete español gestionaba activamente, ante el ministerio de Asuntos Exteriores francés, a fin de conseguir que el gobierno imperial mantuviese la obligación moral que había contraído con las potencias católicas de no permitir que el poder temporal del Papa sucumbiese (84).

Se recordaba al embajador que el interés de España era mantener el statu quo existente en ese momento en Italia, es decir preservar, a toda costa, de cualquier contingencia los territorios que aún conservaba Pío IX y que a la consecución de este fin debía orientar todos sus esfuerzos. Ninguna mención se hacía de los territorios perdidos.

También se le instruyó sobre el estado de las negociaciones que el gobierno español llevaba a cabo en favor de los bienes patrimoniales del exrey de las Dos Sicilias. Se le recordó, que el antecedente de este asunto se encontraba en la promesa que el ministro de Asuntos Exteriores de Florencia había hecho, a través de su representante en Madrid, barón Cavalchini, en julio de 1865, al entonces ministro de Estado Bermúdez de Castro, de comprometerse a respetar las propiedades de los soberanos de Nápoles en las que se reconociese su carácter privado (85).

Pero como estos bienes patrimoniales no habían sido aún restituidos por el reino de Italia el gobierno español seguía gestionando su devolución en colaboración con Francia y Austria de común acuerdo (86).

En noviembre de 1866 ante la situación crítica que vivía el Papado, se produjo una nueva prueba de adhesión a éste, la iniciativa partió de la propia Reina con el conocimiento de Narvaez quien no puso objeción. Isabel II brindó a Pío IX el palacio del Escorial si se producía la eventualidad de abandonar Roma (87).

Así expresa Isabel II su ofrecimiento al Papa :

"... Existen a disposición de Vuestra Santidad el templo y palacio del Escorial. Ojalá yo pudiera como su fundador ser el más fuerte apoyo de la autoridad católica, sin verme reducida a prestarle asilo..." (88).

Los despachos del embajador español en Roma, mostraban un pesimismo realista en la situación de esa ciudad, a la que veía arrastrada inevitablemente a formar parte de la unidad italiana:

En un despacho reservado del 8 de febrero de 1867 dice al ministro de Estado :

"... Parece que los diversos comités de toda Italia han empezado a ponerse de acuerdo para tomar una resolución definitiva respecto a la cuestión romana. La noticia no sólo no es inverosímil sino que es lo que debe esperarse, estamos en una tregua respecto a la cuestión de Roma.

Son muy laudables los deseos de

los que quieren mejorar la administra
ción de este país, pero en el caso
presente, Vd. calculará lo que podría
influir esta reforma para detener en
su camino a los enemigos del poder
temporal del Pontífice y a los que se
han propuesto completar la Italia..."
(89).

La situación delicada en Roma, de imprevisibles
acontecimientos, llevaron al gobierno de Narvaez,
tan solícito siempre a cumplir los deseos y evitar
pesadumbres de la Reina, a preocuparse por la suerte
que podrían correr los bienes que constituían el pa-
trimonio de la familia Farnesio pertenecientes al
exrey Francisco II refugiado en esa ciudad, y a en-
viar al embajador, conde de San Luis, una Real orden
en la que se le enumeraban las propiedades del Rey
de Nápoles que debía poner, en caso de revolución,
bajo protección de la embajada (90).

El embajador en Roma, conde de San Luis, poco an-
tes de abandonar este puesto, fue testigo y parte del
especial interés que causó, entre las autoridades va-
ticanas, a mediados del mes de junio de 1867, su anun-
cio de la próxima visita al Papa de la reina Isabel
(91).

El conde de San Luis comunicó a su gobierno la
buena acogida que había tenido en la Corte de Roma
el citado anuncio de la llegada, a esta ciudad, de
la Soberana española, por el beneficio que podía
aportar a la causa pontificia, sobre todo, si esta
visita se la hacía coincidir con la celebración del
decimoctavo centenario del martirio de San Pedro

que tendría lugar el 29 de junio y al que asistirían la mayoría de los prelados del mundo, entre ellos gran número de obispos españoles. Esto equivalía a sumarse a las resoluciones que se tomaran en favor del Pontificado, por parte de todos los altos dignatarios de la Iglesia, asistentes a la conmemoración. Continúa el embajador exponiendo que de no realizarse la visita de la Reina en esa fecha, sólo tendría un carácter de piedad filial y de acatamiento al Pontífice (92).

No comprendió el conde de San Luis las complicaciones que habría tenido para España esta visita ó quizá su amor a la Iglesia, le hicieron pensar más en los intereses de ésta que en los de su país, de otra forma no se concibe cómo no desaconsejó a su gobierno de manera terminante la visita de Isabel II, y menos aun el que se hiciese portavoz, él mismo, de los deseos vaticanos. La presencia de una Soberana reinante en Roma, sobre todo en fecha tan señalada habría traído la protesta de Florencia, incluso Francia no lo habría visto conveniente considerándolo una ingerencia en asuntos que, de alguna manera, le estaban a ella conferidos.

Por suerte para España, el viaje real no llegó a realizarse, cuestiones personales y no la exigida prudencia, obligaron a la Reina a postergar el viaje.

Como era de prever, los obispos del mundo se adherieron a la causa del poder temporal del Pontificado y en previsión de su posible desaparición, aunque aún no explícitamente, se reconoció ya la infalibilidad del Papa (93), pero habrá que esperar al concilio

lio Vaticano I, tres años más tarde, para que se haga público oficialmente.

3.3. LA DIPLOMACIA ESPAÑOLA ANTE LA CRITICA SITUACION DE ROMA A FINALES DE 1867.

Al hacerse cargo de la embajada de España en Roma, Alejandro de Castro recibió del propio Presidente del Consejo de Ministros, las instrucciones pertinentes a las que debía ajustar su labor diplomática. También le comunicó la actitud y propósitos del gobierno español respecto a la situación de Roma y del poder temporal del Papado.

En este sentido se le hizo partícipe del ofrecimiento que al Emperador de Francia se le había hecho, de cooperar con él en todo lo que interesase para la salvación de Roma (94).

La llegada del nuevo embajador coincidió con serios momentos de agitación en Roma. Los movimientos garibaldinos amenazaban con penetrar en los Estados Pontificios, la partida de las tropas francesas habían dejado a esta ciudad bajo la exclusiva defensa del ejército del Papa.

Con estos antecedentes se produjo la invasión garibaldina en los Estados de la Santa Sede. La situación se hizo tan crítica que el Papa Pío IX en su Encíclica del 17 de octubre de 1867 lanzó una llamada de socorro al clero y a todos los católicos del mundo.

Dice el Papa :

"... No podemos prescindir venerables hermanos, de denunciar a vosotros y a todos los fieles confiados a vuestro cuidado la tristísima condición y los graves peligros en que nos encontramos hoy por culpa del gobierno del Piamonte particularmente. Pues, aunque estamos defendidos por la bravura y adhesión de nuestro fidelísimo ejército, que está dando pruebas de un valor casi heroico, es evidente que no puede resistir largo tiempo al número cada vez más considerable, de sus inicuos agresores." (95).

Al mismo tiempo que el Papa lanzaba esta llamada de socorro, el gobierno de la Santa Sede, por medio de su Secretario de Estado, se dirigió a las naciones más próximas a la causa pontificia para recabar de ellas su mediación, ante el emperador de Francia, en pro de los derechos del Papa, lo que equivalía a solicitar el regreso de las tropas francesas a Roma. Con este motivo, el cardenal Antonelli convocó al embajador de España y éste transmitió los deseos del secretario de Estado al gobierno de Narvaez. La respuesta del ministro de Estado a su representante fue de total adhesión a los deseos del Papado comunicándole que España, en ese sentido, ni omite ni omitirá nada de cuanto esté a su alcance (96).

Las tropas garibaldinas lograron penetrar en algunos puntos, y ante esta situación el Emperador de Francia, no pudiendo desatender la llamada del Papa y la de algunas potencias católicas, en particular España y Austria, se decidió a enviar, de nuevo, sus tropas

a Roma para defender al Pontífice. También presionó a Florencia para que cortase, desde sus territorios, los pasos de Garibaldi. Ante este giro de la situación, el gobierno de Víctor Manuel ordenó la detención de éste.

Las autoridades pontificias protestaron ante diversas Cortes europeas, por la agresión de la que habían sido objeto, aprovechando para recordar su triste situación y las usurpaciones que habían sufrido de las tres cuartas partes de su territorio. Culparon claramente al reino de Italia como autor moral de éste último intento de los garibaldinos y agradecieron al gobierno español y al del emperador la ayuda prestada (97).

La circular que el cardenal Antonelli, Secretario de Estado, envió al gobierno español, aparte de informar sobre los términos de la protesta, iba encaminada a conseguir de éste que redoblase sus esfuerzos en favor del Papa y sus justos derechos. La respuesta del ministro de Estado, a través del embajador de España, fue de total acuerdo con los deseos de la Santa Sede. Éste entregó al cardenal Antonelli la siguiente nota :

"El gobierno de mi Reina, enterado de la solemne protesta que de orden de S.S. se sirvió dirigirme Vuestra Eminencia con fecha del 3 de noviembre último, me autorizó para decirle también a Vuestra Eminencia que reconociendo como reconoce las justas razones en que dicha protesta se funda, las tomará muy a cuenta en las gestion

nes que tenga que practicar para el sostenimiento del poder temporal y justos derechos de Su Santidad." (98).

El embajador español suprimió del texto del ministro la palabra "usurpaciones", de lo que dió cuenta al ministro de Estado justificándolo porque no lo juzgaba de absoluta necesidad y podría ser, algún día, objeto de explicaciones un tanto complicadas, dado el reconocimiento del actual reino de Italia por el gobierno de España (99).

El resultado práctico de todas estas gestiones fue la orden dada por el gobierno al ministro de Marina para que enviase la fragata "Villa de Madrid" al puerto pontificio de Civitavechia, barco que se ponía junto con otro ya sito en el mismo puerto, el vapor "Vulcano" a las órdenes del embajador y para servir en cualquier contingencia posible al Pontífice.

Este envío no se hizo de espaldas a Francia, sino como el mismo ministro de Estado español comunicó al embajador, formaba parte de esa cooperación que España estaba pronta a prestar en la cuestión romana (100). Las gestiones del gobierno español en esos críticos momentos, frente al emperador fueron bien recibidas por las autoridades pontificias. Sobre esto el embajador español en Roma dice en carta privada a Narvaez :

"... Hay aquí cierto afán de creer y decir que a los esfuerzos de España se debe, en gran parte, que las cosas

no estén mucho peor. Yo deseo, sin destruir eso, quitarle toda aspereza y acritud que podría lastimar la susceptibilidad del gobierno francés." (101).

Cuando en noviembre de 1867 se creyó posible la reunión de una conferencia europea para tratar la situación de Roma, Francia invitó a España a sumarse a la iniciativa junto con otras potencias. El gobierno Vaticano recabó del embajador español la opinión de su país al respecto, pero ante las dificultades del correo que retrasaron la respuesta del gobierno de Isabel II, el representante español tomó, de motu propio, la resolución. Instó al gobierno pontificio a asistir a la conferencia, por si su ausencia fuera motivo aprovechado por otras potencias para su no celebración, y a olvidar cuestiones previas, como el reconocimiento de las reivindicaciones y derechos que la Santa Sede ya había hecho públicos (102). El embajador español adoptó esta postura, en consideración a las manifestaciones que le habían sido hechas, días antes, por el representante de Francia sobre la inutilidad de toda reclamación ante hechos ya consumados (103). La actitud prudente del embajador de España en Roma no se alejó de las posiciones aprobadas por el gobierno de Narvaez : centrarse, sobre todo, en la defensa de lo que aún quedaba al Pontífice, dejando para mejores tiempos las reclamaciones sóbre las posesiones perdidas, aunque sin manifestar expresamente esto último, pero obrando en este sentido.

España, como potencia europea invitada a la Conferencia, no puso objeción alguna a su asistencia, incluso tenía grandes esperanzas depositadas en sus po

sibilidades de éxito. Las declaraciones de la propia Reina a las Cortes, sobre el particular, muestran el enorme interés con que seguía la Soberana todo lo relativo a la Santa Sede. Sobre la Conferencia dice Isabel II :

"... Invitado a reunirse en una Conferencia europea con el fin de garantizar de un modo estable aquella legitimidad, mi gobierno, interpretando fielmente los más arraigados sentimientos de la nación, no ha vacilado en prestarse a una proposición tan satisfactoria." (104).

La labor del embajador de España en esos meses críticos y posteriormente, fue la del representante de una nación católica cuya Soberana mantenía una especial adhesión a la persona de Pío IX y de un gobierno conservador, partidarios ambos de la soberanía temporal del Papa. Y aunque él mismo era un hombre del partido Conservador, al contacto con la realidad de Italia, advirtió la necesidad de dar un giro a la política española. Así se lo manifestó a Narvaez en carta privada que envió el 26 de noviembre de 1867. Le expone :

"... No hay más que una Roma y hay dos que la necesitan. Suponiendo, que es mucho suponer, que Europa entera garantice al Santo Padre el poder temporal, aun así no podría mantenerse el Papa. Los reducidos Estados Pontificios ni son productores ni tienen medios de sostener sus obligaciones.

La caridad de los fieles, los dineros del Santo Padre no son medio permanente para sostener un Estado, por pequeño que sea, mucho más si el Estado ha de estar armado para defenderse de un golpe de mano.

Algunos dicen que las naciones católicas ayudarían a sostenerlo pero yo no creo que se lo crean ni los que lo dicen.

De estas ligeras observaciones resulta que la actual situación del Santo Padre es insostenible.

Comprendo que no podamos evitarlo pero al menos, si encontrará acertadas mis apreciaciones, podremos partir de ellas para formular nuestra política dentro y fuera de España." (105).

La respuesta de Narvaez fue sumamente clarificadora. Le manifestó que coincidía con su opinión, sin embargo la clase política dominante en España, no permitía llevar a cabo otra política exterior. Lo que no le aclaraba Narvaez es que para poder ejecutar el tipo de política interior que él observaba, era preciso desarrollar esa política exterior, sobre todo en la cuestión de Roma, para poner de acuerdo a la mayoría en las Cámaras. Por eso, tanto él como el ministro de Estado no cesarán de recomendarle una sabia prudencia en su labor, el que supiese conciliar la tradicional defensa del poder temporal del Papa con los menores riesgos y compromisos para España.

Narvaez le dice :

"... respondiendo a su interesante carta, por lo que ahora se discute en las Cámaras, se ve que hoy están en sentido favorable a Su Santidad. Por nuestra parte lo estamos también y siempre dispuestos a favorecer al San to Padre en todo cuanto nuestras facul tades lo permitan." (106).

3.4. ENTENDIMIENTO FRANCO - ESPAÑOL PARA SOSTENER LA CAUSA PONTIFICIA.

El discurso que pronunció el Emperador de los franceses, con motivo de la apertura de la legislatura de 1866-67, manifestó que tenía la intención de retirar sus tropas de Roma, pero para tranquilizar los ánimos del mundo católico, señaló que Francia no permitiría se produjesen conspiraciones que amenazasen con derribar el poder temporal del Papa.

Poco después en el Parlamento francés, el ministro de Asuntos Exteriores contestando a una interpe-lación acerca de la situación financiera vaticana de claró que el gobierno tenía la intención de proponer a las potencias católicas el buscar el medio de repartir entre ellas el peso de parte de la deuda que abrumaba al Pontífice.

El gobierno de Narvaez dirigió sus esfuerzos a mejorar las relaciones con Napoleón III, convencido que un mejor entendimiento entre ambas naciones podía redundar en beneficio de la situación de la San-

ta Sede. De aquí que las declaraciones del emperador, antes expuestas, llevaron a la diplomacia española, a través de su embajador en París a aprovechar esta coyuntura favorable para dirigirse al "Quai d'Orsay" no tanto exigiendo garantías sobre las seguridades dadas por el soberano francés a la defensa del Santo Padre, como para ofrecer a Francia ayuda, si ésta lo juzgaba necesario, para sostener la causa pontificia (107).

Por este motivo el ministro de Estado español envió el 15 de marzo de 1867 instrucciones telegráficas al representante en París, en las que se le manifestaba que procediese a leer la nota, que poco antes se le había enviado, al ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Mounstien.

La nota dice :

"... El gobierno de S.M. está dispuesto a ponerse de acuerdo con las demás potencias católicas para coadyuvar al mantenimiento del poder temporal y espiritual de Su Santidad (108).

Con este despacho telegráfico, el embajador español recibió las órdenes precisas a las que debía ajustarse : leer la nota recibida de su gobierno a las autoridades francesas. De esta forma se respondía al despacho que días antes envió el representante español al ministro de Estado (109) en el que manifestaba haber sido recibido, en compañía del representante de Austria príncipe Ricardo de Metternich, por el ministro de Asuntos exteriores francés. En el transcurso de la entrevista, el embajador austríaco

dió lectura a una nota de su gobierno que recogía el ofrecimiento de ayuda y colaboración para el sostenimiento del Papado. En el mismo despacho expuso, el embajador Mon, los deseos transmitidos por Metternich de su gobierno que España secundase los términos del ofrecimiento realizado al Emperador de los franceses.

Madrid decidió guardar las distancias con Austria y mantener su propia iniciativa, de aquí el comunicado al embajador ordenándole que leyese su propia nota y que no secundara los ofrecimientos que hiciera el representante de Austria, so pretexto de no conocer cuales eran los términos exactos de la nota austríaca (110).

De este modo Narvaez dejaba claro su preferencia por llevar sus relaciones con París sin intermediarios, y que los intereses austríacos y españoles en Italia diferían en algunos aspectos. Este último motivo fue el mismo que su antecesor, el general O'Donnell, alegó a los austríacos, cuando éstos protestaron ante España, por el reconocimiento del reino de Italia que había llevado a cabo.

En relación a la llamada que se hizo, a las potencias católicas para ayudar a sostener las finanzas del Vaticano, el gobierno de Madrid fue uno de los pocos que lo aceptó incondicionalmente, y así se lo manifestó al gobierno francés (111). El gobierno de Isabel II sabía la poca viabilidad de esta propuesta por la dificultad que entrañaba el poner de acuerdo a las potencias católicas en esta empresa. Como dijo el embajador de España en Roma, a Narvaez: sólo España gracias a su unidad religiosa, podía

llevar una cantidad del presupuesto sin hacerlo objeto de discusiones terribles (112).

Sin embargo no era tanto por la unidad religiosa, como por la inexistencia de una verdadera oposición en el Parlamento.

3.4.1. Favorable acogida de España a la iniciativa francesa de una Conferencia europea.

Cuando los sucesos de octubre de 1867, que a punto estuvieron de hacer fenecer el poder temporal de la Iglesia, y que obligaron a Francia a enviar de nuevo sus tropas a Roma, el gobierno de Isabel II siguiendo la política de acercamiento a Francia, con vistas a proteger los intereses de la Santa Sede, ofreció, ante la crítica situación de Roma, su cooperación moral y los recursos de sus propias fuerzas al emperador Napoleón ; ofrecimiento del que Francia no llegó a disponer (113).

El regreso de las tropas francesas a Roma, demostró a la opinión pública la poca viabilidad de los acuerdos de septiembre en los que se había cifrado la seguridad del Pontificado.

El gobierno imperial invitó a las potencias europeas a reunirse en una Conferencia, en la que se trataría la situación de Roma, con miras a encontrar una solución estable para los Estados Pontificios, pero sobre todo con el fin de salir el Emperador Napoleón de esa complicada cuestión que tantas perturbaciones le

acarreaba, por lo que deseaba implicar a otras potencias para que compartiesen esta responsabilidad (114).

La Conferencia nació abocada al fracaso. Pocos creían en ella, tantas veces en años anteriores se había hablado de este proyecto y siempre terminaron fracasando los intentos. La mayoría de las naciones invitadas, por una u otra razón, eludieron la respuesta, o propusieron imposibles condiciones previas. Sólo España aceptó la invitación de Napoleón III dada la política de Isabel II de acercamiento a Francia en esta cuestión (115).

El gobierno español no desconocía la opinión que la reunión de la Conferencia merecía a las autoridades pontificias. Estas, si bien en un principio fomentaron esta iniciativa, terminaron viendo con recelo la reunión temiendo que sólo sirviese para que Francia eludiese sus responsabilidades. La Santa Sede prefería que su seguridad estuviese garantizada por una sola potencia de gran peso como Francia, mejor que en un conjunto de naciones a las que siempre resultaría más difícil poner de acuerdo. Por ese temor Roma prefería que la conferencia no llegara a celebrarse, pero buscaba que la oposición no surgiese de ella, esperando naciera de parte de otros gobiernos (116).

Las autoridades romanas propusieron que se le devolviese sus antiguos Estados, como única forma de vivir en paz y de procurarse los

medios de sostenimiento (117). España, en cambio, sin desconocer los derechos de Roma a sus Estados perdidos, compartía la tesis del gobierno francés que lo importante era salvar lo que quedaba y centrarse en esta idea.

El catorce de diciembre envió el embajador de España en París al ministro de Estado un despacho en el que le comunicaba que no creía que llegase a celebrarse, ante tantas complicaciones surgidas, ninguna Conferencia (118).

Al final, como se temía, la proyectada Conferencia quedó abortada, pero sirvió para poner de manifiesto cuan próximas estaban las Cortes de Madrid y París. Esto hizo que algunos neo-católicos deseosos que se llevase una política más firme e independiente de Francia en la cuestión romana, acusaran al gobierno de mantener una actitud tendente a representar en Roma, pura y exclusivamente, lo que Francia deseaba (119).

3.4.2. El gobierno de González Bravo y su política de alianza con Francia.

El acercamiento que se había acentuado a lo largo de 1867, entre España y Francia, alcanzó su punto álgido cuando la intervención francesa en auxilio de Roma, en octubre del mismo año.

Esta política de entendimiento entre las dos naciones continuó con el nuevo año de 1868 sin producirse variación alguna en los

últimos meses de vida del general Narvaez.

Cuando en los primeros días de abril, algún diputado solicitó al gobierno que modificase su política de alianzas en Europa reclamando un acercamiento a Prusia y un alejamiento de Francia como mejor solución para la cuestión romana, esta petición no alcanzó éxito alguno (120). El gobierno de Narvaez a través de su ministro de Estado Arrazola, definió nuevamente la política exterior española, ratificándose en la misma línea de conducta que se había seguido por ser, a su juicio, la más realista y la única posible para el país. Dice el ministro en su intervención en el Congreso :

"... Con Francia no podemos ni debemos ser injustos, ni como vecinos y amigos, ni como católicos, cuando la Santa Sede le está agradecida.

Sin Francia, en la cuestión de fuerza no se llegaría al éxito que se apetece o que pudiera apetecerse en cuanto a la cuestión de Roma..." (121).

Al ocupar González Bravo la Presidencia del Consejo de Ministros a la muerte de Narvaez en abril de 1868, la política exterior española y más concretamente la actitud de su gobierno hacia la cuestión de Roma y la política de alianzas con Francia, no sufrirán freno alguno incluso se agilizaron y terminaron

cristalizando en un acuerdo secreto que no llegó a completarse entre las dos naciones.

Los problemas internos con los que se enfrentó el nuevo Presidente de gobierno, disminuyeron el peso que España tenía en la escena europea, sin embargo tanto la Reina como otros sectores influyentes, no conscientes de la nueva situación, siguieron analizando los hechos desde la misma perspectiva y exigiendo al gobierno de González Bravo la continuidad en política exterior.

En mayo de 1868 la reina Isabel en carta a Pío IX le insinúa que se estaban llevando a cabo negociaciones que podrían hacer que España prestase un servicio directo, en breve tiempo, a la Santa Sede (122), clara alusión a las negociaciones hispano-francesas.

Los acontecimientos en Europa hicieron que Francia para no enfrentarse sola a Prusia buscase un aliado. La alianza con España, por sus debilidades internas y por la capacidad de su ejército, al que se consideraba internacionalmente de tercer orden equiparándosele al de Dinamarca (123), no la hacían idónea. Pero al no contar con otro mejor, Napoleón III terminó interesándose por los ofrecimientos que el gobierno español le había hecho varias veces, y a los que antes no había considerado seriamente.

La firma del posible acuerdo interesaba a las dos naciones, a Francia por los motivos

expuestos de evitar el choque con Prusia en solitario y por la necesidad de disponer de todas sus tropas, incluidas las de Roma, que serían sustituidas por un contingente español, y a España porque con este tratado satisfacía los deseos de Roma, que eran los de la reina Isabel, temerosa que el emperador Napoleón, en caso de guerra, retirase las tropas que guarnecían Roma. Un acuerdo entre los dos gobiernos, podía hacer que España cubriese, aunque de forma provisional, ese vacío que dejaría sin segura defensa al Papa, como ya se había comprobado. Y además, el gobierno de González Bravo intentaba que se reconociesen, como causa de intervención de una potencia en favor de la otra, no sólo las agresiones del exterior, sino también las revoluciones internas (124).

En este último aspecto el gobierno francés prestó cierto apoyo con sus informaciones sobre los emigrados españoles en París, incluso, en alguna ocasión limitó la labor de los comités hispanos en la capital francesa, pero nunca llegó a expulsarlos desde esta Corte. La revolución de septiembre de 1868 puso de manifiesto hasta dónde Francia había aceptado este punto del acuerdo al dejar a Isabel II a su suerte frente a los sublevados (125).

La prensa europea, haciéndose eco de los rumores sobre el posible tratado, lo daban algunos periódicos a partir de julio de 1868, como un hecho realizado. En líneas generales dicen de él :

"... Hay un tratado secreto entre España y Francia, por si hay guerra con Prusia envíe España a Roma 40.000 hombres, para dejar disponibles a Francia todo su ejército (126).

En estos momentos de estrechas relaciones entre Francia y España se produjo, en el mes de agosto, la visita a París de la infanta española Isabel, hija de Isabel II y de su marido el hermano del ex rey de Nápoles. Napoleón se desvivió en atenciones hacia sus huéspedes. Para algunos periódicos no pasó de ser el resultado del entendimiento existente entre las dos casas reinantes; pero otros lo interpretaron como fruto de los acuerdos que se estaban ultimando y un estímulo a las pretensiones legitimistas de las, ahora unidas, ramas de los Borbones (127).

El último fruto de esta política fueron las proyectadas entrevistas para el mes de septiembre de 1868 entre Napoleón III e Isabel II, que tendrían lugar en San Sebastián y Biarritz. La revolución de septiembre que acabó destronando a la Reina Isabel, dejó inconcluso el tratado, que posiblemente habrían ultimado los soberanos de Francia y España en sus previstas reuniones.

3.4.3. La Revolución de septiembre y el giro de la diplomacia española.

La caída de Isabel II evitó que España, ini

ciada la guerra franco-prusiana, se hubiese visto envuelta en ella, enviando sus tropas a Roma. Las nuevas autoridades españolas decretaron, en esta contienda, la estricta neutralidad de España (128).

La nueva situación surgida tras la Revolución, dió un giro a la política de alianzas, pero sobre todo modificó sustancialmente la posición de España frente a la unidad italiana y la cuestión romana.

Respecto a Florencia, las relaciones mejoraron enormemente. La admiración de los progresistas y sobre todo de Prim harán que un miembro de la familia real italiana ocupe el trono de España. En 1870 la situación entre ambas Cortes no podían ser más cordiales. El ministro de España en Florencia, Francisco de Paula Montemar, un gran admirador del rey Víctor Manuel y de la unidad italiana, contribuirá con su actitud a ello (129).

En cuanto a las relaciones con Roma se abrió un periodo de incomprensiones mutuas. La Santa Sede tenía reconocida como legítima Soberana a la reina Isabel II, ahora en el exilio, y desconocía la situación surgida de la Revolución de septiembre. Fruto de esta falta de entendimiento entre las altas partes y de ciertas medidas consideradas por la Santa Sede como anticlericales, fue la salida de Madrid del nuncio, Monseñor Franchi (130).

Las relaciones diplomáticas entre ambas na

ciones quedaron reducidas a nivel de encargado de negocios.

El deseo español de ver reconocido por la Santa Sede al rey Amadeo de Saboya, no recibió una afirmativa respuesta, aunque a partir de septiembre de 1870 ante la crítica situación de Roma se produjo una cierta mejora entre ambos gobiernos (131).

El encargado de negocios de España, José Fernández Giménez, siguiendo las instrucciones de su gobierno no abandonó un instante a Pío IX en las horas críticas de la entrada en la ciudad, de las tropas del rey Víctor Manuel. La caída de Roma, puso fin a este contacto de entendimiento entre ambas Cortes y el rey Amadeo I no logró ser reconocido por el Papa (132).

NOTAS AL CAPITULO VI

1. E. CASTELAR, Historia del Republicanismo europeo. T. I. p. 802.
2. Marqués de MIRAFLORES, Memorias del Reinado de Isabel II Tomo II. p. 351.
3. H.M.M. La Gaceta. 11-VII-1866.
4. Carmen LLORCA, Isabel II y su tiempo. Ob.cit. p. 169.
5. R.A.H. Archivo privado de Isabel II. Correspondencia de Isabel II y Pío IX. Carta 2 agosto 1866.
6. Manuel CUENCA TORIBIO, Revista de la Universidad Complutense nº 112. Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. "La diócesis de Tortosa en la última etapa Isabelina". p. 223-314.
7. H.M.M. El Pensamiento Español. 25 marzo 1867.
8. Ibid. 27 marzo 1867.
9. Ibid. 26-III-1867.
10. Ibid. del 21 marzo 1867.
11. Ibid. del 25 marzo 1867.
12. H.M.M. recogido en el Pensamiento Español 29.III.1867.
13. Ibid. 1 abril 1867.
14. Ibid. 1 abril 1867.
15. R.A.H. Archivo de Narvaez. II - E (a) Caja 44).
16. J.M. CUENCA. Estudio sobre la Iglesia Española. S. XIX. p. 84.
17. C. FERNANDEZ, El confesor de Isabel II. p. 319.
18. H.M.M. La Gaceta. 14 febrero 1868.
19. R.A.H. Archivo de Narvaez. II. (a) 1. Caja 61.
20. Ibid. II. (a) 1. Caja 61.

21. Julio GORRICHÓ. Epistolario de Pío IX a Isabel II.
p. 316.
22. R.A.H. Archivo de Narvaez. II(a)1. Caja 61.
23. H.M.M. La Gaceta. 7.V.1868.
24. FERNÁNDEZ DE CORDOBA, Mis memorias. OB. cit. T. II.
p. 384.
25. A.S.V.N.M. Cartella 33, Sezione XIV. 14.3 (recogido en)
Carta de Mons. García Cuesta al Nuncio Barili. 6 marzo 1866.
documento bajo título : Esposizione de Vescovi Spagnole...
Ob. cit.
26. M. CUENCA TORIBIO, Soledad Miranda. Revista de la Uni-
versidad Complutense nº 112. p. 222 a 314. "La diócesis de
Tortosa en la última etapa Isabelina".
27. H.M.M. El Pensamiento Español. Aparece sucesivamente en
los meses de marzo y abril de 1867.
28. A.S.V.N.M. 464. tit. VI Rubr. 1
29. Marqués de Miraflores, Memorias... Ob. cit. Tomo III.
p. 370.
30. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. p. 1071.
31. H.M.M. La Esperanza y el Pensamiento Español. 29-III-67.
32. H.M.M. El Pensamiento Español. 29-III-1867.
33. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. p. 1066.
34. H.M.M. (Recogido en) El Pensamiento Español. 29-III-1867.
35. Ibid. 28 marzo 1867.
36. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. p. 1071.
37. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. p. 1071.
38. Ibid. Sesión del 20 de mayo de 1867.
39. H.M.M. El Pensamiento Español. 20 mayo 1867.
40. H.M.M. 28 de marzo 1867.
41. H.M.M. La Constancia 18 de diciembre de 1867.
42. H.M.M. La Gaceta. 15 julio 1865.

43. J. BECKER, Historia de las relaciones exteriores españolas. Ob. cit. p. 784.
44. R.A.H. Archivo privado de Isabel II. 1. 12-12-9-31-6/69-70.
45. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867. Sesión 9 abril 1867.
46. H.M.M. El Pensamiento Español. 10 abril 1867.
47. D.S.C. Congreso Legislatura 1867. 9 abril 1867.
48. Ibid. 15 de junio 1867.
49. H.M.M. La Epoca 16-V-1867.
50. H.M.M. La Epoca 21-VI-1867.
51. H.M.M. El Pensamiento Español. 18-V-1867.
52. Ibid. 22-VI-1867.
53. Ibidem.
54. H.M.M. El Pensamiento Español. 29-IV-1867.
55. Marqués de MIRAFLORES, Memorias. Ob. cit. T. III. p. 392.
56. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-1868, 27-XII-1867.
57. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-1868, 30-XII-1867.
58. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-1868. 30-XII-1867.
59. Ibidem.
60. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. p. 22.
61. Ibidem.
62. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. p. 23.
63. H.M.M. El Pensamiento Español. 30 marzo 1867.
64. D.S.C. Congreso. Legislatura 1867-68. 2-I-1868.
65. D.S.C. Congreso. Legislatura 1867-68. p. 25.
66. R.A.H. Archivo de Narvaez. II-A(c)1-Caja 15.
67. Marqués de MIRAFLORES. Memorias... Ob. cit. p. 434.

68. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. I-IV-1868.
69. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. pp 803-809.
70. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. p. 734.
71. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. p. 809.
72. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. pp 1063-1067.
73. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. p. 1071.
74. J. BECKER, Historia de las relaciones exteriores de España. Ob. cit. p. 785.
75. R.A.H. Archivo de Narvaez. I.F.b(2) caja 13.
76. J. GORRICHÓ, Epistolario de Pío IX e Isabel II. Ob. cit. p. 313.
77. E. FERNANDEZ DE CORDOVA, Mis memorias íntimas. T. II. p. 346.
78. R.A.H. Archivo de Narvaez. II-F. Caja 61.
79. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867. abril 1867. p. 8.
80. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. p. 1050.
81. R.A.H. Archivo de Narvaez. II-F. Caja 51.
82. R.A.H. Archivo de Narvaez (correspondencia). II-F. Caja 51.
83. Marques de MIRAFLORES, Memoria del Reinado de... Ob. Cit. T. III. p. 360.
84. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867. 9-IV-1867.
85. J. BECKER. Historia de las relaciones exteriores españolas. Ob. cit. p. 786.
86. D.S.C. Congreso. Legislatura 1867. Sesión nº 64. p. 1061.
87. J. GORRICHÓ, Epistolario de Pío IX e Isabel II, Ob. cit. p. 314.
88. Ibidem.
89. A.G.M.A.E.M. Santa Sede. Correspondencia. Legajo 1737. Despacho nº 18.
90. A.G.M.A.E.M. Sección de Estado. Reino de Italia. 1861-70. Legajo 2530. Despacho nº 169.

91. J. GORRICO. Epistolario Pío IX e Isabel II. Ob. cit. p. 315.
92. R.A.H. Archivo de Narvaez. II.B(m) caja nº 20.
93. FLICHE/MARTIN, Historia de la Iglesia. T.XXIV. Pío IX y su época. p. 333.
94. A.G.M.A.E.M. Santa Sede. Correspondencia. Legajo 1737. Real Orden 26-XI-67.
95. Marqués de MIRAFLORES, Memorias del reinado... Ob. cit. p. 421.
96. A.G.M.A.E. Santa Sede. Correspondencia. Legajo 1737. Real Orden 26-XI-1867.
97. Marqués de MIRAFLORES, Memorias del... p. 423. Circular del Cardenal Antonelli.
98. A.G.M.A.E.M. Santa Sede. Correspondencia. Legajo 1737. documento anejo al despacho 202.
99. A.G.M.A.E.M. Santa Sede. Correspondencia. Legajo 1737. Despacho nº 202.
100. A.G.M.A.E.M. Santa Sede. Correspondencia. Legajo 1737. Real Orden del 26-XI-1867.
101. R.A.H. Archivo de Narvaez.II,I(a)1. Caja 61.
102. A.G.M.A.E.M. Santa Sede. Correspondencia. Legajo 1737. Despacho nº 202.
103. R.A.H. Archivo de Narvaez II,I.(a)1. Caja 61.
104. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. 27-XII-1867.
105. R.A.H. Archivo de Narvaez. II,I.(a)1. Caja 61.
106. R.A.H. Archivo de Narvaez. II,I.(a)1. Caja 61.
107. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867. 10-IV-1867.
108. R.A.H. Archivo de Narvaez. II.I(a)1. Caja 61.
109. R.A.H. Archivo de Narvaez. II.I.a(2) caja 61.
110. R.A.H. Archivo de Narvaez. II.I.a(2) caja 61.
111. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867. 9 abril 1867
112. R.A.H. Archivo de Narvaez II.I.a(2) caja 61.

- 113. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. Discurso de Apertura. 27-XII-1867.
- 114. E. CASTELAR, Movimiento Republicano en Europa. T. I. p. 42.
- 115. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. 27-XII-1867.
- 116. A.G.M.A.E.M. Santa Sede. Correspondencia. Legajo 1737. Despacho nº 202.
- 117. E. CASTELAR, Movimiento republicano... Ob. cit. T. I. p. 423.
- 118. R.A.H. Archivo Narvaez. II.I.a(2), caja 61.
- 119. D.S.C. Congreso. Legislatura 1867-68. 3-IV-1868.
- 120. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. Sesión nº 54.
- 121. D.S.C. - Congreso. Legislatura 1867-68. Sesión nº 54. p. 808-809.
- 122. J. GORRICHIO, Epistolario entre Pío IX e Isabel II. Ob. cit. p. 317.
- 123. L. ALVAREZ GUTIERREZ, El protagonismo del ejército en la Revolución de 1868, visto por un oficial alemán. Revista de la Universidad Complutense, 1978. Tomo II. nº 113. p. 128.
- 124. L. ALVAREZ GUTIERREZ, La Revolución de 1868 ante la opinión pública alemana. p. 58.
- 125. L. ALVAREZ GUTIERREZ, La Revolución de 1868... Ob. cit. p. 60.
- 126. Conde de CASA VALENCIA, Recuerdos históricos de España y del exterior de 1862 a 1869. Ob. cit. p. 280.
- 127. L. ALVAREZ GUTIERREZ, La Revolución de 1878... Ob. cit. p. 59.
- 128. A.G.M.A.E.M. Santa Sede. Correspondencia. Legajo 1737. Circular nº 70.
- 129. A. CONTE. Recuerdos de un diplomático. T. III. p. 106.
- 130. FLICHE/MARTIN, Historia de la Iglesia. T. XXIV. p. 439.
- 131. A.G.M.A.E.M. Santa Sede. Correspondencia. Legajo 1737. Despacho nº 146. Roma 31-XII-1870.

132. Carlos SECO SERRANO, Revista de la Universidad Complutense. Estudios de Historia Moderna y Contemporánea nº 112. J. Pabón, el hombre, el político, el historiador. T. I. p. 98.

CONCLUSIONES

1. POLITICA DE LOS GOBIERNOS DE ISABEL II FRENTE AL PROCESO DE UNIDAD ITALIANA.

1.1. DE LAS HOSTILIDADES A LA PROCLAMACION DEL REINO DE ITALIA. 1859 a 1861.

1.1.1. La simpatía que tiene el Estado español en favor del Pontífice y de los Soberanos italianos a pesar de la neutralidad armada decretada desde el comienzo de las hostilidades en Italia por el gobierno de la Unión Liberal que presidía el general O'Donnell, no evitó el que España figurase ante Europa como contraria a este proceso.

1.1.2. Dada la falta de peso específico de España en Europa, su política exterior en esta materia resulta impotente y marcha a remolque de los acontecimientos que se sucedían en Italia, pero siempre evidenciando su simpatía hacia la causa de los soberanos expulsados y sobre todo como defensora del poder temporal del Papa.

Su diplomacia no cesa desde 1859 hasta la proclamación del reino de Italia en 1861 de protestar públicamente por las anexiones que se realizaron alrededor del Piamonte.

1.1.3. Los esfuerzos de España en favor de un Congreso europeo que tratase los asuntos italianos se enfrentan con la política que, en ese momento, Napoleón III mantenía respecto a Ita-

lia. Para aumentar el peso de sus gestiones, el gobierno de O'Donnell coordinó su acción con la diplomacia austriaca a pesar de representar ambas potencias intereses distintos en la península italiana.

Esta estrategia coincidente entre las dos naciones sirvió de base para que algunos Estados, y sobre todo el Piamonte, acusasen a España de mantener la política austriaca legitimista y contraria al derecho de autodeterminación de los pueblos.

- 1.1.4. Cuando la situación se hace más crítica para el Rey de las Dos Sicilias, Francisco II, pariente de Isabel II, e incluso para el Papa, la intervención española en Marruecos proporciona al general O'Donnell una magnífica excusa para resistir las presiones que recibía de la Reina y su camarilla, del propio Nuncio en Madrid y de las fuerzas más tradicionales que le incitaban a una intervención directa en los asuntos italianos.

1.2. EL TARDIO RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA.
JULIO 1865.

- 1.2.1. Desde 1863 los gobiernos españoles son cada vez más conscientes que el hecho de la unidad de Italia es un proceso irreversible y que la actitud de no reconocer la engrandecida monarquía del Rey Victor Manuel se estaba quedando desplazada. De no haber interferido en esta cuestión la causa del poder temporal del Papa, el contencioso de los soberanos expulsa-

dos de sus Estados no habría sido causa suficiente para demorar el reconocimiento hasta Julio de 1865.

1.2.2. A pesar de las razones oficiales aducidas por el gobierno de O'Donnell de llevar a cabo el reconocimiento del reino de Italia con intención de mejorar sus relaciones con otras naciones europeas y de esta forma defender mejor la causa del Papa, fueron motivos de política interna los que estuvieron presentes en el ánimo del nuevo gobierno a la hora de tomar esta decisión trascendental para España. Atraerse a los progresistas de su retraimiento y mejorar ante la opinión pública nacional la situación del régimen isabelino y la imagen del partido de la Unión Liberal, fueron causas primordiales para modificar la política exterior española.

1.2.3. El general O'Donnell no previó la contundente respuesta, ante este hecho, de ciertos sectores tradicionales católicos ni la virulenta actitud adoptada por la Iglesia española. Todas las fuerzas contrarias al reconocimiento se alían en un frente común para conseguir la caída del gobierno de la Unión Liberal.

1.3. LOS ULTIMOS GOBIERNOS MODERADOS Y LA CUESTION ROMANA.

1.3.1. Los últimos gobiernos moderados, los de Narváez y de González Bravo, mantienen como principal punto de su política exterior la defensa del poder temporal del Papa y centran su labor

diplomática en el respeto al mantenimiento del statu quo sin hacer alusión a los territorios pontificios ya incorporados al reino de Italia.

1.3.2. Aunque el peso de España en la escena internacional correspondía al de una potencia de segundo orden, la gran actividad diplomática que desarrolló en este período en favor de la *cuestión romana*, sin olvidar el interés de Francia por atraerla a su zona de influencia, permitieron que el gobierno español, a pesar de la situación crítica, hiciese patente su presencia en la escena europea.

1.3.3. Para todos los gobiernos de Isabel II, la política de defensa de la causa del Papa equivalía al sostenimiento de la religión, sin alcanzar a deslindar, dentro del proceso de unificación, las implicaciones políticas de las religiosas.

1.3.4. Isabel II aprovecha el enorme poder de la Corona para volcarlo en favor del Papa. En esta causa tuvo un protagonismo especial poniendo y quitando gobiernos para servir mejor a los intereses de la Santa Sede.

II. ACTITUD DE LOS PARTIDOS POLITICOS ESPAÑOLES ANTE EL PROBLEMA ITALIANO.

2.1. El partido de la Unión Liberal mantiene una postura claramente favorable al poder temporal del Papa y un especial interés respecto a la causa de los soberanos expulsados.

Sin embargo, dada la composición del partido, no faltaron voces discrepantes. El ala progresista recordaba a su jefe, el general O'Donnell, la obligación de mantenerse dentro de los límites de neutralidad en la que España se había situado ; incluso algunos contemplaban con cierta simpatía el movimiento de unidad italiana y sobre todo la expulsión de los austríacos de la península.

Por el contrario, el ala moderada del partido defiende con firmeza los derechos de las soberanías legitimistas. En lo que parece coincidir la mayoría del partido era en la necesidad de mantener el poder temporal del Papa como garantía de independencia en el ejercicio de su soberanía espiritual.

2.2. El Partido Moderado.

Este grupo, en la oposición, acusa a la Unión Liberal de mantener una postura tibia y a veces ambigua en los asuntos de Italia. Se declara manifiestamente defensor de los derechos legitimistas de los soberanos a sus territorios y, por ende, condena enérgicamente las anexiones hechas al Piamonte.

Incondicional en la defensa del Papa y de su poder temporal, mantuvo siempre una actitud filial y sumisa hacia los intereses de la Santa Sede.

Critica abiertamente el reconocimiento del Reino de Italia que había hecho el gobierno de la Unión Liberal, en particular por haberlo llevado a cabo sin considerar la opinión que merecía a la Iglesia española, si bien algunos hombres del moderantismo comprendieron lo inevitable de este paso.

En la oposición sus planteamientos son más radicales y el tono de su condena a la unidad italiana revestía caracteres más extremados. Sin embargo, una vez en el poder, su actitud, aunque netamente contraria al proceso de unificación, no le llevó a secundar las pretensiones de sus minorías más reaccionarias que deseaban una intervención armada en defensa del Papado.

Algunas figuras del moderantismo con su prestigio consiguieron dar cierto realismo a la política del partido frente a la vehemencia de otros sectores del mismo que postulaban una actitud impetuosa y desconocedora de la realidad española y de las corrientes europeas del momento.

- 2.3. La fracción Neocatólica, defensora a ultranza del poder del pontífice, antiliberal y contraria al sufragio universal y al derecho a la autodeterminación de los pueblos, se opone con toda energía a la unidad italiana.

Los grupos dirigidos por Cándido Nocedal y Navarro Villoslada, claros exponentes del integrismo católico, postulaban de forma virulenta una actitud de franca hostilidad hacia el reino de Italia, al que nunca reconocieron y citaban despectivamente como "el llamado reino de Italia...".

En estrecha colaboración con las jerarquías eclesiásticas españolas, presionaba en favor de una intervención directa en Italia para salvar al Pontífice de la revolución.

El Partido Progresista

Este grupo hasta su retraimiento en 1863 critica la política española, acusándola, desde las Cortes, de carecer de sensibilidad hacia el movimiento de unidad italiano. Presionaba recordando a O'Donnell que no olvidase el compromiso adquirido por España de mantenerse neutral en este asunto.

No creía que la desaparición del poder temporal del Papa conllevara detrimento alguno para el ejercicio del poder espiritual, aunque no se oponía a que Roma permaneciese como Patrimonio de San Pedro.

Afirmaba que, en el supuesto de acceder al poder, reconocería al reino de Italia.

Se declaran abiertamente en favor del sufragio universal y en contra del poder absoluto de los soberanos.

A partir de su retraimiento, mantuvieron una actitud condenatoria de lo que consideraban política obsoleta y de aislamiento en la que se había situado España con respecto a Italia. El reconocimiento en julio de 1865 fue bien recibido por este grupo, aunque lo tildaron de tardío y forzado por los acontecimientos.

2.5. El Partido Demócrata.

Por su parte, el grupo demócrata proclama las ventajas para la Iglesia de la desaparición del poder temporal del Papa. Este partido, en franca hostilidad con la dinastía isabelina, mantenía gran admiración por los héroes de la unidad italiana, como Garibaldi, y añoraba el realizar en la Península Ibé-

rica un proceso de unificación similar bajo los mismos principios liberales.

Pioneros de la separación Iglesia-Estado, veían en la unidad italiana un modelo beneficioso para ambas altas partes.

2.6. El Carlismo.

El partido de Dn. Carlos se define respecto a este tema, desde el exilio.

La postura oficial de este grupo monárquico religioso contrario a los principios del liberalismo se basa en una condena tajante del proceso de unidad italiana, oponiéndose firmemente al hecho del reconocimiento y manifestando que esto sería legitimar los atentados cometidos contra los tronos, la propiedad y los bienes de la Iglesia.

III. POSTURA DE LA IGLESIA ESPAÑOLA RESPECTO A LA CUESTION ITALIANA.

3.1. La Iglesia española, y sobre todo el episcopado, muestran, en la cuestión de Italia, una inquebrantable adhesión a las directrices del Nuncio en Madrid, monseñor Barili, en favor de los intereses del Papa. con intención de presionar sobre el gobierno e incluso sobre la Soberana y la real familia, utilizaron todos los medios disponibles, prensa católica, Parlamento, iglesias, para hacer oír su voz contraria a la unidad italiana.

3.2. Desde la publicación del Syllabus y la encíclica Quanta Cura, el clero español se alineará, de forma cada vez más patente, junto a los sectores más inte-

gristas de la sociedad isabelina, como los neo-católicos, con los que terminarán haciendo frente común en su protesta contra el gobierno por el reconocimiento, en 1865, del reino de Italia.

- 3.3. La defensa del poder temporal del Papa sirve para desarrollar toda una importante labor publicista por parte de las más significadas figuras del episcopado español, como el cardenal de Santiago, monseñor García Cuesta y monseñor Claret, con la que intentaban concienciar a la opinión pública de lo necesario e imprescindible que resultaba para la Iglesia la existencia de la soberanía temporal del Papado.
- 3.4. Con los últimos gobiernos moderados, la Iglesia española y la de Roma conjuntamente ayudan a Isabel II a neutralizar sus numerosos problemas de orden interno y sostenerla en el poder. Por su parte, tanto Narváez como González Bravo mostraron una especial sensibilidad hacia la situación del Papa, haciendo de la cuestión romana el objeto principal de su labor diplomática, sobre la que cimentaron su política de alianzas.
- 3.5. Desde el comienzo de las hostilidades la Iglesia de Roma trató de conseguir que España jugase un papel activo en los asuntos de Italia, intentando arrastrar a la nación española a una nueva expedición en favor de la Santa Sede como la que se envió en 1848 en defensa de la Ciudad Eterna. Hacia este propósito dirigió todas sus gestiones el nuncio en Madrid, monseñor Barili.
- 3.6. Tras el reconocimiento del reino de Italia, Pío IX, comprensivo con las obligaciones constitucionales de

la Reina Isabel, mostró hacia ella una mejor voluntad que la expresada por el propio episcopado español, intransigente e incluso virulento en sus manifestaciones a la hora de acatar la decisión regia.

Esta actitud de entendimiento mostrada por la Iglesia de Roma para con la Soberana no se haría extensible al gobierno del general O'Donnell, el cual no recibió muestra alguna de comprensión, tan necesitado de ella, frente a la campaña desatada por los sectores clericales contrarios al reconocimiento.

OBRAS DE CARACTER GENERAL

1. ALBRECHT-CARRIE, R., Europe 1500-1848. New Jersey 1967.
2. ARAGONES VIRGILI, Manuel, Historia del Pontificado. Ed. Casulleras. Barcelona. 1945. Tomo III.
3. ARTOLA, Miguel. Partidos y Programas Políticos 1808-1936. Tomo I. Madrid. Ed. Aguilar. 1974.
4. BALLESTEROS BERETTA, A. Historia de España y su influencia en la Historia Universal. 12 Tomos. Montaner y Simón. Editores. 1890. Barcelona.
5. CAMBRIDGE, Historia del mundo moderno. T. X. Ed. Sopena. Barcelona. 1970.
6. CARR. R., España 1808-1939. Ed. Ariel. p. 715-724.
7. De la CIERVA, Ricardo. Historia Básica de la España actual (1800-1974). Ed. Planeta.
8. DIAZ-PLAJA, F. La Historia de España en sus documentos. S. XIX. Madrid. Instituto de Estudios Políticos. 1954.
9. DROZ, Jacques, Histoire diplomatique 1648 à 1919. Dalloz Paris. 1972.
10. DROZ, Jacques, Europa Restauración y Revolución 1815-1848. Ed. siglo XXI.
11. DUROSELLE, J.B., L'Europe de 1815 à nos jours. P.U.F. Paris 1967.
12. FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor. Historia política de España Contemporánea. 3 vols. Madrid. Alianza. 1968.
13. FLICHE, A y MARTIN, V., Historia de la Iglesia. Tomo XXIV.
14. GOMEZ APARICIO, Pedro. Historia del Periodismo Español. Madrid. 1957. Ed. Nacional.
15. GRENVILLE, J.A.S. La Europa remodelada. 1848-1878. Siglo XXI editores. 1979.
16. LAFUENTE, M. Historia General de España. Ed. Montaner y Simón. 1882. Barcelona.

17. MARCELLI, V., L'Europa del XIX e del XX secolo. Milano 1959. Ed. Marzorati.
18. MENENDEZ PIDAL, R., Historia de España. Tomo XXVII. Espasa-Calpe. Madrid.
19. NERE, Jacques, Historia Contemporánea. Ed. Labor.
20. ONCKEN, Guillermo, Historia Universal. Tomos 36 y 42. Montaner y Simón, Editores. Barcelona 1921.
21. PALACIO ATARD, V., Manual de Historia Universal (T. V sobre Edad Contemporánea). Ed. Espasa-Calpe. Madrid 1971.
22. PALACIO ATARD, Vicente, La España del S. XIX. 1808-1898. Ed. Espasa-Calpe. Madrid 1978.
23. PALMADE, Guy, La época de la Burguesía. Tomo 27. Ed. Siglo XXI.
24. PALMER, R. y COLTON, J., Historia Contemporánea. Akal.
25. PEREZ BUSTAMANTE, Ciriaco, Compendio de Historia Universal. Ed. Atlas. Madrid 1973.
26. RAMOS-OLIVEIRA, A., Historia de España. T. II. Mejico. pp. 274-275.
27. RENOUVIN, Pierre, Historia de las relaciones internacionales. T. II. S. XIX. Ed. Aguilar. 1969.
28. SECO SERRANO, Carlos, Sociedad, literatura y política en la España del S. XIX. Madrid 1973. Ed. Guadiana.
29. TUÑÓN DE LARA, M., Estudios sobre el siglo XIX español. Ed. Siglo Veintiuno. 1974.
30. UBIETO, REGLA, JOVER, SECO, Historia de España. Ed. Teide. 1963.
31. VICENS VIVES, J., L'Espagne et l'Europe du XIX et du XX siècle (1815-1870) problèmes et interprétations historiques. Milán 1859. pp. 729 a 761.
32. VICENS VIVES, J., Historia General Moderna. Tomo II. Ed. Montaner y Simón. Barcelona. 1969.
33. VICENS VIVES, J., Historia Universal.

OBRAS DE CARACTER ESPECIFICO

1. ALBONICO, Aldo. La mobilitazione legittimista contro il regno de Italia : La Spagna e il Brigantaggio. Univers. Milano. 1979. Ed. Milan Dotore A-Giuffre.
2. ALONSO, J. Ramón, Historia política del ejército español. Ed. Nacional.
3. ALVAREZ GUTIERREZ, L., El protagonismo del ejército en la revolución del 68 visto por un oficial alemán. Revista de la Universidad Complutense nº 113. Tomo II. "Estudios de Historia Moderna y Contemporánea".
4. ALVAREZ GUTIERREZ, L., La Revolución de 1868 ante la opinión pública alemana. Ed. Fragua. Madrid 1976.
5. BALAGUER, Víctor, Mis recuerdos de Italia. Barcelona. 1890.
6. BALMES, Jaime, Obras Completas. Tomo VII. Ed. Católica. Madrid. 1950.
7. BANDINI, Gino, Spagna e Sardegna, nel 1860. Atti del XXIV Congresso di Storia del Risorgimento. Roma 1941. .
8. BANDINI, Gino, Roma nel 1860. Rassegna Storica del Risorgimento XXIV, Gennaio 1937.
9. BECKER, J., Historia de las relaciones exteriores de España durante el S. XIX. T. II. Madrid 1924.
10. BOUDOU, A., Le Saint Siège et la Russie. Paris 1922.
11. BORTOLOTTI, Metternich e Italia nel 1846. Turin 1945.
12. CACHO VIU, V., La Institución Libre de Enseñanza. Rialph. Madrid 1971.
13. CAPOGRASSI, A. La conferencia di Gaeta del 1849. Roma. 1941.
14. CARCEL ORTI, V., La Sta Sede ante las revueltas universitarias de 1865. Revista Hispania. nº 126. Madrid 1974.
15. CARCEL ORTI, Vicente, Franchi y las Constituyentes de 1869. Inst. Jerónimo Zurita. Madrid 1977. Revista Hispania nº 137.
16. CASTELAR, E., Historia del republicanismo europeo. T. I.

17. CASTELAR, Emilio, Historia del Movimiento Republicano en Europa. Tomo I. Madrid. 1873.
18. CASA VALENCIA, Conde de, Recuerdos político-históricos de España y del extranjero. 1862-1869. Madrid 1906.
19. CASTELLS, J. Manuel, Las asociaciones religiosas.
20. CASTILLO y AYENSA, José del, Historia crítica de las relaciones con Roma desde la muerte de Fernando VII. vol. I.
21. CESSI DRUDI, M., Intorno alla conferenza di Gaeta del 1849. R. Storica del Risorgimento nº 45. 1958. pp. 218 a 272.
22. COMANDINI, A., Il principe Napoleone nel Risorgimento italiano.
23. CONTE, A., Recuerdos de un diplomático. Madrid, 1903.
24. CUENCA TORIBIO, J.M., La diócesis de Tortosa en la última etapa isabelina. Revista de la Universidad Complutense nº 112. Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. tomo I.
25. CUENCA TORIBIO, J.M., La Jerarquía Eclesiástica. 1789-1965. Ed. Escudero. Barcelona 1976.
26. CUENCA TORIBIO, J.M., Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. Ed. Nacional. Madrid 1973.
27. CUENCA TORIBIO, J.M., Iglesia y Estado en la España Contemporánea. 1789-1914-1970. Pamplona. Revista Ius Canonicum.
28. CUENCA TORIBIO, J.M., El Episcopado español en tiempos de Pío IX. Revista Estudios de Historia Contemporánea. Vol. I.
29. DELATTE, Dom, Dom Geranger. II Tomos. Paris 1807.
30. D'IDEVILLE, H., L'Ambassade du Conte Rossi.
31. D'IDEVILLE, H., Journal d'un diplomate en Italie, 1859-1862.
32. EDGAR-BONNET, G., Ferdinand de Lesseps. París 1951.
33. EIRAS ROEL, A., La unificación italiana y la diplomacia europea. R. de Estudios Políticos nº 133. Madrid. 1964. pp. 129 a 156.

34. EIRAS ROEL, A., El Partido Demócrata Español. 1849-1868. Madrid. 1961. Ed. Rialph.
35. FERNANDEZ DE CORDOVA, F., Mis memorias íntimas. Tomo II. Ed. Atlas. Madrid 1966.
36. FERNANDEZ, F., El confesor de Isabel II. Madrid, 1948.
37. FERRANDIS, Manuel, Historia contemporánea de España y Portugal.
38. FILIPPO, Luigi de, La seconda guerra d'indipendenza e la sua repercussione in Spagna. Revista Storica del Risorgimento nº XII. p. 718.
39. GABRIELLE, M., El carteggio Antonelli-Sacconi. vol. II. Roma 1962.
40. GARCIA NIETO, C., y otros, Moderados y Progresistas 1833-1868. Ed. Guadiana. Madrid 1971.
41. GOMEZ LLORENTE, L., Aproximación a la historia del socialismo español.
42. GOÑI GALARRAGA, J.M., El reconocimiento de Italia y Monseñor Claret. Antología ANNUA.
43. GORRICHIO, J., Epistolario Pío IX e Isabel II.
44. GRENEVILLE, J.A.S., La Europa remodelada, 1848-1878.
45. HALES, E.E.Y., Pío IX, A study in European politics and religion in the XIXth. Londres 1954.
46. HAYWARD, F., Pío IX et son temps. Paris 1948.
47. LAFUENTE, Jerónimo, 3 Meses en Italia. Madrid 1870.
48. LIEDEKERKE, A. de, Rapporti delle cose di Roma.
49. LLOPIS, Historia política y parlamentaria de Nicolás Salmerón.
50. LLORCA, Carmen, Isabel II y su tiempo. Ed. Marfil.
51. MARTINEZ SOSPEDRA, Manuel, Incompatibilidades parlamentarias en España. 1810-1936. Ed. Cosmos. Valencia 1974.
52. MAURAIN, J., La politique ecclésiastique du Second Empire 1852 à 1869. Paris 1930.
53. MAZZONI, Guido, Il Cavour e la diplomazia spagnola nel 1860. Revista. Il Messaggero. Roma 12-I-1940.

54. MENENDEZ PELAYO, Obras completas. T. VIII.
55. MENEGUZZI ROSTAGNI, Carla, Il Carteggio Antonelli-Bari-
li 1859-1861. Instit. Storia Risorgimento Italiano. Roma
1973.
56. MEREGALLI, Franco, L'Italia del Risorgimento nella tes-
timonianza di scrittori di lingua spagnola. Rassegna stó-
rica del Risorgimento. Anno XLIX. Fasc. IV. Oct.-dic. 1962.
57. MIRAFLORES, Marqués de, Memorias del reinado de Isabel
II. Tomo III. Ediciones Atlas. Madrid 1964.
58. MONTANELLI, Indro, La Italia del Risorgimento. Ed. Pla-
za Janés. Barcelona 1974.
59. MONTI, A., Pio IX nel risorgimento italiano. Bari 1928.
60. MOSCATI, R., La Sicilia e il Mediterraneo nel 1860. R.
Il Veltro, Anno IV. Settembre 1960.
61. MOSCATI, R., Austria, Napoli e gli stati conservatori
italiani (1849-52).
62. NEGRIN, Ignacio, Crónica de la expedición a Italia. Ma-
drid 1871.
63. NOCEDAL, R., Discursos. Tomo I. El Pontificado y su po-
der temporal. I. Fortanet. Madrid 1907.
64. NUÑEZ, Mari Fe, El episcopado español durante la Res-
tauración. Cajas de Ahorro. Tenerife.
65. NUÑEZ, Mari Fe, Correspondencia de Isabel II y Pío IX.
Estudios de Historia Contemporánea. Vol. I.
66. OLIVA MARRA-LOPEZ, Andrés, Andrés Borrego y la política
española del S. XIX. Instituto de Estudios Políticos. Ma-
drid 1959.
67. OLIVAR BERTRAND, R., Así cayó Isabel II. Ed. Destino.
Barcelona 1955.
68. OLIVAR BERTRAND, R., "Aparisi y Guijarro". Instituto
Estudios Políticos. Madrid 1962.
69. OLIVAR BERTRAND, R., España y los españoles cien años
atrás. Ed. Insula. Madrid 1970.
70. OLIVART, Marqués de, Colección de Tratados de España
desde el Reinado de Isabel II a nuestros días. Rev. Occi-
dente. Madrid.

71. OZARRA GARMENDA, J.C., Archivo de la Embajada española cerca de la Santa Sede. Publicaciones del Instituto de Historia eclesiástica. Roma 1971.
72. PABON, J., España y la cuestión Romana. Madrid 1972. Ed. Moneda y Crédito.
73. PABON, J., El problema de Roma en la política de España. Atta del XLV Congreso de Historia del Risorgimento italiano. Roma, 1970.
74. PACHECO, J.F., Ensayo sobre Italia descriptivo, artístico y político. Madrid 1857.
75. PASTOR DIAZ, Nicomedes, Obras completas. Tomo I. Ed. M. Tello. Madrid 1866.
76. PASTOR DIAZ, Nicomedes, Roma sin el Papa. Madrid 1863.
77. PENETTA, Ercoco, Donoso Cortés le sue doctrina e il risorgimento italiano. Rassegna stórica del Risorgimento. Roma 1954.XLI. nº 2-3. pag. 549.
78. PEREZ ALHAMA, Juan, La Iglesia y el Estado español. Isnt. Estudios Políticos. Madrid, 1967.
79. PERLADO, A., La libertad religiosa en las Constituyentes de 1869. Ed. Univ. Navarra. Pamplona 1970.
80. PETSCHEN, Santiago, Iglesia-Estado, un cambio político. Taurus. Madrid. 1975.
81. PIRRI, P., Pio IX e Vittorio Emanuele II, Roma 1951.
82. PIRRI, P., La Missione di Mons. Carboli-Bussi. Roma 1953.
83. POUTHAS, Charles H., Un observateur de Tocqueville à Rome. Rassegna Storica del Risorgimento nº 37. 1950. p. 42.
- * 84. SAITTA, A., La guerra de 1859 nei rapporti fra la Francia e L'Europa. Vol. IV. Roma 1960.
85. SALVATORELLI, L., L'allocuzion di Pio IX.
86. SANTINI, G., Gli spagnoli in Gaeta nel 1849. Revista Storica Italiana. Anno 1907.
87. SANDRI, Leopoldo. L'Intervento militare spagnolo. Rassegna Storica del Risorgimento nº XXXVII. 1850.
88. SECO SERRANO, Carlos, J. Pabón, el hombre, el político, el historiador. Revista de la Universidad Complutense. Estudios de historia moderna y contemporánea nº 112. T. I.

Abril-junio 1978.

89. SIGNORETTI, Alfredo, Italia e Inghilterra durante il Risorgimento.
90. SIMEONE, L., Revista storica del risorgimento italiano. 1932. n° 19. pp. 252 a 263.
91. SIMON SEGURA, F., La desamortización española del S. XIX. Madrid 1973.
92. ROUX, Georges, Napoleon III. Espasa Calpe 1971.
93. THOUVENEL, L., Le secret de l'empereur. Vol. I y II.
94. TOCQUEVILLE, A. de, Oeuvres complètes. T. XII. Souvenirs. Ed. Gallimard. Paris 1964.
95. TORRE, Augusto, Le condizione delle provincie napoletane nel 1860. R. Il Risorgimento, Anno III. April 1961.
96. TUÑON DE LARA, El hecho religioso en España. París 1968.
97. VALERA, Juan, Estudios críticos sobre literatura y política. Tomo II. Madrid 1884. Ed. Francisco Alvarez.
98. VALSECCHI, F., L'unificazione italiana e la politica europea (1849-1859). Ed. Marzoretti. Milan 1940.
99. VALSECCHI, F., Le potenze europee e la questione Romana. R. Storia e Política. Anno I. Fasc. II. April 1962.
100. VALSECCHI, F., Il problema diplomatico nel 1860. Revista Il Veltro, 8-9. Anno IV. Agosto-settembre 1960. p. 16.
101. VEGGI DONATI, M^a Angela, Bagnacavallo nel 1859-60. R. Il risorgimento, Anno III. 1961. April.
102. VERCESI, E., Pío IX. Milán 1930.
103. VICENS VIVES, J., La diplomacia spagnola di fronte alla crisi italiana del 1859. Atti del XXXVIII Congresso di Storia del Risorgimento. Roma 1960.
104. VICENS VIVES, J., Governo e opinione pubblica in Spagna durante la crisi della guerra di Crimea. Atti del XXXV Congresso Storia del risorgimento. Turín 1956.
105. VICENS VIVES, J., Rapporti tra l'Italia e la Spagna nel Risorgimento. R. Storica del Risorgimento XLII. Roma 1955.

106. VIDAL, César, La mission du Comte Benedetti à Turin.
1861-1862. R. Storica del risorgimento. Maggio 1954.
107. VILLALBA HERVAS, M., Historia Contemporánea de Alcolea
a Sagunto. Madrid 1899.
108. ZINI, L., Storia d'Italia del 1850-1866. vol. II.
109. WALACE, L.P., Pius IX and Palmerston - 1846 -.
110. WHITEHOUSE, L'effondrement d'un royaume.



Fernando Jimenez Nuñez

TP
1983
196-II



* 5 3 0 9 8 6 5 7 1 2 *
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

X-53-385244-6

LA ESPAÑA ISABELINA FRENTE A LA UNIDAD DE ITALIA: 1.859-1.868

TOMO II

Departamento de Historia
Sección de Ciencias Políticas
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid
1983



BIBLIOTECA

Colección Tesis Doctorales. Nº 196/83

© Fernando Jiménez Nuñez
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1983
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-28027-1983

APENDICE DOCUMENTAL DE LA MEMORIA

QUE SE PRESENTA BAJO EL TÍTULO :

LA ESPAÑA ISABELINA FRENTE A
LA UNIDAD DE ITALIA : 1859-1868.

A. PRESENTACION

APENDICE DOCUMENTAL de la MEMORIA para la obtención del
Grado Académico de Doctor en Ciencias Políticas y Socio-
logía.

Título : LA ESPAÑA ISABELINA FRENTE A
 LA UNIDAD DE ITALIA : 1859-1868.

presentado por Fernando Jiménez Núñez y dirigido por el
Catedrático de esta facultad, Luis Díez del Corral.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Curso académico 1981-82.

B. NOTA INTRODUCTORIA

Se recoge en este apéndice una documentación de utilidad e interés como soporte y complemento del trabajo de memoria.

Debido a la gran cantidad de material inédito utilizado, he estimado necesario, para su presentación, reducir el número de documentos a los que en mi consideración resultan más significativos.

Para la ordenación de los mismos he tenido en cuenta el hecho de que algunos ya han sido expuestos a lo largo de la memoria, de manera parcial, por este motivo la articulación que he dado al apéndice documental se encuentra en estrecha conexión con la periodificación histórica utilizada en el trabajo de tesis doctoral.

C. ESTRUCTURA Y CONTENIDO DEL APENDICE DOCUMENTAL

Los documentos han sido divididos para su presentación en dos grandes apartados, con los siguientes títulos :

- La actitud española frente al proceso unificador emprendido en Italia por el rey Víctor Manuel.
- Vicisitudes del reconocimiento del reino de Italia por Isabel II y repercusión de este hecho en la política interna española.

D. RELACION DE DOCUMENTOSPag.PRIMERA PARTELa actitud española frente al proceso unificador
emprendido en Italia por el rey Víctor Manuel II

1. ESPAÑA Y EL PODER TEMPORAL DEL PAPA

- | | |
|--|----|
| 1.1. Reales órdenes y despachos sobre medidas
o iniciativas de España en favor del Pa-
pado | 7 |
| 1.2. Noticias de los representantes de España
en Roma acerca de la situación de los Es-
tados Pontificios e informes sobre su re-
lación con las autoridades vaticanas .. | 51 |

2. RELACIONES ENTRE MADRID-TURIN DE 1859 A 1861

- | | |
|--|-----|
| 2.1. Protestas españolas ante el gobierno del
rey Víctor Manuel por las anexiones de
1859 y 1860 | 81 |
| 2.2. Incidentes entre los gobiernos de España
y de Italia en 1861 | 115 |
| 2.2.1. Progresivo deterioro de las rela-
ciones entre ambas naciones | 115 |
| 2.2.2. El asunto de los archivos napolí-
tanos : | 132 |
| - prensa italiana | 132 |
| - documentos diplomáticos españo-
les | 139 |

SEGUNDA PARTEPag.Vicisitudes del reconocimiento del reino de Italia por Isabel II y repercusión de este hecho en la política interna española

1. EL PROCESO DEL RECONOCIMIENTO

1.1. Documentos diplomáticos italianos sobre las gestiones realizadas	152
1.2. Manifestaciones y comunicaciones sobre este acontecimiento:	216
- carta de Pío IX a Isabel II	216
- correspondencia entre el ministro de Estado y los representantes de España en el extranjero	220
- la prensa española	239
- intervenciones parlamentarias	245

2. REPERCUSION DEL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA

2.1. Actitud de los obispos españoles ante este acontecimiento	259
2.1.1. Cartas entre monseñor Claret y el nuncio Barili	259
2.1.2. Correspondencia entre los obispos y el nuncio en Madrid: la cuestión de los tres prelados ..	267
2.2. Moderados y neo-católicos en las elecciones de noviembre de 1865	303

La Embajador de S. M. en Roma

7

Armaguez 9 de Junio de 1859.

Excmo. Señor:

He tenido el honor de poner en conocimiento de S. M. la Reina todas las indicaciones que A. B. se dignó hacerme en su despacho de 27 del pasado sobre el envío de buques al servicio de la Marina Real a los puertos de Genova y Civitavecchia.

Ante de ahora he manifestado a V. E. que este pensamiento había nacido exclusivamente en el ánimo de S. M. la Reina como una inspiración propia de los religiosos sentimientos que la animan y del afecto y veneración que profesa al Santo Padre.

El Gobierno de S. M. le aseguró con aprecio y cariño completamente de serle útil la indicación hecha a V. E. por el Cardenal Secretario de Estado respecto a la sujeción del Personal de su Armada en este servicio.

Ni él ni persona alguna de sea mezclada en tan debida manera. Es posible que haya entrado en la mente de algún individuo o de alguna persona política el deseo de buques, y de aprovecharse de ellos para un objeto más o menos transcendental, pero esta no podrá realizarse no contando con el consentimiento del Gobierno, o no incurrir en una insubordinación que les sea.

indisculpable.

8

Trasmitiendo los papeles á disposición de
los Representantes de S. M. la Reina en Nápoles
Venecia y Roma, lo cual me es un deber de ho-
rrida V. E. que conoce los sentimientos del Gobierno
hacia su persona, y que sabe que no se aparta
nunca de las funciones establecidas por la convenien-
cia del servicio y por la dignidad de los poderes,
comunicando á V. E. y á sus dignos Colegas las
instrucciones oportunas acordadas de antemano
que hoy tengo el honor de transmitirle separa-
damente, queda alejado cualquier peligro
que V. E. hubiera podido recelar, y hasta del
temido el menor temor de un conflicto que
me sería imposible intentar evitar.

V. E. podrá dar acogida
en cualquiera de las tropas puestas á su dispo-
sición á los soldados de la Reina, y á las perso-
nas ligadas con ella, en cualquiera día
de compromiso, pero esto no cambia la
idea de que deban ser llevados á las costas
de España, pudiendo encontrar seguridad
y refugio en otros puntos de Europa.

Las puertas de la patria
están abiertas para todos, y S. M. la Reina
acoge siempre con benevolencia y protección
interior á cuantos se embarcan bajo su bandera.

protección, pero P.E. sabe que hay circunstancias
especiales que requieren una consideración de las
diversas consideraciones, si bien por esto se
se impide el ejercicio de sus legítimos derechos.

Por tanto estas indicaciones, para
que P.E. comprenda la conducta que debe
observar en estas determinaciones, y ponerle el
resolución oportuna del curso de los hechos.

El Sr. P.E. tiene la honra de
su gloriosa carrera en estas cosas sobre lo
cual tanto poder ejercer en estos tiempos, pudiendo
de llegar el caso de necesitar los sujetos de
la Reina acompañada de su familia, y de hacer
propuestas proporciones en un caso estremo
al Pape como de los fechos en el siglo de oro,
el envío de los buques ha llegado a ser un deber
político, y un acto de reconocimiento religioso.
Si el mismo Pontífice necesitara
de algunas, si fuese en su otro, un abispo
quiere trasladarse a los dominios de la Reina,
el Vaticano de P.E. que parte al cielo alijo se con-
funde felices, estaría dispuesto a darle todos
los Conduchos, todos los buques que se pudiese
le permitiera Conducirle.

En las no haría un acto
de una política, no promovería ningún fin
un cálculo de mezquina conveniencia o de
desprezando intereses. — Si tiene que ofrecer
muchos de la benignidad del Santo Padre, si
1. ha debido considerarlo para las comunicaciones,

y fuerza moral para afrontar la situación venturosa que hoy goza la España, abjurar sus odios, sus pendencias sus pretensiones internacionales y al vez las injurias y perjurios de los últimos tiempos en que el Santo Padre acorralado por la revolución o por la guerra de vuec en la necesidad de buscar un aliado cualquiera de los pueblos pertenecientes a la Monarquía.

La Reina, nuestra Señora quiere que V. E. haya comprendido estos sentimientos al Padre Común de los fieles y espere de su intercesión y celo que arreglará su conducta a las medidas que se ofrezcan convenientes.

De Real Orden. Yo el Rey
V. E. para los fines convenientes
Mano

Mo.

C. Embajador de S. M. en Roma.

11

(San Ildefonso 9 de Agosto de 1859)

... M. la Reina, mielta sincera, á quien he dado cuenta del despacho de V. E. de 23 de Julio próximo pasado. Dicho V. E. y de los dos dormidores á ella anexos, se ha servido aprobar la contestación dada por V. E. á la carta que en 12 del mismo me dirigí á V. E. el Cardenal Secretario de Estado por el ~~señalado en nombre de V. E.~~ contra el nombramiento del Obispo de Aguilón para Comisario de las provincias sublevadas de la Monarquía.

Los firmados subsiguientes que remitan á S. M. y el fidedigno que presente al ~~Excmo. Sr. D. Juan~~ Sobrano Pontífice hacen esperar á nuestra respuesta soberana que tiene de realizarse sus deseos de ver desaparecer de los Estados de la Iglesia toda causa de perturbación y de inseguridad, que ha de restablecerse con condiciones de mayor seguridad la paz ~~para~~ necesaria. — V. E. debería haber presentado á Su Santidad, siempre que fuese ella la que ocasiona

12
oficia, las ~~aspiraciones~~ son en este particular
las aspiraciones de el Sr. la Reina, y de su
obispo, ~~realizando con la misma forma, y en el mismo~~
~~segunda y los otros y de ella. Patética Maria.~~

De Real Orden lo olivé a R.
para los fines convenientes.

En la ciudad de

Madrid a

El

Al Encargado de Negocios de España en ¹³
Roma.

Barcelona 22 Set.^{re} 1860.

He dado cuenta a la Reina nuestra
Grā. del despacho de R. O. n.º 435 de fte.
14 del actual, en que comunica vari-
as noticias políticas relativas a' ese país.
Enterada con interés S. M. ha tenido
a' bien disponer diga a' R. O. que cual-
quiera que sean las eventualidades
que se presenten permanezca R. O. sin
pre al lado del Gobierno Pontificio y de
Su Santidad, no solo como un testi-
monio público y solemne de la adhe-
sion de S. M. y de su Gobierno a' su
sagrada Persona, sino tambien para
auxiliarle en cuanto pueda necesitar
y dependa de esa Legacion. Asimismo
es la voluntad de S. M. que R. O. dé
puntual conocimiento a' esta Grā.
de cuantos sucesos ocurran en ese
país. Se halla orden. A. L. G. 7.11.10

Departamento de Negocios de S. M. en Roma

14

20.

35

Rematado 4 de Setiembre 1850.

La Reina, Nuestra Señora, se ha enterado
con interés del Despacho de S. M. N.º 197, fecha
22 de Setiembre último, en el que comunica
algunas noticias políticas acerca de los
proyectos de las tres Potencias en
los Estados de ~~Europa~~ ^{Pontificios}.

Con este motivo debo manifestar
a S. M. que, aun cuando las gestiones
practicadas por el Gobierno de S. M. no
hayán producido hasta el día el resul-
tado apetecido de reunir las Potencias
católicas para acordar las medidas más

del Santo Padre la independencia y la seguridad necesarias y evitar la consumación del despojo de sus Estados, no por eso dejaré de insistir un día y otro el Gobierno de la Reina con tal objeto cerca de los Jefes de la Nación y las Cortes.

Entre tanto, si la situación de Su Santidad se hiciera mas grave y difícil, por los progresos que haga el Ejército Turco, y juzgase conveniente abandonar la Capital del Nbe Británico, S. M. la Reina quiere que V. E. manifieste al Santo Padre que estará siempre dispuesta a recibirlo en sus Dominios con todas las seguridades de veneración y de amor, y que sus Labios le expresarán todo el amor y respeto.

a B. para su conocimiento y efectos correspondientes

Diciembre

Atro. Minuta

Querido Señor

litica Muy Señor mío: Anteayer llegó á mis
manos la Real orden que desde Saragosa
se sirvió V. E. comunicarme con fecha 14
del actual y en mi entrevista celebrada hoy
con el Cardenal Secretario de Estado me
he apresurado á informar á Su Inimen-
cia de lo que V. E. me dice respecto á las
gestiones practicadas por el Gobierno de
S. M. con el fin de procurar, de acuerdo
con las demas Potencias Católicas, los
medios mas convenientes de garantizar
á la Sagrada persona del Padre Común
de los fieles la independencia y la se-
guridad necesarias y evitar la consuma-
cion del despojo de sus Estados."

He hecho presente asimismo al
Cardenal Antonelli el firme propósito que
el Gobierno de la Reina tiene de insistir

am

un dia y otro con los de las demas naciones catolicas para lograr el mencionado objeto y que en virtud de los sentimientos de viva simpatia hacia la causa de Su Santidad de que aquel se halla animado, no ha vacilado V. b. en manifestar verbalmente al Representante de Verdena en Madrid, á la vez que el Ministro de S. M. en Turin se expresaba en iguales terminos con el conde de Bavon, la desaprobacion que el Gobierno de S. M. daba á la invasion del ejército sardo en los Estados Pontificios.

El Cardenal me dio á entender que las mismas noticias que yo acababa de darle le habian sido comunicadas por el Nuncio de Su Santidad en Madrid, que con la fecha de la Real orden á que contesto, habia escrito desde Baragosa dando cuenta de la audiencia que se habia dignado concederle S. M. la Reina y de las conferencias que con V. b. y el Señor Presidente del Consejo habia en dicha ciudad celebrado; é indicando en el deseo que me animaba de

que las gestiones practicadas por el Gobierno de S. M. y la declaracion hecha al de Berolína se elevaran al conocimiento del Santo Padre, me contestó Su Iluminencia que apesar de haber informado de ellas anoche mismo á su Santidad, volveria á repetirselas expresandole el conducto por donde nuevamente llegaban á su noticia. No dejó con este motivo de retirarme el Cardenal la satisfaccion y gratitud con que la Santa Sede miraba el vivo interés que habian despertado así en el animo piadoso de S. M. la Reina Nuestra Señora, como en su Gobierno la penosa situacion que hoy atraviesan los Estados de la Iglesia.

Tendré presente lo que A. S. se sirve prevenirme al participarme la generosa resolucion de S. M. en el caso de que Su Santidad juzgase conveniente abandonar esta Capital. Pero tal caso, segun los terminos en que recientemente se ha expresado conmigo el Cardenal, y las indicaciones que en estos ultimos

últimos días ha hecho Su Santidad á algunos de mis colegas del Cuerpo Diplomático, no parece probable que por ahora se presente.

Dios guarde á V. b. muchos años
Roma 23 de Octubre de 1860.

Baño. Señor
B. L. M. de N. E.
su mas atento y seguro servidor
Juan Bente Sandoval

Baño. Señor Primer Secretario de Estado.

Embajada de España
en Roma.

22

1735 -

Num.º 192.

Dirección Po-
lítica.

Excmo. Señor.

Muy Señor mio. El 25 á las dos
de la tarde llegué á Roma después de
un penosísimo viaje.

El 27 me citó el Cardenal Primo
Secretario y tuvimos una larga y muy
amistosa conferencia.

En ella no me fue difícil convencer á
Su Eminencia, pues lo estaba sin duda, del
sincero y verdadero interés católico y político
que S. M. la Reina y su Gobierno tenían
en favor de Su Santidad. Le hablé de la
invitación franca y leal hecha por nuestro
Gobierno á las Potencias Católicas en favor
de los intereses de Roma y cuyo resultado

ya conocía y que su esclarecido talento no podía desconocer que la cuestión romana identificada hasta cierto punto con la de Italia, tenía las condiciones de una cuestión Europea que fuera insensato pensar que pudiese estar en mano de la España resolver por sí; pero que aunque ni lo estaba ni lo podía estar no se amenguaba por esto el vivo interés que inspiraba a la Católica España la suerte y los intereses del Pontífice.

Su Eminencia se mostró conforme y satisfecho; extendiéndose en nuestra conferencia que duró hora y media en consideraciones generales sobre la situación de las cosas públicas en Europa presidiendo sus muchas y elevadas consideraciones un espíritu de moderación y tem-

planza que en mi juicio debe utilizar mas al porvenir de la Santa Sede que los estériles armamentos y alardes de fuerza material de menor importancia que el poder y el influjo moral del principio religioso que personifica el Cefe supremo de la Iglesia Católica concluyendo nuestra conferencia con anunciarme tendría la honra de ser recibido por Su Santidad para presentar mis credenciales en el día de hoy, por lo que recibí cita oficial en el día de ayer.

En efecto Excmo. Señor he verificado mi presentación y entregado mi carta credencial de la manera confidencial que suele preceder á la solemne y desde esta presentación se entra plenamente en funciones.

Su Santidad me ha recibido con la cordialidad mas encarecida y encargado cuanto hay de amable y obligatorio para S. M. la Reina y para su Gobierno, entrando con admirable franqueza en todas las cuestiones politicas miradas y apreciadas por Su Santidad en la misma forma que por Su Primer Secretario de Estado repitiendo yo a' Su Santidad lo mismo que dije a' Su Ministro y quedando conforme en mis apreciaciones.

Es cuanto tengo por hoy que poner en conocimiento de V. E. por si le parece puede ser elevado al de S. M. a' cuyos pies le ruego me ofrezca.

Dios

guarde á V.E. muchos años.
Roma 29 de Diciembre de 1860.

Excmo. Señor.

P. L. M. de V.E.

Su atento y seguro servidor

H. Marqués de Miraflores



Excmo. Señor Primer Secretario de Estado

El Embajador de S. M. en Roma
Muy Querido
N.º 34 - L. 1735
Madrid 28 de febrero 1882

La Reina, Nuestra Señora, etc.,
interesado con mucho interés del D.º
"recomendado" de N.º 41, folio 10
del corriente, en el que da cuenta de
la capitulación de la plaza de Jacala
y de la legación a Roma de la Familia
Real de Chapultepec; y en el que pide ins-
trucciones para ciertas eventualidades
que pueden ocurrir, siguiendo como
hasta el día el curso de los sucesos en
los Estados de la Iglesia.

Que la primera de las instrucciones
que N.º 41 propone, es la de, como al caso

de que la Capitul del Sr. Obispo de Oaxaca
 abandonada por las Tropas francesas,
 no puedan concitar por el momento
 instrucciones especiales, tanto por que tal
 eventualidad parece remota por ahora,
 atendido a que las noticias recibidas
 ultimamente de Paris concuerdan en
 asegurar la permanencia del Ejército
 temporal en México, cuanto porque
 en cuestión tan grave y que afecta tanto
 a tan sagrados intereses, el Gobierno
 de S. M. necesita conocer las miras y
 propósitos de las Potencias católicas
 interesadas de la misma manera, antes
 de expedir a V. E. instrucciones definitivas
 o definitivas que podría ser necesario

modificación con frecuencia, de acuerdo con
 el curso de los sucesos y en armonía con
 las vicisitudes por que está pasando la
cuestión italiana desde lo último de 1859.
 En todo caso, H. E. puede servir de tele
 grafó para consultar al Gobierno de
 S. M. acerca de cualquiere duda o
 dificultad que ^{se ocurra} ~~podría ocurrir~~
 las cuales serán resueltas, como lo
 han sido hasta el día, sin pérdida
 de momento.

Deseo H. E. también que se le
 abra la conducta que deberá observar,
 si, supuesto la evacuación de Roma por
 las tropas francesas y de ocupación,
 por las tropas de S. M.

1.º respecto
 al ~~acceso~~ de si sería mas conveniente
hacer un interese del Santo Padre y de
la Iglesia, que su Santidad aban-
donare sus Estados o que permanciera
en ellos. Aunque esta parte del De-
 pacto de F.E. parece quedar tambien
 indicada con lo ^{que} llebo expuesto, debo señalar
manifiestamente, considerando la cues-
 tion bajo un punto de vista general
 y de acuerdo con lo consignado en las
 instrucciones que se expedieron a V.E.
 a su salida de esta Capital, que en
el parecer del Gobierno de la Reina
la vida de la guerra de la Santidad,
dada su situacion de actualidad,

[illegible]

Por si desgraciadamente se
~~la oposición del fabricante~~
 oyesen comprometida la seguridad personal
 de ~~St. Leger, St. Hatto, St. Embarca, St.~~
 del Santo Padre, un loquero medido que se
~~continúa a lo que se puede exigir~~
 acomplase para finarla a' talo de los ultimos de la
 la ~~presencia de la~~ ~~circunstancia~~ y
 impiedad? mereceria la oportacion del Gobierno de la Rep.
 la ~~ley~~ ~~impugnativa~~ de la ~~accidental~~
 De todos modos,

De todos modos,
~~Procurar~~ encargarse a t. E. que proceda
 con la mayor circunspeccion y paciencia,
 más si llegare el caso de ser con-
 sulado en materia tan grave

3
y delicada, y en la que, como V.E.
dice, hay una parte de oscilación
de la apreciación ~~que depende toda de la~~
dependencia de ~~la~~
~~dependencia~~ las circunstancias del
momento, lo cual el Gobierno de la
República confía completamente a V.E.

Además son las operaciones
que he creído necesario exponer a V.E., ^{por ahora} tal cual las
conoce, ~~que he creído necesario exponer a V.E.~~
a la referida Despacho del 8 del corriente
~~ahora el referido Despacho de V.E.~~
Si un sucesio ocurriera a V.E. alguna
circunstancia sin duda, ~~que~~
razonando en vista del aspecto que
presenten los acontecimientos, para
pronto y convenientemente resuelta.

De Real orden lo digo
a V.E. para su conocimiento y
efectos consiguientes, ~~en su lugar~~

~~a. the mentioned Dispatch~~

Dios es

Amén

IL POTERE TEMPORALE DEL PAPA

DAVANTI ALLE CORTES SPAGNUOLE

Fin dal 6 di marzo s'intavolò nel Congresso dei Deputati spagnuoli la questione Romana con un'interpellanza fatta dal signor Sagasta, caldo rivoluzionario, e difensore della politica del conte di Cavour. Il ministro di Stato, signor Calderon Collantes, rispose all'oratore, e parlò a lungo in difesa del dominio temporale del Papa. Offriamo ai nostri lettori le parti più importanti del suo discorso.

Calderon Collantes, ministro di Stato. Debbo entrare in una questione gravissima, la più grave di quelle che possano essere discusse in questo Congresso. Il Governo s'era astenuto di presentare qui i documenti relativi a Roma. Non so fino a qual punto possa convenire che una questione di tanta gravità si decida in un Parlamento. Tuttavia fu trattata con affermazioni contrarie alla storia ed alla filosofia.

Legga il sig. Sagasta la storia degli eventi. L'Italia fino al secolo XV considerò i Papi come i rappresentanti della sua gloria e tradizioni, come principio ed elemento della sua unità politica. Chi furono coloro che si opposero ai barbari, che contribuirono al rinascimento ed alla propagazione del sapere? La storia dice che i Papi non furono contrari a nessun principio politico. Che potere è questo dei Papi che in tanti secoli resiste alternativamente alle invasioni dei barbari, dei longobardi, dei Normanni, degli Austriaci, dei Francesi, e sempre si conserva fermo, incolume ed elevato? Oh, vi ha in questo molto di provvidenziale, e un non so che di divino.

Qui il signor Calderon Collantes si stende lungamente a provare la necessità del dominio temporale dei Papi per l'indipendenza della loro spiritualità autonoma, e insegna al signor Sagasta il divario che corre tra i primi secoli della Chiesa e i posteriori. Poi dà una risposta al Governo napoleonico ed al La Giraigièr che scacciò il Collantes come avversario al Papa, e unito col ministro francese nel deplorare l'ostinazione di Pio IX. Sarebbe singolare, osserva il signor Collantes, che lo avesse detto questo il 23 di aprile del 1860 mentre lo stesso giorno scriveva a Torino una Nota in favore del Papa! E qui mostra come è nell'interesse del Governo di pigliar le difese della Santa Sede.

E che? esclama: E forse giunto il momento terribile della dissoluzione di tutti i vincoli? Alla esultanza dei trionfi, alla proclamazione della nuova idea ha da unirsi la tremenda rovina del potere temporale del S. Padre, potere stabilito da tanti secoli, e che tanto ha contribuito alla propagazione dell'Evangelio e della civiltà in tutto il mondo? Confesso che se posso guardare impassibile l'aspetto tremendo che presenta l'Europa oggi, non posso però pensare senza commuovermi a questo immenso rovescio. Si vuol mutare in pochi momenti un organismo provvidenziale con una combinazione sconosciuta che ci precipita nel caos. Ah signori! Queste idee non proclamano soltanto il protestantismo e l'empietà. Il protestantismo ha un grande interesse che scompaia il potere temporale, perchè allora vi resterà un principio di dissoluzione, allora si potranno sostituire al Papa i Re divenuti Pontefici.

E rispondendo al Sagasta, che voleva cessato il dominio temporale pel meglio della religione, il signor Collantes ripiglia:

La Chiesa Cattolica che ha avuto figli così insigni non avrebbe pensato a sopprimere il potere temporale se fosse stato un ostacolo al suo svolgimento ed alla sua libertà?

Il signor Collantes piglia la mano i discorsi del Fleury sulla storia ecclesiastica, e con quest'autorità non sospetta mostra il gran vantaggio che reca al Cattolicesimo il dominio temporale del Papa. «Mentre l'impero Romano, dice egli, comprendeva tutta la cristianità, poteva concepirsi la non esistenza del potere temporale; ma quando il cristianesimo abbracciò il mondo, più non si capisce come possa esercitarsi con indipendenza completa il potere spirituale senza che l'accompiamenti il temporale».

La verità di questa tesi è provata dal signor Collantes colle parole del suo oppositore.

Il signor Sagasta scorrendo tutta l'Europa veniva a confessare che il Santo Padre non poteva avere asilo nessuno dove ricoverarsi. Riconosceva che stando nel territorio di un Principe straniero non poteva godere la necessaria indipendenza; e non potendo far altro, tendeva l'occhio a una strana idea che circolò in questi ultimi giorni, e diceva che Roma divisa in due parti dal Tevere presentava al Papa il Vaticano e al Re d'Italia il Quirinale, senza badare che il Papa posto in questa condizione pareva piuttosto un deputato che il Capo di 300 milioni di cristiani.

E può sopportarsi, o signori, che il Cristianesimo accetti una simile soluzione? È impossibile. E lo stesso signor Sagasta lo riconobbe ieri, e vedendo l'impossibilità di effettuare quest'idea, ne afferrava un'altra emessa molto tempo fa dal Siccardi di collocare il Papa a Gerusalemme. A Gerusalemme, o signori, quando testè l'intera cristianità fu inorridita dagli assassini del Libano! A Gerusalemme, quando l'intervento francese mantenendosi in Siria per un tempo maggiore del convenuto non poté reprimere questi assassini! A Gerusalemme, dove, secondo Note che ho ricevuto io stesso, si temeva che avvenissero questi medesimi eccessi del fanatismo turco.

MINISTERIO DE ESTADO.

DIRECCION DE LOS ASUNTOS POLITICOS.

E. G. de la Cruz

Remitiendo el Gobierno de S. M. de que las esclarecidas dotes que concurren en V. E. en su completa reconocida de los negocios públicos, adquirida durante una larga carrera política, suplen en gran parte las instrucciones que pudieran requerirse para el desempeño de la misión confiada a V. E., habré de limitarme a presentarle algunas observaciones, ~~se-
gunda~~ breves y concisas, que le sirvan de norma en sus relaciones oficiales con la Santa Sede, tomando también su atención sobre los asuntos mas importantes que debe tratar con el Gobierno Pontificio.

La cuestión de Italia, que por los grandes intereses que afecta y por la influencia que en el mundo ha de ejercer sobre la política de Europa, ha preocupado desde su origen el ánimo de todos los hombres de Estado, hoy fija mas su atención por el nuevo aspecto que ha venido a darle el Consue-
to

de 15 de Setiembre.

No es fácil prever los acontecimientos y circunstancias que pueden contribuir a que todavía se modifiquen, o acaso queden sin efecto las estipulaciones de dicho Convenio; pero si llegan a ponerse en ejecución, el medio por el cual se cumplirá darán su tener el grado de buen olvido y buena fe que haya en los empeños contruidos y en consecuencia se determinarán entonces las posiciones y se aclararán las miras de los Gobiernos, que mas o menos participación tuvieron tenido en los asuntos de Italia.

España, aunque en estos se encuentra hoy retirada de la esfera de acción y por causas que V. E. conoce, no debe quedar privada de cierta intervención en aquello que mas viva y directamente le interese como Nación eminentemente Católica y por tanto el Gobierno de S. M. dejando al curso de los acontecimientos la determinación de su actitud en la cuestión general de Italia, no vacila en sus miras respecto de todo lo que a fin de pueda afectar al Pontificado.

Para España, como para todos esencialmente católica, toma el lugar preminente en sus aspiraciones y en sus deseos, la independencia e independencia del Santo Padre, con el título de un ejercicio de su poder espiritual, exento de toda género de trabas que quisiéramos cohibirle.

Mas, para que esta independencia, tan esencial al Pontificado, sea una verdad, no puede prescindir de sus naturales y lógicas condiciones, y una de las mas principales es la soberanía temporal, nunca cohibida, nunca sometida a influencias extrañas, ni del orden material ni del orden moral.

No sería evidente, no constaría de un modo efectivo la independencia del Poder espiritual, si con él no concurrese el ejercicio del Poder temporal, cuando se da la garantía positiva de la libertad de los actos del Papa como jefe de la Iglesia Católica.

Por el menos lo entiende el Gobierno de la Reina que se propone ajustar su política en Roma a las precedentes consideraciones

en las cuales no duda sobre V. M., armonizar su conducto
las, partiendo siempre del principio de la com-
pleta seguridad y absoluta independencia
del Sumo Pontífice.)

Pase ya a hacer a V. M., algunas in-
dicaciones sobre los asuntos pendientes de arri-
glo sobre la Santa Sede y el papa, uno de los
cuales, aunque tratado sin objeto hace tiempo,
se ha promovido recientemente merced a la in-
iciativa de V. M., siendo el Ministro de
la Guerra.

Me refiero a la pretensión en luti-
da cerca de Su Santidad para la reducción
de los días festivos y la supresión de las mi-
das fiestas.

La cuestión de los Santos Espí-
ritos es el último de los asuntos de que
he hablado a V. M., aunque muy liger-
mente. El curso que ha seguido esta cues-
tión, su actual estado y el fin a que se está
aspirando al Gobierno, son cosas que V. M. cono-
ce, habiéndose practicado en esta ocasión suya
cuantos gestiones cerca del Gobierno Pon-
tificio para llegar a un arreglo conveniente.

Acertada y prudente considera el general don J. M. como Ministro de la Corona alusando que no ocupa y así solo tiene que manifestarle que melancómicamente parece inclinarse al Gobierno de Orizaba muy inclinado a favorecer los intereses espirituales en Guerra Santa, dispensando ulteriores y obsequios espirituales a nosotros. Cuyos, a los cuales no se menguara los honores eclesiásticos que les corresponden en los Conventos que mantenemos en Palistina.

N.º sabe aprovechar esta situación que parece oportuna y conducir el asunto a una solución que deje regularizadas nuestras relaciones con el Gobierno Pontificio, en cuanto tenga conexiones con los Santos Lugares.

Aquí termina, Señor Embajador, las indicaciones que me había propuesto dirigirlas sobre los puntos mas principales que abraza en esta materia con fiada a N.º y con el fin de consignando la esperanza de que será fecunda en sus frutos, provechosos para la Nación. (Firma)

guarda en V. M. muchos años. Madrid
7 de Octubre de 1794.

40

Minuta

Heo



M. D. Joaquín Francisco Pacheco, nom-
brado Embajador de S. M. en
Roma.

Al Embajador de S. M. en Roma.

L. 1837

Madrid 26 de Noviembre de 186.

Excmo Sr. - Efecto del entorpecimiento de las comunicaciones por el correo y telegráficas en Italia y Estados pontificios, durante los recientes acontecimientos revolucionarios, ha sucedido que se dejaban de dirigirse comunicaciones de importancia, que no habian de llegar a su destino; y de Roma, aunque V. E. multiplicase los esfuerzos de su celo y actividad, por tener al Gobierno al corriente de cuanto convenia, apenas eran recibidas y siempre con retraso. Como consecuencia de tal estado de cosas, la última etapa ha traído considerable número de despachos y cartas de V. E., cuya mayor parte se hallan en el propio caso.

Hoy entre estos, sin embargo, 42
algunos que requieren contestacion, como
se tuvieron en su dia, y yo supongo lle-
go a manos de V. E., la relativa a la
primera presentacion de V. E. y los de
su comitiva a Su Santidad, y a la
presentacion de credenciales despus, y
afetuoso recibimiento por el Santo Pa-
dre, supiendo yo a V. E. la satisfac-
cion de S. M. ^{+ por ella} y a su vez la muy
respetuosa del Gobierno.

Una de las comunicaciones
de la ultima intefeta. que requieren
contestacion es la relativa a la ma-
nifestacion del Cardenal Antonelli,
Ministro de Estado, para que el Go-
bierno suplant redoble sus esfuerzos
cerca de S. M. el Emperador de los
Franceses, para la politica mas favo-

mencionada interrupcion e inseguridad
 de las comunicaciones, he dejado de di-
 rigir a V.E. hasta el presente la relati-
 va a instrucciones; no para darselas;
 sino para decir a V.E. que en un todo se
 atenga ^{+ lo ha con que ocurre,} a las verbales que recibio en
 Consejo de Ministros, por el autoriza-
 do conducto de un digno Presidente, y
 con asentimiento de todo el Consejo.

Como corroboracion documental
 de ellas, tiene V.E. las comunicaciones
 y multiplicados precedentes que hallara
 en la Embajada, ya desde 1864; pero se-
 ñaladamente desde la reciente ^{invasion} ~~interrupcion~~
~~na~~ garibaldina. V.E. llevo' ademas
 copia de las comunicaciones del Gobier-
 no español a' nuestra Embajada en
 Paris, para hacerlas presentes al Em-
 perador y a' su Gobierno, sobre los

rable a' los derechos del Santo Padre.

Puede V. E. asegurar al Cardenal que España, en un sentido no omite ni omitirá nada de cuanto esté a' su alcance.

Otra de dichas comunicaciones es la protesta del Santo Padre a' las Cortes de Europa sobre las usurpaciones de sus titulos y violentas invasiones en lo que le han dejado. Su Santidad tiene sobrada razon en quejarse y puede V. E. asegurarle, como a' su vez al Cardenal, Ministro de Estado, que el gobierno español la tomara muy en cuenta en las gestiones que tenga que practicar en sostenimiento del poder temporal, y justos derechos de Su Santidad.

Como consecuencia de la

propósitos de España y la cooperación que
está pronta a prestar en la cuestión roma-
na. El hoy además, tengo el gusto de acor-
pañar a V.E. copia de las instrucciones da-
das por el Ministro de Marina al Coman-
dante de la fragata Villa de Madrid, que
a su vez lo son para el Vulcano; este surto
hace tiempo en las aguas de Birtawecchia,

+ Grande abraço, etc. etc.
Dito, ou melhor, L. E.
grande parte das mesmas, durante los recientes sucesos.
as palavras em inglês
paz, paz, paz, e paz
com grande satisfação
qual a República
se uniu a ela ao accepting a invitation imperial para a
conferência europeia sobre a questão romana.
+
Se todavia sucesos inesperados
presentaran como perentoria alguna revo-
lucion, que no sea posible consultar previ-
mente, el Gobierno confia en que la pre-
sencia de V.E. la adoptara consultando e
espíritu de sus instrucciones y dando cuenta

su dilacion.

40

~~De Real orden lo digo a'~~
~~V. la para los efectos mencionados con~~
~~inclucion de las equias que se citan.~~

~~Dios lo.~~

~~Minuta~~

Esta V.E. autorizado para dar lec-
tura y copia de este despacho si se las
pidieren.

De Real orden lo. Dios lo.

Minuta

hecho en 26 Noviembre 1867.

Embajada de España
en Roma

Grupo al despacho n.º 202

47

Al Excmo Señor Cardenal Antonelli

L. 1737 El Embajador de S. M.

Copia

Roma 3 Diciembre 1867

Muy Señor mío: Estoy autorizado por el Gobierno de S. M. la Reina mi Señora para decir a V.ª Em.ª como tengo el honor de hacerlo, que redoblará aquel sus esfuerzos cerca del Emperador de los Franceses, para obtener cuanto sea favorable a los derechos del Santo Padre

Al propio tiempo, el Gobierno de mi Reina, enterado de la solemne protesta que de orden de Su Santidad se sirvió V.ª Em.ª dirigirme con fecha 3 de Noviembre último, me autoriza también para decir a V.ª Em.ª que reconociendo como reconoce, las justas razones en que dicha protesta se

funda, las tomará muy en cuenta en las gestiones que tenga que practicar para el sostenimiento del Poder Temporal y justos derechos de Su Santidad.

Tengo, Excmo Señor, una inmensa satisfacción en trasmitirle esas disposiciones de mi Soberana, y reitero a V^{ra} Em^a con este motivo C =
 Firmado = Alejandro Oastrol.

Está conforme.

U. entes

Al Embajador de S. M. en Roma.

49

Madrid 24 de Enero de 1868.

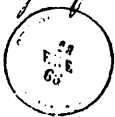
Excmo. Señor:

Me he enterado del Despacho de V. E. nº 6 de pta
J. del corriente en que se sirve dar cuenta de la
conducta que observa el Cardenal de Andrada, de
la interpretación que se ha dado en estas regiones
oficiales al discurso del Emperador de los Romanos
en la solemne recepción del primero de año, de
la visita á Florencia y Roma del Conde Clarendon
y finalmente de la buenas impresión que ha
producido en su Santidad el párrafo del discurso
pronunciado por S. M. la Reina al abrir las Cortes
que se refiere al poder del "Sumo Pontífice".

Por lo que toca al nombramiento de
Monseñor Franchi, que V. E. se sirve mencionar
en el referido Despacho, debo prevenirle que lo
mas conducente para este caso es se atenga V. E.
á lo que tuve la honra de comunicarle por
telégrafo.

Dios etc

Minuta.



[Handwritten signature]

69

política, hace que los Ingleses, tan complacientes con los revolucionarios que por cerca de un siglo comueven las naciones continentales en Europa, empiecen ahora a comprender las amarguras porque han pasado y están pasando los Gobiernos de esas Naciones para resistir tales tendencias.

El párrafo del discurso pronunciado por nuestra Augusta Soberana al abrir las Cortes y que se refiere al apoyo moral y material de España en favor del Padre Santo, ha complacido mucho a Su Santidad y a su Gobierno, según me aseguran personas bien informadas; pero nada se me dijo sobre el particular.

Se supone generalmente que Monseñor Barilli actual Nuncio de Su Santidad en esa Corte, será elevado a Cardenal en el próximo consistorio

Embajada de España
en Roma.

Reservado.

Indicando con suma intención

Excmo. Sr.

por el Sr. D. J. Frías

S. N.

Muy Sr. mío: ayer tarde tuve la honra de dirigirme a V. E. el despacho telegráfico del tenor siguiente:

Vengo en este momento de saludar a V. E. en su casa en audiencia privada la Real corte participándole al nacimiento de su altísima la Señora Infanta. El Padre Santo envía a nuestros augurios de que a sus ocultos hijos en bendición apostólica, y de unirse cordialmente a los jóvenes príncipes del ejército español. El Papa ha recibido con satisfacción la carta autógrafo de V. M. de despedida a la Santidad a acordar a V. M. la felicitación por la toma de Tetuán aun antes de recibir la carta. Me ha honrado con una larga conferencia y me ha ofrecido a V. E. por el cuerpo de marina, dándole su opinión con intima confianza. Conviene que V. E. al momento que al Papa, por parte de la comisión de un ejército con continuación de la la guerra, se lea a continuación de la

"habia p. q. suadeta" recibieran sus lras las legaciones
"por la fuerza"

Habia pedido una audiencia a Su Santidad, para entregar la Real carta recibida por la Legación participando el nacimiento de Su Altaleza la Reina Cristina. Cuatro días después de esta gestión, un dependiente de la Embajada de Francia dijo a mi portero un pliego cerrado, el cual contenía la Real orden autorizada por O. R. en 24 del mes de Enero, ordenándose la presentación al Soberano Pontífice de la carta autógrafa de S. M. q. la acompañaba. Suprimo que este pliego habria sido enviado por nuestro Embajador en París, a la Legación Francesa, q. es la q. le ha hecho llegar a sus manos inmediatamente y sin pérdida de tiempo de aquel funcionario superior.

Recibido el autógrafa de S. M. la entrevisté con el Santo Padre se lucia mas con-
 gesto con efecto, aver sa sentido, y procuró re-
 duir a O. R. lo que en este punto con la utilidad
 posible en cuanto a la mi memoria.

La Santidad, bondadosa y sencilla
 siempre, me pidió que me dirigiera a
 ahora me recibia con grandes muestras de
 agrado y me hizo sentir inmediatamente.

demandando dirigirme, publiqué afectuosas, repitiendo mu-
chas veces la frase de "Dios bendiga a V. y a los suyos"
"los como yo los bendigo" - En algunas elogia los senti-
mientos religiosos u católicos de nuestros pueblo, en di-
versas unión en la tocante al drama, etc. etc.
"hasta los demócratas sonrientes con verdaderos cristia-
nos, y el mismo ^{los} ~~apóstata~~, y quedar de sus parres en
revelaciones de disciplina lo creo sinceramente reli-
gioso" - Se extendió algun tiempo en estas consideracion-
es, y tuvo la dignacion de asegurarme con paternal
benevolencia, que me consideraba merecedor de su am-
güta confianza como habia considerado siempre
a mi hermano a quien tanto estimaba aun antes
de conocerlo, y que cuando lo creyese convenientemente
me llamaria para reunirme a su lado, o para
instruirme de cualquier incidente a su vez de que
debiera participar. Yo escuché tan cariñosas pala-
bras, y recibí estas muestras de afecto con la mas
viva emocion y gratitud de tales bondades, agre-
cí a su bondad mi profunda gratitud con toda
la atención del corazón.

La Sauterd tiene las mas grandes y
incredulas abejas de la cristiandad, del imperio
del beringio de un q. de la cristiandad de un
mas beringio se abejas con el mismo nombre

respeto de los Camdillos, y tienen la gloria de conducir
 las al combate, triunfando siempre de los infieles; de
 las abstracciones de la naturaleza, o del toror de los ele-
 mentos. Me acuerdo q' tenía resuelto desde que se
 supo por el telégrafo la toma de Hérnan, escribir la
enthorabucua a la Reyna nuestra señora, y que
 no lo había verificado todavía esperando la blama
 da del primer parte detallado. En seguida tuvo la
 desevolucion la Lantid de Sacama las revoluciones
 y continuas que indigne a B. H. en el punto interito
 y q' ahora debo espilarar.

Comenzo por lamentarse de la fatali-
dad de los tiempos presentes, y abriendo visiblemente
al Emperador de las trancas, al Rey del Piemonte
o la Inglaterra. Leulio la angustia de todo principio
 moral, o religioso, o plantado por la ambicion en
 desorden, y por un dordido egoismo: la justicia
 entubida por las inmundas inspiraciones de la
entubida, de la soberbia y del orgullo: los poplos
 de conducta cabada o determinada por la serción
 favorable o adversa sin otra mira q' el provecho
 propio: los poderosos sin contemplacion sin mayor
qualidad para los débiles, sin misericordia sin bene-
volencia para los enidos. Presencia con su clarísimo
 entendimiento, la debilidad o miseria, o miseria
del espíritu humano; los inmundos obsequios

Embajada de España
en Roma.

para reintegrarlo en estado estudiantil o nacional,
 y se originaban de la falta de hábitos militares,
 de la imposibilidad de decretar quintas, de la
 subversión de las ideas en la juventud de los gran-
des centros, naturalmente llamada a contribuir con
 mayor número de gente, si el sorteo hubiese de
 tener lugar. Se extendió en otros condados, como a vi-
 llas, conduciendo por suministrarme la justificación
de conformar y tener de los actuales govi de un
pequeño ejército no porque los creyera de utilidad,
 sino porque los condados eran pocas distancias y
de prestigio personal ante la Europa, cuanto los
cuantos Estados, practicados, sin entusiasmo, sin
 dotes de mando, sin instrucción en antecedentes
 belicosos. Por estas razones, presentando la cantidad
indispensable nombrar para el mando de un
ejército un General hereditario de cualquiera de
las condiciones estables de nombrar sucesores
habituado a la guerra y a la vida de primer or-
den Creí entonces encomendado según los
momentos, y una inclinación citada por un General

apropiadas y compensadas a estas consideraciones merecía
 en latitud muchas elogios y ponderando la lealtad,
 el valor y la inteligencia de los condillos aporados.)

Entiendo seguir fielmente el orden de la
 conversación y recuerdo q. después de estas palabras
 continuó su latitud diciendome: - "que si prin-
 cipal deber por ahora tenemos a su lugar
 el Consejo, era reunir un ejército en el mayor
 número q. la fuerza posible, invirtiendo en ello
 las rentas de sus Estados y llegando por todos los
 medios dineros para su mantenimiento y abundante
 distribución: este ejército se organizaría con contingentes
 de todas las divisiones militares y como regimiento
General a su orden." Diciendome sobre esta idea
 conchego por manifestarme de un modo delicado y
abstenerse sus modificaciones por la España en seguros di-
rectamente a las demás Naciones; me dijo: - "ten-
 drá por ejemplo, mil napoleónicos, otros tantos aus-
 triacos, tanto portugueses, tres mil españoles, y cu-
 cientos franceses." - Apuntó la idea y me por
defensivos, pues amigos mi buena de guerra me
 da segunda significar la creo en mi conciencia la
 mas aceptable, la innata sabiduría y harta capaz
de influir en la modificación del período de
administración y gobierno interior de estos E.

! todo, y en verdad esta lejos de ser bueno, ni aun aceptable segun en las presentes condiciones del mundo civilizado y politico.

Continuo manifestandome Su bondad y nada asombrado de los hombres; ora se juntan las Bajas a fallar la suerte de los pueblos, ora se resuelven las cuestiones por la guerra, ora continuan las cosas en esta situacion irresuelta, juego arrojado de falsas y sucias sutiles: un luto indefinido y absurdo; pero y toda la espera de Dios, todo sujeto de la justicia y del derecho; que en Providence teneria la ocasion para que las Legaciones volvieran a el patrimonio de San Pedro. Su deber en este caso, es en efecto la ocasion, y en voluntad incontrastable era recuperar las Romanas sin escluir el auxilio de la fuerza, como no alarmasen a ello los medios pacificos: — para esto, añadio, deseo comenzar un ejército brillante, aunque sea poco numero-
so, un ejército de católicos sinceros bien armado
y bien disciplinado, con una General abstracción en
verdad y grande en el mundo divino. Este ejército
está para preservar el derecho con la ayuda
de Dios, y representará a todas las Naciones.

"católicos devolviendo a el Pontificado la propiedad de la cristiandad. Son un magnífico espe-
"jemplo de caridad y de justicia, al de las naciones
"católicas devolviendo al Papa y al patrimonio de la
"Iglesia; porque nosotros los clérigos no debemos
"promover ni tomar parte directa en la guerra."

Se ha sido, Betono Sr., la comprensión
 que ha procurado retirar fustamente, señalando
 con comillas las frases totales más importantes,
 y acusando aquellas proposiciones que no tienen ver-
 dadero interés. Durante el curso de la conversa-
 ción, Su Santidad abrió y leyó la carta autógrafo
 de S. M., que pareció excitar mucho su grata-
 tud y de la conversación, excelentemente, diciendome:

— "Es para mí de grande consolación y un consue-
 jo para mis amarguras, las pruebas de afecto que me
 da la Católica Regencia de las Españas, mi amada
 y predilecta hija; manifestélelo V. así, donde de-
"ni más cordal u más amable abrenza por el tuer-
"to de los escritos capitales u la forma de testar,"
 "mi bendición para S. M., en España, sus hijos
 y familia" — Se aseguró a Su Santidad que para
 "regresar" por el testamento sus palabras y su gra-
 tísima bendición, a S. M. para de los mismos con-
 conocimiento de nuestros asuntos. Amen.

Embajada de España
en Roma.

Como es costumbre, después de la audiencia del Santo Padre, paso a la Cámara del Sr. Cardenal Ministro de Estado, con quien conversé pocos minutos. Me cree obligada por la prudencia y por otras obvias consideraciones, a no revelarle una sola palabra de las q^{ue} se había dignado confiarme su confianza como Representante de S. M., magormente cuando la Emision era nueva y era dignificado en este sentido, guardando por supuesto respecto de estos proyectos una gran reserva y respeto.

Este despacho, demandado importante, para tenerlo al correo sin precauciones, lo dirigí certificado al Embajador de S. M. en París, rogándole q^{ue} él a su vez lo certificase allí y lo remitiera a V. E. Como de aquí a Legaña no se pueden certificar las cartas, es indispensable acudir a este medio, aunque se tardará algo en curso.

Dice que a V. E. se le ha pasado B. de la Rosa de 1860.

Estimado Sr.

D. J. de V. E. en at. de su secretario

En la casa y mesa

con el primer secretario de Estado del despacho

Legación de España
en Roma.

60

Excmo. Señor

p. 38

cion Política.

erocado.

Muy Señor mío: Apenas se recibió ayer la estafeta que, segun tuve la honra de indicar á V.E. en mi despacho n.º 34. aguardaba, de acuerdo con mi antecesor, para solicitar una audiencia de Su Santidad, me dirigí al Señor Cardinal Antonelli, mostrándole mis deseos de prestar al Santo Padre el homenaje de mi mas humilde respeto. - Su Eminencia á las pocas horas de haber recibido mi nota, tuvo la bondad de contestarme que Su Santidad se habia dignado señalar la hora de las 12 del día de hoy para que me cupiese la honra de serle presentado y que al mismo tiempo daría á Don Francisco de los Pios y Rosas la audiencia de despedida

despedida.

Juntos, pues, fuimos a la hon-
 fijada al Palacio del Vaticano y
 merecimos de Su Santidad la ma-
 benevola acogida. Sus primeras pa-
 labras mostraron el vivísimo afecto
 que profesa a la Reyna Nuestra
 Señora y el gran consuelo de que
 en medio de las tribulaciones que
 le rodean le sirven las simpatías
 que la causa de la Iglesia despierta
 en la Católica España. El ánimo
 de Su Santidad parecía haberse
 dolorosamente impresionado
 con el grave acontecimiento que
 acaba de realizarse en una parte
 del territorio de los Estados Pon-
 tificios hoy ya unida al Piemonte,
 y clara y explícitamente me declaró
 que no tardaría en dirigir su
 voz a las potencias abietas a
 la Santa Sede protestando
 contra el despojo que de sus le-
 gitimos derechos se le hacía
 y repitiendo cuanto en la úl-
 tima

ultima Enciclica habia mani-
 -festado sobre la grave responsa-
 -bilidad que pesaria sobre quienes
 habian preparado o contribuido
 a promover tales acontecimientos.
 Con este motivo añadio Su Santi-
 -dad = "De todas las naciones cató-
 -licas la que me inspira mas
 "confianza es la nacion española
 "y quixiera que ella fuese la pri-
 "mera en dar alguna prueba osten-
 "sible de que se interesa vivamente
 "en la suerte del poder que Dios
 "puso en sus manos - No pido =
 "añadio = otra cosa que la fuerza
 "moral de que monarcas que se
 "llaman católicos me estan ahora
 "despojando. Si es cierto que no ha
 "mucho tiempo abrigue la idea
 "de acudir a España pidiendo
 "soldados que vinieran a defender
 "mis derechos, no he podido menos
 "de pensar que esto ocasionaria a
 "su Gobierno compromisos que yo
 "debo hauer y hare cuanto sea
 "posible para evitar - Ahora, re-
 -pites

"pitar, lo único que deseo es que
 "se me ayude moralmente y nada
 "podría lograr mejor este objeto que
 "una manifestación de simpatías
 "hecha en España cuando se recibe
 "mi protesta contra la violación
 "que de mis derechos acaba de
 "consumarse."

Al pronunciar estas palabras
 no dejó de mostrar Su Santidad
 una viva excitación y levantándose
 del sillón en que había permane-
 cido sentado desde que nos admitió
 a su presencia, pasó a una habita-
 ción contigua y trayendo de ella
 un periódico = "Lea V," me dijo en
 correcto castellano, "este artículo del
 periódico francés la Patrie, que"
 se ha recibido hoy y digame V. si"
 puedo dudar de las intenciones"
 del Emperador, cuando en un país"
 en que la Imprenta no goza de"
 otra libertad que la que el So-
 berano quiere concederla, se "
 permite hablar de mí en se-
 mejantes términos." Por indicación"
 de.

ada de España
en Roma.

64

de Su Santidad lei en alta voz dicho artículo, en que estableciendo un paralelo entre la conducta del Santo Padre y la del Rey de Cerdeña, se elogiaba la buena disposición que este último mostraba para poner termino á la crítica situación de la Italia y se vituperaba la resistencia de Su Santidad á hacer ciertas concesiones. Mas de una vez fui interrumpido en mi lectura por las amargas quejas del Santo Padre, quien al escuchar la conclusion del artículo en que se hacia un rasgado elogio de sus virtudes, prorrumpio con acento muy sentido = "Esto es una hipocresia y "há tiempo conosco que no es otra "el arma que se está empleando "conmigo =

No menos explícito estuvo al hablar del pensamiento que parece ha manifestado el Imperador Napoleon de reti-

- rar

rar de Roma la guarnición fran-
 cesa y lograr del Rey de las Dos
 Sicilias que envíe aquí sus solda-
 dos. Su Santidad me dio á enten-
 der que este Soberano no había
 querido admitir la propuesta
 del de Francia, lo cual él por
 su parte estaba muy lejos de
 creer sincera; pero que en el caso
 de que se realizara tal proyecto
 estaba seguro de que la entrada
 de las tropas napolitanas no
 produciría en el pueblo de Ro-
 ma el mejor efecto. De todos mo-
 dos sea cualquiera la marcha
 que tomen los acontecimientos,
 Su Santidad muestra estar fir-
 memente resuelto á no hacer
 concesión alguna que sea en
 menoscabo de su Soberanía, así
 espiritual como temporal. Sobre
 este punto nos dijo "aunque qui-
 siera no podría ceder lo que no"
 es más sino patrimonio del (7)
 Pontificado - "Perderei lo que me"
 arrebatan pues no tengo fuerzas"
 para

"para defenderlo, y si preciso fuese
succumbiré, pero succumbiré con honra".

He procurado transmitir á
V. E. con la posible exactitud las
palabras de Su Santidad en
esta interesante audiencia que
terminó con la bendición apostólica
que el Santo Padre encargó muy
particularmente al Señor Don
Francisco del Rio y Rosas, que en
breve regresará á esa Corte, llevase
en su excelso nombre á S. M. la
Reina Nuestra Señora y á S. M. el
Rey.

Dios guarde á V. E. muchos años.
Roma 24 de Marzo de 1860

Hago. Señor

B. L. M. de V. E.

Muy atento y respetuoso

Juan Bata Sandoval

D. Señor Primer Secretario de Estado.

—————

Embajada de España
en Roma

L. 1735-

N. 268.

Union Política

67

Como Sor

Muy Sor mis: Tan luego como
recibi el despacho telegráfico que se sirvió
S. E. dirigirme aut. del corriente, transcribiendo
el párrafo del Discurso de la Corona relativo
a nuestro Beatísimo Padre, lo comuniqué
al Cardenal Secretario de Estado, quien se
apreurió a su vez, a hacerle a Su Santidad.
Por Su Eminencia sabrá ya la sa-
tisfaccion summa con que nuestro Beatísimo
Padre se habia enterado de los sentencias y res-
puestas pronunciadas por la Reina, etc. etc. pero
no es menor la satisfaccion que á mi me
cabe en informar a S. E. de que en una
audiencia privada con que Su Santidad
me ha honrado anoche, se ha expre-
sado en términos los mas afectuosos y
comparativos

68
respecto a S. M. y a Su ilustrado
Gobierno, diciendome que ningún For-
tano Le habia dado tantas pruebas de
amor y de interés como la Reina de
España, implorando a Su favor la ben-
dición del Todopoderoso, como El se la dis-
pensaba, con toda la efusion de su co-
razon, y encargandome manifestar todo
asi, como tambien la gratitud de que
se hallaba penetrado y los sinceros votos
que formaba por Su prosperidad, y por
la de la noble nacion española.

Ojreei a Su Santidad cumplir
con el gratísimo deber que me imponia
y, al hacerlo asi, por si V. E. que-
ta elevar cuanto refiero, al superior
conocimiento de S. M., quedo ro-
gando a Dios le que m. a S.

Roma

8 de Diciembre de 1862.

69

Excmo. Sr.

B. L. M. de V. E.

En su debido seguro Servicio.

Gerardo de Souza

Excmo. Sr. Primer Secretario de Estado

ciudad de España
en Roma

70

26: 2026

en Política.

Excmo Señor

Muy Señor mío: Por el despacho de V. E. n.º 150 fechado el 26 de Noviembre último que recibí por la estafeta llegada aquí en la noche del 2 del actual veo que mis esfuerzos para hacer llegar a V. E. comunicaciones y noticias en los primeros días del mes último pasado, han sido estériles, y sobre todo en la rapidez que yo hubiera deseado. Me complace, sin embargo, que V. E. reconozca que no ha faltado por mi parte el zelo y la actividad que me imponen mis deberes.

En ese mismo despacho se sirvió V.E. haceme varias prevenciones que serán justamente obedecidas; pero sobre alguna de ellas me permito llamar la atención de V.E.

Al pedir a V.E. instrucciones no había olvidado las que había tenido el honor de recibir, a mi salida de esa Corte, de los autorizados labios del Excmo Señor Presidente del Consejo de Sres Ministros. Tampoco me era desconocida la política que con relación a los asuntos de Roma tenía establecida el actual Ministerio del cual había yo tenido la altísima honra de formar parte, y por último, Excmo Señor, hasta las comunicaciones dirigidas por el Ministerio de Marina al Comandante de la "Villa de Madrid" y del "Vulcano" que V.E. me trasmitió

las prevenciones de V.E. Yo deseaba y continuo rogándolo a V.E. que siempre que el tiempo y la ocasion lo permitan me comuniquen sus superiores ordenes sobre puntos determinados que exijan aqui mi intervencion. Quando, por exemplo, se invito al Gobierno de España por el Emperador de los Franceses para las conferencias que se proyectan, habia aqui el natural deseo de conocer cual era nuestra determinacion en ese punto, cual la estension que dabamos a esa aceptacion caso de verificarlo, y aun es posible que se deseara subordinar a la nuestra o concertar con ella la contestacion que aqui se hubiera de dar. Lo que V.E. me trasmitte ahora en copia literal me hubiera sido muy util aun quando fuera en extracto, en los dias en que ese asunto era cuestion. He tenido que

7.
ahora en copia, me eran tambien cono-
cidas por la bondadosa atencion del
S^{to} Ministro del ramo.

Pero V. E. en su superior talento conoce
que las instrucciones verbales que se
me dieron, tenían que concretarse
al hecho culminante en aquellos es-
traordinarios dias; que la politica
general del gabinete no excluye ni puede
excluir, las instrucciones para casos
imprevistos y a veces anormales como
desgraciadamente presenta con harta
frecuencia lo que se llama la cuestion
Romana, y por último que lo que se
dijese a los Comandantes de los buques
de S. M., no podia referirse mas que
a hechos determinados que pudieran
acontecer y que si desgraciadamente
no están conjurados parecen aplazados.

Para otros casos pedia yo las
órdenes de V. E., y sin duda mi mala
o poca explicacion ha dado lugar a

ida de España.

Roma

71

dar crédito a las publicaciones de la prensa periódica, y a pesar de lo inseguro del dato y partiendo de él he procurado y creo que con éxito feliz, opinar que no se dieran con presentar ahora dificultades, motivos, pretexto siquiera, a las explosiones del mal humor con las cuales se podría salir, en otra parte de los conflictos por otros creados, dejando aquí para tiempo oportuno las protestas y reivindicaciones de derechos.

Quedo a V. C. que considere estas difusas explicaciones como esculpación de mi insistencia en pedir siempre las ordenes de V. C.

Aun cuando V. C. me autoriza en el despacho, a que tengo el honor de estar contestando, para dar lectura y si me la piden, dejar copia.

del mismo, he creído mas oportuno transmitir verbalmente al Sr. Cardinal Antonelli el contenido de la parte que podia importarle y habiéndome manifestado Su Eminencia deseo de tener sustancialmente esas declaraciones de mi Gobierno, he formulado y pasado la nota que V.E. encontrará aneja á este despacho, y en la cual, si bien he procurado atenerme al texto literal de lo manifestado por V.E., he creído deber suprimir la frase usurpaciones empleada á propósito de los Estados Pontificios, porque no creyendo de absoluta necesidad estamparla, podria ser un dia objeto de esplicaciones un tanto complicadas, dado el reconocimiento del actual Reino de Italia por el Gobierno de España. Espero y aun

este motivo, decir á V. E. que ambos altos funcionarios llenando su deber obligan mi gratitud por su actividad y esmero en participarme cuanto pueda ser importante: por mi parte creo que corresponde á su celo en esa parte de nuestra comun obligacion.

He participado á V. E. recientemente en telegrama cifrado que continúan aquí los temores respecto á las intenciones mas ó menos permanentes del Gobierno francés con relacion á Roma. Las noticias que de París parece tener el Gobierno de Su Santidad y Su Santidad mismo, no son á propósito para inspirar tranquilidad. Se cree que el Emperador redobla sus esfuerzos para llevar á término las conferencias porque espera á

es lo mismo, abusa de la posición protectora que tiene su Gobierno. El lenguaje que emplea en todos los círculos en que se agita (y se agita en todos) ó lo dicta la intención de provocar un desacuerdo para buscar un motivo de rompimiento, ó lo emplea para inspirar temor y por este medio contar para todo con la docilidad de la Corte Pontificia, ó, por último, pretende preparar con sus quejas, por mas que carezcan de fundamento, las resoluciones extremas que su Gobierno piensa adoptar. Sea de ello lo que quiera, puedo asegurar a V.E. que el lenguaje del Embajador de Francia aquí, no lo soportaría en España nadie y menos un Ministerio presidido por el Ilustre Duque de Valencia. Me consta que la

no enridiable conducta de ese diplomático no es la menor de las amarguras que afligen al bondadoso Pio IX, y tengo algún motivo para creer que agotada ya la medida de la propia dignidad, se hacen gestiones en París para obtener el relevo de ese Embajador

Entretanto las tropas francesas han evacuado totalmente Roma, quedando solo en Civitavecchia una division de diez mil hombres; pero ayer mismo me decia el Embajador de Francia que esas tropas allí acampadas no podian continuar en la riguroso del invierno y que iban a ser llamadas a su patria. Aún suponiendo que eso sea una suposición mas o menos intencional del Conde de Sartiges, hay algo de incompre-

sible en la situacion de ese cuerpo de ejercito extranjero. El hecho de la intervencion que tanto parece preocupar al Emperador y que tanto lastima a los Italianos, existe en los Estados Pontificios, ya ocupen las tropas francesas Roma ó Civitavecchia, y partiendo de ese principio inconcuso, no parece tener explicacion, la permanencia de un cuerpo de ejercito acampado, por falta de otro alojamiento, sufriendo los rigores de la estacion, cuando aqui, en Roma, podia estar, como lo ha estado, bien alojado.

Noe permito distraer la atencion de V.E. con la relacion de estos hechos, pues si bien no tienen el interes de noticias del dia, que cuido cuando ocurren

Embajada de España
en Roma

80

de trasmitirlas a V.E., pueden ser
datos que V.E. deba conocer ya
para obtemperar a ellos la direccion
de sus gestiones, ya para espli-
carse acontecimientos futuros que
puedan tener lugar.

Dios guarde a V.E. m^{te} a^{te} = Roma
5 de Diciembre de 1867.

Ex^{mo} Señor

B. J. No. de V.E.

En mas atento seguro servidor

Alejandro Castro

Ex^{mo} Señor Ministro de Estado

Madrid

Legacion de España
en Turin

Nº 60
Dirección Política

Excmo Señor

Muy Señor mío: Las noticias que he
recibido en estos últimos días de Genova
dan a conocer con seguridad que el armamento
de hombres dineros y armas de Sicilia con-
tinúa siempre. Últimamente se ha pa-
sado de los Pasos resucitados de aquel pa-
se con este objeto. Dicho buque ha salido hace
tres o cuatro noches de Genova, conduciendo
unos doscientos hombres y gran cantidad de
armas y municiones; y según informes que
parecen fidedignos, se ha hecho un depósito
de ochenta mil francos para sufragio de la
empresa, en caso de pérdida o avería. Los
se aseguran de preparata otro si pudiese
necesitarse en grande escala, dándole

nombrados de lo que dirigen los alistamientos.

Con esto antecedente me he resuelto á acercar á este Sr. Ministro de Negros Extranjeros para llamar su atencion sobre los ruegos que se enviaban á la revolucionaria de Sicilia, y sobre la nueva preparacion que se estaban haciendo, pidiéndole seguridad de que el Gobierno se oporaria á la salida de la expedicion que se proyectaba. El Sr. Conde de Lavocat me ha contestado que el buque á que yo me referia habia presentado sus papeles en regla como destinados á Atenas, y que por consiguiente las autoridades de Génova no habian tenido derecho de oponer obstáculos á su viaje. En cuanto á la expedicion que se preparaba me manifestó como la primera vez que le ocupé de este asunto, que el Gobierno haria cuanto pudiese para impedir se llevara á cabo, pero que no le era dado dominar la simpatia que la causa siciliana ha excitado en el pais, simpatia que dice ser muy natural en

pueblo italiano mas de hasta en Francia, en Inglaterra se ha en tanto manipulación del interés que inspira en aquellas naciones la revolución siciliana; me sorprende por último que todo los días salian anualmente del puerto de Génova y de varios puertos de los Estados sardos muchos individuos que con pretexto de ir á otros puertos se dirigian á Sicilia; pero que como tenían cuidado de proveerse de pasaportes en regla en el Consulado de Inglaterra y de los Estados Unidos, no habia motivo legitimo de oponer á su partida.

El Ministro de Rusia que tambien habia recibido comunicaciones de Génova con las mismas noticias de que doy la cuenta á V. E., aunque no le habian llegado aun las instrucciones que esperaba de su Gobierno, hizo antes de ayer nuevas representaciones á este Gobierno y obtuvo del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores una contestación semejante á la que yo recibí de V. E. (Por el momento despues salí de esta Capital para

ir á Roma á despedir á S. M. la Emperatriz
 viuda de Rusia, quien pasando por Viena
 y atravesando la Suiza se dirigirá á Stuttgart
 y otras ciudades del Sur de Alemania, en las
 que pasará el verano. Ayer ha llegado á
 esta Capital el nuevo Secretario de la Lega-
 cion de Rusia en esta Corte con pliego de
 su Gobierno; parece que ninguno de ellos
 se refiere á la cuestión de las expediciones re-
 volucionarias, y esto me confirma en la idea
 de que el Gobierno ruso está satisfecho de la
 explicacion oficial dada por el de Londres
 con motivo de la expedicion de Garibaldi;
 y de que en adelante su Representante
 en Turin se limitará á hacer gestiones
 oficiales para que este Gobierno se ponga á
 la organizacion de nuevas expediciones.
 Y. E. tendrá ya conocimiento de que en fecha
 14 del corriente, Garibaldi se declaró
 Dictador de la Sicilia en nombre de Víctor
 Manuel, á quien en la proclama que
 publicó al efecto, titula Rey de Italia.
 Con este motivo el Ministro de Nápoles

Legación de España

en Turin

Ha

En esta corte dirigió una nota al Sr. Ministro de Negocios Extranjeros para avisar si el Gobierno sardo tenía alguna parte en hecho por el jefe de la revolución siciliana. En la contestación dada por el Conde de Cavour que he leído, aunque no me ha sido posible obtener una copia, como hubiera deseado para remitirla a V. E., se niega terminantemente que el Gobierno tenga la menor participación en la declaración de Garibaldi, se dice que este ha usurpado el título que ha tomado y se reprocha al mismo de terminación.

X En uno de mis Despachos anteriores me dije a V. E. que gran parte de las deserciones que han experimentado últimamente algunas de las guarniciones sardas se atribuirían a seducción de emisarios de Roma; parece en efecto que algunos de los desertores se les ha encontrado documentos que confirman aquellas sospechas y comprometen a algunos jesuitas residentes en la capital, lo cual han sido pronto y puesto a disposición del Jefeado competente.

Segun

Información

Fue la hora de anunciar á V. E. anoche por telégrafo, ayer se aprobó en la Cámara de Diputados el Tratado de unión de la Saboya y Niza á la Francia. La importancia de esta discusión que ha durado cuatro días, se resume en lo dicho pronunciado por el Comendador Rattazzi, Ministro de lo Interior en el Gabinete de Marmora y Dabormida y por el actual Presidente del Consejo de Ministros. El primero, uno de los principales jefes de la oposición ha tomado por punto de partida de sus ataques al Tratado, la paz inesperada de Villafañia que había dejado sin resolver el problema italiano en favor del Piemonte, como se le había prometido y que por consiguiente no pudiéndose justificar la unión, la consideraba como una falta. El Conde de Cavour en su contestación hizo notar las razones de alta política que han impuesto al país el dicho sacrificio pero necesario de las provincias cedidas. Uno de los incidentes mas importantes de los debates han sido tambien las rectificaciones

Suscritor

hechos por lo mismo razones. El Diputado de la
 oposición era de opinión que con la cesión de
 la Saboya se había satisfecho la opinión
 pública en Francia y que se trataba de
 saber si cediendo también Niza, el Gobierno
 se había asegurado de que la Francia
 garantizaría al Piemonte la posesión de
 la Italia y especialmente la de la Toscana.
 el Comde de Lavour manifestó que no se había
 exigido a la Francia ninguna garantía
 de esa clase, sino únicamente el compromiso
 de hacer respetar en Italia el principio de
 no intervención por parte de ninguna nación
 extranjera. El término de esta discusión
 notable, que se oía debía haber ocupado
 aun mas tiempo a la Cámara de Diputados,
 se ha adelantado a consecuencia de apremio
 del Gobierno francés, que en vista del aspecto
 que van tomando las cosas de Sicilia, parece
 quiere asegurarse de la posesión legal de
 sus nuevos Estados, antes de adoptar una política
 decidida en lo concerniente a la Italia meridional.

Dios

Informe

Queda á V. E. muchos años! Turin
30 de Mayo de 1860.

Excmo. Señor,

D. E. M. de V. E.

de mas atenta y segura consideracion,

Agustín Duró

Excmo Señor Primer Secretario de Estado
E. E. E.

Legacion de España

en Turin

Nº 61

Direccion Política

89

Excmo Señor

Muy Señor mio: He tenido el honor de recibir la Real Orden que V. E. se ha servido comunicarme con fecha 26 de Mayo pp.^{ta}, dándome algunas instrucciones preventivas para el caso de que triunfase el levantamiento de Sicilia y se intentase conceder á V. M. el Rey de Cerdeña, ó á alguno de los Príncipes de su familia, la soberanía de dicha isla.

Penetrado de las Reales intenciones que cubrega el Gobierno de V. M. en favor del Rey de las Dos Sicilias y convencido por la lectura del Despacho de 9 de Agosto de 1848, que V. E. ha tenido á bien recomendarne, de la legitimidad de los derechos esenciales de la Reina Nuestra Señora sobre los puertos y territorios

de aquello Estado, daré entero cumplimiento
á las órdenes de V. E. en cuanto se presenten
circunstancias oportunas que haciéndolo nece-
sario, me opriman algunas esperanzas, es ítem.

Al triunfo de la revolución en Sicilia
que ya se puede enter como seguro, la auto-
razón hecha por Garibaldi en el momento de
su desembarco, diciéndole Dictada en nombre
del Rey de Cerdeña, y la autoridad que
opere en este concepto en la parte sustrada
de la isla, me habrían dado ya motivo
para obrar en sentido de las instrucciones de
V. E.; pero teniendo presente la intestación
de este Señor Ministro de Negocios Extranjeros
á las reclamaciones del Ministro de Nápoles,
de que di cuenta á V. E. en mi despacho ante-
rior, no me he decidido á practicar gestiones
que no habrían tenido otro resultado que la
manipulación mas ó menos sincera de este Gobierno
de que no habia tenido participacion alguna
en lo hecho por el jefe de la revolución sic-
liana y de que desaprobaba su conducta; pre-
fiero esperar á que siguiendo su curso las

acortecimiento y ganando terreno la revolución en Sicilia, se trata de ofrecer su soberanía a la Casa de Saboya, y entonces guiado por las sábias prerocisiones de V. E. emplearé todos mis débiles esfuerzos para secundar la miras del Gobierno de S. M.

Esta nueva me había también inducido la noticia del armisticio convenido entre el General Canza y Garibaldi y la de las negociaciones que se habían entablado en Nápoles al saber la entrada de los insurrectos en Palermo, pero en el estado a que han llegado ya las cosas, se desfiguraba la posibilidad de una transacción que pudiese término a la presente lucha, pero por las razones que habré manifestado a V. E. al Sr. Ministro de S. M. en Nápoles, con mejores datos que yo pudiera hacerlos. Las negociaciones diplomáticas no han obtenido ningún resultado satisfactorio y terminado ayer el armisticio se han vuelto a romper las hostilidades.

Dios

quiere a V. E. muchos años. Tuviera
de Junio de 1800

Honr. Señor

B. L. M. de V. E.

En mas atenta y segura consideración,

Agustín Duró.

Como Señor Primer Secretario de Estado
L. E. E.

Legación de España

en Carin

No. 84

Dirección Política

Exmo Señor

Muy Señor mío: En cumplimiento de las órdenes que V. E. se ha servido comunicarme en Despacho telegráfico me he dirigido al Conde de Caron y le he expuesto cuantas razones se unido hacia ventajosa en las circunstancias actuales de la Italia la ratificación de la alianza sardinaparlamentaria y lo conveniente que sería facilitar las negociaciones que al efecto se siguen en esta Capital el que se suspenden las hostilidades en Sicilia, añadiendo que estos dos objetos que podrían aliar con la cooperación del Gobierno de Cerdeña llenarían los deseos del Gobierno de V. E.

El Señor Ministro de Negocios

Distintos, despues de hacer justicia a los
 nobles sentimientos del Gobierno español
 me manifestó que la voluntad del Gobierno
 dando no bastaba para conseguir la suspensión
 de las hostilidades en Italia pues no quería
 poder ninguno sobre Garibaldi para obli-
 garle a firmar un armisticio por el tiempo
 que durasen las negociaciones para la alian-
 za, y que dudando que esto llegase a reali-
 zarse seria inútil y mas perjudicial para
 los beligerantes suspender las hostilidades para
 continuarlas despues de esta la infructuosa
 de la acción diplomática. Respecto de la
 alianza el Conde de Larroume me dijo que los
 franceses napolitanos no le habían propuesto
 aun las bases de las negociaciones y que en
 las dos conferencias que habían tenido ya
 lugar solo se había hablado de la unión
 en términos generales; pero que seria muy
 difícil pudiera llevarse á cabo la alianza
 pues no via en el Gobierno constitucional
 de Nápoles suficientes garantías de estabilidad
 que respondiesen al Piemonte de los beneficios

de la unión de los dos Gobiernos, y el de
Córdoba no se hallaba en el caso de contrariar
absolutamente á la opinion del país que cada
dia mostraba mayor oposicion á la alianza.

+ Esta actitud del pueblo sardo que no
se ha resistido á los insidios napoletanos
habrá contribuido á la reserva con que
proceden en el desempeño de su mision,
el mal es de muy difícil cuando no ha
precedido el acuerdo de los dos Gobiernos
sobre los bases de las negociaciones.

+ Hasta de llegar la noticia de que
el Rey de Nápoles, habia dispuesto que
la guarnicion de Messina abandonara
la plaza y se retirara al Continente, la
determinacion que deja toda la responsabilidad
de la revolucion para probar, mientras
se conozca su verdadera causa, que la
Corte de Nápoles no se ha desviado ante
un sacrificio para cooperar á la solucio
de la mayor dificultad que se oponia á la
realizacion de la alianza sardo-napolita.

Dios

guarde a T. C. muchos años. Tuxtepec
21 de Julio de 1880.

Quiero honrar
D. L. M. de V. C.
con mi atento y seguro recuerdo,
Agustín Duró.

Excmo. Sr. Primer Secretario de Estado
L. L. L.

MINISTERIO
DE LA
GOBERNACION.



DIRECCION GENERAL

TELÉGRAFOS.

LÍNEA DE

DESPACHO TELEGRÁFICO OFICIAL

Corino 9 de *enero* de 1860.

Depositado con el núm. *1558* en *Corino* a las *1* horas *15* minutos *15* meridiano de

Transmitido por *15* a las *2* horas *15* minutos *15*

Recibido en Madrid a las *2* horas *25* minutos *15*

Comunicado con el núm. *1558* a las *2* horas *35* minutos *15*

Madrid de Madrid.

D. J. M. de Estrada

Alcalde

*Recibido de Madrid, en un
trae a Estrada. Se supone que
García entró ayer en la capi-
tal donde funciona un gobierno
provisional. Anexionistas en las
inmediaciones de Pinar de
Ayer una insurrección que
las tropas pontificias no con-
siguen sofocar en las montañas
y Vintias reina una agitación
y caos.*

*Rectificado, está Madrid 9 de Enero
conforme.*

Alcalde de Madrid

Don Pedro

Alcalde de Madrid

El Ministro de Estado -

Al Ministro Plenipotenciario de España

Guam

Letra 12. 1860 -

Recibidos los telegramas de V. E. -

"En el caso de adelantarse a efecto y de proclamarse la anexión del Reino de las Dos Indias al Imperio, deberá V. E. protestar con arreglo a las instrucciones comunicadas a su Legación. Entretanto, dirá V. E. manifestar a su Legación que el de hecho ha sido con suma entereza y la mayor sorpresa, la invasión a los Estados Pontificios, por el ejército francés."

[Signature]

[Signature]

Nº 97

Excmo Señor

Sección política

Muy señor mío: Exprocho la marcha para Barcelona en uso de Real licencia del Agente de esta Legación, Sr. de Martí, para anticipar á V. E. las noticias acerca de mis conferencias con este Ministro de Negocios Extranjeros, provocadas por los gravísimos y siempre lamentables acontecimientos de la Italia meridional.

Cumpliendo estrictamente las sabias instrucciones del Gobierno de S. M., tan luego como me fue conocido el desembarque en Nápoles de tropas regulares piemontesas, á las que se han confiado los fuertes de aquella Ciudad, me avisé con el Conde de Cavour y le manifesté en términos enérgicos que la España se hallaba en la dolorosa necesidad de protestar contra un acto semejante, violación de todos los derechos del desgraciado Rey de Nápoles. En vista de esto á nuestra familia Real, el Gobierno de S. M. no podía ser indiferente á su suerte, y menos todavía abandonar la defensa de los derechos que los tratados europeos de los cuales fue parte contratante el Siamonte á mediano del último siglo, confieren á la España sobre el Reino de

Las Dos Sicilias.

El Presidente del Consejo reconociendo la legitimidad de las observaciones que se le dirigian, justificó la conducta del Gobierno Sardo por una necesidad suprema de salvacion. Haciendo en que no habia tenido parte en las expediciones de Garibaldi sobre la Sicilia, y en que habia hecho cuanto en la situacion de los espíritus en Italia le era permitido hacer para evitar que el General guerrillero pasase á Nápoles, atribuyó á la flaqueza del Gobierno napolitano y á la anarquía social de aquel país hechos fabulosos, que nunca fue dado prever, pero que colocaban al Rey de Cerdeña en la alternativa o de abdicar ante la revolucion y el mazzinismo, o de tomar enérgicamente la direccion del movimiento italiano. El Conde de Cavour desenvolvió con este motivo todas las consideraciones que ha expuesto en su memorandum á la Europa y que me dijo habia remitido al Representante sardo cerca del Gobierno de S. M. la Reina.

Sobre su mesa tenia el Ministro de Negocios Extranjeros la última proclama de Garibaldi en que este anuncia que solo realizará la anexión de la Italia meridional á la Monarquía de Víctor Manuel sobre el Quirinal, lo cual á sus ojos era la mejor justificación de la entrada de los piemonteses en los Estados pontificios, acto que yo habia con-

denado

energicamente a nombre del Gobierno español, haciendo sentir vivamente el profundo dolor y honda sorpresa con que lo habian sabido S. M. la Reina y la católica Iglesia. A los ojos de este Gobierno la situacion de los Estados de la Iglesia era insostenible, y ella presentaba un peligro permanente para la Italia y para la paz de la Europa. El Gobierno del Rey Victor Manuel no podia ser sordo a los clamores de las Marcas y la Umbria, y si no obraba directa y abiertamente era inminente el ataque de Garibaldi a Roma primero y a Venecia despues, una guerra inevitable con la Francia y el Austria y el triunfo de la república de Mazzini en la Italia central y meridional.

Yo repliqué al Conde de Cavour que en el terreno de la lógica no habia razon alguna de atacar los Estados legítimos de la Santa Sede porque era débil, al mismo tiempo que se proclamaba una especie de respeto al territorio veneto porque era fuerte, cuando Venecia se hallaba en la misma o mas difícil situacion que las Marcas y la Umbria, mientras en el campo del derecho internacional no habia el mas leve pretexto de llevar la guerra a un país amigo, que no habia dado motivo de agresion y cuyo soberano reunia ademas la altísima investidura de jefe visible de la Iglesia católica. Añadí que la revolucion era insacia-

y que satisfecha en las Marcas, en la Umbria, en la Sicilia, en Nápoles, en Toscana y la Romagna, queria el Veneto y sobre todo a Roma. El Conde de Cavour me protestó con este motivo que el ejército sardo combatiría antes que los franceses a Saribaldi si este insistia en marchar sobre la ciudad eterna.

Haciendo todas las reservas necesarias, no quise prolongar mas tiempo este inútil y desagradable debate: hace mucho tiempo tengo dicho a V. E. que el Conde de Cavour no es dueño de la situacion, que está desbordado por la presión revolucionaria y por una alta voluntad superior a la suya y la cual se halla lanzada en la misma senda que perdió a Carlos Alberto.

Solo hubiera podido detener la corriente de los sucesos y dar alguna fuerza a la acción moderadora del Conde de Cavour la actitud enérgica y firme de toda la burguesía conservadora; pero esta por sus divisiones ha perdido un tiempo lamentable y hoy es tarde ya para cambiar los sucesos sin los males incalculables de una guerra general.

Por mis despachos telegráficos tiene noticia V. E. de la retirada del Baron de Ballegrand, Ministro Plenipotenciario de Francia en esta Corte. Ayer se ha despedido del Rey y saldrá para París a mediados de la semana próxima.

provincia de España
en Turin

103

— Su lenguaje oficial es el de una gran suposición por entrada de las tropas sardas en los Estados de la Silesia; pero mi deber me manda prevenir a V. S. que el sentimiento público está aferrado en creer que hay mucho de simulado en este acto ostentoso de la diplomacia francesa, y que en el fondo las relaciones de ambos gobiernos no son lo que aparece en la superficie. El hecho de quedar aquí al frente de la Legación de Francia nada menos que tres de los secretos que la componían, robustece esta opinión, así como el recuerdo del folleto "el Papa y el Congreso", la entrevista reciente de Farini y Cialdini con el Emperador en Francia, y la declaración no lejana de que el ejército francés se limitaría a defender a Roma y al Patrimonio de San Pedro, lo cual es muy parecido a lo que se propone hacer el Gobierno del Rey de Cerdeña. Fundada o injusta esta opinión, es lo cierto que produce los mismos efectos que si fuera exactísima y verdadera, y se necesitarán hechos mas elocuentes para apartar de esta creencia a Italia y tal vez a la Europa.

En mis conferencias con el Ministro de Francia, este ha estado que los Representantes de Rusia y Prusia no hubiesen ya recibido órdenes semejantes a la de su retirada y mostrando la esperanza de que la España católica

no tardaría en imitar parecida conducta. Los Representantes de las Potencias conservadoras esperan indudablemente algo parecido a esto; pero de su lenguaje infiero que hay negociaciones pendientes para una acción común de las tres Cortes del Norte en los asuntos de Italia, y que la Inglaterra aconseja no se deje a la Francia el papel de pivotar como el único baluarte del Piemonte, para alcanzar sobre el Reino una influencia mayor de la que ya ejerce, y conseguir que predomine su voluntad en la solución de todas las cuestiones Italianas. A esto se atribuye no solo la no retirada inmediata de los Representantes de Rusia y Prusia en esta Corte, sino también el que las tropas austriacas no hayan entrado en Ancona en auxilio de las Pontificias. Como esto seer ya difícil, teniendo el Piemonte una escuadra mas numerosa que la austriaca en el Adriático, se ha restablecido equívoco un poco la confianza, creyendo que los austriacos no invadirán las posesiones del Piemonte para llevar desde el cuartel general sus fuerzas a las posesiones de la Santa Sede. Segun las personas mejor informadas la Francia habia garantido contra todo ataque del Austria los territorios conquistados en los Tratados de Villafanica y de Zurich.

Se cree que aconseja al Austria por los Sabines de Berlín y de San Petersburgo, y no queriendo indisponer con

la Inglaterra, esperará a que la fuerza misma de los acontecimientos arrastre a Garibaldi y a la revolución a combatir a los franceses en Roma y a los austriacos en el Veneto. Entonces tendrá de su parte la Europa entera y sobre todo el apoyo de la Alemania.

Yo no sé hasta que punto podrán la influencia de Víctor Manuel y los consejos de la Inglaterra detener a Garibaldi. Muchas veces he sospechado que este no es tan loco como se le cree y que entre él y elevados personajes existe una constante y secreta inteligencia. Si es así, a pesar de su última proclama, se detendrá ante los muros de Roma guarnecidos por las tropas francesas. Sin embargo indudable que dehas de él se halla todo el partido mazziniano. En las últimas expediciones dirigidas por Nicotera, Saffi y otros en Toscana se portaban llevaban banderas rojas donde estaba escrito el grito de "Viva la República" y el de Mazzini como Dictador de Roma. La fiebre que se ha apoderado de todos los espíritus en Italia es tan grande e intensa que debemos prepararnos a acontecimientos todavía mas graves que los que ocurren en la actualidad.

Las Cámaras piamontesas han sido convocadas para el 1.º de Octubre, dejando sin duda el Gobierno.

apoyo moral ante la Europa y acaso para continuar á la misma revolucion que amenaza seriamente la existencia del Gabinete Cavour. En el estado actual de los espiritus en Italia la reunion del Parlamento no modificará sensiblemente la situacion politica.

Garibaldi ha enviado ayer un Mensaje verbal al Rey. Parece desea que este apruebe el nombramiento del veneciano Vecchio para Vice-Dictador de Nápoles. Si no lo usa Saluzzino triunfará. Ha nombrado Representantes en Paris, Londres y Turin, lo cual prueba que no piensa en una anexion inmediata.

Rossuth y varios jefes de la revolucion húngara se encuentran en Turin, y sabidos que hay muchos centenares de sus compatriotas si viendo en las filas de Garibaldi.

No comunico á N. G. las noticias sobre la huida cam: paña del ejército salido en las Marcas de Ancona, porque diariamente se las anticipo por el telégrafo. Lamoricière habia para ver de unirse con las tropas que han permanecido fieles al Rey de Nápoles y sostener entonces la campaña al abrigo de Ancona y de los Apenninos; si no lo consigue se encerrará en esta última plaza que como basta puede defenderse dos meses, dando así tiempo á los acontecimientos que se preparan en Europa.

Hoy sin embargo los papeles recibidos por este Gobierno

Embajada de España
en Turin

107

dicen que Cirildini ha ocupado posiciones que hacen imposible toda comunicacion entre el ejército de Lamoriciere y la fortaleza de Ancona. Al mismo tiempo ha estallado el movimiento revolucionario en las poblaciones mas inmediatas a Roma, lo cual me ha hecho preguntar al Ministro de Francia si el ejército francés reprimiria esta insurreccion. Su respuesta ha sido, que mientras las tropas francesas no se vean atacadas, se limitarán a defender la persona del Santo Padre, Roma y su comunicacion con Civitavecchia. La Francia desea permanecer ajena a los sucesos que ocurren en Italia.

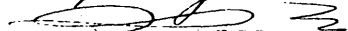
Esperando siempre las órdenes de V. S. ruego a Dios guarde su vida muchos años. Turin 17 de Setiembre de 1860.

Excmo. Señor

P. D. Cte. de E. E.

En mandado del Sr. Encarcelado

Diego Cuello y Encarcelado



Primer Secretario de Estado.

cion de España

n Guin

No 103

108

cion Política

Como Señor

Muy Señor mio: Con fecha de
ayer he dado cuenta a V. E. de las
gestiones que con arreglo a las orde-
nes del Gobierno de S. M. he hecho en
este Gabinete a consecuencia de
los gravísimos acontecimientos de Mé-
jico y de los Estados Pontificios.

Viendo el retraso de la Estafeta,
sabiéndolo por las comunica-
ciones oficiales que V. E. debía unirle
con S. M. en Barcelona, y apresurán-
do la salida para esta Ciudad, en
uso de Real Licencia, del estregado
a esta Legacion Sr. de Martí, he
creído debía confiarle los papeles que
debe entregar a V. E. dentro de breves
horas en la Capital de Cataluña.

Por si el viaje de H. se hubiese retardado me limitari a decirle aqui que a consecuencia del desembarque en Nápoles de algunas compañías piemontesas, que han ocupado los fuertes de aquella Ciudad, y de los actos de Garibaldi, proclamando aunque nominalmente hasta ahora la Monarquía de S. M. Victor Manuel en el Reino de las dos Sicilias, he formulado verbalmente cerca de este Gobierno una protesta creíjica a nombre de la España que con arreglo a las superiores instrucciones de H. reproduciré por escrito y en forma mas solemn egruas sea aceptada la anexión del Reino de Nápoles por el Rey de Cerdeña.

Al propio tiempo se manifestó en los terminos mas sentidos el profundo dolor y la honda sorpresa.

con que S. M. la Reina de España y el Gobierno de la Nación esencialmente católica han visto la injustificable agresión del ejército sardo en los Estados Pontificios y los hechos lamentables que a ellos han seguido. De todo doy cuenta circunstanciada a V. E. en el despacho a que me refiero y en que comunico al mismo tiempo las noticias más importantes respecto a Italia y a la situación de los Representantes de las Grandes Potencias en esta Corte.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Fuero 18 de Setiembre de 1861.

Gracias Señor

M. L. de R. de.

Enmaratada de R. de.

Diego Buena y Guadalupe

—

Ministro Plenipotenciario de S. M. en Baviera

Monasterio 9 de Octubre 1880.
Excmo Señor

La Reina, Nuestra Señora, se ha en-
tendido del Despacho de E. N.º 97, fecha
17 de Setiembre último, en el que, al
informar acerca de la situación política
de en París, da cuenta de la conferencia
que había celebrado con el Príncipe de Baviera.
S. M. se ha servido aprobar la conduc-
ta y moderación por E. en dicha conferencia
y los términos en que en ella se expresó.

Para que pueda V. E. abarcar
en conjunto y en sus detalles la propa-
ganda y el movimiento político del extranjero.



de S. M., en consecuencia de la nueva forma que
 han tomado las cosas en Italia, y consecuencia
 de la inacción de los Estados de Su Santidad
 por las tropas Romanas, remito a V. E.,
 acompañada con los Números 1, 2, 3, 4 y 5, copia
 de los Despachos que me han dirigido los Repre-
 sentantes de S. M. en París y Viena, dándome
 cuenta de las conferencias que habiéndose
 tratado con los respectivos Ministros de Negocios
 extranjeros de aquellas Cortes con motivo
 de mi Despacho, fecha 10 de Setiembre pro-
 ximo pasado, y de las instrucciones que
 inmediatamente he comunicado a la mencio-
 nados Agentes de S. M.

Levado V. E. de los miras
 y deseos del Gobierno de la Reina, comprendidos

desde luego que la protesta escrita que
 fuese usada en el caso de dirigirse al Gobierno
 Sordo, debía de ser firme y razonada,
 y solo debia presentarse cuando se
 que haya sido aceptada por el Rey
 Victor Manuel la cesacion de las Dos
 Sicilias o que las Tropas Sardinias han
 ocupado el territorio napolitano.

Respecto a la actitud que
 observan las demas Potencias interesadas en
 la conservacion del derecho publico europeo,
 la Espana se abstendrá de hacer deman-
 stracion alguna que pueda comprometer
 tanto seriamente, sin ocuparse de
 los altos intereses cuya conservacion
 desea vivamente, pero que no le es

dado defender, su el auxilio de la dema
 faciem batolicas y conuocadas.

De Real orden lo digo á
 V. E. para su conocimiento y efectos consi
 guientes.

Jho

Dios d.

Almanta
 J. P. anta

A Embajador de S. M. en Roma

115

Nº 21

Palacio 11 de febrero de 1861

Excmo Señor

La Real N.º 1.ª se ha enterado del Dpto. reservado de V. E. N.º 2.º de 26 de Enero último, en que se cuenta de haber enviado a Gasta un buque de guerra capitán con pliegos para el Ministro de S. M. a consecuencia de una entrevista que tuvo con el Embajador francés.

El Gobierno de S. M. comprende que V. E., considerando de mucha importancia las cartas del Legador para el Rey de Nápoles y para la noble causa que defiende, haya provido que llegaran a su destino las Comunicaciones que con este objeto había recibido del Sr. Duque de Gramont, así cuando al Sr. Legador en V. E. se le

esperanzas de conseguirlo? pues
 no era probable que el jefe de
 la escuadra piramontesa permu-
 tiva a un buque de guerra
 espant a entrar en el puerto de
 Gaeta. Así es ~~que~~ ^{según} el B. indica
 al final de su despacho el Sr. don
 Joaquín Poradillo había regresado
 sin haber podido comunicarse con
 la plaza bloqueada.

El Gobierno de S. M. ha creído
 que este incidente no merecía
 que se dirigiese reclamación alguna
 y le considera terminado.

De B. C. le digo a V. E. cuya
 orden ruego a Don Juan m. d. al.

Est

LA PERSEVERANZA. (1)

D'après une dépêche de Madrid, l'Espagne conserverait son ambassadeur auprès de François II, tant que ce prince restera en Italie. C'est la première fois dans nos temps modernes que nous voyons les ambassadeurs continuer à résider auprès d'un prince qui a perdu sa couronne; en 1830, la plus grande partie de l'Europe avait certainement des sympathies très vives pour la branche aînée des Bourbons, qui les méritait à coup sûr mieux que la branche de Naples; cependant aucun ambassadeur ne suivit Charles X dans son exil. L'Espagne a obtenu quelques succès dans ces dernières années, mais on peut se demander si ce gouvernement est assez contrôlé pour se donner le luxe de provoquer des agitations chez les autres. Le temps n'est pas si éloigné où l'Espagne était l'élément et la guerre civile, il vivait une vie malade de l'État. Nous ne voyons pas comment il se fait que François II à Rome, soit plus chez lui que partout ailleurs. La conduite de l'Espagne peut fournir à notre gouvernement un motif pour demander son éloignement.

(1). Milan 3 de Abril de 1861. Quiero en lengua francesa.

Sanchez 18 de Mayo de 1861

17. 47.

20

Se ha recibido en esta Primera Junta
el Decreto de T. S. N.º 37 de 20 de Abril
último en el cual se acuerda de la situa-
ción política del país, y de los proyectos de
ley, presentados a la Cámara de Diputados
por el Sr. Ministro de Hacienda para
contratar un empréstito de 500 millones
de francos y para reducir la deuda
pública de los diferentes estados de la
República Unidos al Piamonte ge-
nerando una deuda pública italiana a
cargo del nuevo Reino de Italia.

Comprende el dispositivo de las cartas dirigidas al periódico Los Correo de Madrid por el corresponsal de Madrid en las cartas a Madrid de la comandancia de la policia del Gobierno de Madrid con señales en el exterior y en el interior de Madrid.

Le note che ho alcune volte
scritte a proposito di la stessa *Leucostictus* *gibber*.

119
 Continúa...
 por los columnas...
 respecto a...
 don por este medio...
 desaprobacion del Gobierno de...
 a los libros...
 en forma...
 la opinion publica...
 combatiendo y...
 con el...
 con este objeto...
 formar...
 libros con...
 temptados...
 en abrir las columnas de...
 sus periodicos para las...
 Si para...
 quinta...
 alguna...
 para ello...
 oportuna...
 de...
 para...
 este...

Es una indudable que los condejes del
 Gobierno de S. M. han seguido en Paris
 para tratar de sus intereses y negoci-
 ociones, y haciendo a. S. M. por
 lo tanto que con la mayor actividad
 y diligencia tiene todos los movimen-
 tos y la conducta de los españoles
 emigrados, y de los que
 vagan errante como viajeros,
 comunicando en comunicacion con los
 Agentes Consulares a quienes recomen-
 dandole en este punto la mas exquisita
 vigilancia.

Des de

[Signature]

[Signature]

al Encargado de Negocios de S. M. en París ¹

Palacio de Justicia de 1861

n.º 55

21-2

Se ha recibido en esta Primera Secretaría
el Decreto N.º 46 de 30 de Mayo
sobre el cual el V. S. notificará
a la situación política de Italia
remitiendo al propio tiempo las corres-
pondencias y han sido las públicas
en diferentes periódicos italianos relativos
a España.

Se sabe los errores que continúan
en estos asuntos y tan notoria la molestia
que en ellos se advierte que recomiendo
al V. S. la ^{recomendación} ~~recomendación~~ de ~~recomendación~~
los uno de los productos indicados en
el Decreto N.º 47 de 18 de Mayo
para combatir por medio de la prensa
los errores y malicia que aquejan con
frecuencia en los periódicos sobre una
sobre los objetos más importantes, para
los españoles.

D. R. C. M.

[Firma]

Dis B

[Firma]

555

im de España

Carín

57

in Política

Como. Señor

122

Muy Señor mio. He tenido el honor de recibir la Real Orden N.º 55 que V. E. se ha servido comunicarme con fecha 10 del corriente recomendándome la necesidad de hacer uso de los medios indicados en el Despacho de V. E. N.º 48 de 18 de Mayo pp.º para combatir por medio de la prensa los errores que cometen algunos periódicos italianos al ocuparse de España.

Desde que llegó a mis manos la Real Orden a que V. E. se refiere he tratado de poner en práctica los medios indicados por V. E. con motivo de diferentes artículos y correspondencias relativas a España y a la política del Gobierno de S. M. que han visto la luz pública en esta Capital, los que tengo la honra de remitir a V. E. y en cuyo conte-

= nido

se redirige la prensa y mala fe que ha inspirado á sus redactores. Al efecto y empleando la cautela necesaria en tan grave materia, me he dirigido uno por uno á los Directores de todos los periódicos conservadores por medio de una persona de mi confianza y en intimidad con los principales escritores públicos de este país para ver si alguno de ellos consentía en dar cabida en su diario á los artículos que se redactasen en esta Legación en defensa de la política del Gobierno de S. M. tan falsamente interpretada por la mayoría de la prensa italiana. Pero desgraciadamente, ni la justicia del objeto á que se dirigian mis gestiones, ni las ofertas hechas de la retribucion que se exigiese ni la promesa de distinciones honoríficas han bastado para conseguir que ninguno de los Directores de los mencionados periódicos

se puede a secundar a esta Legacion en
 el cumplimiento de los ordenes de V. E.
 todos ellos contrastan que siendo la actitud
 del Gobierno de I. M. contraria a la uni-
 dad de Italia, a cuya realizacion se dirijen
 por todos sus esfuerzos, no pueden defender
 en sus periodicos una politica que se
 halla en abierta oposicion con la que a-
 poyan y que se prometen clara por resul-
 tado el triunfo de su causa. No debemos
 con la parcialidad e injusticia con que
 algunos diarios aprecian la conducta del
 Gobierno de I. M., pero los justifican hasta
 cierto punto considerando los medios de
 que se valen para atacarla como armas
 de que disponen pueden servir contra sus
 adversarios politicos. Conviene el poder
 e influencia que tiene este Gobierno so-
 bre la prensa conservadora he estado a
 punto de llamar la atencion de este
 Sr. Ministro de Relaciones Exteriores

sobre su proceder respecto a España, pero me ha detenido el temor de dar paso alguno en un asunto tan delicado que no me fuese prescrito por V. E., y además he supuesto que abundando en las ideas de la prensa que apoya su política, se limitaría a contentarme que la libertad de que goza la imprenta en este País impide al Gobierno influir sobre ella en manera alguna.

Un periódico se publica en esta Capital, la Estrella, que quizás no tendría inconveniente en publicar los artículos destinados a combatir los escritos ofensivos a España, pero este diario por sus tendencias absolutistas y ultramontanas es muy impopular en este País; cuya consideración me ha decidido a no dirigirme

no.

a mi director, pues he supuesto que la defensa del Gobierno de S. M. en el mero hecho de leerse en dicho periódico se sería mas perjudicial que ventajosa.

Me es muy sensible, Excmo. Señor, verme en la precisión de contestar a las ordenes de V. E. de una manera tan poco satisfactoria; pero al mismo tiempo puedo asegurarle, que si no han sido fielmente cumplidas no ha dependido de la debilidad de mis esfuerzos, sino del estado en que se encuentran las relaciones entre ambos países, motivo que me fuerza, no se oculta a la superior ilustración de V. E.

Dios

guarde a' H. muchos años
 Turin 28 de Junio de 1864.

Excmo. Señor,
 D. L. G. de V. G.,
 en sus obediencia y seguridad,
 Joaquín Díaz

Excmo. Señor Primer Secretario de Cte.
 L. L. L.

LA PERSEVERANZA. 1861.

TORINO, 15 luglio.

QUESTIONE ROMANA

Pubblichiamo, valendoci della traduzione dell'*Armonia*, la risposta fatta dal signor Calderon Collados, ministro degli affari esteri di Spagna, alla nota del signor Thouvenot.

Giammai il diritto è stato con più leggerezza negato ed in pari tempo ammesso. Il signor Calderon Collados non riconosce il diritto degli Italiani su Roma, non lo riconosce perchè, nella sua certa scienza, confonde la questione religiosa colla politica; ma in pari tempo non fa più cenno o ricordo de' territori perduti dal papa. Or, domandiamo noi, qual differenza v'ha fra Roma o Bologna o Perugia od Ancona? Se il papa ha alcun diritto da rivendicare su Roma, non l'ha del pari su Ancona, su Perugia, su Bologna? Perchè il governo spagnuolo è disposto ad accogliere i fatti compiuti? Perchè transige sul diritto?

Il perchè lo sappiamo tutti. È perchè il governo spagnuolo avendo dimenticato le sue origini o perduta la coscienza del diritto nazionale, è costretto ad appoggiarsi ad una politica che non ha altro fondamento fuorchè la superstizione ed il fanatismo.

Il ministero spagnuolo è un anacronismo non solo per la Spagna, ma per l'Europa. Egli non osa invocare il diritto divino, che protesta contra di lui, o rinnega in pari tempo il diritto popolare; non osa elevarsi alla libertà di coscienza od ha vergogna di sentirsi chiamar continuatore dell'inquisizione; ammette che i tempi hanno cambiato le idee, prodotto nuove necessità e stabilito nuove relazioni fra i popoli e i sovrani, ma frattanto pretende che i rosmari restino i paritè del cattolicismo, e rende la generosa Spagna complice d'una politica, che trova riscontro soltanto nell'Austria; ma che l'Austria difende per un suo interesse diretto.

Il ministero spagnuolo aveva proposto lo intervento delle sue armi a difesa del papa. Egli ha dimenticato che l'Italia non è il Marocco, e che la invincibile armata della Spagna se è stata formidabile a Tetuan non ha lasciato in Italia nel 1849 altro ricordo che il famoso proclama di Fiumicino.

Ecco la nota del signor Calderon Collados:

Seguridad de España

en Carín

N.º 65

Dirección Política.

129

Excmo. Señor,

Muy Señor mío: He tenido la honra de recibir la Real orden n.º 64 que V. E. se sirve comunicarme con el objeto de hacerme saber que lo que el Gobierno de S. M. desea no es que se inserten en los Párrafos de esta Capital artículos apologeticos de esta política: sino que hasta que se desmientan en alguno de ellos las falsedades y calumnias que aparecen sin cesar en sus columnas contra la Reina, Nuestra Señora, y su Real familia.

Con el objeto de cumplir esta Real orden, he dado los pasos que me ha sugerido mi celo por el servicio; pero tengo el sentimiento de manifestar á V. E. que han sido tan infructuosos como los precedentes.

Obraras son las razones, y al ilustrado criterio de V. E. no pueden ocultarse. No hay, si de exceptuarse la Armonia, un solo periódico en Carín que no propague por la unidad española, y sea reducida en la lengua de este país, ya en la francesa.

No desconoce ninguno de ellos que la política del Gobierno de S. M. es poco favorable á la causa

que con tanto ardor sostienen, y ésta es la razón de no hallarlos dispuestos á secundar los propósitos de V. E. La publicación de las notas cambiadas, acerca del poder temporal de Su Santidad, entre los Gabinetes de Madrid y París, ha seguido produciendo en la prensa el efecto que V. E. podría imaginar, y confirman los adjuntos artículos que en estos días han visto la luz pública. Entre ellos hallará V. E. uno procedente de Madrid, cuya copia en español he podido procurarme, y acompaño, también, un folleto, cuyo título puede quizás indicar su procedencia.

Así pues, tengo ya por inútil dar otros pasos, pues es bien seguro, por desgracia, que mientras no se establezcan mejores relaciones entre el Gobierno de S. M. y el de Víctor Manuel II, no se podrá evitar que aparezcan en las Diarias de este país los artículos lamentables que me voy en la precisión de enviar á V. E. con frecuencia.

Pío

Quinta V. E. m. d. e. Buenos, 26 Julio 1851.

Excmo Señor,
 P. D. N. de V. E.
 su atento seguro servidor,
 D. D. L. L. L.

Excmo Sr. Primer Secretario de Estado

(NOSTRA CORRISPONDENZA)

Madrid, 9 settembre. 1877

Oggi il ministero si trova riunito al gran completo alla Granja, per tenere un consiglio straordinario sotto la presidenza della regina. Si pensa che la questione delle carte consolari rimesse dagli agenti di Francesco II ai consoli spagnoli, vi sarà trattata e regolata definitivamente. Il barone Tecco è partito da tre giorni per la residenza reale, allo scopo di dare nuove informazioni sui legittimi reclami che egli fece in nome del proprio governo. Ignora ancora qual genere di soddisfazione intenda dare il gabinetto O'Donnell al ministro Ricasoli, ma vi avvertì di diffidare della portata politica che vorranno attribuirle, presentandola come un pegno dei buoni sentimenti del governo spagnolo verso l'Italia. Malgrado tutte le concessioni diplomatiche che potranno ottenere, la Francia e l'Italia possono essere ben sicure che avranno sempre dei nemici irreconciliabili nella camarilla Posa-O'Donnell, finché saranno governate l'una dall'imperatore Napoleone, l'altra dal re Vittorio Emanuele.

Io spero che l'Italia sia meglio informata, sotto questo rapporto, da' suoi diplomatici e dai suoi giornali, che non lo sia la Francia da' suoi. Sono alcuni giorni che tutti gli uomini al corrente della vera situazione delle cose, hanno riso a crepapelle del colore col quale l'*Atlas* di Parigi ha annunciato che le relazioni più cordiali regnino fra Napoleone, III e Isabella II. L'ambasciatore di Francia ha obiettato la smemolata brutalità ed immeritata, che ha ricorrendo in piena corte dal signor Calderon Collantes, per prodigarsi al suo insultatore le dimostrazioni le più affettuose. I diplomatici hanno sostenuto di comprometterli dicendo la verità. Ma l'imperatore Napoleone che, a torto od a ragione, si dice coacervo e fucile tutto quanto accade all'estero, potrà abbare che la regina e la sua camarilla si ridono di lui quasi ogni giorno nelle loro riunioni intime. Che l'anno scorso la regina se ne barò nascondendo al convegno che gli aveva dato nel porto di Mahon. Che, infine, questo stesso anno la regina ha risposto con un se poco cortigiano ai tentativi di un ritiro che doveva aver luogo nelle province basche; e che i giornali della camarilla, la *Esperanza* fra gli altri, considerano come un trionfo le condanne a mille franchi di ammenda che il colpevole quando loro vien voglia di gettare qualche grossolano frizzo sul nemico del papa e della santa Chiesa romana.

Se il governo dell'imperatore ama di lasciarsi abbattere da' suoi agenti e fulmina avvertimenti contro i giornali francesi che osano svelargli le turpitudini del gabinetto O'Donnell e della camarilla Patrocino a suo riguardo, m'immagino bene che il governo di re Vittorio Emanuele non si lascerà così facilmente acciecare. Tenete in tutti i casi per certo che tutti gli eroi dell'unità italiana sono profondamente detestati nelle regioni ufficiali della Spagna, e che gli amici del vostro bel paese, sarebbero affetti di vedere gli uomini di Stato italiani lasciarsi prendere all'amo delle dimostrazioni perfide d'una camarilla assolutista, che è così potentemente organizzata qui, come a Roma.

Questa camarilla, ve lo ripeto, ha saputo così bene impadronirsi dell'armata, del Parlamento, della magistratura e del corpo elettorale, che si crede tutto permesso. Essa si è assicurata il concorso di buona parte della stampa indigena e dispone di tutti i dispacci, telegrafici, i quali non possono spedirsi o riceverli senza passare per le sue mani e sotto censura. Essa ha comprato a caro prezzo giornali esteri, e può quindi mostrare all'opinione pubblica, tanto all'interno quanto all'estero. Essa si crede tanto sicura della durata del suo potere, che pensa già, nel caso poco probabile che il maresciallo O'Donnell rifiuti di seguirlo più innanzi nella via della recessione, di dargli per successore il maresciallo Narvaez, come già l'ho scritto.

Due anni fa, chiunque avesse emesso l'idea d'un probabile ritorno agli affari, più o meno lontano, del maresciallo Narvaez, sarebbe stato morto a furia di popolo; oggi se ne parla già come di cosa possibilissima, tanto il maresciallo O'Donnell è riuscito a non far dimenticare l'antico popolare delle prigioni di Leganes.

Il ministero attuale non ha ancora finito le sue mostruosità giudiziarie di Loja. Nello stesso tempo che una nuova vittima era spedita colla *garrote* e inteneriva l'anima degli spettatori per la sua giovinezza (lo si chiamava *la estudiante*) e per suoi infortuni (la sua moglie aveva appena partorito), lo condanna ai lavori forzati a perpetuità continuando. Lo stesso giorno compariva nei giornali ufficiali un decreto reale che concedeva alle ricompense onorifiche e decorazioni agli agenti che il governo aveva incaricati di ristabilire l'ordine e d'assicurare il corso regolare della giustizia. Molti circoli furono ancora chiusi in Andalusia, nell'Aragona e le altre parti.

Il nuzio del papa ha dato un gran banchetto diplomatico, al quale non assistevano gli incaricati d'affari di Francia, d'Italia e del Belgio.

L'affare di Tetuan non è ancora regolato; ma i giornali ministeriali preparano l'opinione pubblica all'esecuzione pura e semplice di questa città ed all'occupazione provvisoria di Tangier per parte dell'Inghilterra, che garantirebbe allora il pagamento del tributo marocchino. Io non penso che il popolo spagnolo, che ha già subito troppe umiliazioni a Gibilterra, si rassegni alla combinazione poco patriottica alla quale lo vuol sottoporre il maresciallo O'Donnell. Egli è vero che non si può aspettarsi di più da un ministro che ha difeso pubblicamente la nota famosa di Calderon Collantes all'epoca della guerra d'Africa.

Due fratelli di Pando-Herrera ebbero avanzamento nelle funzioni giudiziarie: tutto è naturale per un ministero sotto il quale il nepotismo è giunto al suo apice.

I generali Prim e Pacheco sono di ritorno in Madrid: si dice che il primo dev'essere inviato a Cuba come governatore generale, e che il secondo è pronto per saltare la campagna per la prossima riunione delle Cortes, che seguirà alla fine di ottobre.

SPAGNA

(NOSTRA CORRISPONDENZA)

Madrid, 16 settembre.

La contesa fra il governo spagnolo e il rappresentante del llo d'Italia a questa corte, si fa ogni dì più grave. Il baron Tecco, recatosi a Sant'Idefonso de la Granja per conferire co' ministri, aveva ottenuto la promessa che si toglierebbe al più tosto possibile il divieto. « Vi concederemo, gli avevano detto i signori Collantes, Calderon e O'Donnell, quelle soddisfazioni e que risarcimenti che saranno creduti desiderevoli; ma dateci tempo, acciocchè possa trovarsi una formula, che ponga in accordo le vostre domande e la nostra dignità. » Così il baron Tecco si partì dalla Granja soddisfatto, e ritornò in Madrid presochè certo che la cosa sarebbe quietamente accomodata. Ma egli non era prima rientrato nella capitale, che la consorteria, composta degli arcivescovi confessori ordinarii del palazzo e comandata da suor Patrocinio, aveva distrutto l'opera conciliativa de' ministri. Il consiglio di questi uomini perversi imbestiali all'ufire il partito preso da ministri, e scatenò che qualsivoglia atto di quella natura sarebbe riuscito a riconoscere indirettamente l'empio llo d'Italia. Tale fu il consiglio e piuttosto il volere della camarilla; e i ministri, i quali vogliono conservare i portafogli esiliati a prezzo della loro dignità e dell'onore, dubitano e tentennano, e finalmente piegheranno il capo, senza potere o saper trovare quella formula salutare che accordi le giuste domande del ministro italiano con la loro dignità. Il barone Tecco è tornato venerdì a Sant'Idefonso, certo per ricordare a' ministri la loro promessa; ma non è a sperare che ne sortirà alcun effetto buono.

Intanto i giornali ministeriali e clericali proclamano che il governo opera secondo il suo diritto, e ch'egli non è tenuto ad alcun risarcimento verso il governo italiano. I giornali della consorteria arcivescovile e monacale non si contentano di questo; ma vogliono che il barone Tecco sia coegato, onde per termine, siccom' essi dicono, ai suoi vecchi fastidiosi e insolenti.

Ma incredibili sono le arti tristi e avergonate che pongono in opera questi difensori della Chiesa e del sovrano per corrompere la verità de' fatti e coprire le atrocità che in loro ossequio sono dal governo commesse. Le commissioni militari nell'Andalusia hanno operato atti da veri barbari. L'Europa fremerebbe indignata se conoscesse tutti gli orrori e la crudeltà di cui sono vittime migliaia di cittadini, sospetti di essersi affiliati ai congiurati di Loja. Ladri, omicidi condannati a 30 anni di lavori forzati, sono stati posti innanzi come testimoni contro questi padri di famiglia; molti de' quali sono stati per ciò gettati nelle prigioni di Fernando Po. Un legnaiuolo, fra gli altri, detto

Torreillo, uomo onorato e laborioso, accusato d'aver rotto il divieto di osir di casa dopo le undici ore della notte, un mese prima dell'insurrezione di Loja, è stato condannato a 10 anni di carcere duro. Il pover'uomo mostrò com'egli fosse stato costretto correre improvvisamente ad uno spoziale per un subito male, di cui fu presa la moglie, senz'aver tempo da provvedersi del salvocondotto del sindaco, siccom' è ordinato. Potrei addurre mille altri esempi di atrocità sì fatte, ma dubito forte d'essere creduto nel secolo in cui viviamo.

Ma i giornali ministeriali e monacali negano tutti questi orrori; negano le scelleraggini commesse dalle Commissioni militari nell'Andalusia; dicono non esser vero che gli accusati son flagellati e sostengono ogni maniera di torture morali per costringerli alla confessione del delitto. Ma verrà il giorno, e testo sia, in cui la luce si farà nella Spagna e nel mondo, e allora le iniquità saranno conosciute, e punito.

Il ministero continua a dare a credere che l'insurrezione di Loja non fosse che una cospirazione comunista, col disegno di sovvertire insieme col trono la società; e ciò quando tutta la Spagna sa che gli insorgenti non toccarono un capello ad alcuno, nonchè rispettassero la proprietà. Per dare colore alle sue invenzioni e mezzogio, il governo fa fare carcerazioni per tutte le provincie, dicendo che sono ramificazioni scoperte della cospirazione di Loja. A Zibudael, nella Catalogna, molti sono stati incarcerati a questi di; e veramente in quella provincia appaiono segni di malcontento.

Le Commissioni militari nell'Andalusia seguono nella loro pratica e nei loro atti arbitrari, ad onta del Consiglio supremo di grazia e giustizia sedente in Madrid. La settimana passata furono decretate 36 condanne ai lavori forzati, e un'altra condanna a morte. Questo i giornali ministeriali chiamano legalità: potera Spagna!

Col llo di rivolgere gli occhi della Spagna e degli stranieri da tanto nefandità, il governo esaudì per dare un'altra idea della sua forza e del suo vigore, s'apparecchia a far la guerra al Messico. Ma lora, dicono, sei fregata e più cannoniere a Vera-Cruz. I giornali della consorteria già pensano a porre un re di loro elezione sul trono del Messico; ed è pur difficile il vedere con quale staccieria parlino del nuovo ordine che la regina Isabella saprà instaurare in quella repubblica.

La suor Patrocinio punge e infuocava questi spiriti bellicosi della regina. Ha fatto dipingere un quadro nel quale ell'è rappresentata levata da tra angeli sulle sfere celesti, donde signoreggia buona parte del mondo e vede a' suoi piedi molti e devoti l'Inghilterra, la Francia e il Portogallo. L'Italia fu dimenticata, ma si

correggerà l'oblio, quando il barone Tecco avrà ricevuto il passaporto e il comitato. Il quadro fu dato in dono dalla Patrocinio alla regina, la quale lo accettò a condizione che fosse collocato sul grande altare della chiesa del convento di lei, a che la santa monaca graciosamente si rassegnò.

LA POLITICA DELLA SPAGNA

Il governo italiano si è comportato verso la Spagna con tutti i riguardi di cortesia e di buona amicizia. Esso ha col suo procedere voluto mostrare come apprezzasse la posizione del gabinetto di Madrid, la cui politica non poteva appagare nessun partito né tutelare alcun interesse.

Il ministero del generale O'Donnell ha dimenticato ch'era alla testa d'una nazione, la quale aveva fatta una rivoluzione per cacciare il ramo primogenito della dinastia regnante; ha dimenticato che la Spagna è od almeno esser deve uno stato costituzionale, per ricordarsi soltanto degli interessi de' Borboni.

Nel movimento italiano esso non vide il trionfo della volontà nazionale, fondamento del diritto politico della Spagna; ma soltanto una rivoluzione che cacciava da' loro troni due dinastie borboniche, i Borboni di Parma e quelli di Napoli. Quindi una serie di dispiaceri, ne quali la difesa degli interessi borbonici era sostenuta con maggior calore di ciò che facessero l'Austria; quindi un insistere sui diritti eventuali della Spagna al trono di Napoli, quasi ch'essi avessero alcun valore per la Spagna stessa, che li ha violati in casa propria; quindi una politica osillo all'Italia, ma debole, esitante, inefficace.

Il ministero spagnolo non ha osato sfidare il partito progressista dichiarandosi esplicitamente per principi casuterati e per papa, né accettare il fatto compiuto della rivoluzione. Si è adoprato molto in favore di que' principi; ma la sua diplomazia ha fatto un fiasco completo, non essendo riuscita in alcuno de' suoi tentativi. Ha condannato il Piemonte, lo ha assediato, l'Italia, ma in pari tempo ha dichiarato la sua neutralità. Volle dar testimonianza solenne della disapprovazione sua della politica italiana, richiamando il suo rappresentante da Torino; ma vi ha lasciato frattanto un incaricato, d'affari.

Il signor Calderon Collantes, ministro degli affari esteri, costretto a giustificare dinanzi al congresso la sua politica in Italia, sorse difensore de' governi esautorati ed accusatore d'Italia, non risparmiò biasimi e rimproveri; parlò alto de' doveri della Spagna, ma in fin de' conti confermò la sua dichiarazione di neutralità, assicurando che non aveva mai pensato di inviare un sol soldato in Italia. E questa assicurazione parve veramente superflua, perchè a niuno poteva venir in mente che la Spagna pensasse a dichiarar la guerra all'Italia.

Il governo italiano, conciliativo in tutti i suoi atti, rispose al contegno del gabinetto spagnolo con un'attitudine amichevole. Egli mantenne a Madrid il barone Tecco, benché il rappresentante di Spagna fosse partito, volendo fargli comprendere ch'egli non riguardava quella determinazione come un'ostilità, sebbene la fosse ingiustificabile dal canto del ministero che regge i destini d'una generosa nazione, che fece una rivoluzione per scuotere il giogo d'una funesta dinastia.

Che spetti il ministero spagnolo da un procedere tanto avverso a que' principi che sarebbe dover suo di sostenere o propagare? I suoi interessi non meno che la dignità della Spagna ne sono lesi, perciocchè una nazione non rinnega mai impunemente le massime del suo reggimento, nè si getta a capo chino nella reazione, senza preparare esca pericolosa alle più torbide passioni, che nella Spagna sono tanto facili ad accendersi.

Il ministero del sig. O'Donnell crede di reggere al potere, intertenendo la diffidenza contro la Francia. Esso finga di non ricordare le prove che il governo imperiale ha dato al governo della regina Isabella di amicizia e di buon vicinato. Questo spauracchio della Francia è uno spietato, che può essere con abilità adoperato per vincere l'opposizione in qualche controversia secondaria, ma non può prevalere, non può trar in inganno il partito progressista sulle vere intenzioni dell'imperatore Napoleone e sullo stato poco soddisfacente dei rapporti internazionali della Spagna.

La Spagna è tratta da' suoi sentimenti liberali, dall'affinità di origine e di stirpe, a simpatizzare coll'Italia ed a favorire una politica di conciliazione da quella del suo gabinetto; ma noi temiamo che il signor O'Donnell non sia per arrendersi alla pubblica opinione. Influenza che mai non dovrebbero prevalere ne' consigli d'un governo costituzionale, interessi a' quali mai non dovrebbero sacrificare quelli della nazione, ispirano ed informano la sua politica. Noi però ce ne preoccupammo ben poco, se non vi fosse di mezzo una questione di dignità e di diritto, che difenderemo contro chiunque. Noi deploriamo, ma non paventiamo l'ostilità del gabinetto spagnolo. La responsabilità d'una politica che non salva i Borboni e segrega la Spagna dal movimento europeo ricade su chi l'ha inaugurata e la difende: ciò che a noi preme, è che le nostre istanze siano ascoltate, è che il nostro governo faccia valere i suoi diritti. Noi non confondiamo il ministero spagnolo, costituzionale soltanto di nome, colla generosa nazione, di cui esso regge le sorti.

GAZZETTA DI TORINO

135

22 Settembre 1894.

I fogli esteri procedevano già da alcuni giorni al richiamo del barone Tecco da Madrid.

Egli non potrebbe più infatti rimanere rappresentante del Re d'Italia presso la corte di Spagna, che ha in lui una gara, e soprattutto dopo la morte del conte Cavour, date poco troppo palese di malvolere o di ostilità.

Il rifiuto di consegnare gli archivi del console borbonico mette il colpo alla politica avversa o nemica del gabinetto O'Donnell, politica inattuabile nel governo di una nazione, che ha sancito colla rivoluzione gli stessi principi che questa si proponeva di realizzare.

Ma noi non abbiamo a preoccuparci per ora del contegno politico della Spagna o delle conseguenze che essa avrà a subirne. Quando queste conseguenze si svolgeranno, l'Italia avrà forse occasione di provare alla nazione spagnuola che essa non confonde lei col suo governo reazionario, che la dignità o la libertà della Spagna sacrifica all'interesse dinastico dei Borboni.

Ciò che importa al presente è che il governo italiano si comporti come il suo onore richiede.

Noi siamo persuasi che, se il barone Tecco è ancora al suo posto, si è perchè non è ancora giunta la risposta del gabinetto spagnuolo alla nota colla quale gli si chiedeva la consegna degli archivi, ed il ministro degli affari esteri preferisce di non precipitare una risoluzione per darlo maggior peso.

Ma poiché la Spagna ha risposto con un rifiuto, altra via non resta al nostro governo fuorchè di richiamare il suo rappresentante. Il ministro del Re d'Italia non potrebbe più mantenere relazioni amichevoli con una potenza che non si cura più nemmeno di volare la sua avversione alla rigenerazione italiana e che ha adottato un procedere tanto ostile che più non potrebbe attendersi dall'Austria.

Pubblicazione Torino, 27 novembre.

Commentando fatti o riassumendo le continue e giuste querele della stampa liberale spagnuola, più volte ci accade di discorrere della massima politica cui il governo di Madrid si ispira e di dimostrare quali sieno le sue abitudini, quali le sue tendenze, e come abbia ridotto in bassissimo stato il paese.

Una delle questioni in cui quel governo più chiaramente manifestò lo spirito di reazione, da cui è, in tutte le sue azioni, guidato e sospinto, si è fuor di dubbio quella cui diede luogo la domanda fatta dal rappresentante del re d'Italia per la consegna degli archivi tenuti già dai consoli di Francesco Borbone, questione, che, dopo molte vane tergiversazioni e molte ipocrite incertezze, produsse il ritiro del nostro ambasciatore, vale a dire la cessazione d'ogni diretta relazione diplomatica, una vera rottura tra Italia e Spagna.

Mentre i governi più civili d'Europa, (per elezione o per necessità non monta) riconoscevano il reame d'Italia, il governo di Spagna vi si rifiutava: O'Donnell, capo del governo della nazione spagnuola che vanta tante battaglie per la libertà, tenne a suo tanto il farsi campione di un governo d'ogni libertà simicissimo, e perciò caduto sotto il peso della esecrazione pubblica, e stoltamente egli credette che l'operar suo avesse a bastare per rompere i trigoni della rivoluzione italiana, senza che mai gli ricorresse alla mente che male si agomentava, nell'udir suonare la parola « rivoluzione », una dinastia che ad una rivoluzione deve il trono, benché ora tanto si tenga sicura all'ombra di questo, da rinnegar quella, che la diede origine, forza ed autorità.

Lo case d'Orange ad Hannover in Inghilterra, i Napoleonidi in Francia, i Braganza-Coburgo-Gotha in Portogallo, re Leopoldo in Belgio, Donna Isabella a Madrid furono portati al trono da popolari rivolgimenti, ond'è che le loro dinastie, anziché temere di rivoluzioni che in altra parte d'Europa vengono a compiersi, dovrebbero ad esse far più uso, ed in esse cercare nuova sanzione a quelle che in alto, e non sempre per la felicità de' popoli, le misero e le mantennero: in esse non dovrebbero vedere che un nuovo trionfo della nuova sull'antica società, cui rappresentavano o rappresentavano: in Inghilterra gli Stuardi, in Francia Enrico V, in Portogallo Don Miguel, in Spagna Don Giovanni di Braganza, come la rappresentavano in Italia i principi apodestati. Ma altrimenti ragione la diplomazia e ben altre sono le considerazioni che suggerisce la ragione di

stato; ed il governo spagnuolo, dimenticando l'origine sua, mettendo in non cale lo ingiurio che dovette soffrire da' Borboni di Napoli allorché questi si fecero per non insussistenti ragioni campioni e difensori del diritto di legittimità rappresentato da Don Carlos, non esitò a compromettere gravemente gli interessi della nazione, ripudiando ogni solidarietà coi più civili governi d'Europa per alzarsi a questa falsa discussione e viliamente abrogato.

Non vogliamo ricordare le fasi della vertenza per gli archivi napoletani che sono a' lettori nostri notissime: il governo di Spagna in questa vertenza si mostrò così apertamente e costantemente ostile alla Italia, che la moderazione mostrata dal nostro gabinetto parve, anche al meno animosi, soverchia e più del dovere longanime. Gli appunti mossi in proposito al barone Ricasoli dalla stessa stampa governativa, ad evidenza dimostrano essere generale l'opinione che troppo siasi tardato a prendere una risoluzione adeguata al bisogno e come troppa fidanza siasi posta in una impossibile respicenza.

Il governo di Spagna, sempre in preda a quelle eterne oscillazioni che di lui fecero dire « che non ha coscienza di quello che pensa né di quello che fa » dovea o riconoscere il reame d'Italia, ed impugnare assolutamente i diritti a negare la legalità della sua esistenza. Queste decisioni potevansi agevolmente spiegare e giustificare, essendo conseguenze delle due politiche che sono rappresentate in Europa dall'Inghilterra e dall'Austria. Ma le esitazioni mostrate non sono in alcun modo concepibili, né accadde mai che si venga a trattative con un agente diplomatico, per giungere a negare, ed a ripudiare coi fatti la legittimità del governo che lo stesso a gente rappresenta.

Però la politica che il governo spagnuolo pratica a nostro riguardo non ha in sé tanto da farci meravigliare, essendo che a tutti è notissimo come d'indole sua egli sia disposto a volgersi ad ogni vento, a piegare da ogni lato; ne' suoi propositi debole ed irresoluto, fu in pari tempo sempre ligio alla reazione, ed in atti è il più despótico ed il peggiore di tutti i pessimi governi da cui la Spagna fu oppressa. L'eroe di Vicalvaros condusse la Spagna a precipizio: conculcò e sparse all'interno le libertà che nobilissimo popolo avea con infinito spargimento di sangue acquistate: ora in tal modo dirige le cose, che la Spagna, la quale già lusingavasi di essere per l'amicizia francese fra le primarie potenze annoverata, perderà ogni onorata e giusta influenza nel consesso degli Stati civili d'Europa.

GAZZETTA DI TORINO

L'eresia delle Associazioni

è per tutto il Regno d'Italia Un mese L. 2 — Un Trimestre L. 4. — Un semestre L. 8. — Gli abbonamenti si pagano in anticipo. — Le inserzioni costano L. 1 la linea; gli annunci cont. 30, presso Gallo e Dr.

Le Associazioni si ride-

in Torino, Piazza San Carlo, N. 10, sotto i Vestiti. — Dalle provin-

Nell'ordinare finalmente al barone Tecco di abbandonare Madrid, il governo fece atto di dignità nazionale, come aveva fatto prova di longanimità fino ad ora. Di tutti i reclami che noi possiamo portare contro il gabinetto spagnolo, quello degli archivi dei consolati napoletani è forse il meno importante. Dal giorno in cui il ministro O'Donnell richiamò da Torino l'inviato della regina, la Spagna colse tutte le occasioni, tutti i pretesti, per moltiplicarci le noie e le contestazioni, per crearci imbarazzi, per renderci più difficile il conseguimento dei nostri scopi. Quali relazioni poteva conservare l'Italia con un governo che, dopo averle promesso in segreto la resistenza armata, dopo avere pubblicamente manifestato le sue simpatie per i nemici di essa, prendeva l'iniziativa per proporre all'Europa un sistema ch'essa non potrebbe subire che dopo una lotta? Tutti i consigli della Francia non potevano bastare a farci mantenere il barone Tecco presso la regina Isabella. Più che realtà d'interesse v'era desiderio nel governo spagnolo di suscitarcì imbarazzi.

Quale politica faccia oggi il governo di Spagna rispetto all'Italia difficilmente potrebbe dirsi. Quella dei principii e degli interessi nazionali no certo: perchè si gli uni che gli altri gli consiglierebbero di stringerci fraternamente la mano.

L'identità dei principii fra la Spagna e l'Italia è constatata da tutta intera l'istoria. Il processo istorico della nazione spagnuola, che con sacrifici eroici conquistò per mezzo della unità la sua indipendenza dai Mori, trova un riscontro saliente nell'ottimo lavoro della nazione italiana. La fusione dei regni di Napoli e della Sardegna riproduce quella dei regni di Aragona e di Castiglia. Il diritto pubblico del secolo XVI consacrò la volontà spontanea dei principii, come quello del XIX consacra il libero suffragio del popolo. Cavour e Ximenes sono due individualità politiche, che personificano queste due fasi.

Il sentimento della nazionale indipendenza è il carattere spiccante degli Spagnuoli. Dopo avere ambito la monarchia universale delle idee e delle cose, ed essere stata poco lontana dall'ottennerla, la

Spagna sarebbe scomparsa dalla carta degli Stati europei, se fosse meno altera della sua autonomia. Essa la difese contro tutti in questo secolo straordinariamente infelice per lei: contro lo straniero che la voleva occupare, contro il legitimista che voleva imporsi, contro il clero che voleva influire. La leggenda *todos contra nos et nos contra todos* di Filippo II poteva servire d'impresa ai moderni liberali di Spagna.

Ed allora l'Italia diede alla Spagna non pochi suoi figli, che mescolarono il proprio al sangue dei generosi Spagnuoli per mantenere alto e vittorioso nella penisola iberica quel vessillo di libertà, che i fati non consentivano ancora nella penisola italiana.

Ora l'Italia sorge all'indipendenza ed alla libertà. Costituzionale come la Spagna, combatte il principio che pochi anni prima fu combattuto in essa da Espartero ferocemente: il regno di Vittorio

Emanuele ha sopra quello d'Isabella la consacrazione del voto universale. — Potente elemento conservatore in Europa, l'Italia non contrasta in verun punto gli interessi spagnuoli. Nell'attuale invilimento della forza e dell'influenza politica della Spagna, il nascere di uno Stato non ancora abbastanza forte per farsi assorbire, ma bene abbastanza per contrappesare con ben intese alleanze influenze preponderanti, avrebbe dovuto salutarci da essa con gioia.

L'identità dei principii, l'identità degli interessi consigliavano dunque egualmente al governo spagnuolo di far buon viso all'Italia.

Ma la politica spagnuola, è ora quella delle amicizie, dei rapporti famigliari della dinastia che vi regna. Questa politica di famiglia, che in luogo degli interessi permanenti della nazione ha per base gli affetti umani è degna dei semi dei di Omero. Essa non è nuova nella Spagna; ci ricorda gli intrighi del principe della Pace, e la polichetta di camera che finì colla rovina della dinastia, e coll' invasione dello Stato. — Mentre l'infante Don Juan, l'erede di Don Carlos, fa pubblica professione di liberalismo, e ripudia il concorso dei gesuiti, è curioso l'assistere sotto il governo di donna Isabella, già intronata da Espartero a questa politica ispirata da suor Patrocino.

La Gazette officielle annonce ce soir que la question des archives napolitaines n'ayant pas reçu une solution satisfaisante, le gouvernement a ordonné au baron Tecco de demander ses passeports.

Nous pouvons ajouter, toutefois, que le secrétaire de la légation d'Italie à Madrid reste chargé des affaires et que le personnel demeurera ce qu'il était auparavant.

Dans le cas contraire, notre gouvernement aurait été forcé d'envoyer ses passeports à M. Duro, chargé d'affaires d'Espagne à Turin.

Nous espérons cependant que le différend qui

a été si souvent à la veille de s'arranger, au point que la nouvelle en a été publiée par les journaux de Paris et par nous-même, n'interrompra pas d'une façon plus préjudiciable les relations qui existent entre les deux pays.

Dans tous les cas, M. le président du Conseil, ordonnant à M. le baron Tecco de demander ses passeports et de quitter Madrid, a fait un acte de fermeté qu'exigeaient les circonstances. Cette négociation avait assez duré, pour prouver l'esprit conciliant de l'Italie. La dignité du gouvernement du roi aurait pu être compromise par une plus grande longanimité.

Le Comte de Rechberg a l'honneur
 de restituer, ci-joint, à Monsieur de la Torre
 Ryllon, Envoyé extraordinaire et Ministre
 plénipotentiaire de Sa Majesté Catholique, avec
 bien des remerciemens la dépêche circulaire
 de M^r Calderon Collantes qu'il a bien voulu
 lui communiquer et dont il a pris connaissance
 avec le plus vif intérêt.

Il saidit en même temps cette occasion
 pour offrir à Monsieur l'Envoyé l'assurance
 de sa considération la plus distinguée.

Vienne, le 21 Décembre 1861.

Re
 Monsieur de la Torre Ryllon
 Envoyé extraordinaire et Ministre plénipotentiaire
 de S. M. Catholique, &c. &c.

Libera de m. m. m.
del S. M. m.
copado N.º 199.
Secretaría
Estado.

Caro Señor

140

Min. Pol. m.
Circular.
N.º 166-

La interrupción de las relaciones diplomáticas existentes entre el Gobierno de la Reina y el Gabinete de Turin, es ya un hecho consumado. La ocasión de este desagradable acontecimiento ha sido la llamada cuestión de los Archivos napolitanos.

El espíritu de moderación que el Gobierno de S. M. ha mostrado en todo el curso de las negociaciones seguidas con tal motivo, no ha bastado para dar a las dificultades existentes una solución igualmente satisfactoria y conveniente para los dos países. El Representante de Cerdeña en esta Corte ha perdido sus pasaportes, y el Gobierno de S. M. se ha visto en la necesidad de expedirlos.

Por lo mismo, necesario hacer a V. E. algunas ligeras indicaciones para su propio conocimiento, y para que el Gobierno, cerca del cual se halla V. E. acreditado, pueda apreciar en su justo valor el origen y las vicisitudes por que ha pasado la cuestión de los Archivos napolitanos.

La política franca y leal del Gobierno de la Reina en los sucesos ocurridos en la Península Italiana en estos últimos tiempos, es bien conocida. Manteniendo una estricte y absoluta neutralidad, ha consignado explícitamente sus miras y propósitos acerca de ellos. El Gobierno de una Nación católica, cuya Soberana es actualmente Jefe de la Augusta Dinastía de Borbon, y a quien le están reservados, por tratados solemnemente importantes sobre la Monarquía de las Dos Sicilias, no podía mirar con indiferencia hechos que por una parte privaban al Santo Padre de gran parte de sus Estados, y que despojan, por otra, de sus Coronas a los Príncipes de la Familia de Borbon en Italia.

Cuando los acontecimientos ocurridos en las Dos Sicilias, obligaron a la Familia Real de Nápoles a defender sus incontestables derechos en la fortaleza de Gaeta, y cuando esta plaza se hallaba próxima a sucumbir, algunos Agentes Consulares de S. M. el Rey Francisco II solicitaron de los de S. M.

Reina en sus respectivas residencias que se encargaran de la custodia de los Archivos de los Consulados puestos a su cargo, hasta tanto que las cuestiones suscitadas en las Dos Sicilias fueran resueltas por la Europa y Consultado el Gobierno de S. M. por sus Agentes acerca del particular, no tuvo dificultad en autorizarlos para que aceptasen el depósito que se deseaba confiarles.

Para proceder así, tuvo presente el Gobierno de la Reina lo que se observa siempre en circunstancias parecidas; lo que el derecho y la práctica sancionan, cuando se interrumpen las relaciones entre dos Gobiernos, cuando después de la interrupción sobreviene la guerra, y los Representantes respectivos se ven en la necesidad de abandonar sus residencias, y encomiendan a los Representantes, o Agentes * de una de las Potencias amigas, o neutrales la protección de los archivos de su país, poniendo a su cuidado los Archivos de sus Legaciones. Tampoco desconocía el Gobierno de S. M. la dificultad que el Gobierno de hecho de cualquiera Nación tendría para recoger el Archivo de una Legación, o Consulado contra la voluntad de su depositario, porque permaneciendo este fiel al Gobierno que le nombra, encontraría siempre medios infalibles para sustraerlo a todas las pesquisas y reclamaciones. Por otra parte, la negativa a recibir tal depósito, sería un acto poco digno para el que la opusiera, y completamente inútil para el Gobierno por cuyo respeto se diese. El Gobierno de S. M. tiene en esta parte la completa seguridad de que ninguna Potencia europea, en caso idéntico, hubiera procedido de distinta manera.

* Impulsado, pues, por tales consideraciones, el Gobierno de la Reina dictó la medida referida, reservándose disponer en su día la entrega de los Archivos a quien tuviera derecho a recibirlos.

Depositados en la Legación de España en Nápoles los Archivos del Consulado General de Nápoles en la misma residencia, antes de que el Gabinete hispano hubiese reconocido al Reino de Italia, y por consiguiente, antes de que se hubiese retirado el Exequatur. El Agente de las

Después de Sicilia, el Gobierno de S. M. Sarda pidió esplicaciones sobre este suceso. El de S. M. se apresuró a dárselas, á pesar de ello la Legación de Cerdeña en Madrid insistió en reclamar los Archivos de los Consulados Napolitanos como propiedad del nuevo Reino de Italia. El Gobierno de S. M., que no ha reconocido el hecho en que se fundaba tal reclamación, y que cualquiera que sea su naturaleza, no tiene la confirmación que pretendía darle el Representante del Piemonte, no pudo obtemperar á lo que pretendía. En este terreno, y en el que se ha expuesto anteriormente, continuó por algun tiempo la discusión. El Gobierno de S. M. se mostró siempre animado de ese espíritu de conciliación y de templanza, pero en todas las ocasiones fué imitado por la Legación de Cerdeña. En dos de sus Notas hizo algunas indicaciones sobre las bases políticas en que, á su juicio, descansaba la Monarquía Española, y sobre el temor de que influencias fatales impidiesen la celebración de un acuerdo satisfactorio entre los dos, y aunque aplúe en diversas conferencias frases tan inconvencientes, y mal sonantes, todavía las Notas quedaron sin respuesta, manifestándose al Barón Fico que no eran dignas de ellas por las interposiciones de que eran susceptibles. Aun con esta manifestación hubieran sido desechadas, si el Gobierno de S. M. no se hubiera propuesto la más extrema moderación, y no hubiera confiado en que se retirarian cuando la cuestión tuviese una solución definitiva.

Interventando el Encargado de Negocios de Francia, cumpliendo las órdenes de su Gobierno, se dirigió á mí en confidencial y amistosamente, manifestándome que el Caballero Nigra, Representante del Rey Víctor Manuel cerca de S. M. el Emperador de los Franceses, habia pedido á Mr. Thouvenot que mediase oficialmente para que el Gobierno de la Reina ordenase la entrega de los documentos interesantes á particulares que existiesen en los Archivos de los Consulados Napolitanos de Marsella y de Argel.

El primero no se habia depositado en poder del Cónsul de la Reina en Marsella, por aun limitarse la petición al segundo, el Gobierno de S. M. creyó

que no podía acceder á ella sin el consentimiento de S. M. el Rey Francisco II. Consultó, pues, su deseo, y habiendo dejado al Gobierno de S. M. en libertad plena de tomar la resolución que juzgara conveniente, manifestando su confianza de que siempre dejaría salvos los derechos que le asistían, el Gobierno de S. M. convino en la expresada entrega de los documentos que interesarán á particulares. Creyó que, de este modo, sin faltar á sus principios, ni alterar la posición que ha tomado satisfaciendo á un mismo tiempo los deseos del Gabinete Imperial de Francia, con el cual tan estrechas relaciones le ligam, y las pretensiones del Gobierno del Rey Víctor Manuel.

Sin embargo el Sr. Barón Eco, después de adoptar aquella resolución, que, al parecer satisfacía las aspiraciones de todos, manifestó que las instrucciones que había recibido de su Gobierno eran distintas, y que solo podía conformarse con la entrega pura y simple de los Archivos. Esta inesperada contradicción que se manifestaba entre lo pedido por el Gobierno Imperial, en virtud de las instancias del Caballero Nigra, y lo que el Barón Eco pretendía en cumplimiento de las órdenes de su Gobierno, dió lugar á nuevas conferencias y negociaciones. Hubo momentos en los cuales por consecuencia de una de las Notas á que me he referido anteriormente estuvieron á punto de romperse aquellos cordiales sus pasaportes al Representante del Rey Víctor Manuel, pero las explicaciones que dió, y el deseo de conciliación que nunca abandonó al Gobierno de la Reina, hicieron que se meditase para encontrar una fórmula que satisficiera todos los deseos.

Fue ésta la de que, habiéndose asegurado al Gobierno de S. M. de que no existían documentos políticos en los Archivos, se entregarían pudiéndolo el Barón Eco en una nueva Nota, en que prescindiese de la cuestión de principios, colocando la que iba á resolverse en el terreno de la práctica y de la conveniencia. Era también condición indispensable que el Representante del Rey Víctor Manuel retirase sus dos últimas Notas, en las cuales había dado á la discusión un carácter extraño y hasta inconveniente.

Estas

Este proyecto de acuerdo se puso en conocimiento del Gabinete de Turin, y en contestación a él propuso que el Gobierno de S. M. retirase igualmente todas sus Notas, fundando esta pretensión en un principio de reciprocidad que ciertamente no era admisible ni aplicable a la cuestión.

No cabía que el Gobierno de la Reina aceptara semejante propuesta. Las dos Notas con que se había contestado a las primeras del Barón Cervo habían servido de base a la negociación diplomática, y conteniendo solo ideas y observaciones justas, expresadas en términos decorados y dignos, no era posible que el Gobierno de la Reina consintiera en retirarlas, equiparándolas a la tercera y cuarta del Barón Cervo, en las cuales se había apartado bastante de todos los términos diplomáticos.

El Gobierno de S. M. insistió, por lo mismo, en su anterior pensamiento. Las Notas expresadas debían retirarse; la cuestión había de presentarse bajo un aspecto diverso en otra nueva, y de lo contrario toda solución llegaría a ser imposible.

El Gabinete de Turin no aceptó la idea, y el Barón Cervo pidió sus pasaportes en términos corteses. No podía vacilar al Gobierno de S. M. en expedirlos. La negociación que producía este resultado había sido larga y embarazosa. La prensa, como era natural, se había apoderado de ella, y dándole cada uno el carácter y la gravedad que cumplía a sus principios e intereses políticos, había llegado a hacerla considerar como una cuestión de partido.

Las cosas habían llegado a tomar tal gravedad que se anunciaba, como positivo, haberse preparado demostraciones populares en favor del Gobierno de Turin para el caso de retirarse de esta Corte el Representante del Rey Víctor Manuel. No podía temerlas al Gobierno de la Reina que cuenta siempre con la lealtad y cordura de todos los habitantes de esta Corte; pero aun así, era evidente que se pretendía ejercer una especie de presión indecorosa, e intolerable en el ánimo del Gobierno.

La retirada, pues, del Barón Cervo había llegado a ser una necesidad para el mismo, y el Gobierno de la Reina, sin desearla, ni promoverla, no debía prestarse a más concesiones que a las que, sin faltar a los principios, hubier-

hecho ya para evitar el rompimiento.

Realizado este, el Gobierno de S. M. deja al juicio de los demás Gobiernos amigos y aliados la apreciación de los hechos que han ocurrido. Hubo desde el momento en que se promovió esta cuestión un empeño de darle una gravedad e importancia que no tenía.

Sin que pueda calcularse de dónde partieron las noticias, es lo cierto, que el menor hecho, la palabra más insignificante, el incidente menos grave se transmitieron de una en otra persona, dándole siempre un valor ageno a su verdadera naturaleza. Si el asunto se hubiera tratado en el seno de la reserva, o si antes de escribir Nota alguna acerca de él, se hubiera discutido verbalmente, acaso no hubiera tenido el término a que ha llegado.

Pero prescindiendo de estas consideraciones, el Gobierno de la Reina, en todo su curso no ha tenido más que dos objetos; uno el de conservar ilusas las principles que profesa, manteniéndose en la línea de política en que se ha colocado; otro el de no perjudicar a los particulares cuyos intereses tuviesen alguna relación con documentos existentes en los Archivos. Estos fines se llenaban con la fórmula comunida, y con el abandono de la cuestión de principios promovida en las Notas del Barón Tecco. Pero ya que no fue aceptada, ya que el Gabinete de Turin ha creído que esta cuestión era bastante grave para mandar retirar a su Representante; el Gobierno de la Reina debe declarar, sin reserva alguna, que este hecho no altera en lo más mínimo su política en las graves cuestiones que se agitan en Italia, ni su propósito de guardar al Gobierno de Turin todas las miramientes y alta consideración compatibles con las diversas posiciones en que, bajo ciertos aspectos, se hallan colocados los dos Gobiernos.

V. E. deberá aprovechar las oportunidades que se le presenten para hacer estas explicaciones al Gobierno del Soberano acerca del cual está

acreditado, y en caso necesario queda autorizado para
 leer íntegro este Despacho a ese Sr. Ministro de
 Negocios Extranjeros.

Dios guarde a V. E. muchas años.
 Madrid 6 de Diciembre de 1861.

J. Calblaron Gallentes



Sr. Ministro Plenipotenciario de S. M. en
 Viena

donde se
en Turi

de 19
donde política

Como finis

Muy Amo mio: Habiendo recibido una comunicacion del Embaxador Pothier en que me anunciaba haber tomado posesion del Ministerio de Relaciones Exteriores, ayer por la noche le hice la visita de presentacion. Despues de cambiados los cumplimientos de cortesia me manifesté sus deseos de que durante su administracion tuviese lugar el reconocimiento del Reino de Italia por parte del gobierno de S.M., preguntándole cual era mi opinion sobre el particular. Y le contesté que esta cuestion el gobierno de Madrid se encontraba en una situacion especial, pues siendo la Union Espanola eminentemente catolica y estando unida su familia Real a la Casa Real de Napoléon por vinculo de familia, no podia sancionar las consecuencias de una revolucion que habia entusiasmado la muchedumbre del Santo Padre y lo del soberano legítimo de las Dos Sicilias, al menos mientras las armas Reales de Cerdeña

no reconocen el orden de cosas existente en Italia. Pittori me expuso su sentimiento por el triste desenlace que había tenido la cuestión de los Archivos Papales, a lo que era debí exponerle, que la causa había sido el mismo como se habían establecido las negociaciones por el Representante de este Gobierno, comunicándole al mismo tiempo todo cuanto el de S.M. había hecho para que este asunto se terminase de una manera satisfactoria para ambas partes, habiendo tenido presentes al efecto las comunicaciones que V.E. se había servido dirigirme sobre la materia.

Después de oírme a los ruegos de actividad hablé al Sr. Ministro de las reclamaciones presentadas por esta Legación con motivo de la medida adoptada respecto del Colegio de Historia; le hice la historia de esta fundación, le di a conocer sus razones que justificaban el protectorado del Gobierno de S.M. sobre la misma y decliné el protectorado por este fin; le di

cuenta de las comunicaciones que sobre este asunto habian mediado entre el Ministerio y esta Legacion, y despues de manifestarle las razones contenidas en la Real Cédula n.º 11 que H. E. ha querido comunicarme con fecha 15 de Febrero por para relatar las alegadas por los individuos del Consejo Diplomático en contra de nuestras gestiones, concluí reclamando nuevamente contra la medida de que habia sido objeto el Cédulo y pidiendo su revocacion. El Comendador Rattazzi me contestó que tenia en su mesa el expediente relativo a dicho asunto, que pasados unos dias, en que tenia que dedicarse completamente a los que hacen del momento, se estudiaría atentamente y lo mas pronto posible comunicaria a la Legacion la opinion de su Gobierno sobre el particular.

En cuanto a la politica de este Estado me dijo que el programa de su Ministerio no podia diferenciarse grandemente de los de las administraciones anteriores, pues son los mismos aceptables.

ha ido en Italia. Segun me indicó su
 atención se dirigirá preferentemente a com-
 -pletar la organización interior del Reino
 y por lo que hace a las cuestiones exte-
 -rias aunque se puede de vista el cumpli-
 -miento de la unidad italiana, no me ven-
 -tó que no piensa ir tan de prisa como su
 antecesor, puesto parece que no por marchar
 sea mas rápida se llega antes. Recordaré
 Me que cuando Rattazzi vino de Paris tuvo
 la honra de manifestarle que si llegaba a
 poner al punto del gobierno en este pais
 no seria sino el representante de la políti-
 -ca francesa en Italia; ya creo ver una pua-
 -da de ello en las pocas palabras que le he
 -rido sobre su política exterior, pues obviando
 -diferentemente al ministro anterior, parece
 -dejar a un lado la cuestión de Roma, que
 -tiene inquieto a la Francia, y pensar mas
 -bien en lo del Veneto, siendo un indicio la
 -favorable acogida dada por el gobierno

a las pretensiones de Sanbaldi y el
armamento de la guardia móvil, cuya
medida sea una de las primeras que
se presentarán a las Cámaras. Enembo-
go habiendo preguntado a Antón si crea
que la paz podría ser alterada en el curso
del presente año, me contenté que en mi
opinión no debía esperarse la guerra; na-
da puedo decir a V. acerca de la sinceridad
de esta respuesta, cuando en los pocos días
que lleva de vida el actual gobierno, los mi-
nistro no han procedido con delincuencia de ma-
nera que puedan decir de sus para augu-
rar el porvenir.

Dio que a V. m. a. 2.º. Lima 1.º de Mayo 1862.

H. mo. Sr. D.

D. D. de T. D.

En mas atenta y segura consideración,

Agustín Luján

El Sr. Primer Secretario de Estado.

12907. Madrid. 10 agosto 1864
P. 24 Leg. 5.
in politica

152



L 7

26/11
95.

Eccellenza

«I giornali ministeriali
pubblicati ieri, incontrai un
articolo concepito in questi
termini: «Abbiamo motivo
«per credere che in oggi esiste
«tra diverse Corti cattoliche
«un principio di negoziazione e
«d'intelligenza riguardo agli
«affari di Roma. La Spagna

E Sua Eccellenza

Il Sig. Cavaliere Niccolò Nicotri

Ministro per gli Affari Esteri

non sarà per certo aliena da tutti "
 ciò che possa contribuire a "
 facilitare una soluzione soddisfa-
 cente per questa imminente "
 questione. "

Per tale articolo, com'era
 naturale, fissò la mia attenzione
 specialmente per modo in cui
 era redatto, e mi appresi
 innumanti a ricercare
 il motivo di questa pubblicazione
 e la verità del fatto. Ess
 quanto mi venne narrato da
 persona competente ed
 amico mio:

Il Ministro di Stato
 licette pochi giorni fa com-
 inciazione di un dispaccio del

[Signature]

154
Signor Monin de Lhuys, nel
quale, prendendo il prossimo
termine della carriera mortale
del Santo Padre, invita, a nome
della Francia, la Spagna a
porre con lei d'accordo per
dare il voto a quell'eletto del
Sacro Collegio che non possiede
la qualità indispensabile negli
attuali momenti per sedere
nella Cattedra di S. Pietro.
Tale comunicazione venne pure
diretta al Portogallo, per far
che il pari di Francia e
Spagna possiede il privilegio
del voto. Il signor Pacheco
avolse tale apertura piuttosto
favorevolmente, giacchè a
parere suo un pontefice

liberate indubitte prestigio alla
sua Sovranità temporale.

Questa notizia di carattere
riservato venne però rivelata
ad amici poco cauti, e di qui
l'articolo che citai in principio. ⁺_X

Il viaggio del Re Consorte
continua a rivestire un carattere
completamente di cortesia,
e ministri, ed amici loro,
giurano che nulla vi ha in
esso di politico. Mi venne
però fatto di sapere che la
così detta deroga della Regina
dovette persuadere i suoi consi-
ghieri pochi lacerino al Re
facoltà d'intendersi par-
ticolarmemente coll'Imperatore

Q.

in diffatto importante negozio,
 il quale preoccupa grandemente
 la timorata coscienza della
 Regina Isabella, che ebbe a
 dire ultimamente poter essa
 sacrificare gl'interessi di
 famiglia, dimenticare i
 parenti di Napoli, ma non
 mai approvare che il Padre
 Santo fosse privato della sua
 indipendenza e del suo titolo.

Il timore di disordini
 in Madrid non potrebbe calmarsi
 Il governo prese misure forti
 anche troppo energiche contro
 alcuni militari, attesa la
 poca importanza del fatto, mi-
 sure più legali e sulle quali
 nulla si ha a ridire. Fin e fin

persuadendo che questi movi-
 menti parziali sono opera
 di impazienti amici dell' '89, e
 i quali vorrebbero imporre alla
 Regina il richiamo del loro
 patrono, come quegli che
 solo sa dar calma e fiducia
 alla Spagna. Verrà adducato
 oggi stesso che il Signor
 Duca di Cetana non si
 mostrerà troppo disposto, nel
 caso che venga chiamato
 dalla Regina ad accettare il
 potere, e che potrà indugiare
 fin le quali figurebbero lo
 sgrato della monarchia Patto-
 cino e del Padre Claret,
 ed il riconoscimento

del Regno d'Italia come
fatto compiendo.

Prego l'buellenza Vostra
di gradire gli atti del
mio massimo ossequio.

A. Cavallini

N. 3.
via Salita

Ricevuto il 27/10/64

Ministero di Stato

Così

Gius.

Non sempre sarà facile
scontrare questi signori. Peraltro,
perché da qualche tempo non aveva
tenuto abboccamento col sig.
Alonte Ministro delle estere
relazioni. Il vide finalmente due
giorni sono al ministero, e nell'
andare il discorso sulla nuova
situazione d'Italia, e conchiudere
francamente la validità del governo
sul rinnovamento del Regno
d'Italia. Il sig. Alonte non si
avita il discorso e mi parla di

A sua cortesia

Il generale cavaliere Sarmiento

Presidente del Consiglio

Ministro degli Affari Esteri

affari, mi disse che aveva cost
ardenti perché tutto procedesse
regolarmente e che le mie domande
sarebbero con tutta cura ascoltate
e per quanto possibile venissero
compiuti i miei desideri. Fatto
però questa dichiarazione non
rispondevano ai miei calcoli
riportai il discorso sul mio tema.
Ed il sig. Morante in modo
bastantemente chiaro mi fece
vedere che l'impressione prodotta
in alta regione pel trattato
Franco-Italiano non era tale da
poter per ora toccare questo
punto, che perciò era necessario
attendere che le idee ritornassero
alla calma. Le preghiere, le suppliche
dell'anime devote che circondano
il trono di Spagna fanno vedere
alla regina, il più triste avvenire
pel Santo Padre e conseguente

la salute. Spira di questi giorni
anime, temendo che senza una
grave scossa sarà quasi impossibile
lottare contro arti così bene
adoperate.

Al sig.^o Marrot ambasciatore
di Francia, il quale si prepara a partire
per Parigi dovendo dare il posto al
nuovo ambasciatore sig.^o Marrot,
cerca di persuadere gli uomini
del governo di qui dell'importanza
della nuova convenzione per cui
che riguarda la Santa Sede, e mi
viene riferito non so con che
grado di verità che il sig.^o Marrot
nuovo ambasciatore a Parigi
sta ora cercando di ottenere dal
governo istruirli che non
siano per procurargli così disgusti
e varrebbe appunto il preside
per partengano la nuova posizione
fatta al Papa per essere all'opera.

in disarmo sulle disposizioni generali
di Spagna verso l'Imperatore
e per conseguenza per la spina
d'oro accettata della nuova
sistemazione delle cose italiane.

Il signor Sachse partirà
alla fine del mese corrente per
la nuova ambasciata a Roma
e passerà per Parigi, Torino e
Firenze collo scopo di rendere
informato il suo governo del vero
spirito che domina in quella
città.

Voglia l'Escellenza
Vostra gradire gli atti del
massimo mio ossequio.

A. Garavito

Politico
1. 72



N. 6. Gabl.

Madrid 21 giugno 1865
Austria il 27.

16

791
931

Prop. il 5/7-65
Cassella

Come annunciato all'ambasciatore
nostro per telegrafo, il Presidente
del Consiglio Generale, Domènec nel suo
programma al Parlamento indicò la
volontà del governo di riconoscere
il Regno d'Italia. Oggi poi il
Ministro degli Affari Esteri, sig.
Bermudez de Castro mi dichiarò
verbalmente, ma in modo ufficiale,
che il gabinetto era venuto al potere
col fermo proposito di compiere
quanto prima il riconoscimento del
Regno Italiano, che m'incaricava

di Sua Eccellenza

Al Sig. Generale Cavaliere Lamarmora
Presidente del Consiglio, Ministro
per gli Affari Esteri

La - en - en Firenze

di far conoscere tal determinazione
 al governo del Sp, e che in pari
 tempo desiderava che portasse alla
 di lui conoscenza che, stante le
 circostanze completamente speciali
 della Spagna, sarebbe stato necessario
 incontrare di comune accordo un
 mezzo per compiere il riconoscimento
 ponendo in salvo le opinioni reli-
 giose della fattoria Spagna. Il
 Sr. Bermudez insistette nella
 ferma volontà del gabinetto di
 condurre a termine tale affare
 soltanto ora colla piena annuenza
 di S. M. la Regina.

Per dotti dover mio desidero
 immediatamente informato l'Esaltanza
 Vostra per telegrafo ed ora riverire
 Mandole quando sopra attendere le istru-
 zioni che spero vorrà compartirmi in
 proposito.

Dopo l'Esaltanza Vostra di voler
 gradire gli atti del ministero mio o proprio.

A. Cavallini

Confidenziale

Chad. d. 25 giugno 1867

N. 72

3
 9/10
 Rispo. il 5/7-65 N. 6 Cass



Cassanese

Ho veduto mio dovere
 il riferire all'ellenza Vostra
 nei miei discorsi della serie
 politica avere il Generale
 O'Donnell nel programma del
 nuovo Ministero da lui tracciato
 nelle due Camere annunciato
 al paese, quantunque con termini
 alquanto ambigui, la risoluzione
 presa dagli attuali Consiglieri

A Sua Ellenza

Il Sg. Generale Cav. La Marmora }
 Presidente del Consiglio e Ministro }

della Corona di seguir l'esempio
delle altre potenze europee
riconoscendo il Regno d'
Italia.


Non appena infatti mi fu
dato vedere il nuovo Ministro
delle relazioni esteriori signor
Berindey, questi mi confermò
le disposizioni favorevoli all'
Italia del nuovo gabinetto,
e m'incaricò senz'altro di
annunziare all'Alleanza vostra
la decisione suddetta. Come
però il Presidente del Consiglio
parlando nelle Camere aveva
fatto parola di non intendere
con siffatta politica di venire
meno al rispetto dovuto al

Capo della Chiesa, così il Ministro degli Affari Esteri mi soggiunse che nell'atto del riconoscimento sarebbe desiderio dell'attuale gabinetto di evitare la questione religiosa, e di trovare d'accordo con noi un modo qualunque onde dare qualche soddisfazione ai sentimenti cattolici così radicati nel popolo spagnolo. Seguì dicendo: «quanto me voi sapete come il partito Nocedal sia forte in Parlamento ed appoggiato altrove. Quindi senza per questo porre in dubbio alcuno l'atto stesso del riconoscimento mi siamo decisi di compiere, spero che

?

il vostro governo vorrà
 facilitare la via, ed andare
 a che ci salviamo dalle ire
 dei clericali con una formula
 od un atto che ci esima dalla
 accusa di mancare ai doveri
 di nazione cattolica verso
 la Santa Sede. - Mi narra
 quindi come già il Reigis di
 sua Santità, l'Ambasciatore del
 Re Francesco II avessero tentato
 direttamente presso di lui e
 per mezzo dei loro amici anche
 fra il corpo diplomatico di
 sconvolgere il governo da
 questa decisione, invocando
 molti motivi per provare la
 opportunità di ritardare tale

intenzioni in proposito dell'
 l'ellenga Vostra, risposi che
 non m'erano particolarmente
 prudenti alla memoria le
 circostanze tutte del risuscitamento
 per parte di quelle due potenze.
 Osservai solo che quattro anni
 fa l'Italia era in condizioni
 ben diverse di adesso. E mi
 limitai a stabilire con lui,
 quantunque a voce, i due
 punti precisi ch'ei m'incaricava
 di trasmettere al mio governo,
 e che mi sono dato premura
 d'indicare all' l'ellenga Vostra
 per telegrafo prima, e quindi
 col mio dispaccio di ieri della
 serie politica onde avere



le opportune istruzioni.

(Devo però in pari tempo
aggiungere all' lusinga Vostra,
nonostante le contrarie asser-
zioni del Sig.^o Bermudez,
che il gabinetto attuale incontra
grandi difficoltà nell'attuazione
delle cose liberali promesse
nel suo programma non
tanto in pratica quanto in
Corte. - Per il riconoscimento
stesso, il Generale O'Donnell
dopo averlo apertamente
propugnato in questi ultimi
mesi, ora giunto al termine dello
stato, non poteva, senza disdirci
pubblicamente, non annunciarlo
al paese, ed anzi tutta Madrid

la sera stessa del cambiamento
 ministeriale, prima di
 aver la voce del nuovo
 Gabinetto, diede il riconoscimento
 come sicuro, sendo le attuali
 opinioni della Unione Liberale
 troppo note, perché potesse
 cadere dubbio in proposito.
 Si è certo che la notte
 stessa in cui la Regina chiamò
 a sé il Duca di Rutland inviandogli
 un biglietto scritto di propria
 mano, questi prima di accettare
 l'incarico di comporre la nuova
 amministrazione pose varie
 condizioni fra le quali era
 quella del riconoscimento d'
 Italia. E Sua Maestà convinta
 della necessità di ricorrere ai

servizi di lui; annui ai patti.
 E se spesso si contende prima
 che giurassero i Ministri. Ma
 bene sotto le recriminazioni della
 parte clericale, la influenza
 delle credenze superstiziose e
 delle persone che circondano la
 Corte potrebbe avere il disopra.
 Sarebbe da tenerci conto
 delle difficoltà contro cui il
 Gabinetto attuale ha da lottare,
 e mi fu facile l'intendere che
 ad esse principalmente alludeva
 il Sign. Bermudez nella sua
 conversazione con meco.

Effetti ostacoli che frappongono
 alla libera attuazione dei
 progetti del Ministero e così

grande che per circolavano perfino
in città voci di una nuova
crisi; e si giunse a dire che
il Reame aveva chiesto i suoi
passaporti, cosa interamente
falsa, che anzi mi consta
non essere egli stato fino
ad oggi ricevuto ancora da
sua Maestà.

Crede che il Generale
O'Donnell saprà ora lottare
e vincere. Ma mi è forza il
non dissimulare all'Inglese
Vostra quale sia la sua
posizione, e come sia cosa
pure sensibile se egli ricorra
a certi espedienti per tergiversare
e eludere le difficoltà, sendo
fino nella opinione di molti

che insistendo egli nelle sue idee
cadra fra non molto.

I partiti intanto riprendono
vigore. I giornali progressisti
in parte scagliandosi con violenza
contro il Duca di Salaparuta, ed
in parte invece lo adulano
invitandolo a porsi a capo della
rivoluzione. Il partito moderato
egualmente si divide, ed alcuni
appoggiano il Gabinetto sperando
colla conciliazione degli animi
di evitare le risoluzioni estreme,
mentre altri in quella via lo
combattono ad oltranza. Queste
divisioni dei partiti a lui
contrari fanno, a mio giudizio, la
sua forza in paese, ed anzi
sono un segno di vita. Ma

B

disgraziatamente in Spagna le
 influenze di Corte sono più forti
 di quelle del Parlamento, e decidono
 più delle votte delle sorti dei
 Ministeri.

Aspettarsi gli ordini dell'
 Collega Vostra prima di dare
 alcun passo tendente a riannodare
 ed a spingere, ora che il vento pare
 proprio, i negoziati per il riconoscimento,
 onde prima conoscano o l'Ha vede
 l'Ha dignità del paese di accettare
 veruna restrizione o riserva, e di chiedere
 maggiori spiegazioni al Governo Spagnuolo.

Valgami dell'incontro per intanto,
 l'illustrissimo ~~Il~~ Ministro, gli atti
 del mio massimo ossequio.

A. Cavallotti

Politica 806/1701
 N. 73
 (confidenziale)
 Rispo. il 17-6-85 N. 6, Gab.
 Li L
 Madrid 27 giugno 1865
 176
 Cuellegna

Mio l'onore, a informare
 l'On. Cuellegna, che il Ministro
 degli Affari Esteri di V. M. e qui
 stesso, gradirà ai rappresentanti spagnuoli
 all'estero una circolare tendente
 a spiegare la politica del gabinetto
 attuale. In questo documento, recato
 intieramente dal M. Bermudez
 de Castro, è annunciata il prossimo
 riconoscimento del Regno d'Italia
 in termini chiari e soddisfacenti,
 e sono riferite le ragioni sulle
 quali egli ha creduto dover

A V. Ma. Cuellegna
 Il Sig. Generale Cavaliere, D. Mariano
 Brindenti del Consiglio Ministro
 per gli Affari Esteri
 in un

spiegare
 questa decisione presa
 il 11 maggio di Chas. (Vasile), Gab.
 e di mantenimento sino ad
 ora interamente segreta, e in
 questa notizia, e comparsa al primo
 informazione avuto.

che il qual-
 ha tentato
 direttamente
 di dissuadere
 il Gabinetto
 spagnolo del
 rinnovamento.

Il sig.º Garcia del Valle
 ha già ricevuto l'ordine del Ministero
 di far tutto ritorno al suo posto.
 Qualunque per affari di famiglia
 si desidera di passare l'estate
 in Madrid deve partire alla
 volta di Siviglia in prima classe
 settimanale (non volendo il sig.º
 Bermudez che la sua assenza
 possa essere diversamente inter-
 pretata).

Il sig.º Nicolás Aparisi
 cavaliere del suo partito agi-
 tarsi in modo straordinario
 contro la politica del gabinetto
 a lui favorevole. Hanno
 annunciato l'altro giorno su questo

punto una istigazione alla
 farnesia, alla quale il Ministero non
 vuole rispondere. E siccome tentano
 forzatamente ad accettare la descrizione
 e usavano per questo ogni loro
 influenza. Intanto hanno redatto
 una petizione che deve raccogliere
 firme in ogni parrocchia di
 Spagna per protestare contro il
 riconoscimento. I rappresentanti di
^{di Madrid} Spagna e Napoli qui residenti
 mostransi ottimamente accorati, ed
 implorano solo dal governo che
 tardi qualche mese a compiere
 questo atto.

Dopo l'incertezza nostra
 di gradire gli atti del magnifico
 mio ospite.

D. Gervasio

Politico
N. 44
(Confidenziale) Quella
Madrid 29 giugno 1867
179

Ebbi l'onore di ricevere
per istantanea il telegramma
che l'Quella Vostra mi
diresse, col quale m'incaricava
di far conoscere verbalmente
al Ministro delle relazioni estere
che il Governo di S. M. il Re
vedrebbe con piacere il Governo
Spagnuolo riconoscere l'Italia,
ma che in quanto alla forma
da adottarsi l'Quella Vostra
non poteva indicarne altra

A Sua Quella
Il Sg. Generale La Marmora
Presidente del Consiglio Ministro

quella impiegata già da varie
tinte cattoliche, cioè il
nascimento puro e
plice. Vidi stamane il
nos Bernardino de Castro,
li comunicai la risposta
vota.

Il Signor Ministro di
Lo osservo che le circostanze
iali della Spagna non
come potenza cattolica
come legata per la
stia reputata in simili
spetta parentela ed amicizia
due dei principi disputati
Italia edigerano, a parer
che si adottasse una

per a tal riguardo
la cui conclusione
lavoro unione
Governo del re al
Tab. l'incanto dei
mattei fra 1. 872
che egli bramava
all'atto del ricono
per cui la Spagna
grande dopo quattro
Costituzione del
tra la quale regione
giunse ^{opera} costante
al punto delle 6
15 lire, sotto
però anni ^{l'idea}
alle quali egli po
opportuno per parte
l'apporto ^{al punto}

Q

forma qualunque ad un atto
preventivo che spiegasse al
paese la condotta del
Governo, e dette ai sentimenti
della Regina una soddisfazione
per l'abbandono che fu
delle controversie sino ad ora
in lei dominanti. « Queste cir-
costanze, ci mi disse, non le
arrovano né il Portogallo né
il Belgio. Epperò il riconoscimento
può e semplice us in quei
piccoli stati naturali,
principalmente avendo quest.
potenze preso la determinazione
di riconoscere l'Italia quasi
al principio della costituzione
di questo Regno. Ma Spagna

varie osservazioni
che egli disse.
narrotta che il
tribunale al vi-
sopport. E più
in la Spagna;
oltre di spiegare
sunto la ragione
si attribuisce
anni dalla
Regina di Italia,
egli mi sog-
giunse che
essenzialmente
del ~~Portogallo~~
il ~~Portogallo~~
interregno
di cui
del Regno
d'Inghilterra.

dopo avere osservato nei
 quattro anni scorsi una
 politica quasi ostile all'
 Italia, non può ora con
 un atto puro e semplice cioè
 all'annuncio del titolo preso
 dal Re di Sardegna di Re
 d'Italia dichiarare falsa
 la politica seguita sino al
 dì d'oggi, e sconfittarla pub-
 blicamente riconoscendo l'
 Italia come da questi quattro
 anni non folders trascorsi.
 Vogli perciò che il vostro
 Governo si persuada della
 necessità in cui mi trovo
 di recare alcun atto preventivo
 che venga ledere la dignità dell'

Q

Italia dia pure a noi forza per
 rampere con la politica passata,
 e mostrare che il ricambio
 mento si fece dal gabinetto
 attuale colla profonda convinzione
 d'iniziare una politica utile
 e ragionevole."

Ma citi quindi l'esempio
 della Prussia la quale aveva
 cominciato le trattative con
 una Nota che metteva alcune
 riserve. E prosegue: Voi mi
 dite che il trattato del 15
 settembre risolveva alcune
 delle riserve poste dalla Prussia,
 ma il trattato del 15 giu
 non è che un atto tra Italia
 e Francia, e perciò non dà a

la soluzione desiderata.

La famiglia Bortonic di

colli in che situazione di

vera come venga dalla

ma abbandonata? Chiedete

mi a desiderarsi di toccare

sto punto e di veder se

cedendo essa beni privati

terugli tutti, il governo

non sarebbe disposto a

cederli almeno in

ite. »

Desiderando costui tale

addizione, preferii rispondere

signor Ministro di Stato

non saprei bene se i Bortoni

sono beni propri, e che

non completamente per quelli

Il signor Bortoni
parte atteso che
che proprietà
sopita nel 1870
il desiderio di
perme nel 1870
a far la vendita
beni che forse
non era con
privato.

fossero le intenzioni dell'Inglese)
 Vostra). Volo, esprimendo una
 idea interamente mia, mi
 faccio ad osservare che in
 ogni caso i punti da lui
 touchati esigevano qualche
 trattativa, e che questa non
 dubitai mai potesse intra-
 prendere se non fra potenze
 amiche, sendo, a mio giudizio,
 impossibile tale discussione
 fra potenze che non si erano
 peranco riconosciute.

Disse il signor Ministro
 di Stato che potrei avere
 in ciò ragione, ma che almeno
 desidererebbe che si prendesse
 preventivamente in qualche

Lettera in
 francese
 alcuni punti
 a grande stile
 e si prendesse
 in considerazione
 in tutti i punti
 enormemente
 affettuosi

impegno.

He indicò quindi l'utilità
per di conoscere le intenzioni
del Governo italiano sulla categoria
della missione da inviarsi
per riamodare le relazioni.

Ma soggiunse che su tutto ciò
non aveva peranco idee
precise, e che si riservava
però di farvi ritorno
fra due o tre giorni onde
aprirvi del tutto la sua
mente, come aveva stabilito
qualche cosa di più concreto.

Il colloquio terminò con queste
due parole: *Voglio sperare*
che il vostro Governo si

Q

caro carico della nostra posizione
 fatto bersaglio di tutte le
 in dell'ultramontanismo
 perché siamo francamente
 disposti non solo a
 riconoscere il Regno d'
 Italia, ma ad entrare
 con lui in stretta amicizia.

Attenendomi agli ordini
 di Vostra Lueenza serbai la
 maggiore riserva, e mi
 limitai ad assicurare il Signor
 Bermudez che come mi farà
 chiamare, acquerio disposto
 a trasmetterle a Vostra Lueenza
 le sue osservazioni.

Valgami del presente

incontro per ritirarmi
alla famiglia Vostro gli addi
del mio massimo obsequio

A. Cavallini

Madrid. 4 luglio 1865.

Politics
p. 46

C. I. /
10/11/11

Confidenziale

Quellenza

Con mio telegramma
di ieri ebbi l'onore di riferire
alla Excellenza Vostra le idee
manifestatemi dal S. Ministro
di Stato sovra i primi passi
che, a suo giudizio, dovrebbero
darsi per regolare il riconoscimento
d'Italia per parte della
Spagna. Egli crede che l'arrangiarsi

la sua Excellenza
il S. Gen. Cap. Generali Dalmatino
Presidente del Consiglio e Ministro

3

da lui fattami ufficialmente,
 quantunque verbale, della
 decisione presa su di questo
 punto dal governo di S. M.
 Cattolica potrebbe ottenere
 una risposta come sarebbe
 quella della lettura di un
 dispaccio dell' *Espresso* Vostra;
 e trarrebbe quindi averne
 copia onde far vedere sia
 in Corte che ai signori suoi
 compagni in Parlamento come
 per parte del governo italiano
 non venga data con indifferenza
 la notizia di tale determi-
 nazione.

L' *Espresso* Vostra sarà
 persuaso che per parte mia

m'incaricai soltanto di trasmettere
 questo desiderio del signor
 Bermudez senz'assicurarlo
 dell'autorizzazione, permettendomi
 inoltre di assicurargli che se
 l'Embarcato di Spagna si
 fosse trovato a Firenze
 avrebbe potuto informarlo
 dell'impressione che sopra
 il governo e sopra al padre
 aveva prodotto tale
 notizia. Non fu nemmeno
 possibile ritenermi dal
 chiedergli che avrebbe potuto
 farlo se il governo mi
 avesse spedito il dispaccio
 e con autorizzazione di
 trasmettergli una copia. Rispondermi

che in tal caso mi avrebbe
immediatamente diretto una
Nota per annunciarvi il
riconoscimento, ma che
era nell'intenzione di redigere
un documento esplicativo
della condotta del Governo
Spagnuolo in questi quattro
anni, e che per conseguenza
il trattato del quindici
settembre non che le spiegazioni
del signor Rouher al signor
Ghiere gli sarebbero per
fare comprendere il cambie-
mento attuale. Ma per ad-
diverare che sembravami
miglior partito abbandonare
tutte queste considerazioni



ed attenermi a un documento
 semplice senza osservazioni,
 le quali hanno sempre gravi
 inconvenienti, e gl'indicherei
 considerarsi il riconoscimento
 quale un semplice riassunto
 mento delle relazioni ordinarie
 fin qui interrotte, per lo che
 non era il caso di redigere
 siffatto documento. Ma non
 avrò di ora inutile di
 tentare di rimuoverlo; il signor
 Bermudez non si addatterà
 mai a comporre una cosa
 semplice, sendogli necessario
 di fare prova della sua
 abilità in scrivendo. A ciò volevo
 io alludere nel mio telegramma

di più dicendo che l'Ambasciatore
di Francia mi pregava perché
ottenessi dal R. Governo
condiscendenza su questo
punto, stimando egli pure
esser il sig. Bernier par-
ticolarmnte interessato a
fare pompa di ciò in un
documento destinato alla
pubblicità.

Venuto poi in discorso
col R. Ministro di Stato della
rappresentanza reciproca
letteraria esistente fra Spagna
e l'ex-R. di Napoli, egli
soggiunse che subito dopo
aver spedito la Nota di
riconoscimento, avrebbe posto

fine a diffatte relazioni.

Ho sperato che in seguito
a quanto ho avuto l'onore
di esporre alla cortesia Vostra
in questo come in precedenti
miei rapporti, Ella vorrà darmi
gli ordini opportuni per la via
che io debba quindi seguire.

Valgami dell'incontro
per reiterarle, l'entusiasta
dignità Ministro, gli atti
del mio profondo omaggio.

A. Cavallini

Madrid 23 Luglio 1865

196

fin.

81.

~~hab~~
Eccellenza

Stimo del mio dovere
di rendere l'Eccellenza Vostra
congrua della soddisfazione
dimostrata nelle opere
ministeriali per l'accordo
raggiunto col vostro Governo.

Il S. Generale D. Fornelli,
cui io fui per mattina a
ritrovare, ebbe a mostrarmi

meo ottremodo cortese, e
la lettera
del Generale Cav. La Marmora
al S. Generale D. Fornelli

« intrattenere lungo tratto di
 tempo sulle cose spagnuole e
 nostre. A proposito delle
 mene clericali e carliste mi
 disse non averne timore
 tendone l'agitazione soltanto
 a fior d'acqua, mentre il
 fondo del mare nel quale
 sta navigando l'attuale
 amministrazione è calmo quanto
 mai. Mi incaricò specialmente
 di far intendere al governo
 del Re come quello di Spagna,
 operato il riconoscimento,
 desiderava l'amicizia, l'amoroso
 con noi, onde entrambi calare
 la medesima via di libertà.

Il signor Bermudez de
 Castro mi ha letto ieri il
 dispaccio consegnato all'Inglese
 Vostra del P. Jares del Valle,
 e to trova quasi le indicazioni
 da lui dettate l'altro giorno
 me lo facevano presagire. Nel
 punto della convenzione del
 15 settembre, il P. Bermudez
 fu sempre meno troppo esplicito
 perché non dubiti che era
 nella sua prima intenzione d'
 insistere maggiormente, ma
 vado lieto che le dichiarazioni
 dell'Inglese Vostra abbiano
 valso a smuoverlo. Mi comunico
 quindi i telegrammi seguenti col
 P. Jares per chiarire alcuna

frade del difetto e per la
 nomina dell' *Legato italiano* a
 Madrid. Aggiunse che solo
 aspettava ora di conoscere a
 questo riguardo la decisione
 definitiva dell' *Intelligenza Vostre*
 per pubblicare immediatamente
 nel *Gazetta di Madrid* la nomina
 del *sig. Ulloa a Ministro*
Onnipotenzario a Firenze. Sperava
 di poterlo fare al più presto,
 e quantunque ci parlo oggi
 per S. Roderigo, mi disse
 che lascerebbe ordini perché,
 anche lui assente, si pubblicasse
 subito il decreto se oggi o
 domani giungesse la nuova

2

della nomina del rappresentante
italiano. Ma soprattutto Egli si
professò riconoscente all'Esultanza
Vostra per la franchigia e la
squisita cortesia impiegata
dal nostro Governo per i nego-
ziati, e mi richiese di
trasmettere a Vostra Esultanza
l'espressione di questo suo
sentimento (cui ebbi già
l'onore di compiere col mio
telegramma di ieri).

Valgami di questo incarico
per reiterarle, Eccellenza, il nostro
signor Ministro, gli atti del
nostro massimo omaggio.

A. Craxi

Madrid 12 luglio 1865



Politico
B 79.

Confidenziale Eccellenza

Com'èbbi l'onore

di riferire già all'Eccellenza
Vostra per telegrafo, perì otto
due dopo mezzo di mi presentai
al Ministero di Stato, e diedi
lettura al Signor Bermudez
de Castro della Nota di Vostra
Eccellenza del 5 corrente, lasciando
dopoi una copia dietro sua
richiesta. Ringraziai che la

la sua Eccellenza

Il Sig. Generale Cav. de Marmora
Presidente del Consiglio e Ministro
della Guerra

[Signature]

semplice lettura da me fattagli
 non era sufficiente per giudicare
 le cose in esso contenute, e che
 meglio da se solo l'avrebbe esaminata.
 Osservò però che parevagli troppo
 estesa principalmente nella
 parte che riguardava la
 Convenzione del 15 settembre e
 troppo categorica nelle sue
 dichiarazioni: «je la trouve trop
 serrée». Già io mi sapeva che
 il suo desiderio era di avere una
 Nota la quale solo recasse rim-
 grazimenti e buone parole,
 ond'essere interamente libero nella
 sua azione, e nella scelta delle
 idee per la redazione del dispaccio
 annunciante il riconoscimento

ufficiale d'Italia'. Gli soggiunsi:
 però che io aveva creduto del-
 mio dovere di riferire al
 mio governo tutti i punti ai
 quali aveva accennato nei
 suoi colloqui, onde anzi con
 siffatte franche spiegazioni
 evitare dei malintesi poi
 male intelligenze e dissapori.

Principalmente mi pareva co-
 ncessario in sulla convenzione
 del 15 settembre, avendomi
 egli anche ultimamente ripetuto:

«Dites et faites tout ce que
 Vous voudrez, mais Vous ne réussirez
 à m'empêcher de me servir de la
 convention du 15 septembre.»

Lo additerai però che in quanto
 alla Nota dell'Inghilterra l'avevo

leggendola pacatamente, e la
 troverebbe franca ed amica in
 ogni punto, arrendevole, e dettata
 dal voto di conciliare la
 nostra dignità coi desideri del
 Governo Spagnuolo.

Il Ministro di Stato passò
 indi a lamentarsi con meco
 del modo come alcuni, e il Reigio
 di Sua Santità particolarmente,
 agivano contro al Ministero;
 mi disse che tramettere già fosse
 già in Madrid la missione
 italiana, e a tale proposito mi
 pregò di trattarlo con fiducia
 dicendogli che sarebbe stato
 mandato dal R. Governo
 per il riconoscimento, e perfino

quale sarebbe il personale della
 nuova Legazione, onde stabilir-
 egli una precisamente eguale
 in Firenze. Risposi che altro
 non sapeva in proposito se
 non che la Missione sarebbe
 interamente degna dell' alto
 suo ufficio, ma che del resto
 queste erano cose cui facilmente
 avrei di subito conosciuto per
 telegrafo qualora però fosse
 prima compito il riconoscimento.
 Ci lasciammo così in ottime
 relazioni.

Appena venti minuti erano
 scorsi, lorsque un Ufficere del
 Ministero venne in Legazione
 a chiamarmi per parte del

Signor Bermudez. Acordi, com'era
 naturale, e mi recò ma-
 raviglia il vedere il Ministro,
 acinto quasi all'ira, muovermi
 rimprovero perche già tutta
 Madrid conosceva la Nota
 dell'Esellenza Vostra. Mi aggiunse
 che l'avrei vista pubblicare e
 commentare nei fogli della
 sera stessa, che si diceva
 da alcuni sembrare che a bella
 posta e per affettazione si
 si fosse ometto di far parola
 della Regina e dei suoi sentimenti
 personali verso l'Italia in
 questa occasione favorevoli,
 e dispiacere infine la dichiarazione
 sulla convenzione del 15 settembre.



come non obbligante l'Italia
 che verso la Francia). Disse, che
 mi aveva voluto avvertire, che
 stavo per scrivere in proposito
 al signor Garsu del Valle
 non potendosi trattare senza
 la segretezza delle pratiche. A
 tali parole del signor Bermudez
 mi limitai rispondere ed essere
 indifferente qualsiasi cosa mi
 egli stimasse di scrivere a Krug,
 che la Nota giunta mi solo la
 sera innanzi, non era uscita
 dalle mie mani, e che se vero
 fosse che la si conduca in
 Madrid prima della consegna
 da me fatta, solo ne avrei
 imputato la posta, avendo
 posto di me a disposizione

di chi lo volesse verificare), la
sorraccarta che portava fino
all'evidenza il segno dell'operata
apertura e del risigillamento.

Queste cose, già da me
riferite all'Eccellenza Vostra per
telegrafo, le sono note. Eredo
però nel mio dovere in questa
circostanza di ripetere all'Eccellenza Vostra che veramente la
Nota fu sempre nelle mie
mani, e che in questo senza
esitazione tutta la responsabilità,
avendo io agito come l'obbligo
mi correva. L'unica persona
con cui mi sia caduto in discorso
su tale argomento si è un amico
del Signor Albo, destinato a

Ministro di Spagna a Firenze, il
 quale la sera innanzi mi
 richiese per parte dell'Alba,
 a cui preme di potere occupare
 presto il suo nuovo posto,
 a che punto fossero le tratta-
 tive, quasi accusando me
 della loro lentezza perche' interessato
 a prolungarle quale amico dei
 progressisti. Io non provai
 difficoltà nel confettargli che
 ero già ricomto la Nota
 dell'Alleanza Vostra da cui
 speravo buone risultanze. Io
 che questa persona è al di
 amico del Generale O'Donnell,
 e che glielo avrò anch'io riferito,
 ma non vedo perche' trattan-

dodi di persona codante in-
 teressata averi fatto misterio
 di una cosa così semplice e
 nota a tutti in paese,
 sendochè gli amici del
 Ministero siano da molti giorni
 i primi a dire ovunque pro-
 venire il ritardo nel riconosci-
 mento della Nota dell'Inghilterra
 Vostra che non era ancora
 giunta. Ma dal fatto dell'
 arrivo di una Nota niuno
 poteva dedurre quale ne
 fosse il contenuto; ed io stesso
 nel mio primo colloquio avuto
 per mattina col *Sgt. Bernum*
 gli parlai dell'amico dell'Alba,
 e delle sue interrogazioni, onde
 metterlo al fatto dello zelo dei

suoi amici.

211

(Del resto se la Nota
fosse stata veramente conosciuta
in Madrid, come asseriva il
S^{to} Bermudez, ci me ne
avrebbe fatto parola la
prima volta in cui andai da
lui. Su meno di mezz'ora
di tempo, non poteva dubitare
avere dalla sua camera,
imparare a un tratto quanto
prima ignorava interamente.
E per me più che evidente ch'io
da cercar altrove il motivo
per tale improvviso mutamento,
ed io lo ritrovavo facilmente
nell'aver la Nota dell'Esulante
Vostra trasformato i progetti
che tra il S^{to} Ministro di Stato

e il Presidente del Consiglio
 avevano formato sulla forma
 da dare al riconoscimento.
 Il Signor Bermudez, a cui
 siffatti modi di trattare gli
 affari non sono ignoti, ha
 voluto così lasciarsi aperta
 una via onde iniziare nuovi
 negoziati a Firenze nel caso
 in cui trovasse troppo difficoltà
 a compiere il riconoscimento
 prendendo le mosse dall'ultima
 Nota di Vostra Eccellenza. Mi è
 però avviso che ora, dopo averla
 meglio ponderata, ci si arresterà
 forse davanti a questo fatto, e
 da informazioni sante so che
 questa manovra si dischi con altri

soddisfatto delle risposte di Vostro
Eccellenza, cui si apprestava di
riscontrare.

Quotidiani non è affatto vero
che la Nota sia conosciuta in
città. Nessun giornale della sera ne
ha fatto poi menzione; tra i vari
uomini politici di ogni partito
da me visti tra ieri ed oggi, nelle
dissezioni giornalistiche, fra i
membri del corpo diplomatico
nulla fino ad ora ha traspirato,
benché prova quanto insussistente
sia il motivo addotto dal sig.
Perez y Mendez per un tale mutamento
d'idee.

Per parte mia aspetterò ora
con fiduciosa ansietà gli ordini e

è il giudizio dell' lusinga Vostra
che, fero, trovia irreprensibile
la mia condotta, avuto la
cosenza di aver agito con disingna
quanto con lealtà.

Qui intanto il partito neo
cattolico combatte ad oltranza il
Ministero, e tenta comitardi di
fel nuovo l'arrivo della
Regina. Le proteste contro il
riconoscimento di Varus accu-
mulando, e fra di esse spingesi
quella, di cui ho l'onore di
antenderle un esemplare, del
Cardinale Arcivescovo di
Burgos, sendochi quasi non di
altro che di essa si parla da
due giorni. In questo punto
i fogli annunziano che il

Ministero esigendo da Sua —
 Maestà la dimissione del Car-
 dinale del cardo di ago del —
 Principe delle Asturie, siavi
 di nuovo crisi ministeriale,
 avendo la Regina chiamato
 presso di se alla Granja, per
 influenza dei clericali, il
 Marchese di Novales. Credo
 però che il Duca di Tetuan è
 deciso di lottare contro di tali
 ostacoli, e che per ora rimetterà
 al potere, sendo per molti motivi
 incaricato agli interessi della
 dinastia.

Valgami dell'incontro per
 riverirle, Serenissimo Re
 Ministro, gli atti del magnifico
 mio omaggio.

A. Comandante

Lettera di L. D. Pio IX. p. L. M. sul pronunciamento 216
del Re di Egitto T. Maestri L. 3

La lettera che Vostra Maestà mi ha ultimamente diretta, e colla quale mi chiede consiglio se debba da Lei riconoscersi lo stato attuale della Italia include gravi difficoltà per parte mia una ~~vergenza~~ di Chi domanda il consiglio, e per parte mia una vera impossibilità di poterlo dare nel senso affirmativo. Non mi nasconde la difficile situazione nella quale si trova la M. V. e conosco che nel sistema parlamentare il Sovrano trovasi spesso incappato nelle risoluzioni che vorrebbe prevenire; ma queste risoluzioni non possono ne debbono essere mai adottate a danno della Giustizia. Perciò vedo V. M. che il mio consiglio sarà sempre contrario a farle riconoscere una usurpazione ingiusta sempre e per i Principi Italiani che ne sono stati colpiti e molto più per questa

*L. Sede il di cui patrimonio venne a Me affidato
per essere tramesso intatto ai miei Successori.*

*Possibile che la Nazione Spagnuola così nota
per l'amore che porta alla fede Cattolica, che
questa Nazione la quale detta nel 1849 a tutto
il mondo un esempio così luminoso del suo
amore verso questa L. Sede e verso la mia gio-
vera Persona, voglia ora spingere la M. U.
a dare un esempio totalmente contrario?
Io spero di no.*

*Vero è che il desiderio da me dimostrato di
provvedere alla vacanza di moltissime Sedi
vacanti in Italia ha somministrato motivo a
fare supporre in alcuni che questa L. Sede
non sia aliena di proseguire le trattative col
Re Vittorio Emanuele e suo Governo fino al
riconoscimento dello stato attuale de la Chiesa.
Ma questi tali che hanno così pensato sono
caduti in un equivoco totale, giacchè al-za*

Cosa è di soddisfare al dovere imposto dalla coscienza
 al Vicario de J. Cristo di tentare tutto ciò che è
 possibile per provvedere ai bisogni della Chiesa,
 e altra cosa è riuscire le usurpazioni e sanzio-
 nare con la falsa dottrina dei fatti compiuti. Io
 dunque ho tentato di adempire al mio dovere,
 e dico anche con speranza di successo secondo
 i primi abocamenti col Negoziatore Piemon-
 tese, ma nel suo ritorno in Roma avendo ri-
 cevuto istruzioni totalmente diverse, le speran-
 ze sembrano svanite, per cui ritorniamo
 nello stato in cui eravamo prima delle
 trattative.

Del resto Io prego Dio a volere sostenere
 la M. V. dandolei lumi necessari per fare
 tutto il bene possibile nel suo Regno e
 salvare la Società oppressa nei giorni vicin-
 tri a gravi cimenti e ad eventi pericolosi.

Io Benedico di vero cuore con S. Michele il Prin-
cipe delle asturie, l'augusta Famiglia e tutti
suoi Subditi.

Dal Vaticano li 15. Giugno 1865.

Pius Papa IX.



ASUNTOS DE ITALIA.

EL MINISTRO DE ESTADO
AL ENBAJADOR DE S. M. EN ROMA.

Madrid: 26 de Junio de 1863.

Excmo. Señor:

Los despachos telegráficos y la circular que, con fecha 22 de este mes, dirigí á los agentes diplomáticos de España en el extranjero, han hecho conocer á V. E. que S. M. la Reina se había dignado aceptar la dimision presentada por el Ministerio que el Señor Duque de Valencia presidia, nombrando, para reemplazarle, otro Gabinete, á cuyo frente se halla el Sr. Duque de Tetuan, y en cuya administracion me cabe la honra de tener á mi cargo el departamento de Estado. V. E. habrá visto igualmente en los discursos pronunciados por el Presidente del Consejo en las Córtes, de que creo conveniente acompañarle copias íntegras, el programa de la política que en la gobernacion del país se propone seguir el actual Ministerio; juzgando innecesario llamar su ilustrada atencion sobre la importancia de la declaracion, formulada por el Gobierno, de que ha llegado, en su concepto, el tiempo de adoptar una resolucion respecto á los negocios de Italia.

Consecuente con este propósito, aproveché la oportunidad, que me ofrecia la recepcion del cuerpo diplomático extranjero, para conferenciar con el Rmo. Nuncio Apostólico y explicarle detenidamente el pensamiento y las intenciones del Gobierno. Entrando desde luego en la discusion del asunto, dije á Monseñor Barilli que su ya larga residencia en Madrid le habria hecho conocer sin duda la imposibilidad de continuar indefinidamente una política que no estuviese en consonancia con el espíritu de las instituciones que nos rigen y la opinion pública que á su amparo se forma; indicándole ademas los inconvenientes que podria traer al país la persistencia en ciertas ideas, de que sólo sabrian aprovecharse los partidos radicales. Manifestéle tambien que en este caso se hallaba la situacion anormal de nuestras relaciones con Italia; habiendo llegado

á ser la discusion de este negocio el campo de batalla de que se habian apoderado los partidos extremos para agitar al país. Hiciele presente que España, por deferencia al Santo Padre y por simpatía hácia grandes infortunios, habia dilatado años enteros la resolucien de este asunto, exponiéndose su Gobierno á rudos ataques y aislándose voluntariamente del concierto europeo, con la esperanza de que un arreglo entre las partes interesadas, ó un acuerdo entre las potencias de Europa, diesen una solucion definitiva á los graves negocios de Italia. Esta esperanza no se ha realizado hasta ahora, contra nuestro más ardiente deseo; y el Gobierno de S. M. tendria tanta menos razon para perseverar en esa línea de política, cuanto que el tiempo y el curso de los sucesos han demostrado que era, no sólo estéril, sino contraria al objeto que se proponia. Ni los peligros de una conducta fuertemente combatida en el interior, ni los inconvenientes, en el exterior, de un apartamiento sistemático de las grandes naciones del mundo, que, con una sola y natural excepcion, han reconocido al reino de Italia, se hallarian compensados con la seguridad, ni áun la esperanza, de contribuir así al restablecimiento de soberanos desgraciados, ó á la completa restauracion del poder temporal de la Santa Sede. Cuando la base de nuestra política ha sido y debia ser necesariamente la neutralidad, nuestro aislamiento prolongado perjudicaria á España, sin favorecer al Papa ni á los príncipes, por cuyas desventuras hemos mostrado tan públicas y constantes simpatías.

Dije ademas al Nuncio de Su Santidad que, como todos los españoles y á ejemplo de su Reina, los Ministros de S. M. profesan al Santo Padre la más profunda veneracion, como cabeza visible de la Iglesia, y sienten hácia su augusta Persona todo el respeto y la admiracion que inspiran sus desgracias, su constancia y sus virtudes; que, deplorando sus tribulaciones y la imposibilidad en que se encuentran de remediárlas, conocian que, para ser útil algun dia á los santos y permanentes intereses del Pontificado, era indispensable que España reanudase sus relaciones políticas con el reino de Italia, entrando en el concierto europeo y habilitándose así para hacer oír su voz y emplear la influencia que le diesen las circunstancias, en favor de la independencia y dignidad de la Santa Sede. De este modo se conciliaria la necesidad de poner término á una situacion difícil, con el interes que nos inspira todo cuanto tiene relacion con la cabeza visible de la Iglesia.

Añadí tambien que, al tratar con Italia y anudar con este nuevo Estado antiguas y necesarias relaciones, el Gobierno de S. M. no entiende aprobar pasados sucesos, ni debilitar el valor que tengan las protestas formuladas acerca de ellos por la corte de Roma. Reservando en la cuestion de Italia todos los derechos, pero atendiendo á los intereses de España, el Gobierno de S. M. no hace más que seguir el ejemplo de casi todas las naciones católicas del mundo. Y cuando la misma Santa Sede, en su alta sabiduría y exquisita prudencia, ha creído oportuno tratar con un representante del rey Victor Manuel para el arreglo de cuestiones religiosas en el nuevo reino de Italia, no podrá causar extrañeza que la opinion pública se muestre hoy más decidida á pedir que España reanude con ese mismo reino de Italia sus relaciones políticas.

Manifesté; por último, al Nuncio de Su Santidad que, impulsado por tan poderosas

razones, el Gobierno creía indispensable proceder á este paso, iniciando desde luego las negociaciones convenientes con el gabinete de Florencia.

Dado este paso previo de respeto y deferencia hacia la Santa Sede, tuvo ocasion, momentos más tarde, cuando se me presentó el Encargado de negocios del rey Víctor Manuel en esta corte, Baron Cavalchini, de anunciarle la resolución del Gobierno de S. M.

Al dar lectura de este despacho al Secretario de Estado de Su Santidad, dejándole copia de él, si lo desea, es la voluntad de S. M. que asegure V. E. al cardenal Antonelli, y muy particularmente á Su Santidad misma, que el Gobierno de la Reina abraza los más profundos sentimientos de respeto y veneracion hacia su sagrada autoridad y su augusta persona, hallándose decidido á defender, ahora y siempre, por cuantos medios morales estén á su alcance, los derechos é intereses de la altísima institucion que simboliza.

Dios etc.

(Firmado.) M. BERNÚEZ DE CASTRO.

EL MINISTRO DE ESTADO

Á LOS REPRESENTANTES DE S. M. EN EL EXTRANJERO.

Madrid: 26 de Junio de 1863.

Creiendo el Gobierno de S. M. que ha llegado el momento de adoptar una resolución en la cuestion de Italia, segun lo ha manifestado al presentarse á las Cortes, he aprovechado mi primera entrevista con el Nuncio de Su Santidad para coofirmar las declaraciones del Presidente del Consejo de Ministros y anunciarle el propósito de llevarlas á efecto en corto plazo.

De esta conferencia doy cuenta al Embajador de S. M. en Roma, en despacho de esta fecha, que dice así:

(Aquí se insertaba el documento que antecede.)

Comunico á V... integro el despacho que precede, para que, enterado del pensamiento del Gobierno y de las causas que determinan su conducta, pueda V... ponerlo en conocimiento de ese Sr. Ministro de Negocios Extranjeros en la primera ocasion oportuna, dejándole copia del despacho dirigido al Sr. Pacheco, si lo desea.

De Real órden lo digo á V... etc.

(Firmado.) M. BERNÚEZ DE CASTRO.

Despacho telegráfico.

EL EMBAJADOR DE S. M. EN ROMA
AL SEÑOR MINISTRO DE ESTADO.

Roma: 9 de Julio de 1863.

He visto al cardenal Antonelli. Éste y Su Santidad han quedado perfectamente enterados de la comunicacion, cuya copia tienen. Me manifestó el Cardenal que, siendo ya una cosa hecha, nada tenían que decirme sobre ella, aparte de la exposicion de un sentimiento natural y la esperanza de que España no se apartase de la Santa Sede. Dice tambien que Su Santidad no duda de las protestas sinceras del Gobierno. Por nuestro correo de gabinete, que salió el siete, di á V. E. cuenta de todo.

EL EMBAJADOR DE S. M. EN ROMA
AL SEÑOR MINISTRO DE ESTADO.

Roma: 7 de Julio de 1863.

Excmo. Señor:

Muy señor mio: El lunes 3 recibí el despacho de V. E., respectivo al reconocimiento del reino de Italia, que debía comunicar al Cardenal Secretario de Estado. Hallándome indispueto el martes 4, día de audiencia, hizo la comunicacion y dejó la oportuna copia el primer Secretario de esta embajada, Sr. Zea Bermudez. Hoy he visto yo propio al cardenal Antonelli: quien me ha dicho haberse enterado de ella, igualmente que Su Santidad; que, siendo ya una cosa hecha, nada tenían que decirme sobre la misma, aparte de la expresion de un sentimiento, que no podría ménos de comprender, y la esperanza que conservaban siempre de que la España no se apartase de la Sede Romana. Hice lo que pude para afirmar esta creencia; y habiendo manifestado al Cardenal que deseaba ver á Su Santidad, como se me prevenia, me contestó que lo veria en Castel-Gandolfo, adonde va á marchar, cuando lo deseara; pero que con el objeto indicado era completamente inútil, pues Su Santidad estaba enterado perfectamente del despacho, y no dudaba de las protestas sinceras del Gobierno.

Esto no obstante, aprovecharé la más próxima ocasion, segun permitan los espantosos calores que nos abruman.

Dios etc.

(Firmado.) J. F. PACHECO.

EL MINISTRO DE ESTADO
AL EMBAJADOR DE S. M. EN ROMA.

Madrid : 10 de Julio de 1865.

Excmo. Señor :

He recibido el despacho de V. E., núm. 77, de 18 de Junio último : y he leído con sumo interés las importantes noticias que en él me comunica después de la conferencia que había tenido V. E. la víspera con Su Santidad al ir á felicitarlo por el décimonono aniversario de su elevación al solio pontificio ; y debo ante todo rogar á V. E. que manifieste al Padre Santo nuestra profunda gratitud, por la bendición que con este motivo dió para S. M. la Reina, su Real familia y la nación española, y la gran satisfacción que la Reina y su Gobierno experimentan al saber que su salud ha mejorado notablemente.

La entrevista, de que V. E. da cuenta, demuestra que ya en aquella fecha se consideraba como muy probable un cambio de Ministerio y de política en España, y que Su Santidad, en su alta sabiduría, comprendía perfectamente que el Sr. Duque de Tetuan, llamado á los consejos de la Corona, no podía ménos de reconocer el reino de Italia si había de atender á los intereses de la nación, á las exigencias de la opinión pública y á la conveniencia misma de la corte romana, á la cual ningún servicio podíamos prestar continuando en el aislamiento en que nos hallábamos, nada favorable para tratar esta cuestión con las potencias de Europa. Mi despacho de 26 de Junio no ha debido sorprender, por lo tanto, al Gobierno Pontificio ; y el telegrama de V. E. de ayer, anunciándome los términos en que lo ha apreciado el cardenal Antonelli, viene á confirmar la creencia, que siempre he tenido, de que Su Santidad y su Secretario de Estado harían plena justicia á los nobles sentimientos, que han guiado en este asunto á los Ministros de la Reina, y á su firme propósito de no abandonar ni por un momento la defensa de los intereses católicos que el Pontífice representa.

Indica V. E. que el deseo de ese Gobierno, según le ha dicho una persona de alta posición en él, es que España, al reconocer el reino de Italia, obtenga un compromiso de las potencias católicas para garantir la integridad del patrimonio de San Pedro. Me parece oportuno recordar á V. E. la opinión distinta que sobre esta cuestión tenía ese Gobierno hace cuatro años, consignada en el despacho que el Duque de Gramont dirigió al Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, en 22 de Junio de 1861. El Embajador francés, después de elogiar el espíritu de moderación y de justicia con que se había apreciado en el Vaticano la determinación del emperador Napoleon de reconocer al rey Víctor Manuel como rey de Italia, añadía que el cardenal Antonelli no aprobaba las notas dirigidas á Mr. Thouvenel por los embajadores de España y Austria, en que exponían la necesidad de una garantía colectiva de las potencias católicas para el territorio que actualmente posee la Santa Sede ; y que Su Eminencia había manifestado que, si se celebraba un acuerdo semejante, se vería precisado á protestar contra la diferencia que este acto podría establecer entre el territorio garantido y el no garantido.

El Gobierno de la Reina ve con gusto que las ideas de la Santa Sede respecto de este

importante punto se han modificado notablemente desde entonces; y se halla dispuesto á contribuir, por cuantos medios estén á su alcance, al sostenimiento de la independencia del Somo Pontífice.

De Real orden, etc.

(Firmado.) M. BERMUDEZ DE CASTRO.

225

EL MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE ITALIA
AL BARON CAVALLINI.

Florença : 5 de Julio de 1865.

Monsieur le Baron :

Vos derniers rapports me font connaître que le Gouvernement espagnol est disposé à reconnaître le royaume d'Italie. Le Gouvernement du Roi a été très-sensible à cette détermination bienveillante du cabinet de Madrid, et attache un haut prix aux dispositions amicales qui lui sont témoignées dans cette circonstance.

Je vous prie, Monsieur le Baron, d'être auprès du Ministre des Affaires Etrangères de Sa Majesté la Reine l'interprète de ses sentiments, en lui donnant l'assurance qu'ils sont partagés par Sa Majesté le Roi et par l'Italie entière.

Toutefois Son Excellence Monsieur Bermudez de Castro vous a exprimé le désir de s'entendre avec nous sur la signification que devait avoir la reconnaissance du royaume d'Italie par l'Espagne.

Il me suffira à cet égard de dire que le Gouvernement du Roi regarde la reconnaissance d'un état par l'autre, comme n'ayant par elle-même, ni plus ni moins de portée que le rétablissement pur et simple de relations diplomatiques régulières, et comme ne pouvant en aucune façon avoir pour effet de lier la politique de l'un des deux gouvernements à celle de l'autre.

Il ne peut y avoir lieu là-dessus à aucune difficulté entre l'Italie et l'Espagne.

Vous m'écrivez encore, Monsieur le Baron, que le Gouvernement espagnol désire baser, dans ses communications officielles, sa résolution de nous reconnaître sur le fait de la conclusion de la convention du 15 Septembre. Pour ne donner lieu à aucune équivoque je crois convenable d'établir à cet égard deux points qui ne sauraient, selon moi, être contestés.

En premier lieu, vous savez, Monsieur le Baron, que les autres puissances catholiques qui nous ont reconnus, ont parfaitement senti qu'au point de vue des intérêts religieux elles n'avaient aucune explication à nous demander sur notre attitude envers le Saint Siège, les faits ayant assez prouvé que ces intérêts ne sont en aucune façon compromis par la reconstitution de l'unité de l'Italie.

En deuxième lieu, j'observerai que la question d'occupation territoriale réglée entre l'Italie et la France par la convention du 15 Septembre les intéressait l'une et l'autre exclusivement, et que cette même convention a été conclue entre les deux parties contractantes en dehors de toute ingérence de la part d'autres puissances.

Cela étant, dans le cas où le Gouvernement espagnol croirait à propos d'invoquer comme motif déterminant de sa résolution actuelle la convention du 15 Septembre, il devrait être naturellement entendu que la mention de cet acte international dans les communications officielles de l'Espagne ne pourrait en aucune façon porter atteinte au principe d'après lequel la convention du 15 Septembre, comme la situation politique qu'elle a eu pour objet de régler, ne concernent que l'Italie et la France.

Quant à l'opinion que vous a exprimée Son Excellence Monsieur Bermudez de Castro sur l'opportunité de mettre de nouveau en question l'interprétation de la convention du 15 Septembre, je ne saurais, je l'avoue, la partager. — Les deux puissances contractantes auxquelles il appartenait de s'en occuper, ont fixé entre elles cette interprétation, régulièrement et en voie diplomatique, ainsi qu'il résulte du télégramme adressé le 1.° Novembre 1864 au Gouvernement du Roi par le Ministre d'Italie à Paris, et de ma dépêche à ce Ministre en date du 7 Novembre. — Les autres puissances ont pu puiser dans ces pièces qui ont un caractère international, tous les renseignements qu'elles ont pu désirer pour leur information particulière; mais je ne croirais pas régulier de prendre acte des constatations qu'il leur conviendrait pour de raisons quelconques de faire à ce sujet.

Le Ministre des Affaires Etrangères d'Espagne vous a encore entretenu des biens dont les familles des princes déshérités pourraient avoir à réclamer la restitution de la part du Gouvernement italien. Vous voudrez bien assurer Son Excellence Monsieur Bermudez de Castro qu'en principe le Gouvernement du Roi n'a jamais entendu retenir celles de ces propriétés qui seraient reconnues comme ayant un caractère privé; il ne s'agirait donc que de déterminer régulièrement si les biens en question ont ce caractère. C'est là une difficulté à l'égard de laquelle il sera beaucoup plus facile d'arriver à une solution, comme vous l'avez fort bien remarqué, quant les rapports réguliers entre les deux états seront rétablis.

J'espère, Monsieur le Baron, que le Gouvernement espagnol verra dans ces franches explications la preuve de notre désir de répondre d'une manière aussi satisfaisante que possible aux ouvertures qui nous sont faites.

Vous êtes autorisé à donner lecture de cette dépêche à Son Excellence Monsieur Bermudez de Castro et à lui en laisser copie s'il le désire.

Agréez, Monsieur le Baron, les assurances de ma considération très-distinguée.

(Firmado.) ALMI. LANARMORA.

(Traducción.)

Sr. Baron :

Por las últimas comunicaciones de V. me he enterado de que el Gobierno español se halla dispuesto á reconocer el reino de Italia. El Gobierno del Rey ha agradecido mucho

esta bondadosa determinación del gabinete de Madrid, y aprecio altamente las amistosas disposiciones que en esta ocasión le manifiesta.

Ruego á V., Sr. Baron, que sea el intérprete de estos sentimientos cerca del Ministro de Estado de S. M. la Reina, asegurándole que igualmente participan de ellos S. M. el Rey y la Italia entera.

Su Excelencia el Sr. Bermudez de Castro ha expresado á V. el deseo de entenderse con nosotros sobre la significación que debo tener el reconocimiento del reino de Italia por parte de España; y me bastará decir á V., respecto de este punto, que el Gobierno del Rey considera que el reconocimiento de un estado por otro no tiene por sí mismo más ni menos alcance en sus efectos que el restablecimiento puro y simple de las relaciones diplomáticas en la forma regular y debida, sin que en manera alguna pueda ligar la política de uno de los dos estados á la del otro.

Sobre esto no pueden suscitarse dificultades de género alguno entre España é Italia.

Me manifiesta V. además, Sr. Baron, que el Gobierno español desea consignar en sus comunicaciones oficiales que su determinación de reconocernos se funda en el hecho de la celebración del convenio de 15 de Setiembre. Para evitar toda equivocada inteligencia, creo conveniente establecer dos puntos, sobre los cuales no cabe, en mi entender, que se susciten dudas.

En primer lugar, sabe V., Sr. Baron, que las demás potencias católicas, que nos han reconocido, han comprendido perfectamente, que, bajo el punto de vista de los intereses religiosos, no tenían que pedirnos explicación alguna sobre nuestra actitud respecto de la Santa Sede, habiendo ya demostrado los hechos que estos intereses en modo alguno pueden verse comprometidos por la reconstitución de la unidad de la Italia.

En segundo lugar, debo hacer observar que el arreglo de la cuestión de ocupación territorial, efectuado entre Italia y Francia por el convenio de 15 de Setiembre, no interesaba más que á estas dos naciones exclusivamente; y que dicho convenio ha sido celebrado entre las dos partes contratantes, sin ingerencia alguna de parte de otras potencias.

Siendo esto así, en el caso de que el Gobierno español considerase oportuno invocar, como motivo determinante de su resolución actual, el convenio de 15 de Setiembre, debería quedar entendido que la mención de aquel acto internacional en las comunicaciones oficiales de España no podría, en manera alguna, afectar el principio de que el convenio de 15 de Setiembre, así como también la situación política cuyo arreglo ha tenido por objeto, no conciernen más que á la Italia y á la Francia.

En cuanto á la opinión que ha expresado el Sr. Bermudez de Castro sobre la oportunidad de tratar nuevamente sobre la interpretación del convenio de 15 de Setiembre, debo confesar que no participo de ella.

Las dos partes contratantes, á las cuales competía tratar este punto, han fijado ya entre sí la interpretación que corresponde, en forma regular y por la vía diplomática, según resulta del telegrama dirigido el 1.º de Noviembre de 1861 al Gobierno del Rey por el Ministro de Italia en París, y de mi despacho á este Ministro, de fecha 7 de Noviembre. Las demás potencias han podido adquirir por el examen de estos documentos,

que tienen un carácter internacional, todos los informes que hayan podido desear para su conocimiento particular; pero no considero que deba tomarse nota de las observaciones que, por cualquier razón, les conviniese hacer sobre este asunto.

El Ministro de Negocios Extranjeros de España ha hablado á V. también acerca de los bienes, cuya restitución podrían tener que reclamar del Gobierno italiano los príncipes destronados. Puede V. asegurar al Sr. Bermúdez de Castro que, en principio, nunca ha pensado el Gobierno del Rey retener aquellas propiedades que se reconozca tienen un carácter privado; y por tanto se trataría sólo de determinar si los bienes en cuestión tienen este carácter. Dificultad es ésta, respecto de la cual sería mucho más fácil llegar á una solución, como V. ha indicado, cuando las relaciones entre los dos estados se hallen regularmente establecidas.

Espero, Sr. Barón, que el Gobierno español verá en estas francas explicaciones la prueba de nuestro deseo de corresponder, en la forma más satisfactoria posible, á las proposiciones que nos ha hecho.

Está V. autorizado para dar lectura de este despacho á S. E. el Sr. Bermúdez de Castro, y para dejarle copia, si la desea.

(Firmado.) LAMARMORA.

EL MINISTRO DE ESTADO

AL ENCARGADO DE NEGOCIOS DE ESPAÑA EN FLORENCIA.

Madrid : 12 de Julio de 1865.

El barón Cavalchini ha venido ayer á darme lectura y á dejarme copia de un despacho de S. E. el General Lamarmora, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Negocios Extranjeros de S. M. el rey Víctor Manuel, en respuesta á la comunicación en que aquel agente diplomático le participaba la resolución del Gobierno de S. M. de reconocer el nuevo reino de Italia y le daba cuenta de la conferencia que había tenido conmigo acerca de este negocio.

La manera, con que corresponde el Gabinete de Florencia á esta buena disposición de España, asegurándolo que sus sentimientos son comunes al Rey y á la Italia entera, es tanto más satisfactoria para el Gobierno de la Reina, cuanto que le ofrece una nueva garantía de que, al restablecerse las relaciones entre ambas naciones, nuestros propósitos y nuestras reservas serán amistosamente apreciados y completamente comprendidos.

Pensando, como S. E. el General Lamarmora, que el reconocimiento de un estado por otro no tiene más significación ni puede tener otra consecuencia que el establecimiento de relaciones diplomáticas regulares entre ambos, sin ligar para el porvenir y en lo pasado la política independiente de cada uno, me parece que importa á nuestra

lealtad y al afianzamiento de la buena inteligencia con Italia, que ni dentro ni fuera del país se pueda interpretar de una manera errónea nuestra conducta.

El Gobierno de la Reina, que ha observado una completa neutralidad en las crisis por que ha pasado Italia, no ha ocultado, sin embargo, su opinion acerca de los acontecimientos que han tenido lugar en estos últimos años en esa península. Así es que el reconocimiento del estado de cosas, que ha sido su resultado, no podría de modo alguno implicar la aprobacion retrospectiva de una política á la cual hemos sido completamente extraños y sobre la que nos hemos reservado siempre una completa libertad de apreciacion. Y mucho menos entendemos perjudicar, con este acto, ajenos derechos, ni prejuzgar las cuestiones que, con ocasion de ellos, se debaten.

Sin poner en duda los propósitos, pública y repetidamente manifestados por el Gobierno italiano, de respetar la autoridad espiritual y el territorio de la Santa Sede, el Gabinete de Florencia comprenderá los deberes que nos impone nuestra situacion de potencia exclusivamente católica. Y en este concepto, casi me parece inútil añadir que, al reanudar nuestras relaciones oficiales con el Gobierno del rey Víctor Manuel y al reconocer su nueva y engrandecida monarquía, no entendemos de modo alguno debilitar el valor de las protestas formuladas por la corte de Roma.

El Gobierno de S. M. espera que estas declaraciones tan completas y tan leales de su parte, este cuidado, con que procura remover la menor duda acerca del espíritu con que procede, y la franqueza, con que revela todo su pensamiento, serán para el Gabinete de Florencia una clara muestra de la lealtad de sus intenciones. Y el acto mismo del reconocimiento lo demostrará el interés que toma en la suerte de Italia y su sincero deseo de restablecer buenas y amistosas relaciones entre las dos penínsulas.

Fundado en un error del baron Cavalcini, fácil de comprender cuando se da cuenta de todos los incidentes de una conferencia larga é importante, piensa S. E. el General Lamarmora que el Gobierno de S. M. se proponia asentar su resolucíon, de proceder al reconocimiento del reino de Italia, en el hecho del convenio de 13 de Setiembre. No ha sido éste nuestro propósito.

He creído, y lo he dicho así al baron Cavalcini, que ese convenio nos parecia una prueba solemne de las disposiciones del Gobierno de S. M. el rey Víctor Manuel de poner término á las agitaciones de Italia, y una pública garantía para Europa. Y si tan importante acto no ha podido menos de influir en la opinion de España, como ha influido sin duda en las resoluciones del Gobierno, no hemos desconocido por eso que su cumplimiento é interpretacion competen exclusivamente á las dos potencias contratantes.

Pero, tratándose de un asunto que tan directamente afecta á todas las naciones católicas, España ha seguido, desde el principio y con el más vivo interés, no sólo aquellas negociaciones, sino los comentarios públicos y oficiales de que ha sido objeto. Y el Gobierno de S. M., que ha sido completamente extraño á aquel convenio, y no tiene, por tanto, mision de hacerlo cumplir ni interpretarlo, lo ha considerado únicamente como á su situacion correspondia, formando sus ideas y fijando sus opiniones en vista de las explicaciones diplomáticas que han tenido lugar entre los Gabinetes de Turin y de París.

y de las declaraciones que el Ministro de Estado del Emperador de los franceses hizo el 15 de Abril de este año en el Cuerpo legislativo.

Las explicaciones, que el Ministro de Negocios Extranjeros de Italia se sirve transmitirnos, acerca de los propósitos de su Gobierno respecto á los bienes pertenecientes á los príncipes de las casas de Borbon, de Nápoles y de Parma, por las cuales sentimos natural interes, dan al Gobierno de S. M. la esperanza de llegar fácilmente á una solución satisfactoria. Acepto con placer esta declaración: y confío en que, animados del mismo espíritu de moderación y de justicia, podrán entenderse ambos Gabinetes, cuando se hayan restablecido las relaciones regulares entre los dos estados.

Al dar lectura y dejar copia del presente despacho á S. E. el General Lamarmora, queda V. S. autorizado para asegurarle que, una vez cumplido el imprescindible deber de hacer las precedentes declaraciones, cuyo carácter y objeto estoy seguro que sabrá apreciar el Gobierno italiano, encontrará en el de España las mejores disposiciones para que las relaciones entre ambos estados sean tan sólidas y cordiales como á sus antiguos lazos de amistad y á la semejanza de sus instituciones corresponde.

Dios etc.

(Firmado.) M. BERNUDEZ DE CASTRO.

EL MINISTRO DE ESTADO
AL EMBAJADOR DE S. M. EN ROMA.

Madrid: 24 de Julio de 1865.

Excmo. Señor:

Por el despacho de V. E., núm. 94, de 7 de este mes, me he enterado de que el día 4 habia entregado el Secretario de esa embajada al Cardenal secretario de Estado copia de mi despacho de 26 de Junio, relativo al reconocimiento del reino de Italia, y de que en la entrevista, que con V. E. tuvo tres dias despues el cardenal Antonelli, habia manifestado Su Eminencia, refiriéndose á la resolución del Gobierno de la Reina, que, tratándose de una cosa hecha, nada tenian que decir Su Santidad y él, sino expresar un sentimiento que no se podia menos de comprender, y la esperanza, que siempre conservaban, de que España no se apartase de la Sede Romana. Al esforzar V. E. sus razonamientos para confirmar esta creencia, ha sido fiel intérprete de los propósitos del Gobierno de S. M.

Dios etc.

(Firmado.) M. BERNUDEZ DE CASTRO.

EL MINISTRO DE ESTADO
AL CONDE DE SAN MARTINO.

Madrid: 23 de Julio de 1863.

Muy señor mio: Tengo la honra de poner en conocimiento de V. S. que S. M. la Reina, mi augusta Soberana, ha reconocido á S. M. el rey Victor Manuel como rey de Italia. V. S. comprenderá que por este motivo cesan desde este momento la representación diplomática, que ha tenido hasta ahora en esta corte, y sus relaciones oficiales con el Gobierno de S. M.

Al participarlo á V. S., no puedo ménos de reiterarle la seguridad de mi sincero aprecio por la discrecion y prudencia de que ha dado pruebas en el desempeño de la mision que le habia sido encomendada.

Aprovecho etc.

(Firmado.) M. BERMUDEZ DE CASTRO.

EL CONDE DE SAN MARTINO
AL MINISTRO DE ESTADO DE S. M. CATÓLICA.

Madrid: 29 de Julio de 1863.

Il sottoscritto incaricato di affari delle Due Sicilie a ricevuto la pregevole nota del 28 corrente, con la quale Sua Eccellenza il Sig. D. Emmanuele Bermudez de Castro, Ministro di Stato di Sua Maestà Cattolica, lo a informato, che la prelodata M. S. ha riconosciuto S. M. il Re Vittorio Emmanuele come *re d'Italia*, e che quindi cessano da questo momento la rappresentanza diplomatica dello scrivente fin ora avuta presso questa Real corte e suoi rapporti ufficiali col Governo spagnuolo.

In vista di siffatto avvenimento, il sottoscritto adempiendo agli ordini trasmessigli dal suo augusto Sovrano ha l'onore di protestare nel Real nome della M. S. e nel modo il più ampio e solenne contro un atto che sanziona in certa guisa l'usurpazione de suoi stati e la spoliazione de suoi diritti. E per quanto strano sembri sulle prime e per quanto doloroso e sensibile sia pel Reale animo di S. M. il dover protestare contro gli atti del Governo di una Sovrana sua stretta congiunta, la quale a anche diritti eventuali alla corona delle Duó Sicilie, ed abbenchè la M. S. non sia per dimenticare i sentimenti nobili generosi e leali della Regina Isabella a suo riguardo e le tanto prove di affettuosa deferenza usatelo, ciò non ostante non può tralasciare dal compiere il sacro obbligo che si a di provvedere alla guarentigia de'suoi diritti e di conservarli incolumi insieme à quelli de suoi popoli per l'avvenire.

Dopo che irrompendo la rivoluzione nel reame delle Due Sicilie, S. M. Siciliana us-

civa dalla capitale de' suoi stati onde risparmiarla dagli orrori della guerra e recavasi a difendere su' i baluardi di Gaeta l'indipendenza della sua corona o l'autonomia di quei popoli, la S. M. protestava fin da quel primo istante contro gli atti della medesima o contro l'inqualificabile invasione del Re di Sardegna, Sovrano parente ed alleato, che dicevasi amico, e che aspirando ad un illegittimo ingrandimento infrangeva tutt'i trattati e violava tutt'i diritti. E tali proteste comunicate a tutt'i Gabinetti di Europa e rese di pubblica ragione sono state ripetute in più e più circostanze, cioè ogni qual volta si è trattato di mettere in salvo i diritti del legittimo Sovrano e de' suoi popoli contro gli atti del Governo usurpatore, che da cinque anni regge nelle provincie napoletane e siciliane, in quelle stesse provincie, che formando pria una monarchia indipendente ed in condizioni floride oltre ogni dire, in un breve spazio di tempo le finanze rovinata, il discontento e la miseria dappertutto, i partiti estremi minacciati e nemici, la guerra civile inficrendo nel loro territorio e la dominazione piemontese commettervi atti così contrarii ad ogni sentimento di umanità ed indegni della odierna civilizzazione, da renderla celebre presso quelle popolazioni, e loro lamenti han trovato eco e provocato calorose discussioni in tutt'i parlamenti di Europa non escluso in quello che in Torino stesso riunivasi.

E tutte le dianzi accennate proteste e quante altre siansi fatte da S. M. il Re del regno delle Due Sicilie, o dal suo Governo nel suo Real nome, debbono intendersi comprese o confermate da quella che a oggi il sottoscritto l'onore di trasmettere al Governo di S. M. Cattolica, per comando espresso del suo augusto Sovrano, che qualunque sia la posizione nella quale si ritrova, a tutto deciso e rassegnato, senza altra forza che la giustizia della sua causa, e pieno di fiducia nell'Altissimo e nell'avvenire sente il dovere di conservare con tale solenne atto, intatti ed incolumi per se e per suoi successori, al cospetto dell'intera Europa, gli incontrastabili e legittimi diritti della sua Real persona e dinastia, e quelli de' popoli che la Provvidenza commise alle sue cure.

Eseguiti gli ordini del Re suo signore, ed adempito così il sottoscritto all'ottim'atto dell'onorevole missione affidatagli, non gli resta senon esprimere la più sincera gratitudine per la cortese accoglienza che a sempre ricevuto dall'augusta Sovrana delle Spagne e dal suo Governo durante i non pochi anni che lo scrivente a avuto il bene di qui risiedere, mentre si fa apregare l'Eccellenza Sua di gradire vivi ringraziamenti per le amabili frasi che si è compiaciuta dirigerli à riguardo della condotta tenuta nell'esercizio delle sue funzioni.

Si avvale poi di questa opportunità per ripetere ancora una volta à Sua Eccellenza l'assicurazione di sua alta stima e considerazione.

(Firmado.) CONTE SAN MARTINO DI MONTALVO.

(Traduccion.)

El infrascrito Encargado de Negocios de las Dos Sicilias ha recibido la apreciable nota de 28 del corriente, en que S. E. el Sr. D. Manuel Bermudez de Castro, Ministro de Estado de S. M. Católica, le ha dado conocimiento de que S. M. la Reina ha reconocido

á S. M. el rey Víctor Manuel como *rey de Italia*, y de que, por lo tanto, cesan desde aquel momento la representación diplomática del infrascrito en esta Real corte y sus relaciones oficiales con el Gobierno español.

En vista de este acontecimiento, el infrascrito, cumpliendo las órdenes que le ha transmitido su augusta Soberano, tiene la honra de protestar, en el Real nombre de S. M. y del modo más ámplio y solemne, contra un acto que sanciona en cierto modo la usurpación de sus estados y el despojo de sus derechos. Y aún cuando parezca extraño á primera vista, y aunque sea doloroso y sensible para el Real ánimo de S. M. el tener que protestar contra los actos del Gobierno de una soberana próxima pariente suya y que además tiene derechos eventuales á la corona de las Dos Sicilias, y á pesar de que S. M. no olvida los sentimientos nobles, generosos y leales de la reina Isabel y las muchas pruebas de afectuosa deferencia que le ha dado, no puede, sin embargo, dejar de cumplir la obligación sagrada, en que se encuentra, de proveer á la garantía de sus derechos y de conservarlos incólumes para el porvenir, juntamente con los de sus pueblos.

En cuanto, estallado que hubo la revolución en el reino de las Dos Sicilias, S. M. Siciliana salió de la capital de sus estados para libertarla de los horrores de la guerra, limitándose á defender bajo los baluartes de Gaeta la independencia de su corona y la autonomía de aquellos pueblos, S. M. protestó desde el primer instante contra los actos de la misma y contra la incalificable invasión del rey de Cerdeña, soberano pariente y aliado, que se decía amigo y que, aspirando á un ilegítimo engrandecimiento, infringía todos los tratados y violaba todos los derechos. Tales protestas, comunicadas á todos los Gabinetes de Europa y que hoy son del dominio público, se han repetido en varias circunstancias, esto es, siempre que ha sido preciso poner á salvo los derechos del legítimo soberano y de sus pueblos contra los actos del gobierno usurpador que desde hace cinco años impera en las provincias napolitanas y sicilianas; en aquellas mismas provincias que, formando antes una monarquía independiente y en condiciones sobremanera ventajosas, han visto en poco tiempo arruinada la Hacienda, el descontento y la miseria por todas partes, los partidos extremos amenazadores y enemigos, la guerra civil cebándose en su territorio, y la dominación piemontesa cometiendo actos tan contrarios á todo sentimiento de humanidad y tan indignos de la civilización de nuestros tiempos, que la han hecho célebre para aquellos pueblos, los lamentos de los cuales han encontrado eco y provocado acaloradas discusiones en todos los parlamentos de Europa, incluso el mismo de Turin.

Todas las protestas referidas, y cuantas hayan hecho S. M. el Rey de las Dos Sicilias ó su Gobierno en su real nombre, deben entenderse comprendidas y confirmadas en ésta que el infrascrito tiene hoy la honra de transmitir al Gobierno de S. M. Católica, por orden expresa de su augusta Soberano, que, cualquiera que sea la posición en que se encuentre, decidido y resignado á todo, sin otra fuerza que la justicia de su causa, y lleno de confianza en el Altísimo y en el porvenir, siente el deber de conservar, por este solemne documento, á la faz de toda Europa, intactos é incólumes, para sí y sus sucesores, los incontestables y legítimos derechos de su Real persona y dinastía y los de los pueblos que la Providencia cometió á su cuidado.

Complidas ya las órdenes del Rey, su soberano, y terminado el último acto de la honrosa misión que le fué confiada, réstale al infrascrito manifestar la más sincera gratitud por la cortés acogida que ha merecido siempre de la augusta Soberana de las Españas y de su Gobierno durante los no pocos años que ha tenido la dicha de residir aquí; y al propio tiempo rogar á V. E. se sirva aceptar el testimonio de su más vivo agradecimiento por las amables frases que se ha servido dirigirle respecto de la conducta que ha observado en el ejercicio de sus funciones.

Por último, aprovecha la ocasión etc.

(Firmado.) CONDE SAN MARTINO DE MONTALBO.

EL MINISTRO DE ESTADO
AL CONDE DE SAN MARTINO.

Madrid : 1.º de Agosto de 1863.

Muy señor mio : He recibido la comunicacion que V. S. se ha servido dirigirme el 29 de Julio último, contestando á mi nota de 28 del mismo mes; y los motivos que me obligaron á dirigirla á V. S. son los mismos que me impiden en este momento hacerme cargo de sus apreciaciones sobre el reconocimiento del reino de Italia por parte del Gobierno de la Reina.

Aprovecho etc.

(Firmado.) M. BERNUDEZ DE CASTRO.

EL MINISTRO DE ESTADO
A LOS REPRESENTANTES DE S. M. EN EL EXTRANJERO.

Madrid : 2 de Agosto de 1863.

Por mi despacho de 26 de Junio de este año, di á conocer á V... los propósitos del Gobierno de S. M. respecto del reconocimiento del Rey de Italia; y habiéndose verificado este acto, S. M. el rey Victor Manuel se ha servido nombrar al Marqués de Tagliacarne su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en esta corte; y S. M. la Reina á D. Augusto Ulloa, con igual carácter, cerca de aquel soberano.

Lo que participo á V... para su conocimiento, y á fin de que en sus relaciones oficiales con los agentes diplomáticos italianos les considere y reconozca como representantes del reino de Italia.

De real orden, etc.

(Firmado.) M. BERNUDEZ DE CASTRO.

EL MINISTRO DE ESTADO
AL ENBAJADOR DE S. M. EN ROMA.

Madrid: 11 de Agosto de 1863.

Excmo. Señor :

Por la copia, que remittí á V. E., de la circular de 2 del corriente, se habrá enterado de que el reconocimiento del Rey de Italia ha tenido ya efecto, nombrándose, por S. M. el rey Víctor Manuel y por S. M. la Reina, sus respectivos representantes en Madrid y en Florencia.

Este acto, cuya inmediata realizacion se indicaba á V. E. en mi despacho de 26 de Junio último, ha sido apreciado por la Santa Sede, segun V. E. expresa en su comunicacion del 7 de Julio, en términos que dejan conocer los sentimientos de noble moderacion que animan á Su Santidad; y el Gobierno se complace en asegurar de nuevo que no quedarán defraudadas las esperanzas que abriga la Santa Sede de que la católica España no se apartará de ella.

Así puede V. E. manifestarlo al cardenal Antonelli, expresándole ademas que el reconocimiento del reino de Italia por nuestra parte no envuelve ni implica la aprobacion de hechos á los cuales ha sido extraño el Gobierno español, ni atenúa en modo alguno el valor y la importancia de las protestas de la Santa Sede.

España ha procedido en esta ocasion como ya procedieron otras potencias católicas; y al entrar en relaciones con el Gobierno italiano, no vacila el de S. M. en afirmar que su conducta estará siempre en armonía con los sentimientos católicos del pueblo español, siendo objeto constante de los deseos del Gabinete de la Reina que se conserve en la plenitud de su independencia la sagrada institucion del Pontificado.

Dios etc.

(Firmado.) M. BERNUDEZ DE CASTRO.

EL ENBAJADOR DE S. M. EN ROMA
AL MINISTRO DE ESTADO.

Roma: 25 de Agosto de 1863.

Excmo. Señor :

Muy señor mio: Cumpliendo lo que me previno V. E. en su despacho de 11 del corriente; he aprovechado la primera ocasion en que he visto al cardenal Antonelli, y le he expresado textualmente lo que V. E. me decia.

El Cardenal lo escuchó con atencion; y yo me atreví á dejarle una copia de las palabras de V. E., á fin de que no pudiese haber mala inteligencia acerca de su tenor ó sentido.

Dios etc.

(Firmado.) J. F. PACHECO.

EL MINISTRO DE ESTADO
AL MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE S. M. EN VIENA.

236

Madrid: 3 de Agosto de 1865.

Excmo. Señor :

El Encargado de Negocios de Austria me ha dado lectura de un despacho que, con fecha 24 de Julio, le dirige el Sr. Conde de Mensdorff y que, á petición mia, ha dejado en mi poder confidencialmente. Con el mismo carácter, remito á V. E. adjunta una copia, para el caso de que V. E. ignore su contenido.

Es cierto que, durante el último Ministerio presidido por el Sr. Duque de Tetuan, la política seguida por el Gobierno de la Reina respecto á la cuestión de Italia se encontraba hasta cierto punto en armonía con la de Austria; pero no lo es ménos que esta conformidad de miras no reconocía por origen ningun acuerdo ni estipulación previa por la cual ambas naciones se hubiesen comprometido á seguir una misma marcha política en la cuestión de que se trata. España y Austria podían caminar de acuerdo mientras sus respectivos intereses así lo aconsejasen; pero ninguna de las dos había perdido su plena libertad de acción para separarse, en esta ó en cualquiera otra cuestión política, cuando sus Gobiernos lo juzgasen conveniente. No me es fácil, pues, comprender las razones que puedan asistir al Sr. Conde de Mensdorff para asegurar que el primer acto de este Ministerio no ha respondido á sus esperanzas: esto parecia implicar la idea de acuerdos preexistentes que en cierta manera disminuyesen la acción independiente en que, tanto con respecto á este asunto como á los demas de su política exterior, ha conservado y desea conservar el Gobierno de la Reina.

Muchos son los lazos de amistad y reciproca consideración que unen á las dos naciones; y más estrechos son aún desde que el Gobierno del Emperador ha creído conveniente, para el bien de sus Estados, cambiar las antiguas instituciones del imperio por otras muy semejantes á las que rigen en España: muchas son también las cuestiones políticas en que los Gobiernos de ambas naciones podrán estar de acuerdo: pero no podría asegurarse, en mi entender, como lo asegura el Sr. Conde de Mensdorff, que la España tenga en Italia intereses idénticos á los del Austria.

Sentimos viva y profunda simpatía hacia los príncipes de la familia de Borbon que han perdido sus estados; hemos aguardado cuatro años para reconocer el reino de Italia, en la esperanza de que nuevas eventualidades, ó un acuerdo de las potencias europeas, resolviesen de un modo definitivo esta cuestión tan complicada; pero, cuando ese reino de Italia se ha consolidado durante este período, cuando los intereses políticos y materiales de España aconsejan su reconocimiento, el hecho de prescindir de afecciones personales y de intereses puramente dinásticos, que en nada afectan, sin embargo, á la familia reinante, anteponiendo á toda otra consideración la del bien del país, no podría jamas alegarse en contra nuestra; ántes bien, este hecho sería la más evidente prueba de la sinceridad y del desinterés de nuestra conducta.

Como potencia exclusivamente católica, nos interesamos vivamente por todo cuanto

tiene relacion con el Sumo Pontífice; pero este interes es puro y exclusivamente en favor del Santo Padre, sin mezcla alguna de aspiraciones políticas de ningún género. Sin poner en duda, ni por un solo momento, el interes que anima al Austria en favor del Jefe de la Iglesia católica, no puede desconocerse el hecho de que tiene al mismo tiempo otros intereses de muy distinta índole en la península italiana; y ésta es la razon en que me fundo para no convenir en que existe esa absoluta identidad de miras á que aludo el Sr. Conde de Mensdorff.

Tampoco puedo estar de acuerdo con el Sr. Ministro de Negocios Extranjeros en que el reconocimiento de los hechos consumados en Italia nos cree una posicion más difícil para elevar la voz en favor de la Santa Sede: sólo una cosa hay de cierto y positivo en la conducta que hasta aquí hemos seguido; y es: que todos nuestros esfuerzos han sido completamente estériles ó ineficaces para el fin que nos propusimos.

Por otro lado, el reconocimiento de los hechos consumados no es una mera teoría jamás puesta en práctica. España y Austria han seguido siempre esa política: y sin remontarme á épocas no muy distantes todavía, sólo recordaré que en 1830 y en 1818 hemos reconocido; juntamente con el Gobierno Imperial, hechos que se consumaron en Francia, produciendo la caída de las dos ramas de la casa de Borbon; y áun, aproximándonos á épocas más cercanas, no es posible olvidar que la monarquía italiana ha sido reconocida por toda la Europa, con levísimas excepciones, y que la misma Austria ha sancionado tácitamente la incorporacion al antiguo reino del Piemonte de una de las más bellas provincias que forman hoy parte del reino de Italia.

Consignados los motivos de nuestra conducta en el despacho dirigido al Embajador de S. M. en Roma, y siendo de todo punto innecesario entrar en nuevas explicaciones, concluiría aquí esta comunicacion, si no me fuese imposible dejar de hacerme cargo de las observaciones que contiene la última parte del despacho del Conde de Mensdorff al Encargado de negocios de Austria.

Participo plenamente de la opinion de ese Sr. Ministro de Negocios Extranjeros, de que es en efecto un punto muy delicado el entrar en apreciaciones respecto al estado interior de otra nacion: y hé aquí por qué no me creeria yo autorizado para hacer observaciones acerca de la situacion interior del imperio austriaco.

Agradeciendo, sin embargo, el amistoso propósito que guia al Sr. Conde, deberia evitar el responder á apreciaciones de cuya mayor ó menor exactitud no puede haber más juez que el Gobierno de la Reina; pero son tan reiteradas las protestas que hace de que, al entrar en este terreno, no le mueve otra cosa más que un vivo sentimiento de amistad hacia nosotros, que creo corresponder á él, tranquilizándole sobre los temores que parece abrigar acerca del trono mismo de la Reina. Para ello basta sólo recordar la historia. Ilustrana y áun naciéndose en la cuna cuando murió su augusto padre el señor D. Fernando VII, vió combatidos sus derechos por un príncipe usurpador, á la cabeza de un partido fanático. Abandonada de casi toda la Europa, la nacion sacó á salvo, no sólo sus legítimos derechos, sino las instituciones sobre que se asentaba su trono; y esas instituciones, que á los ojos de muchos parecian el más grave peligro, fueron su más poderoso escudo en la gran catástrofe de 1848.

En aquella época de triste recordación para toda la Europa, no peligró un momento el trono de la Reina; y no hubo siquiera necesidad de hacer el más leve sacrificio personal para salvar al menos las instituciones monárquicas: España atravesó tranquila aquella espantosa crisis; y ese trono, merced á las instituciones que le rodeaban, resistió impasible al huracán que puso al borde del abismo á antiguas monarquías que se consideraban inquebrantables.

En concepto del Gobierno, esas mismas instituciones que el Austria ha adoptado recientemente, esta íntima unión que existe entre la Corona y sus súbditos, salvarán otra vez el trono de nuestra Reina, si algún peligro le amenazase; peligro que por fortuna no existe, y que el Gobierno está seguro de evitar con su política liberal y conservadora á la vez, política que, adoptada en tiempo oportuno, hubiera quizás salvado á los soberanos que reinaban en Italia.

Al expresarse en este sentido con Mr. de Mensdorff, ruego á V. E. que le exprese cuán vívamente siento que la política inaugurada por el Gobierno de S. M. respecto de la cuestión italiana no esté de acuerdo con la que Austria, por razones que respeto, cree conveniente seguir; y que le asegure igualmente que, lamentando que haya sobrevenido esta disidencia en nuestro modo respectivo de considerar esta cuestión, confío en que las relaciones entre ambas naciones serán, en todos los demás puntos, tan cordiales y tan amistosas como hasta aquí lo han sido.

De Real orden, etc.

(Firmado.) M. BERNUDEZ DE CASTRO.

La Esfera

PARTE POLITICA

MARZO 2 DE DICIEMBRE DE 1864.

Nuestras correspondencias de Italia afirman que positivamente el día 1.º de enero se trasladará la corte a Florencia y con ella la capital del reino italiano. Víctor Manuel debe recibir allí para dicha época las felicitaciones de los representantes de la Europa.

Después de las últimas deliberaciones del Senado de Turín y de lo sucedido en su seno al reclamar la oposición que se presentasen los últimos despachos remitidos por el Gabinete Imperial, no cabe duda a nadie de que la Francia, contestando á determinados discursos pronunciados en la Cámara de diputados, ha declarado de un modo terminante que á sus ojos la traslación de la capital á Florencia es una cosa definitiva y que ahora y siempre ha de quedar á salvo la independencia del Pontificado y la existencia de Roma como la capital del mundo católico. Tenemos algunos motivos para creer que de estas declaraciones no se ha de tardar mucho tiempo en dar cuenta á las demás potencias católicas de Europa; y no falta quien piense que hay alguna estipulación secreta aneja al tratado de 15 de septiembre último entre las cortes de París y de Turín que así lo consigne.

A nuestros ojos un suceso tan importante como renunciar á una capital como la de Turín, no puede ser un ensayo, sino un hecho definitivo y una solución que el día de mañana vendrá á confirmar el asentimiento de la Europa y á devolver á la Italia la calma y la paz perdida. Ni la revolución europea tiene hoy fuerza, ni la tendrá de seguro mañana para destruir los obstáculos insuperables que se oponen á que Roma sea la capital del reino italiano; ni la reacción á su vez podría restablecer en la Península italiana la situación que tenía en 1859. Sería por lo tanto preciso; no solo que los gobiernos de Italia hubiesen perdido toda sensatez, sino una guerra de incalculables consecuencias para la Europa.

¿Qué va á hacer la España en la situación que estos sucesos crean en Italia? A Florencia van á ir los representantes de Rusia, de Prusia, de Francia, de Portugal, de una gran parte de la Alemania, de la Dinamarca, de la Suecia, de Inglaterra y de todas las naciones católicas de América.

Solo faltará allí el representante del Austria, que tiene interrumpidas sus relaciones con la corte de Turín desde 1856 y carece de todo agente diplomático en aquella corte, aun cuando en estos últimos tiempos ha ya suavizado un tanto esta tirantez de relaciones. Pero la España no se encuentra en igual situación. Hemos protestado, sí, contra hechos que eran opuestos á los tratados garantizados por la firma de la nación española en unión de todas las de Europa. Nuestro gobierno ha retirado de Turín al ministro plenipotenciario de España, pero mantiene allí un encargado de negocios y hasta cierto punto una representación diplomática, como el Rey Víctor Manuel la conserva en Madrid después de haber sostenido aquí durante muchos meses al representante de su nación. ¿Irán á Florencia las personas que estas funciones ejercen á nombre de la España? ¿Se establecerán allí agentes consulares, ó quedaremos sin representación alguna política ni comercial en la que va á ser capital de Italia?

No es nuestro objeto suscitar ningún género de dificultades y menos en cuestiones exteriores ni á este ni á ningún gobierno; pero el asunto merece ser considerado atentamente por la imprenta y en su día por el Parlamento.

Nosotros no pedimos abdicación alguna de nuestros derechos ni de nuestro honor, ni el abandono ante los Congresos europeos de los títulos que tiene la España para procurar una solución conciliadora y digna en las cuestiones de Italia. Pero sí queremos no ver á nuestro país divorciado de la Europa y lanzado en una senda al término de la cual no haya mas que conflictos inevitables. Si se nos dan garantías eficaces á los ojos del mundo que que se renuncia á planes imposibles sobre Roma, nosotros lo hemos dicho siempre y no tenemos por qué ocultarlo ahora, queremos que la España contribuya con toda la Europa católica á garantizar la independencia del Pontificado y á asentar al mismo tiempo la paz de la Italia.

241

Madrid.—Lunes: 16 de Julio de 1868.

[Illegible handwritten text]

Año

Una cuestión entre los propuestos por el gobierno en su programa, había sido elegida por los inconstitucionales para dar la batalla no ya a los ministros, sino a todos los constitucionales, y a los liberales, como a los demagogos.

[illegible]

El generador.
El generador es un elemento que a veces también se representa por una singularidad positiva y de orden superior a dos, que indica que el endomorfismo que se ha compuesto de tres endomorfismos de \mathcal{C} y \mathcal{C} difiere de la identidad en un espacio de dimensión finita. En este caso, el generador se representa por una singularidad positiva y de orden dos, que indica que el endomorfismo que se ha compuesto de tres endomorfismos de \mathcal{C} y \mathcal{C} difiere de la identidad en un espacio de dimensión infinita. En este caso, el generador se representa por una singularidad positiva y de orden tres, que indica que el endomorfismo que se ha compuesto de tres endomorfismos de \mathcal{C} y \mathcal{C} difiere de la identidad en un espacio de dimensión infinita.

[illegible][illegible]

Pero si por esta vez los resultados han sido favorables a la causa liberal, y si siempre a la humana mayoría del país, no se puede de vista que la reacción es incompete y autochismote andas, y que por tanto el bien y el mal de los mexicanos se resuelve en el alma y en los hechos las fuerzas que pueden disiparse en el interior de nosotros a la brevedad de los otros tiempos de la guerra que hoy las posibles, y evolucionar el pensamiento que por lo general y el conocimiento de los hechos que se ven en los hechos posibles para mal de la libertad, para mal de los intereses de la república, mal de la patria y del mismo Trono.

[illegible]

de discriminación institucional. La mayoría ha sufrido una «violencia directa por el color de la piel» o «la presión por las exigencias del desempeño en este territorio por su pertenencia que el gobierno no se detiene ni subordina por los límites de Copacabana, ni por ninguna de las condiciones liberales de la actuación de personas por su pertenencia a grupos o clases sociales, en la búsqueda de que el color rasgo quede amputado y el comportamiento...

Concomitant avec ces les finances y accoutumés de la population les que au présent y commencent une, mal de la que son caprice une grande, que l'histoire de la religion une l'histoire présente. Les uns la loi du fanatisme y les connaissances nouvelles y les préjugés, les humeurs et ce que le libéralisme y la impulsion y et d'ailleurs; comme une une de la espérance de la y une dévotion les que au son de la volonté y des opinions que présente au une réaction, que d'ailleurs y toute la negro y compris de impulsion réaction que par les ainsi et y y par conséquent y réaction la guerre civil.

En general, pues, los ministros y los defensores de la situación, que los representantes de todos los países y de todos los partidos comunistas han acompañado en la guerra, y en particular en la guerra civil, en todos los frentes y en todas las condiciones de una revolución y la batalla.

La mayor parte de las tentativas si bien son débiles, por una o más razones terminales; pero que se de baten a sí mismas, y por lo tanto el sistema de la vida sufre una gran perturbación. Los los intentos de establecer la armonía en muchos puntos, y en un gran grado, la cuestión no resuelta es la de si se puede obtener un equilibrio las condiciones biológicas, las condiciones económicas, y quizás el más importante y la más desconcertante de todas las cosas de la vida.

América, pues, la batalla, que el buen sentido de la nación y los sentimientos liberales de la mayoría del país, desde Breznev hasta Gorbachov, y en último término por la vía a través el acercamiento de nuestros libertarios, la ideología institucional y del derecho.

REPORT OF THE CHIEF OF BUREAU

Hay una base de la suscripción (compañía) a las de otros periódicos de las mismas dimensiones que se publican en la serie — El Transitorio y Asturias, 70 rs por trimestre; El Transitorio y América del Sur, 90 rs. frasco de porta. — Porción en, dirigidos a libreros, un peso 10 rs.; tras, 50 y por comisionados a los rs. trimestre. — Con este tipo de prácticas, el tipo es igual. — No recibe a suscribirse en la Administración.

El monarca dirige en persona y libre el desarrollo de todos los ramos. No le da lugar al oligopolio, y se abstiene de los privilegios de la ley. Pero sólo le ha de servir a los intereses de la Nación. Así : sólo el monarca puede declarar una guerra repentinamente contra los países que repentinamente han penetrado en la alta montaña que sirven a la Nación : sólo el monarca el pago de la provincia nacional.

DIARIO

245

DE LAS

SESIONES DE CORTES.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

PRESIDENCIA DEL SR. D. FERNANDO ALVAREZ.

SESION DEL JUEVES 6 DE JULIO DE 1865.

SUMARIO. Abrense la sesion á las dos y media.—Se lee y aprueba el Acta de la anterior.—Votos añadidos á la votacion sobre ley electoral.—Quedan sobre la mesa la relacion de los jueces de primera instancia nombrados desde 1850 hasta el día, y el dictamen de la comision de Actas sobre la de San Vicente de Valencia.—Pregunta del Sr. Candau sobre incompatibilidades.—Contestacion del Sr. Nocedal.—Anuncio de una interpelacion del Sr. Mota sobre el impuesto de herencias.—Proposicion del Sr. Fernandez Espino sobre reconocimiento del reino de Italia.—Manifestacion del Sr. Ministro de Estado.—Discurso del Sr. Espino.—Alusiones de los Sres. Nocedal, Conde de Elqueza, Corona, Conde de San Luis, Fabié, Taval de Andrade, Rodriguez Correa, Ribo y Marqués de Praxio Real.—Se suspende la discusion.—Pasan á las secciones los proyectos sobre reforma de un artículo de la ley de imprenta, y administracion militar.—El Congreso pasa á reunirse en secciones.—Orden del día para mañana: Los asuntos pendientes.—Se levanta la sesion á las seis y cuarto.

Se abrió la sesion á las dos y media, y leído el Acta de la anterior, quedó aprobada.

El Sr. SANTA CRUZ: Pido la palabra para rogar á la mesa se sirva hacer constar mi voto conforme con el de la mayoría en la votacion de ayer.

El Sr. SECRETARIO (Moraza): Constará en el Acta.

El Sr. GUILLEN: Yo tambien he pedido la palabra para manifestar que el mal estado de mi salud me privó ayer de venir al Congreso, y lo siento extraordinariamente porque era el momento oportuno de sostener la opinion que tuviera en la cuestion que aquí se debatía; no pudo votar, y de consiguiente ruego á la mesa que haga constar en el Diario de las sesiones mi voto conforme con el de la minoría.

El Sr. SECRETARIO (Moraza): Constará en el Diario.

Dadas cuenta de la siguiente comunicacion, acordando se uniese á sus antecedentes la nota á que se refiere:

«MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.—Excmos. Sres.: En contestacion á la comunicacion de V. EE. de 3 del corriente, recibo le adjunto nota, en que se expresan los juzgados de primera instancia creados desde 1.º de Enero de 1850 hasta la fecha, con los ayuntamientos que los componen,

así como la única traslacion de capitalidad que ha ocurrido en el mismo período, cuyos datos desea tener á su vista la comision encargada de dar dictamen sobre el proyecto de ley autorizando al Gobierno para plantear el electoral de Diputados á Cortes.

«De Real orden lo digo á V. EE. para los efectos consiguientes.—Dios guarde á V. EE. muchos años. San Ildefonso 5 de Julio de 1865.—Fernando Calderon Collantes.—Sres. Secretarios del Congreso de los Diputados.»

Se leyó y quedó sobre la mesa el siguiente dictamen:

«La comision de Actas ha examinado la del distrito de San Vicente, provincia de Valencia, y hallándola arreglada á la ley, es de dictamen que el Congreso se sirva aprobarla y admitir como Diputado por dicho distrito al señor D. Juan Miguel de San Vicente, que resulta elegido por mayoría absoluta de votos, y acredita su aptitud legal.

«Palacio del Congreso 5 de Julio de 1865.—Fernandez Espino.—Cardenal.—Horraldo.—Ribo.—Page.»

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Candau tiene la palabra.

El Sr. CANDAU: El objeto que me ha propuesto es dirigir una pregunta á la comision nombrada por el Congreso para entender en tal proposicion de ley, lo que despues hablaré.

En el día de ayer fué votado por el Congreso un pro-

yecto de ley autorizando al Gobierno de S. M. para que plantee una reforma electoral. Yo tuve la desgracia de no poder usar de la palabra para hacer las manifestaciones que yo creía que estaba en el caso de hacer á fin de explicar el voto afirmativo que á dicha autorización iba á dar, como lo di. Cuando pedí la palabra desde mi asiento ya otros señores se habían anticipado acercándose á la mesa donde yo no pude ir; de consiguiente me quedé sin turno. Si le hubiera tenido habría hecho algunas observaciones acerca de las bases de dicha ley, con las cuales, si bien estaba conforme, no así con el desenvolvimiento que á estas mismas bases se daba en el proyecto de ley; habría dicho algo también, y voy á la pregunta, acerca de la supresión que la comisión que entendía en el proyecto de ley había hecho del título que hablaba de las incompatibilidades parlamentarias. Observé que la comisión había suprimido completamente el capítulo que á esto se refería, y en ello se me antoja ver el respeto de la misma comisión á un proyecto de ley presentado sobre la materia, que el Congreso ha tomado en consideración y sobre el cual se espera dictamen de la comisión nombrada al efecto. Yo me atrevo pues á dirigirme á los señores que componen esa comisión (El Sr. Nocedal: Pido la palabra), uno de los cuales observo que ha pedido la palabra, para rogarles que tengan á bien manifestar el estado en que se hallan esos trabajos, y sobre todo si la cuestión de incompatibilidad, á la cual no se ha tocado en el proyecto de ley que ayer ha votado el Congreso, si esa cuestión, repito, ha de venir aquí para discutirse y para resolverse.

El Sr. NOCEDAL: Voy á contestar con mucho gusto á la pregunta que ha dirigido el Sr. Candau á los individuos de la comisión que entienden en la proposición de ley que yo tuve el honor de presentar. Esa comisión se reunió inmediatamente de haber sido nombrada, y tuvo la dignación de nombrarme su presidente. Una vez constituida, conferenciaron entre sí los individuos que la componen y quedaron en que no darían dictamen hasta que tuviesen una nueva conferencia con el Gobierno de S. M. Yo tuve ocasión de decir esto al Sr. Ministro de la Gobernación, y estamos esperando á que tenga lugar esa conferencia para presentar inmediatamente dictamen.

Tengo que dar una mala noticia á mi amigo el Sr. Candau. Me parece que puedo anunciar con toda seguridad qué para proponer la absoluta incompatibilidad de los empleos públicos con el cargo de Diputado, nos vamos á quedar en la comisión solos el Sr. Aparici y yo; pero el Sr. Aparici y yo, solos ó acompañados, estamos dispuestos á presentar dictamen tan pronto como tengamos esa conferencia que exigen las buenas prácticas parlamentarias y la buena cortesía con el Gobierno de S. M.

Como presidente de la comisión debo decir que aunque es probable que los demás individuos que componen la mayoría no estarán de acuerdo con nuestro dictamen, también lo presentarán con arreglo á su lealtad y entender. Para en una cosa puede confiar el Sr. Candau, que si la noticia por hoy es mala, como yo voy á ser Diputado he de traer este proyecto de ley todas las legislaturas, y espero que al fin y al cabo este proyecto de ley pasará, si no hoy, mañana, porque vendrá á formarse sobre este punto la verdadera opinión del país.

No tengo más que decir á la pregunta de S. S.

El Sr. CANDAU: Doy gracias al Sr. Nocedal por la benevolencia con que se ha levantado á satisfacer mi deseo de averiguar en qué estado estaba el asunto, al cual yo doy también grandísima importancia.

No habría hecho esta pregunta si hubiera visto que en el proyecto de ley que ayer aprobamos no había hecho algu-

na en esta materia; pero la omisión que he notado en el asunto de incompatibilidades me ha hecho creer que era por respeto al proyecto de ley presentado, cuya discusión consideraba yo que debía ser complemento de lo que ayer hemos votado.

En efecto, el Sr. Nocedal me da una mala noticia, porque siendo yo partidario también de la incompatibilidad absoluta, es claro que para mí ha de ser una noticia todo aquello que deje una cuestión tan importante en el estado en que se halla, que á mi modo de ver no es satisfactorio para los que comprenden de la manera que yo comprendo los fueros del Parlamento.

Por lo demás, yo, con mucha menos autoridad que S. S., si volviera á ser Diputado también intentaría que esta cuestión se resolviera en la forma y de la manera que yo creo que debe resolverse para que el sistema parlamentario en nuestro país sea una verdad, y sobre todo para dar una satisfacción á la opinión pública, que se encuentra muy preocupada con esta cuestión.

El Sr. NIOTA: Pido la palabra para anunciar una interpelación al Sr. Ministro de Hacienda.

El Sr. PRESIDENTE: Le tiene V. S.

El Sr. NIOTA: Aunque no está presente el Sr. Ministro de Hacienda, voy á anunciar mi interpelación para que la mesa se sirva ponerla en su conocimiento.

Derechos, señores, los decretos anteriores acerca del impuesto gradual sobre las herencias por el de 31 de Diciembre de 1829, este fué derogado también por la ley de presupuestos de 1833. Desde entonces, señores, nadie cobró el impuesto gradual sobre las herencias con arreglo al decreto de 31 de Diciembre de 1829 que había sido derogado, ni mucho menos con arreglo á los decretos anteriores que habían sido derogados por este; y sin embargo, hoy ocurre que la administración de rentas de Madrid pretende cobrar ese impuesto gradual, no con arreglo al decreto del año 1829, sino con arreglo á los decretos anteriores, sobre las herencias que han tenido lugar desde 1835 á 1840.

Sobre esto quiero hacer una interpelación al Sr. Ministro de Hacienda, y he de agradecer de la mesa que se sirva ponerla en su conocimiento.

El Sr. PRESIDENTE: Así se hará.

El Sr. PRESIDENTE: Se va á dar cuenta de una proposición del Sr. Fernandez Espino.

El Sr. SECRETARIO (Morales): Dice así:

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que, porá con pena todo paso que tenga por objeto el reconocimiento del llamado reino de Italia, en tanto que no haya sido reconocido por la Santa Sede.»

«Palacio del Congreso 4 de Julio de 1935.—José Fernandez Espino.—Antonio Nocedal.—Manuel María Barrios.—El Conde de Xiquena.—El Conde de Heredia Spinoza.—José María Sesá.—Aparici y Guipuzcoa.»

El Sr. PRESIDENTE: El Ministro de Estado tiene la palabra.

El Sr. Ministro de ESTADO (Bermudez de Castro): Señores: la proposición que acaba de leerse ha sido ya presentada en otra forma de la que el Reglamento establece, cual es la de una interpelación, y el Gobierno de S. M., usando del derecho que el Reglamento le concede mientras que no hubiese referido á una interpelación, y en cumplimiento de su deber, hubiera aceptado la interpelación á esta interpelación. Los señores que presentan la proposición tienen en

derecho que incontestablemente les da el Parlamento para convertir la interpolación en una proposición de ley, visto que el Gobierno de S. M. merece convenientemente, por judicial a los intereses públicos entrar en una discusión respectiva a los asuntos de Italia.

Yo me levanto en nombre del Gobierno de S. M. para decir que, reconociendo como reconocemos el derecho que tienen los señores firmantes de la proposición, crea el Gobierno que es en alto grado perjudicial a los intereses públicos el entrar en una discusión concerniente a los asuntos de Italia; el Gobierno ya ha declarado por boca del señor Presidente del Consejo de Ministros lo que tiene el honor de decir a los Cuarenta legisladores en la primera sesión en que concurrió a las Cortes, después de haber jurado el cargo de Ministro en nombre de S. M.: que había llegado en su concepto el tiempo en que sin perjudicar los intereses del Establecimiento el Gobierno iba a entrar en una nueva política con respecto a Italia.

El Gobierno, presidiendo las negociaciones, estando este asunto en vías de negociación, no puede decir, no dirá una sola palabra acerca de él; si los señores firmantes de la proposición insisten en apoyarla, yo debo hacer una declaración en nombre del Gobierno; por eso he pedido la palabra antes de que se entrase en la discusión. Es a saber: que el Gobierno no puede entrar, no entrará en la discusión de este asunto, que considera en alto grado perjudicial a los intereses que le están encomendados, y que bajo ningún concepto podrá responder a las razones que aquí se aleguen en apoyo de la proposición. Y digo esto para que los señores que la firman no crean tampoco que puede haber ninguna cosa de desden por parte del Gobierno de S. M. en no hacerse cargo del discurso que para apoyarla se pronuncie, ni que tampoco tema que las razones que se aleguen sean tales que le impidan encontrar otras razones con que contestarlas.

Hecha esta declaración si los señores firmantes insisten en apoyarla, yo les ruego desde ahora que no lo hagan; que el Gobierno de S. M. tenga en poco la dignidad y el derecho de los Señores Diputados para no contestar al discurso que se pronuncie: el deber público se lo veda, no podría entrar en ella sin comprometer al Estado en la proposición.

El Sr. FERNANDEZ ESPINO: Señores Diputados: supongo que el Sr. Ministro de Estado no se halla dispuesto a contestar yo no debo ni poder dejar de explicar la proposición presentada. No es mi propósito embarazar la acción del Gobierno de S. M. en su sistema político interior por medio de ella; hombre de orden, si bien amante de la libertad, pero deseno por extremo de ver en nuestro país consolidados todos los elementos que pueden contribuir a su seguridad y prosperidad y tranquilidad, no había de contribuir con mi palabra si pudiera sea de menos valer de todos los Señores Diputados, a promover obstáculo alguno al Ministerio en aquella parte de su programa encaminada a elevar el orden público y la libertad sobre cimientos sólidos. Si lo consigo, yo me congratularé de ello y no será el último en felicitarlo.

La proposición que se refiere al régimen interior del Estado no tiene nada de singular; refiérase a una cuestión internacional para imponerle una condición que más que intereses materiales debiera interesar a la dignidad, al honor, a la gloria y al principio católico cristiano, que afirma nuestros derechos eventuales al reino de Nápoles y de los Dos Sicilias, cuestión, en fin, que toca a la dignidad, al decoro y aun a la consecuencia de la nación española.

Se dirá que perteneciendo yo a la escuela conservadora, y ocupado en estos extremos un lugar modestísimo, debí haber dejado que apoyara la proposición cualquiera de

sus dignos señores firmantes, y muy especialmente al señor Nocedal, cuya palabra elocuente oyo siempre al Parlamento con admiración, y cuyas doctrinas en materia de Gobierno y en favor del principio católico son de todos bien conocidas.

Pero precisamente para que no se crea con equivocación que en la España solo el partido a mi parte, ahora S. J. defiende los sagrados objetos, y no los elementos que hemos formado la antigua mayoría, y entre los cuales creo que habrá alguno que no guardará silencio en la ocasión presentada. (El Sr. Conde de Xiquena pide la palabra para una aclaración personal), precisamente por eso me he levantado a sostener y explicar esta proposición.

No voy, señores, autorizado por nadie, que no necesito su autorización para satisfacer los impulsos de mi alma; sino guiado por mi conciencia y mi convicción, pero seguro de traer aquí las simpatías y la aprobación en este punto de la mayor parte de mis compañeros. Bien sé que hay algunas que juzgan un tanto reaccionaria la opinión de aquellos que como yo son contrarios al reconocimiento del reino de Italia. Y en verdad, señores, que si en esta materia pudiese haber algo de reaccionario, parecería que más bien sería de parte de aquellos que con su aprobación a un acto injusto van a sancionar la usurpación y la tiranía, que no de los que defendemos el imperio de las leyes y la independencia y autonomía de las naciones.

Hay otros que juzgan en todo aquello que no se halla conforme con su opinión amenazada la libertad del país, que nadie ataca. La libertad, creada entre nosotros a la sombra de grandes y altísimos intereses, ha echado tan profundas raíces, que no hay poder, por extraordinario que sea, que le sea bastante fuerza para arrancarla: el mismo espíritu liberal de que aparece animado el Gobierno, qué otra cosa es que una ofrenda que presenta en el ara de la opinión pública?

La libertad no puede recibir herida alguna sino del ímpetu ciego de las pasiones políticas que la llevan unas veces a la licencia y otras al crimen, pero no con la discusión pacífica y templada del Parlamento, ni con la consideración a las instituciones, ni con el respeto a las leyes y a la justicia.

Viéndolo ya a Italia, objeto de mi proposición, señores, conociendo la historia de ese pueblo y sus incertezas desventuradas, no se sentirá arrastrado hacia él por la simpatía y el entusiasmo a Italia, cuna del renacimiento artístico y literario moderno, y cuna tróica de multitud de hombres insignes, cuya fama será tan duradera como el mundo, ha contribuido más que ninguna otra nación a la cultura de la civilización europea. Ello ha trabajado desde antiguo más que ninguna otra nación para constituirse de una manera definitiva y estable; pero con una adversa fortuna siempre, que con razón ha podido decir su célebre poeta Filicaja:

Povera Italia....

O munitrice di vinto sempre schiavo.

Y habrá conseguido, señores, esa libertad por medio de esa unidad tan anhelada? Mr. Thiers y Mr. Proudhon son de opinión contraria, y el segundo especialmente lo demuestra con tanta copia de razones y tan sólidas, que la unidad italiana es contraria a su libertad y ventura que dejó completamente convencido al entendimiento. No puedo resistir al deseo de leer al Congreso algunas de sus razones:

«La confederación de Italia propuesta y defendida por un Emperador es un golpe de fortuna para las libertades de Europa. La Italia confederada, con la libertad constitucional

en todas partes, era la verdadera realización del principio «la unión hace la fuerza.» Terminábase los celos entre las ciudades, las rebeliones y la guerra civil. El joven Rey de Nápoles se colocaba al lado de Víctor Manuel en la lista de los Reyes constitucionales: el Pontífice permaneciendo en posesión de sus Estados hallábase obligado á obrar como ellos: el Emperador de Austria se encontraba dominado por el movimiento general, y el Duque de Toscana no hubiera dado la más leve señal de oposición. Italia con sus Reyes, sus Duques, su Emperador y su Pontífice entraba sin esfuerzo alguno en posesión de ella misma, y comenzaba su verdadera existencia.... Pero se habla de nacionalidades, cuando el primer uso que se hace de esto es desvirtuarlas. Los napolitanos, los toscanos, los romanos, los lombardos son mucho menos en Italia que los húngaros, los bohemios y los croatas. ¿Qué contradicción y qué batallas!

En efecto, señores, los imperios poderosos, después de ser un constante desasosiego y un peligro para los pueblos en su unión que temen de ellos ó la conquista ó la tutela, cuando están como el de Italia formados de elementos tan heterogéneos y de tan diversas nacionalidades, necesitan de una fuerza poderosa y central para que la unión no se intermite y para dar cohesión y regularidad á esos elementos.

No hay que pensar, señores, en la libertad municipal; no hay que pensar en la libertad provincial; no hay que pensar en la libertad política; el ahora para de la libertad no se puede respirar en esos imperios; ni con se permite á los pueblos que los forman desenvolverse de una manera desahogada en sus intereses materiales, porque después de la presión en que viven, se les grava con grandes impuestos para el sostenimiento de numerosos soldados y para mantener el brillo de una corte excesivamente fastuosa. Esta es la libertad que por ahora ha conseguido Italia.

Señores: y la historia testifica también esta verdad, así como la utilidad de las confederaciones; si nos remontamos á los tiempos antiguos, veremos que las repúblicas griegas, que eran federales, vivían sin aspiraciones á la conquista, que eran felices mientras fueron virtuosas, y que tuvieron en su unión bastante fuerza para defenderse del ejército colosal de Jerges y de derrotarle en el estrecho de Salamina.

Si más adelante sucumbieron al poder de Alejandro, fué porque se habían pervertido sus costumbres, y sabido es que las naciones caen cuando se corrompen.

¿Pero á qué evocar recuerdos de la antigüedad? ¿No tenemos ahí á Suiza? ¿No conserva cada cantón su nacionalidad? ¿No conserva su libertad, sus leyes y sus costumbres patriarcales? ¿No tienen bastante unión entre sí para ser respetados del exterior? ¿Unirá cada uno de esos cantones su independencia; quiteselos en modo de ser reunidos en uno solo; póngase á su cabeza un Monarca ó jefe único y desde ese instante se habrá hecho de ese pueblo, completamente feliz hoy, un pueblo desventurado. Pues bien, señores: si Italia se hubiera formado de la manera que la constituyen los Emperadores en el tratado de Villafranca; si hubiera puesto en práctica y respetado, no se vería vejada ni oprimida, y sería feliz como lo es Suiza.

Y después, señores, al autor del pensamiento de la unión ¿se propuso realizarlo? ¿Pues no vemos á Víctor Manuel, que es á quien me refiero, comenzar la gestión de su proyecto, dando á Francia en premio de los beneficios de su protección á Niza y Saboya? Sabéis el Canzonero qué es la Saboya? Pues es la cuna donde reposan las cenizas de los mayores de Víctor Manuel, cuna y cenizas de sus mayores que ha vendido al Emperador francés para satisfacer su desahogada ambición.

Además, puesto que se piensa en la unidad italiana, puesto que las naciones protectoras de ese pensamiento son Francia ó Inglaterra, ¿por qué la primera no devuelve para la formación esa unidad la Isla de Córcega y la otra la de Malta? ¿No pertenecan una y otra á Italia? ¿No se trata de formar esa gran nacionalidad? ¿Pues cómo no son las primeras también en dar el ejemplo? ¿Sabéis, Sres. Diputados, qué se deduce naturalmente de todo esto? Que aquí no ha habido más fin político que el de engrandecer aun más á los poderosos á costa de los débiles; ningún otro.

Pero viniendo, señores, al hecho tal como ha ocurrido y á la cuestión en el estado en que se encuentra, ¿puede negarse que en ese acto se ha violado el derecho de gentes y conculcado todos los derechos sociales? Este es el hecho conocido de todo el mundo; y cuando los hechos son tan claros y manifiestos, empeñarse en demostrarlos es tanto como empeñarse en oscurecerlos. Y para que nada falte de odioso á ese hecho, no tiene siquiera el esplendor que ofusca y deslumbra producido por la victoria después de una penosa lucha.

En la sesión ocurrida en uno de los días de Marzo de 1861 tratóse en este augusto recinto de esta misma materia: y en esa sesión, los progresistas por los labios de los Sres. Olárraga y Sagasta pedían á este Gobierno mismo, puesto que se componía casi de las mismas personas que hoy, el reconocimiento del reino de Italia, á que el Gobierno se negaba: recuerdo que el Sr. Maza y Zorrilla, Diputado de la unión liberal, pronunció un magnífico discurso con este motivo, y exaltó el pensamiento triunfante de Víctor Manuel de empresa sin héroes, de guerra sin batalla, de conquista sin gloria, que ni legitima el derecho ni sanciona la gloria. Creo en efecto que no ha habido, héroes alguno en tan noble empresa; y si le ha habido ha sido solo de relumbrón y de para- y no de triunfos militares: y sin el auxilio poderoso de los cañones franceses en Magenta y Solferino ni aun habría podido soñar Víctor Manuel en el éxito feliz de tal empresa. Pero se me dirá: ¿cómo puede haberse cometido esa escandalosa violación del derecho, esas vejaciones, esas violencias, cuando la resistencia ó no fué ninguna, ó en todo caso fué muy débil? La prueba está en que pueblos de mayor territorio que el Piemonte, de mayores recursos y con mas fuerzas doblaron no difícilmente el cuello á la coyunda del vencedor.

Señores, sabido es que el hidalgo y generoso agente de esta empresa ha sido la traición, y la traición es una máquina de guerra invencible. Dijo si no España, que pelearlo á orillas del Guadalquivir con desesperado valor por su religión y su independencia, no pudo alcanzar la victoria porque la traición de los piratas de Wiliza la entregó al carro del quereño. ¿Pudo defenderse Don Sancho del puñal asesino de Belhido Dulcis ante los muros de Zamora? ¿La traición, solo la traición, que desamarrando las conciencias formó alrededor del infeliz Francisco II una red alve de hierro que le impidió resistir y acudir á su defensa? De otra manera, señores, necesito que un Menorca que apenas subió al Trono y atento siempre al bien de sus súbditos les dió una Constitución libre, que defendió á Gaeta último baluarte de sus reinos, con el valor del heroísmo, que quedó imperturbable y sereno entre sus ruinas, y que sobrevivió á inmensa desgracia con la dignidad del esclavo y la resignación del cristiano, no pueda concebirse que dejes de merecer la consideración, el respeto y el amor de sus súbditos. Lo realito, señores: solo la traición ha podido vencerle. (Intermitencia de aplausos.)

Y si no fuera cierto y aun público lo que acaba de decir, ¿por qué después y cuando ya el pueblo italiano el insidioso propósito, se fué operando una reacción contra

dable de amor y de entusiasmo en favor del desventurado Monarca. Por qué tanta violencia, por qué tantas horribles y bárbaras, violentas, horribles y bárbaras que han escandalizado al mundo? Cuando Tácito, para ponderar con su frase enérgica y concisa la tiranía del Emperador Tiberio y le su Ministro Sejano decía: *eiemptum audiendi loquendi commercium*: se prohibió hasta el oír y el hablar, no podía figurarse ciertamente ni aun soñar siquiera que andando los siglos presenciarían esos mismos pueblos una tiranía más brutal y abominable. No terminará en su cuadro sino permitirme leer al Congreso algunas palabras del señor Nocedal, que puede decirse terminan el cuadro de tan criminales y escandalosos sucesos. Estas palabras fueron pronunciadas por S. S. en una de las sesiones en que se discutía el mensaje de la Corona, y las dirigía por cierto al Sr. Posada Herrera: «La facilidad con que se han allanado todas las resistencias.»

¿También decía esto formalmente el Sr. Posada Herrera? ¿Es por ventura la facilidad con que se ha allanado el reino de Nápoles? ¿Pues ignora el Sr. Posada Herrera que en aquella guerra civil, en aquella lucha en que un pueblo defendido su independencia contra usurpadores que á mano armada quieren sujetarle á la corona extranjera y al carro del artista vencedor, ignora el Sr. Posada que para vencer esa resistencia ha sido necesario, según confesión de los propios napolitanos en documentos oficiales, pasarle todo á cuchillo, fusilar á millares de gentes tranquilas y pacíficas y arrasar pueblos enteros de 5 á 7.000 almas? ¿Dónde vive el Sr. Posada Herrera que no sabe que en las Cámaras Inglesas se han levantado voces en nombre de la humanidad sobre las crueldades que tuvieron lugar en Nápoles?

¿Ignora S. S. que algunos individuos de las Cámaras de los Lores y los Comunes han venido á declarar que han visto en las cárceles de Nápoles á los defensores del Rey legítimo Francisco II, y que han sido testigos de que se les daba á comer un pan que en Inglaterra no se puede echar ni aun á perros?

Pero no se crea, señores, que esos pueblos formados de tal manera dejan de expiar sus errores y de recibir por ellos el castigo de su iniquidad. Sembrados á aquellos hombres que han reunido riquezas por medio del robo y no pueden disfrutarlas tranquilamente porque la conciencia les inquietaba y mortifica, los pueblos que de tan injusta manera se constituyen, viven entre zozobras constantemente, porque recien de la fidelidad de los oprimidos. Estos reñoran á sus hijos sus miserias y angustias, y las lágrimas y la sangre que les ha hecho derramar la tiranía de sus opresores, lágrimas y sangre que se refrescan de generación en generación y viven en la memoria de todos hasta que llega el día de la explosión y de la venganza. Ved á Polonia, señores, destruida, dividida por los poderosos de la tierra en el tratado de 1815; vedla levantarse dos veces contra sus tiranos, con decidida fortuna el, pero con valor tan heroico que ponía capote á sus propios vencedores. Si sus campos han quedado sembrados ámbos veces de mártires de su independencia, de sus cenizas nacerán otros héroes más afortunados, que más tarde ó temprano al fin la conquistarán y venguen tanta sangre inocente vertida.

Ted al Austria constantemente afanada por conservar la Croacia, la Rutenia y la Hungría, y atorada é inquieto siempre, haciendo unas veces concesiones, otras ejerciendo presión ó amenazando, pero nunca logrando esa unidad y fusión completa que tan vivamente anhela y que había soñado. Esto prueba que lo que está separado por sentimientos, por costumbres, por ideas, hasta por los montes y los ríos, que lo que Dios no ha querido que esté

unido y forme un solo pueblo, en vano la desmesurada ambición humana se empeña y obstina en unirle.

Pero aun suponiendo que para la realización de ese pensamiento no se hubiera violado el derecho de gentes; aun suponiendo que los Monarcas despojos hubieran dejado voluntariamente el poder por amor á esa patria común; aun dando por cierto que los pueblos espontáneamente hubieran venido á confundirse unos con otros dándose las manos; aun admitiendo todo esto, ¿puede España reconocer al reino de Italia? ¿Puede hacer ese reconocimiento de sus derechos? Ello es que nosotros tenemos derechos eventuales en Nápoles y Sicilia, derechos no fundados en la usurpación y la violencia, sino por casamiento de Don Pedro III de Aragón con la Princesa Constanza, hija de Manfred, Rey de Sicilia.

Los diferentes sucesos que vinieron después dando cada vez mas importancia á España en ese territorio hasta colocar sobre el Trono de Nápoles á nuestro Rey Don Carlos III son tan conocidos, que recordándolos yo no haría otra cosa que molestar la atención del Congreso. Pues bien: en el reconocimiento del reino de Italia va envuelta implícitamente la cesión de esos derechos. ¿Tiene facultad el Gobierno para eso? (No previene la Constitución que cualquiera cesión de territorio ó renuncia en este punto no pueda verificarse el Y' nace sin el concurso de las Cortes? ¿No tenemos un hecho reciente en el abandono de la Isla de Santo Domingo? ¿Pudo resolverlo el Gobierno por sí solo? Pues si esto dice literalmente la Constitución del Estado de una manera clara, terminante y explícita, ¿cómo saliremos ahora de la ley?

Debe también no olvidar el Gobierno de S. M. que el Rey destronado en Nápoles Francisco II, el penúltimo de los destronados, es un Borbon, pariente también del único Borbon reinante en Europa; y al hacer esa cesión, al reconocer un acto vandálico ejecutado contra los derechos legítimos de ese infeliz Monarca, va á aprobar implícita y anticipadamente cualquier reprobado acto que en lo futuro se intentare contra el Trono legítimo y la dinastía de nuestros Reinos.

Pero si el reconocimiento del reino de Italia, por lo que respecta á Francisco II, sería una grave injusticia, y sería una cesión de derechos, para lo cual no hay facultad en el Gobierno: ¿qué pasa con respecto á las posesiones de que ha sido despojado el Romano Pontífice? ¿Puede hacer esto España, el país clásico en la fe católica, que deba á la religión su aliento divino en sus mas gloriosas empresas? La fe es el animado el valor de nuestros guerreros; la fe ha inspirado el número soberano de nuestros poetas y el ingenio de nuestros artistas; la fe ha producido en fin la mayor parte de los prodigios que registra nuestra historia y cuanto hay de mas bello y sublime entre nosotros en las letras y en las artes. ¿Puede España reconocer un despojo tan infame? (¡Uuy bien, muy bien.) Pero se dirá que el poder temporal es independiente del poder espiritual y que puede existir este sin aquel, como lo demuestra el que siglos enteros viviesen los Romanos Pontífices sin mas poder que el espiritual. Enhorabuena; pero no se olvide que en los siglos en que el Pontífice no tenía mas poder que el espiritual, fueron objeto, no sin frecuencia, de toda clase de vejaciones por los sumos imperantes, hasta el punto de que su historia en esos tiempos puede decirse que es la historia de su martirio.

El poder temporal vino providencialmente desde la reclamación espontánea hasta las donaciones legítimas, y así de esta manera profecía nació y se desarrolló con vigor y fuerza, y sin que ningún poder de Europa tenga mayor mas legítimo para evitar precisamente que el Pontífice fue-

que tratándose de una ocasión con la cual tenía no solo razón, la presente, sino en la que estaba encarnada, ninguno de los miembros de la oposición, excepto el Sr. Alarcón, tomó la palabra para el statu quo que se venía observando en la materia. Esto, señores, me autoriza á creer que el pensamiento del reino de Italia es una cosa moderna, es una cosa reciente, es un pensamiento de estos días.

Señores: si decir al Sr. Presidente del Consejo de Ministros en su programa, que ese reconocimiento se verificaría sin perjuicio de los intereses católicos. Si esto quiere decir que el reconocimiento ha de verificarse de acuerdo con el Romano Pontífice, con la aquiescencia del Romano Pontífice, con la voluntad libérrima del Romano Pontífice, señores, yo nada tengo que decir entonces. Pero si ese reconocimiento significa alguna presión á que ha tenido que ceder el Gobierno, á pesar de su fortaleza y autoridad, tengo entendido que los Gobiernos, por fuertes que sean, cuando ceden á cualquier imposición, después de firmar en ella el acta de su humillación, firman también la sentencia de su muerte. *(Maravillas muestras de aprecio.)*

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Nocedal tiene la palabra por una alusión personal.

El Sr. NOCEDAL: Señores: voy á molestar muy poco tiempo la atención del Congreso; como que no me habría levantado, si no fuera porque algunos amigos, todos mis amigos necesitan hacer hoy una protesta, y por mi órgano la van á hacer, reutilizando á palabras pronunciadas por el Sr. Ministro de Estado, que no pueden quedar sin contestación. Una vez que á esto me levanto, haciendo uso del derecho que me concede el Reglamento, algunas cosas mas diré, aunque solo sea de pasada; no diré muchas mas, y esto por varias razones. Primera: porque la proposición ha sido perfecta y brillantemente defendida por mi digno amigo el Sr. Fernández Espino. Segunda: porque las opiniones que en este punto y en todos los demás puntos yo sostengo y firmemente creo, han sido brillante, peregrina y elocuentemente defendidas en el día de antes de ayer por mi dignísimo compañero el Sr. Aparici y Guislarro, al cual en este momento, á la luz de la nación, quiero rendir un tributo de respeto y consideración por aquellos acertos elocuentes, hermosísimos, verdaderamente españoles, que arrancando de lo íntimo de su corazón, irán á conmover las entrañas de nuestra madre la patria. Ese discurso está destinado á hacer una profunda impresión en la nación española: la hará, no lo dudeis; estoy seguro. Levántome con gozo á rendir al Sr. Aparici este homenaje, á hacer mis todas y cada una de las palabras que S. S. ha pronunciado, á rogar á todos los españoles que mediten profundamente sobre ellas: el día que bien meditadas por los que tengan en lo sucesivo el derecho electoral, envíen á estos bancos muchos Diputados impregnados de ese espíritu, España se habrá salvado, y los males que nos aquejan estarán remedios ó en camino de remediarlos.

No tengo pues que hacer por punto general sino referirme á todo lo que dije antes de ayer el Sr. Aparici y Guislarro; no tengo mas que hacer por punto general que repetir una y cien veces, que hago mis todas y cada una de sus palabras, y que por no molestar al Congreso no repetiré conceptos que parecerían pídidos, tan exactos, tan oportunos, tan salvadoras doctrinas.

Y luego hay otra razón; y es, que siempre que me levanto dominado de una idea que considero patriótica, digo algo acerca del parlamentarismo, porque como creo que el parlamentarismo es un vicio feo, que nos tiene corroidos, siempre procuro hacer algo para que el cáncer vaya siendo de todos conocido, con lo que se aproxima el día de su extirpación y radical cura.

Pero hoy no me puede mover este deseo, porque yo no tengo que hacer hoy sino decir á todos mis amigos de aquí y de fuera de aquí (los de aquí son pocos, los de fuera de aquí tengo para mí que son muchísimos), sino decirles que contemplan lo sucedido ayer en esta casa, que lean lo que todos los periódicos de Madrid dicen hoy acerca de los sucesos de ayer en esta casa, y que pongan al pie una nota que diga: este es el parlamentarismo. Felicitó al Gobierno de S. M. por una cosa que, ó no tiene ejemplo ninguno, ó tiene muy pocos. Felicitó al Gobierno de S. M. por verlo apoyado por una inmensa mayoría á las pocas horas de estar sentido en el Banco azul. *(El Sr. Corona pide la palabra.)* No me maravillo las elocuentes palabras pronunciadas hasta ahora por el Gobierno de S. M. son sin duda bastante poderosas á convencer á los Sres. Diputados que desde el número 111 que constituyen hace pocos días todas las oposiciones reunidas, han llegado hasta el de 171, que ayer dieron la razón y en voto de confianza al Gobierno de S. M. *(El Sr. Conde de San Luis pide la palabra.)*

Yo por mi parte, Sres. Diputados, me levanto hoy á decir exactamente lo mismo que dije al tiempo de abrirse esta legislatura cuando se sentaba el general Narvaiz y no el general O'Donnell en ese banco; exactamente lo mismo que decía en la legislatura anterior cuando se sentaba en ese banco el Marqués de Miraflores; lo mismo que dire en otras legislaturas que vengan si la voluntad de los distritos electorales ó de las provincias, ó de quien haga las elecciones, que eso todos lo sabe, hace que yo venga á este sitio; y con esto habré conseguido por lo menos una cosa, que es aquella consideración, aquella buena amistad, aquella simpatía, aquel saludo cariñoso que todos me dirigís en el salón de conferencias, con el cual prembis mi consecuencia y la sinceridad de mis opiniones. *(Rumores en la tribuna de periodistas.)* Aquellos otros señores que desde luego parece como que me advierten que ellos no me saludan cariñosos, debo advertirles que tampoco lo busco, ni lo he menester, ni haré nada indigno para lograrlo. *(Nuevos rumores en la tribuna de periodistas.)* Debo advertirles que pienso que las tres cuartas partes de los males que afligen á mi patria, en esa tribuna nacen: que se venguen mañana conhorabuena llenándose de injurias ó improperios; que yo, sin temor á eso que á otros arredra, seguí á decirlo, erguido la frente, que esa tribuna es la causa del estado desgraciado en que se encuentra mi patria. *(Fueres rumores en la tribuna de periodistas.)* Sr. Presidente, lo que esa tribuna necesita son Diputados que tengan el valor de sus opiniones y que arrosten... *(El Sr. Alarcón: Pido la palabra para defender esa tribuna.)* Sr. Presidente, lo que necesita esa tribuna son Diputados que tengan el valor de sus opiniones y que arrosten serenos y tranquilos sus interrupciones y murmullos.

El Sr. PRESIDENTE: Continúe V. S. en el uso de la palabra, que yo haré que las tribunas guarden el orden que deben guardar.

El Sr. NOCEDAL: A mí no me importa que mañana todos los periódicos me injurien y aun que algunos me calumnien quizás; tengo mi conciencia tranquila; cumplo con mi obligación, y desafío todas las iras en mi daño concitado. Venga pues sobre mí la venganza, venga la injuria, venga la calumnia. *(Rumores prolongados en la tribuna de periodistas y entre los Sres. Diputados.)*

El Sr. PRESIDENTE: Sr. Escrib, V. S. está dirigiendo la palabra á los Sres. Diputados sin haberla concedido yo, interrumpiendo por consiguiente al orador en el uso de la palabra. Continúe V. S. el Sr. Nocedal.

El Sr. NOCEDAL: Después de todo, Sres. Diputados, vuestro saludo cariñoso, vuestra estimación no me ha fal-

tado hasta ahora, y supongo que no les faltará ni un de porro de alguno de vosotros que por razón del incidente que acaba de pasar, á fe de periodista, me mira al lado.

Decía pues, señores, que tampoco tenía necesidad de hacer uso de la palabra para hablar del parlamentarismo. En todos los periódicos de Madrid hoy, los moderados, los progresistas, los demócratas, los de unión liberal; leen los todos, juntos todos, y veréis lo que resulta: lo que resulta es una nota que se escribe ella sola, que dice: este es el parlamentarismo; firmado, Aparici, Nucedil, Horreos, etc. Esto venimos nosotros diciendo que es el parlamentarismo hace mucho tiempo, lo que pintan hoy de nuevo muestra todos los periódicos, el espectáculo que en el día de ayer contemplaron con asombro hasta las paredes de esta casa.

Pero dije al empezar que me había levantado con el objeto de hacer á nombre de mis amigos una protesta; la protesta es la siguiente: El Gobierno antes de apoyarse la proposición por el Sr. Fernandez Espino se levantó á decir por boca del Sr. Ministro de Estado que no contestaría á nuestros razonamientos, no entraría en esta discusión, y que esto no significaba desden de nuestras personas ni mucho menos de los principios, sino que significaba la y llamamiento que había un peligro en discutir esta cuestión, peligro de consecuencias graves para los intereses públicos. Y yo, hombre de orden, hombre de ley, hombre de gobierno, que jamás he puesto ningún obstáculo que sea ilegal, que ni siquiera sea contrario al Reglamento de este Cuerpo colegislador, ni mucho menos que sea faccioso, el Gobierno, cualquiera que sean sus opiniones, tengo que hacerme cargo de esto, explicar cómo y por qué bajo nuestro punto de vista, á pesar de esa indicación del Ministro de Estado, no podríamos menos de hacer lo que estamos haciendo: es decir, de protestar en nombre de nuestras opiniones y en nombre de los amigos de la Monarquía, que creemos sean la mayor parte de los habitantes del territorio español, contra el reconocimiento de ese monstruoso compendio de iniquidades que llama la Europa asombrada por una parte y envilecida por otra, relic de Italia.

El Gobierno se funda para que esto no se discute en que está negociando; y nosotros nos fundamos para que se discuta en que no se debe negociar. Buena razón es que está negociando! ¿Que no negocie lo pido yo; que no negocie lo pide España; en negociar está el mal! Buena razón nos da el Gobierno; buena razón es que está negociando! En negociar está el daño. ¿Cómo, por qué negocia? ¿Que me habéis leído siquiera de pasada nuestra proposición? Que, el Congreso, dice, verá con pena cualquier paso que tenga por objeto llegar al reconocimiento de eso que se llama reino de Italia. Cualquier paso que tenga por objeto esa negociación en que por confesión vuestra os habéis metido, contraría los intereses permanentes de la nación española. De suerte que cuando nosotros renunciemos este reconocimiento, os rogáramos que no reconocierais el reino de Italia; hoy ya se convierte en censura; hoy os censuramos porque estáis negociando para el reconocimiento del reino de Italia.

No negociéis, no; no negociéis. Esperad tranquilos y con los brazos cruzados que eso que se llama reino de Italia sea reconocido por el Padre común de los Reles, á quien se ha despojado contra toda razón y contra todo derecho, y cuando tal haya acontecido, si es que llega á acontecer, reconoced en buen hora. Y haced todavía algo más: tened el valor de decir este á la Europa; tened el valor de decirlo á quien es hipócrita, á quien promueve la cuestión, á quien estimula al reconocimiento; tened el valor de decirlo públicamente; no en el secreto de las negociaciones, sino

con notas publicadas en la Gaceta; decidle que España, aun que quede sola, no reconocerá el reino de Italia mientras que privadamente no lo haya reconocido la Santa Sede. Y lo os anuncio ahora, como al principio de la legislatura, lo anuncié, no á vosotros, sino al Gobierno del Duque de Valencia, que de esa manera de una plumada y de un solo golpe habréis convertido á España en nación de primer orden.

Italia, Señ. Diputados, la bella Italia, la patria de tantos ingenios peregrinos, de tantos corazones esforzados; la madre de tantas almas elevadas; la madre de tantos grandes poetas que han ilustrado la humanidad; la tierra en que han nacido Virgilio, el Dante, y Petrarca, y Tasso, y Ariosto y Manzoni; la patria de Galileo, y de los Doria y de Farinelli; y para decirlo todo de una vez, la tierra nativa de nuestro compatriota Cristóbal Colón. ¿Quién no ha de tener simpatías por esa tierra generosa? Pero ese gran pueblo está siendo hoy objeto de hipócritas simpatías. Las simpatías por Italia están hoy real y verdaderamente manifestadas con verdadero sentimiento emanado del corazón por los que han declarado guerra implacable á los tiranos que la tienen hoy oprimida, vejada y completamente devastada. Somos los amantes de Italia, los enemigos de sus tiranos, los enemigos de sus usurpadores, los enemigos de sus crueles verdugos.

Que Italia quiere ser independiente! Nada tengo que decir contra eso; yo estoy siempre de parte de los pueblos que desean ser independientes. Que Italia no quiera ser gobernada por extranjeros. No tengo nada que decir contra eso, absolutamente nada; y si yo fuera italiano, también pelearía contra los invasores de mi patria. Que Italia quiera ser libre. Que lo sea. Pero ¿es esta la cuestión? Que Italia quiera ser nos. ¡Oh! Es que eso es imposible; es que eso es un absurdo; es que esa es una cosa que está sirviendo á algunos italianos de entendimiento, pero de perversas ideas, de pretexto para ir á otra cosa, y á otra parte, y que solo abriga de buenos los unos cuantos... hombres de entendimiento mangado que rodean al Rey Victor Manuel.

Hay pueblos que la Providencia ha destinado para que constituyan una sola nación. Eso ¿quién lo duda? Hay pueblos regados por los mismos ríos, cubiertos por las mismas cordilleras, que tienen una sola y única y común historia, animados por un mismo espíritu, obedeciendo á unas mismas tradiciones, los cuales constituyen por fuerza, y no por voluntad de los hombres, sino por disposición divina, andando el tiempo, en uno solo pueblo, aunque no quieran los hombres; y eso acontecería mas pronto si la revolución no se hubiera empeñado en echarlo á perder como lo echó á perder todo. Pero hay otros pueblos, por el contrario, que Dios ha dispuesto que no formen una sola nación, y no lo podrían formar nunca aunque se empujen los hombres.

Una península larguísima y estrecha, con historia distinta, con caracteres opuestos, con diferencia hasta en el habla, en los gustos y en todo, ¿cómo ha de ser una? ¿Dónde ha nacido ese absurdo empeño de que forme una gran nación? ¿Quién ha dicho, á quién le ha ocurrido que el delfín de Venecia pueda ser delfín de Nápoles, que el que impone en Génova pueda imponer en Medina? ¿Por qué no ha de tener razón filosófica el hecho histórico de que jamás ha sido eso, desde la caída del Imperio romano? ¿Por qué no ha de tener razón buena el hecho histórico de que la unidad de Italia no ha podido nunca hacerse? No, señores, no; la unidad de Italia es un imposible, la unidad de Italia es un absurdo, y además la unidad de Italia sería una gravísima complicación para todo el derecho público europeo, y por consecuencia el derecho público europeo tendería á romperse en la sucesiva, y como rompera es fácil hasta

por la configuración del terreno, la unidad de Italia, puesta caso que alguna vez se formara, dura si la uno puede decirse un minuto en la vida de los pueblos.

Pues entonces, ¿de dónde surgen los movimientos generales que atraen á la mayor parte de los hombres políticos, por lo menos de aquellos que en agitan en Italia á la voz de la unidad de la patria? ¿De dónde nacen? Ya antes lo dije, y ahora lo explicaré un poco más; nacen de alguna persona que no quiere nombrar porque no debe, de extrema limitación de entendimiento, y lleno de una enorme ambición amasada con una pequeñísima dosis de inteligencia; y nace en una porción de Italianos, de que sabiendo que eso es imposible, lo toman como pretexto para lo contra lo que en efecto quieren ir, que es la soberanía del Pontífice y el catolicismo.

Allí donde veis un hombre de verdadero entendimiento, de entendimiento probado, cuyo entendimiento es constante, y lo quiere decir, quiere la unidad de Italia, ya sabéis lo que quiere decir; ese hombre quiere de la manera que hoy sea posible, destruir el Trono del Pontífice, y tras del Trono del Pontífice el pontificado y el catolicismo. Esto es lo que quieren; á eso es á lo que aspiran, y sueñan por supuesto, como han soñado desde la venida de Jesucristo á todos los herejes. El Trono espiritual del Soberano Pontífice es imposible que calga; el temporal es tal imposible, es difícilísimo; pero sin embargo, teniendo entendido, van primero á destruir el poder temporal, y después, como no tienen fe en las palabras de Jesucristo, van á dar el una vez destruido el poder temporal pueden echar por tierra el poder espiritual. (Desventurados Italianos)

Ahora bien: en este plan infernal, en esta conspiración, ¿puede entrar la nación española? Esta es la cuestión. Existe, es indudable, una conspiración contra el catolicismo y contra el Soberano Pontífice como tal Soberano Pontífice, por mas que por ahora digan los conjurados que solo asistan sus golpes al Soberano temporal; puede entrar la nación española en ella? Puede entrar la Iglesia católica en su Gobierno? Pues es la cuestión pues; á esto no se quiere dar respuesta categórica, terminante, clara, y yo tengo que responderme á mí mismo: no, no debe ni puede; hacer eso sería una vergüenza, una ignominia; hacer eso es deshonor á la nación española, y acaso acaso dejar caer el Trono legítimo de Doña Isabel II. ¿Tanto apoyo queda hoy en Europa á los Tronos legítimos y seculares? El mas fuerte de todos es ese que se intenta destruir. No contribuyais en mucho ni en poco, directa ni indirectamente á que calga ese apoyo, que es uno de los poquísimos que quedan á los Tronos legítimos; calga eso que es el mas legítimo de todos los Tronos que han levantado los siglos en esta tierra de Europa, y decidme después qué garantías vais en el mundo para defender con brío, con energía, con esperanzas de éxito, la Corona que cifieron sus antepasados en las sienes de nuestra augusta Soberana.

Nó lo dudéis; empezando hoy por prescindir de que se le hayan quitado algunas provincias y que reconozca á la Integridad triunfante, os veis comprometidos, obligados á tener que reconocer mañana cualquiera otra Integridad que se consiga en hecho consumado; habreis abierto un portillo inmensurable á la revolución que se lanza de todas partes á derribar los Tronos; habreis hecho mucho mal; que todos los Tronos legítimos caigan derribados; y en su día no tendréis más que decir á la Reina cuando os pregunte por el Trono de sus hijos, ni á la España si os pregunta por sus Soberanos legítimos. Esta es la verdad, Sres. Diputados. Esta es la verdad tal cual yo realmente la entiendo, tal cual realmente la debo proclamar en el Parlamento, tal cual debo someterla á la consideración del

Gobierno de la Reina, á la consideración de los españoles todos que para esto venimos aquí, que para esto habíamos desfilado este sitio, y simultáneamente en vísperas de elecciones, las cuales es conveniente, decoroso y digno, es hasta decente que cada uno concuerda sin máscara ni careta ninguna, antes bien con la cara descubierta para que pueda juzgarlos el cuerpo electoral.

He aquí la explicación sencilla, la interpretación verdadera de las palabras, como todas las suyas elocuentísimas, que pronunciaba antes de ayer mi digno amigo el Sr. Aparici. Si señores; hay una porción de porríficos insubstanciales que no importan nada, que nada valen, con los cuales se entretienen los partidos. En el año de 1810 se entrevistaron los partidos, no sé cuántos meses, creo que medio año, en disputar sobre quién había de nombrar los alcaldes. Otras veces se han entretenido en saber cómo se han de hacer las elecciones. Otras en saber si es bien de conceder mas ó menos derechos políticos á los ciudadanos. Todo esto, Sres. Diputados, hoy importa poquísimo, hoy importa casi nada. Hoy es menester que francamente se dividan los bandos de la manera como lo están en Europa, como de hecho van estando divididos en España.

No hay que disimularlo: la Europa entera está, España también ya está dividida en racionalistas y católicos. ¿Qué queréis ser, Sres. Ministros, racionalistas ó católicos? No hay remedio, no hay que sonreírse; hay que escoger, y pronto. La respuesta es necesaria; tenéis que contestarme; porque si no contestais, seréis un Gobierno á quien sorprenden las cuestiones que todo el mundo va venir; si no contestais, seréis un Gobierno ciego, y yo no quiero creer que en ese banco haya un Ministerio compuesto de Ministros absolutamente ciegos. No hay remedio; ó racionalistas ó católicos. A un lado ó á otro. Cada cual tome su resolución. Cada cual tome su partido. No podemos endosarnos con rodeos. En vano es que escogieramos cualquiera cuestión política para entretenernos; cualquiera otra cuestión, al lado de la que hoy preocupa todos los ánimos, sería pequeña, insignificante. Esgraged; ó racionalistas ó católicos. La escuela católica no puede reconocer el reino de Italia, porque ese mal llamado reino entraña un despojo de la Iglesia, que es un sacrilegio. Los católicos no pueden negociar para el reconocimiento del reino de Italia. Negociar, es empezar á reconocer; es el principio del reconocimiento. No pueden reconocer ni negociar para el reconocimiento del reino de Italia, salvo si el primer paso es el pedir la vena á Su Santidad con el objeto de que autorice el reconocimiento. Pero si es eso, ¿qué interés tenéis en ocultarlo? Pero si es eso, ¿por qué no lo habéis de decir? Pero si es eso, es miedo, es una insignificante cobardía que no queráis comenzar por confesar ingenua y patéticamente que esa es el objeto de vuestras negociaciones. ¡Oh! eso no puedo ser; no sé; si eso fuera, lo repito, lo confesaría.

Pero es que yo tampoco apruebo que para eso negociéis, porque lo que hay que hacer, ¿queréis que os lo diga? Es esperar tranquila y dignamente á que Su Santidad, de su propio, no estimulada por vosotros ni por nadie, reconozca el reino de Italia, si es que lo reconoce, para que entonces imiteis su conducta, luego que la haya expuesto á la faz de la Europa y del mundo.

Aunque nos digan los Sres. Ministros que no quieren contestar á nuestras preguntas, que no quieren discutir con nosotros, que no quieren hacerlos cargo de nuestras razones, no les puede valer: ¡cómo les ha de valer si todavía no han pasado quince días desde que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros proclamó aquí el reconocimiento de Italia y dijo á indicio las razones por que cree conveniente hacer ese reconocimiento? ¿No he de estar yo en mi derecho, hacién-

dome cargo de estas razones para contestarlo? ¿No he de estar en mi derecho dándole por entendido de aquellas razones que adujo S. E. á la faz de toda España, delante de toda Europa, aquí en el Congreso de los Diputados y en el otro Cuerpo legislativo? Pues si de estas razones, si de estas ideas indicadas primero por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, y luego por el Sr. Ministro de la Gobernación, se han hecho cargo todos los periódicos españoles y muchos extranjeros así de París como de Londres, ¿no he de estar yo en mi derecho haciéndome un cargo de ellas?

Y aquí, señores, de largamento mas fuerte, del mas grave, el que se da como mas importante, del que se repite por decirlo así, ahuecando la voz, como quien dice: ¿á ver quién contesta á esto? ¿Qué hemos de hacer sino reconocer el reino de Italia, nosotros que formamos una monarquía constitucional, tratándose tambien de una monarquía constitucional? ¿Pues no lo hemos de reconocer?

Sres. Diputados: os hago la justicia de pensar que me causo en vano para con vosotros en deshacer este fútil argumento; pero lo necesitáis otras gentes que fuera de aquí se sientan; lo necesitan ciudadanos no tan expertos como vosotros, á quien es menester ilustrar, convencer y preparar el ánimo. ¿Qué diréis, señores, de cualquier personaje que aquí ó en cualquiera otra parte se presentase diciendo Fulano de Tal es un asesino, todos sus asesinatos son alevosos y premeditados; pero no se le puede castigar porque es muy libre! ¿Qué pensaríais del que os dijera una cosa semejante? Pues lo mismo merece quien dice: tal Monarca es usurpador de Coronas; tal Monarca es devastador de comarcas; tal Monarca es un verdadero tirano, que atropellando por todo, gobierna sin derecho á pueblos que no le quieren; pero sin embargo es menester reconocerle por que es Rey constitucional. El Sr. Rey constitucional ¿borra estos delitos? ¿Dónde vamos á parar, señores? ¿En qué se ha convertido el derecho político de España? ¿Qué principios son estos, que después tendrán aplicación á los códigos civiles y criminales de las naciones en particular, de suerte que se podrá decir impunemente que el robo y el asesinato son delitos pasibles con tal de que se ejecuten por hombres constitucionales, y amantes por ejemplo de las prácticas parlamentarias?

Mirad lo que es la preocupacion política: si se presenta el argumento en la vida particular, se desecha por irracional y por absurdo; á cualquiera que se lo presenta, lo desecha diciendo: ¿quién es el que se atreve á sostener semejante disparate? Y vuestra preocupacion política es tan grande, que no comprendéis que es igual, permitidme la palabra, no trato de ofenderos, que es igual disparate el decir que el intruso Rey de Italia es legítimo porque es Rey constitucional.

¿Con que es decir, señores, que en la guerra de sucesion pudo Inglaterra quedarse con Gibraltar porque la Gran Bretaña es una monarquía constitucional? ¿Con que es decir que los Estados Unidos, que segun los mejores liberales, son casi todos mejor que constitucionales, porque son repúblicas, pueden cuando quieren quedarse con la Habana? ¿Con que es decir que vuestros heróicos padres no hicieron bien en no aceptar la dominacion de José Bonaparte, puesto que proclamó la Constitución de Bayona, y quiso ser Rey constitucional de las Españas, lo propio que de Italia Víctor Manuel? ¿Qué os parece de este argumento, señores? Pues está en el que se nos ha hecho con mucha formalidad y de muy buena fe por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

Pero no es esto solo: se añade alguna otra razon, y se dice: ya; pero es menester que nosotros, á favor de buenos

estállos, procuremos hacer algo en favor del Padre Santo: que nos pongamos en disposicion de ayudarle, y para ponernos en disposicion de ayudarle es menester que entremos en los consejos donde se decide de los futuros destinos de la Italia: solo así nuestro voto será útil; y para entrar en los consejos donde se deciden los destinos futuros de la Italia, es absolutamente indispensable que empecemos por reconocer el reino de Italia.

Vamos á hacer otra comparacion, Sres. Diputados: ahora cuando salgais de este palacio para restituíros á vuestras casas suponed que os encontráis un hombre que viene corriendo y diciendo: «ese que va ahí delante huyendo de mí, me ha robado lo que llevaba en el bolsillo, y en lo cual consistía el pan de mis hijos para hoy y para mañana: ¿me quiere V. ayudar á coger el ladrón y á recobrar lo robado?» Vosotros le contestáis: «¿le queda á V. algo de lo que tenía?» «Sí señor: yo llevaba en el bolsillo 100 rs. y no me han robado mas que 80.» «Pues yo opino que le conceda V. esos 100 rs. al ladrón para que no vuelva á robarle á V. los 10 rs., y así ya se queda V. con algo para atender á sus necesidades; y yo me haré amigo suyo por amor de V., y le diré que no acabe de hurtarle lo poco que le ha dejado.» Le dais este buen consejo, le animais con esta eficaz consuelacion, os vale á vuestra casa, y rueda la bola.

Este es el argumento que se nos hace: que es menester entrar en los consejos del ladrón para que no os hurtéis mas.

Todo esto es un purísimo disparate, ya lo sé yo; pero no tengo la culpa de que tan disparate como este sea el argumento que se nos hace en favor del reconocimiento del reino de Italia. No: el medio de auxiliar eficazmente al Soberano Pontífice es ponerse de parte del derecho y de la justicia. El medio de auxiliar eficaz y poderosamente es hacer oír desde nuestra modesta morada la poderosa voz de la justicia y del derecho. Ya sé yo que nosotros no tenemos medios materiales, que no podemos, que sería ridículo el amenazar con intervenir con las armas; ya lo sé; pero la justicia y el derecho tienen tan altos y tan poderosos privilegios, que os aterrorizan. Contemplad, señores Ministros de Doña Isabel II, los esfuerzos tan grandes, tan poderosos, tan gigantescos que se hacen para que España reconozca á Italia. ¿Tiene España mas cañones, tiene España mas soldados para lo uno que para lo otro? Pues ¿por qué se hacen tantos esfuerzos para que reconozcáis al intruso? ¿Por qué? Porque hay miedo de oír en vuestros labios la voz de la justicia, de la razon y del derecho; porque se quiere que la única nacion que todavía mantiene la bandera del derecho la oculte en las tinieblas; no quieren oír esa voz que con ser sola y no estar armada todavía mete miedo, como la voz del hombre de bien metió siempre miedo á ladrones y asesinos. Pero además, Sres. Diputados, ¿no veis que por este medio tampoco se va á adelantarse nada?

Hagamos un poco, nada mas que un poco de historia contemporánea. ¿En nombre de qué se nos aconseja que reconozcamos al reino de Italia? ¿En nombre del interés que tiene el Padre Santo? ¿En interés de qué vuestros consejos podrán pesar sobre Víctor Manuel?

Yo os pregunto: ¿qué caso ha hecho Víctor Manuel de los consejos que le han dado sus amigos? ¿Qué caso ha hecho de los consejos que le han dado amigos formidables, amigos poderosos? ¿Hay en esto, señores, que no sea tan poderoso como esos consejos; porque, una vez que el Gobierno francés falta á la verdad á escondiendo todos los días en cual estoy muy lejos de creer, lo digo para que resalte el argumento, y falta todos los días á la verdad, mintiendo descaradamente, ó desde el principio de la guerra con

Austria vemos que lo están dando consejos en las notas que presenta al Parlamento y que corren impresas por toda la Europa civilizada. El Gobierno francés, que es un Gobierno fuerte y poderoso, con muchos soldados y con muchas navas, está dando consejos, según él asegura, á Víctor Manuel hacer muchos años, y Víctor Manuel no le hecho caso hasta ahora de esos consejos. ¿Creéis que va á hacer mas caso de los ministros? No me desechéis, señores, este argumento, porque si uno lo desecha, tendreis que decir que el Emperador Napoleon III y sus Ministros no dicen la verdad. Pero si son tales el Emperador y sus Ministros que fallan á la verdad á sabiendas, ¿mececen que por sus excitaciones se rebaje á España á reconocer el llamado reino de Italia?

He dicho antes, Sres. Diputados, que es menester colocarse resueltamente, sin vacilación, en uno ó en otro campo, en el terreno racionalista ó en el terreno católico. Hoy todavía podemos transigir en la cuestión; pero tened entendido que dentro de pocos años, dentro de pocas meses la cuestión no se podrá transigir, porque todos los espíritus previosores ven claro que viene pronto un catolicismo.

Ahora bien, señores: en esta situación comprenderéis que yo no puedo prescindir de haceros cargo de ciertas palabras pronunciadas hace pocos días por el Sr. Ministro de la Gobernación. ¿Que los extraviados de la Europa moderna, tales como los pinta el Sr. Aparici, eran hijos del catolicismo, del catolicismo que viene imperando en España y en Europa hace mil ochocientos años? Pero el Sr. Posada Herrera no puede creer esto; el Sr. Posada, sin embargo, lo dijo; yo lo oí lleno de asombro y de asombro, y lo he leído después en los periódicos. Todavía creo que el Sr. Posada no ha querido decir lo que dijo. ¿Cómo el Sr. Ministro de la Gobernación, mi amigo el Sr. Posada Herrera, había de creer que los extraviados de que adolecen las sociedades modernas son hijos del catolicismo? ¿Cómo el Ministro de la Gobernación, el Sr. Posada Herrera, había de desconocer lo que hoy no desconoce nadie, absolutamente nadie, desde que he llegado á la edad de la razón?

La civilización moderna adolece de grandes é inmensos extraviados, porque viene desde el siglo XVI desviándose de los principios católicos. La civilización moderna tiene hoy sobre el ombligo grande del cual no se sabe cómo saldrá, tiene abiertas sobre su cabeza todas las estatuas del cielo; tiene á sus pies abierto el cráter de todos los volcanes, por la sencilla razón de que hace tres siglos y medio que viene rebelde y en lucha contra el principio católico; porque ha traído el principio del libre examen, desplegado por un fraile rebelde y apóstata contra la Santa Sede, á ser la base y el cimiento de todas las teorías hoy al uso; porque escritores, repúblicos, filóficos y pontes se han violado con la tal doctrina del libre examen; porque se comenzó por negar la autoridad de la Santa Escritura y se ha concluido por aplicarla á la revelación; porque el racionalismo pasa insolente y altivo en faz por los pueblos modernos; en revolución, porque hace tres siglos que se viene haciendo propaganda antitética; porque las libertades modernas han tenido la desventura de enlazarse, de casarse, muchas veces acaso sin querer, con el principio protestante, y esto ha dado lugar á esa desviación del catolicismo, por efecto del cual nada es subsistente ni seguro.

Esta es la verdad, señores; y esto debe saberlo el señor Posada Herrera, y esto todo el mundo lo sabe, y si no quiso decirlo el otro día, de seguro no quise decir lo contrario. Los sociedades modernas tienen todos los riesgos, todos los extraviados que indicó mi amigo el Sr. Aparici; esos extraviados, esos peligros, esos riesgos inmensos y gravísimos no provienen, no, del imperio del catolicismo;

provienen de que desde el siglo XVI la civilización moderna viene desviándose, á nombrar de la razón rebelde, contra la fe de sus mayores, contra el principio católico. Esta es la verdad, verdad que sabe bien el Sr. Posada, como la saben aquellos ministros que entre nosotros la niegan. Porque los que la niegan en Europa se confiesan racionalistas, y en España los que lo son no lo confiesan porque las leyes no se lo permiten; pero bien dejan comprender que no son católicos, que no tienen fe, que son en fin racionalistas. ¿Pertenece á esta escuela el Sr. Posada Herrera? Pues sólo los que pertenecen á esta escuela pueden decir lo que el otro día dijo S. S.

«No hay ningún partido político, ninguno, absolutamente ninguno, que pueda decir que tiene afiliada la mayoría del país, ni los que se sientan en estos bancos, ni en aquellos, ni en aquellos otros; ninguno puede decir que tiene la mayoría del país: hay en el fondo de la sociedad española un espíritu...»

que no está formulado todavía, que no acude á determinar partido ni á determinar fracción política, un espíritu que es necesario traer á la gobernación del Estado, á los Ministerios, las mayorías y los Gobiernos no tendrán fuerza alguna para gobernar, serán los Ministros y las mayorías iguales del país, pero no serán la verdadera y genuina representación del país. Palabras del Sr. Posada Herrera acerca de las cosas no tengo mas que decir: he dicho. Está bien, señores; esta es la verdad; no hay ningún partido político de los que están luchando en el Parlamento, no hay ningún partido político de los que aspiran á representar aquí al país, que lo represente verdaderamente; lo representarán legalmente, pero verdaderamente no lo representa. Así es la verdad, como he dicho perfectamente el Sr. Ministro de la Gobernación.

Pero ahora bien: ¿qué es lo que intentáis hacer, Ministros de la Corona, puesto que vosotros, como todos los partidos políticos que se disputan el mando, estáis en minoría? ¿Qué os proponéis? ¿Quedaros mas en minoría? Resistir todavía mas el espíritu dominante en la nación española? Porque hay aquí una cosa que es preciso tener en cuenta. En España, antes y después de la Constitución de 1845, de la Constitución de 1837 y de la Constitución de 1812 hay dos cosas verdaderamente constitutivas de la sociedad. Estas dos cosas son la religión católica y el Trono. Ahora bien: herir los sentimientos católicos, es el camino que habéis escogido vosotros, minoría católica y convicta del país, es el camino que habéis escogido para traer al país á nuestro L. J. J.

Y vosotros, Ministros de la Reina de las Españas, vosotros, responsables hasta donde vuestras fuerzas alcancen de que ella y su augusta dinastía sigan reinando sobre nosotros y sobre nuestros hijos, los atreveis á tomar sobre vosotros la responsabilidad de alejar de ese Trono que debéis guardar y á que debéis servir de escudo, á la inmensa mayoría de la nación española? ¿Es esto lo que intentáis? ¿Pues bien servido haréis á la Corona! No olvidéis, Sres. Ministros, una cosa importantísima: los partidos liberales no son monárquicos partiendo del principio de la legitimidad; los partidos liberales son monárquicos por conveniencia, haciendo al Monarca hijo de la soberanía nacional, hijo de la Constitución, no de la constitución antigua de las Españas, no de la constitución que arranca del Fuero Juzgo y se salva del naufragio en Coradonno, no como continuación gloriosa de la antigua monarquía, sino de inas cuantas páginas que aquí hemos alborado y á que damos ese nombre.

La escuela liberal, los partidos liberales dicen que la Reina es Reina por la Constitución, que la legitimidad proviene de la soberanía nacional. Esta es la doctrina liberal.

misma cosa sin quitar ni poner, y como si no hubiesen oído la respuesta. Así es el argumento de que nosotros hacemos uso de armas que no nos parecen buenas. Si á ese argumento se ha contestado ya cien veces, ¿por qué no se hace cargo al Sr. Ministro de Estado de nuestras contestaciones? Porque al volver á repetir el argumento y si no mencionan la réplica, parece como que S. S. quiere confesar clarísimamente que nuestra contestación no tiene réplica.

Mañana suena una Cámara revolucionaria contra la opinión del Sr. Bermúdez de Castro y la mía, que todo el mundo salga á la calle armado con un trabuco extranjero. El Sr. Bermúdez de Castro y yo nos desgañitamos suplicando á la Cámara revolucionaria que no acuerde semejante cosa; pero al fin y al cabo la Cámara revolucionaria aprueba que todo el mundo salga á la calle armado con un trabuco extranjero, y el Sr. Bermúdez de Castro y yo hacemos voto particular y nos quedamos solos. ¿Quiere luego el Sr. Bermúdez de Castro que salgamos desarmados á la calle, cuando todo el mundo va por allí con su correspondiente trabuco? No por cierto.

Después de haber votado esta la Cámara revolucionaria, el Sr. Bermúdez de Castro y yo fuimos á comprar nuestro trabuco para no morir indefensos al revolver de una calle, en alguna enrejada ó en oscura callejuela.

Dice el Sr. Bermúdez de Castro que yo he predicado al concluir mi discurso la guerra civil. Reparad bien, Sres. Diputados, reparad bien: el Sr. Ministro de Estado ha cometido otra distracción peor que la primera. Parad bien vuestra atención, os lo ruego, siquiera por un segundo. Yo aconsejo á los españoles que hagan uso de un derecho que la Constitución les concede: el Sr. Ministro de Estado dice que eso es apelar á la guerra civil; luego el hacer uso de los derechos constitucionales hasta puede producir la guerra civil. El constitucionalismo del Sr. Ministro de Estado tendrá la bondad de encargarse de poner de acuerdo el artículo de la Constitución que establece el derecho de petición con las palabras que me he pronunciado. Yo he aconsejado á todos los españoles que hagan uso del derecho de petición que la Constitución les concede; yo les he aconsejado que invadan con sus peticiones reverentes y humildes el palacio de nuestra augusta Soberana; eso que aconsejó lo vuelvo á aconsejar hoy, y lo estaré aconsejando mientras no esté reconocido eso que se llama el reino de Italia.

Ahora bien: yo no aconsejo ni más ni menos en todo eso, sino que se haga uso de un artículo constitucional; eso lo llama el Sr. Ministro de Estado provocar la guerra civil. Sres. Diputados: vamos corriendo, corriendo á quitarle en medio la Constitución, porque la Constitución trae la guerra civil según el Sr. Bermúdez de Castro.

El derecho de petición no es la guerra civil. Hay más; vamos explícitos, dejemos á un lado ya el argumento; el derecho de petición es un derecho que no tienen los españoles por estas Constituciones modernas. Lo tuvieron siempre; el derecho de petición se ha respetado en España hasta por los Monarcas más absolutos: el derecho de petición ha sido compañero inseparable de la ciudadanía de Castilla. Nunca jamás ha dejado un castellano de poder acudir reverentemente ante el Trono de sus Reyes; qué digo yo en tiempo de las dinastías verdaderamente españolas, sino aun en ese glorioso y magnífico parentesco, porque en fin grandioso parentesco es el de la casa de Austria, que es real y verdaderamente quien echó por tierra algunas de las franquicias que antiguamente tenían los españoles; pues aun en ese tiempo de parentescos que llamó de gloria á España, donde en efecto se disminuían las franquicias de los españoles, aun en ese tiempo el derecho de petición se le respetó. Ahora se dice que el derecho de petición es

la guerra civil. ¿Pues estamos mirando? Hemos pensado bastante con el gobierno parlamentario.

Pero, Sres. Diputados, tengamos memoria. Hace unos meses le ocurrió á un amigo mío que era Ministro de Hacienda traer un proyecto de ley de anticipo; y entonces predicar que se hicieran peticiones no era provocar la guerra civil, y los Diputados se hacían el conducto por donde á docenas, á centenares, á millares, pasaban á la mesa del Congreso las peticiones. ¿Lo he olvidado yo, señores Diputados? ¿O es eso es exacto? Pues ello es que el derecho de petición que viene en contra de un proyecto de ley del Sr. Barzanallana es constitucional; pero que el derecho de petición que viene contra un proyecto del Gobierno O'Donnell, eso es provocar la guerra civil. Señores, un poco de lógica; señores, un poco de consecuencia.

Pero es que dijo el Sr. Nocedal que puesto caso que la Reina de las Españas llegara á reconocer eso que se llama el reino de Italia, él no lo reconocería, con lo cual se demuestra, añadió el Sr. Ministro de Estado, que el Sr. Nocedal tiene una desastrosa ambición. En primer lugar, yo no lo dije exactamente así. Lo que yo dije fue que desastrosa que haya sido reconocido el reino de Italia por nuestra augusta Soberana, yo continuaré no llamando á ese reino de Italia, ni á Víctor Manuel Rey de Italia. Esta fue la frase.

En efecto, ya declaré y declaro que no llamaré nunca á Víctor Manuel Rey de Italia, mientras no haya sido reconocido por la Santa Sede. Y esto ¿á qué me obliga? Esto me obliga, después que el reino de Italia haya sido reconocido por nuestra augusta Soberana, esto me obliga á no tomar ningún empleo de nuestra augusta Soberana ni de su Gobierno. Por consecuencia, ved hasta qué punto es exacto que yo obro por una desastrosa ambición. Descartémos pues lo de la desastrosa ambición; descartémoslo y tomémoslo como un recurso oratorio, que por cierto fué bueno, porque tuvo su aplauso correspondiente en la consabida tribuna. Y ya descartado, vamos á ver lo que hay en el fondo de la cuestión. Pues lo que hay en el fondo del asunto es lo que va á saber S. S. El Sr. Ministro de Estado se proclama, y yo lo aplaudo, católico viejo, y los católicos no pueden, ya lo sabe el Sr. Ministro de Estado sin que que yo se lo diga, no pueden obedecer al Rey cuando manda ciertas cosas; esto lo sabe S. S. y lo saben todos los católicos viejos.

El Gobierno de mi patria se manda reconocer un sacrilegio, no obedecerá al Gobierno de mi patria. Esto es antiguo, lo sabe todo el mundo que ha aprendido la doctrina cristiana. En además la verdadera libertad, es además la santa libertad de la conciencia que el cristianismo asegura al espíritu humano de un modo á que no alcanza ninguna Constitución.

No ignora este ningún católico viejo, como S. S. se cansa y por lo cual le felicito, porque en estos tiempos tiene una mérito del que parece llamarse católico viejo; no porque estén en minoría en España, no, que están en inmensa mayoría, sino porque los únicos que chillan son los que están en contra de la verdad.

Los católicos viejos saben y deben saber que se debe obedecer á las potestades de la tierra en todo aquello que no se oponga á los mandatos divinos.

De modo, que si en el reconocimiento de Italia hay un sacrilegio; de modo que si en despojar á la Iglesia hay un sacrilegio, los católicos viejos deben declarar á su Rolos lo siguiente: Señores, todos estamos dispuestos á morir en las escuelas del Real Palacio cuando peligre la vida de V. M. y á la existencia de su augusta y legítima dinastía; todos estamos dispuestos á ser los primeros que opongan su pecho

las balas enemigas cuando una facción se levanta á derrocar á V. M. del Trono que legítimamente ocupa; pero no podemos contribuir siquiera con el consentimiento, á nada que atente ni directa ni indirectamente á los derechos de la Iglesia mientras la Iglesia no nos lo permita, porque eso es un sacrilegio, y los sacrilegios no se pueden obedecer aunque lo mande el Gobierno en un momento de error; que solo por error lo puede mandar el Gobierno de una Reina por excelencia católica.

El Sr. Ministro de ESTADO (Bermúdez de Castro): Seré sumamente breve en la rectificación que pienso hacer, porque como el Congreso habrá visto, mis argumentos no han sido impugnados.

Con la mayor ingenuidad confirmaré la expresión que con la cabeza hice al Sr. Nocedal, de que en el cuento que he traido á colación no había nada, ni me había pasado por la imaginación nada de picante. He querido demostrar lo que todo el mundo ha podido comprender, sin hacer en ello alusión á S. S.

Y dicho esto, me ocuparé del único punto de que el Sr. Nocedal ha hablado: el de las potestades. El Sr. Nocedal dice que el Ministro de Estado aconseja virtualmente que se borre un artículo de la Constitución, que es el que autoriza á los ciudadanos para dirigir peticiones al Rey. Yo, señores, reconozco, como no puedo menos, el libre derecho de petición; pero no la petición á que se apela á proclama desde esta tribuna, cuando se apela al derecho de petición colectivamente, y cuando se empieza por decir que es un sacrilegio obedecer á las potestades de la tierra, cuando se mandan cosas que no están conformes con el dogma, y se empieza por declarar ex cathedra, autorizado no sé por quién, como si fuera un concilio S. S., que se va á cometer un sacrilegio, y que por consiguiente no debe obedecerse á las potestades de la tierra.

¿Qué autoridad tiene S. S., qué sombra de autoridad le basta para decir que el reconocimiento del reino de Italia es un sacrilegio? Aquí repito el mismo argumento que antes hice: no hay peor enemigo de la santa religión católica que el que se empeña en demostrar que todo el mundo está perverso; que todas las naciones cometen sacrilegios; que España los puede cometer dentro de poco; que no obedecerá á la Reina cuando tal cosa se haya consumado, y que todo el mundo cristiano se queda así un solo católico viejo, excepto el Sr. Nocedal, que es el único que se opondrá á que á Víctor Manuel se le llame por su nombre. ¿Tiene esta razón de ser? ¿Se puede así explicar? Toda la Europa, todo el mundo cristiano, es más, hasta el mismo Santo Padre, lleno de una prudencia admirable y de una exquisita bondad, hasta el mismo Santo Padre ha creído oportuno recibir un enviado del Rey de Italia para tratar de las cosas espirituales, de los asuntos espirituales en esas mismas provincias que le han sido arrebatadas; y he aquí que el Sr. Nocedal es el concilio que lanza su censura contra la conducta del Santo Padre: ya lo veis, Sres. Diputados.

La creación del anticipo tiene algo que ver al momento con la cuestión del reconocimiento de Italia que el Sr. Nocedal quiere revestir de apariencias religiosas que no existen más que en la imaginación de S. S.? Estas apariencias no pueden existir. S. S. tiene un clarísimo talento, y yo no puedo creer sino que S. S. es víctima de una idea política que bule en su mente, que profesa con profunda convicción, y que quiere hacer triunfar empleando toda clase de medios. ¿Qué tiene que ver con esto el anticipo del Sr. Barzanallana?

Ha dicho el Sr. Nocedal que yo que soy católico viejo debo saber lo que saben todos los católicos, y es, que cuando se manda un sacrilegio no se debe obedecer. Há aquí

para "scándalo del Congreso lo que ha dicho un periódico de las opiniones del Sr. Nocedal. (Se oye una voz en una tribuna.)

El Sr. VICEPRESIDENTE (Belda): El celador de esa tribuna hará salir inmediatamente al que haya turbado el orden. Continúe V. S., Sr. Ministro.

El Sr. Ministro de ESTADO (Bermúdez de Castro): Lo tengo, señores, en la mano, lo encuentro impreso, y ha llegado á mi poder en la circulación general de los periódicos. Dice este periódico: (Leyó.)

Pues yo digo aquí que el que haya escrito este párrafo, que el que se adhiera á él, que el que profese esta doctrina mientras no esté declarado por la autoridad competente, y no hay más que una sobre la tierra, que se ha cometido un sacrilegio; el que diga esto no tiene más significación que la de un rebelde faccioso. He dicho.

El Sr. NOCEDAL: Solo dos palabras: las exige nuestra posición respectiva y la amistad que tenemos el Sr. Ministro de Estado y yo hace mucho tiempo. El Sr. Bermúdez de Castro pregunta qué autoridad tengo yo para declarar sacrilegio un despojo. Ninguna; pero le prometo enviarla, para que no reincida en su ignorancia, un ejemplar de ciertas letras apostólicas, en que Su Santidad dice lo que piensa de los espoliadores de la Iglesia y de sus cómplices. Podrá ver que están excomulgados los que ayudan á semejante sacrilegio, á acción tal, que ya estaba anatematizada por el Concilio de Trento.

Me preguntaba el Sr. Ministro de Estado si era yo autoridad para declararlo así; y le contesto que no lo soy, pero que la autoridad única competente, quien tiene la potestad al efecto necesaria, lo ha declarado así en un documento de que prometo enviar un ejemplar á S. S. para que se entere.

Ha leído el Sr. Ministro de Estado unas palabras de un periódico, y ha preguntado S. S. si me parecía regular eso, si merecía la aprobación de un hombre sensato y prudente. No recuerdo con exactitud las palabras que acaba de leer S. S.; pero sí dicen que cuando el Gobierno de S. M. la Reina manda reconocer como justo lo que se ha hecho para despojar á la Iglesia, y el despojo mismo no lo podemos obedecer, yo hago unas esas palabras y no tengo más que decir.

El Sr. Ministro de ESTADO (Bermúdez de Castro): Dos palabras y nada más. Yo no sé cómo compaginar, cómo conciliar, cómo poner en armonía las palabras del Sr. Nocedal, mi amigo, á quien hace muchos años doy este nombre con grande sinceridad; no sé cómo compaginar, repito, las palabras que S. S. acaba de pronunciar sobre estar declarado sacrilegio, con el hecho de que en las naciones todas de Europa donde se ha reconocido á Víctor Manuel como Rey de Italia, continúa Su Santidad teniendo relaciones religiosas y políticas, porque no se puede tener relaciones con los sacrilegos. En su día le demostraré yo al Sr. Nocedal, y me atrevo á anticiparle ahora unida, y es que S. S. se adelantará de que personas que están mucho más cerca de la corte pontificia puestas en altísimas posiciones (estúsemos S. S. la reserva, porque nada más lo puedo decir) no condenan, no se oponen, encuentran natural y justo esto de que España reanude sus relaciones políticas con el reino de Italia. Téngalo entendido S. S.; á su tiempo verá los documentos.

El Sr. NOCEDAL: Retiro la proposición.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Belda): Queda retirada.

El Sr. FERNÁNDEZ ESPINO: Pido la palabra para rectificar.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Belda): Puesto V. S. hacerlo; é pesar de haber declarado ya estar retirada la proposición.

ción, porque como S. S. ha pedido la palabra y el señor Nocedal ha retirado la proposición casi simultáneamente, acaso me haya apresurado á declararla retirada por no haber oído á V. S.

El Sr. FERNANDEZ ESPINO: Veo que la Cámara está desocosa de que se termine esta cuestión, y renuncio la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Belda): Queda retirada la proposición del Sr. Fernandez Espino.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Belda): Discusión del dictámen de la comisión permanente de Pensiones relativa á la viuda é hijo de D. Antonio Alcalá Galiano.

Se leyó dicho dictámen. (Véase el Apéndice tercero al Diario núm. 124, sesión del 6 del actual.)

El Sr. VICEPRESIDENTE (Belda): Abrese discusión sobre la totalidad de este dictámen.

No habiendo quien pidiese la palabra en contra, se pasó á la discusión por artículos, y sin ninguna se pusieron á votación y fueron aprobados en la forma siguiente:

Artículo 1.º «Se concede á Doña Manuela Miranda, viuda de D. Antonio Alcalá Galiano, Ministro que fué de Marina y de Fomento, y á su hijo D. Antonio, la pensión anual de 1.500 escudos, sin perjuicio de la que pueda corresponderles por el monte del Ministerio.

Art. 2.º «En caso de fallecimiento de la viuda, pasará esta pensión entera á su hijo, el cual la disfrutará mientras no perciba sueldo del Estado igual ó superior al importe de la misma.»

El Sr. SECRETARIO (Moraza): Este proyecto de ley pasará á la comisión de Corrección de estilo.»

El Congreso quedó enterado de que la comisión que entiende en el proyecto de ley remitido por el Senado, suprimiendo el fuero especial de administración militar había elegido por su presidente al Sr. Fernandez de la Hoz, y por secretario al Sr. Fonés.

Se leyó y anunció que se imprimiría y repartiría á los Sres. Diputados el dictámen de la comisión sobre el proyecto de ley suprimiendo el fuero especial de administra-

ción militar. (Véase el Apéndice segundo al Diario núm. 124, que es el de esta sesión.)

Igualmente se leyó y anunció que se imprimiría y repartiría á los Sres. Diputados el dictámen de la comisión sobre el proyecto de ley derogando la parte segunda del art. 83 de la actual ley de imprenta. (Véase el Apéndice tercero á este Diario.)

Asimismo se leyó y anunció que se imprimiría y repartiría á los Sres. Diputados el dictámen de la comisión sobre la proposición de ley del Sr. Cuesta, para que se declarasen en suspenso las disposiciones de la relativa á la potestad en las provincias de Galicia. (Véase el Apéndice cuarto á este Diario.)

Dióse cuenta de la siguiente proposición del señor Cláros:

«Pedimos al Congreso se sirva recomendar al Gobierno de S. M. respecto á la cuestión de Italia una línea de conducta en perfecta armonía con las tradiciones y sentimientos cívicos de la nación, y ajustada enteramente á las legítimas aspiraciones de la Santa Sede.

«Palacio del Congreso 7 de Julio de 1865.—José María Cláros.—Bartolomé de Fariás.—Carlos de Fortuny.—Tomás Rodríguez Rubí.—Manuel María Moreno.—Andrés Rebagliato.—J. M. Manresa.»

El Sr. VICEPRESIDENTE (Belda): Estando para terminar las horas de sesión, no pudo el Sr. Cláros apoyar su proposición.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Belda): Orden del día para mañana: Dictámenes de peticiones de los leídos hoy, y de más asuntos pendientes, proposición del Sr. Cláros y votación definitiva por bolas de varias pensiones, para lo que ruego á los Sres. Diputados su asistencia.

Se levanta la sesión.
Eran las seis y cuarenta.

Excmo. Sr. D. D. Sr. D. D. Sr. D. D.



11 de Agosto de 1881

Muy Sr. mío de toda mi consideración y
agracio: recibí á indubido tiempo sus dos apreciadas cartas
del 7 y 10 del corriente y en contestación debo decir á U.
que S. M. me ha dicho hoy que había entregado los sum-
eros para los Obispos de Viterbo y Palestrina al Sr. Mi-
nistro de Gracia y Justicia. También se le encargó
lo que U. me dice sobre el de Valladolid para Granada.

Aquel sujeto como no ha venido á este oficio:
esta noche se le enviara una copia de la carta que
yo envié á U.; veremos como lo terminará, por ahora en
este no sabemos nada.

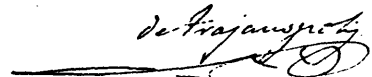
S. M. se halla bastante conforme, recordando
las palabras que U. le dijo la última vez que la vió, es-
to es que con ciertas restricciones ó protestas se podía
aprobar el obispo de Italia, de ahí es que no lo

mirar con el horror que me parece.

260

Como este es un asunto que anda mezclado de política y religión no hablari ni de galateo, ni por escrito, segun mi antiguo y continuado propósito. Solo deseo saber como me debo llevar cuando llegue el caso, por lo que de la amabilidad de V. volunta a pedir a Roma que se dignen indicarme qué es lo que debo hacer. Yo con ansia deseo salir de la Corte y aun de España.

Conserve V. bueno y mande de su afmo. servidor
J. I. M. D.

Antonio Maria Arce
de Trajancro


Preguntas.



261

- 1.^a Si la Reina de España ha incurrido ó no en censuras por haber reconocido el Reino de Italia?
- 2.^a Que debe hacer para obtener la absolución de estas censuras?
- 3.^a Que satisfacción debe dar al Papa?
- 4.^a Que debe hacer para reparar el escándalo que con tal reconocimiento ha dado á España y á todo el mundo?

Respuestas.

- Ala 1.^a Se responde: que la Reina reconociendo el Reino de Italia, ex se ha incurrido en las censuras impuestas contra los favorecedores y adherentes de los usurpadores de las tierras de la Sicilia.
- Ala 2.^a Que debe pedir perdón á Dios, y la absolución á quien tenga facultad para absolver de semejantes censuras, pues que

están renovadas al Papa

262

Ma 3ª. Que ha de pedir perdón al S. Padre

Ma 4ª. Que ha de

Nota. Que la Reina ha incurrido en excomunión ipso facto del resacasimiento del Reino de Italia; pues que con tal resacasimiento ha animado y envalentonado al Rey excomulgado para que confirme y consuma su plan diabólico; si, hasta apoderarse de toda la Italia y fijar su corte en Roma, echando de ella al santo Padre.



7 M. 1



254

Excmo. e Ilmo. Sr. Nuncio de S. S.

Vichi 19 Lettre / 88

Muy Sr. mio de toda mi consideracion y aprecio: he recibido en muy estimada carta con fecha 16 del corriente mes, y enterado de su contenido debo decirle, que hace pocos dias que recibí una carta de S. M. que en sustancia me decia lo mismo que V. me habia dicho, y la he contestado que antes de volver a la Corte me convenia ir a Roma para hablar con el S. Padre, y segun las instrucciones que me dice volveria antes del parto de S. M.

Mas a V. le debo decir, que desde que sa-
li de la Corte me hallo mucho mejor, he
tenido algunas repeticiones, en la una de
la noche del dia siete de estos me tube

me ataque con unos dolores tan agudos que
ya empezaba a perder el sentido, un princi-
pio de delirio y después en otro dia re-
gité, aun que no con tanta fuerza.

Estando así, los amigos no quieren que
me ponga en camino, ya por mi estado ac-
tual como tambien por los dolores y otras
circunstancias.

Ay Señor, al pensar que es posible que
aun vuelva a Madrid. es para mi una ago-
nia, que me quitara la vida. Pero antes
quiero asegurar mi conciencia por me-
dio de una estrecha visita con el S. Padre.
y después me entregari por víctima que
sara sacrificada por medio de los dignos,
que tendré que tendré que devorar, y de
las persecuciones que tendré que sufrir.
Con todo, hazere la voluntad de Dios y
no la mia.

Dici pasado lei en un periodico que V. E.
habia nombrado otro Confesor. fue para mi
una grande alegria, y espero V. E. que continua
en pedir que vaya, no sera verdad.

Conserve buen y mande de sus afes
servidor J. S. M. B.

Antonio Maria Arcebispo

de Trajesnegro



P. D. Un dia de esto, un Santo representado
por grande teologo me entrego esas pregun-
tas y tejimientos que he copiado y tengo el
gusto de enviarle, esperando me hara el obli-
gato de decirle lo que V. sienta.

Item. He pedido permiso al Ministro
para ir a Roma, no se si me lo conceda;
pero si yo no puedo ir a Roma para calar
de mis dudas, no iré a Madrid, antes me
dejare matar que ir contra mi conciencia.



Excmo. y Ilmo. Sr. D. Lorenzo Barceló.

Salamanca 25 de Dic. de 1865.

Muy Sr. mio y hermano de mi distinguido respeto y veneración: Poco después de haber escrito al P. O. R. felicitándole las Bases del Estatuto de la Academia, he recibido la carta de 22 de diciembre en que V. O. R. me habla del asunto relativo a la presentación en la Alta Cámara de los Obispos Senadores.

En este punto debo manifestar al P. O. R. que lo que a mí me ha causado una gran sorpresa es respecto a lo que los señores Obispos Senadores han dicho o podido decir de la parte que V. O. R. tomaba en el particular. Me es conocida por un lado la estrategia política de los partidos que por su propia política se inclinan a defender la falibilidad y la calumnia y a borrar toda verdad y poner todo a la prudencia y a la discreción de V. O. R. un último concepto, pero que pudiera yo atribuir la misma idea a la impudencia de semejantes declaraciones. En esta parte el silencio de V. O. R. habría de ser completamente a los ojos de los Obispos Senadores las impudentes imputaciones que han dirigido los periódicos a V. O. R.

Contando en el recuento principal, objeto de la carta de V. O. R. dice con franqueza e ingenuidad que la presentación de los Obispos en la Academia ofrece ciertas ventajas.

...cientos por cada cosa no extraño que el C. N. aun después de haberse pronunciado haya formado opinión definitiva. En la expiracion en que la dignidad por desgracia las cuestiones mas trascendentales, no debe repetirse los fallos el respeto y consideracion que merecen por su dignidad. En el asunto de las licencias, politicas y de otros que se les confunda con los prohibidos de oposicion y que como el resto de los tratados sin minucias. En la dificultad de distinguir bien las cuestiones politicas y las religiosas, se ha de tener en cuenta que los Obispos subordinan las segundas a las primeras o que por lo menos las convierten en materia de oposicion politica. Tampoco desconozco las reglas que el Gobierno podria tomar contra el Clero por la actividad de los Obispos en este punto; pero como existen algunas otras consideraciones que en los momentos actuales parecen oponerse a una presentacion de la misma naturaleza.

Por el mismo tiempo continuan mis humildes peticiones por la presentacion de un proyecto de ley para la presentacion de algunas. Después de la alarma producida por la politica de la Iglesia en los movimientos religiosos del país, no quedaria bien parada la reputacion de los Obispos Senadores de despues de haberse presentado con sinceridad y franquicia en el Senado contra los actos del Gabinete que han herido la fibra mas delicada del alma de los Católicos Españoles. Se cree por estos que tienen y cobardemente abandonada la defensa de sus Santa causa rebajándose su prestigio y autoridad.

Después de las inmensas plagas que la fuera Ministerial ha
sufrido y padecido del Gobierno (ha sufrido recientemente) al Episcopado,
al Clero y a la Iglesia, no comprendo como los Partidos Es-
pañoles puedan dejar de encharcarse en el olerado, no comprendo como
podrán contentarse con silencio. La prensa Ministerial se pretende
de una de las cosas de que los Partidos están con el Gobierno
y aprecian su política en todos sus partes, a lo que son im-
posibles para entender con razones los cargos que se les han he-
cho y continúan haciéndolos.

Por otra parte de en el estado a que han lle-
gado las cosas en la Opinión la persecución de los Chicos en la
última sesión de Chandos ha de ser? Por que si ha de guardar
consideración a algun Gobierno que ha sufrido e inmensas golpes de desgracia
o perjuicio de desgracia a un mismo partido en la Iglesia & No
distingue que indistinto el Gobierno en una malhadada política ante reli-
giosa; no entiendo que no habiendo dado para alguno que todo haga es-
tar alguna calificación por lo hecho, no para lo sucesivo una conduc-
ta tan impropiamente al Catolicismo del país que representamos algun
sea Ministerio al otro es inmensable Unidos allí y compañes.
Ataque a compromiso puramente políticos en ningun partido, aten-
das solo a la defensa de los derechos de la Iglesia, haciendo un
gran trabajo y honrarlos nuestra misión.

Con una conducta digna y honestas, y haciendo absten-
ción en cuanto es posible de cuestiones políticas y cuestiones religiosas,
insistiendo en gran parte de los intereses de nuestra abstracción

y conseguirán las ventajas que ella ofrece. El Gobierno mismo se por suadida de la rectitud de sus intenciones, lo que no libramos en ánimo de él, y tal vez influirá favorablemente no poco en su ánimo de pronto de Voz delas.

Por estas indicaciones comprenda V. E. P. cual es mi opinión sobre el particular, ya que V. E. P. desea conmutar. Pero como el último de la Obispos y Senadores no dae un paso sin que los Demas de esta Clase estén informados en mi parecer y se acuerden de esto, o la mayor parte, o menos que V. E. P. juzgare mas conveniente otra cosa.

Mi conciencia quedara tranquila, significando el parecer mas ilustrado de los Prelados de la Obispos y que ocupan mas alto puesto en la Obispos quia Presidencia, o el juicio de V. E. P. como digno representante de la Obispos de la Obispos, y en cuyo asunto de Obispos.

Es de V. E. P. con la mas distinguida consideracion atento
 D. I. y Affmo. Germano G. de W. 28.

Antuario, Obispo de Salamanca



ARZOBISPADO DE BURGOS.

Venerable y Illustre Sr. Arzobispo de Triana, Sumo Sacerdote.



Permita Vd. que le miro y heurimo de mi mayor aprecio. He recibido la atenta carta de V. E. y fha. de ayer en que me pregunta cual sea mi determinacion respecto a presentarme en el Senado en la proxima legislatura. No tengo inconveniente en responder a V. E. que mi animo hasta ahora si no me viene de mi. Deseo, a no obligarme a hacerlo en circunstancias imprevistas. En la disposicion en que se encuentran el Gobierno y su adlito, no hay para los Obispos ni libertad ni aun tolerancia y nuestra presencia en la Corte es estorbo a las miras politicas, por mas que protestemos que no tenemos alli intereses puramente religiosos. Ademas por mi parte me encuentro en una situacion apremiativa. Segun parece, el Consejo de Estado debe de me dar a oír emitir su dictamen acerca de mi opinion sobre el reconocimiento del Reino de Italia. Si aquello como se dice, y el Gobierno le aprueba, yo no podria menos de salir a la defensa de un deber de la Iglesia. Lo contrario me a contentar que quedare triunfante el principio proclamado por el Concilio del Consejo; a saber, que cuando se trata de definir los intereses del Catolicismo, el criterio del Gobierno debe someterse al del Sumo Pontifice.

Pontífice V. E. Yo comprendo hasta donde pudiera llegar la práctica de semejante doctrina. Para dar mayor fuerza a mis razones diré que debo apartar de mí toda idea de interés o de resentimiento personal. Yo he procurado hacer hasta ahora en toda mi conducta con el Gobierno, y no dudo que de este suceso al fin y al cabo, saque el triunfo de la justicia.

Tengo mucho placer en conocer a V. E. y la seguridad del Apuro y de la consideración con que me recibes.

Su más atdo. d. d. y Ojeda

Buenos Aires, 20 de Diciembre de 1865.

ARZOBISPADO DE BURGOS.

Excmo. y Illmo. Sr. Arzobispo de Oiana Nuncio Apstl.
 de Burgos, 11 de Mayo de 1808

Muy Sr. mi y hermano de mi mayor agrado: La memoria
 esta de V. E. fecha 3a del próximo pasado me hace presentir que
 se expresará de la censura del Gobierno, bien que así, según en extremo,
 aguardaré quince para informarla a que se concluya en las Cortes
 la discusión del discurso de V. E. Si así no fuere, y por lo que pueda
 resultar de utilidad en esta a la causa católica, he formado una minuta
 que notará según las circunstancias de la representación del Gobierno,
 que expone. Si V. E. quiere si le parece conveniente que se concluya
 y se publique en los términos ahí expresados: en ello observará V. E. G.
 que luego de haberse formado, y que se copie a divertirlos un
 folio. Que pudiera ser altamente perjudicial a los intereses de
 la Iglesia. Si V. E. está conforme con el pensamiento principal
 le ruego que califique y corrija en plena libertad sin temeridad alguna
 de que en ello dará una nueva prueba de su caridada beno-



Senza dote

tuos d. s. y afectivos hermanos.

El Card. Arz. de Burgos

Burgos 3. de Enero de 1866.

1. The first part of the document is a list of names and addresses, including "Mr. J. H. Smith, 123 Main St., New York City" and "Mrs. A. B. Jones, 456 Elm St., Boston, Mass."

Excmo. e' Ilmo. Sr. Nuncio de S. S.

275




Licoidal 14 Jul. 1866.

Mi venerado H. y querida amigo:
ayer se me puso enfermo un familiar
y no he podido salir hoy como pensaba.
Las comunicaciones para Sr. Domingo
las tengo corrientes, y las verá V. cuando
yo vaya, que no será ya hasta
la semana que viene, puesto que
V. juzga que se debe aguardar al-
gunos días para escribir a Sr. Dgo.

Las preguntas que V. me
hace sobre el Senado, me las hecho
también algunos otros personajes
de aquella Cámara, y yo he con-
tado, que la opinión y el fallo
de los Obispos. sobre la cuestión de Italia
sabe bien el Gobierno y la sabe todo
el mundo sin necesidad de que lo
manifiesten de nuevo en el Senado,
pero que no obstante esto, si los
Cardenales y Obispos que hay sena-
dores juzgasen oportuno presentar
se allí, yo ocuparía mi puesto y
combatiría quiciera a su lado; pero

presentaras allí solo, enteramente
 solo como una gota de agua per-
 dida en el océano no me parece
 prudente, ni creo que convenga
 a' la justa causa que se intenta
 defender: otra cosa sería si se pre-
 sentasen siete u ocho Pelados
 a la vez i J.V. que opina so-
 bre este particular?... ¿Conven-
 drá mi estancia en Mad? durante
 esas discusiones?... Ya que yo
 he contestado a las preguntas de
 V., espero contestar cuanto
 antes a las de mi amigo J.
 y L. q. b. r. m.

L. J. de P. y G.
 Electo de J. y G.


Excmo. Sr. Director de S. Santiago 277



Santiago y Ene. 19 de 1866

Muy Señor mío y venerado
Herrniano, nada he dicho a V. S. en
breve mi ida al Senado a causa de
la alteracion del Orden publico
que desde que recibí la favorecida
del Sr. D. D. ha sobrevenido. Esto
ha cambiado para mi comple-
tamente la escena. Oscilante con-
sigo esta el principio de autoridad
frente que lejos de ser el deber en
barbaros en tan triste situacion,
debemos sostenida todos, reser-
vando para cuando se haya so-
segada la tempestad y se calme
alguna tanto este mal humor con
las recomendaciones por las faltas

conculadas y que difícilmente se
 remediará ya. Ya renunciaría sin
 embargo a la idea de ir al Senado,
 pero no ahora. Me agrada la opi-
 nión del amigo de V., de que
 en España no conviene que los
 obispos tengan en cuestiones po-
 líticas ni aparezcan como coope-
 radores directos para servir en
 el ministerio. Amenazados como es-
 tamos de una revolución social
 no conviene que se diga que ha-
 bemos provocado los obispos con
 nuestra imprudencia. En tal si-
 tuación, en la imposibilidad de de-
 tener la catástrofe, parece más
 malo abstenerse que hacer de modo
 que se nos pueda ^{imputar} en la más mínima
 deponer a los hombres políticos que
 trabajan en la tierra por con-
 tenerla, ayudándola nosotros en

el nuestro cuanto podamos. Ante
 los de los últimos acontecimientos
 es difícil separar la cuestión re-
 ligiosa de la política: hoy la cosa
 es imposible. Serenándose algún tanto
 las cosas y afirmando algo el
 principio de autoridad, volverá
 todo ello a ser solo difícil. tales
 son por hoy mis pensamientos.
 Yo estoy viendo lo que el tiempo
 va desig y conforme a ello obra-
 remos. Yo estoy sosteniendo viva
 en mis cartas a la Iberia la
 cuestión del poder temporal del
 papa para que no se olvide y
 por lo tanto he logrado hacer que
 se sume con interés una cues-
 tion que antes se miraba con
 cierta indiferencia aun entre per-
 sonas que no eran hostiles al
 catolicismo. Es un terreno nuevo,

y en mi entender no inútil para
 traer algún bien. Sé si V. S. sea
 del mismo parecer. tenga esas
 cuentas de 12.^a carta y concluya la
 campaña. Es posible que en seguida
 otra sobre un largo comunicado
 de un defensor que se ha salido a
 la Gheria y que me da ocasión
 para decir la verdad sobre otros
 puntos importantes.

Se repite su afmo

El card. Arzobispo

de Santiago



Excmo. Sr. Secretario de S. Santidad



Santiago Ent. 23 set 1866

Muy señor mío y venerado
 Hermano, me he enterado de los puntos
 capitales del dictamen del Consejo
 de Estado sobre las exposiciones del
 Cardenal arzobispo y de los dos Obis-
 pos de Lima y Tarapacá. Doy a V. E.
 gracias por haberme puesto al
 corriente de este gravísimo ne-
 gocio.

Ignora como persona el Sr. Min-
 istro, el cual, entiendo, que el me-
 jor partido que pudiese tomar es
 no hacer nada. Lo más que po-
 dría tolerarse era que dirigiera una
 carta confidencial a aquellos tres
 señores quejándose de algunas in-

conveniencias si las hay, en las formas
de sus exposiciones. Pero si habla o-
ficialmente y a nombre de la Reina
sobre doctrinas, sobre derecho de trono
de jure, que no debemos callar los
desmor y vamos a entrar en un
terreno muy real para el Gobierno
vamos a entrar en una lucha reli-
giosa, en estas circunstancias mas
aconsejable que nunca, por con-
tribuir, sin culpa de nuestra parte,
a la debilitacion del principio de
autoridad.

Por si vale algo, hoy escribiré una
carta al Sr. Almirante excitándole a
que se aparte del camino fuen-
te que le señala el Consejo de Estado
e insistiéndole, que no podríamos en
otra cosa contemplar indiferentes
desmor un paso que seria intente-
toso a nuestros supracorruptibles

- Decedidos. La verdad es que el Sr.
 - Ministro hace lo que propone el
 - Consejo, nosotros tendremos que que
 - guardas de que el natural Gobierno
 - español es perseguido a la Iglesia
 - Esperaremos a ver lo que hace y
 - después otorgamos en respetos
 - humanos.

Se repite en afmo

El card. arzobispo

de Santiago

[Signature]



Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia

Santiago y Mayo 21 de 1866.



Muy honor mio y de mi distinguida consideracion y aprecio, por los periodicos he visto con tanto sentimiento el dictamen que se que parece piensa elevar a V. si ya no lo ha elevado, el Consejo de Estado acerca de las exposiciones de los tres Obispos que tubieron la desgracia de ser sometidos a aquel cuerpo consultivo.

Si es cierto que la pretende declarar incurso a los tres en algunos articulos del Codigo que se le censuran sus teorias, y que se aconseja si lo haga un voto aporrobatorio se da lamentar este animo de un cuerpo que, por respetable que sea, no tiene derecho a que se le reputa infalible al censurar, aunque solo sea simplemente, la conducta del Episcopado español, por haberse tomado la libertad de exponer con mas o menos calor contra un proyecto que involucra bajo formas politicas una gravisima cuestion religiosa.

Es que deseo evitar todo conflicto entre la Iglesia y el Estado, entre otros motivos, porque estas intenciones siempre desvirtuan algun tanto el principio de autoridad, y mucho mas en la triste situacion a que ha llegado nuestra España, me toma la libertad que supere me disimulará V. en cambio de mi bondad de no verle metido en una cuestion religiosa con el Episcopado español, me toma la libertad, digo, de llamar su atencion sobre este gravisimo asunto.

y manifestarle mis deseos de que no siga el funesto camino trazado por el Consejo de Estado. Mucho trabajada se halla ya esta pobre nación, con sus discordias civiles para que se vaya á añadir un combustible de naturaleza tan inflamable como es una cuestión religiosa.

Se ve así que el Episcopado español va á mirar como una ofensa hecha á él la que se haga á los tres Obispos que han representado como los de más contra el proyecto del reconocimiento del reino de Italia, porque en el fondo todos hemos dicho lo mismo, y si en las formas ha habido alguna diferencia es menos que hacer caso omiso de ellas que evitar un incendio. No sé regañar, qué me está diciendo, de la la subditura antigua y esta dicha es muy cierta.

Acabo de leer ahora mismo las tres exposiciones para refrenar las repeticiones y lo único que encuentro algo grave en ellas es la consigna que el Obispo de Huesca hace del Sr. Prada Herrera por los dos dichos que se le atribuyen de que el Catolicismo es la causa de todos los males en el mundo y de que la cuestión de encarnación se resuelve por la libertad. Si en el caso del Sr. Prada Herrera hubiera, si tuvieran razón para ello, documentos al día siguiente en el Parlamento al Sr. Obispo de Huesca, invocando el testimonio de los Sres. Diputados, y esta hubiera sido, al menos, castigo de indignidad, si lo hubo. Respecto de las otras dos exposiciones dice a V. que, después de mi todo la inculparé que el Sr. Prada hace al Sr. Prada como al Sr. Harazema, á mi juicio nada hay en ellas que merezca la pena si se exceptúa la idea de la incorrupción que indican dichos dichos; pero como esto hay que se trata, no de una ley ó de una disposición ya dictada, sino de un proyecto, de un propósito, que todavía no se había llevado

a cabo, y esta consideracion es importante en el asunto, y sirve con razon para corregir el dictamen del Consejo que no ha distinguido entre una ley i un decreto ya publicado y un simple proyecto, pensamiento i proposito que pueda mudarse. Por otra parte, quien es el Consejo de Estado para decidir si el Papa en un documento fulmina i no excomunica en un caso dado?

Otras reflexiones y otras que no hago por no extenderme mas son las que quisiera ya tomase V. en consideracion al haber de resolver un punto tan delicado. Es en el caso de V. no haria nada, o lo mas que me permitieran seria dirigir a aquellos señores una carta confidencial de annotation reservada, y nada oficial, haciendoles las advertencias que creyese convenientes.

Disimule V. me haya atrevido a darle un consejo, hijo de mi buen deseo, que acaso no necesitaria V., conociendo como conoce su circunspeccion y su tacto para resolver los negocios eclesiasticos, de lo que tengo y alguna prueba personal.

Aprovecha esta ocasion de repetirme de V. afmo. l. l. g. l. m.



Excmo Sr. Nuncio de S. Santidad.

287

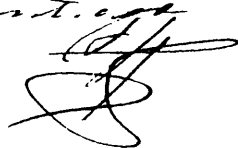


Santiago y Enero 22 de
1866.

Muy Sr. mio y venerado hermano:
remito a V. copia de la carta que he dirigido
al Sr. Ministro de Gracia y Justicia a cerca
del gravísimo y delicado asunto de las expre-
siones de los tres Obispos que fueron sometidas
al Consejo de Estado. No sé si las reflexiones
que le haga serán bastantes para reportarle
de la funesta senda que le traza el Consejo
de Estado. Espero sin embargo que le han de
detener algún tanto antes de tomar una re-
solucion que pudiera traernos contiendas de-
sagradables, y que en esta situacion serian
mas perjudiciales que nunca. V. no dejara de

verle y de calmarle cuanto sea posible. Ig-
 nora como pensarán los demás Hispánicos, si bien
 me inclino á creer, que todos mirarian el
 negocio como personal. Crea que deben hacer
 se todos los esfuerzos para que las cosas no lle-
 guen al extremo y con eso nos ahorraríamos
 algunos disgustos.

Se repite de V. apmo.

El Card. Arzobispo
 de Santiago


Excmo. e Illmo. Sr. Nuncio de S. S.



Madrid 27 de Enero de 1866.

Muy Señor mío y mi benévolo He-

mano: cuando recibí la especial de V. E. del 16 del actual me encontré en la Cámara con una pila de cartas que me han dejado en embrollo.

Por este motivo y también por el de meditar más y más sobre el estado de la misma, puesto que el asunto es grave, me he entretenido entre a V. E. Lo hago ahora por el motivo que, siendo deficiente la situación política en España no conviene a mi concepto a los intereses de la Iglesia el que se presente en la alta Cámara la

Petados Senadores y p^o consiguientemente q^o
 desgracia de los graves sucesos pasados,
 si es que ya pueden considerarse tales,
 en todos sus efectos, continuas teniendo
 sobre el particular la opinion que
 anteriormente tuve el honor de man-
 ifestar a V.E. Teniendo como tenemos
 razones poderosas p^o no abandonar
 en las actuales circunstancias nuestros
 hijos con que p^o todos conceptos son
 convenientes sus estudios de ella q^o
 mas nuestros deseos del mundo
 en el caso de que alguno no insistiere
 a existir el mismo. Esta es mi opinion

Si la Señora Cordona de Santiago y
 Obispo de Salamanca tienen formado
 otro poder a su favor. Ambos son de mas
 de debis y prudentes, y sus conductos
 indubitable en el gran bien y equisito
 hecho que conviene tener p^o solo de
 de su calidad de empresa. Se tenga muy

para fi en que de las comisiones pudiesen sacar gran partido a favor de la Iglesia a instancias e q^a persuasión de los Prelados Americanos, y este sufragio me da en mi ánimo q^a decidirme a seguir la opinión que acabe de manifestar a V. E. indistinto en un todo con la q^a antes había expuesto.

Tengo el sentimiento de que se haya en la agonía el Obispo de esta Iglesia y visible a V. E. cuando se trata de mi traslado a Granada. Prescindiendo de estos antecedentes es uno de los individuos mas útiles del Estado. El saber lo de lo que le convinga y sobre todo una buena muerte, como la expone.

Con toda consideración se repite de V. E. a V. E. y a V. E. y a V. E. y a V. E.

Juan Ignacio, Obispo de

Valledupar,



Reservada.

Excmo. e. Ilmo. Señor Arzobispo de Tiana,
Nuncio Apostólico en estos Reinos.

Orizaba 27 de Enero de 1868.



Muy Señor mío y venerado hermano: me he enterado con la debida reflexion y detenimiento de la carta reservada que S. E. R. se ha servido dirigirme con fecha 19 del corriente, y siento infinito que el Consejo de Estado se haya mostrado tan injusto, virulento y temerario en sus dictámenes sobre las exposiciones que oportunamente elevaron al Gobierno de S. M. el Emmo. Señor Cardenal Arzobispo de Burgos y los Ilmos. Señores Obispos de Zamora y Orense contra el malhadado reconocimiento del llamado Reino de Italia; pero es de esperar de la notoria piedad y justificación de S. M. la Reina (2.ª D.ª) y de la sensatez y buen criterio del Señor Ministro de Gracia y Justicia, que el Gobierno de S. M. con mejor acuerdo no se atemperará a semejantes dictámenes, y dejará las cosas como están, sin tomar providencia alguna sobre el asunto, a lo cual podrá contribuir en gran manera el fino y acierto con que S. E. R. sabe mediar en los negocios eclesiásticos, como Representante de la Santa Sede en esta Corte.

Mas en el triste y lamentable caso de que el Gobierno de V. M. prescin-
diendo de los buenos principios y de las debidas consideraciones de equidad y
de justicia, adoptase contra los tres dignísimos Prelados que quedan referidos,
las improcedentes providencias que le propone el Consejo de Estado en sus in-
dicadas dictámenes, sin duda todo el Episcopado Español veria en ello menosca-
bada su libertad e independencia para exponer lo conducente a los supremos
Poderes del Estado contra las medidas o disposiciones que pudieran dictarse
en perjuicio y detrimento de los legítimos fueros y derechos de la Religión y
de la Iglesia, y bajo este concepto, saldría a la defensa de dichos tres Prelados,
apareciendo en tal ocasion unido y compacto, como ha aparecido siempre, en
cuanto concierne al decoro, dignidad e interés general de todos sus individuos.

Por lo que a mi toca, estoy resuelto a ponerme de acuerdo, en su caso y
lugar, con mis dignos Sufraganeos para cumplir, del mejor modo posible, con
tan sagrado deber.

Con este motivo, me repito de V. E. M. muy atento V. V. y siempre
afín amigo, Capellan y Hermano D. F. M. R.

Luis. Card. E. E. de Sevilla





296

Excmo. e Ilmo. Sr. D. Juan Obispo de Badajoz en España.

Laragona 7 de febrero de 1866.

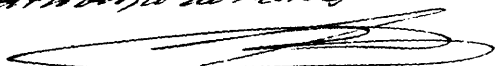
Mi respetable Prelado y Señor: á su llegada á esta
sua entregué el Sr. Obispo de Badajoz la remisor de
V. E. y, y estoy conforme con la idea de remitir la
Coma de los tres VV. HH. de Burgos, Barcelona y Orense,
como común á todo el Episcopado, y en consecuencia
había movido y hablado ya á algunos. Se difiere
esta en tener sobre que apoyarnos; porque si no se
publica de un modo oficial el dictamen ó dictamen
del Consejo, ni las providencias adoptadas por el go-
bierno, si es que las adopta, no veo ocasión para que
representemos, porque sería hablar á la ventura. Has-
ta el día nada se ha dicho al Sr. Obispo de Baraso-
no, según me manifestó el mismo con motivo de ha-
ber sido uno de los asistentes para la Consagración
del Sr. Arzobispo. Quiera nada se le diga ni al gobierno

que no adelante en el asunto, y de este caso parecerá imposible
 que cualquiera demostración por parte de los señores
 Richard. La verdad que queda en el presente estado
 en las conclusiones del Consejo de Estado; pero si estas
 no se publican de una manera auténtica, ni el go-
 bierno las adopta, esto mismo les quita su valor.

V. E. Y. sin embargo quedará siempre lo que a-
 tiene por conveniente, que todo se ajuste con el consejo
 del Señor a no faltar a sus deberes.

Quedo siempre con toda consideración y respeto
 a las ordenes de V. E. Y. como su más obediente
 H. y C. q. d. l. m.

El secretario de Despacho



Excmo. Sr. Don Juan de Santarén



Lima, 2 de octubre de 1878

Muy señor mío y venerable hermano, recibo
 las dos cartas que Vd. se dignó dirigirme y de
 se las entiendo con la del P. Santo que en la
 testación a mi felicitación de persona de sabiduría
 Alina de que algún tanto favorable que pa-
 ra que tengan las cosas con los proyectos del Gobierno,
 que he enforado en el caso en cuanto a la idea al
 fondo de si el Gobierno entrase en el buen camino,
 1. sobre el reconocimiento del ramo de Hacienda que
 en el caso de explotación de algunas minas
 para si se autoriza respecto a autorizar los efec-
 tos del reconocimiento de que los que los Obispos
 fundados en el caso de la clase de la clase con una
 clase de opacación que se interpretaron como
 política, la cual se trata en el caso en cuestión.

Respecto de la cuestión relativa a la in-
 tención, pública cosa que todo los Obispos
 debemos remover las reclamaciones que ya
 tenemos hecho. Ya se si cosa conveniente

[illegible]

Me entiendo el Sr. Almirante que no se han tomado antes de los decretos antes del Consejo de Estado que lo hayan con un dictamen profundo y sostenido, que promueva conciliar todas las voluntades y todos los intereses que presencien y pasesse a encontrarse. Siendo por consiguiente importantes, si que nadie puede negar que los Obispos tienen derecho a representar en materias religiosas. 2.º que el reconocimiento de la Santa Sede no envuelve la aprobación de lo ocurrido en aquel país ni de los oneros, 3.º que tampoco envuelve la anulacion del poder temporal que es necesario si que a occurrir sea nunca hubiera asombrado al reconocimiento.

Siempre lo convengo en la apreciacion, es tan
dable la intencion. Es posible que en los dias

tes de la dignificación también circunstancias tales
que tienen cerca de buena a nuestros ministros
que con aquel para dejar de perseguidos, favore-
cían los intereses del pontificado. Ya no lo crea
así. Debe ser como lo hacen en las discusiones del
Senado para demostrar que para proteger el prin-
cipio esencial del poder temporal del Papa era
indispensable hacer lo que el Gobierno ha hecho y
no reducirse a meros actos insignificantes.

Sigo con mis cartas a la Gaceta porque me ex-
citaban a hacerlos muchos de mis hermanos en
el Episcopado. Mi mayor triunfo ha sido el con-
vertirme a la Gaceta a mis amigos en un por-
tador, como lo hace Roma. La revolución de leer
mi carta 11.ª que publicaron en día de estos los
periódicos religiosos. Porque a mi entender es
la más importante y decisiva sobre la cuestión
del poder temporal del Papa.

Se repite a V.º y a V.º de V.º

Ulrich. A. de los Ríos

de Santiago



Excmo. a Ilmo. Sr. D. Juan de los Rios



Valencia, 9 de Febrero de 1886

Muy Señor mío y benéfico Hermano
me: si lo que me es de honor, el
Excmo. Sr. conde de... con el acuerdo
dictamen del Consejo de Estado en
relativo al... de... de...
Dios y... de... de...
y... de... de...
que he... de... de...
nada en... de... de...
Excmo. Sr., y de las... de...
de que... de...

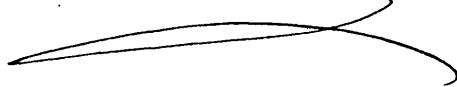
Mucho... de... de...
de... de... de...
de... de... de...

cuatros y cincuenta.

Como siempre en 1894 tanto en
vicio y lucro q. b. d. m

Juan Ignacio, de la compra de

estudioso



Excmo. Sr. Senador de S. L. Antidad

301




Santiago y Marzo 6 de 1866.

Muy señor mío y venerado hermano
he recibido el diario de las sesiones del 26 de fe-
brero que V. L. ha tenido la bondad de enviarme
y me he enterado del uso que ha hecho el Sr. Mi-
nistro de estado de mis cartas a la Meria para san-
tificar el reconocimiento de Italia. Apenas he po-
dido comprender la argumentacion del Sr. Ministro.
No obstante estoy dudando si escribirle una carta y
publicarla en los periodicos poniendo al descubierto
la futilidad de su argumento reducido a mi enten-
der a estas palabras "El gobierno ha obrado bien
porque no ha atacado un dogma". No se que hacer
porque en mis cartas he distinguido lo que es dogma y
lo que no es dogma en la materia del poder tempo-
ral. Pero como siempre queda la idea vaga de que

el Sr. Ministro ha pretendido apoyarse en mis cartas, como pudiera haber pretendido apoyarse en un documento Pontificio o en la Biblia, es posible que me resuelva a decir algo y en ese caso hablare tambien de nuestra ausencia del Senado. Es cosa muy facil alegar un testimonio venga o no venga al caso y formar juicios aventurados sobre los motivos de nuestra conducta en la ocasion presente.

Se repite de V. E. apmo.

El Card. Arzobispo
de Santiago


1887 3. 63.

N. 71.

Madrid 17 Novembre 1865

Série Politique

N. 11

1394

(Monneur) le Ministre

La commission centrale et électorale
du parti modéré, qui avait été chargée de
faire un manifeste au pays, dans la
réunion dont j'ai eu l'honneur de
rendre compte à Votre Excellence avec
ma précédente dépêche, a rempli son
mandat.

Ce manifeste, qui vient d'être
publié, n'est en substance qu'une
longue suite d'accusations formulées
contre l'Union libérale personnifiée

A Son Excellence
Monneur le Général La Marmora
Président du Conseil, Ministre des Affaires
Étrangères

dans le Cabinet O'Donnell. Parmi ces
accusations figure aussi celle qui se réfère
à la reconnaissance du Royaume d'
Italie au sujet de laquelle le manifeste
s'exprime littéralement ainsi :

« Il ne faut pas oublier que le
« Gouvernement actuel sans consulter,
« ni l'opinion du pays ni celle des
« Cortès, comme l'exigeait la gravité
« du cas, a décidé la question si impor-
« tante de la reconnaissance du Royaume,
« qu'on appelle Royaume d'Italie,
« sans même tenir compte, pour —
« modérer sa précipitation, de la —
« circonstance que tout l'Episcopat
« Espagnol avait précédemment protesté
« contre cet acte d'une manière —
« rigoureuse et énergique »

Le parti modéré se trouverait
aux abois, tâche maintenant de se
concilier les sympathies du parti —

néo-catholiques dans l'espoir d'obtenir son appui dans les prochaines élections politiques. Or il a pensé qu'en faisant à son tour une espèce de protestation contre la reconnaissance du Royaume d'Italie, il atteindrait plus facilement son but.

C'est évidemment cet espoir plus tôt que ses sincères convictions, qui ont inspiré cette partie de la manifestation du parti modéré.

Ce document qui porte la date du 9 du courant est signé par tous les membres de la commission susdite, dont le Président est le Duc de Salence. Parmi d'autres noms moins connus, y figurent ceux du Marquis de Cavallotti, Alexandre Castro, Gonzales Bravo, Comte de St Louis, Duc de Teragua et Alexandre Chon.

Ces notabilités du parti modéré qui se glorifient d'être appelées des

hommes d'ordre et qui invoquent à chaque occasion le principe d'autorité, se plaisent maintenant à parler de notre nationalité, en disant el Hamado Reino de Italia sans tenir le moindre compte de la circonstance, probablement importante, que le Royaume d'Italie ayant été reconnu par la Reine et son Gouvernement il n'est permis à personne, qui respecte les décisions du pouvoir légitime d'employer un pareil langage.

El pensamiento español organe du parti néo-catholique, vient de faire un nouvel appel aux sentiments religieux du peuple espagnol en faveur du Saint Père. Pour bien le convaincre de l'état de pénurie dans lequel se trouve actuellement le siège Pontifical et stimuler son zèle, il a soin de publier une lettre qui lui a été adressée le 9 du courant par le nonce.

M^{re} Barili après avoir accusé réception d'une somme de 76,000 écus /200,000 francs/ produit d'une souscription en faveur du trésor pontifical ouverte dans les bureaux de ce journal dans le mois d'Avril dernier, continue sa lettre en disant, qu'il n'aurait certainement pas demandé qu'une somme quelconque, provenant de cette souscription, lui fut remise avant la publication des listes contenant les noms des personnes qui y ont pris part avec l'indication des offrandes faites par chacune d'elles, si il ne s'y était pas trouvé contraint par les sollicitations qui lui ont été faites de Rome qui l'engageaient à envoyer tout l'argent dont il pourrait disposer pour faire face aux pressantes nécessités du —
 Receveur Pontifical.

Le même journal publie maintenant les listes auxquelles fait allusion le clonée. Elles sont très-volumineuses et ne remplissent pas moins de 44 feuilles de papier d'impression. Parmi les souscripteurs figurent une quantité d'enfants dont l'avenir pourra seul faire connaître les opinions politiques et une multitude de femmes qui se disent inspirées par les opinions de leurs pères ou maris. Un exemplaire de ces listes a été envoyé à Rome comme ayant le caractère d'une protestation contre la reconnaissance du Royaume d'Italie.

J'ai reçu la dépêche de Cabinet n° 3 du 7 courant pour laquelle Votre Excellence a bien voulu compléter les informations qu'elle m'a données le 24 Octobre

sur le résultat des élections générales.
En remerciant Votre Excellence de
ces nouveaux renseignements qui
m'ont vivement intéressé, je saisis
cette occasion pour Lui renouveler
les assurances de ma haute-
considération

Calixte

El Pensamiento Español, 23 de Noviembre 1969

A LOS ELECTORES CATÓLICOS

No sabemos ni cuántos ni cuáles votos ignoramos ni allí donde la conciencia os llame a emitir vuestro sufragio, logaréis triunfo completo o solo una victoria limitada, o una derrota absoluta.

Todo esto pertenece a la mera región de los hechos, y entra en el orden de contingencias, que no son el objeto de las pocas palabras que nos proponemos deciros con nuestra claridad acostumbrada.

Nuestro parecer, nuestro deseo y nuestro consejo han sido de que todos acudierais con vuestras fuerzas unidas a uno de los varios campos en donde hoy se halla trabada la lucha entre los principios sociales y la revolución antiesocial. No discutiremos si éste ha podido físicamente y moralmente ser: no investigaremos las causas que hayan frustrado esa posibilidad, si realmente existía. Todo eso es ya inoportuno y por consiguiente ocioso. Hablaremos, pues, únicamente de aquello que consideremos no solo oportuno, sino necesario a los que haya de tomar parte activa en la próxima campaña.

¿Qué va a significar vuestro voto? ¿Vais a darle como van los partidos, es decir, como quien egrime un arma puesta en su mano por la ley para derribar un ministerio y esbildear en pro de la formación de otro? No, seguramente vosotros no sois licitadores en este lujo vergonzoso que no tiene otro objeto sino monopolizar el mando para espuer el goce.

¿Vais con el propósito de añadir un nuevo programa a tantos otros como el charlatanismo liberal expone cada día en la feria parlamentaria para hacer la felicidad del país? (2). Tampoco. Vuestro programa, que es el nuestro, tiene fecha tan venerablemente antigua como la doctrina de nuestra común madre la Santa Iglesia de Jesucristo y vosotros sabéis, como nosotros, que no hay un sola esfera de la vida social donde esta doctrina, objeto de nuestra fe, no resuelva por sí sola los mas ardientes problemas de la política y la economía.

¿Vais, por último, a erigir un nuevo partido que aumente la confusión babélica ya producida por tantos otros como se están disputando la dominación moral y material de nuestra patria? Mucho menos. Quien dice partido, dice fracción, pequeña siempre comparada a la totalidad de la masa social, y los españoles católicos, todos España, y no hay, legal, material y moralmente hablando, más España, que nosotros.

¿Qué vais, pues, a votar?

Vais, primero e inmediatamente, a repetir en las urnas el grito de indignación que os ha atroncado el absurdo, inútil y oprobioso agito del reconocimiento del llamado reino de España.

Vais a levantar solemnemente algunas voces que protesten contra la teoría y la práctica de los edictos expedidos en nombre de la verdad y el mal, que se llaman libertad científica y de cultos, y todas las demás libertades otorgadas con desprecio de la razón, del sentido común, de la moral eterna, y aún de la misma ley vigente en España.

Vais a hacer el primer ensayo de vuestra entitud y espontaneidad para entrar cuando quiera que sea absolutamente indispensable, en el género de lucha a que, si Dios no lo remedia, nos veremos todos obligados en un período de universal y definitivo combate que, por las cosas, debe ya no estar lejos.

Vais a adquirir indicio del género y extensión de la libertad que podéis prometeros dentro de la legalidad vigente para reñir en el campo legal las grandes batallas de la sociedad contra la revolución.

Vais a inaugurar expresa, directa y deliberadamente un órgano más solemne, más extenso y más rápido que lo es la prensa periódica, de vuestras justas querellas, que son las de la patria; de vuestros propósitos salvadores, que son los de la Iglesia que os los ha enseñado; de vuestros consejos, que debéis a todo gobierno y a todo partido con el fin de evitar todo el mal que sea posible, y de hacer todo el bien que sea posible.

Vais, por último, a comunicaros, desde el sitio más propio y del de el centro de unidad más adecuado en las actuales circunstancias, con aquellos de nuestros hermanos que en otras naciones de Europa están luchando valerosamente en la región política, ora con el fin de impedir los males que nosotros prevenimos para nuestra patria, ora con el de contrarrestar los daños ya ocurridos a cuyo remedio queremos acudir nosotros.

Tal es nuestra empresa. No ye solamente como católicos, sino como hombres de bien y como ciudadanos, desde el instante que os volvéis acudir a la urna, estáis obligados a hacerlo, cueste lo que costare. Si se tratara sólo de defender lo que, propiamente hablando, debe llamarse intereses, podríais moralmente renunciar al total ejercicio y completa defensa de vuestro derecho cuando un interés superior así os lo dictare.

Pero no se trata de intereses, sino de principios; y para los católicos, únicos que tienen principios, y que conocen su valor, la defensa de los principios es siempre asunto de conciencia. Pueden sin duda, en muchas ocasiones, vacilar, discutir, pensar, sentir distintamente acerca del modo en que se ha de defender esos principios; pero aquellos que tengan convicción de que tal o cual modo es propio, conveniente y oportuno, están obligados también a poner en práctica ese modo.

Y si están obligados, lo están a todo trance, contra todo obstáculo, a despecho de todo peligro. Sobre esto no insistimos, porque hacerlo así, sería injuria a los católicos para quienes hablamos. Ni tampoco era tal nuestro objeto si que teníamos, cumplido lo dejamos, creyendo en ello haber llenado también, por lo que a nosotros toca, un deber de conciencia.

